SALVADOR DE MADARIAGA

BOLÍVAR

TOMO I

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1975

ADA7811

ES PROPIEDAD

© Salvador de Madariaga Rojo, 1951

Espasa-Calpe, S. A., Madrid

Impreso en España
Printed in Spain

—

Depósito legal: M. 29.762—1975

ISBN 84—239—4929—X (Obra completa)
ISBN 84—239—4930—3 (Tomo 1)

De acuerdo con el autor, las Editoriales Espasa-Calpe, de Madrid, y Sudamericana, de Buenos Aires, han realizado la edición de este libro, encargándose la primera de ellas de la distribución y venta en España, con carácter de exclusiva, y Editorial Sudamericana, con idéntica facultad, en el continente americano exceptuando los Estados Unidos de Norteamérica y Canadá. Será perseguido con arreglo a la Ley quien introduzca, distribuya o venda este ejemplar de la edición española en los países iberoamericanos

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. Madrid-34


ESPASA
S A
C
CALPE S.A.

A
Manuel Arocha
que hace veinticinco años me sugirió este libro

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Al presentar esta segunda edición de mi Bolívar, recuerdo la esperanza que abrigaba cuando salió a luz la primera: no por cierto de haber hecho obra sin lunares, que eso, aun en labor mucho más sencilla no lo hubiera osado esperar; sino de que la crítica me permitiera reconocerlos y subsanarlos. Con una sola excepción, a la que luego me referiré, esta esperanza ha quedado defraudada. La crítica, al menos en gran parte, la de los países más directamente interesados, se ha dejado desconcertar de tal modo por un Bolívar de nuevo cuño, que la pasión ha ofuscado hasta los más claros intelectos, llegando a hacerse contra el libro y su autor acusaciones tan extravagantes que no es posible ni tomarlas en consideración.

Todo esto, aun siendo de lamentar, no me extraña. Antes bien, me parece natural. Constituido Bolívar, por las razones que en el prólogo aduzco, «arquetipo» de una etapa de opinión, esta opinión tiene que reaccionar vivamente ante toda amenaza y con tanto mayor viveza cuanto más inestable es la base histórica del arquetipo. La figura de Bolívar que he intentado pergeñar no es inferior a la tradicional y estereotipada; es tan sólo distinta. Juzgadas las cosas y gentes con criterios del siglo XX y no con los de 1850 que han prevalecido hasta ahora en la historia y hagiología bolivarianas, Simón Bolívar sigue tan grande como antes, pero por razones muy otras. La labor rectificadora de añejos errores de interpretación ha parecido impía a los adeptos de la escuela tradicional. Pero ¿qué mayor servicio se puede hacer a un grande hombre que restablecer la verdad sobre su persona y gestas?

Lo usual ha sido hasta ahora comenzar por una especie de saludo de cortesía para con la realidad, concediendo que Bolívar era «humano»; y esto hecho, deshumanizarlo a cada paso echando la culpa de sus errores al primero que se hallaba presente antes que a él. Con lo cual ha resultado un Bolívar incorpóreo y

etéreo, suspendido entre nubes de sonrosada inocencia, «angelicado», para recordar una palabra que lleva el cuño de su gracejo y agudeza inimitables. Lo que aquí se ha intentado hacer —con mayor o menor fortuna— es retrotraer a Bolívar a la tierra, hacerle pisar otra vez la realidad de verdad, re-arraigarlo en su tiempo y suelo, para que viviera en la Historia como vivió en la vida.

Éste es el fondo de intenciones sobre el que —apartando la escoria pasional— paso a referirme a las escasas críticas que estimo indispensable recoger. El primer caso es el de la «condena» que, según la prensa de Caracas, ha sufrido este libro por parte de la Academia de la Historia, de Venezuela. La Academia es una institución oficial. Como el autor no ha recibido aviso oficial de la Academia (a la que se honra en pertenecer), no puede considerar como auténticas meras noticias de prensa sobre el particular. Ni que decir tiene que si hubiere censura y si el aviso oficial llegase a manos del autor, trataría el asunto con la deferencia que la docta corporación le merece.

El segundo caso es la «reprobación categórica» de esta obra por la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Fúndase esta reprobación en que el libro es antiamericano. Confieso que no sé lo que es ser «antiamericano». Pero la Sociedad Bolivariana de Venezuela aduce como prueba que mi obra está «asesorada en panfletos y libelos de carácter tendencioso y parcial».

¿Qué entiende la Sociedad Bolivariana por «tendencioso», qué por «panfleto» y por «libelo»? Libelo es un folleto o libro corto, de índole difamatoria. Panfleto no es palabra castellana. ¿Tendencioso? ¿De qué tendencia? ¿Parcial? ¿De qué parte? No hay apenas fuente histórica fuera de los documentos secos, que no sea tendenciosa y parcial. El arte consiste en tener en cuenta estas tendencias y parcialidades, y, en cada caso, estimarlas y descartar lo que de error impliquen, para guardar sólo lo útil a la verdad histórica. ¿O es que se va a prescindir de toda fuente? Tendenciosos y parciales son Hippisley, Ducoudray Holstein, el marino anónimo (O. C. N.) y José Domingo Díaz, pero no por eso han de recusarse en bloque; y cuenta que constantemente tendenciosos los tres primeros sólo lo son contra España y no contra Bolívar. De recusar a estos autores como tendenciosos contra Bolívar ¿vamos a recusar también a O'Leary, Mosquera y Posada Gutiérrez por tendenciosos en su favor, como es evidente que lo son?

Pero ¿no resultará la Sociedad Bolivariana la fuente más tendenciosa de todas? Al decir que una obra avalada por ciento cincuenta páginas de documentos inéditos está «asesorada en panfletos y libelos de carácter tendencioso y parcial» ¿no insi-

núa que sólo en tales engendros y no en otras fuentes se apoya? Juzgue el lector, recorriendo las notas y contrastando mis asertos y sus fuentes.

*

Paso ahora a referirme a los artículos de Don Vicente Lecuna. «No terminaremos esta reseña» —escribe el eminente bolivarista— «sin referir las últimas calumnias del autor con motivo de las trágicas escenas de Santa Marta. Niega la sumisión del Libertador a la Iglesia, al mutilar con mala fe la declaración de Fernando Bolívar.» Veamos. En primer lugar, ¿por qué se calumnia a Bolívar al afirmar que murió sin confesión? ¿Dónde está la calumnia? No hay injuria ni infamia en morir sin los sacramentos.

En segundo lugar, ¿por qué presumir mala fe? Releída la declaración de Fernando Bolívar que se me acusa de haber «mutilado con mala fe», supongo que Don Vicente Lecuna se refiera a la frase: «Entonces se celebró este acto, y a la noche tomó el viático.» Héla aquí estampada; para refuerzo de mi argumentación. ¿Qué arguyo? Que Bolívar no murió en el seno de la Iglesia en su fuero interno e insobornable de «filósofo», como entonces se decía, de lipre-pensador, como hasta hace poco se dijo. Lo que hizo fue avenirse a todos aquellos actos externos que, como el General Montilla le apuntaba, venía obligado a hacer «por la influencia moral que tendría». «Se celebró el acto», dice Fernando. ¿Qué acto? El de una entrevista secreta entre el obispo y el moribundo, que pudiera hacer veces de confesión. De no ser así, de haber ido Bolívar al tribunal de la penitencia con ceniza en la frente y en las rodillas, ¿dónde estaba la «grandeza de alma que nada puede igualar»? Con estas palabras, Fernando Bolívar describe la elevación de miras del hombre de Estado que, haciéndose violencia, se traga sus ideas y su orgullo intelectual en aras de lo que cree ser el bien público. Confirma esta interpretación la ausencia del obispo en el acto de la Extrema Unción, hecho inaudito que sólo por la índole formal y vacía de la confesión se puede explicar satisfactoriamente.

Finalmente, ¿qué interés tendría el autor en mutilar un texto para negar que Bolívar se sometiera a la Iglesia? Si prejuicio hubiera ¿no sería más bien en favor que en contra de la sumisión? Todo el ocaso del héroe, tal y como en esta obra se le ve, dibuja una declinación de los principios abstractos de su juventud hacia las fes, las actitudes, los modos ancestrales. Bolívar va en sus últimos años recobrando el contacto vital con el substrato español. Parece pues que una conversión sincera del otrora «filósofo», volteriano sensualista y carreñista, hubiera «convenido»

más al autor para redondear la línea general de su obra. Pero el autor no tenía derecho a hacer violencia a la convicción que los textos y los hechos le imponían. La «confesión» de Bolívar fue acto oficial y externo, no personal e íntimo. Bolívar murió increyente. Al afirmarlo, no se le calumnia. Se hace honor a su integridad.

*

«Odio español a Bolívar», describe Don Vicente Lecuna ser el móvil del autor. ¡Ya es odio, si se enciende por acontecimientos que pasaron hace 120 años! Y ¿por qué? Porque Bolívar destruyó el imperio español, que aún hay quien me acusa de querer reconstituir. Veamos.

Dos son las ideas fundamentales del autor sobre la emancipación de los Reinos españoles de América; una biológica y otra jurídica. La primera surge del análisis del imperio español que como «Introducción a Bolívar» publicó bajo el título de *Cuadro Histórico de las Indias*. Consiste esta idea en poner de relieve el proceso trisecular mediante el cual la tierra de América va poco a poco atrayendo a sí misma a los pobladores venidos de España. Culmina este proceso biológico hacia 1800. La tierra conquista a sus conquistadores. Nace una nueva patria. El criollo, hasta entonces «español», se siente «americano». A partir de este momento, el Estado español no tiene ya nada que hacer en Hispano-América.

Tanta importancia concede el autor a esta idea que, desarrollada en el Cuadro Histórico, pasa a esta obra, donde se expone repetidas veces, y aun figura en epígrafe de su primer tomo en frase tomada de la conclusión de su obra radiofónica: *Las Tres Carabelas*: «Los hombres no pueden tomar posesión de la tierra sin que la tierra tome posesión de los hombres.»

La segunda idea fundamental que el autor sostiene sobre la emancipación es jurídica. Los países hispanoamericanos no han sido nunca colonias. En público y en privado, el autor ha protestado siempre contra la mala costumbre, demasiado general en Sudamérica, de llamar *colonial* la época viceregal o virreinal. Los países americanos antes de su emancipación eran reinos del rey de España con igual título que los reinos europeos como Castilla o Aragón, Nápoles o Sicilia. La unión entre todos estos reinos encarnaba en la Corona. Por eso, al caer al arroyo la Corona de España en Bayona, cesaba *ipso facto* todo derecho del Estado español en ultramar. Al recaer la soberanía en el pueblo, recaía en cada país en su propio pueblo. Para que Fernando VII hubiera podido alegar derechos de monarca sobre los países americanos hubiera sido indispensable condición que

los países interesados, por decisión libre, lo proclamaran rey, no de España, sino de Venezuela los venezolanos, de Nueva Granada los granadinos, y así los demás. La expedición de Morillo, pues, en opinión del autor, carecía de base jurídica.

Todas estas ideas van explícitas con frecuencia, tácitas siempre, en esta obra. Por esta causa, el autor no se explica más que por la ofuscación pasional de sus críticos que se le atribuya odio a Bolívar, cuyo destino fue ser instrumento de una emancipación determinada por la vida y justificada por el derecho.

*

¿Tendrá pues razón el autor contra Don Vicente Lecuna en toda la línea? Afortunadamente no. El autor se complace en hacer constar que en un punto de detalle, pero no sin su importancia, Don Vicente Lecuna tiene razón. La entrevista de Bolívar el 19 de septiembre de 1819 en Bogotá con el marino inglés anónimo es incompatible con las fechas que el marino aduce. Las memorias de este marino rebosan tanta vida y tanto color que constituyen excelente elemento para dar animación a todo relato de aquella época a modo de «ilustraciones» a pluma; pero son de manejo muy delicado, porque, si bien con frecuencia ocurre que la exactitud de sus detalles inspira confianza, sus fechas y a veces sus datos geográficos prueban que también a veces fantasea. Ya en dos casos apunté mi desconfianza para con sus decires; pero en mis citas de su libro creí haberme atenido sólo a aquellas que otros testimonios, o bien el conjunto de las circunstancias, abonaban.

Don Vicente Lecuna ha demostrado que, al menos en lo concerniente a la entrevista del 19 de septiembre de 1819, me he quivocado. He suprimido esta página en la segunda edición; y, aunque no llega a tanto mi desconfianza de otras, he suprimido también la del banquete de Santa Ana, la de la llegada de Devereux a Margarita y otras más citas de este autor, citándolo tan sólo en casos ya anodinos ya plenamente probados por otra documentación independiente.

Lamento el error porque al artífice le gusta la obra bien hecha; pero lo celebro porque me da ocasión para probar a los que, por no conocerme, necesitan pruebas, la sinceridad y deseo de acertar que me han guiado y guían en mi labor. Ni que decir tiene que mi retrato de Bolívar sigue en pie. Y que si lo creyera indigno de la figura más grande del Continente, no lo hubiera dado a la estampa.

Oxford, diciembre de 1952.

PREFACIO

Con esta Vida de Bolívar se completa al fin la trilogía americana comenzada hace diez años. La Vida de Colón salió a luz en 1940; la de Cortés en 1941. El lapso mucho más largo que las separa del tercer término de la trilogía se ha debido en parte a la presión de otras obligaciones (en particular, de las de carácter internacional que se han vuelto a presentar en cuanto terminó la guerra). Pero la causa principal del retraso ha sido la dificultad mucho mayor que el estudio de la vida de Bolívar opone al investigador.

En primer lugar, las fuentes para la vida de Bolívar son de una abundancia abrumadora. El material impreso recogido con admirable industria por los historiadores hispanoamericanos es casi inagotable, y va de las órdenes y notas de más importancia hasta alguna cuenta de sastre del tiempo de la estancia de Bolívar en Madrid. Vienen luego los trabajos de exégesis y comentario, cuyo estudio, aun siendo de mucho menos importancia, no cabe omitir. Y, claro es, aún queda después lo esencial; las fuentes manuscritas que la meritoria labor de eruditos hispanoamericanos no ha agotado todavía, ni con mucho.

Era menester adentrarse en este laberinto de papel impreso y manuscrito, y, por lo tanto, laborar en los archivos públicos y privados que lo constituyen. Con tal fin estuve en Buenos Aires, Santiago, Lima, Quito, Bogotá, Popayán, Bucaramanga, Cartagena, Santa Marta, Caracas, Puerto Cabello, La Habana y Méjico, amén de continua y fructuosa labor en el *Public Record Office* de Londres y de estudios en los Archivos del Ministerio francés de Negocios Extranjeros. Por muy bien secundado que esté —y nadie más afortunado que yo a este respecto— el investigador no tarda en darse cuenta de que la fase primera y más importante de toda investigación, la confrontación directa con

el documento original, no puede nunca delegarse; porque el dato esencial, la palabra reveladora salta donde menos se piensa; y sólo se revela al que ya lleva dentro, quizá sin saberlo a veces, los gérmenes de la revelación. En sus respectivos lugares se encontrarán varios hallazgos de esta naturaleza que contribuyen a dar novedad a este ensayo de biografía del ya tan biografiado Bolívar.

*

Esta novedad era además inevitable por otras razones. Bolívar se yergue en la Historia en una perspectiva condicionada por una visión torcida del Imperio español y por una filosofía política doctrinaria y por demás ingenua que ya no rige. Cuando ya hace años intenté comenzar esta Vida con un cuadro general de su fondo histórico, pronto me percaté de que para trazar este cuadro me faltaba lo esencial: una obra histórica objetiva sobre el conjunto del Imperio español. Tuve pues que resignarme a empezar por hacer por lo menos un esbozo de esta obra inexistente. A ella remito a aquellos lectores que desearen darse cuenta de la tierra histórica sobre la que Bolívar se elevó *. A la luz de sus conclusiones, la llamada «historia» sobre la que inevitablemente tuvo que hacerse la propaganda separatista en tiempo de Bolívar, se viene abajo en un estrépito de clisés rotos.

Muchas de las ideas burdas que han circulado tanto tiempo (y aún circulan) sobre este particular se deben a la ignorancia, y en su aspecto más virulento que es la ignorancia ilustrada que subsiste pese a la excelente labor de nuevas generaciones de investigadores, tanto en Hispano-América como en los Estados Unidos e Inglaterra; muchas, las fomentaron deliberadamente los adversarios de España en aquellos días, sobre todo los separatistas americanos y los negociantes y aventureros ingleses que vinieron a ser sus aliados neutrales.

Estos ingleses que acuden a ayudar a Bolívar al olor de El Dorado, a diferencia de la generación de poetas que en aquella época cantaron a España y la amaron —los Southey, Wordsworth, Shelley—, carecían de desinterés y muchos de ellos también, de inteligencia **. Con credulidad inaudita se tragaban cualquier cuento que les endilgaban los separatistas americanos

---

* *Cuadro histórico de las Indias*, Buenos Aires. Me complazco en hacer constar que en los últimos ocho o diez años se ha progresado bastante en este aspecto de la Historia de América.

** El Coronel Hamilton, que Canning mandó de «Comisario» a Bogotá escribe: «Todavía subsiste en Colombia la ridícula costumbre española de ofrecer al visitante cualquier cosa que le haya gustado en la casa; puesto que los colombianos han asumido un carácter nuevo, deberían dejarse ya

con tal de que perjudicase a España. Un inglés que sirvió en el ejército y en la Marina de Bolívar y publicó unas *Memorias* * tiene tales tragaderas que escribe lo siguiente: «En una de las cartas de Morillo al Rey Fernando, que fue interceptada por el Capitán Chitty, aquel cabecilla sin piedad describe así las medidas que tomó al entrar en Santa Fe de Bogotá: "Toda persona, de ambos sexos, capaz de leer y escribir, fue ejecutada. Amputando así a todos los que tenían alguna instrucción, espero poner coto al espíritu revolucionario."» Podría dudarse de la autenticidad de un documento oficial tan extraordinario si no se hubieran perpetrado en efecto los actos salvajes que describe. Muchos ingleses contribuyeron a propalar por Europa y América estas grotescas acusaciones contra Morillo; y Hamilton va hasta a estampar que «la instrucción era a ojos de Morillo un crimen grave, y por eso procuraba extirpar en Venezuela y Nueva Granada a todos los hombres cultos, por saber que la ignorancia y la superstición eran los más firmes soportes de la tiranía española». Esta campaña contra Morillo era tan pertinaz, y tan eficaz también, que —como suele suceder en estos casos— seguía ejerciendo su influjo torcedor aun en aquellos que, por experiencia personal, se daban cuenta de su índole aviesa. Otro inglés, Chesterton, soldado de fortuna que había tomado armas contra los españoles, y había llegado en el ejército de Bolívar a capitán, se quedó aterrado al caer prisionero, por tener la cabeza llena de la crueldad de Morillo. Ya entonces había promulgado Morillo un decreto de Fernando VII condenando a muerte a todo extranjero que hubiera luchado contra las armas reales. Chesterton, prisionero de los españoles, fue recibido por Cires, gobernador militar de Cumaná, con tanta gentileza, que el asustado inglés escribe en sus Memorias: «Comencé a vislumbrar que los españoles no eran tan malvados como sus enemigos los pintaban.» Cires mandó al inglés a Morillo escoltado por un soldado español, «hombre de carácter bondadoso y humano», dice el prisionero. En Caracas, el general Correa le aseguró que no estaba en peligro su vida, cosa que aun después de oír a Correa,

---

de cumplimientos hueros y ofrecer tan sólo lo que desean que se acepte. Mr. Cade y yo nos reímos mucho una mañana al recibir del Subsecretario de Negocios Extranjeros una tarjeta impresa que decía: "La Señora de... tiene el honor de ofrecer a la disposición de vm. una niña que ha dado a luz." Como yo tenía ya media docena de chicos en Inglaterra, no acepté la cortés oferta de recibir a un recién-nacido.» Que es como si un colombiano de paso en Inglaterra se creyera autorizado a aceptar los favores de cualquier dama inglesa que le firmase una carta «Yours truly».

* Recollection of a Service of Three Year during the War-of-Extermination in the Republics of Venezuela and Colombia. By An Officer of the Colombian Navy. Londres, 1828.

se resistía Chesterton a creer; pero, a pesar de que iba enfermo de calenturas, tuvo que seguir viaje. Al llegar a Maracay, el Comandante de Armas y su señora, apiadados de sus males, lo alojaron con la mayor solicitud. «No escuché más que acentos de bondad y de estímulo [...] y durante una semana, gocé de los cuidados más tiernos. Todo esto, recuérdese, de un enemigo reputado cruel y despiadado.» En una litera preparada por su «humano huésped», Chesterton siguió viaje llegando al fin al Pao, donde a la sazón tenía Morillo su Cuartel General. «A medida que me iba acercando a la localidad que abrigaba a aquel hombre temido, cuyos hechos reputados de robo y crueldad habían llenado de horror a toda la Europa civilizada, experimenté una aceleración de la solicitud que llevaba tanto tiempo consumiendo mi paz.» Quiere decir que se le agravó el miedo. ¿Lo fusilarían? «¿Volveré a levantarme? Estaba en poder de enemigos despóticos y vengativos.»

Morillo lo recibió al instante, y Chesterton entró en su despacho con suma agitación. «Mientras los patriotas lo denunciaban como un monstruo sanguinario, los realistas y los naturales que gobernaba se hacían lenguas de su paciencia y de su humanidad [...]. Se levantó al entrar yo, se inclinó cortésmente, y me ofreció una silla. Yo respiré con más sosiego y comencé a augurar mejor. Tenía delante a un hombre alto y fornido, de pelo y ojos oscuros, rostro lleno y facciones que expresaban cierta benevolencia. Llevaba uniforme de mañana, pantalón, guerrera y chaleco blancos, con galones de plata, y las botas de montar con borde y borlas de plata. Siempre vestía cuidadosamente. Comenzó por excusarse de haberme hecho viajar tan largo en tan mal estado de salud. Me dijo que muchos amigos suyos le habían escrito recomendándome y rogándole que me tratara con consideración; que había leído mi expediente y formado una opinión favorable de mí y que "deseaba el placer de una conversación conmigo". Con la mayor complacencia prosiguió: "Ha sufrido Ud. mucho en este país virgen; quédese aquí y descanse. Le veré con gusto a mi mesa en compañía de los oficiales de mi Estado Mayor; pero, para quitar de su ánimo toda preocupación, le anuncio que desde este momento está Ud. en libertad, y pasado algún tiempo, puede volverse a la costa por la vía que desee."» Chesterton pasó una temporada en el Cuartel General, tratado a cuerpo de rey por Morillo; y luego, con pasaporte y gratificación de capitán español, se volvió a la costa A pesar de todo lo cual, tal es la fuerza de la propaganda recibida, continuó escribiendo sobre Morillo y los españoles como si no hubiera tenido experiencia directa y personal de su humanidad.

Claro está que, en gran parte, salía esta propaganda del Cuartel General de los patriotas. Bolívar mismo, como lo hemos de ver más de una vez, solía recurrir a la falsificación de documentos para fines bélicos y aun políticos. Era además un propagandista tan convencido que apenas si hay aserto suyo que pueda aceptarse de plano sin atento examen de lo que le convenía hacer creer. Esto se aplica muy especialmente a las acusaciones de inhumanidad y crueldad que Bolívar no vacila en hacer contra cualquier jefe español que le convenga denigrar, ya lo merezca o no el jefe acusado. Casos se darán en esta obra: pero aquí puede citarse como curiosidad uno en que Bolívar actúa a la inversa. Pocos jefes españoles de aquella época fueron más crueles que Don Basilio García, aquel coronel que midió sus armas con Bolívar en Bomboná. Pues bien, pasada la capitulación, García se volvió a España, llevando en la cartera una carta de recomendación de Bolívar para Morillo, en la que Bolívar dice de Don Basilio: «la regularización de la guerra la ha cumplido religiosamente y con la mayor humanidad».

*

La historia de Bolívar está erizada de dificultades para el investigador de buena voluntad. Todo hay que estudiarlo a través de una bruma de nociones an-históricas. Los documentos no se encuentran siempre cuando más se desearían y a veces fallan en el momento de más interés *. Pluma en ristre, vela sobre la gloria del héroe una guardia fiel de caballeros del Santo Sepulcro con quien tendrá que habérselas el desdichado investigador si por acaso logra penetrar hasta la ciudadela por el dédalo dialéctico que la defiende. Añádase la resistencia que el investigador experimenta en sí mismo al tener que diferir de personas por quienes siente deferencia como eruditos, estimación como amigos, y gratitud como cooperadores.

No hay aspecto de la vida de Bolívar, desde su cuna (¿era del todo blanco?) hasta su muerte (¿murió como cristiano?), que no provoque acalorados debates en los que no siempre se lucha por la gloria del héroe con un sentido realista del valor de las municiones que se manejan, ni aun de la posición que se defiende. Sirva de ejemplo la entrega de Miranda a las autoridades españolas después de la Capitulación de La Victoria; conflicto si los hay en la mitología venezolana, pues en este episodio el

* Así el *Diario de Bucaramanga*, secreto hasta época muy tardía, publicado casi por efracción, resulta mutilado precisamente cuando Bolívar comenzaba a soltar prenda sobre la guerra a muerte.

Libertador resulta ser uno de los conspiradores que entregan al Precursor. Durante mi estancia en Caracas, para estudiar los tesoros que Don Vicente Lecuna ha reunido con tanta maestría y administra con tanta gentileza en la casa natal de Bolívar, recibí una carta que me mandaba un caraqueño al enterarse del objeto de mi viaje a su país. En esta carta se me hacían tres ruegos. Entresaco el segundo: «que trate la prisión de Miranda en el Cardonal de la Guaira por Bolívar, Soublette y Lino de Clemente, mirando de frente el problema, y no oblicuamente, como quien marcha sobre brasas como lo hacen todos». Al capítulo correspondiente remito al lector.

*

Esta refracción que los acontecimientos sufren a veces en la historia ortodoxa de Bolívar se debe a una *sensibilidad* peculiar que suele manifestarse recusando fuentes por sospechosas de prejuicio. Se ahoga la voz de los autores que estorban, por muy de primera mano que sean, con una algarabía de acusaciones: calumniador, mala fe, odio a Bolívar... Como si Ducoudray Holstein, Peru de Lacroix, Hippisley y demás autores de Memorias no hubieran tenido más deseo al escribir que satisfacer alguna vesánica pasión. Vaya por delante un ejemplo concreto. Un historiador colombiano eminente, recriado además en el ambiente de imparcialidad del Tribunal Permanente de Justicia Internacional del que fue juez, Don Francisco José de Urrutia, al publicar en una obra notable * la nota de Harrison en la que el entonces Ministro de los Estados Unidos en Venezuela traslada a su gobierno el folleto *Una Mirada a la América Española*, comenta el «carácter de la publicación, que con tan mala fe atribuye Harrison a Bolívar». Ahora bien, Harrison no atribuye el folleto a Bolívar. Se limita a decir (y es traducción del propio Señor Urrutia): «La persona que escribe la carta dice que el papel dicho tiene su origen en las Oficinas del Ejecutivo, que Bolívar tiene consigo; y un caballero que está ahora aquí y que conoce bien el estilo del Presidente, dice que es escrito por este mismo. Pero cualquiera que sea su autor...» Harrison, pues, se abstiene de dar su opinión. Traslada datos a su gobierno. La pasión cegó al Señor Urrutia al escribir «que con tan mala fe atribuye Harrison a Bolívar». Pero hay más. El folleto era de Bolívar, y Bolívar puso todo su empeño en hacerlo circular. Al capítulo correspondiente remito al lector.

---

* *Los Estados Unidos de América y las Repúblicas Hispano-Americanas de 1810 a 1830*, por Francisco José de Urrutia, Madrid, 1918, pág. 404.

Otro tanto ocurre cuando se intenta discutir con objetividad cualquier otro tema candente —y lo son todos— de la vida de Bolívar. ¿Quién mató a Sucre? Parece que ya con los ríos de tinta que desde el crimen de Berruecos han corrido, la respuesta debiera ser fácil; y aunque no lo fuera, parece que podría darse cierto consenso; y aunque no lo hubiera, que, al menos, la disparidad de criterio fuera individual. Pero se da el caso de que los liberales bogotanos son convencidos abogados de Obando y acusadores de Flores, mientras que los conservadores, y desde luego, los caraqueños, condenan a Obando.

En cuanto a Ducoudray Holstein y a Hippisley, el que de ellos se vale expone su vida —al menos la literaria—. Y, sin embargo, ¿quién puede negar que ambos autores aportan datos del mayor interés? Bien es verdad que Ducoudray dejó el servicio disgustado con Bolívar; pero, lejos de precipitarse a hacer chirriar las prensas europeas con sus resentimientos, se fue a Haití a dar lecciones de piano. Sucede además que sobre Ducoudray Holstein existe una crítica de su tiempo, reprochándole una inexactitud... pero en sentido favorable a Bolívar. Y no viene de ningún enemigo de Bolívar, sino del Senador haitiano Marion, hijo del General Marion que tanto favoreció la expedición de Los Cayos, y de quien Bolívar quedó tan agradecido que «avant de faire ses adieux, Bolívar avait donné à la famille du Général Marion une magnifique et grande timbale d'argent massif». Pues bien, el Senador Marion relata el episodio de Bermúdez, abandonado por Bolívar en Haití, sin previo aviso (episodio que el lector hallará en el capítulo XXVI, y añade: «Ducoudray Holstein cuenta esto de modo muy distinto. Alega que Bermúdez se quedó en Los Cayos por propia voluntad, indignado por la conducta arbitraria de Bolívar para con Aury... [versión mucho más favorable a Bolívar que la de Marion]. Siento que el interés de la verdad me obligue a contradecir a un hombre a quien tuve estima, que fue mi profesor de música más de un año y con quien pasé en Los Cayos ratos muy amenos. Por lo visto o estaba mal informado el General Ducoudray o le falló la memoria.»

Así pues, el único caso hasta ahora apuntado, en que un observador de su tiempo tiene que oponer reparo alguno a las memorias de Ducoudray, resulta debido a que Ducoudray favorece a Bolívar. ¿Cómo, pues, pretender que era Ducoudray un calumniador sistemático de Bolívar?

En cuanto a Hippisley, se le suele recusar porque, más tarde, al ver encumbrado a Bolívar le escribió una carta (29 octubre 1826) casi abyecta, retractándose de las opiniones que había publicado *sobre él* en 1819. Pero aun dando de barato, y ya es dar,

que Hippisley fuera más sincero en 1826 al adular a un Bolívar potente de quien esperaba recobrar dinero perdido que en 1819 al grabar al agua fuerte del resentimiento a un Bolívar en lucha de quien ya no esperaba nada, ¿por qué dar por nulas las páginas en que describe otros sucesos que sólo por banda pueden tocar a Bolívar mismo?

Casos se hallan en la historiografía de Bolívar en los que no ya a sus supuestos adversarios, como Ducoudray o Hippisley, sino a sus admiradores y más fieles amigos se recusará cuando aportan un dato que no conviene. ¿Quién sirvió más abnegadamente a Bolívar que Bedford Wilson, su joven ayudante inglés? Pues bien, Wilson contó a José Vallarino Jiménez, que lo cuenta en su *Diario de Barranquilla,* que la conversión de La Fuente del partido de Riva Agüero al de Bolívar se debió a que Bolívar enseñó a La Fuente una carta falsa de Riva Agüero que «contenía ideas de infidencia», carta «que S. E. había preparado y hecho interceptar». En la nota editorial que precede al *Diario de Barranquilla,* dice el Boletín de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela *: «Desgraciadamente a este Diario lo afea un disparate de marca mayor, nada menos que del edecán Belford Hinton Wilson, de quien por su cultura europea, y consagración al servicio, no se debía esperar ningún ex abrupto. Tal es la aserción de este oficial distinguido respecto a la causa de la deposición de Riva Agüero por el Coronel La Fuente. ¿Cómo se le ocurrió a este mozo, tan acertado en otras apreciaciones, aquí mismo reproducidas, que Bolívar apelara a un expediente tan poco recomendable, ni cómo pudo creer que con un simple papel falso, sin más pruebas, se pudiera echar al suelo un gobierno arraigado y fuerte?» El Boletín no contesta a su pregunta. Refuerzan el testimonio de Wilson tres consideraciones. Una es su inquebrantable lealtad para con Bolívar; otra es que no se limita a ese aserto sino que hace a Vallarino otro quizá más grave: «El único amigo fiel que ha tenido el Libertador en el Perú es el General La Fuente, pues si éste hubiera publicado unas cartas suyas lo hubiera perdido para siempre.» La tercera consideración es que lejos de ser inverosímil que «Bolívar apelara a un expediente tan poco recomendable», consta por documentación fehaciente, como sus propias cartas a Santander, que recurrió a cartas falsas más de una vez.

Estos ejemplos —entre muchos— ilustran el ambiente de polémica *a priori* que rodea la historia de Bolívar. A trueque de disgustar a muchos ardientes defensores de una gloria que, tal y como es en realidad, es bastante grande para no necesitar

---

* Número 104, octubre-diciembre de 1943.

ningún pedestal de ilusiones, a trueque hasta de ofender a amigos fieles y cooperadores generosos, en lo que sigue me atendré a la objetividad más intachable que mis propias limitaciones me permitan. En estas páginas, pues, no se han recusado más fuentes que las palmariamente erróneas, ni aceptado más relatos que los que otros independientes —o el propio carácter de Bolívar— venían a confirmar. Plenamente consciente del prejuicio nacional que pudiera de antemano obnubilar mis juicios, he procurado tenerlo a raya y deliberadamente expurgado del relato todo lo que pudiera elevar la tensión entre los dos muñones hispánicos que la secesión mutiló. Pero no podía renunciar al deber histórico de re-enderezar lo que la pasión había torcido. Espero haberlo hecho con moderación.

*

La tradición de denigrar a España y a los españoles, establecida en todo el mundo (sin excluir a todo un sector de la misma España), y todavía vivaz, presta a los movimientos sudamericanos de secesión una índole de revoluciones contra el dominio de una nación extranjera que en realidad sólo muy en parte tuvieron; con lo cual los caudillos de aquellos movimientos aparecen transfigurados en tipos convencionales. Así pues, las exigencias de una perspectiva histórica determinada por el jacobismo francés o por el duelo trisecular entre España e Inglaterra dictaba a las tres figuras protagonistas de la separación —San Martín, Bolívar, Itúrbide— ciertos rasgos de carácter que la naturaleza se había negado a concederles. De aquí una tensión entre lo que éstos hombres fueron y lo que se quería que hubiesen sido. Prevaleció el prestigio y el deseo sobre el hombre y la realidad. Pero las razones de este hecho son quizá todavía más profundas. «La memoria colectiva es an-histórica —escribe Mircea Eliade—. Ello se debe a que la memoria popular recuerda con dificultad sucesos "individuales" y figuras "auténticas"; porque funciona por medio de estructuras diferentes: *categorías* en vez de *sucesos; arquetipos* en vez de *personajes históricos*. El personaje histórico queda asimilado a su modelo mítico (héroe, etc.), mientras que el suceso se integra en la categoría de acciones míticas (lucha contra el monstruo, hermanos enemigos, etc.)» El autor cita muy a propósito una frase de Chadwick: «El mito es la última —y no la primer— etapa en la formación del héroe» *.

---

* *Le Mythe de l'Éternel Retour*, París, julio de 1945, págs. 74-76; N. H. y M. Chadwick: *The Growth of Literature*.

Héroes, arquetipos de una simplificación y transfiguración popular de la emancipación americana, San Martín y Bolívar se destacan como figuras an-históricas protegidas frente al historiador por una especie de tabú. En el curso del siglo XIX entran ambos en su fase mítica, especie de resurrección que los desencarna de la argamasa de los hechos y documentos y los liberta de la investigación.

Poco importa que este proceso popular se desarrolle precisamente con la colaboración de historiadores e investigadores; pues también los eruditos, como «pueblo» que también son, se pronuncian a veces por la memoria colectiva y contra la historia. Hispano-América ha dado en nuestros días historiadores de singular competencia e integridad intelectual; pero ¿qué pueden estas dotes históricas contra el impulso an-histórico del espíritu colectivo, padre y creador del humor épico? En la gran mayoría de los casos el espíritu colectivo y el humor épico dominan el ánimo de los historiadores en las naciones jóvenes —y aun en las viejas, como lo demuestra la epopeya de Napoleón mítica y an-históricamente cantada por los historiadores de Francia.

Y no viene aquí Napoleón fuera de cuenta. Sucede, en efecto, que ni Bolívar ni San Martín revelan su arcano al que no se da cuenta de que ambos fueron en el continente hispánico remedo del tipo napoleónico. Esta idea pasa por las páginas que siguen como hilo de collar a través de los episodios de la vida de Bolívar; pero ya ahora puede apuntarse un ejemplo común a los dos protagonistas: el paso de los Andes. En ambos casos se dan causas inmediatas que justifican la operación; pero allá en el trasfondo donde oscuramente germinan las decisiones, la imagen que tanto en el caso de Bolívar como en el de San Martín modeló el paso de los Andes fue el paso de los Alpes por el arquetipo de ambos.

Tan honda y tan secreta como esta raíz que une a Bolívar y San Martín con Napoleón es la que en sus respectivos pueblos une los mitos bolivariano y sanmartino al mito napoleónico. San Martín y Bolívar son glorificados en Hispano-América como los dos Libertadores. En la superficie, ambos mitos parecen construidos sobre el modelo «héroe-monstruo»; ambos son San Jorge dando muerte al dragón de la tiranía española. Pero en lo hondo de la memoria hispanoamericana, lo que hace de San Martín y de Bolívar los dos héroes sin rival del mundo americano es su carrera napoleónica *allende* las fronteras del país en que nacieron, paseando las banderas de sus patrias natales por todo el continente, como Napoleón en Europa, libertando naciones y derrocando virreyes.

Cabe pues distinguir tres elementos en estos mitos y arquetipos hispanoamericanos. El primero es el desquite de la tierra, que, conquistada por los conquistadores, los conquista a su vez. «Los hombres no pueden tomar posesión de la tierra sin que la tierra tome posesión de los hombres.» Injertados en la tierra por medio de los naturales con quienes mezclan su sangre, los «españoles» se van haciendo «americanos» a medida que la savia de la tierra sube y gana las cumbres sociales blancas a través de las castas de color. Tácito durante siglos, este proceso comienza a anhelar expresión a fines del siglo XVIII, y claro es que sólo podía expresarse como protesta contra España. Así, el rey de España, hasta entonces el protector del indio contra los abusos del criollo rico, pasó a ser «el Tirano»; el criollo, hasta entonces ufano de llamarse «español» (es decir, *blanco*), pasó a ser «americano»; y el español europeo, hasta entonces unido al criollo por estrechos lazos de sangre y de intereses, pasó a ser «el intruso».

El segundo elemento de los mitos y arquetipos hispanoamericanos era el movimiento «filosófico» y «filantrópico» (hoy diríamos *radical y democrático*) lanzado por la Revolución francesa; elemento que llevaban a las Indias los mismos españoles y hasta los funcionarios públicos, los oficiales del Ejército, los virreyes y por lo menos un arzobispo. Este elemento era republicano y, aunque (a partir de 1812 en que en las Cortes de Cádiz surge la palabra) gustaba de llamarse *liberal,* era más bien ruseliano y absolutista, con absolutismo transferido del rey al «pueblo». Armonizaba este segundo elemento con el primero en cuanto aspiraba a expulsar la corona del Nuevo Mundo; pero se le oponía en cuanto su sentido igualitario también tendía a expulsar del poder a los criollos ricos que, por el contrario, con su movimiento de *americanización,* aspiraban a mayor poder por la eliminación de la autoridad de Madrid.

Por último, el tercer elemento vino a ser Napoleón, por una de esas brillantes imaginaciones con las que de cuando en cuando presta la Historia a sus páginas novelesco interés. Napoleón fue a la vez la negación y la encarnación y coronamiento de la Revolución francesa —el arquetipo y el héroe del republicanismo—. Nadie destronó más reyes que él. En sus monedas inscribió por un lado REPUBLIQUE FRANÇAISE y por otro NAPOLEON EMPEREUR, es decir, Jefe de la República. Bien es verdad que se coronó, pero con una corona que, forjada por el entusiasmo del pueblo, era de metal republicano y quebrantaba la tradición del derecho divino.

Así pues, la relación entre el mito-Napoleón y el mito-libertad no es tan elementalmente antagonista como a primera vista

pudiera creerse y ha querido hacerse creer. En sus días, no siempre fue considerado Napoleón como el tirano contra cuyo despotismo se alían todos los pueblos amantes de la libertad; fue, por el contrario, el heredero de la Revolución francesa, el monarca salido de filas, la encarnación de la soberanía absoluta del «pueblo»; el destronador de reyes y el entronizador del «pueblo», el San Jorge que daba muerte al dragón del Antiguo Régimen.

Por lo tanto, entre los tres elementos —aun siendo, como lo eran, muy mal avenidos— que componían los mitos y arquetipos de la emancipación hispanoamericana, se daba cierta armonía. Del suelo que reclamaba como suya la población habían surgido dos Napoleones criollos que encarnaban el impulso revolucionario, anti-monárquico, popular-absolutista del nuevo régimen. Los dos Napoleones prestaron a los movimientos en pro de la americanización y en pro del nuevo régimen la fuerza propulsora de su ambición personal. Esta ambición les suscitó, desde luego, la oposición de las capas liberales e intelectuales; y, puesto que, además de arquetipos, eran hombres de su tiempo, tanto San Martín como Bolívar cedieron a veces a la presión con la que esta oposición «liberal» frenaba sus carreras imperiales; pero esta oposición apenas si perjudicó su popularidad. Todo este sistema de fuerzas dio lugar a un desajuste entre cada una de las dos figuras históricas y su respectiva figura mítica que hace sumamente vidrioso y delicado el estudio objetivo de estos dos prohombres.

Y aún queda otra razón. Los dos Napoleones sudamericanos, fieles a su arquetipo hasta el fin, tuvieron cada uno su Santa Elena. Buenos Aires no quiso saber nada de San Martín; Venezuela, nada de Bolívar. Al Napoleón del Norte lo salvó la muerte del gris destino del Napoleón del Sur, aquel largo destierro en el ocio de una provincia extranjera, impuesto no por la tiranía, sino, lo que es mucho más doloroso, por la indiferencia. Este desvío de sus patrias respectivas para con los dos Napoleones del Nuevo Mundo determinó su gloria póstuma. Buenos Aires y Caracas tuvieron que hacer penitencia del pecado cometido para con sus héroes vivos, venerándolos muertos como santos y mártires de su historia.

*

De aquí el calor que levanta la polémica más candente de todas las bolivarianas: la de la monarquía. ¿Era Bolívar monárquico? ¿Aspiraba a coronarse? No hay en la historiografía bolivariana tema que más caldee los ánimos; y, sin embargo, es

uno de los casos en los que la posición que con tanto heroísmo se defiende, no tiene la importancia que sus defensores le conceden. ¿Por qué empañaría la gloria de Bolívar que hubiera sido monárquico o que quisiera coronarse? ¿Qué crimen han cometido las monarquías que no hayan cometido las repúblicas? La causa de todo este calor que levanta el tema es el roce entre el segundo y el tercero de los elementos constituyentes de los mitos y arquetipos sudamericanos. La tradición «filosófica» y «filantrópica» se siente en parte encarnada y en parte renegada en el elemento napoleónico; y por lo tanto, los republicanos, los liberales, sienten a la vez atracción y repulsión para con el héroe napoleónico —de donde surge su ardiente deseo de defender al héroe de toda contaminación con el dragón que, por ley de su arquetipo, debe matar—. Este conflicto inhibió a San Martín y a Bolívar en su ascensión hacia el trono de Lima; pero no bastó a detener a Itúrbide en su ascensión al de Méjico *. La energía todavía hoy desplegada en defender a Bolívar y aun a San Martín contra toda acusación de monarquismo o de ambición monarquizante no es más que reacción de la sensibilidad republicana de los días pasados contra las tendencias monárquicas inherentes en el tipo napoleónico, al que por naturaleza pertenecen tanto Bolívar como San Martín; reacción que, desde luego, actúa con independencia de toda objetividad histórica.

*

Dos palabras más. De las vidas de San Martín y de Bolívar se desprende una paradoja y una lección. La paradoja es que la mayor influencia personal entre todas las que determinan la emancipación de los reinos españoles del Nuevo Mundo fue la de Napoleón. El ejemplo de Napoleón templó de ambición el acero de Bolívar y el de San Martín, sin cuyas dos ambiciones personales no se hubiera llevado a cabo la secesión por falta de caudillos que polarizaran y dirigieran fuerzas tan vastas y dispersas. La agresión de Napoleón a España, al derrocar la corona de los Reyes Católicos, quebró el eslabón jurídico y tradicional que unía a través del Atlántico a «estos» con «esos» reinos; y al invadir la península impidió a España que reforzara a tiempo con sus armas la mayoría que en el Nuevo Mundo, hasta 1819, fue favorable a la unión.

---

* Ésta es una de las razones por las que Itúrbide no «resucitó» en gloria póstuma. La otra es que no cabalgó *allende* las fronteras de su patria, libertando naciones y derribando virreyes, a lo Napoleón.

Hasta aquí, la paradoja. La lección es ésta: habrá pues que considerar la emancipación de la América española como una de las obras históricas de más fuste que llevó a cabo Napoleón. Pero es una obra que jamás entró en sus planes.

Nuestro es el pensamiento, mas no entero,
que su fin ya no es nuestro...

LIBRO PRIMERO

FRACASO Y ESPERANZA

Los hombres no pueden tomar posesión de la tierra sin que la tierra tome posesión de los hombres.

(SALVADOR DE MADARIAGA: *Las Tres Carabelas.*)

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE Y SU TIERRA

CAPÍTULO I

LA TIERRA

Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783, vástago de una de las familias más ilustres de la Provincia. Esta provincia, conocida unas veces por Venezuela, otras por Caracas, nombre de su capital, era entonces entidad autónoma del Imperio español de América, gobernada por un Capitán General. Era pues Caracas la capital de uno de los reinos de ultramar que, juntamente con los de Europa pertenecientes a la Corona de España, constituían entonces el complejo Imperio español [1].

La Capitanía General de Caracas comprendía la provincia de Venezuela en el centro, el gobierno de Maracaibo al oeste, la Guayana al sur, el gobierno de Cumaná al este y la isla de Margarita al noroeste. Limitaba con el mar al norte, desde el grado 75 al 62 de longitud oeste; y al este desde el 12 al 8 de latitud norte. Al sur lindaba con la Guayana holandesa y la portuguesa, y al oeste con el reino de Nueva Granada. Al nacer Bolívar era todavía española la isla de Trinidad, con un gobernador autónomo [2].

Vivía entonces el país en tres fases distintas de civilización. La costa, en que se erguían las más de sus ciudades, era marítima, comercial y agrícola; los llanos se hallaban en la era pastoral; y las regiones internas, bosques vírgenes surcados por vastos ríos, vivían todavía en el estado anterior a la Conquista, aunque gradualmente absorbidos por un proceso lento de cristianización y civilización a cuya vanguardia avanzaban las Misiones. No existen estadísticas sobre este fondo de población

---

1 *H.P.N.*, lib. IV, cap. XII, t. I, págs. 557 y sigs; *Depons*, t. II, páginas 151 y sigs, cap. X.

2 *Depons*, t. II, pág. 51.

india. Las dos primeras regiones comprendían de 720.000 a un millón de hombres; de ellos unos 12.000 eran españoles europeos, hasta 200.000 españoles americanos (o sea criollos blancos), y el resto indios, negros y mezclas ya de blanco y negro (mulatos), ya de indio y blanco (mestizos), ya de indio y negro con o sin blanco (zambos) [3].

En toda Venezuela los esclavos no pasaban de 60.000, dos tercios de ellos en la región central llamada «Venezuela *stricto sensu*, o Caracas». El número de libertos africanos era pues muy superior al de los esclavos. Abundaban los esclavos dedicados al servicio doméstico; pero eran muchos más los consagrados a las labores de la tierra; y éstos solían ser pequeños propietarios, ya que poseían *conucos* que cultivaban el sábado por la tarde y en los días de fiesta que prodigaba el calendario católico. Los esclavos encargados de ganado solían tener hasta centenares de cabezas de ganado propio. El esclavo de las Antillas que desembarcaba en Tierra Firme quedaba *ipso facto* libre [4].

Habitaba los llanos una raza vigorosa de zambos salpicada de mulatos y blancos. Eran los famosos *llaneros* o gauchos del norte, que, siempre a caballo, administraban y domesticaban inmensos rebaños de toros y vacas, mulas y caballos, animales que, como los mismos llaneros, vivían una evolución en retroceso hacia la naturaleza desde la civilización en que sus progenitores habían crecido [5].

*

Caracas era entonces una ciudad (dice Ségur) *grande, propre, élégante et bien bâtie,* de 35 a 45.000 habitantes, de ellos 12.000 blancos y 27.000 hombres libres de color. En 1723, por los años en que nacía el padre de Bolívar, la describía así su cronista Oviedo y Baños: «Sus calles son anchas, largas y derechas, con salida y correspondencia en igual proporción a todas partes, y como están pendientes y empedradas, ni mantienen polvo ni consienten lodos; sus edificios los más son bajos; por recelo de los temblores, algunos de ladrillo y lo común de tapias, pero bien dispuestos y repartidos en su fábrica; las casas son

---

[3] *H. P. N.*, t. II, pág. 147. Véase también t. I pág. 385, y t. III, página 29.

[4] Buen resumen en *C. P.*, págs. 92 y sigs., que da, citando a Arcaya, el testamento del negro Juan Nicolás, esclavo del presbítero Doctor Don Francisco de la Colina, que dejó tres herederos y, como bienes, 90 reses vacunas de rejo y un gran número de toros, novillos, yeguas, burros, mulas y cabras, con un terreno y varios créditos.

[5] A la numerosa literatura en nuestra lengua sobre los llaneros, los que lean inglés podrán añadir un libro interesante: *Páez-W. S.*

tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines y huertas, que regadas con diferentes acequias que cruzan la ciudad, saliendo encañadas del río Catuche, producen tanta variedad de flores, que admira su abundancia todo el año; hermoséanla cuatro plazas, las tres medianas, y la principal bien grande y en proporción cuadrada. Fuera de la innumerable multitud de negros y mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos españoles y entre ellos dos títulos de Castilla que la ilustran, y otros muchos caballeros de conocidas prosapias, que la ennoblecen; sus criollos son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos; hablan la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los más puertos de las Indias, y por lo benévolo del clima son de airosos cuerpos y gallardas disposiciones, sin que se halle alguno contrahecho ni con fealdad disforme, siendo en general de espíritus bizarros y corazones briosos, y tan inclinados a todo lo que es política, que hasta los negros (siendo criollos) se desdeñan de no saber leer y escribir [...]; las mujeres son hermosas con recato y afables con señorío, tratándose con tal honestidad y tan gran recogimiento, que de milagro, entre la gente ordinaria, se ve alguna de cara blanca de vivir escandaloso, y ésa suele ser venida de otras partes, recibiendo por castigo de su defecto el ultraje y desprecio con que la tratan las otras... Pero la joya más preciosa que adorna esta ciudad y de que puede vanagloriarse con razón teniéndola por prenda de su mayor felicidad, es el convento de monjas de la Concepción, vergel de perfecciones y cigarral de virtudes: no hay cosa en él que no sea santidad, y todo exhala fragancia de cielo» [6].

Aunque a menos de 10 grados y medio del Ecuador, goza Caracas primavera perenne a causa de su altitud y de la orientación este-oeste del valle risueño en que la construyeron los españoles. «¿Qué puede darse de más delicioso —pregunta Humboldt— que una temperatura que permanece durante el día entre los 20 y los 26 grados y durante la noche entre los 16 y los 18, y que favorece el cultivo del plátano, de la naranja, del café, del manzano, del albaricoque y del trigo?» Y sin embargo, los caraqueños se quejaban del clima, y el viento oeste les hacía padecer de los nervios, hasta el punto de que muchos tenían que encerrarse en casa cuando soplaba llenando la ciudad de aire húmedo y caliente; hasta que el viento seco del este, portador de la frescura de la montaña, restauraba la transparencia del aire natal y de las cabezas doloridas. Todo esto, desde luego, implicaba ocio, bendición del Señor en aquellos tiempos al alcan-

---

[6] *Ségur*, t. I, pág. 423; *O. B.*, citado por *G. F.*, t. I, págs. 109-110.

ce de todos. Consideraban las familias acomodadas como una necesidad social el poseer el doble de los esclavos que su servicio doméstico requería, con lo cual la mitad de los sirvientes no trabajaban y los amos tampoco; y en cuanto a los oficios, todos en manos de pardos y de mestizos emancipados o libres de nacimiento, parece ser que la regla general era la de no trabajar más que lo absolutamente inevitable [7].

*

La Iglesia entraba de lleno en esta conspiración abierta contra el trabajo, y aun contribuía poderosamente a mantenerla organizando en honor de tal o cual de los santos de la hueste innumerable de los Cielos fiestas religiosas precedidas de novenas dedicadas al culto y a la oración, y seguidas de octavas dedicadas al holgorio, los fuegos artificiales, los conciertos y los bailes de sociedad y populares. Transcurría así la vida de la ciudad en un fluir de ondas entrelazadas, en que la ante-ola de oraciones que precedía al culto del santo siguiente se confundía con la tras-ola de fiestas en honor del santo pasado. La cresta de cada onda de fiesta era la procesión: desfile de color, ritmo, música e incienso que fluía por entre las dos hileras de casas colgadas con ricos tapices, cubiertas de hermosas flores y pobladas de mujeres vistosamente ataviadas.

El Santo, desde luego, perspicaz como suelen serlo los santos, sabía perfectamente a qué atenerse; y se daba cuenta de que su imagen que, balanceándose al paso de los cuatro portadores, iba presidiendo el espectáculo en un esplendor de cirios, en una nube de incienso, en una polifonía de campanas, trompetas y tambores, no era sino piadoso pretexto para organizar y dar cauce a las tendencias joviales de un pueblo dado a la alegría y al buen humor; y sabiéndolo, se prestaba de buena voluntad a desempeñar el papel que de su santidad se esperaba; ya que, al fin y al cabo, no dejaba la fiesta de tener cierta significación religiosa, puesto que se honraba al Señor volviendo los sentidos de Sus criaturas hacia el goce de la belleza, amén de que, mientras duraba la procesión, olvidaban todos sus diferencias de rango y fortuna en común igualdad ante la vida ultraterrena [8].

Esta medula religiosa de las sociedades españolas de las Indias era la causa más eficiente de su cohesión y unidad, laborando muy por debajo de la superficie, donde no calaba la vista de

---

[7] *H.P.N.*, loc. cit., pág. 581.
[8] *Depons*, t. II, págs. 173 y sigs.

los observadores y críticos superficiales. Era como un aire que nadie ve y que todos respiran. Las tormentas de días ulteriores, los excesos de las revoluciones francesa y negra y de la política reaccionaria que provocaron en España, han venido a oscurecer este aspecto de la realidad, desviando la atención del corazón cálido y radiante de la Iglesia hacia su corteza dura y empedernida. Pero el hecho en sí es capital. Con sus fiestas, sus normas de vida de familia, su doctrina de igualdad espiritual de los hombres, su tendencia a aliviar la suerte de los esclavos y a emanciparlos en lo posible, la Iglesia fue fuente permanente de las fuerzas morales y sociales que dieron a la vida española de las Indias color y encanto peculiares [9].

«Esta nación es sosegada aun en el delirio de sus placeres», escribía Depons de la Caracas que conoció bien. «Van a misa tres o cuatro mil personas sin hacer más ruido que una tortuga sobre la arena.» Pero el francés se equivocaba al atribuir el hecho al carácter nacional. «De todos los pueblos conocidos, son los españoles los que menos se preocupan de establecer una policía para asegurar la tranquilidad pública. La sobriedad que les es natural, y todavía más su carácter flemático, hace que entre ellos sean muy escasos tumultos y pendencias.» Los sucesos ocurridos desde entonces entre «españoles» de ambas orillas del Atlántico han demostrado el error de Depons. Aquella tranquilidad que él veía no era don natural sino fruto de paz interior. Otro francés, después de un erudito estudio de un gran obispo de Caracas (1756-70), da un cuadro más exacto y profundo: «No cabe negar que, pese a sus pueriles exageraciones, el episcopado de Madroñero ejerció feliz influencia en el desarrollo de la sociedad caraqueña porque fomentó entre los habitantes de la ciudad el gusto de las reuniones íntimas, de los placeres del espíritu, del tranquilo goce de la vida de familia; y despertó en ellos el sentido artístico. Los viajeros que visitaron Caracas hacia fines del siglo XVIII, como el Conde Ségur, Humboldt y el americano Daune, quedaron impresionados por la concordia y el espíritu patriarcal que reinaban en las familias de Caracas, y al mismo tiempo, por la cultura intelectual que hallaron» [10].

*

Sobre este último punto concuerdan todos los autores. Comentando las rivalidades entre los oficiales que venían de España y los criollos, escribe Depons: «Si se limitara el ataque a los

---

9 *V. I. B.*, varios lugares.
10 *Depons*, t. II, págs. 173, 192; *Humbert*, cap. II, pág. 171.

conocimientos adquiridos, quedaría el campo de batalla dominado por los criollos; pues, en general, las personas que vienen de Europa hallan en América otras mejor instruidas. Poseen los criollos excelentes dotes naturales. Son capaces de gran aplicación. Vense entre ellos profundos teólogos y eminentes juristas.» Comparando los reinos de las Indias en cuanto a cultura halla Humboldt «marcada tendencia al estudio profundo de las ciencias en Méjico y Santa Fe de Bogotá; más afición a las letras y a todo cuanto puede halagar a la imaginación más ardiente, en Quito y en Lima; más ilustración en cuanto a las relaciones políticas entre las naciones, opiniones más amplias sobre el estado de las colonias y de las metrópolis en La Habana y en Caracas». Y añade esta observación significativa: «Las comunicaciones más frecuentes con la Europa comercial y con ese mar de las Antillas que hemos descrito como un Mediterráneo con varias salidas han ejercido poderosa influencia sobre el progreso de la isla de Cuba y de las hermosas provincias de Venezuela. No hay parte alguna de la América española donde la civilización parezca más europea [...] a pesar de su mayor proporción de gente negra, se siente uno en la Habana y en Caracas más cerca de Cádiz o de los Estados Unidos que en ningún otro lugar del Nuevo Mundo» [11].

Tenía esta cultura de la amena capital venezolana tres raíces. La primera, ya lo hemos visto, la Iglesia. La segunda, la Universidad. Como en todos los demás reinos del Nuevo Mundo, la actividad educadora de España comenzó en Venezuela desde fecha muy temprana. El Seminario Tridentino, origen de la vida universitaria de Caracas, fue fundado en 1592 por Felipe II, por iniciativa de Simón de Bolívar, primer antepasado del Libertador que vino a instalarse en Venezuela. Era entonces este primer Bolívar Procurador de Caracas en Madrid. A causa del tamaño todavía reducido de la ciudad comenzó el Seminario como simple Escuela de Gramática, es decir, de latín. El colegio universitario no se constituyó hasta 1641; pero pronto adquirió vuelos de universidad. Si se tardó mucho en conceder a Caracas el honor de una universidad con nombre de tal y con poderes para conceder grados académicos, fue por la oposición de la Universidad de Santo Domingo, a la que tenían que acudir los estudiantes de Caracas —con sus correspondientes honorarios—

---

[11] *Depons*, t. II, págs. 183, 184. Es verdad que añade: «Si no vemos también personas versadas en economía política, es porque todo lo que no sea derecho canónico o civil está proscripto de las escuelas.» Pero este es uno de los muchos errores sobre la Universidad de Caracas que han quedado de manifiesto en *P. L.*, y el mismo Humboldt, citado en el texto, desmiente a Depons. *H. P. N.*, lib. IV, cap. XIII, t. I, pág. 591.

en busca de sus diplomas. Pero, al fin, además del Seminario Tridentino, Caracas obtuvo su Universidad, que quedó inaugurada el 11 de agosto de 1725 [12].

Por la época en que nacía el Libertador, era la Universidad caraqueña centro activo de enseñanza y de saber, muy celoso de sus privilegios, uno de los cuales era el de precedencia sobre cualquier otra institución de la capital, lo que, dicho sea de paso, desmiente las leyendas de indiferencia o antagonismo para con la enseñanza por parte del monarca que lo había concedido. En 1785, a los dos años de nacer el Libertador, la lista de las cátedras era: Teología de Prima; Teología de Vísperas; Cánones; Instituto de Leyes; Teología Moral; Filosofía Escolástica de Dominicos; Gramática de Menores y Música; Medianos y Mayores; Mínimos de Gramática; Escritura; Medicina. Pero todos estos nombres no significan gran cosa para el que no se refiera a las disciplinas que en efecto se enseñaban. La teología, por ejemplo, solía ser en el lenguaje académico de la época nombre común aplicable a cualquier ramo del saber humano, ya que Dios es todo y todo es Dios. El examen de las tesis presentadas por los estudiantes en los días de la infancia de Bolívar prueba que la Universidad de Caracas, lejos de abandonar el estudio de las ciencias, cultivaba la física, la química y la biología; y lejos de permanecer anquilosada en el Aristóteles medieval, seguía el desarrollo de la filosofía europea, estudiando a Descartes, Leibniz, Bacon, Espinosa, Locke, Condillac y Lamarck al lado de Kepler, Newton, Huyghens, Volta, Franklin, Lavoisier, Humboldt y Davy [13].

*

[12] *A. R. E. H.*, ap. 182. También *Humbert*, lib. II, cap. III, pág. 63, y libro III, cap. III, pág. 175.

[13] Lista de cátedras: *Humbert*, loc. cit., pág. 178, nota; *P. L.*, esp. notas, págs. 69 y sigs.

Ni siquiera discuto en el texto la cuestión de la imprenta. No hubo imprenta en Venezuela hasta 1808. El artículo que al asunto dedica *A. R. E. H.*, págs. 1 y sigs., es característico de este escritor tan pintoresco como inexacto. Sólo una política deliberada del Consejo de Indias para que Venezuela estuviera excepcionalmente mal gobernada y atrasada podría explicar los hechos como él los ve. Y claro está que tiene que confesar que no comprende lo que ocurre: «es incomprensible —escribe— cómo el gobierno español que para las demás secciones del continente había sido pródigo en concesiones liberales y había sabido enviarles hombres de iniciativa que tomaron a su cargo, sin consulta regia, el adelanto moral y material de tantos pueblos, dejó a Venezuela gobernada por autoridades de nulos conocimientos y desarrollarse a la sombra del oscurantismo más completo, no obstante de hallarse situada entre los dos focos más notables del progreso humano».

Sobre este hecho, de que no hubiera imprenta en Caracas hasta 1808, hay que tener en cuenta dos puntos: *a*) que hubo imprentas en varios

No por eso vayamos a imaginarnos a Caracas como una colmena de sabios quemándose las cejas sobre libros de filosofía y matemáticas. Era ante todo una ciudad de hombres vivaces y agudos y de mujeres graciosas e inteligentes cuyo fin principal en la vida era vivir —filosofía tan buena como la que más entre las que han ennegrecido el papel blanco—. Cada cual vivía como mejor le parecía y gozaba buena parte de sus placeres en el cultivo de las artes y de las letras. Caracas tenía su teatro. No tomemos sin un grano de sal las críticas severas de Depons: «En sí, todas las piezas son lamentables, y además deplorablemente representadas.» Ya conocemos la cantinela. En aquellos días había en cada francés un Boileau para quien Lope, Tirso y Calderón eran casi tan bárbaros como Shakespeare. De las páginas de Depons se desprende que el teatro en Caracas era muy barato (demasiado para su gusto), pues sólo costaba un real o sesenta centavos, y que lo frecuentaban por igual altos y bajos: «Ricos y pobres, viejos y jóvenes, nobles y plebeyos, gobernantes y gobernados, todos van asiduamente.» Por Humboldt sabemos que en el patio estaban separados los hombres y las mujeres, y que no había techado, de modo que «se veían a la vez los actores y las estrellas». Y añade este toque encantador. «Como tenía que perder mucho tiempo de observación de los satélites a causa de la bruma, me era posible desde el palco del teatro cerciorarme de si Júpiter estaría visible durante la noche» [14].

---

puntos de las Indias desde los primeros días; *b*) que si los dirigentes de la vida venezolana lo hubieran querido habría habido imprenta en Venezuela mucho antes; *c*) que no era la cosa tan importante como se dice, puesto que tanto Venezuela como los demás países de las Indias recibían de España fuertes cargamentos de libros. Sobre todos estos puntos véase *I. B.*

Hasta Humboldt cae en este error tan típico de la edad. Pero su conclusión es significativa: «C'est dans les temps modernes, un spectacle assez extraordinaire de voir un établissement de ce genre (la imprenta) suivre et non précéder une révolution politique.» Lo que prueba que ni la cultura ni el desarrollo político han menester de que la imprenta esté precisamente sobre el terreno. Indirectamente, confirma mis conclusiones al escribir que «les sciences exactes, le dessin et la peinture n'ont point ici (Caracas) de ces grandes établissements que Mexico et Santa Fe doivent à la munificence du Gouvernement espagnol et au zéle patriótique des nationaux». Pudo haber aplicado el argumento a la imprenta.

En cuanto a la anécdota que también da Rojas de que Carlos IV se negara a dar licencia para una cátedra de matemáticas arguyendo que «no conviene que se ilustre a los americanos», ya se sabe ser un infundio cuyo origen dan *P. L.*, págs. 171 y sigs., y *P. P.*, págs. 85 y sigs. Es de lamentar que esta fábula halle acogida en *Humbert*, pág. 182.

[14] *Depons*, t. II, pág. 177. Cf. Frézier en *I. B.*, *H. P. N.*, lib. IV, capítulo XII, t. I, pág. 580.

La observación de Depons sobre el teatro como institución en que las clases alternaban por igual queda confirmada y aun ampliada por otra de Humboldt: «Hallé en muchas familias de Caracas una afición a la cultura, un conocimiento de las obras maestras de las literaturas francesa e italiana, un gusto por la música, que se cultivaba con éxito y, como suele suceder con las bellas artes, une a todas las clases de la sociedad.» También Ségur, por entonces, observó esta afición a la música en Caracas: «Este Gobernador me presentó en las casas más distinguidas de la ciudad; donde vi hombres quizá demasiado graves y taciturnos, pero en cambio una gran cantidad de damas tan notables por su belleza como por la riqueza de su atavío, la elegancia de sus modales, y sus dotes para la danza y la música, así como por una vivacidad y una coquetería que sabían aliar muy bien el buen humor con la decencia.» Cayetano Carreño hermano mayor del que fue maestro de Bolívar, ocupa un lugar preferente en la historia de la cultura venezolana como compositor de talento; y un pariente materno de Bolívar, el Padre Sojo, así como la familia francesa de Blandin, solían organizar conciertos en los que ya en 1789 se tocaba música de Mozart, Pleyel y Haydn [15].

Es la música arte para gozado en estado de pasividad, tan fértil para el artista y tan típico del carácter español en su forma más espontánea. Tampoco estorbaría esta tendencia a la pasividad cualquier gota de sangre india que se hubiera infiltrado en las venas azules de los caraqueños. Humboldt frunce el ceño ante lo que para él es indiferencia y falta de curiosidad: «No conseguimos hallar en Caracas un solo hombre que hubiera trepado hasta la cumbre de la *Silla.* Los cazadores no suben tan arriba sobre el espinazo de las colinas, y casi nadie viaja en este país a caza de plantas alpinas, o para estudiar las rocas, o para llevarse un barómetro a las alturas. Acostumbrados a una vida uniforme y casera, no hay quien no tema la fatiga y los cambios bruscos de clima; parece como si la gente viviera no para gozar de la vida, sino sólo para prolongarla.» El activo alemán, criado en un clima que estimula el estudio en casa y el ejercicio fuera, no llegaba a comprender al caraqueño amigo de vivir a su gusto y sin esfuerzo. Pero no se crea que en la vida de Caracas había desidia ni física ni mental. «Hay lujo general y muchos dorados en los muebles de las casas ricas

---

[15] *H. P. N.*, lib. IV, cap. XIII, t. I, pág. 593; *Ségur*, t. I, pág. 424; *A. R. L. H.*, págs. 163-179.

—escribe Dauxion Lavaisse en 1807— y por todas partes más limpieza y abundancia que en España. Tanto lujo hay en Caracas como en las capitales europeas, y un refinamiento y una cortesía exagerada debidas a la gravedad española y al modo de ser del criollo, amigo del ocio» [16].

*

Tres eran las fuentes principales de la renta que así se gastaba en «prolongar la vida» lo más amenamente posible: la tierra, el comercio, y los cargos del Estado o de la Ciudad. El comercio se solía dejar a los «europeos», es decir, a los españoles de España; a no ser que se ejerciera disimuladamente, pues «por mucho que hagan las leyes [que procuraban honrar al comercio para fomentarlo] la opinión nacional todavía se niega a dar al comercio la consideración de que goza en todas partes». (El padre de Bolívar tenía una tienda de paños por persona interpuesta.) Se ocultaban los almacenes en casas particulares sin ningún signo exterior que pudiera revelar su existencia a los transeúntes. Aun así, era el comercio renglón considerable de la riqueza nacional, sobre todo desde las medidas adoptadas por Carlos III para abrir los puertos españoles e hispanoamericanos al tráfico transatlántico en el llamado *Reglamento de Comercio Libre* del 12 de octubre de 1778. Los mayores beneficios se hacían en el Nuevo Mundo. Los mercaderes españoles no sacaban tanto provecho. Depons calcula en tres y medio por ciento lo más la ganancia que se hacía en el extremo español de la cadena de tráfico. Según él, los catalanes lograban mejor negocio a ambos extremos reservando para sus propios paisanos toda la negociación. «Las compras de importancia —escribe— se hacen siempre por tantos catalanes cuantos pueden repartirse el artículo comprado. Así es cómo se venden la mayoría de los cargamentos que llegan de su país.» Los vascos habían sido los dueños absolutos de Venezuela en la gran época de la Compañía Guipuzcoana, que había gozado del monopolio comercial del país desde 1728 a 1778; pero, aunque la mayoría de los mercaderes prósperos que menciona Depons llevan nombres vascos, no parecen los vascos haber puesto en juego una solidaridad nacional tan vigorosa como la de los catalanes, ya pasado el pe-

---

[16] Sobre pasividad y carácter español véase mi «Ingleses, Franceses, Españoles», en *H. P. N.*, lib. IV, cap. XIII, t. I, págs. 594-595; Dauxion-Lavaysse, citado por *P. P.*, pág. 95.

ríodo de actividad creadora que durante cincuenta años había distinguido a su compañía [17].

La comunidad comercial era en su esencia cosa de vascos, catalanes, canarios y en general españoles europeos. Los criollos de la clase alta, o sea blanca, eran casi todos terratenientes que, ya por la honra ya por el provecho, solicitaban servicio oficial, cuando no se lo encontraban por privilegio en la cuna. Para estos hombres, el país era la estrecha zona costera de doscientas leguas de largo por doce de fondo en que se hallaban concentradas todas las amenidades de la civilización. Fundábase ésta en una economía agraria próspera gracias a la esclavitud. En aquellos tiempos Venezuela, con un millón de habitantes, contaba apenas sesenta mil esclavos; pero casi todos trabajaban en la zona costera en que los criollos ricos cultivaban la tierra, y sólo en la provincia de Caracas había cuarenta mil. Humboldt estima en doscientos mil los blancos, diez a quince mil de ellos europeos, sin contar la tropa. Puede afirmarse que el comercio estaba casi todo en manos de estos quince mil «europeos», mientras los doscientos mil «españoles» restantes, es decir, los hispanoamericanos, vivían ya de la propiedad de la tierra, ya de las profesiones liberales y de los cargos públicos [18].

A veces, desde luego, de lo uno y de lo otro. Tal era el caso de algunos de los hombres más famosos de los anales de la emancipación, como Nariño, o el padre de Bolívar. Nariño había sido Tesorero de Nueva Granada, por obra y gracia del favoritismo de dos virreyes sucesivos: el padre de Bolívar era Alférez Real, cargo honorario del cabildo de Caracas, vinculado en su familia por privilegio; Cortés de Madariaga, el canónigo chileno que soñó en dirigir el movimiento de emancipación de Venezuela, de cuyo sueño le despertó rudamente Bolívar, vivía de su beneficio vinculado a la catedral de Caracas. Podría alargarse la lista, de la que se desprendería que los sucesos que desgarraron hasta sus entrañas la comunidad hispánica del Atlántico germinaron en esta capa de la sociedad criolla compuesta de terratenientes y oficiales públicos cultos, ociosos, ricos, que vivían en la costa del «Mediterráneo americano» libres de toda preocupación. «Las costas de Venezuela —escribe Humboldt—, por su desarrollo, su penetración hacia el oeste, la multiplicidad de sus puertos y la seguridad de sus fondeos en toda estación presentan todas las ventajas que ofrece el mar interior de las Antillas. En ningún otro sitio ha sido más difícil reprimir el comercio ilícito con los extranjeros. No es pues de extrañar que

---

17 *Depons*, t. II, págs. 28, 30.
18 *H. P. N.*, lib. IV, cap. XII, t. I, págs. 566 y sigs.

esta facilidad de relaciones comerciales con los habitantes de la América libre y con los pueblos de la agitada Europa, haya fomentado por un lado la opulencia y las ideas, y por otro, ese deseo inquieto de autonomía que no cabe distinguir del amor a la libertad y a las instituciones republicanas» [19].

---

[19] Sobre Nariño véase *Samper* y *I. B.*, *H. P. N.*, lib. IV, cap. XII, tomo I, pág. 569.

Capítulo II

LAS RAÍCES

Mucha y buena labor se ha hecho ya para desentrañar y sacar a luz las raíces de Bolívar; pero quizá adolezca de excesiva concentración en la línea masculina directa y en el apellido *Bolívar*. El árbol genealógico, en doce generaciones, con sólo ciento treinta antepasados conocidos, revela nada menos que sesenta nombres distintos, cualquiera de los cuales, a no ser por la costumbre de designar a las personas por el nombre de la línea paterna, hubiera podido ser el del Libertador. Ante la ley se llamó Simón de Bolívar. En cuanto a la sangre, lo mismo se hubiera podido llamar Simón Rojas, o Herrera, o Vázquez de Escobedo, o cualquiera de los demás apellidos que por docenas figuran en su árbol genealógico. De ello, lo menos tres merecen tanta atención como el que sus hazañas han impreso en la Historia [1].

---

[1] Árbol genealógico en *Ponte*, que se remonta a la casa real de Castilla. La parte útil se hallará reimpresa en *Larrazábal*, t. I, frente a página 438. Ni completo, ni exacto, pero útil. Los sesenta apellidos son: Bolívar, Ponte, Palacios, Blanco, Martínez de Villegas, Gil de Arratia, Marín de Narváez, Blanco de Herrera, Rebolledo, Xedler, Ladrón de Guevara, Aguirre, Andrade, Infante, Jaspe, Liendo, Montenegro, Zárate, Rojas, Revilla, Maldonado, Villela, García Fernández de Araujo, Ascensio, Ascanio, Ochoa, García, Bustamante, Sojo, Austria, Gámez, Puerta, Díaz Moreno, Martínez de Madrid, Pacheco, Cuaresma de Melo, Céspedes, Arias Montano, Gerardis, Paz, Ochoa de la Rementería, Ibarguen, Gómez de Ampuero, González, Gómez, Rodríguez, Santos, Escobedo, Fajardo, Andixpe, Hernández, Samaniego, Vázquez de Escobedo, Fernández de Clavijo, Mercadillo, Vergara, Moreno.

Se da el caso de que el apellido *Bolívar* se hizo consuetudinario en la familia porque Simón de Bolívar prefirió el nombre materno al paterno, que era Ochoa de la Rementería. (*C. P.*, págs. 45 y sigs.)

Estos sesenta apellidos son como otras tantas raíces por donde llegan hasta Simón Bolívar las savias de tantas familias del nuevo y del viejo mundo para nutrir su ser con memorias y tradiciones mucho más fuertes que su propia conciencia de ellas. No ha calado hasta lo hondo del Libertador ni ha comprendido su carrera accidentada y a veces al parecer incoherente quien no haya explorado primero estas avenidas de su abolengo por donde su ser arraigaba en la tierra histórica de su pueblo. Porque todo hombre, grande o pequeño, es suma de miles de antepasados y por consiguiente resumen de todo el pueblo en cuyo seno viene a la vida.

*

Corresponde el primer lugar al linaje de Bolívar, no por ser el masculino, sino porque es una de las líneas ancestrales de mayor relieve en la familia del Libertador así como uno de los linajes más ilustres en la Historia de su país. Cuando en 1588 llega a Caracas de su España natal por vía de Santo Domingo el fundador de esta rama venezolana de los Bolívar, Simón el primero, y el más famoso de ella después del último, el país se halla restablecido ya de las tribulaciones de su era alemana. Descubierto por Alonso de Ojeda en 1499, y conocido entre los españoles primero como la *Costa de Tierra Firme* y más tarde como *Venezuela,* el territorio había sido coto de aventureros, de navegantes busca-vidas y de cazadores de esclavos para las Islas. En 1513 Juan de Ampués obtuvo concesión real para explorar y pacificar «Curazao, Oruba y Buenaré». Después de varias tentativas infructuosas Ampués se hizo a la vela de Santo Domingo en 1527 con sesenta hombres, y fundó Santa Ana de Coro en territorio de indios, que lo tenían en gran estima por su buen proceder y trato suave. Pero sus éxitos quedaron cortados en flor por la irrupción de los alemanes.

El 27 de marzo de 1528, Carlos V había concedido a dos alemanes «licencia y facultad para descubrir, conquistar y poblar» la costa y las Islas, «eçeptadas las que están encomendadas y tiene a su cargo el factor Juan de Ampués». En 1531, estos dos alemanes, Alfinger y Sayler, solicitaron y obtuvieron la cesión de sus derechos a los hermanos Welser, banqueros para con quienes adolecía Carlos V de una deuda crónica e incurable. Esta concesión comprendía el cargo de gobernador de las tierras conquistadas y pacificadas, y el título hereditario de Adelantado. Desde febrero de 1529, en que Alfinger se encarga del mando desplazando a Ampués, hasta 1546 en que los Welser pierden la concesión, los alemanes gobernaron la Costa Firme y sus

Islas con mano tan avara como dura; tan ávidos de oro como los más ávidos españoles, carecían del impulso de poblar que solía llevar consigo la conquista española, tan creadora en lo civil como en lo religioso. La exploración del interior en busca del fantástico El Dorado, señuelo que atrajo tanto a alemanes como a españoles hasta las entrañas del continente, dio lugar al encuentro singular de tres expediciones que, como si se hubieran dado cita, llegaron al tiempo por tres caminos distintos a la meseta de Bogotá: la de Federmann, desde Maracaibo y Barquisimeto; la de Gonzalo Jiménez de Quesada, desde Santa Marta; y la de Benalcázar desde Quito —tres marchas cualquiera de las cuales, aun con los medios de hoy, sería muy de admirar.

Pero todas estas hazañas en busca de quimeras no hacían más que devastar al país. Para hacerse con fondos con que sostener las expediciones a El Dorado, se cazaban indios como «rebeldes», que se vendían en Coro como esclavos. Las Casas llamó la atención del Emperador sobre este abuso escandaloso, y por esta causa, así como por numerosas quejas de los españoles contra las exacciones de los gobernadores alemanes, se decidió dar fin a la concesión. Juan Pérez de Tolosa, nombrado Gobernador General interino en 1546, aunque hombre de garnacha y, en general, gobernante prudente, emprendió por lo menos dos expediciones militares, ninguna con éxito. Hasta la llegada de su sucesor Juan de Villegas (uno de los apellidos del árbol de la familia del Libertador) los españoles de la Costa Firme no dedicaron plenamente su energía a la labor de «fundar y poblar» que había sido ya en las demás tierras del Nuevo Mundo el aspecto más creador de la conquista [2].

*

Ello no obstante, siguió imperando el caos durante buena parte del siglo. En este período surgen otros apellidos que figurarán al lado del de Villegas en el árbol genealógico del Libertador. Elena Fajardo, por ejemplo, que por la línea Ladrón de Guevara-Villegas empalma con la de Bolívar, lleva el apellido del turbulento mestizo, tan osado como astuto, que de 1555 a 1564 domina la escena histórica de Tierra Firme. Era Francisco Fajardo natural de la Isla de Margarita, hijo de un español y de una india descendiente del cacique del Valle de Maya, en Tierra Firme; y ya español, ya indio, ya bregando, ya negociando, pudo haber llegado a reducir a su obediencia todo el país, de no haberle traicionado su propia impetuosidad o sus

---

[2] *Humbert* da el mejor resumen de estos acontecimientos.

rivales; uno de los cuales, Alonso Cobos, Justicia Mayor de Cumaná, lo ahorcó en 1564, siendo a su vez ahorcado por ello por orden del Justicia Mayor de Margarita [3].

A este período de caos pertenece también la historia del tirano Aguirre —otro apellido del árbol de familia del Libertador—. Este robusto vizcaíno es una de las figuras más representativas de la historia de las Indias. Miembro relativamente subordinado de una expedición de cuatrocientos hombres y cuarenta caballos que Cañete, virrey del Perú, mandó a explorar el Marañón al mando del navarro Ursúa, Aguirre logró trepar hasta el mando absoluto de la expedición mediante una serie de asesinatos audaces. Emulando la gesta de Orellana, llegó río abajo hasta el mar, y luego mar adentro hacia el norte, hasta Margarita y Tierra Firme. En el curso de este viaje épico desafió abiertamente la autoridad de Felipe II declarándose libre y enemigo de su rey en una carta de insolencia inaudita. La rebeldía de Aguirre era desconocida en Margarita, cuando llegó fingiendo lealtad y conducta intachable, hasta que consiguió apoderarse del Gobernador, al que apresó y dio muerte. Entonces fue también cuando asesinó a Ana de Rojas, una de las antepasadas de Bolívar. Por temor a Fajardo que se acercaba con otra fuerza, Aguirre se pasó con su gente a la Costa Firme, donde saqueó a Burburata, y luego a Valencia y Barquisimeto. Pero aquí hallaron sus soldados hojas en que el Gobernador les concedía plena amnistía con tal de que abandonaran al rebelde. Esta maniobra fue para Aguirre el principio del fin. Poco después cayó en manos de la autoridad pero fue asesinado por los suyos el 27 de octubre de 1561 [4].

Su nombre pasó a ser leyenda viva perpetuada por la canción y el romance en todo el país; y su espíritu siniestro, al decir de las gentes, vaga como alma en pena y sin consuelo en las noches oscuras, cuando, expulsado hasta del Infierno, vuelve sobre la tierra ardiendo en llamas que salen del suelo —sobre todo donde hay yacimientos de aceite mineral—. Pero también merece pervivir porque en Aguirre vieron las Indias la encarnación más genuina de los dos rasgos políticos que afligen al español: la dictadura y el separatismo. Con certero instinto se designó a sí mismo *Fuerte Caudillo de la Nación Marañona,* es decir, dueño irresponsable y anárquico de una nación imaginaria; poniendo

---

[3] *Baralt,* t. I, caps. XII, XIII.
[4] Para Aguirre y su valor simbólico, *I. B.*

así al desnudo la medula de tantos movimientos de separatismo y dictadura anteriores y posteriores a sus días, sin excluir el que iba a hacer ilustre el nombre del Libertador [4].

*

Antes de volver a la historia de Venezuela y a la parte que en ella corresponde al noble linaje de Bolívar, es necesaria una disgresión sobre otra de las ramas de la familia —la de Xelder o Xedler—. Este apellido entra en la genealogía de Bolívar con Juan Xedler, noble alemán, padre de Manuel Xedler cuyo sobrino Marcos Xedler Calatayud y Toledo fue Gobernador y Capitán General de Venezuela y recibió la dignidad de Caballero en 1633. El hijo de este Marcos Xedler, Diego Manuel Xedler y Games, casó en Caracas el 5 de mayo de 1646, y tuvo una hija, Isabel, cuyo hijo, Feliciano Palacios y Xedler, fue abuelo de la madre del Libertador.

Por el tiempo en que estos Xedler figuraban en Venezuela, otro del mismo apellido dominaba la escena en Potosí. Xedler es nombre escaso. Hay derecho a presumir un parentesco —que los documentos confirman—. El Xedler de Potosí era oriundo de Almagro como lo eran los de Venezuela antes de trasladarse a Ciudad Real y unos y otros descendían de un alemán venido a España en el reinado de Carlos V. «Este año —escribe el autor de los Anales de Potosí refiriéndose a 1618— vino a Potosí Don Antonio Xedels o Xeldres, nacido en Almagro, hombre de soberbia y terribles acciones, enemigo acérrimo de los vascongados, castellanos y extremeños; y dio orden como fuesen destruidos y aniquilados los vascongados, y se hizo capitán de los criollos.» Xedler llegó pronto a ser uno de los jefes de la enmarañada guerra civil de Potosí, que, a pesar de su increíble ferocidad, no parece haber obedecido a causa alguna ni haberse propuesto ningún fin, sino tan sólo haber brotado de un ambiente pletórico de riqueza, ocio, ánimo y virilidad en un clima frío y estimulante. Porque un jesuita «le reprehendió suavemente» Xedler le dio muerte, y tuvo que expatriarse de Potosí. Sus últimas palabras a sus secuaces fueron: «Que salgan de Potosí todos los vascongados, si acaso no saliesen para la otra vida»; y «que todas las naciones [de España] estéis unánimes con los criollos, que así se facilitará la destrucción de estos vizcaínos». Finalmente les recomendó: «haceos fuertes en este Potosí y no rindáis vuestras armas», aunque se lo requiriera la autoridad, por alta que fuese.

Es significativo que un antepasado de Bolívar mandara un bando en una guerra civil con espíritu tan cercano al separatismo. Estas guerras civiles del Potosí, que se conocieron con el nombre de Guerras de los Vicuñas, porque uno de los bandos llevaba como distintivo un sombrero de vicuña, son antecesoras de las guerras de secesión como Xedler lo es de Bolívar; y, como el separatismo puro del tirano Aguirre, son también raíces psicológicas del árbol vigoroso que fue Simón Bolívar, el Libertador. Aguirre y Xedler no son pues tan sólo meros apellidos del árbol de familia bolivariano; son dos símbolos de las tendencias psicológicas que observaremos en el vasto y rico paisaje del alma del Libertador —tendencias que surgen del pasado, de suyo y por derecho propio, permitiéndonos sorprenderlas en su estado natural, antes que las *ideas* de una era más tardía vengan a darles forma, a nutrirlas y a decorarlas con cierto aire extranjero [5].

*

El caos en que fue creciendo Venezuela durante el siglo XVI era en parte causa y en parte efecto de la carencia de clero y de instituciones eclesiásticas. Cuando el Padre Pedro de Agreda, segundo Obispo de Venezuela, llega a Coro en 1560, se encuentra con que tiene que hacer de párroco de todas sus parroquias; y para satisfacer el deseo de no pocos pobladores de entrar en las órdenes, tiene que organizar escuelas y hasta que ponerse a enseñar latín. Este abandono del aspecto religioso de la conquista, debido sobre todo a la influencia alemana, fue una de las causas principales del largo período caótico que padeció Venezuela, en contraste con el desarrollo orgánico de Nueva España y del Perú. Pero es posible que otra de las causas de la diferencia sea que en Nueva España y en Perú los españoles pudieron edificar sus Estados sobre los cimientos de una tradición estatal pre-hispánica.

En ausencia de semejante tradición, y también por faltar un hombre de la talla de Hernán Cortés, la conjunción de grupos de tribus indias sin estructura política con una serie de aventureros titulados gobernadores, y de gobernadores con vocación de aventureros, tenía que dar de sí durante generaciones enteras más caos que riqueza y paz. No porque faltase a los

---

[5] Para Xedler y las guerras civiles de Potosí, *I. B.*, cap. XXXI. Sobre la familia de Xedler, *Carrafa*, t. 45.

españoles cierto sentido de orden cívico sino porque este sentido cívico tendía a manifestarse de un modo local y municipal. Aunque ya las instituciones municipales de la metrópoli venían sintiendo el peso creciente de la autoridad regia, era todavía robusta la tradición que hacía de los municipios pequeñas repúblicas soberanas en su administración y justicia, y que concedía al municipio de la capital de la provincia o reino poderes casi parlamentarios sobre todo el territorio.

Poco antes de morir, un Gobernador General de Venezuela, Villasinda, decidió que mientras llegaba su sucesor gobernaría cada provincia el alcalde de su capital. Esta decisión fue muy del agrado de los alcaldes; y para consolidarla con la sanción regia decidieron enviar a Madrid a un poblador llamado Sancho Briceño. Concedióse esta sanción por Real Cédula del 8 de diciembre de 1560; y con ella el derecho de recibir de España un barco anual de mercancías que pagarían sólo la mitad de los derechos; y el de importar cada año doscientos esclavos africanos para las minas. También se concedía otro derecho que hace extraña figura al lado del anterior: el de que Santo Domingo enviara misioneros para predicar el Evangelio [6].

Es característico de la historia de Venezuela que esta negociación, la primera en que apunta cierta conciencia constructiva de índole municipal parlamentaria o republicana, tuviera lugar simultáneamente con el acceso de separatismo caótico del tirano Aguirre. Entretanto, continuaba la «reducción» de la provincia o sea la guerra contra los indios. La campaña más lograda de la serie fue la de Diego de Losada contra los Caracas en tiempos del Gobernador Don Pedro Ponce de León (1565-69). La resistencia más tenaz procedía del animoso cacique Guaicaipuro, caudillo de la tribu de los Teques. Losada confió el mando de la expedición encargada de destruirlo a un antepasado de Bolívar, Francisco Infante, Alcalde de Caracas. Durante la campaña, en efecto, Losada había hecho de su cuartel general la ciudad de Santiago de León de Caracas, nombre adoptado en honor de sí mismo *(Santiago* por *Diego),* del Gobernador General Ponce de León, y de sus adversarios, los Caracas, a quienes había intentado varias veces conquistar por el buen trato y los presentes. Con el tiempo se fueron borrando del nombre de la ciudad tanto Santiago como el león, quedando los indios, vencedores al menos en el nombre. Prosperó rápidamente la nueva ciudad a costa

6 *Baralt,* t. I, pág. 220.

de Burburata, situada en terreno menos salubre, y pasó a ser capital de la provincia durante el gobierno de Don Juan Pimentel (1576-82) [7].

*

De 1587 a 1597 gobernó la provincia el General de las Galeras de Santo Domingo, Don Diego de Ossorio, que goza de gran reputación a causa de los elogios que le prodiga el cronista de Venezuela, Oviedo y Baños. Ossorio halló la provincia todavía en pleno desorden causado por la mala administración de su predecesor Rojas. Hombre de ideas, de ánimo y de don de gentes, pronto formó sus planes para hacer entrar en caja al país; pero creyó prudente aplazar toda acción hasta haber obtenido el visto bueno de Madrid. A tal fin decidió enviar a España a su deudo Simón de Bolívar; pero el taimado Gobernador maniobró para que su emisario fuera investido de la dignidad de procurador del cabildo de Caracas. Oriundo de Marquina, ciudad de Vizcaya, Simón de Bolívar llevaba catorce años de Secretario de una de las Cámaras de la Audiencia de Santo Domingo cuando en el séquito de Ossorio pasó a Caracas como Contador y ministro de la Tesorería. Entra pues la familia Bolívar en la historia de Venezuela por lo más alto de la jerarquía social y oficial. El cabildo lo eligió procurador no sólo de la ciudad sino de toda la provincia, asumiendo así derechos y privilegios de parlamento nacional según la tradición española, quizá heredada de la misma Roma, la urbe que fue nación y hasta imperio.

No deja de tener interés el detalle, puesto que Simón de Bolívar, el procurador, es una de las raíces de Simón Bolívar el Libertador. El antepasado era un administrador y oficial público, nacido y criado en el servicio del Estado, y cuya primera labor en su nueva patria consistió en representar al pueblo, pero también al Gobernador, es decir en presentar ante el Rey los planes de un Gobernador activo e inteligente en forma de peticiones de la colectividad de pobladores españoles.

Requerían estos pobladores por boca de su procurador que se restaurara el servicio personal de indios que había sido prohibido por Real Cédula de 27 de abril de 1588; que se permitiera hacer cautivos desde la edad de diez años a los indios de Miria, que solían resistirse a los españoles y comían carne humana; que se concedieran tres mil licencias para importar esclavos negros; que las perlas pudieran circular como moneda a razón de dieciséis reales de plata por peso de perlas; que se enviaran a Vene-

---

[7] Véase *I. B.* Acontecimientos en *Baralt* o *G. F.* Larrazábal, t. I, página 433.

zuela dos barcos anuales de mercancías «por cuanto no vienen navíos de España con derecha carga por estar esta gobernación fuera de la navegación general de las flotas»; que se diera al gobernador facultad para nombrar oficiales directamente «sin que la Audiencia de Santo Domingo ni su presidente se entremetan en ello»; y que se abstuviera la Audiencia de enviar jueces de comisión como no fuera por casos muy graves; que siempre que hubiera que hacer visitas de inspección para cerciorarse del trato que se daba a los indios las hiciera el Gobernador y no extraños enviados como jueces de comisión; que el Gobernador nombrara a algún funcionario local como teniente general letrado de ciencia y conciencia para resolver los numerosos procesos civiles y criminales pendientes; y que las causas en que se apelaba a la Audiencia fueran resueltas por el Gobernador. Por último se solicitaban también ciertos privilegios fiscales, así como un subsidio para el hospital fundado por Ossorio, para el que también se pedía exención de toda intervención eclesiástica.

Ossorio era pues un «separatista» para con Santo Domingo; y su política consistía en proteger los intereses de los pobladores blancos. Bolívar no logró éxito igual en toda la línea, pero regresó con no pocas concesiones para la colonia y alguna que otra ventaja personal para él. El navío directo anual había sido ya logrado por Briceño, pero la colonia, tan turbulenta como indolente, había dejado caer en desuso la concesión. Bolívar volvió a traerla en forma de privilegio otorgado al cabildo para nombrar cada año una persona que recibiría en La Guaira un barco por su cuenta. En cuanto a los servicios, sólo se concedió el de importar cien toneladas de esclavos africanos; en cambio se suspendió la alcabala durante diez años compensándola con un pequeño tributo que pagarían las ciudades [8].

A Simón de Bolívar se le concedía la prerrogativa de regidor vitalicio de Caracas con voz y voto. Era esta concesión curiosa desviación de las tradiciones republicanas de los cabildos de Venezuela. Uno de los primeros actos de Ossorio al encargarse del gobierno había sido el de restablecer el derecho de la ciudad de Caravalleda, hollado por su predecesor Rojas a este respecto. Rojas se había arrogado el derecho de nombrar los alcaldes de Caravalleda para el año 1586. Lo regular era que la ciudad eligiera cada año sus regidores, que a su vez elegían dos alcaldes. Al negarse los regidores a reconocer los nombramientos irregu-

---

[8] Relato de *O. B.*, *Baralt*, *G. F.*
Las instrucciones de Bolívar demuestran que ha recibido poderes también de otros cabildos, a saber: Coro, Truxillo, Barquisimeto, Carora, el Tocuyo, Maracaibo, Valencia, San Sebastián de los Reyes.

lares del Gobernador, Rojas los hizo prender. Los pobladores abandonaron la ciudad. Ossorio puso en libertad a los regidores. Y sin embargo, este mismo Ossorio recibió a Bolívar de vuelta de España nombrado regidor vitalicio por el Rey; y además, en 1594, por iniciativa propia, obtuvo de Madrid una orden declarando venales y permanentes todos los «regimientos» de su gobernación [9].

Ésta es pues la tendencia desde Simón de Bolívar el procurador a través de los siglos hasta latir en el corazón de Simón Bolívar el Libertador: un interés de ciudadanía en las cosas de la república, pero de la república de los pobladores blancos, dueños de la tierra, de las minas, del ganado y de los esclavos; dueños de hecho, además, de los indios; hombres de ocio, de valor, de altivez y de privilegio, que estimando en mucho la buena opinión de sus pares estimaban todavía más el título de honor o la vara de magistrado que les otorgaba a través de los anchos mares el monarca de la vieja España.

*

El linaje de los Bolívar y otros como los de Villegas, Infante, Martínez de Madrid, Ladrón de Guevara, aportaban al Libertador la savia de la añeja encina española y del laurel. Pero Simón Bolívar hubiera sido como figura histórica mucho menos representativo, como ser humano mucho menos complejo, como americano mucho menos arraigado en el suelo del Nuevo Mundo, de haber sido blanco puro. Aunque las fuerzas y los espíritus ambientes le hubieran influido, no hubiera podido tener acceso —como lo tuvo— a las capas más profundas del alma de las Indias, si su familia no hubiera absorbido, quizá más de una vez, sangre negra y sangre india. «¿Qué dirán las naciones europeas, cuando lleguen a saber que Bolívar es zambo? —preguntaba Simón Rodríguez o Carreño en su vigorosa defensa del Libertador—. ¿Qué dirán los rubios de Inglaterra, los de Escocia, los de Francia, y sobre todo los de... Andalucía? —un zambo mandando indios en el Perú... ¡qué impropiedad!—. Y ¿qué dirían las gentes de juicio, si el autor de esta defensa emprendiese probar con papeles o con opiniones que Bolívar es blanco de primera, de segunda o de trigésima extracción? —noble de primera o de centésima jerarquía—; Bolívar y su defensor son zambos; pero ninguno de los dos es necio» [10].

---

[9] *Larrazábal,* t. I, pág. 428; *Baralt,* t. I, pág. 269.
[10] *D. B.*, pág. 100.

Ésta es una de las páginas más agudas que escribió aquel hombre estrafalario que el capricho de la suerte acercó a las mocedades de Bolívar. El astuto «maestro», bañado de la gloria de su ya famoso «alumno», no iba a caer en la candidez de reconocer ni en la de negar que por las venas de Bolívar corrían las tres sangres de las Indias; porque, si lo negaba, perdía el Libertador el apoyo indispensable de las masas; y si lo reconocía, perdía el Libertador el prestigio que todavía irradiaba de la sangre blanca. Y el hecho de que estas dos actitudes se excluían mutuamente no les impedía convivir en el pecho de cada cual, ya fuera blanco, negro, indio, mestizo o zambo, aunque se llamara Simón, ya fuera Rodríguez o Bolívar.

Puede darse por hecho que las ramas de la familia Bolívar todavía por explorar, y americanas, arraigan en el suelo de las Indias, a través de una u otra de las estirpes de color; ya que el prejuicio universal para con la gente de color obra para inhibir la rebusca y callar los resultados. «La misma familia de Bolívar, aunque de abolengo ilustre —escribe Gil Fortoul—, tenía ya sangre mestiza a fines de la colonia.» Hay un caso desde luego poco menos que cierto: el de la bisabuela del Libertador, que aportó a la familia las minas de Cocorote y el señorío de Aroa, así como la misma casa en que nació. Josefa Marín de Narváez era hija natural de Francisco Marín de Narváez y de una mujer de quien no se sabe gran cosa. El propio Marín escribe: «tengo una hija natural y por tal la reconozco, nombrada Josefa, a la cual hube en una doncella principal, cuyo nombre callo por decencia, con la cual pudiera contraer matrimonio sin dispensación cuando la hube». La probabilidad de que esta «doncella principal» era oscura no puede ser mayor» [11].

---

[11] *G. F.*, t. I, pág. 77. Testamento de Marín en *G. F.*, t. I, pág. 278. A pesar de lo cual, *Ponte* asegura que Marín tomó en matrimonio a la madre de Josefa. Véase *Larrazábal*, t. I, pág. 425. La discreción con que los biógrafos de Bolívar tratan este asunto hasta la moderna escuela de autores más francos, como, por ejemplo, *G. F.*, es otro indicio de que Josefa no era blanca. Además: 1. Marín no se casó con ella, aunque dice que pudo haberlo hecho. 2. La familia no cesó de preocuparse de «la Marín», que toma perfiles de pesadilla en la correspondencia sobre las gestiones para sacar un título de Castilla a Juan Vicente. Ejemplos: «Tengo consultado anónimamente a un inteligente de Valladolid si será obstáculo la naturalidad de doña fulana Marín de Narváez, bisabuela del pretendiente para las pruebas cuya noticia avisaré a Sumd», Esteban, 24 de agosto de 1792, pág. 498. «Por lo relativo a las pruebas de Juan Vicente basta lo que anteriormente tengo dicho a Sumd, sin hacer mención de doña fulana Marín», Esteban, 25 de septiembre de 1792, pág. 501. «*Advirtiendo que no es necesario hacer mención de la Marín* porque por los demás ramos le sobra suficiente prueba, ni aun tengo por obstáculo aquella según me ha dicho un abogado, y, por último, sólo la muerte no tiene re-

Ahora bien: ¿cómo pudo la hija ilegítima de una mujer oscura, o por lo menos envuelta en oscuridad, entrar a formar parte de una familia tan ilustre como la de Bolívar? La respuesta es: por el dinero. Francisco Marín de Narváez, nacido en Cójar, lugar del reino de Granada, en virtud de Real Cédula de 1663 compró a la Corona en cuarenta mil pesos las minas de Cocorote y el señorío de Aroa con el derecho de nombrar y separar a los tenientes de justicia. En 1668 nació su hija. No se menciona a la madre para nada hasta que al morir Marín en Madrid en 1673 dice de ella que era doncella principal. Quedó la niña a cargo de su tía, Doña María Marín de Narváez, fundadora del hospital de caridad para mujeres de Caracas; y ambas alojadas en casa de su tío Gonzalo Marín de Granizo. Pero al morir el padre, Josefa, que tenía cinco años, subió a la categoría de heredera, y por lo tanto fue objeto de la mayor atención. El Proveedor, Pedro Jaspe de Montenegro, Alguacil Mayor de la Inquisición y Alcalde de Caracas, designado en el testamento como tutor de la niña para el caso en que su tía viniera a morir, concibió graves dudas sobre la situación por haber «llegado a entender que es prohibido por derecho a las mujeres excepto a la madre y abuelas ser tutrices, por ser oficio que no admite su sexo»; y a pesar de las protestas de Doña María, el Alcalde ordinario del día, atropellando por el testamento, entregó a su colega de ayer y de mañana la niña y desde luego la fortuna. Josefa tenía entonces siete años. Apenas cumplidos los trece, el Proveedor se apresuró a casarla con su sobrino Pedro Ponte, quien, en su testamento, fechado en 1716, tiene la sinceridad de declarar: «que al tiempo y cuando contraje el dicho matrimonio, no tenía yo caudal ni bienes algunos, y la dicha mi mujer trajo a él unas casas en esta ciudad en la plazuela del convento de San Jacinto, y una Hacienda arboleda de cacao situada en el valle de San Nicolás, jurisdicción de la ciudad de

---

medio», Esteban, 24 de noviembre de 1792, pág. 505. «Y por lo que toca a los [papeles] de Juan Vicente ya tengo dicho a Sumd, que no es necesario llegar a la Marín», Esteban, 23 de febrero de 1793, pág. 511. «Bastará esto sin necesidad de llegar a la Marín, pues no es prueba para cruzarse», Esteban, 30 de marzo de 1793, pág. 514. Citas todas de *B. A. N. H. V.*, nota 52.

Ahora bien, la dificultad no podía ser tan sólo que Josefa era hija natural, porque estas cosas en heráldica no asustaban a nadie y se arreglaban con la barra siniestra; el obstáculo era que en las Indias los hijos naturales implicaban casi seguramente mezcla de sangre.

Para la opinión contraria, véase *B. A. N. H. V.*, núm. 106, donde no se dan argumentos objetivos de valor. El de que se registrara a la niña Josefa en el libro *Bautismos* de Blancos, no puede aceptarse como argumento de peso, ya que el rico tenía medios para hacer bautizar como blanco a cualquier niño pardo, y aun para trasladar al libro de los blancos al niño ya inscrito en el de color. Hay casos numerosos.

Barquisimeto y otra hacienda asimismo de cacao en el valle de Niaren, jurisdicción de la ciudad de Nirgua, con diferentes esclavos, así en la una como en la otra, con la posesión de tierras que a cada una de dichas haciendas pertenecen, los que otras veces me fueron entregados por el dicho mi tío, como tutor que fue de la dicha mi mujer» [12].

No cabe duda de que los Ponte y Jaspe de Montenegro eran una familia aprovechada, que se dio maña para quedarse con la fortuna de Marín de Narváez. Eran de La Coruña, donde nacieron tanto el Proveedor, que así miraba por su familia, como el sobrino tan bien provisto, su padre, su madre y sus abuelos maternos. Reservemos la observación para más adelante, así como esta veta de color que a través de los taimados gallegos y del granadino Marín entra en la familia del Libertador; porque el sobrino del tutor-Proveedor y su acaudalada consorte fueron los padres de María Petronila de Ponte y Marín de Narváez, abuela paterna de Simón Bolívar.

---

[12] Documentos en *L-Casa.*

Capítulo III

EL HOGAR

Tanto la estirpe paterna como la materna, los Bolívares como los Palacios, aportaban a la familia del Libertador tradiciones de riqueza, de bienestar y de poder social. Ni un solo momento desde que llega a Venezuela Simón de Bolívar en 1587 se eclipsan los antepasados del Libertador de los círculos dirigentes del país; y casi siempre había por lo menos uno en el cabildo. El 17 de septiembre de 1593 se concede a Simón II, hijo de Simón I, la encomienda de los indios de Quiriquire en el valle de San Mateo, hacienda que será residencia favorita de los Bolívar hasta los días del Libertador [1].

Estaba pues la familia hondamente arraigada en las tradiciones españolas de los blancos ricos, aristocráticos y pudientes, seguros en su fe religiosa, en su lealtad monárquica, en sus títulos y privilegios, en sus indios y en sus esclavos negros. Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, padre del Libertador, era vástago de todas estas estirpes, flor de todas estas tradiciones. Vivía en Caracas en la casa de Josefa Marín de Narváez, en San Mateo, en la encomienda de su antepasado el Contador Real. Don Juan Vicente era coronel del batallón de Milicias de Blancos voluntarios de los valles de Aragua, comandante por S. M. de la compañía de Volantes del río del Yaracuy, y oficial de la Compañía de Nobles Aventureros creada en Caracas en 1786. Su figura elegante se destaca en uno o dos de los incidentes sensacionales del período turbulento en que vivió. El 24 de febrero de 1782, diecisiete meses exactos antes de nacer su hijo menor, el que iba a hacer famoso su nombre, el coronel, con otros dos aristócratas de Caracas, firma una carta, verdadero llamamiento

---

[1] Sobre Bolívar, I y II, *G. F.*, t. I, cap. VI.

a Miranda como «hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante», declarándose como sus dos amigos «prontos para seguirle como nuestro caudillo hasta el fin y derramar la última gota de nuestra sangre en cosas honrosas y grandes» [2].

¿Qué cosas grandes eran estas que los tres aristócratas de Caracas aspiraban a llevar a cabo? ¿Quién era aquel hijo primogénito de la madre patria a quien apelaban? Miranda no era entonces ningún rebelde. Era un teniente coronel del ejército español que gozaba de gran reputación en su Venezuela natal por una carrera militar brillante, y por la parte que había tomado en las campañas españolas contra los ingleses en la Florida, sobre todo en el sitio y toma de Pensácola. Semanas después de recibir la carta de sus tres compatriotas de Caracas, le cupo en suerte a Miranda recibir la rendición de otra guarnición inglesa —la de las Bahamas—. Aquella carta venía precisamente de los círculos sociales que en su país natal habían hostigado a su padre; porque Miranda el viejo, tendero de Caracas, gustaba de ostentar el uniforme y bastón de capitán de un regimiento. Ambos Mirandas, padre e hijo, tenían ínfulas de aristócratas, y ambos sufrían de aquella persecución de los patricios de Caracas que ni aun con la persistente protección de la Corona habían conseguido refrenar. Habían dirigido la intriga un Capitán Tovar y un Capitán Ponte. No es probable que Miranda lo hubiera olvidado al leer al pie de la carta al «hijo primogénito» los nombres de Don Martín de Tovar y de Don Juan Vicente Bolívar y Ponte [3].

Vivían todos estos hombres en una especie de crepúsculo de lealtades de muchos matices y contraluces. Miranda comprometía gravemente su brillante porvenir de oficial español con andanzas comerciales turbias y con no menos turbias concomitancias con los ingleses. No es probable que por entonces se diera cuenta todavía ni del camino ni del fin a que le llevaba aquel su ir y venir entre la fidelidad y la infidelidad. En cuanto a Don Juan Vicente de Bolívar y sus amigos, no hacían más que manifestar uno de esos resentimientos «separatistas» que en la Historia de España suelen observarse en perfecta armonía con la fidelidad a la Corona. La carta a Miranda abunda en revelaciones de interés. Los nobles de Caracas se alzan contra los insultos que reciben del Intendente que los está «ultrajando», y por extensión, contra «todo pícaro godo»; y lo peor, añaden, es que el procónsul español «sigue tratando a los americanos, no im-

---

[2] *Miranda-Archivo*, t. XV, pág. 68.
[3] *I. B.*, cap. XLI.

porta de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles». Bien claro definen estas palabras la situación. Pero la carta es más clara todavía. «Bien sabemos —añaden los tres caraqueños— lo que ha pasado y pasa por un becindario en *Sta fe* y en el Cusco, pero no nos agrada el resultado y temiendo iguales consecuencias (y con la experiencia además en casa *de la de León*) no hemos querido dar un paso ni le daremos sin su consejo de Vmd, en cuia prudencia tenemos puesta toda nra esperanza» [4].

Así pues, los tres reformadores tienen puesta su esperanza no en la audacia, sino en la prudencia. No era la primera vez que dirigían un llamamiento a Miranda, pues en esta carta escriben: «Ya informamos a Vmd plenamente por cartas que le enviamos el mes de Julio pasado de 81 el lamentable estado de esta provincia toda.» Pero deseaban a toda costa evitar acontecimientos como los que en su carta citaban y cuyo resultado no les agradaba. Referíanse a tres de estos acontecimientos: la rebelión del Cuzco; la de Santa Fe; y el episodio de León en Venezuela. León era un canario como el padre de Miranda, que en 1749 había acaudillado un alzamiento no tanto contra el Gobierno como contra los vizcaínos; uno de tantos episodios de la guerra civil latente entre los españoles de las once naciones, guerra en que había tomado parte tan importante un Xedler. Otro Xedler, pariente más cercano de los Bolívares, tomó parte como Regidor de Caracas en las negociaciones con León. La causa tópica se debió tanto a las cualidades como a los defectos de los vizcaínos de la *Compañía Guipuzcoana*. Demasiado activos para los indolentes criollos, eran los vizcaínos demasiado imperiosos para no ofender su orgullo. León era un caudillo de la especie Cortés-Pizarro-Bolívar, aunque muy en tono menor. Hay en su aventura la misma mezcla de motivos personales y de impulsos públicos, de formas legales y de instintos anárquicos. Derrotado, fue remitido a España donde, después de un período de cárcel y otro de servicios militares en África, se le perdonó, así como a su hijo, a quien se restauró en la posesión de sus bienes. Pero los vizcaínos lograron que Arriaga, Gobernador sabio y prudente, retornara ascendido a España, e hicieron nombrar a un irlandés despiadado y violento llamado Ricardos («Richards»), quien con su cruenta represión sembró gérmenes de futuros males. Típico detalle de este episodio: en el encuentro dramático del Gobernador Castellanos y del rebelde León en Caracas, entre las personas que acompañaban al Go-

---

[4] Como en las dos notas anteriores. Carta *I. B.*, cap. XL, pág. 835.

bernador en la plaza figuraban el padre de Miranda y el padre de Bolívar [5].

El segundo episodio mencionado por los tres caraqueños en su carta a Miranda es el de Santa Fe. Sólo databa de dos años. Había comenzado en la pequeña ciudad de Socorro, en Nueva Granada, donde el 16 de marzo de 1780 se amotinó la multitud contra los impuestos nuevos. Aunque al parecer de origen popular, hubo apoyo oculto de los criollos ricos, a uno de los cuales, Don José Antonio Galán, se condenó más tarde a muerte ya vencido el alzamiento. No tenía nada de extraño que a Don Juan Vicente de Bolívar y a sus amigos «no les agradaba el resultado»: la perfidia de las autoridades españolas, que después de firmar con los rebeldes el Pacto de Zipaquirá (1781) por tener que atender a la agresión inglesa contra Cartagena, lo violaron al verse libres del enemigo exterior; la muerte ignominiosa de un hombre de su clase; y el giro revolucionario que tomó un movimiento que su clase había inspirado y creído dominar y dirigir, eran otras tantas circunstancias que no podían ser muy del agrado de los aristócratas de Caracas. Aquí también hubo su detalle significativo: la rebelión llegó a conocerse con el nombre de los «comuneros», recuerdo de la del siglo XVI en Castilla contra Carlos V [6].

Por último, el episodio del Cuzco que mencionan los tres caraqueños en su carta a Miranda no es otro que la famosa rebelión de Condorcanqui, que tuvo lugar al mismo tiempo que la de los comuneros de Socorro. Este Condorcanqui que pretendía ser descendiente de los Incas, pero que en realidad fue fruto de un fraile español y de una india casada con un cacique, acaudilló en el Perú una casi revolución pintoresca, y sanguinaria, tan pronto en nombre de los emperadores incas, sus «antepasados», como en nombre de Carlos III, quien, afirmaba, le había otorgado poderes de virrey. Confusa, incoherente, anárquica, esta algarada reveló la fuerza de las tensiones entre colores y entre clases ocultas bajo la superficie al parecer tranquila del Perú; así como la posibilidad de provocar una rebelión general de las masas indias con tal de guardar al principio el mayor respeto para con el Rey de España, por quien profesaban los indios la mayor veneración. Los criollos blancos apoyaron a las autoridades españolas, a pesar de los esfuerzos que hizo Condorcanqui

---

[5] Sobre la «pretensión egoísta y nada patriótica de la oligarquía territorial» de la época, *G. F.*, t. I, pág. 104; *I. B.*, cap. XXXIV.

[6] *I. B.*, cap. XXXIV; *Miranda-Archivo*, t. XV, págs. 27 y sigs, donde se verá la mala gana con que la clase noble se adentraba por el camino de la rebelión.

para atraérselos. La razón la expresa Humboldt diciendo que muchos comenzaban a hallar molesto el tener que depender de un poder tan lejano y que cada día les era más extraño; «pero se les hacía cuesta arriba el apoyar un movimiento que, acaudillado por un mestizo y apoyándose en las masas indias, podría, de ser victorioso, haberles privado de sus privilegios». De aquí que se mencionara este episodio en la carta a Miranda entre aquellos cuyo «resultado no agradaba» a los caraqueños amigos de Don Juan Vicente de Bolívar [7].

*

Era pues el padre de Bolívar un español americano resentido, nacido y criado en la alta sociedad de Caracas, empapado en tradiciones españolas. Las obras más importantes de su biblioteca eran los trece volúmenes de las *Ordenanzas Militares*, las *Comedias* de Calderón de la Barca y las obras completas del Padre Feijoo. Ostentaba con orgullo sus títulos y honores, emanados de la Corte de Madrid; mas no por eso dejaba de cultivar el negocio, y, aunque ocultándose tras de persona de menos relumbrón, Don Francisco Antonio Carrasco, «que le corría con la tienda y almacén de ropa que en retorno traían de los embarques de cacao de España», Don Juan Vicente de Bolívar, Coronel de Milicias, procuraba asiduamente mantener bien redorado su blasón no sólo con sus beneficios de gran propietario agrario sino también con los del comercio en la ciudad. La familia era pues típica del criollo rico que describe por ejemplo Humboldt; apta a sacarle provecho a la economía del país y también a figurar en público bien decorada con uniformes, títulos y veneras. El padre de Don Juan Vicente, Don Juan de Bolívar Villegas, Teniente General de los ejércitos españoles, había depositado en el Monasterio de Monserrat veintidós mil ducados para comprar uno de los dos títulos de Castilla concedidos a los monjes por el rey «para que pudiese atender y subvenir a los gastos de los reparos y reedificación». Duró la tramitación todo el siglo; y aunque no han llegado hasta nosotros papeles que demuestren que ni Don Martín (primer heredero de Don Juan) ni Don Juan Vicente, que sucedió a su hermano en la herencia, hayan hecho gestión alguna en este negocio, basta el hecho de que la suma entregada al monasterio, considerable en sí, no se reclamara

---

[7] *I. B.*, cap. XXXIV.

por la familia, para probar que era su intención guardar íntegro el derecho al título [8].

Ya viuda, en 1792, Doña Concepción Palacios, madre del Libertador, encargó a su hermano Esteban gestionara el asunto en Madrid; y la correspondencia entre Esteban y su padre se refiere de continuo a este tema, así como al de su común prosapia, porque los Palacios no se ufanaban menos que los Bolívares de su sangre azul. Esteban escribe a su padre el 27 de octubre de 1792 que ha visto a uno de sus antepasados «asentado por labrador en un padrón hecho en Dabalillo», pero que los otros apellidos «son nobles [...] lo mejor en estado general pues han obtenido empleos de alcalde y demás y casaron con mujeres de la primera nobleza». Dice que deja el asunto en manos «de un inteligente para que se registren los archivos y buscarles su origen para ver si se encuentra algo de bueno» y añade: «Pienso después que salga ese asunto [el del marquesado de San Luis para Juan Vicente] solicitar nueva gracia con la determinación de Conde de Casa Palacios para Simón, interponiendo para esto los méritos y servicios de su padre.» El futuro Libertador, Simoncito, tenía entonces nueve años. Por milagro se libró de verse travestido con un vano título de nobleza española [9].

Vivía la familia en Caracas en la casa que habían heredado *de la Marín;* y en el campo, en la hacienda de San Mateo. Eran *mantuanos puros,* es decir familia cuyas mujeres tenían derecho a ir a la iglesia con el manto característico del rango más alto de la sociedad. Por los Bolívares, ejercían a perpetuidad uno de los cargos de regidor del cabildo; por los Palacios, gozaban del privilegio del cargo de alférez real. Por ambos lados, hombres de su casa figurarían siempre entre los dignatarios que revestidos de oro, plata, encajes y sedas iban a visitar ceremoniosamente al Capitán General en los días de besamanos para formar después parte de su séquito camino de la catedral donde celebraban la misa solemne y el *Te Deum* [10].

Regíase entonces la sociedad de las Indias por reglas de etiqueta y ceremonial todavía más rígidas y estrictas que en España. El modo de dirigirse a iguales o superiores, el atavío y

---

[8] *C. P.*, pág. 60; sobre la tienda, véase testamento de don Feliciano Palacios; *B. A. N. H. V.*, t. 113; *B. A. N. H. V.*, núm. 52, páginas 481 y sigs. «Se observa el desdén con que vieran el marquesado el tío y el padre del Libertador», Vallenilla Lanz, pág. 485. No estoy de acuerdo.

[9] He apuntado nada menos que 21 alusiones a esto del marquesado en la correspondencia familiar que publica *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 484, 485, 490, 494-496, 498, 501, 503, 505, 509, 511, 512, 514, 516, 522, 524, 525, 529, 532, 533.

[10] Ceremonias en *Depons*, t. I, págs. 133 y sigs.

uniforme, las visitas, los modales, todo era serio y formal, sin admitir juego ni bagatela. No se toleraban ni visitas improvisadas ni maneras bruscas. A ninguna dama se le ocurriría ir a visitar a otra por la tarde sin avisar primero por la mañana. Los hijos, aunque tan emancipados desde muy jóvenes ante la ley que Depons se escandaliza, observaban en punto a modales la mayor humildad y deferencia para con sus padres, a quienes toda la vida trataban de *Vuestra Merced.* Hemos pues de imaginar a los cuatro niños de Don Juan Vicente de Bolívar y de Doña Concepción Palacios, a María Antonia, Juana, Juan Vicente y Simón, yendo y viniendo por la casa con el mayor respeto para las añejas formas de tan vigorosa tradición. «Todas las mañanas —escribe Depons— antes de levantarse, y todas las tardes antes de acostarse, los hijos de los españoles, ricos o pobres, blancos o negros, libres o esclavos, solicitan y reciben de rodillas la bendición de su padre y la de su madre, y antes de alzarse del suelo, besan la mano que la otorga. Igual ceremonia se repite durante el día cada vez que el padre, la madre, el tío, la tía o los niños vuelven de fuera y entran en casa.» Añade Depons que «estos homenajes son, en general, puramente externos.» El valor de las formas y la disciplina de ciertos gestos no se le alcanzaba ya al buen francés, como tampoco se le alcanza ya por desgracia a los más de los hombres de nuestro occidente [11].

Al cumplir Simón tres años, María Antonia tenía nueve, Juana siete y Juan Vicente cinco; su padre sesenta y su madre veintisiete. María Antonia y Simón tenían el pelo oscuro y la tez pálida; Juana y Juan Vicente eran rubios y sonrosados. Simón se llamaba en realidad Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Esta última advocación era tradicional en la familia desde los días en que Pedro Ponte Andrade Jaspe de Montenegro, con más nombres que fortuna, se había casado con Josefa Marín de Narváez, con más fortuna que nombres. Era Pedro Ponte muy devoto de la Santísima Trinidad, en cuyo honor había dotado una capilla en la catedral, y construido además una iglesia en Caracas. Con el tiempo vino a ser la capilla mausoleo de la familia Bolívar; en cuanto a la iglesia, comenzada en 1742 por el arquitecto Juan Domingo Infante, se terminó de construir precisamente en el año de 1783 en que nació Simón

---

[11] Loc. cit., págs. 126 y sigs. y 132. Cartas de Esteban a su padre: *B. A. N. H. V.*, núm. 52. Cita *Depons*, t. I, pág. 132.

Bolívar. Este hecho vino a adquirir súbitamente dramática importancia al cumplir Bolívar los veintinueve años [12].

*

Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte falleció el 19 de enero de 1786. Su testamento se compone de dos partes: un poder otorgado por el moribundo a su esposa y a su suegro para que redacten el testamento, y el testamento propiamente dicho, redactado a base de las notas dejadas por el difunto. Lo primero que llama la atención es el vigor de la tradición religiosa, social y aristocrática sobre que descansa. Comienza el moribundo con las palabras: «En el nombre de Dios Nuestro Señor. Amén.» Y después enumera sus títulos: «Yo Don Juan Vicente de Bolívar, Coronel del batallón de Milicias de Blancos Voluntarios de los valles de Aragua, comandante por Su Majestad de la compañía de Volantes del río del Yaracuy»; da a su ciudad natal todo su nombre tradicional de Santiago de León de Caracas, y recalca dos veces su legitimidad: «hijo legítimo de legítimo matrimonio»; designando a su padre Don Juan de Bolívar como «capitán poblador», es decir descendiente de conquistadores. Viene después una larga página sobre su fe, que comienza característicamente con: «creyendo como verdaderamente creo en el Divino Misterio de la incomprensible y beatísima Trinidad»; y después de análoga confesión sobre el misterio de la Encarnación, y «el inefable de la verdadera real y sustancial presencia de Nuestro Señor Jesu-Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar», y sobre todas las doctrinas de la Iglesia, colocándose bajo la protección de la Santa Virgen, declara al fin que delega sus poderes en su mujer y en su suegro [13].

Respira esta página el aire sereno de la antigua vida española. Está penetrada de fe, de devoción, de respeto. Es grave y seria. Y contiene un detalle —quizá no observado hasta ahora— que súbitamente saca a luz las raíces españolas de esta tradición tres veces secular: Don Juan Vicente otorga sus poderes a su mujer y a su suegro para que con arreglo a sus apuntes otorguen su testamento después de fallecido él «dentro del término que dispone la ley treinta y tres de Toro». ¿Qué leyes eran

---

[12] Fechas de nacimiento: Don Juan Vicente: 15 de octubre de 1726; Doña Concepción: 1759; M. Antonia: 1 de noviembre de 1777; Juana: 16 de mayo de 1779; J. V.: 30 de mayo de 1781. Simón: 24 de julio de 1783.
Sobre iglesia y capilla, *Humbert*, pág. 156 de *A. R. L. H.*, t. II, pág. 98, y t. I, págs. 37-39.

[13] *P. B.*, t. II, págs. 181 y sigs.

estas de Toro? Trátase del código preparado por una comisión de jurisconsultos convocada por los Reyes Católicos y aprobado por las Cortes de Toro en 1505. Nada pues tiene de extraño que este español americano, que apenas cuatro y cinco años antes había escrito a Miranda cartas que bordeaban la rebelión, pase a disponer «que luego que su Divina Majestad fuere servido llevarme de esta presente vida, sea amortajado mi cuerpo con las insignias militares y sepultado con aquel distintivo que me corresponde por el fuero militar que gozo, en la santa iglesia catedral, en la capilla y bóveda de la Santísima Trinidad, de que soy patrono». Después de lo cual da minuciosas instrucciones sobre el número de clérigos y religiosos que habrá de acompañar a sus restos mortales, y la crecida cantidad de bien pagadas misas que se dirán por su alma [14].

Esta alma, que en su propia estimación necesitaba nada menos que dos mil misas para recomendar su entrada en el cielo, era la de un criollo hecho a la buena vida y que la había vivido a rienda suelta antes de casarse a los cuarenta y seis con una jovencita de catorce. Claro es que podía escoger a su gusto, porque mientras la niña novia aportaba al hogar por todos bienes «dos esclavas nombradas Tomasa y Encarnación como de dieciséis años de edad», Don Juan Vicente traía al matrimonio un capital de doscientos cincuenta y ocho mil y quinientos pesos sin contar el valor de varias haciendas. La descripción de sus haciendas de azúcar, cacao y añil «con la esclavitud que en ellos se encuentre», de sus casas en Caracas y La Guaira, de sus muebles y plata labrada y amonedada, toma una página entera. No debe dinero a nadie. Distribuye sus bienes entre sus cuatro hijos y el quinto que su mujer aguarda al tiempo de su muerte. Hay en el testamento una cláusula velada. «Mando que Doña María Concepción Palacios y Blanco, mi mujer, tome de mis bienes cuatrocientos pesos, para que con ellos cumpla lo que le tengo comunicado, en descargo de mi conciencia.» Esta suerte de manda solía aludir a aventuras premaritales. Pudiera muy bien referirse al Agustín Bolívar «que vive en la ciudad de Maracaibo», a quien dispone Don Juan Vicente «se le den doscientos pesos por una vez, de que le hago donación»; persona que, poco después de la muerte de Don Juan Vicente pidió sus derechos por ser hijo ilegítimo del difunto. No en vano el Coronel de la milicia de Blancos de Caracas se ponía al morir bajo la protección de «mi intercesora y abogada la Serenísima Reina de los Ángeles María Santísima, Nuestra Reina y Señora, para

---

[14] Loc. cit.

que interceda con su Santísimo Hijo Cristo Nuestro Redentor perdone mis culpas y pecados»[15].

No menor intercesión que la de la Reina de los Cielos era en efecto necesaria, puesto que el moribundo llevaba la conciencia bien recargada de malos recuerdos. ¿Cómo había entendido sus deberes de guardián de la colectividad cristiana, de la riqueza y de las almas numerosas que la Providencia le había confiado haciéndole nacer en rango tan elevado de la sociedad? Recordaría entonces el moribundo sus largos años de alegre soltería en que aprovechándose de su poder social había sometido por la violencia al servicio de sus placeres a tantas mujeres que de él dependían para su subsistencia, a tal punto de escándalo que el santo Obispo de Caracas se había visto obligado por las quejas de sus víctimas a amonestarle severamente.

En 1765 tenía Don Juan Vicente treinta y nueve años y era Obispo de Caracas Don Diego Antonio Díez Madroñero, prelado ilustre en los anales de la Iglesia española por sus virtudes y su energía. Durante una visita pastoral recibió el Obispo numerosas quejas sobre la conducta de Don Vicente Bolívar «que de público y notorio ha oído decir vive desarregladamente con mujeres», «y que para conseguirlas se vale de su autoridad y poder, llamándolas a su casa, valiéndose también para ello de otras mujeres sus terceras». Advirtió el Obispo a la testigo que tenía que estar segura de lo que decía sobre el modo de vivir de su amo; pero ella confirmó que había sido su querida tres años, antes de los cuales ya vivía él íntimamente con otra, llamada María Bernarda, y luego con otra, Josefa Rosalía, la Chicota, «de quienes usaba a su arbitrio, teniéndolas a su disposición todas al mismo tiempo y llamando a la que mejor le parecía, con quien se encerraba en el cuarto de su dormitorio o en un cuartillo junto a la galería». Otra testigo refiere «que la Margarita la había contado una noche, había estado por llamarla aquella tarde para libertarse del estrecho en que la puso queriéndola violentar dicho Don Juan, pues habiéndola encontrado sola, resistiendo ella la pretensión deshonesta, la cogió de una mano y por fuerza intentó meterla en el dormitorio, y forcejeando le dijo: gritaría si no la dejaba, con lo cual y haber sentido tal vez que una hija de la referida Juana Bautista se llegaba a la casa la dejó, y se salió muy bravo». A pesar de lo cual estas mujeres declaran no atreverse a negarle a Don Juan Vicente la entrada de su casa ni «a excusarse de tomar sus recados por temor de su poder, violento genio y libertad en el hablar».

---

15 Loc. cit., pág. 184; *C.P.*, pág. 62; *L.A.S.*, págs. 140, 141.

Don Juan Vicente se vengó del marido de Margarita de un modo que convendrá referir con las palabras mismas de la hermana de Margarita, María Jacinta; la cual escribe al Obispo: «El conflicto en que me hallo me hace acogerme a su amparo como a mi padre y pastor porque me veo perseguida de un lobo infernal que quiere a fuerza que me lleve el diablo junto con él. Este lobo es Don Juan Vicente Bolívar que ha muchos días me anda persiguiendo para que peque con él, siendo yo una mujer casada y se ha valido de cuantas astucias le ha enseñado lucifer, pues mandó a mi marido a los Llanos, a su hato, a buscar ganado, por tener más libertad para ejecutar su maldad y como yo me le resistí fuertemente a varias instancias y promesas que me hizo y no pudiendo conseguir nada con halagos, me pretende ahora con amenazas, pues la otra tarde estuvo aquí y viendo mi última resolución de no ofender a Dios, me dijo que me había de acabar a mí y a todos mis parientes, y respondiéndole yo que Dios me diera vida para quitarme junto dél, me dijo que adonde quiera que me fuera, más que me metiera dentro de la tierra, me había de perseguir, yo no lo dudo porque él es muy temeroso y enconoso, pues los otros días prendió en el cepo de ambos pies a mi tío Antonio Fernández, solamente porque Juana Requena, su mujer, sacó aguardiente sin saberlo mi tío, pues no fue en su casa ni lo sacó su propia mujer sino que se valió de otra persona siendo así que así en este pueblo como en el de La Victoria lo sacan públicamente todos los que quieren, pues el mismo Teniente les vende el melado y les compra después el aguardiente de caña para revolverlo con el de España como se sabe de público, y esto lo hizo con mi tío, siendo un hombre santo, solamente porque su mujer denunció contra él a Su Ilustrísima cuando estuvo en este pueblo y si estándome pretendiendo con halagos no se para en que era mi tío para prenderlo tan sin razón, ahora que ha visto mi última resolución qué no hará y si estando su Ilustrísima tan cerca no se para en vivir tan sin freno, una vez que se aleje, pobre de nosotros. Yo, señor, estoy resuelta a no ofender a Dios, pero soy mujer y no sé si me veo más apretada caer en la tentación, ya si no hago otra cosa que pensar cómo me defenderé de este mal hombre; a veces pienso decirle que sí y tener un cuchillo prevenido para quitarle la vida por tener la gloria de libertar este pueblo de este cruel tirano, pero me acobardo porque no sé qué haré puesta en el lance, en fin yo no duermo pensando en este hombre, ya yo he ocurrido a quien pueda remediarlo si no se remedia yo hiciera algún disparate o por verme tan acosada cayere no será ya culpa mía porque por fin soy baso flaco. Advierto a su Ilustrísima que esto no lo sepa mi marido porque él le tiene mu-

chísimo miedo y si sabe que yo [he] escrito esta carta me quitará la vida porque el Teniente no lo persiga a él como está persiguiendo a mi tío porque su mujer denunció contra él.» En una posdata añade María Jacinta: «Después de escrita ésta para confirmar lo que llevo dicho ayer prendió en la cárcel de La Victoria a un cuñado mío, marido de mi hermana Margarita, la que luchó con él por defender su honra, y esta prisión no ha sido por ningún delito, sino porque mi cuñado ahora siete meses cuando se casó para vestirse escribió una carta en nombre de su padre a su apoderado que está en Caracas para que le entregara cinco cargas de tabaco que importaron setenta pesos y por esto solamente lo sacan de este pueblo para prenderlo caso que hubiera delito y se lo llevan a La Victoria para que se muera de hambre y se le pierda su labranza de tabaco que ahora es cuando más necesita de su cuidado. Estando para cerrar ésta mandó el Teniente llevar preso a La Victoria a un primo hermano de mi marido, solamente porque escribió la carta en que mi cuñado mandó pedir el tabaco, mañana vendrán por otro para cumplir sus amenazas y ver si de ésta suerte me puede rendir. Favorézcame por Dios que ya estoy próxima a caer» [16].

El Obispo «mandó se junte a el expediente reservado a que pertenece» todo este papeleo sobre las aventuras amorosas del disoluto aristócrata que así abusaba de su poder. El austero prelado tomó desde luego el asunto tan en serio como lo merecía y no ocultó la severa censura con ribetes de desprecio que la conducta del Teniente de Justicia le inspiraba. Pero a la vez tomaba medidas para evitar el escándalo, y su consejo a las víctimas de Don Juan Vicente fue que vivieran vida religiosa, evitaran tratos con él y no dieran pábulo a habladurías. En cuanto al culpable, el Obispo «le dio por regla el no creer cosa alguna de las que había contado le habían dicho y que con desprecio de todo no volver a tratar ni comunicar de forma alguna, especialmente a las mujeres casadas que había nombrado ni a otra alguna moza, excusando llamar a su casa a las muchachas de doctrina y el entrar en la de alguna, socorriéndolas por mano del cura, si quisiere ejercitar la caridad con los pobres»; junto con otras amonestaciones tan santas como perspicaces, reforzadas con esta muy especial: «que eran los medios que a Su Señoría Ilustrísima se le ofrecía debía poner en las circunstancias

[16] Se publican estos hechos por primera vez, tomados de un expediente inédito que he estudiado personalmente en el Archivo de la Archidiócesis de Caracas: «San Matheo. Año de 1765. Autos y Sumarios contra don Juan Vicente Volíbar sobre su mala amistad con varias mujeres.» Estante de Visitas Episcopales.

para acreditar su inocencia y excusar a Su Señoría Ilustrísima el quebranto que sin duda tendría en precisarle a creer lo que negaba y proceder en forma jurídica a corregirle».

*

El sacerdote que bautizó a Simoncito era un tío suyo, el Doctor Don Juan Félix Jerez Aristeguieta y Bolívar, hombre pudiente. El 8 de diciembre de 1784, cuando Simón tenía dieciocho meses, hizo este sacerdote testamento dejando al niño (en cabeza de una lista de posibles beneficiarios) un vínculo que comprendía toda su fortuna, a saber: su casa de Caracas, situada entre la catedral y el palacio del obispo, «en la esquina que llaman de las Gradillas», con todos los muebles y enseres; una hacienda de veinticinco mil árboles de cacao en el valle del Tuy de Yare, «de quien es patrón Señor San José», «con suficiente esclavitud»; otra de cuarenta mil árboles de cacao, «con su esclavitud», en el valle de Taguaza, «de quien es patrona la Concepción»; otra de treinta mil en el valle de Macayra, «de quien es patrón Santo Domingo de Guzmán»; así como otras tierras que pudieran pertenecerle como único heredero de su madre Doña Luisa Bolívar (hermana de Don Juan Vicente). Era pues una magnífica fortuna la que las hadas depositaron sobre la cuna del niño Simón.

Traía consigo el vínculo ciertas obligaciones debidas al carácter del testador. «Yo el doctor don Juan Félix Jerez Aristeguieta, clérigo presbítero, domiciliado en este obispado, natural y vecino de esta ciudad de Santiago de León de Caracas, capital de la provincia de Venezuela, maestro en Artes y doctor en Sagrada Teología, del gremio y claustro de esta Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa de Lima, noble, y de la primera distinción de esta República, cuya distinción gozo sin cosa en contrario desde mis antiguos progenitores y conquistadores de esta provincia, digo: que por cuanto uno de mis principales deseos ha sido proporcionar, en cuanto me sea posible, la perpetuidad, lustre y progresos de mi familia, a mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor, y que su Santísimo Nombre sea dignamente ensalzado, y por la gran bondad la sostenga misericordiosamente para que no decaiga de aquel ser que le concedió, y mis progenitores gloriosamente conservaron con la Santa Católica Religión que profesamos, derivada de unos en otros en servicio de ambas Majestades...»

Ambas majestades, es decir, Dios y el Rey de España. Estas dos lealtades son primordiales para el Doctor Aristeguieta. El vínculo habrá de ser conocido con el nombre de La Concepción,

a causa de su especial devoción por este misterio. El poseedor habrá de cuidarlo para que no decaiga, sino que por el contrario crezca y prospere; bautizará a su primogénito con los nombres de Juan Félix y, en lugar del apellido materno, le pondrá el de Aristeguieta. No se admitirá a la posesión a ningún clérigo ni a nadie que no sea hijo legítimo de legítimo matrimonio; a nadie que posea ya otro vínculo, ni a mujer alguna. «Siendo uno de los principales motivos de la fundación de este vínculo la permanencia de mi familia en el mejor lustre y esplendor, deberá el poseedor ser forzosamente casado con persona noble e igual, a gusto de mis parientes y especialmente de sus padres o mayores» —punto que el Doctor Aristeguieta desarrolla con terca insistencia en largo párrafo en que declara desposeído *ipso facto* del vínculo el que hubiera contraído matrimonio «desigual y contra el gusto de mis parientes»—. También impone al poseedor el que haya de «vivir precisamente en la casa que hoy es de mi morada y ser vecino de esta ciudad, y sólo podrá faltar por empleado en servicio de Su Majestad». Dos veces declara además que obra en virtud de las leyes de Castilla, «cuyas leyes y normas se deberán seguir en orden a las sucesiones en caso de extinguirse por algún acontecimiento las de los que irán llamados a su goce».

Pero el ápice y corona de este testamento singular es un párrafo que parece profético: «Que de la misma manera excluyo del goce y posesión de este vínculo a todo aquel que por su desgracia cayere en el feo y enorme delito de lesa Majestad divina o humana, o en otro de iguales circunstancias; y si aconteciere (lo que Dios no permita) que estando en posesión de este vínculo, incurriere en dichos crímenes, es mi voluntad separarle como le separo de su goce y posesión, veinticuatro horas antes de incurrir en delito.». Nada pues más claro: El sacerdote que bautizó a Simón Bolívar le dejó su fortuna con dos condiciones: que permanecería fiel a Dios y al Rey de España; condiciones que como todas las demás del vínculo «infaliblemente deben observarse» [17].

*

Este fue el ambiente del hogar en que se crió Simón Bolívar. Su padre murió cuando él tenía tres años. El sacerdote que lo bautizó y le dejó su fortuna había muerto antes. Las influencias más fuertes que quedaron sobre el hogar fueron las de su madre y su abuelo materno. De su madre tenemos una carta y el testa-

---

[17] Testamento en *P. B.*, t. 2, págs. 194 y sigs. Buen análisis en *C. P.*, páginas 55 y sigs.

mento, papeles ambos reveladores de su personalidad. Era Doña Concepción mujer positiva y práctica, capaz de habérselas con las múltiples ocupaciones y con las cuentas complicadas de una hacienda tan rica. No revela mucho sentimiento, casi se diría que hay cierta dureza masculina en su carta, el más personal e íntimo de los dos documentos. Deplora en ella la huida de un esclavo, espera se coja y pide a su hermano que no deje de encargarlo mucho. Pasa luego a comentar una proyectada compra de esclavos sopesando con la mayor frialdad la edad y las condiciones de cada uno, pues, como ella dice, «no hay que precipitarse en esto de compras de esclavos, que es menester que sean muy buenos, para dar por ellos el dinero que piden [...] es un dolor dar trescientos pesos por unos esclavos que apenas pueden servirte ocho años, y la negra que ni parir puede mucho». Luego, sin transición alguna: «Mi padre me pregunta las mulas que tengo, y sus edades, que le han hablado por algunas. Ya le dije que a tu venida le daría razón individual» [18].

El estilo es más duro, más escueto, más de negociante que el del noble y finchado coronel. Cuenta el valor de la negra como madre de futuros esclavos y se sabe de memoria la edad de cada una de sus mulas. Hasta en cosas de religión, el párrafo de su testamento en que profesa su fe en los misterios da la impresión de ser mera copia o epítome del de su marido. En su carta a su hermano Esteban, sus alusiones a la religión tienen cierto sabor de contabilidad característico de su modo de ser: «Yo estoy ya buena, me parece que del todo, gracias a Dios; ello es que un hábito me cuesta, para que no me queden resultas, pero muy gustosa lo voy a tomar» [19].

Siempre es arriesgado intentar reconstruir un carácter tan sólo a base de dos documentos. El humor varía con el día y con la hora, y aun el documento más espontáneo y fehaciente no alcanza ni a dar la impresión del humor del momento en que se escribió. Con todo, la carta de Doña Concepción a su hermano Esteban rezuma tanta vida, es tan espontánea, tan fuerte y clara en su perfil que los rasgos que sugiere se graban en la imaginación. La madre de Bolívar era una mujer que vivía atenta a la tarea del día, poco dispuesta a perderse en la abstracción. Positiva, práctica, tomaba como cosas consabidas y sin discusión su familia, su fortuna, sus esclavos y su fe. Debió ser

---

[18] La cláusula 18 del testamento de la madre de Bolívar dice: «Iten declaro haberme comunicado la difunta asi mismo que por muerte de su marido tomó a su cargo el cumplimiento del testamento del doctor Don Juan Félix de Aristeguieta.» *B. A. N. H. V.*, núm. 52, pág. 459.

[19] *P. B.*, t. 2, pág. 146 en cuanto a la carta; *B. A. N. H. V.*, núm. 52, páginas 454 y sigs. para el testamento.

excelente madre, ni demasiado dura ni demasiado tierna, admirable ama de casa y administradora activa y eficaz de sus haciendas.

Todo lo cual sugiere cierta frialdad para con los esclavos, aunque no precisamente malos tratos. Ya sabemos por Humboldt, que, en general, se trataba mejor a los esclavos en las tierras españolas que en las otras. En su testamento, el Coronel Bolívar declaró libres a tres de sus esclavos personales, dejando a uno de ellos toda la ropa de su uso. Por lo tanto la tendencia y tradición generales de un reino español de ultramar como el de Venezuela, como también la tradición de familia del hogar de los Bolívares, deben presuponerse favorables al buen trato y a un ambiente íntimo en relación con los esclavos. Todo esto habrá de tenerse en cuenta al considerar un punto que afecta muy directamente la crianza y el carácter del futuro Libertador —pero con todo es menester considerarlo—. En su *Defensa de Bolívar* escribe Simón Rodríguez: «El populacho dice [...] que cuando era niño se divertía en matar negritos con un cortaplumas: que su madre le daba gusto en ello: y que, cuando el hijo lloraba, salía al balcón y gritaba a sus esclavos: "Este niño no tiene con qué jugar. Ya se le acabaron los negritos. Vayan a la hacienda a traerle más."» Al primer pronto rechazamos todo esto como el colmo de la ridiculez. Pero si apartamos lo que tiene de caricatura, ¿será cosa de preguntarse si no habrá un fondo de verdad en ello? Recordemos primero que cuando Simón Rodríguez escribía su *Defensa* ambos bandos se entregaban a la exageración más desenfrenada. Los enemigos de Bolívar, muy enconados sobre todo en el Perú, acumulaban acusaciones contra él, algunas no del todo sin fundamento, otras descabelladas; y el propio Simón Rodríguez, en su folleto, parece como que se complacía en reproducir precisamente las más disparatadas, y en forma más disparatada todavía, a fin de refutarlas mejor. En este caso, ni siquiera refuta. Se contenta con reproducirla en su estilo inimitable que basta para transformarla en parodia. Pero, ¿parodia de qué? No lo sabemos. Es posible que en su infancia Simoncito jugara con niños esclavos como le viniera en gana. Es posible que no. Por terrible que nos parezca, en vista de la revelación indirecta de Simón Rodríguez, no tenemos derecho a desprendernos del asunto tachándolo de imposible. Porque el caso es que sabemos de cierto que la costumbre, en su aspecto más bárbaro, existía en las colonias inglesas del Nuevo Mundo. El gran reformador evangélico inglés Charles Wesley nota en Charlestown en su diario bajo el día 2 de agosto de 1736 el apunte siguiente: «Ya había yo observado mucho, y oído más, sobre la crueldad de los amos para con los negros;

pero ahora he recibido informes auténticos sobre algunos ejemplos horrendos. Yo mismo he visto que el dar a un niño un esclavo de su edad para que lo tiranizara, le pegara y abusara de él para entretenerse, era práctica general» [20].

Mucho va de Charlestown a Caracas; pero la incapacidad de la naturaleza humana para ejercer el poder absoluto sin abusar de él no depende de la latitud. «No hacen 8 días —escribía el 29 de enero de 1825 María Antonia Bolívar a su ya ilustre hermano— que he tenido que dar una paliza a uno de los carpinteros que me están componiendo el Ingenio porque me dijo cuantas picardías le sujirió su torpeza pero yo que he jurado de no sufrir insultos de nadie, tomé una bara de medir y le abrí la cabeza, y luego le hice dar mucho palo con mis criados» [21].

Aunque tan arraigada en las tradiciones españolas como su marido, Doña Concepción las veía a su manera. No faltan indicios de que al morir Don Juan Vicente, los Palacios se dispusieron a administrar en provecho propio los asuntos de los menores. Algunos pueden vislumbrarse en el testamento de Doña Concepción. Su buen padre, por ejemplo, pone buen cuidado en hacer constar en el testamento (que él mismo redacta) que se aceptarán sin discusión las cuentas que él presente; y se hace figurar a sus hermanos como administradores de tal o cual de las haciendas de Juan Vicente y de Simón. Doña Concepción era por demás tierna y afectuosa para con su padre y hermanos, que a su vez no se descuidaron en hacer producir a esta ternura toda la cosecha posible. El viaje de Esteban a España y su larga residencia en la Corte deben considerarse a la luz de esta situación. El asunto del marquesado ofrecía excelente razón —pretexto para pensionar al joven a expensas de su sobrino

---

[20] Sobre trato de esclavos *I. B., passin; D. B.*, pág. 25. *The Early Journey of Charles Wesley* edited by John Tedford, B. A., Londres, pág. 68. Wesley sigue diciendo: «Y no es extraño que, así educados en la crueldad, lleguen más tarde a practicarla con tanta perfección que Mr. Star, un señor que con frecuencia encontraba en casa de mr. Lasserre, pudiera, como él mismo lo contó a Lasserre, primero clavar a un negro por las orejas, luego hacer que lo azotaran del modo más cruel y luego echarle encima agua hirviendo de modo que el pobre hombre no se podía mover en cuatro meses. Un coronel Lynch es universalmente conocido por haber cortado las piernas a un pobre negro y haber muerto a varios todos los años con su barbarie. Estas horribles crueldades son tanto menos de maravillar puesto que el mismo Gobierno en efecto las tolera, y permite que maten a sus esclavos con las penas ridículas que estipula por este crimen, a saber, siete libras esterlinas, la mitad de cuya suma puede ahorrarse el criminal delatándose a sí mismo. Para mí esto no puede ser más que un acto público de indemnificación del asesinato.»

[21] Carta de María Antonia, *B. A. N. H. V.*, núm. 62, pág. 267.

Juan Vicente—; y el celo que Esteban pone en aspirar a que se decore a Simón con el título de Conde de Casa Palacios pudiera muy bien ser solución elegante al problema de continuar su costosa vida en Madrid cuando, ya concedido el marquesado a Juan Vicente, hubiera que trasladar a la hacienda del hermano menor la carga que ya no podía justificarse en relación con el primogénito [22].

Todo esto parece implicar cierta complicidad por parte de Doña Concepción, que quizá considerara suficiente la fortuna de sus dos hijos para llevar a cuestas a sus hermanos. También arguye cierto acuerdo general sobre gustos, opiniones y prejuicios entre Doña Concepción, su padre y sus hermanos. Sabemos por una carta de Esteban a su hermana que le había aconsejado ella a él que se procurase un despacho real en los Guardias de Corps. Es la primera carta que Esteban escribe a su llegada a España, y el párrafo reservado merece citarse por entero: «*Reservadamente.* Yo creo, si no me engaño, que a ninguna más bien que a ti te conviene vivir en España, assí para restablecerte de tu salud como para el bien estar de tus Niños. esta es una tierra demasiado lisonjera, de la cual yo me había ya olvidado y lo mismo ha sido llegar a ella que me parece que nací aquí y olvidado ya del amor patriótico (no de mi casa) tengo los más vivos deseos de permanecer pero en un entretenimiento honroso como sirviendo... y el que elija es precisamente el de Guardia de Corps, siguiendo en esto tu consejo que alguna vez me acuerdo antes de mi venida me lo digistes, me mueve también seguir este destino el ser uno de los miembros de Palacio para con más facilidad evacuar los asuntos que traigo. Yo quedo casi resuelto a solicitar luego que llegue a Madrid, la Bandolera, esto es contando con tu protección, quiero decir, que en virtud de tu responsiva pueda francamente dn. Francisco Iriarte salir garante por mí asegurando mensualmente aquella

---

[22] Véase cláusula 38 del testamento, en la cual se declara a Feliciano hijo encargado de las haciendas de Concepción, Santo Domingo y Macayra «asignándole de gratificación por este cargo 350 pesos por año, y que pusiese mayordomo o mandador a su satisfacción» (núm. 52, pág. 464), y cláusula 44, en la que, por el cuidado de los hatos de Totumo y Limón que tomó a su cargo Esteban, con ahorro de mayordomos, se le entregó como recompensa la tercera parte de lo que se herrase, y por esta razón «el expresado don Esteban y su industria ha acopiado en dichos sitios de hatos mucho número de ganado» (pág. 466). Esteban no parece muy seguro de sus derechos a estos animales a juzgar por una carta a su padre (24 noviembre 1792) en que dice «creo desde luego que ninguno de los novios [los maridos de las dos hermanas de Bolívar] me los despojarán cuando pasen a los hatos y vean la constitución de esta especie de haciendas, que donde pastan diez animales pueden pastar quince» (pág. 505).

asistencia necesaria porque como a este señor no le consta que yo tengo, puede tener algún reparo, yo me persuado que con lo que tengo ahí podré subvenirme a una muy buena asistencia. Las Guardias en el día es el cuerpo más brillante, por el hecho de entrar en ellas se da el grado de subteniente y se les ha aumentado el sueldo que llega a medio duro diario, en fin no sé si lo consiga e ignoro si mi padre desaprueba este pensamiento y por lo que mira a tu venida a España si en algún tiempo lo berificares, ni me des en nada por autor porque no ignoro las ideas de mi país» [23].

*

El 6 de julio de 1792 falleció Doña Concepción, a la edad de treinta y tres años. Quedó como cabeza de familia su padre, Don Feliciano Palacios y Sojo. Parece haber sido hombre activo e inteligente, que se daba cuenta perfecta de sus intereses y a quien animaba fuerte sentido de familia; aunque más tarde su hijo Esteban lo critica por su falta de conocimiento del mundo. Don Feliciano comenzó por desprenderse de sus dos nietas, carga siempre difícil de conllevar para un hombre anciano y viudo. Dentro del mismo año de la muerte de su madre consiguió casarlas a las dos: a María Antonia, que tenía quince años, con Don Pablo Clemente Palacios; a Juana, que no había cumplido todavía los catorce, con Don Dionisio de Palacios Blanco. Don Feliciano escribe a su hijo Esteban declarándose encantado de verse libre de la administración de los bienes de sus nietas, pues ya el 13 de octubre estaban las dos instaladas cada una en su casa. Quedó el hogar casi huérfano de mujeres. Simón Bolívar tenía nueve años [24].

---

[23] Carta en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 408, 409.

No he creído necesario ocuparme de toda la hojarasca de pintorescas historias sobre este período porque son historias pero no Historia, como ha demostrado *C. P.*

[24] *C. P.*, pág. 67.

La casa quedó a cargo de María de Jesús, esposa de Juan Nepomuceno Ribas, y en ella vivían tres muchachas jóvenes: María Paula, Josefa y María Ignacia, tías de Simón, que se casaron respectivamente tres, cinco y tres años después de la muerte de don Feliciano. *B. A. N. H. V.*, número 113, págs. 62, 85.

CAPÍTULO IV

LOS CIELOS MENTALES

Este hecho, que el hogar en que se crió Bolívar se quedara sin madre y sin hermanas ya desde 1792, no ha recibido de los autores toda la atención que merece. Tenía Juan Vicente once años y Simoncito nueve cuando quedaron huérfanos al cuidado de su abuelo materno Don Feliciano Palacios. Sus hermanas se casaron el mismo año de 1792; sus tres tías jóvenes, muy poco después. El hogar se quedó sin feminidad. En aquellas dos almas infantiles algo debió pasar entonces, algo cesó de crecer —acontecimiento tan oculto como lleno de destino para uno de los niños así como para el mundo—. Todo el trasfondo de recuerdos comunes que heredaban de su padre y de su madre debió quedar entonces sumido en el soterraño de sus almas, sin luz ni aire, celado a los ojos del espíritu, sepultado bajo nuevas formas, costumbres e ideas [1].

Entre ellos y el mundo que los rodeaba no les quedó más que el abuelo. Era también Don Feliciano Palacios hombre empapado en principios y hábitos tradicionales; pero claro está que de vida más alejada de la de sus nietos, y por lo tanto menos capaz de penetrar en aquellas tiernas naturalezas. En marzo de 1792 escribía a su hijo Esteban una carta casi toda ella dedicada a privilegios y abolengos, tanto de Bolívares como de Palacios. A su vez Esteban le escribe que se ha extendido a favor de Don Feliciano el título de Alférez Real, consuetudinario en la familia Palacios, y que envía por el mismo correo «con los mismos privilegios de la cédula de su concesor; me alegro infinito —añade Esteban— por la satisfacción que resulta a Smcd y por lo burlado que quedan los émulos». El 9 de noviembre, ya

---

[1] Retrato de *B. A. N. H. V.*, núm. 52, pág. 454.

muerta su hija, escribe Don Feliciano a Esteban que trabaja en ordenar los papeles suyos y los de su nieto Juan Vicente, que, según dice, comprenderán quince fes de bautismo, siete partidas de casamiento y siete testamentos, todo lo cual venía a entroncar con su propio abuelo; «y de ahí para atrás los hallarán en Miranda de Ebro y Berberana (Burgos)»; escrito lo cual, añade el abuelo estas palabras características: «Los de Juan Vicente se dilatarán más, porque se han de hacer por la Audiencia, arreglado a la nueva instrucción dada sobre títulos el 5 de 1789. En fin: irán cuando se concluyan, y no sé cómo compondremos el nudo de la Marín» [2].

Don Feliciano no pudo ocultar su satisfacción cuando Esteban tuvo «la felicidad de ser admitido» como Guardia de Corps en una compañía especial americana organizada a petición de «varios americanos pudientes y que residen en la Corte», y le escribía que de este modo «poco se pierde y se puede ganar mucho, especialmente colocándose en un cuerpo tan visible, que en ningún otro lograrías darte a conocer, y a tu familia, pues los otros empleos, aunque proporcione alguna utilidad son muy oscuros, y es lo mismo que sepultarse uno cuando comienza a vivir». Aspira el anciano a una Orden Militar, y le manda a Esteban una solicitud basada en «los cortos méritos que hay en mi casa y persona y la tuya», y confiesa tener dudas a causa de las dificultades que pudieran surgir sobre pureza de sangre, «lo que me sería muy doloroso». Pero tanto ésta como sus demás cavilaciones tuvieron punto final con el de su vida (5 diciembre 1793). Con esta muerte se cerró el cerco que aislaba a los dos huérfanos de su propio pasado [3].

*

Según revela la cláusula 57 del testamento de Don Feliciano, el abuelo había consultado a sus dos nietos sobre quién deseaban como tutor, y ninguno de los dos se había pronunciado por Carlos. Consultado «mi nieto Don Simón de Bolívar [...] me respondió como que ya lo tenía muy reflexionado que lo era su tío Don Esteban Palacios y Blanco». Esteban se hallaba ya en España, lo que prueba que Simoncito no sentía para con su tío Carlos estima alguna. Carlos no era hombre como para ejercer sobre sus sobrinos gran influencia. Perezoso, sin generosidad

---

[2] *C.P.*, págs. 65, 66, 69.

[3] «Si tuviere la felicidad de ser admitido...», 27 de octubre de 1792. *B.A.N.H.V.*, núm. 52, pág. 503. Compañía Americana: 27 de julio de 1793. Loc. cit., pág. 518; 28 de agosto de 1793, págs. 519, 520. Carta a Don Feliciano: *C.P.*, pág. 72.

ni eficiencia, no parece haber administrado la fortuna de sus sobrinos con gran rectitud; antes al contrario todo indica que los consideraba como carneros para esquilar cuando no como estorbos: «Carlos ha gastado todo lo que ha dado Curiepe, no sé en qué», escribía Don Feliciano a Esteban poco antes de su muerte. Esteban manda a Carlos desde Madrid consejos más bien de hombre de mundo que de hombre de virtud. El marido de María Antonia, instigado por su padre Don Manuel Francia, había puesto los ojos en la fortuna de los dos huérfanos, actitud, escribe Esteban a Carlos, que revela «principios muy humildes, poca vergüenza, ningún honor, una ambición desenfrenada, y en una palabra... un monstruo de la sociedad». Lo cual no le impide dar a Carlos consejos radicales: «Destruye primero las rentas del pupilo en sacar a luz tus derechos que el que se rían estos pícaros de ti.» Así jugaban unos y otros con la fortuna de los menores. Esteban había escrito a Carlos (23 mayo 1795): «En reserva: Creo desde luego, mi querido hermano, no perderás tiempo aprovechándote de la oportunidad que teniendo dinero a manos, adelantes tus haciendas en todo lo posible, mira que esto es lo que conviene, y no debes dudar, ni temer emprender cualesquiera empresa que [con] tu inteligencia y tino en el ramo de agricultura, siempre al fin sale la cuenta»; dicho lo cual incita a su hermano a permitirle a él aprovecharse también del dinero que tienen a manos [4].

El ataque de la tribu Clemente-Francia a la tribu Palacios abarcaba a los asuntos del cabildo. Desde Madrid, Esteban dirige los trabajos de defensa, y pide a Carlos le mande todos los detalles que pueda, hasta los ínfimos; «en estas materias se refiere hasta lo más mínimo que suceda; cuantas visitas hace a la semana». Quiere municiones «para recurrir al Rey, pues que aquí se puede hablar más gordo que allí y no reina tanto la intriga como ahí». El tono y el lenguaje revelan el nivel de intereses materiales en que ambos hermanos se mueven. Refiriéndose a algunas maniobras de la tribu de los Francia, dice Esteban: «cuyo resultado sería en todo caso los del perro del hortelano que no comía ni dejaba comer»; y se lamenta de que cunda la enemistad a los sobrinos y sobrinas, «en los primeros porque no son como niños que dejen ya de tener algún conocimiento y alimentados con nuestras ideas, pues tratándose de asuntos de intereses, hasta los tontos se vuelven cuerdos». Francia se las arregló para obtener del Capitán General Carbonell, que se acusara a Carlos como reo de Estado; pero Esteban paró

[4] *B.A.N.H.V.*, núm. 113, pág. 82; *C.P.*, pág. 69; *B.A.N.H.V.*, número 52, págs. 531, 532.

el golpe en Madrid. Entrelazábase esta riña de familia con el duelo ya secular entre vascos y criollos. Los Francia habían sido siempre firme apoyo y hasta criaturas de la Compañía Guipuzcoana, detestada por los venezolanos. Al referirse a una conspiración de vizcaínos que el Intendente logró desbaratar, escribe Esteban a su hermano: «Te prevengo que en las representaciones que vengan no se valgan VV de la expresión de *Viscaínos* que exalta al Ministro como que lo es; y es ya una disposición en contra; bajo el nombre de Europeos o forasteros hace el mismo efecto, explica el mismo concepto, y no ofende, ni choca al Ministro» [5].

Esteban no confía en el buen sentido de su hermano. En esta carta se opone al proyecto que Carlos abrigaba de trasladarse a la casa que Simón había heredado del Padre Aristeguieta, por pensar que era preferible dejar que siguiera rentando sus quinientos o seiscientos pesos, y para «no excitar la crítica pública de que te prevales de la curatela de este niño para habitar su casa; además de que estos niños están aún chicos sin ninguna representación y así podían vivir en unas casas moderadas durante su menor edad, si se les acostumbra desde ahora al lujo y ostentación puede causarles su ruina» [6].

Ambos hermanos aspiran a que Juan Félix Palacios, tutor de Juan Vicente, autorice el pago de los gastos incurridos por Esteban en relación con la concesión del marquesado de San Luis, a cuenta del sobrino. En carta sobre este asunto se queja Carlos de las «temeridades de nuestro cuñado y curador de Juan Vicente», y dice a Esteban que a causa de haberse marchado de Caracas Don Manuel de Francia esperaba poder entrar en composición con su hijo sobre las tutorías. Toda esta correspondencia revela cierta distancia, indiferencia y aun frialdad por parte al menos de Carlos para con los huérafnos, actitud que observarían ellos, ya se dieran o no cuenta consciente de ello [7].

Vivían entonces los Palacios en el crepúsculo de lealtades que caracteriza su época. Al morir su padre, Carlos encargó a Esteban le obtuviera la concesión del título de Alférez Real; Esteban lo logró pronto, y se lo anuncia, con cierto escepticismo sobre estos honores, «que sólo traen consigo gastos y obligaciones gravosas». Ya apunta en él cierto desengaño, muy en contraste con el entusiasmo de sus primeros días en España. «Yo

---

[5] Loc. cit., págs. 532, 534, 535.
[6] Loc. cit., pág. 539.
[7] Esteban a Carlos, 26 de marzo de 1794. Loc. cit., pág. 522. Carlos a Esteban, 28 de agosto de 1794, pág. 537, 540.

estoy sirviendo de Guardia de Corps al Rey sin más esperanza que la de cumplir con la obligación que me impuso mi educación y nacimiento», y al punto añade: «ésta es la constitución de los hombres que se llevan de una gloria vana». Repite a su hermano que sería mejor no se molestara en tomar la dignidad de Alférez Real y sigue diciendo: «Cuánto conozco ahora la falta de mundo en que han vivido nuestros padres.» Y sin embargo, en la misma carta, indica a Carlos que si pudiera colocar en Madrid diez o doce mil pesos le sería posible quizá obtener un despacho de coronel, y aun quizá también otro para sí mismo. Es característico de este período a dos luces que al hacerle esta proposición vacila Esteban, por dudar no de los medios de su hermano, sino de su «modo de pensar en el día». Es probable que a Carlos le repugnara a veces bajar la cabeza ante las autoridades españolas de Caracas; porque Esteban le escribe: «aunque el bajar la cabeza te sea insoportable, es preciso hacerlo así en estas ocasiones y mucho más en los pueblos intrigantes de América» —punto sobre el que insiste más de una vez en sus cartas—. Asegura Esteban a Carlos que le darían una Orden Militar si la pidiera, y le anuncia que a él lo han nombrado Ministro del Tribunal de Cuentas, verdadera prueba de favor regio; pero protesta contra la decisión del tutor de Juan Vicente de abandonar las gestiones sobre el marquesado, precisamente cuando iban a dar su fruto, o al menos así lo afirma. Carlos entretanto le pedía un ascenso a Capitán (1 agosto 1798), dándose cuenta de que el súbito acceso de buena fortuna de Esteban se debía a que uno de sus paisanos, Manuel Mallo, había subido a la cumbre del poder palaciego, como favorito de la Reina. El 10 de febrero de 1799 anunciaba Esteban que ya en agosto del año anterior se habían remitido los reales despachos de Capitán para Carlos, de Teniente para Juan Vicente y de Subteniente para Simón, que cumplía aquel año los catorce [8].

*

La primera nodriza de Bolívar había sido una dama cubana, amiga íntima de su madre, Doña Inés Mancebo, esposa de Don Fernando de Miyares, más tarde Gobernador de Maracaibo y Gobernador General de Venezuela. Con arreglo a la costumbre criolla, la madre de Bolívar, por no poder amamantar a su hijo, había rogado a su amiga, que entonces tenía también un niño

[8] Esteban a Carlos, 24 de abril de 1794, págs. 525, 527. También 3 de marzo de 1795, pág. 528; 31 de marzo de 1795, pág. 532; 28 de septiembre de 1797, pág. 542; 31 de octubre de 1798, págs. 544, 545; 10 de febrero de 1799, pág. 546.

de pecho, «le hiciera las entrañas a Simoncito», según frase curiosa de Caracas, mientras le encontraba un ama de cría. Años más tarde probará Bolívar que había guardado intacto el respeto y el afecto para con esta señora, a pesar de la lealtad para con la causa de España que no desmintió nunca Doña Inés. El 18 de gosto de 1813, cuando ya los patriotas confiscaban los bienes de todos los españoles europeos en los territorios de su mando, escribía Bolívar al Coronel Pulido, Gobernador de Varinas, que no se confiscara la hacienda de Bocomi perteneciente a Doña Inés: «Cuanto Ud. haga en favor de esta Sra corresponde a la gratitud que un corazón como el mío sabe guardar a la que me alimentó como madre. Fue ella la que en mis primeros meses me arrulló en su seno. ¿Qué más recomendación que ésta para el que sabe amar y agradecer como yo?» Pero Bolívar no parece haber cultivado la amistad de Doña Inés, con quien sólo le unía un conocimiento intermitente y lejano. No así con la esclava negra Hipólita, de la hacienda de San Mateo, que en 1791, de veintiocho años, se valuaba en 300 pesos. Hipólita fue su ama de cría, y en 1825 aún escribía el Libertador a su hermana María Antonia: «Te mando una carta de mi madre Hipólita para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre: su leche ha alimentado mi vida, y no he conocido otro padre que ella» [9].

Fue pues Hipólita para Bolívar padre y madre a la vez. Hasta qué punto le «tiraba» esta negra se desprende de una anécdota que relata Rojas: Cuando el Libertador entró en Caracas en triunfo el 10 de enero de 1827, divisó a Hipólita entre la muchedumbre. Abandonando al instante su lugar cumbre en la comitiva, Bolívar se arrojó en brazos de su nodriza que lloraba de alegría. Es evidente el vínculo materno. Pero, ¿el paterno? «No he conocido otro padre que ella.» Doble revelación: Simón Bolívar no había conservado memoria consciente de su padre, que había perdido a los tres años; y ninguno de los hombres que habían rodeado su niñez había ejercido sobre él ascendiente masculino comparable al que aquella negra lograra. Su nodriza y su madre fueron pues los dos vínculos más fuertes entre su alma y el pasado: hecho de la mayor importancia para formarse idea exacta de su carácter íntimo.

Sus raíces tenían que ser complejas. Corría por sus venas sangre mixta; y aunque los elementos de color entreverados en su sangre blanca eran muy escasos, no pueden juzgarse las cosas

---

[9] *A. R. L. H.* y *C. L.*, t. I, pág. 60. Sobre Hipólita, Rojas en *La Opinión Nacional*, 23 de julio de 1879, reproducido en *P. B.*, t. 1, pág. 101, así como carta a María Antonia.

del carácter y del espíritu por meras leyes cuantitativas. Pocas serían las gotas de sangre india y negra en las venas del Libertador; pero aun así, bastaban para crear en su estructura interna tensiones altas —porque de suyo era una naturaleza tensa—. Añádase a esta circunstancia la influencia femenina bicolor de su madre y de su nodriza, ejerciéndose sobre un cuerpo-alma todavía tierno e ignorante de sí mismo, influencia bicolor que lo unía a través de los siglos por un lado con la España cristiana, por otro con la pagana África; y sobre todo, la pronta eliminación de ambas influencias, por la muerte de su madre y por el retorno casi seguro de su nodriza negra a otras labores más productivas al crecer el niño —con lo cual se van hundiendo ambas influencias femeninas, mundo tibio, vago, sin perfiles, sin palabras, de sensaciones y recuerdos suaves, todo ello se va hundiendo donde ya no tiene acceso el sol de los días que vienen trayendo luces de nuevo esplendor.

*

Realidad y fantasía se suelen entrelazar en las nociones corrientes sobre los maestros de Bolívar. Las mejores fuentes no dejan lugar más que para tres figuras. «No es cierto —escribía Bolívar a Santander el 20 de mayo de 1825— que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible porque yo aprendiese; me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson, que Vd conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el Padre Andújar, que estimó mucho el Barón de Humboldt.» Pero este texto, como todos los que emanan de su pluma, ha de leerse teniendo en cuenta que Bolívar era casi incapaz de exactitud. Así lo asegura él mismo a la vez que lo prueba en esta misma carta. «Dice que soy difuso; mejor diría que no era correcto; pues realmente no lo soy por precipitado, descuidado e impaciente.» Y lo prueba al decir que «aprendía los idiomas extranjeros con maestros selectos en Madrid»; cuando es sabido que no aprendió más que el francés [10].

Es exacto que se había puesto una academia de matemáticas sólo para él, si por «academia» se entiende, como todavía hoy en España, una clase particular. El Padre Andújar puso en efecto una clase de matemáticas en 1798, en la misma casa de

---

10 *C. P.*, págs. 79 y sigs., es excelente como correctivo para los errores y las fantasías de autores como Mancini y hasta *G. F.* Carta: *C. L.*, tomo IV, págs. 357 y sigs.

Bolívar. La academia ya no existía en 1800, poco después del viaje que Simón Bolívar emprendió hacia Méjico y Madrid. El Padre Andújar no hizo en su ánimo tanta mella como los otros dos maestros que menciona. Andrés Bello no le llevaba más que dos años de edad; pero le era mucho más aventajado en desarrollo mental a juzgar por estas palabras que más tarde escribía Bolívar: «Yo conozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mío; fue mi maestro, cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto.» Nacido en Caracas, era Bello flor intelectual de la cultura de su ciudad natal. Había aprendido Humanidades del Padre Cristóbal de Quesada, filosofía en el Seminario de Santa Rosa, bajo el rectorado del presbítero Montenegro, «el bueno, el afectuoso, el sabio Dr. Montenegro»; y matemáticas y física en la Universidad. Bello era una gran inteligencia. Según Bolívar, fue su maestro de geografía y de bellas letras. Era Bello más sólido que brillante, y por lo tanto tenía que darse cuenta de que mucho de lo que para Bolívar era oro no pasaba de oropel. Tuvo que llegar un momento en que el alumno tuviera que escoger entre Bello y su otro maestro, el «Robinson» que menciona, o sea Carreño Rodríguez. No era posible transacción alguna entre el optimista romántico y ruseliano y el clásico pesimista católico. En años posteriores, escribirá Bolívar hablando de Bello: «Su esquivez nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo, deseo reconciliarme; es decir, ganarlo para Colombia» [11].

Simón Carreño Rodríguez alias Samuel Robinson era hermano menor del compositor Cayetano Carreño. Nacido en 1771, es apenas probable que haya podido enseñar a Bolívar las primeras letras, porque en abril de 1792, cuando ya iba a cumplir Bolívar los nueve años, era todavía el tal maestro desconocido para Esteban Palacios, tío y padrino del educando, que se disponía a marchar para España; y es seguro que a los nueve años Simoncito sabía ya leer y escribir. Pero la influencia de Simón el Mayor sobre Simón el Menor no ha sido precisamente del orden de las cosas que los chicos aprenden en la escuela. Es casi tan difícil desenmarañar hechos y fantasías de la vida de un Simón como de la del otro. Los biógrafos de Simón Carreño suelen dar cierta importancia a sus ideas sobre la enseñanza, que incorporó en una memoria presentada al cabildo de Caracas

---

[11] Sobre las clases de Andújar, *B. A. N. H. V.*, núm. 107, págs. 260-262. Cita sobre Bello: 27 de abril de 1829 en *C. L.*, t. VIII, pág. 304. Sobre Bello también *C. P.*, loc. cit. Cita sobre Montenegro, Baralt, citado por Menéndez Pelayo, *Historia de la Poesía Contemporánea*, t. I, pág. 357.
Quito, 27 de abril de 1829, a José Fernandez Madrid, *C. L.*, t. VIII, página 304.

con el título de *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento.* Hay autores que van hasta propugnar que los tutores de Simoncito escogieron a Carreño como maestro del muchacho precisamente por sus ideas «modernas» sobre la enseñanza. Pero el caso es que Carreño entró al servicio de la familia no como maestro del nieto sino como escribiente del abuelo. Don Feliciano lo tenía por hombre de bien y buen administrador. Aunque no pasaba de los veinte años, parece que ya había viajado por Europa y, de retorno en Caracas, había contraído matrimonio con María Ronco, decorada a veces con un Doña de dudosos títulos. Carreño había dado a los dos retoños de este matrimonio los nombres de Maíz y Tulipán, siguiendo la moda republicana de Fabre d'Églantine. Era una de sus numerosas excentricidades. «El maestro de Bolívar —escribe Carlos Pereyra— abre en la historia de América una serie de hombres copias que, sintiéndose fascinados por algún personaje de fama universal, no se limitan a seguirlo o imitarlo, sino que tratan de reproducirlo íntegramente. Hay el Napoleón I, el Napoleón III, el Víctor Hugo, el Taine, el Renan y el Nietzsche de cada aldea. Simón Rodríguez vagó por los dos mundos, viviendo del oficio de Rousseau sin Contrato» [12].

Aguda observación. Cuéntase que, para protestar contra la costumbre de su hermano de bendecir la comida al ponerse a la mesa, Carreño decidió mudarse el nombre, tomando el de su madre, Rodríguez. Pero lo que menos importa es el motivo externo; porque había uno más hondo. Cuando en 1797 tuvo que abandonar su patria, por conspirador, Simón Carreño o Rodríguez se disfrazó de «Samuel Robinson». Le encantaban estos cambios, y viajaba de nombre en nombre como de país en país. Pero, aunque excéntrico, algo había en ello de más radical que la mera excentricidad. La clave la da el propio Bolívar en una

---

[12] Sobre fechas y enseñanzas de primeras letras, *C. P.*, loc. cit. También trata bien el que no se escogiera a Carreño por sus ideas modernas.

Sobre Carreño: *Vida,* por Amunátegui, Santiago de Chile, 1876. Cita en *C. L.*, vol. IX, pág. 426, 27 de junio del 25; *C. P.*, pág. 84. Don Feliciano a Esteban pidiéndole libros (3 de septiembre del 92): «Son para el amanuense que me escribe que es D. Simón el hermano de Cayetanito Carreño. Es hombre muy de bien y de bastante habilidad para llevar mis asuntos y cuentas con gran descanso mío.» Esteban contesta el 26 de diciembre que envía los libros para el «escribiente», pero no todos, «porque asciende a mucho su valor»; y el 24 de enero del 93, los remite juntamente con una cuenta de 2.088 reales, cruzándose con una contraorden de Don Feliciano fechada el 28. El mismo Bolívar escribía a Santander (6 de mayo del 24): «Es un amanuense que da preceptos a su dictante.» *C. L.*, t. IV, página 151.

carta a Cayetano Carreño: «Su hermano de Vd. es el mejor hombre del mundo, pero, como es un filósofo cosmopolita, no tiene ni patria, ni hogares, ni familia, ni nada.» Éste es el rasgo esencial de su ser, que explica los constantes cambios de nombres, de residencia y de ocupación en la vida de Simón Carreño [13].

Este rasgo estaba llamado a ejercer profunda influencia sobre el alma tierna del futuro Libertador. Simón Carreño Rodríguez iba a encarnar a sus ojos un mundo totalmente opuesto al de la tradición en cuyo seno había nacido y se había criado; un mundo que Carreño le iba descubriendo e inculcando. Para aquel niño tan inteligente, desconectado de sus recuerdos y emociones, Simón Carreño era el emisario de un orbe nuevo: el orbe de las ideas. Era como un celaje de nubes esplendorosas por encima de un paisaje solitario y sin árboles. Justicia, libertad, igualdad, república, educación, posteridad, fraternidad, naturaleza, diosas del cerebro, amantes del corazón, que el joven omnisciente de veintiún años hacía surgir como por encanto ante los ojos fogosos y la imaginación ardiente de un niño de once. De todas estas nuevas deidades, una atraía mucho más que las otras a aquel niño ávido de vida; porque era español y porque se sentía allá en lo hondo atado por fuertes tradiciones: ¡La libertad! ¡Fuera cadenas! Ni familia, ni hogar, ni religión, ni santos. Ni santos ni siquiera en el nombre, mientras que él tenía por nombre todo un rosario de santos terminando en el santo nombre de la Satísima Trinidad. Legumbres y flores. Maíz y Tulipán. Cinismo en lugar de reverencia, cinismo hasta en las cosas más sagradas, hasta gratuito y fuera de lugar. Aquella familia empapada en su genealogía había dado al niño un maestro-secretario que se divertía en afirmar que no había conocido a su padre, pero muy bien a un fraile que visitaba a su madre. Y era hijo legítimo de una mujer honrada.

No es probable que propósito tan cínico saliera de los labios mordaces de Simón Carreño, ni siquiera que lo concibiese su cerebro cuando entre veintiún y veintiséis años enseñaba primeras letras a Simón Bolívar entre nueve y catorce. Pero ya la tendencia cínica apuntaba en él. Era una tendencia a la rebeldía contra la autoridad, a la anarquía contra el orden, al racionalismo contra la religión, al pensamiento abstracto contra la tradición orgánica, a la libertad del ser contra todas las trabas de dentro como de fuera. Pero era también algo más. Por muy negativo que fuera el Simón ruseliano, también tenía su fe, sus ideales, un alma digna y recta a su modo. Bolívar no

---

[13] Carta a Cayetano: *C. L.*, t. IV, pág. 426.

escribió nunca sobre su antiguo maestro más que palabras rebosantes de admiración. Porque, aunque estrafalario y muchas veces histriónico, había en él un cogollo de honradez y de desinterés que no dejó de observar su discípulo. En 1825 el Libertador enviaba a Cayetano Carreño tres mil pesos que Simón Carreño había ganado al servicio de la República como organizador de la enseñanza: «Este dinero jamás lo ha poseído hasta ahora —comentaba Bolívar— porque es tan desinteresado que no quiere ni pide cosa alguna. Se ha puesto a trabajar por ganar esta cantidad y me ha rogado que la adelante a Vds. con el fin de aliviar a su infeliz mujer que ama entrañablemente.» Esta generosidad a los cincuenta y cuatro arguye una mayor todavía a los veintiuno. Al joven Simón Bolívar debió pues impresionarle el desinterés de su joven maestro. En 1824 escribía a Santander: «Es un genio, un portento de gracia»; y añade estas palabras significativas: «Cuando yo le conocí valía infinito. Mucho debe haber cambiado para que yo me engañe.» En la misma carta, y entre otras frases de entusiasmo similar, dice: «Yo amo a ese hombre con locura.» Pero todavía se eleva más el entusiasmo de Bolívar en una carta en que, ya en la cumbre de la gloria, expresa toda su gratitud y humildad al maestro de su juventud al enterarse de que ha regresado a la patria: «Con qué avidez habrá seguido Vd. mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por Vd. mismo. Vd. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Vd. me señaló [...], no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Vd. me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles» [14].

Fue pues Simón Carreño el hombre que más influyó en lo consciente sobre Simón Bolívar. «Siempre presentes a mis ojos intelectuales», dice admirablemente, dando así con toda exactitud la índole abstracta y consciente de esta influencia de su antiguo maestro sobre su ser. Este idealismo super-impuesto y forjado ex profeso por el intelecto es precisamente el que inspira una frase maravillosa, verdaderamente bolivariana en su vigor, que expresa con la mayor claridad la influencia de Carreño: «Ya que no puedo yo volar hacia Vd. hágalo Vd. hacia mí; no perderá Vd. nada; contemplará Vd. con encanto la inmensa patria que tiene, labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores.» Este hijo de las seculares Indias españolas, con un mundo de antepasados dentro de sí —un mun-

[14] A Santander, 6 de mayo del 24: *C. L.*, t. IV, pág. 151; a Carreño, 19 de enero del 24: *C. L.*, t. IV, pág. 32.

do de frailes y de conquistadores, de pobladores y de encomenderos, de siervos indios y de esclavos negros, mundo de orden y de poder, de fe y de tradición—, este hijo de las Indias seculares hondamente arraigado en aquella tierra en que yacía sepulta tesonera tradición de vigor increíble, debía al filósofo ambulante su luz, sus cielos, sus meteoros y sus nubes —todo el mundo intelectual de ideas e ideales que se extendía como gloriosa bóveda azul sobre su cabeza—. Y entre aquel cielo y aquella tierra, hombres a rastras [15].

---

[15] Loc. cit.

CAPÍTULO V

LOS TIEMPOS

Cuando Colón halló tierra americana en Guanahani tomó solemne posesión del nuevo continente que había descubierto en nombre de Don Fernando y de Doña Isabel. Cada uno de los descubridores y conquistadores españoles que le siguieron repitió la ceremonia con igual solemnidad. Pero los hombres no pueden tomar posesión de la tierra sin que la tierra tome posesión de los hombres. Y esta acción recíproca del continente en virtud de la cual los conquistadores quedan conquistados por su conquista viene a ser el proceso que durante tres siglos rige la evolución del Imperio español. Durante estos tres siglos actúan en el seno de las Indias dos fuerzas antagonistas: el anhelo hacia arriba de la sangre blanca, deseosa de seguir siéndolo, manteniéndose lo más cerca posible de la fuente y origen de la blancura que es España; y la atracción de la tierra que arrastra a los blancos hacia abajo, hacia las raíces indias y negras que los ligan con el solar que habían conquistado y deseaban regir desde arriba, pero que los conquista a ellos y trata de dominarlos desde abajo [1].

Al nacer Bolívar, la segunda de estas fuerzas comienza ya a vencer a la primera. El anhelo blanco hacia España —sol y cielo del paisaje mental moral de las Indias— se ha ido refractando hacia otros cielos y otros soles al ir declinando el prestigio de España y de su Corona. Los criollos antaño católicos se hacen filósofos y «filántropos» como los españoles de la Península. Lo que fue Carreño para Bolívar lo fueron para miles de españoles americanos los cuatro filósofos, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Raynal. El fermento así estimulado por influencias

[1] Véase estudio de este proceso en *I. B.*

intelectuales, excitado por motivos distintos por judíos, masones y jesuitas, iba a enconarse hasta lo febril bajo el influjo de las tres revoluciones: la norteamericana, la francesa y la negra [2].

Nació Simón Bolívar el mismo año en que se firmó el tratado de Versalles, por el cual la Gran Bretaña reconoció la independencia de sus colonias americanas al fin de una guerra en que, al lado de los rebeldes contra el Rey de Inglaterra, habían luchado tropas españolas, dando así peligroso ejemplo a los futuros rebeldes contra el Rey de España. Cuando comenzó la Revolución francesa tenía Simoncito seis años; y aquel magno evento europeo fue desarrollando sus dramáticos episodios durante los diez años que vivió en Caracas —1789-99— casi todos bajo la influencia del revolucionario Simón Carreño. Por último, los sucesos sanguinarios de Haití, que culminaron en la fundación de una república negra, primera nación independiente del Nuevo Mundo después de los Estados Unidos, tuvieron lugar durante los mismos años muy cerca del lugar en que se criaba el futuro Libertador. Todos estos acontecimientos levantarán olas de conmoción política en Venezuela ante sus mismos ojos entre sus once y sus catorce años.

*

Once años tenía cuando en la misma Caracas ajusticiaron a un zambo libre, José Leonardo Chirinos, cuya cabeza exhibieron en una jaula de hierro sobre un mástil de veinte pies de alto en la carretera de Coro y de los valles de Aragua. Había sido Chirinos uno de los caudillos de la rebelión negra que durante algún tiempo había puesto en un apuro a las autoridades del valle de Curimagua en la sierra de Coro. El otro caudillo era un negro nacido en África, traído como esclavo a Curaçao, y surgido en Venezuela no se sabe cómo. Al pisar tierra, quedaba *ipso facto libre*. Este negro, quizá desembarcado en Venezuela precisamente para que actuara como lo hizo, se constituyó en una especie de consejero jurídico de sus congéneres, entre los que iba propagando «la ley de los franceses», explicaba a su modo como un sistema en que el poder político pasaba a los negros. En el estado de confusión y desorientación de las lealtades que era típico de la época, los blancos desempeñaron en este episodio en parte el papel de instigadores involuntarios y en parte el de víctimas; porque los negros creían que los blancos habían interceptado una Real Cédula aboliendo la esclavitud, y también que estaban exentos de impuestos, siendo así que los pagaban como

---

2 Véanse capítulos correspondientes en *I. B.*

la gente de color. Tratóse de una revuelta puramente local, en una zona donde sólo vivían unos tres mil esclavos de los sesenta mil registrados en Venezuela; y los alzados militantes no pasaban de ciento cincuenta, con armas pocas y malas; pero se impusieron durante algún tiempo por el terror que sus crueldades propagaron en la vecindad. El Teniente Justicia con noventa y un ciudadanos resueltos se bastó para reducirlos a la obediencia, y el peligro negro acabó por disiparse [3].

*

Apenas seca la sangre vertida por este incidente, vertióse no poca tinta y más oratoria en el cabildo de Caracas para protestar contra una Real Cédula de 10 de enero de 1795 admitiendo a los pardos y morenos a los cargos públicos mediante pago de sumas relativamente módicas —de seiscientos a mil quinientos reales—. Los mantuanos se irritaron sobremanera. Argüían que contra tales gentes había que hacer valer «el infame origen de la esclavitud y el torpe de la ilegitimidad». Carlos de Palacios y Blanco, cabeza de familia en el hogar de Simón Bolívar niño, fue uno de los que dirigieron este movimiento de protesta como Regidor de Caracas. El Cabildo recordaba la súplica dirigida al Rey el 13 de octubre de 1788 para que se denegara a los pardos el privilegio de contraer matrimonio con personas blancas y el de recibir órdenes sagradas, que solicitaban; pasaba después a apuntar que una vez que se admitía a esta clase de gente a los cargos públicos, hasta entonces reservados para «los blancos y gentes principales de mayor distinción en la república», «no habría quien quisiera servir los oficios públicos»; opinaba el cabildo que no convenía otorgar tal igualdad a «gentes bajas que componen la mayor parte de las poblaciones, y son por su natural soberbias, ambiciosas de los honores y de igualarse con los blancos, a pesar de aquella clase inferior en que los colocó el autor de la naturaleza». Taimadamente intentaba el cabildo valerse para sus fines de los temores que la Corona pudiera abrigar en aquellos tiempos turbulentos, y preguntaba: «¿Cómo era posible que la Corona confiara la seguridad nacional y la defensa de sus derechos a unos hombres que lejos de mirar hacia España como al centro de su felicidad, han de fijar la vista en los

---

[3] *G. F.*, t. I, págs. 120 y sigs.; *C. P.*, págs. 92 y sigs.
Pedro M. Arcaya: discurso de recepción en la Academia de la Historia, Caracas, 1910. «La ley de los franceses» podía significar para muchos «La ley de los negros de Haití», pues, como se verá en los capítulos XVI y XVII, «franceses» quería decir a veces y en ciertas circunstancias «negros de lengua francesa».

oscuros habitantes de la África, de donde proceden, para protegerlos y sublevarlos contra los españoles, de quienes dicen que han recibido agravios?» [4].

Es seguro que estos y parecidos argumentos resonarían en el hogar de Simón Bolívar, puesto que los que dirigían esta protesta de los blancos de Caracas contra las tendencias igualitarias de la Corona eran todos hombres de su clase, de su familia y de su círculo de amistades —en particular su tío Carlos Palacios y el marqués de Toro, ambos firmantes de la súplica que se envió al Rey el 28 de noviembre de 1796—. Temerosos no sólo de que los pardos y morenos treparan por la escala oficial hasta el alto nivel que ellos ocupaban por privilegio, sino también de que siguieran invadiendo las artes y oficios, los mantuanos pedían al Rey obligara a las gentes de color a trabajar en el campo, limitara su acceso a los oficios y distribuyera en formaciones pequeñas la milicia de pardos. La respuesta del Rey fue contraria a los deseos de los mantuanos, consagrando el derecho de los pardos y morenos a casi todos los oficios, cargos y honores mediante pago de sumas muy módicas. Por ejemplo, para llamarse Don bastaba con pagar mil cuatrocientos reales. Pero cuando esta respuesta real llegó a Caracas, ya Simón Bolívar andaba por otras tierras [5].

*

Mientras los nobles de Caracas se dedicaban con tanto ahínco a defender sus privilegios, perdió Venezuela una parte inestimable de su territorio. El 16 de febrero de 1797 una fuerza inglesa se apoderó de la Isla de Trinidad. Hallábase entonces Inglaterra en guerra con España, por haberse invertido la política española, al sobrevenir la Revolución francesa a causa de la política francófila de Godoy y de los desengaños experimentados por España como aliada de Inglaterra contra los franceses. El paso de España del campo inglés al campo francés favoreció los designios de Inglaterra sobre Trinidad. Próspera y feliz hasta 1727, la Isla, arruinada entonces por una epidemia que arrasó las plantaciones de cacao, no contaba en 1773 arriba de mil habitantes. Por Real Cédula de 3 de septiembre de 1776 se concedieron tierras a cualesquiera extranjeros católicos que quisieran poblar, y se agregó la Isla a la Intendencia de Caracas. Circulóse esta Cédula ampliamente por todas las islas en francés y en inglés; y un francés de la isla de Granada, Roume de

---

[4] *C. P.*, pág. 96; *P. P.*, pág. 55.
[5] Loc. cit.

Saint Laurent, redactó un plan de colonización de Trinidad por franceses criollos y sus esclavos. Al cabo de pocos años había crecido la población a 10.422 habitantes, los más franceses, con algunos ingleses e irlandeses. El impulso creador de todo este progreso se debía al nuevo Gobernador, el Capitán de navío José María Chacón; el técnico era un oficial de ingenieros criollo, José del Pozo y Sucre, que más tarde iba a figurar con Miranda en negociaciones separatistas con Pitt.

Todo lo echó a rodar la Revolución francesa. Chacón había logrado que la Isla atravesara en paz y seguridad los años en que España estuvo en guerra con Francia, a pesar de que casi todos los habitantes de Trinidad eran franceses, y muchos de ellos simpatizaban con la revolución. Pero en 1796 Godoy se pasó al partido de Francia y el 5 de octubre declaró la guerra a Inglaterra. Lo primero que hicieron los ingleses fue atacar a Trinidad, para cuya operación hacía ya meses que se venían preparando. A pesar de las repetidas y oportunas advertencias de Chacón, no se había fortificado la Isla. El Almirante Apodaca llegó a Trinidad a principios de septiembre con cuatro navíos de línea, una fragata, un bergantín y alguna tropa. La estación era contraria y a los pocos días estalló una epidemia de fiebre amarilla que mató al tercio de los recién llegados. Contra este objetivo casi indefenso navegaba el 16 de febrero de 1797 el Almirante Harvey con cincuenta y nueve navíos, mil doscientos cuarenta y cuatro cañones y seis mil setecientos cincuenta hombres, de ellos mil setecientos alemanes, al mando del General Abercromby [6].

Divisáronse las primeras velas el 16. Los barcos de Apodaca estaban en el puerto de Chaguaramas; las fuerzas de tierra de Chacón, en Puerto España. Decidió Apodaca escapar de la ratonera si el tiempo fuera favorable; pero, al no serlo, y cumpliendo los reglamentos de la marina, quemó sus navíos y se llevó a su gente por tierra a reunirse con Chacón. Los ingleses desembarcaron el 17. Los habitantes franceses, aunque aliados de España, no se batieron. Chacón no tenía más que seiscientos soldados, entre los cuales más de doscientos apenas convalecientes de la fiebre amarilla. No era cosa de armar a los morenos, porque eran en su gran mayoría esclavos traídos por sus dueños de islas extranjeras, y el Gobernador temía que, armados, produjeran en Trinidad excesos como los sangrientos de la revolución negra de Haití. El 18 de febrero de 1797 Chacón capituló [7].

---

[6] *Ponte,* págs. 30, 33.
[7] Loc. cit., pág. 68.

Trinidad pasó a ser la base de operaciones desde la que los ingleses maniobraban en todo el continente para ir dislocando y soltando los vínculos que lo unían a España. Esta acción pertinaz de Inglaterra solía revestirse con las nobles palabras de «emancipación» e «independencia». Quizá entrara en la actitud inglesa cierta dosis de emociones sinceramente «filantrópicas» (como entonces se decía). Téngase en cuenta, sin embargo, que el primer Gobernador que Inglaterra nombró en Trinidad como sucesor del liberal e inteligente Chacón fue el tristemente célebre Picton que Wellington llamaba «el diablo más tosco y malhablado que jamás vivió». Este Picton introdujo en la Isla la tortura y ejecutó a varios negros por hechiceros —cosa desconocida en las Indias españolas—. También conviene recordar a este respecto que Sir Ralph Woodford, tercer Gobernador de la Isla, al encargarse del mando en 1813, escribía al Ministro de Colonias, Conde de Bathurst, palabras significativas refiriéndose al cabildo de Trinidad: «estos cabildos tienen por origen el derecho español, que autoriza se establezcan siempre y cuando haya una ciudad lo bastante poblada, no actúan bajo carta o instrucciones algunas, sino sobre las leyes en general, en las que, a lo que vislumbro, no se hallan muy versados [...]. Sus poderes como asamblea deliberante son considerables, y tales que a mi ver sobrepasan con mucho a las ideas de vuestra señoría sobre el particular, pero como municipio podrían ser muy útiles si se dedicaran más a la gestión de sus funciones. Se consideran como los representantes del pueblo, y el derecho español los autoriza a poner en tela de juicio todo acto que afecte a sus intereses» [8].

Prueban estos textos, si necesario fuere probarlo, que nadie, fuera de los separatistas hispanoamericanos, se tragaba las abundantes profesiones de apoyo a la libertad de América española que Dundas (más tarde Lord Melville) propagaba profusamente por mediación nada menos que del malhablado perseguidor de hechiceros, Tomás Picton. La forma precisa que habría de tomar la América española como consecuencia de tan confusa

---

[8] Sobre Picton *I. B.* con bibliografía. *D. L.*, t. I, caps. IV y V. Cita de Wellington en *Stanhope*, pág. 69. Añade el duque: «But he always behaved extremely well»; lo que desde luego no cabe decir de su conducta en Trinidad. Woodford a Bathurst: *P. R. O.* C. O., 295-29, núm. 1; 1 de junio de 1813.

Entre los negros ejecutados por hechicería bajo Picton, había una mujer, Thisbé, y un hombre, llamado Pierre François; lo hizo quemar vivo. *P. R. O. Trinidad Papers*, C. O., 296/4, fols. 283-98.

situación no parece haberse dibujado por entonces, si es que jamás se dibujó claramente, en la política de la Gran Bretaña. Por el momento, esta política se limitaba a descoyuntar en lo posible las articulaciones entre la España americana y la España europea. Tal era el fin que se proponía Dundas al escribir el 8 de abril de 1797 a Picton prometiendo apoyo a todos los españoles americanos que se alzaran contra su Rey, y asegurándoles que la intención del Gobierno británico consistía «tan sólo en permitirles mantener su independencia comercial, sin deseo alguno por parte del Rey de Inglaterra de adquirir cualquier derecho o soberanía sobre ellos, o de intervenir en sus derechos civiles, políticos o religiosos; a no ser que ellos mismos solicitaran su protección». Esta última reserva constituía una indirecta bastante clara para que la entendiese cualquiera menos iluso que Miranda, que en aquellos días intrigaba en Londres contra la unidad hispánica con Picton y con Pitt [9].

Pero ¿por qué independencia «comercial»? Porque era precisamente por este camino por donde era más fácil disociar los intereses de los españoles americanos y de los europeos, puesto que ya hemos visto que las clases pudientes se apoyaban precisamente en la Corte para defendr sus privilegios contra la marea montante del igualitarismo. Por esta misma razón puso gran empeño Inglaterra en que se conservaran intactas las relaciones comerciales, lícitas o ilícitas, entre Tierra Firme y las Islas Británicas, francesas y de otras naciones. Esta finalidad era primordial, y subsistía aun cuando para ello fuera a veces necesario dar de lado a la empresa de «emancipar» a los americanos españoles. Cuando Carlos Palacios escribía a Esteban el 28 de junio de 1797 «las infinitas calamidades que ha pasado y está sintiendo esta Provincia con la guerra de los ingleses», tomaba una actitud más bien oficial que real, ya que por entonces, a pesar de la guerra, en Venezuela se ganaba mucho dinero con el contrabando. El adolescente Simón Bolívar ha debido vivir todo esto, puesto que el dinero se hacía con su cacao y con su añil, que iba danzando de Puerto España a Demerara y de Demerara a Kingston. Y en cuanto a la pérdida de Trinidad, es poco probable que ni él ni nadie en Caracas la sintiera más hondamente que el propio Miranda, quien en sus instrucciones a sí mismo, redactadas en París el 22 de diciembre de 1797, escribía que, en cuanto a islas, Sudamérica no necesitaría más que guardar a Cuba a causa del puerto de La Habana; puesto que las demás,

---

9 *Miranda-Archivo*, t. XV, págs. 171, 176.

entre las que menciona a Puerto Rico y a las dos islas venezolanas de Margarita y Trinidad, no tienen según él interés directo para los sudamericanos [10].

*

Antes de salir de su patria con rumbo a Nueva España y a Vieja España, Bolívar fue testigo del alzamiento más importante de su país, después del suyo propio. Fue debido a unos españoles europeos deportados de la Corte como convictos conspiradores republicanos contra la Corona. Era pues la Corona de España la que exportaba a ultramar el verdadero espíritu revolucionario, después de haber dado el mal ejemplo a sus propios súbditos americanos apoyando a los rebeldes de la América del Norte contra el Rey de Inglaterra. El 17 de febrero de 1796 estos españoles republicanos intentaron promover una revolución, desde luego prematura en España. Condenados a muerte, e indultados más tarde, tres de ellos fueron deportados a la fortaleza de La Guaira. Entre bastidores se movió la francmasonería, y estos tres españoles, huéspedes del Rey de España en una cárcel de La Guaira, pasaron a ser, por obra y gracia de los hermanos francmasones que se encontraban en su camino, algo así como huéspedes de honor cuyas células frecuentaban jóvenes revolucionarios criollos a ciencia y paciencia de las autoridades. El 4 de junio de 1796 desaparecieron los prisioneros. Poco después, uno de ellos, Picornell, publicaba en Guadalupe una traducción al castellano de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano* así como una adaptación de la Carmañola a las cosas de América. Habían pues aportado a Venezuela estos tres españoles un espíritu forastero, ajeno al modo de ser de la vida criolla, un idealismo sin contacto con las realidades de la vida que aspiraban a reformar, y el espíritu igualitario y abstracto de la Revolución francesa que en aquellos tiempos casi nadie en las Indias aceptaba, ni aun concebía. La instrucción dirigida por la Audiencia reveló otras concausas, como la llegada a La Guaira de prisioneros franceses estacionados anteriormente en Santo Domingo, y de muchos franceses emigrados de Trinidad al perderse la Isla; así como los papeles extranjeros de que inundaba Caracas el siempre activo Picton.

En esta primera rebelión, la primera realmente igualitaria de Venezuela, hallábanse implicados algunos mulatos, como el sargento de guardia con cuya connivencia se escaparon de la cárcel los tres españoles. Mulato era también el barbero Juan

---

[10] *C. P.*, pág. 111. Carta de Carlos a Esteban en *B. A. N. H. V.*, número 52, pág. 540. Miranda sobre las islas, *I. B.*, cap. XLI.

Chirinos que, asustado, delató el caso a las autoridades. Ya para julio había abortado la conjura, y el Capitán General, Carbonell, informaba a Madrid que «se han puesto presos considerable número de sujetos de todas clases, a saber: un eclesiástico, oficiales, sargentos, cabos y soldados veteranos y de las milicias de blancos y pardos; comerciantes, abogados, hacendados y particulares, y últimamente se conoce que ya la sublevación había tomado un cuerpo considerable y se acercaba al término de su pérfida ejecución, que, según parece, era para el día de Nuestra Señora, en cuyas vísperas me favoreció Dios con su descubrimiento». Quedaron implicadas hasta treinta personas de las cuales diez fueron deportadas a España, trece a Puerto Rico; y sesenta exoneradas. Pero seguían libres los dos caudillos de la conspiración, Don Manuel Gual y Don Joseph María de España. Gual era vástago de una familia acomodada de La Guaira, primogénito de Don Mateo Gual, el defensor de la ciudad contra el Almirante Knowles en 1743. España era el Teniente de Justicia de Macuto, la ciudad en que durante dos semanas se habían ocultado los dos presos Picornell y Cortés antes de huir a Curaçao. Tanto Gual como España eran hombres cultos, de cierta distinción y honorabilidad. Gual colaboraba con Miranda, que ya entonces llevaba años laborando por la independencia del continente ora en Francia, ora en Inglaterra. Las autoridades no consiguieron apresarlo y siguió en relación con Miranda hasta su muerte en el destierro. En cuanto a España, cayó en manos de las autoridades en 1799 y fue ajusticiado el 8 de mayo en la Plaza Mayor de Caracas, hoy Plaza Bolívar. Ya en aquella fecha Simón Bolívar, que había de dar su nombre a la plaza, había salido de Venezuela para su primer viaje por el mundo.

De edad de catorce años, al descubrirse la conspiración, debió seguirla el futuro Libertador con intenso interés. Los papeles hallados en casa de Gual probaban el espíritu igualitario de la conjura. La proclama comenzaba, a decir verdad, del modo menos revolucionario posible: «En el nombre de la Santísima Trinidad y de Jesús, María y Joseph, Amén.» Pero tras este breve preámbulo tan en armonía con la devoción tradicional de su familia y hasta con el último de sus nombres de pila, Simón Bolívar, si es que alcanzó a leerlas, reconocería en estas «Ordenanzas» de los revolucionarios el espíritu de Rousseau que le había inculcado su maestro Simón Carreño. La escarapela iba a ser blanca, azul, amarilla y encarnada, símbolo de las cuatro estirpes, blanca, mulata, negra e india; de las cuatro provincias, Caracas, Maracaibo, Cumaná y Guayana; y de los cuatro principios, igualdad, libertad, propiedad y seguridad que preconizaban; como no fueran estos otros cuatro que figuraban

en el himno revolucionario que iban a cantar, uno de los primeros de la larga serie de cantos públicos en que se ha solido desde entonces sacrificar la poesía en aras del entusiasmo político:

Viva nuestro Pueblo,
viva la Igualdad,
la Ley, la Justicia
y la Libertad.

Se abolía el tributo de los indios y la esclavitud de los negros; se abrían los puertos a todas las naciones del mundo. «Carreño puro», pensaría Bolívar. Y en efecto, en el mismo mes de julio de 1797 en que se descubrió la conspiración, Carreño salía huyendo de Venezuela en un barco norteamericano [11].

*

Esta conspiración que encarnaba tan a la perfección el espíritu del extravagante y generoso maestro de Bolívar mereció por parte de sus tíos la condena más severa. El 17 de octubre de 1797 escribía Esteban a Carlos desde Madrid: «Hace mucho tiempo que no tenemos noticias de ahí aunque suele llegar uno u otro correo de la Habana por el que podíamos saber del estado de ese pueblo, hace algunos se divulgó aquí una voz que los ingleses habían conspirado en esa ciudad y que de resultas estaban presos cincuenta y tantos sujetos de los principales de ésa; esta noticia aunque vaga y sin gran fundamento que yo no la he creído, con todo me ha dado algún cuidado no porque crea que los naturales de ésa se expusiesen a un hecho que podría traer tantas y tan malas consecuencias; sino porque algún malintencionado quisiese levantar su fortuna particular sobre ruinas de algunos desgraciados» [12].

Pero el 28 de agosto anterior, Carlos había escrito a Esteban una carta que por lo visto no había llegado a su destino, refiriéndole la conspiración en términos que hubieran provocado ira y desprecio en Simón Carreño y quizá también en Simón Bolívar: «Después de las infinitas calamidades que ha pasado y está sintiendo esta provincia con la guerra de los ingleses, ha sobrevenido la última que puede suceder y es la de haberse descubierto casualmente y por un milagro de la divina Providencia, una insurrección que se tenía transada en el puerto de la Guaira, cuyo principio fue el de tres reos de estado que envia-

[11] *I. B.*, cap. XL; *G. F.*, lib. I, cap. VII; *C. P.*, págs. 99 y sigs.
[12] *B. A. N. H. V.*, núm. 52, pág. 545.

ron de esa corte quienes con su grande capacidad se hicieron poner en libertad y escaparse para la Guadalupe, habiendo dejado al cargo de cuatro locos el detestable proyecto siendo cabeza de éste entre otros Don Manuel Gual y lo que es peor coligados con esta canalla del mulatismo llevando por principal sistema aquel detestable de la igualdad» [13].

Sigue diciendo Carlos que se tomaron «varias y saludables providencias» por parte del Gobierno, de la Audiencia y del cabildo, y añade este detalle significativo: «Habiéndose tenido la gloria que no había otra guarnición que las milicias regladas provinciales porque los cuatro veteranos que había estaban los más repartidos en Santo Domingo, Puerto Cabello, y aun los que estaban en La Guaira parece estaban contagiados y así es que ha habido algunos presos. Quiere decir pues que los soldados regulares estaban o ausentes o tachados de sospechosos; y que por lo tanto las autoridades tuvieron que apoyarse en las milicias regladas organizadas y dirigidas por la nobleza local. De aquí la «gloria» a que alude Carlos. Y aún hay más, puesto que sigue diciendo: «El cuerpo de la Nobleza ha hecho su deber habiéndose presentado apresuradamente al Capitán General para que los emplease, e igualmente sus intereses habiendo levantado una compañía que sirve para guardia de los reos complicados, pero a pesar de la fidelidad que ha manifestado la mejor y más sana parte de este pueblo tememos y con razón las fatales consecuencias que acaso podemos tener de resulta de los informes que lleva esta embarcación que sólo va con este objeto lo que te hago saber para que tú como buen patriota contribuyas por tu parte con esos S. S. y no tengamos mañana alguna gabela después de habernos sacrificado, y según el conocimiento que tienes de esta Provincia influyas los medios que pueden conducir para asegurar la propiedad de estos dominios al Soberano que consiste principalmente en mantener el cuerpo de Nobles en sus fueros y derechos, y que muchos de los españoles llaman quijotismo muy mal entendido por éstos y necesariamente preciso en América como que vivimos metidos entre esta canalla que se hace preciso tenerlos abatidos y aun a cada uno en su clase» [14].

Los nobles de Caracas estaban dispuestos a pagar estos privilegios sobre la canalla con una docilidad equivalente para con el Rey de España a quien apelaban. El 1 de agosto de 1797, los notables de Caracas presentaban al Gobernador una protesta oficial contra los conjurados dirigida al Rey: «Señor: — La No-

---

13 Loc. cit., pág. 540.
14 Loc. cit., pág. 567.

bleza de la ciudad de Caracas, junta en cuerpo y postrada humildemente a los Reales Pies de Vuestra Magestad dice: que irritado altamente su celo, y de un modo inexplicable, contra el plan de conspiración descubierto en esta capital el día 13 del pasado mes [...] nos presentamos apresuradamente al Capitán General, ofreciendo no sólo nuestras personas y haciendas, sino también formar en el momento compañías armadas a nuestra costa, para custodia de su persona o cualesquiera otros destinos o funciones que considerase oportunas para la tranquilidad común o respeto de la pública autoridad [...]. En este ejercicio hemos permanecido hasta el presente, y si bien el motivo de habernos empleado no puede ser más sensible, odioso y detestable, tenemos, sin embargo, la complacencia de poder ofrecer a V. M. este pequeño y tan debido obsequio, y de poder asegurarle, en desempeño de nuestra lealtad y de nuestros más justos deberes, que sacrificaremos gustosamente todo nuestro ser, no sólo en las presentes circunstancias sino en todas las que se pueden presentar para la mayor gloria y obsequio del Real Nombre de V. M.» Terminaban los notables asegurando al Rey que lejos de «alterarse ni perder un grado de su constancia y valor» su fidelidad como vasallos parecía haber tomado «con este motivo un nuevo aliento y firmeza en todos» [15].

Firmaban este curioso documento veintiocho notables de la ciudad a cuya cabeza figuraban el Conde de Tovar, el Conde de San Javier, el Conde de la Granja y el Marqués de Toro, así como Don Manuel Monserrate. Más tarde, Tovar explicaba al Capitán General que había una frase de la protesta con la que no estaba de acuerdo. Se refería a las palabras «singularmente de la vigilancia y prudentes consejos del Regente de Vuestra Audiencia (Don Antonio López Quintana)»; frase tanto más de extrañar por no mencionarse ninguna otra persona, ni siquiera el Capitá General Carbonell en el resto del documento. El Marqués de Toro y Don Manuel Monserrate habían pasado la noche recogiendo firmas. So color de una protesta de fidelidad al Rey, tratábase en efecto de uno de tantos episodios de la rivalidad entre las dos familias más notables de Caracas, los Tovares y los Toros, en lucha para hacerse con la dirección de la nobleza y, por ella, según creían, de la del país. Otra protesta análoga había circulado y aun recogido más firmas que la primera, entre ellas la de Carlos Palacios y la de algunos Xedlers y Aristeguietas. Según el Capitán General «el Marqués del Toro y Don Manuel Monserrate, acostumbrados a fomentar partidos y faccio-

---

[15] *C.P.*, pág. 104.

nes [...] contra los españoles europeos, turban la buena armonía que puede establecerse entre ellos y los americanos» [16].

Todos estos hombres que firmaban papeles de adhesión al Rey en la forma y de lucha civil en el fondo eran parientes más o menos cercanos de Simón Bolívar. En las firmas se leen Aristeguietas, Pontes, Blancos, Palacios, Aguirres, Xedlers, nombres todos que figuraban en el árbol de su genealogía. Unos firmaban las protestas de adhesión al Rey contra Carbonell y otros las protestas de adhesión al Rey en favor de Carbonell. Unos se inclinaban hacia los españoles europeos, otros en contra. En su propia casa, el joven Bolívar, lleno entonces de las ideas igualitarias de Rousseau, no oía más que palabras de desprecio y de altivez para con «la canalla del mulatismo»; y, sin embargo, a pesar de sus prejuicios aristocráticos, comenzaban muchos de aquellos notables locales a encontrar intolerable su dependencia de una autoridad tan lejana de la escena de su vida. Hay un tono de sospecha en la referencia a Toro que hace Carbonell —sospecha que aquel aristócrata caraqueño merecía—. La fidelidad de Toro, tan humilde y elocuentemente afirmada en el papel, se hallaba ya entonces, por lo menos, fermentado, hasta cierto punto bajo la influencia revolucionaria de los tiempos, pero quizá más todavía como efecto de la atracción de la tierra que se apoderaba de los hombres y los hacía suyos.

Nadie ha visto esta situación tan claramente como Humboldt: «Como Caracas se halla situada sobre el continente, y que su población es mucho menos móvil que la de las islas, las costumbres nacionales se han conservado mejor que en la Habana. La sociedad no ofrece placeres muy vivos ni muy variados; pero en el interior de las familias se experimenta esa sensación de bienestar que inspiran un bun humor franco y la cordialidad unida a la cortesía de los modales. Existen en Caracas como en todas partes donde se prepara un profundo cambio en las ideas, dos clases de hombres, pudiera decirse que dos generaciones muy distintas. Una que ha permanecido escasa de número, conserva vivo apego a las costumbres antiguas, a la sencillez de la vida, la moderación de los deseos. Sólo vive en las imágenes del pasado. América le parece la propiedad de sus antepasados, que la conquistaron. Aborreciendo lo que se llama las luces del siglo, conserva cuidadosamente, como parte de su patrimonio, sus prejuicios hereditarios. Otra, menos atenta todavía al presente que al porvenir, siente una inclinación con frecuencia poco reflexiva hacia las costumbres y las ideas nuevas. Cuando esta inclinación se halla combinada con la afición

[16] *C. P.*, pág. 106.

a una instrucción sólida, cuando está contenida y dirigida por una razón fuerte e ilustrada, son sus efectos útiles a la sociedad. He conocido en Caracas en esta segunda generación hombres tan distinguidos por su afición al estudio como por la suavidad de sus costumbres [...]; también los he conocido que, desdeñosos para con todo lo que tienen de hermoso [...], el carácter, la literatura y las artes en España, han perdido su individualidad nacional sin haber adquirido en sus relaciones con los extranjeros nociones exactas sobre las verdaderas bases de la dicha y del orden social» [17].

Simón Bolívar adolescente en Caracas iba pasando de la primera a la segunda de estas dos «generaciones». A la primera pertenecían su padre, su madre, su abuelo materno, y hasta sus tíos, aunque ya afectados por los fermentos de la época. Su maestro Carreño era vástago de la segunda, y precisamente de aquella parte que adolecía de esa «inclinación con frecuencia poco reflexiva hacia las costumbres y las ideas nuevas» de que habla Humboldt. En cuanto a Simón Bolívar, formándose en el seno de aquella sociedad cambiante, iba poco a poco creándose a sí mismo su sistema de ideas —desligado casi por completo de su propio ser ancestral—. Cuando el 19 de enero de 1799 se hace a la vela de La Guaira en su primer viaje al extranjero, Simón Bolívar, a los quince años y medio, era un adolescente de raigambre aristocrática, privilegiada y tradicional, pero ya con sueños de libertad y de revolución; unido a España en lo hondo de su ser, pero ya separado de España por sus ideas y propósitos.

---

[17] *H. P. N.*, lib. IV, cap. XIII, t. I, págs. 591, 592.

Capítulo VI

A ESPAÑA POR NUEVA ESPAÑA

Simoncito había manifestado deseos de ir a España desde los once años. El 24 de septiembre de 1794, Esteban escribía desde Madrid a su hermano Carlos: «Cuánto me alegro que Simoncito esté contento contigo [...], en cuanto a quererse venir a España este Niño, mal tiempo es de que venga cuando estoy cerca de marcharme, y yo sé muy bien lo que es un hombre solo aquí cuanto más un muchacho, y tan Niño.» Carlos había pedido a Esteban que procurara hacer dispensar al muchacho de la obligación de vivir en Caracas que le imponía el vínculo heredado de su tío el cura. Lo que interesaba a Carlos era ante todo desprenderse del pupilo; mientras que Esteban pensaba en la educación del niño, a la que alude en varias cartas. Así (28 junio 1797): «Estoy siempre ocupado del gran deseo de la educación de estos niños, y principalmente de la de Simón.» ¿Por qué de la de Simón más que de la de Juan Vicente? Por ser Esteban muy aficionado al más pequeño, que era su ahijado. Este apego especial a Simón era correspondido, y puede haber sido uno de los motivos que impulsaban al niño a desear el viaje a España, sobre todo cuando nada le retenía ya en una casa fría de todo afecto por la pérdida de todas sus mujeres. Años más tarde, el Libertador, ya en la cumbre de la gloria, al saber que Esteban había regresado a su patria, le escribía una carta henchida de las impresiones de su infancia: «¡Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre tan parecida a Vd., resucitó de la tumba, se ofreció a mi imagen. Mi más tierna niñez, la confirmación y mi padrino, se reunieron en un punto para decirme que Vd. era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mis juegos infantiles, los regalos que Vd. me daba cuando era inocen-

te... Todo vino en tropel a excitar mis primeras emociones... La efusión de una sensibilidad delicada...» [1].

Es posible que hubiera también en este interés de Esteban para con Simón cierta vislumbre de que era el que más merecía enseñanza y fomento. En su primera carta, la de 1794, se refiere al deseo de Simoncito de ir a España, dando por sentado y natural que el muchacho tome tal iniciativa, lo que para un niño de once años hubiera sido en aquellos días cosa de mucha osadía aunque la guerra y los corsarios no hubieran agitado los mares; aceptando también a la tácita que Juan Vicente no hubiera manifestado igual inclinación. El 31 de octubre de 1798 Esteban escribía a Carlos incluyendo esta vez a Juan Vicente: «estando como estoy situado en Madrid y con gran conocimiento de la corte es coyuntura muy favorable para que vengan Juan Vicente y Simón en donde podrán tomar alguna instrucción buena y veremos lo que la suerte pueda dar de sí en favor de ellos, teniendo como tienen mucho adelantado por sus grandes facultades» [2].

Dos motivos podían impulsar a los jóvenes criollos ricos a ir a España. El primero, para completar sus estudios. En la carta de 1794 escribe Esteban: «muy mal tiempo es éste, es demasiado calamitoso para venir a Europa y un Niño tan tierno, que cuando lo verificase sería para dedicarlo a tomar primero algunos conocimientos y bajo de la protección de un sujeto que lo viese con el interés, como el que a mí me obliga». Este motivo, el de la instrucción, es precisamente el que el propio Bolívar invocó más tarde en su caso: «Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros, con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio Marqués de Uztaris, en cuya casa vivía» [3].

Aparte de los estudios, el viaje a España era una etapa natural en la formación general de un criollo joven y rico, cuyo esplendor en la vida social era reflejo del que irradiaba de la Corona. Simón Bolívar había comenzado desde muy pronto la ascensión, natural en un hombre de su clase, por la escala de los honores y dignidades. El 14 de enero de 1797, a los trece años y medio, era nombrado cadete del batallón de Volunta-

---

[1] *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 526, 539. Otras explicaciones como la tirantez entre los tutores (*C. P.*, pág. 20) o la obligación del mayor de residir en Caracas, son insuficientes. *C. L.*, t. 5, pág. 20. Cuzco, 10 de julio de 1825.

[2] *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 526, 539.

[3] *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 526, 539, 544; *C. L.*, t. 4, pág. 337.

rios Blancos de los Valles de Aragua, que había mandado su padre. El 31 de diciembre del mismo año se le extendía una hoja de servicios con las menciones siguientes: «Valor, se supone. — Aplicación, la demuestra. — Capacidad, buena. — Conducta, íd. — Estado, soltero.» El 26 de noviembre de 1798 ascendía a Subteniente. Era pues el joven Bolívar en todo hasta en sus servicios militares uno de tantos ornamentos de la nobleza española de ultramar. El centro y sol de aquella nobleza era el Rey de España. Su órbita y capital, Madrid. Hacia Madrid pues zarpó Simón de Bolívar de Caracas el 9 de enero de 1799 [4].

*

El viaje a España no podía entonces ser directo, porque había guerra con los ingleses que pululaban por los mares antaño hispanos. Salió Simón Bolívar de La Guaira con rumbo a Veracruz en un barco de guerra, el *San Ildefonso*. De compañero de camarote llevaba al joven Esteban Escobar, pensionado por el Rey para estudiar artillería en la Academia de Segovia. Trabó Simón buena amistad con el Capitán del barco, Don José Uriarte y Borja, de cuya bondad solía decir que era digna de su pariente celestial San Francisco. El 2 de febrero fondeó el *San Ildefonso* en Veracruz. Pero por hallarse bloqueada por los ingleses La Habana, adonde tenía que dirigirse el *San Ildefonso* después de su escala en Veracruz, hubo que esperar tanto tiempo que, aburrido a los quince días de ocio forzoso, decidió el joven Bolívar aprovechar el tiempo para conocer la capital de Nueva España, la entonces casi fabulosa Méjico [5].

Era Méjico, a decir del *Morning Post* del 15 de octubre de 1804, «la ciudad más rica y espléndida del mundo, el centro de todo lo que se transporta entre América y Europa por una parte y entre América y las Indias Orientales por la otra». Pocos años antes la había visitado Humboldt, que consignaba así sus impresiones: «La población de Méjico está distribuida con más desigualdad todavía que la de los Estados Unidos. La civilización es aún más desigual. La ciudad de Méjico posee más instituciones que Calcuta. Hay una Academia de Pintura y de Escultura. Todos los días se ven estudiantes dibujando el des-

---

[4] Hojas de servicios, *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 474, 475. Orden firmada por Carbonell, pág. 476. La hoja de servicios firmada por Toro, página 475, da a Simón Bolívar antigüedad de 7 de diciembre de 1797 como subteniente; pero es un error, quizá adrede para obtener alguna ventaja. Toro era íntimo de la familia.

[5] *C. P.*, pág. 120.

nudo. Su colección de modelos de yeso de la antigüedad es una de las más completas que existen. Hay un jardín botánico bajo la dirección del Señor Cervantes; un laboratorio químico. En Méjico se han impreso dos traducciones de los Elementos de Química de Lavoisier; ninguna en Madrid. El nuevo edificio que los mineros de Méjico han construido para la Escuela de Minas ha costado 700.000 pesos, es decir 3.500.000 francos. La ciudad de Méjico recuerda a Berlín, pero es más hermosa; su arquitectura revela un gusto más severo. El Rey de España no saca de Méjico más que 6 millones de pesos.» Un estadista e historiador mejicano, Don Lucas Alamán, decía en 1849 sobre este período en el que Simón Bolívar se hallaba en la ciudad: «La justicia se administraba con imparcialidad, aunque con la lentitud que exigían las complicadas formas establecidas [...], las oficinas estaban servidas con regularidad e inteligencia, y en ellas se atendía no menos a la comunidad del público que a los adelantos de las rentas [...]. Aun entre las castas y la raza española había cierta propensión de unión, y el tiempo había hecho desaparecer las odiosas privaciones que las leyes imponían a los mulatos. Todo esto, unido a la abundancia y prosperidad que se disfrutaba, constituía un bienestar general que hoy se recuerda en toda la América, como en la antigua Italia el siglo de oro y el reinado de Saturno, y más bien se mira como los tiempos fabulosos de nuestra historia, que como una cosa que en realidad hubo o que es posible que existiese» [6].

Fomentábanse las escuelas para el pueblo, y las había hasta en las fábricas de tabaco para que cuidaran de los niños de las cigarreras mientras ellas trabajaban. Numerosas eran las ciudades de Nueva España que ostentaban hermosos edificios; pero desde luego ninguna podía parangonarse con la magnífica y noble capital, una de las más ricas del mundo en edificios religiosos, cívicos y particulares, así como en avenidas, parques, limpieza, alumbrado, carruajes por miles y magníficos caballos y jinetes. La moneda de oro y de plata de Nueva España circulaba por todo el mundo con máxima demanda; y Carlos III había enviado a Méjico a su mejor grabador a fin de que fuera tan bella como valiosa. Abundaban las bibliotecas públicas y privadas; y, aun después de la reacción provocada por los excesos de la Revolución francesa, circulaban los libros llamados prohibi-

---

[6] *Miranda-Archivo*, t. VII, pág. 332; *Humboldt-Lettres*, pág. 186, nota a Malte-Brun, 17 de mayo de 1808; *Alamán*, lib. I, cap. III, t. I, páginas 113, 114.

dos casi tanto como los demás. El lujo era increíble, y las clases pudientes vivían en circunstancias de servicio, comodidad y belleza rara vez igualadas en la historia humana [7].

*

Éste es el nivel social en que vino naturalmente a situarse el joven Simón Bolívar, a los quince años y medio, a su llegada a Méjico en 1799. Sabemos por una de sus cartas, la más antigua que se conozca, que se alojó en casa del Oidor Aguirre, para quien traía una carta del Obispo de Caracas, tío del Oidor. En Nueva España, sólo el Virrey superaba a los oidores en preeminencia. Es además probable, aunque no seguro, que este Oidor vivía en casa de la Marquesa de Uluapa, uno de los palacios más ostentosos de la ciudad. Lo que sí es cierto es que en Méjico Simón Bolívar frecuentó los círculos más aristocráticos y opulentos. Esta palabra —opulento, opulenta— se le ofrecerá más tarde a los puntos de la pluma siempre que habla de Méjico. «La opulenta Méjico.» Y en uno de sus vuelos de imaginación en que gustaba de fantasear sobre el porvenir de la América española, vislumbrando la reconstrucción del Imperio que primero desea destruir, escribe: «La metrópoli sería Méjico, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco sin el cual no hay metrópoli» [8].

Pero, a pesar de la honda impresión que la pujanza y la opulencia de Méjico produjeron en su ánimo, Simón Bolívar no se dio cuenta de lo que todo aquello significaba; todo lo que veía lo aceptó natural y sencillamente como si hubiera sido creado *ex nihilo* por obra de magia o milagro. Era demasiado niño para percatarse de que estaba contemplando la flor de trescientos años de creación histórica. No se daba cuenta todavía de la verdadera importancia humana de lo que veía —no ya la riqueza, sino los modales, la cultura, las artes, los oficios, los poderes y las gracias de una civilización refinada que habían cultivado generaciones enteras durante trescientos años de paz—. Vástago de una clase pudiente de una ciudad más pequeña y más provincial, pero sólo distinta en grado y no en naturaleza de la espléndida Méjico, lo tomaba todo como si fuera parte de la naturaleza: el

---

[7] *Alamán*, pág. 115.

[8] Sobre alojamiento de Simón Bolívar y el cuento de su conversación en que asustó al Virrey con su osadía revolucionaria (en que no gasto tiempo), *C. P.*, págs. 121 y sigs., es excelente. «Opulenta Méjico»: Carta al Gobernador de Curaçao, 20 de octubre de 1813, en *C. L.*, t. I, pág. 65. Méjico, metrópoli, en contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla; Kingston, 6 de septiembre de 1815. *C. L.*, t. I, pág. 197.

oro, la plata, los diamantes y las perlas, los magníficos palacios, las mesas ricamente servidas, las porcelanas, las estatuas, las avenidas de árboles, la arquitectura de iglesia, Estado y nobleza, las carrozas y los caballos, todo era para él tan parte de la naturaleza como la tierra, el cielo, los ríos y los prados. Tan natural como los esclavos que le traían la naranjada con hielo. No había por qué discutir. Los jóvenes pudientes, cultos e inteligentes de sus días aceptaban su cultura como parte de la naturaleza en que ellos mismos florecían, recostándose cómodamente sobre los blancos cojines de su riqueza y de su cultura para echar una ojeada al mundo y criticarlo a la luz de las ideas del siglo.

¿De qué se hablaba en Méjico entonces? De la guerra con Inglaterra, y del hecho desconcertante que España, metrópoli de tan espléndido continente, fuera incapaz de mantener expeditas las vías marítimas con sus reinos de ultramar. «De 1796 a 1801 —escribe Humboldt— la madre patria no pudo importar más de un promedio anual de 2.604.000 pesos de mercancías nacionales y extranjeras. Y sin embargo en Méjico los almacenes rebosaban de muselinas de la India y de mercancías fabricadas en Inglaterra.» Esta situación tenía que ser hablilla de Méjico durante la estancia de Bolívar. ¿Qué hacía él allí sino matar el tiempo mientras la marina inglesa impedía que el *San Ildefonso* zarpara de Veracruz? El poder es el poder, y este hecho escueto tenía que causar impresión en el ánimo de criollos y peninsulares [9].

En cuanto a política interior, Méjico vibraba todavía al recuerdo de la conspiración de 1794, tan fiel a los modelos más antiguos de indisciplina que había dado la conquista como a los más recientes casos de guerra civil de la España europea como de la americana. Esta conspiración, la primera de Nueva España en la época moderna, había sido concebida, iniciada y mandada por españoles europeos. Su caudillo, Don Juan Guerrero, era oriundo de Estepona, ciudad del reino de Granada, y había venido a Nueva España por vía de las Filipinas, como Contador Mayor de un navío mercante. Desembarcado en Acapulco por enfermedad, subió a Méjico a reclamar sus haberes. El Virrey refirió el caso a Manila, siguiendo las reglas conocidas del juego de pelota oficinesco. Resentido, Guerrero concibió un plan ambicioso: apoderarse del mayor de plaza, forzar la cárcel, ponerse a la cabeza de ciento cincuenta soldados, libertar y armar a los presidiarios, apoderarse del Virrey, del Arzobispo y de los Oidores, poner mano sobre los fondos de la Casa de la Moneda, de

---

[9] *I. B.*, cap. XV, núm. 5.

la Tesorería y de los vecinos más pudientes, izar bandera sobre el palacio del Virrey llamando al pueblo a hacerse libres (no decía de quién ni de qué), exentar a los indios de sus tributos y tomar posesión de Veracruz para impedir que llegaran a España tantas y tan lindas noticias. Guerrero reveló sus planes a un sacerdote gallego, Don Juan Vara, al que prometió hacer Arzobispo; y a un barbero andaluz José Rodríguez Valencia, para quien reservaba el cargo de Embajador en los Estados Unidos, donde habría de solicitar auxilio a cambio de ciertas compensaciones. Además de estos tres españoles europeos, entraron en la conjura tres mejicanos: un oficial de dragones retirado, un vigilante del monopolio de tabaco y otro barbero. Vara consultó el caso con otro gallego, platero próspero que le convenció de que confesara todo al Arzobispo. Prendióse a los conspiradores; y la causa, todavía *sub judice* cuando Simón Bolívar se hallaba en Méjico, terminó por resolverse en 1800 con cierta lenidad [10].

Fue éste el primer acceso de separatismo de una serie que iba a hacer del reino de Nueva España la república de Méjico. Procede pues apuntar los rasgos que presenta para darnos cuenta exacta del valor histórico de sucesos posteriores. Los cabecillas eran todos españoles europeos, y su jefe, recién llegado de Filipinas, un contador ambulante de marina. El separatismo de estos hombres no podía tener por lo tanto nada que ver con las quejas de los criollos. En el caso de Guerrero, se trataba puramente de una sed de venganza personal. El llamamiento a la libertad y a la remisión de los tributos de los indios no eran movimientos genuinos nacidos de una convicción política, sino maniobras para adueñarse del poder. Por último, la frontera entre rebeldes y realistas no coincidía con la raya entre españoles americanos y españoles europeos, sino que la cortaba al través. Estos rasgos se dan siempre en la historia de las Indias desde los días de Cristóbal Colón hasta los días de Simón Bolívar —y aún hasta nuestros días—. Así, pues, las guerras de emancipación fueron en el fondo guerras de secesión, es decir, guerras civiles a la española [11].

*

El 20 de marzo de 1799 el *San Ildefonso* se hizo a la vela para ir a incorporarse en La Habana a un convoy que iba a zarpar para España al mando del famoso Almirante Don Dioni-

---

[10] Conspiración Guerrero, *Alamán,* lib. I, cap. III, págs. 128 y sigs.
[11] Para este análisis, *I. B., passim.*

sio Alcalá Galiano. El Almirante consiguió despistar a los lebreles marinos británicos haciendo rumbo al norte hasta Terranova, guardándose el secreto de su curso y dirigiéndose hacia el Golfo de Vizcaya en lugar de poner proa a los puertos de Andalucía, donde le aguardaban los ingleses. Bolívar desembarcó en Santoña, pasando en seguida a Bilbao, y luego a Madrid, donde llegó a fines de mayo de 1799. Su padrino Esteban Palacios lo recibió con cariño y regocijo, llevándolo a vivir a casa de un paisano de ambos, Don Manuel Mallo, joven y apuesto Guardia de Corps, y uno de los numerosos cortejos que la maledicencia atribuía a la Reina. El 24 de junio, Pedro Palacios, hermano menor de Esteban, llegó también a Madrid desde Caracas, después de un viaje accidentado por Puerto Rico y Lisboa, durante el cual había caído dos veces en manos de los ingleses: la primera, de corsarios que le despojaron de todo cuanto llevaba; la segunda, de una fragata cuya tripulación se portó correctamente. Ya muchos para su generoso huésped, los dos hermanos Palacios y su joven sobrino se instalaron en casa aparte en la calle de Jardines [12].

«Llegó Simoncito tan guapo después de haber estado en Méjico y la Habana que aunque no tiene instrucción alguna tiene disposición para adquirirla, gastó en su viaje no poco; llegó derrotado y ha sido preciso equiparlo nuevamente.» Esto escribía Esteban a Carlos el 29 de junio de 1799. El 1 de agosto explicaba Pedro que con la mudanza habían tenido «que gastar lo que no tenemos, porque en verdad el corto sueldo de Esteban no alcanza para nada, a que se agrega que éste ha pagado algunos de los gastos que causó Simón en sus largas caminatas por tierra a tantas partes». El criollito había viajado en grande; y había tenido que pedir prestados cuatrocientos pesos en Méjico y tres mil reales al Capitán del *San Ildefonso*. Carlos se quejaba amargamente a Esteban: «El Simón ha gastado infinito en su viaje superfluamente y así es necesario contenerlo como te he dicho, lo uno porque se enseñará a gastar sin regla ni economía y lo otro porque no tiene tanto caudal como se imagina él y aun tú mismo que no tienes conocimiento de él.» Pero este modo de viajar parece haber sido entonces una como obligación que el rango social imponía a los criollos ricos [13].

*

---

[12] *C. P.*, págs. 134, 151.

[13] *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 552, 554, 562. La Condesa viuda de Vistaflorida, en una solicitud oficial que hacía en 1782, se expresa del modo siguiente: «y mi hijo Don José Baquíjano y Carrillo, habiendo pasado a España de mi orden y consentimiento, en el viaje que hizo consumió

La situación pesaba sobre el ánimo de Esteban, que era hombre serio. Sus hermanos le reconocían cierta superioridad tanto por su carácter como por su larga estancia en la Corte, donde se lo imaginaban en los círculos más elevados; y aun habían llegado a sospechar en él cierto engreimiento. «Esteban tan guapo y tan natural como siempre —escribe Pedro a Carlos con evidente satisfacción—, su carácter invariable, y se ríe cuando se acuerda que nosotros llegamos a dudar de su igualdad fraternal porque en medio de todo se fija en preciarse de igual.» Pero Carlos niega que jamás hubiera abrigado tales dudas. «Cuánto gusto he tenido de ver tu carta —escribe a Esteban— tan expresiva y tan fraternal, no me coge de nuevo pues como te dirá Pedro nunca he dudado de tu igualdad aunque él mismo y otros llegaban a desconfiar pero no yo que conozco tu probidad y que eres el más parecido a mi padre de los hermanos.» Pedro por otra parte era alegre y descuidado. Carlos le profesaba verdadero cariño. «Mi Perico», dice de él; y lo elogia hasta ponerlo encima de su sobrino Simón con palabras que no dejan lugar a duda. «Ya me hago el cargo cuánto te habrá lisonjeado la presencia de éstos y cuanta disposición tienen ambos para cuanto se quiera principalmente Pedro que sobre tener un atractivo para hacerse amar le acompaña un talento natural de suerte que no hará lo que no quiera.» A pesar de lo cual, no era ciego el amor de Carlos por su hermano menor, como lo revela una carta que le dirige directamente sobre sus deudas: «Ah hermano mío no sabes cuánto bien hiciste en haberte marchado de suerte que se verificó en ti lo del gallego, ahí queda su merda» [14].

Pero ¿qué le importaban a Pedro aquellas deudas pasadas y lejanas cuando había tanto que ver en el presente y en el ahora? Todo lo que escribe emana la alegría de vivir sin cavilar. Recién desembarcado en Lisboa después de sus aventuras marinas, le escribe a Carlos: «En la mesa que es la del Cónsul Español y en la que estoy escribiendo, leo actualmente una Gaceta de Madrid y veo mi promoción a teniente y desde luego me cambio las charreteras.» Pedro venía a Madrid en busca de galones, de brillo de Corte y de placeres. En cuanto a placeres, fue desde

---

más del importe de su legítima y legado, por haberse portado con la decencia y esplendor que demanda su nacimiento y las facultades de sus padres». Declaración de tanto mayor interés por tratarse de un joven peruano que iba a ser con el tiempo uno de los caudillos del separatismo de su país como Bolívar del suyo. Artículo de Riva Agüero en *R. A. B. M.*, volumen XLVI, pág. 473.

[14] Pedro a Carlos, 26 de junio de 1799, en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, página 552; Carlos a Esteban, 8 de octubre de 1799, págs. 561, 562. Carlos a Pedro, 19 de septiembre de 1799, pág. 560.

luego el socio más activo de la pequeña república Palacios-Bolívar de la calle de Jardines; porque Simón era mucho más inteligente y estudioso y mucho menos ducho en cosas de la vida que su tío. La descripción que hace el propio Pedro de su estancia en Madrid es un buen resumen: «estoy reducido a vivir y pasar la mayor parte del tiempo en casa leyendo, y otra igual en registrar lo bueno que contiene el interior de esta Corte, para cuando otra cosa no pueda haber sacado una práctica instrucción de lo mucho bueno que aquí hay, pues si bien me temo no sería extraño el tener que volverme a la América a continuar mi vida frugal en el campo. Bien conozco que el hermano con aquel mismo carácter tétrico, recogido y pundonoroso que tenía antes de venir acá no lo puedo hacer entrar en tentativas, y travesuras que podrían por casualidad producir tal cual buen efecto» [15].

*

«Travesuras», dice Pedro. ¿Cuáles? A primera vista parece que pudiera referirse a las numerosas diversiones que una gran capital ofrecía a tres hombres jóvenes. Pero el caso es que el tema de su carta es su carrera y las ocasiones que puedan presentarse para trepar a las alturas del favor o por el contrario verse obligado a recaer a la oscuridad de sus haciendas de café y de cacao. El mismo vocablo, *travesura,* vuelve a brotarle de la pluma en relación con el mismo asunto, pero con alusión mucho más cercana a los sucesos de la Corte, quizá revelando su secreta intención. Escribe Pedro a Carlos sobre la retirada del Ministro Saavedra, cuyo favor había sido para toda la familia manantial de esperanzas, si no de poder. «Saavedra está retirado en Sevilla, con que por ahora yo no aspiro a otra cosa que es a sacar algún partido sea el que fuere para ambos, según lo lánguido que advierto en el semblante a estas cosas, pues aunque hay favor se complica de tal manera que no es decible por la pluma; por otra parte Esteban se mantiene bajo aquellas primeras y moderadas impresiones que le fueron influidas por nuestro buen padre y según ellos se gobierna en todo sin entrar en mucho manejo y travesura como lo exigen las circunstancias» [16].

Críptico es ello, pero quizá no desprovisto de cierta claridad propia. «Aunque hay favor se complica de tal manera, que

---

[15] Pedro a Carlos, 5 de junio de 1799, pág. 550; 22 de agosto de 1799, página 555.

[16] Pedro a Carlos, 1 de agosto de 1799, en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, páginas 553, 554.

no es decible por la pluma.» ¿Aludiría en estas discretas palabras a la intriga amorosa que las malas lenguas diplomáticas y cortesanas atribuían a Mallo con la Reina? Esta explicación del favor que disfrutaban por entonces los tres venezolanos ha merecido crédito hasta 1932, enriquecida con detalles tan pintorescos como entretenidos. El amante permanente y, por decirlo así, oficial de la Reina era Godoy; pero decían las malas lenguas que Mallo había conseguido desplazarlo, aunque no fuera más que por un tiempo, con gran disgusto del favorito. Contábase que un día, al pasar Mallo con gran magnificencia en lujoso carruaje ante el Rey, la Reina y Godoy, preguntó Carlos IV: «¿Qué le pasa a Mallo que va tan rumboso? ¿Es tan rico?» «—No, Señor —contestó Godoy—, no tiene un cuarto. Pero corteja a una vieja desdentada que roba al marido para auxiliar al amante.» Rióse el Rey de buena gana y preguntó a la Reina qué le parecía. «Ya sabes —replicó la vieja desdentada— que a Manuel le gusta mucho la broma.» No hay apenas autor de memoria ni redactor de despachos diplomáticos de la época que no refiera este cuento, demasiado burdo para creído, al menos en alguna de sus versiones. Además, en 1932, el historiador mejicano Carlos Pereyra, en su estudio sobre la juventud de Bolívar, ha demostrado que las relaciones amorosas de Mallo con la Reina si no pueden negarse de un modo absoluto, son por lo menos muy poco probables [17].

La historia sobria y sin ribetes de novela habrá de contentarse con pensar que si bien el temperamento de la Reina fue una de las fuerzas que modelaban la política de aquel reinado, no fue ni con mucho la predominante; que el Rey tenía voluntad propia y no era, en cuanto a la cosa pública, instrumento ciego y supino de su mujer; y que la presión de la política internacional, sobre todo la de Francia, fue factor mucho más fuerte que el capricho de María Luisa en el favor o disfavor de que gozaron las primeras figuras de la política española. Perdemos así no pocas de las escenas que han amenizado —y abaratado— la biografía de Bolívar; pero nos acercamos más a él tal como fue. Bien pudiera ser que el favor de Mallo fuera consecuencia del acceso de Saavedra como sucesor de Godoy a la Secretaría de Estado; pero la «caída» de Godoy no se debió a la Reina, sino al Gobierno francés; y la tal caída no pasó de comedia que la Corte representó para complacer a los franceses; pues el amante de la Reina siguió ejerciendo entre bastidores el mismo poder político que antes manejaba en el escenario. Por consi-

---

[17] *C. P.*, págs. 137 y sigs. A la lista de autores que cita que dan la anécdota de Mallo pudo haber añadido *Holland*, págs. 94, 95.

guiente, el favor de Mallo sería el efecto y no la causa de la retirada de Godoy [18].

En septiembre de 1797 escribía Esteban a Carlos que estaba resuelto a irse a Caracas, aun hallándose entonces España en guerra con Inglaterra, porque la residencia en Madrid le era «muy penosa por la inacción en que vivo y estoy como se suele decir esperando al Mesías». Pero el 1 de agosto de 1798 Carlos se felicita de «la plausible noticia de los asuntos de Don Manuel Mallo y del favor que le dispensan los Reyes cuya noticia ha sido tan plausible como que conjeturo que ya Dios habrá querido abrirte camino después de tantos males para tu colocación que tanto deseo y con que puedas resarcir los innumerables costos y gastos que has hecho en esa Corte». Añade Carlos que en Caracas se decía habérsele concedido a Esteban la plaza de Contador Mayor de Caracas. El 28 de agosto del mismo año el Ministro de Hacienda, Don Francisco de Saavedra, se encargaba de la Secretaría de Estado. Era un andaluz de más fachada que fondo —fachada que Goya ha inmortalizado en un famoso retrato que puede verse hoy en Londres—. Había hecho la guerra contra los ingleses en La Florida al mando de Gálvez, como Miranda; y después de la rendición de la guarnición inglesa de Pensácola había pasado como Intendente a Caracas, cargo que ejerció desde 1783 a 1788 —los cinco primeros años de la vida de Bolívar—. Es pues casi seguro que Saavedra conocería a Bolívar niño; y entonces fue cuando conoció a Mallo, que, nacido en Popayán, vivía en Caracas. El 24 de agosto de 1798 había sido nombrado Esteban Ministro del Tribunal de Cuentas, cargo digno aunque no muy pingüe. Al anunciárselo a su hermano Carlos le indicaba que el momento era favorable para que vinieran a Madrid los dos sobrinos así como Pedro; y añadía que «Mallo ha escrito para que venga un hermano que tiene en ésa; si es así y puede componer el que se verifique vengan los otros puedes hacer que vengan juntos, pues que así conviene, ya se sabrá en ésa la fortuna de Mallo, y la de toda su casa, yo te aseguro que en el día es un hombre feliz» [19].

Pudiera muy bien haber aquí una discreta alusión a favores distintos de los de Saavedra. Lo primero que se lee sobre la fortuna de Mallo en estas cartas es que viene «de los Reyes». El nombramiento de Esteban precede al de Saavedra como Secretario de Estado; y la pujanza de Mallo sobrevive a la caída de

[18] Sobre todo esto *C. P.*, loc. cit., me parece definitivo. Es también la actitud de Altamira, t. IV, pág. 81.

[19] Carta 28 de septiembre de 1797, en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, página 541; 1 de agosto de 1798, pág. 543; 31 de octubre de 1798, páginas 544 y sigs.

Saavedra. Bien es verdad que Carlos parece ligar la subida al poder de uno y otro: «Ahora con el favor de nuestro amigo Mallo y la exaltación del señor Saavedra al primer Ministerio...» Pero en junio de 1800, mucho después de caído Saavedra, nombraron a Pedro Alguacil Mayor de la Audiencia de Caracas. La misma frase citada más arriba, de la carta de Pedro a Carlos de 1 de agosto de 1799, completada, parece indicar no depender la fuerza de Mallo necesariamente de la de Saavedra. Pedro explica que un tal Canibel, que había ido a Madrid en busca de ascenso en la carrera, tuvo que volverse a Caracas a su antiguo cargo «porque el apoyo sobre que venía fundado que es Saavedra está retirado en Sevilla, con que por ahora yo no aspiro a otra cosa que es a sacar algún partido sea el que fuere para ambos». Tres semanas después, Pedro escribía a Carlos: «Pasado que he algunos días, e internándome algo de ello voy viendo que este favor más es figurado que real y verdadero pues si bien se considera las obras que ha podido producir el amigo hasta el presente, han sido a mucha costa y en fuerza del buen espíritu que lo rige porque aunque he advertido en él el escasearse algo y señorearse otro tanto, con todo entiendo que si tuviera todo el poder que se cree, haría muchos bienes en general.» Por último hay un párrafo de una carta de Pedro a Carlos fechada el 28 de agosto de 1799, en la que a vuelta de mencionar que aun después de poner un piso aparte, los tres (Esteban, Pedro y Simón) comían y cenaban en casa de Mallo durante la estancia de la Corte en Madrid, añade Pedro: «Ahora nos mantenemos nosotros en la Villa y M. en la Granja, de donde esparcen voces todos los días de que ha decaído, y lo envían de Intendente a esa ciudad; cuyas noticias aún no han llegado por nuestra casa, por lo que y por cuanto Esteban todos los más días tiene carta suya las confirmo por inciertas.» Con todo, no las tiene todas consigo [20].

La situación oficial de Mallo era la de Mayordomo de semana. Era cargo para el que decidían naturalmente los Reyes por sí y ante sí, pero no arguye intrigas de alcoba. El «favor» le vendría a Mallo porque, como Mayordomo, tendría acceso fácil y diario a las reales personas. Por otra parte el que no fuera cosa mayor (como se desprende de las cartas de Pedro) se explicaría si, como es probable, la situación de Mallo no pasaba de ser la de un joven apuesto, grato en la Corte. Así encajaría en el cuadro el que Urquijo, sucesor de Saavedra como Secretario de Estado, pudiera manifestar tanta frialdad para con Mallo sin dis-

---

[20] Carta de gracias de Pedro, pág. 563. Carlos a Pedro, 1 de agosto de 1798, pág. 544; Pedro a Carlos, 1 de agosto de 1799, pág. 553; 22 de agosto de 1799, pág. 555; 28 de agosto de 1799, pág. 558.

gusto del Rey o de la Reina; así como que los hermanos Palacios pensaran que el poder de Mallo sin ser nulo no era muy fructífero. De aquí la impaciencia de Pedro, y el motivo de que buscara salida por medio de alguna travesura. ¿Qué le rondaba por la imaginación? Quizá alguna improvisación atrevida para forzar la entrada al paraíso de Godoy o al purgatorio de Mallo; y con su juventud, su apostura y aquella facultad para hacerse amar de que habla Carlos, conquistar a la Reina y hacerse en palacio una situación que, sin añadir sal y pimienta a las hablillas cortesanas, añadiera pan y miel a la familia Palacios-Bolívar. Quizá pensara también en alguna de aquellas combinaciones financiera más o menos ambiguas a que se prestaba el carácter algo gitano de Saavedra. Sea lo que fuere, Esteban frunció el ceño y los planes del travieso Perico no llegaron a madurar [21].

---

[21] Aquí también *C. P.* es excelente aunque no se hallen mis conclusiones implícitas en sus premisas.

CAPÍTULO VII

EL MATRIMONIO ESPAÑOL

Aun despojada de las historietas melodramáticas con que suele revestirse todavía, la vida del joven Bolívar en Madrid debió ser bastante instructiva, entre el tío Pedro, amigo de divertirse y de verlas venir, y el tío Esteban, «tétrico» y disciplinario. Simón no traía instrucción ninguna, según Esteban. Don Simón Rodríguez o Carreño o Robinson no parece haber dedicado tanto tiempo a las cuatro reglas y a la ortografía como a las ideas generales. La ortografía de la primera carta de Simón —escrita cuando ya había pasado de los quince años— no alcanza el nivel que hoy se exigiría a un niño de diez. Pero el criollito recién llegado a Madrid era de una inteligencia poco común y, por lo visto, bastante aplicado. En agosto de 1799 informaba Pedro a Carlos: «Este niño lo tiene Esteban muy aplicado y él sigue con gusto y exactitud el estudio de la lengua castellana el escribir en que está muy ventajoso, el baile, la historia en buenos libros, y se le tiene preparado el idioma francés y las matemáticas.» A juzgar por la cuenta de sus gastos durante el primer año de su estancia en Madrid, estudió matemáticas, baile y francés; su maestro de matemáticas le cobró mil cuatrocientos reales por un año entero, y el de baile cuatrocientos ochenta en cuatro meses, mientras que los gastos de francés no pasaron de ochenta reales, contando los veinte que le costó una gramática. Esteban en su corta nota biográfica redactada mucho más tarde, dice: «en su propia casa le despertaba el maestro de esgrima, al cual seguía el de la lengua francesa, y por último el de danza: una parte de la tarde la ocupaba en la clase de matemáticas; a todo se prestó con docilidad» [1].

---

[1] Pedro a Carlos, 22 de agosto de 1799, en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, página 476. Biografía de Esteban de Simón Bolívar, pág. 583. *D. B. P. L.*, página 94.

En la carta arriba citada se le fue la pluma a Pedro al referirse a Simón: «Está sujetico y observa mediana conducta, o por mejor decir buena; con que por esta parte, vive descansado.» Debió haber borrado ese «mediana» pero lo dejó por pereza y lo corrigió sin mejorarlo. El tío y el apuesto sobrino eran por lo visto excelentes compañeros de holgorio. Esteban se queja de ello a Carlos, aunque con suavidad y paciencia, pues tenía verdadero afecto por su ahijado, de quien dice a su llegada a Madrid: «le tengo un amor indecible, y aunque me tome mucha sujeción lo hago con gusto mío». Carlos le contesta recomendando severidad, con su frialdad acostumbrada para con Simón: «Me dices que te quita mucho tiempo por atender a su educación, lo creo así, pero como quiera que tú eres un hombre que por tu constitución te debe faltar el tiempo por mucho que lo aproveches, es necesario que no por atender a él te perjudiques a tus intereses y así es que es preciso hablarle gordo o ponerlo en un colegio si no se porta con aquel juicio y aplicación que es debido como se lo escribo ahora.» Esteban no siguió el consejo, y Simoncito pudo continuar entreverando los estudios con las diversiones que le ofrecía la gran capital [2].

*

Era entonces Madrid una ciudad de hasta doscientos mil habitantes, cuyo perímetro, mucho menor que el actual, iba del palacio real y la Casa de Campo, por la Puerta de San Vicente, la calle de Leganitos, el palacio de Liria, la Puerta del Conde Duque, la plaza de Santa Bárbara, Recoletos, con huertas a la derecha, el Prado y vuelta hasta el palacio real. Las Puertas de Alcalá y de Atocha eran efectivamente entradas a la ciudad. Recién construido el Jardín Botánico lindaba con el campo, y en los grabados de la época se ven vastos descampados entre el casco de la ciudad y los puentes de Toledo y Segovia. «La mayoría de las calles son muy hermosas —escribe Laborde, que tan maravillosa colección de grabados de la España de aquel tiempo ha dejado— y las hay que pasarían por soberbias en cualquier capital de Europa [...], sobre todo la de Alcalá que las aventaja a todas [...], bien tirada a cordel en longitud considerable desde el Prado hasta la Puerta del Sol; ancha a punto de que pueden circular diez carruajes a la vez; sería magnífica si tuviera el piso más llano, edificios mejores, y un ancho uniforme en toda su longitud.» Aun así, Bourgoing la declara «la

---

[2] Esteban a Carlos, 29 de junio de 1799, pág. 552; Carlos a Esteban, 8 de octubre de 1799, pág. 562.

más ancha de Europa». Dice también Bourgoing que «Madrid es una ciudad en general de buena planta: las calles, aunque no bien trazadas, son casi todas anchas y bastante rectas. La poca frecuencia de la lluvia, y la vigilancia de la policía moderna, que debe al Conde de Aranda, hacen de Madrid una de las ciudades más limpias de Europa». Bien es verdad que añade que «salvo el Prado y sus avenidas, no puede jactarse de barrios elegantes». Pero tanto Bourgoing como Laborde se hacen lenguas de los incomparables tesoros de arte que encierran las mansiones de la nobleza y el palacio real; y ambos hacen justicia a las muchas instituciones dedicadas a la caridad y a la enseñanza que hallaron en la ciudad, a sus academias y a sus bibliotecas públicas «con todas las obras de historia y de ciencia que pudieran desearse», así como al admirable jardín botánico organizado junto al Prado por Carlos III [3].

Las bellezas de las casas reales, no sólo de Madrid sino también de Aranjuez, La Granja y El Escorial, han debido serle familiares a Simón Bolívar; porque Esteban puso buen cuidado en enseñarle los tesoros artísticos de España desde los primeros días. Al llegar Pedro a Madrid se encontró con que el tío Esteban y el sobrino Simón se hallaban en Aranjuez. El mismo Pedro se declara incapaz de describir la capital. «Hasta ahora nada podré decir de este pueblo porque su extensión, su variedad de objetos y lo demás que omito confunden las ideas que pudiera formarse de ello; y así sólo lo que hago es abrasar [sic] con la vista todo lo que pueda para entrar después a analizar sobre todo.» Era entonces Madrid ciudad de vida y color maravillosos —quizá en mayor grado que en cualquier otro período de su historia—. La onda de prosperidad preparada por el reinado pacífico de Fernando VI e impulsada por el reinado creador de Carlos III se quebraba en el de Carlos IV en espuma de color, movimiento y alegría de la vida, en una sociedad abigarrada, española y extranjera, popular y aristocrática, con acompañamiento de la guitarra andaluza y de las finas melodías de Boccherini y de Mozart. Su belleza ha quedado plasmada para siempre en las telas y tapices de Goya —excelente fondo sobre el que podemos imaginar al criollito abriendo sobre toda aquella vida española sus grandes ojos, bajo los rizos negros, figura de poca talla pero de elegancia suprema, con sus calzones cortos de casimir, su frac de paño azul turquí con cuello de terciopelo y botones de acero, su chaleco de piel del diablo blanca; o embozado en su capa española de paño con vueltas de terciopelo

[3] *Laborde*, t. II, p. II, pág. 29; *Bourgoing*, t. I, págs. 228, 238 y sigs.

carmesí; o con su airoso uniforme azul de Subteniente con sus leones y castillos (a veinticuatro reales) y su espada [4].

Es seguro que el pueblo de Madrid, buen catador de belleza y elegancia, lo vería pasar con sonrisas de satisfacción y afecto para su apostura y juventud. «El natural de su gente —escribe uno de los cronistas de la villa— es dulce, apacible y manso, que los hace prudentes, sobrios, sutiles y inquiridores, assí en las Artes liberales y mecánicas como en las ciencias profundas. Dezía la Reyna Católica, que los naturales de Madrid eran tan hombres de bien, que se podían comparar con los mejores de sus Reynos.» Pero claro es que en una gran ciudad se mezclan y revuelven toda clase de gentes, incluso la escoria humana que en ellas se aglomeraba, y así aconsejaba el cronista «huir del barullo de las verbenas de San Juan y de San Pedro y fiestas de Semana Santa y Corpus», y «no ir al Pardo viejo o a la Florida, a bobear de marca, a disparatar por mayor y regoldar matachinadas» —todo lo cual figura en una lista de «Recetas morales políticas y precisas para vivir en la Corte»—. En tales lugares y ocasiones, es muy probable que un joven «americano» hiciese papel de ave de paso, a la que, según reza el refrán, se da cañazo. No hace falta conjeturarlo; pues ello se desprende de las tonadillas entonces en boga en los teatros de Madrid:

> De la América he venido
> entre el ayre y entre el agua,
> en un barco de madera...
> Al punto que salté en tierra
> hallé una buena muchacha,
> con su mantilla de motas,
> que el corazón me robaba...
> Me dijo que si quería
> irme con ella a su casa;
> me divertiría oyendo
> una moderna tonada...
> La cena no fue tan floja
> pues cien pesos me costaba...

Tenía pues el americano gran predicamento entre la gente más alegre que virtuosa; y a veces vemos el adjetivo entremezclado con palabras de doble sentido:

> Se presenta el cachirulo
> como buen americano...

pues entonces como ahora era el doble sentido maña socorrida para arrancar aplausos recalcitrantes, con no poco disgusto de

---

[4] Pedro a Carlos, 26 de junio de 1799, en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, página 551. Cuenta del sastre de Simón Bolívar en el mismo, pág. 477.

la censura, que no por eclesiástica dejaba de ser perspicaz. «La otra —dice el censor Don Santos Díez criticando unas tonadilleras y los músicos acompañantes—, un *caramba,* lo cual puede despertar una idea torpe, si el compositor de música hace un calderón partiendo la dicción caramba de modo que al cantarse se pare la cantatriz diciendo un ca... y después de larga pausa diga lo restante *ramba.*» Algo así debía pasar con el cachirulo entre cuyas varias acepciones no falta alguna que se preste a juegos más escabrosos que limpios.

No me toques,
que llevo peineta,
llevo cachirulo,
basquiña de flecos
y al lado mi chulo,

cantaba la tonadillera vestida de maja, de aquellas majas de entonces de quienes otra tonadilla decía, con la modestia usual en esta clase de literatura:

Las majas madrileñas
son de tal casta,
que a todas las del mundo
dan quince y raya.

Cabe imaginarse a Simoncito, con sus dieciséis años, dando rienda suelta a su curiosidad en este Madrid tan alegre en compañía de su tío Pedro, guía ideal para tales calaveradas. María Pulpillo, una de las tonadilleras más famosas de la época, solía cantar pocos años antes:

Para dar gusto a los serios
a un italiano he pedido
que venda a peso de oro
tres libras de gorgoritos...
Si no hallo un cortejo indiano
ya podré dejar mi oficio.

Ni faltaban tampoco placeres al aire libre a los que brindaba la famosa Pradera.

La tarde, entre ojeruda y placentera,
a todos convidaba a la Pradera.
Y así que se llenó de infantería
el cielo disparó su artillería
y el relámpago, el agua, el trueno, el viento
dispersaron el campo en un momento.

Cuadro vigoroso que viene a completar y comentar no sin cierta malicia este otro que parece goyesco:

Con la lluvia repentina
todos confusos andaban,
y por huir del peligro
con otros peligros daban.
Los que con capa se hallaron
encapaban las muchachas,
y a su fuego muchos de ellos
enjugaron luego el agua.
Pasa por medio del río
de maridos una recua
con el agua a la cintura
y las mujeres a cuestas.

Y aun sin ir tan lejos, había para un buen mozo probabilidades de pasar el rato ameno si no santamente en pleno centro de Madrid.

En el Prado se hacen
también mudanzas
y a su sombra, entre muchos,
anda la danza.
Dale que suene,
y escarmiente el que sepa
lo que sucede [5].

*

Toda esta «literatura de cordel» expresa a la vez la vivacidad y la ligereza de la vida madrileña y las altas esperanzas que solía levantar la presencia de un criollo rico y apuesto. Es posible que Simoncito no estuviera siempre en fondos para hacerles frente, aun cuando la cuenta de sus gastos para sólo el primer año en Madrid que arroja un total de 36.775 reales, presenta un renglón inexplicado de 12.258. No era humo de pajas para un joven soltero, en un país en donde un capón aderezado costaba 8 reales y medio, dos pichones 6 y medio, un pavo grande 13 y medio, un pollo 7 y medio, un plato de gigote un real, «entendiéndose que de dos libras de carnero se han de hacer seis platos»; un pastel de tres pichones y dos libras de carnero 12 reales y una gallina empanada 7 y medio —todo ello en una de las mejores fondas de Madrid, la de San Sebastián [6].

---

[5] González Dávila: Teatro de la Grandeza de Madrid, pág. 5, citado por B. Sánchez Alonso en *R. A. B. M.*, junio de 1925, núm. 7 pág. 326. Recetas Morales, etc., por D. Sanz Arias, loc. cit., pág. 335. Literatura de cordel, seguidillas, jácaras, gitanas: Meléndez Valdés y la literatura de cordel en *R. A. B. M.*, núm. 30, abril de 1931, pág. 117. El deseo de la Pulpillo (17 de 1787) citado por Julio Gómez en la misma revista, núm. 8, octubre de 1925, págs. 540, 541.

[6] Cuentas, pág. 476. Precios Madrid: la fonda de San Sebastián, por Ángel González Palencia, en *R. A. B. M.*, núm. 8, octubre, pág. 551.

Pero no por eso hay que dar de barato que los 12 mil reales que faltan por explicar en la cuenta hubieran volado íntegros en fiestas y holgorios. Había entonces en Madrid placeres finos para entretener a un hombre inteligente. Se oía buena música, en casas particulares, como la de la Duquesa de Benavente, donde se tocaban sonatas, cuartetos y sinfonías de Haydn, y en salas públicas de conciertos. Durante la cuaresma de 1797, meses antes de llegar Bolívar, se dieron en el teatro de la Cruz dieciocho conciertos, con obras de Haydn, Pleyel y Mozart; y aun hubo quejas de que se olvidase a los músicos nacionales, entre los cuales se citaba a Gutiérrez y... a Boccherini. Era entonces Madrid muy aficionado a la ópera italiana, que había introducido Carlos III precisamente el año en que nacía Bolívar. Florecía también, y aún mucho más, el teatro, arte tan castizo en España, muy mejorado en lo material por las reformas del Conde de Aranda; pero desgarrado por la guerra civil literaria entre los partidarios del clasicismo francés, apoyados desde luego en Aranda, y los defensores de la tradición española. Esta lucha perenne contribuía no poco a la vitalidad del ambiente intelectual de Madrid [7].

Estimulaba entonces este ambiente la influencia francesa, en particular de Montesquieu, Voltaire y Rousseau. El impulso procedía del reinado de Carlos III; y aunque más tarde, bajo la impresión del Terror, Floridablanca intentó cerrar a piedra y lodo las puertas y ventanas de España, y Godoy, al heredarle, continuó su política, era tal la presión de las cosas y del ambiente que hasta los mismos servidores del Estado encargados de aplicar esta política conspiraban para malograrla. Si el joven Bolívar llegó entonces a alternar con los intelectuales de la época, ha debido encontrar en Madrid no pocos discípulos de Rousseau tan ardientes como el mismo Carreño. Uno de los más famosos, Clavijo, llegó hasta conseguir que Aranda prohibiera la representación de autos sacramentales; otro, Quintana, adoptó con pasmosa ingenuidad la actitud de condena integral de la obra española en el Nuevo Mundo que entonces imperaba en el extranjero, terminando uno de sus poemas con el verso:

¡Virgen del mundo, América inocente!

El Duque de Almodóvar publicaba en 1784 su traducción de la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las Indias* del Abate Raynal; un traductor anónimo, probablemente el sacerdote «filósofo» conocido con el nombre de el Abate Marchena, publicaba en Londres

---

[7] Conciertos en Madrid: loc. cit., 25 de junio, pág. 422.

en 1799 una traducción española del *Contrato Social*, en cuyo prefacio atacaba a todos los ministros españoles menos a Jovellanos, que había subido al poder con Saavedra, y a Urquijo, que le había sucedido como Ministro de Justicia en 1798. Urquijo había hecho un viaje de París a Madrid en el mismo coche que Esteban Palacios; pero Pedro se quejaba de que esta casualidad no había cuajado en una relación permanente. Las indiscretas alabanzas del autor desterrado acarrearon la caída de Jovellanos y su encarcelamiento en Mallorca en marzo de 1801 [8].

Carecemos de todo dato directo sobre la parte que tomó Bolívar en la vida de Madrid, intelectual u otra. Quizá fuera demasiado joven para darse cuenta de lo que veía y experimentaba. Y puesto que no ha quedado huella alguna profunda de sus días de España en la prolija correspondencia de sus años ulteriores, ni tampoco en las confidencias que algunos de sus familiares han dejado apuntadas, lo más natural es suponer que se dejó vivir río abajo de las horas y de los días, balanceado entre su tío alegre y su tío serio, gustando la vida al pasarla y dejando que su ser más hondo fuera absorbiendo los efluvios que el ambiente irradiaba de sus influencias ancestrales.

*

Después de vivir en la calle de Jardines, fue Simón Bolívar a instalarse en la calle del Príncipe número 6; y más tarde en el 8 de la calle de Atocha, en casa de su ilustre paisano el Marqués de Ustáriz, magnate americano-español de gran prestigio en España. Ya Miranda se lo había encontrado en 1778 gobernando a Extremadura como Intendente de Badajoz. «Estando aquí supe que en el lugar del Gordo [...] se hallaba actualmente en comisión el Intendente de Badajoz Marqués de Ustáriz paisano mío; tomé mi caballo, fui a verle, y encontré en él un sujeto amable, instruido, y celoso del bien de su patria; capaz sin duda de llenar el empleo que ejerce.» Asimismo el 25 de julio de 1792 Esteban Palacios escribía a su padre: «Anoche ha llegado el Marqués de Uztáriz y corren las voces que siempre hemos oído de hacerlo Ministro pero es americano y basta creerlo cuando lo veamos» [9].

No se limitaba el Marqués a servir a Bolívar de guía y mentor en sus estudios; también lo fue en sus amores. En casa de

---

[8] Influencia de filósofos franceses, en *I. B.*, cap. XXXV, págs. 701 y siguientes. Sobre Rousseau, también *Spell*. Carta de Pedro a Carlos, 22 de agosto de 1799, en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, pág. 557.

[9] *Miranda-Archivo*, t. I, pág. 134; *B. A. N. H. V.*, núm. 52, pág. 491; *C. L.*, t. IV, pág. 337, 20 de mayo de 1825.

Ustáriz vivía el joven Simón cuando se enamoró de la que iba a ser su esposa. Era María Teresa Josefa Antonia Joaquina Rodríguez de Toro y Alaysa sobrina del noble caraqueño Marqués de Toro y de su hermano Don Fernando, amigos de la familia Bolívar y rivales de los Tovares. Su padre, Don Bernardo Rodríguez de Toro, nacido en Caracas, vivía en Madrid, donde había contraído matrimonio con Doña Benita Alaysa, oriunda de Valladolid, hermana del Marqués de Inicio, Conde de Rebolledo. María Teresa había nacido en Madrid veinte meses antes que Simón Bolívar, el 15 de octubre de 1781. No era hermosa, pero tenía dulzura y gravedad [10].

La familia Toro vivía al otro lado de la Puerta del Sol, en el 2 de la calle de Fuencarral, en una casa que por su forma peculiar tenía fama de «mucha fachada y poca vivienda», y con ventanas a las tres calles. El 20 de marzo de 1801 se extendía a Simón Bolívar pasaporte para Bilbao; y con la misma fecha le escribía a Pedro que el Rey y Mallo le habían concedido permiso para el viaje. El del Rey se explica por ser entonces Bolívar oficial del Ejército; pero que Mallo tuviera que intervenir parece indicar que el potente amigo ejercía entonces sobre la vida de Bolívar cierta intervención. ¿Y Esteban? Su eclipse en aquel momento es uno de los misterios de la vida de Bolívar. Estuvo Esteban arrestado en el Monasterio de Monserrat, el mismo que había vendido a la familia de Bolívar el título de Castilla por cuya concesión oficial tanto había trabajado Esteban en Madrid. Cuándo y exactamente por qué se le encarceló, no lo sabemos. Se ha solido suponer que fue víctima del disfavor en que cayó Mallo, aunque no es seguro que coincidieran ambos casos. Bolívar probó entonces su sincero afecto por su «buen padrino». En esta misma carta informa a su tío Pedro que la boda tendrá lugar por poder en Madrid. Pero fue pasando el tiempo y parece que hubo obstáculos, porque Simón seguía en Bilbao el 29 de diciembre de 1801, y aparece en Bayona el 13 de enero de 1802 [11].

*

---

[10] La carta fechada el 30 de septiembre de 1800 en que Simón Bolívar comunica a Pedro su decisión de casarse con Teresa Toro pudiera ser falsa. Cf. *C. P.*, pág. 169, no es de mucho momento.

[11] *C. P.*, págs. 172 y sigs. Carta de Simón Bolívar a Pedro, 23 de agosto de 1801, en *C. L.*, t. I, págs. 6-8; *C. P.*, pág. 177. Sin embargo, Esteban escribía a Pedro sobre su reciente libertad (1 enero 1803): «Si pudiéramos fundar alguna esperanza de que tuviese un acomodo en la península era lo que había de apetecer, pero qué podré decirte sobre esto si yo mismo ignoro mi futura suerte?, nuestro amigo está segunda vez llamado a la Corte pero será por esto más ni menos?». *B. A. N. H. V.*, número 52, pág. 579.

No se sabe tampoco por qué pasó a Francia. Es probable que no regresara a España hasta abril, aunque el Embajador, Azara, le firmó el pasaporte el 16 de febrero en Amiens. Era entonces esta ciudad centro de gran actividad diplomática que culminó en la Paz que lleva su nombre, en virtud de la cual Francia y España concertaron una especie de tregua con la Gran Bretaña. Por la paz de Amiens cedió España a Inglaterra la Isla de Trinidad, que la naturaleza había destinado a la patria de Bolívar. No parece haber dejado el hecho huella alguna en el espíritu del futuro Libertador; aunque consta que presenció los festejos con que París celebró el tratado. También entonces observaría con curiosidad el orto de Bonaparte, que iba a ser uno de los astros de primera magnitud en su propio firmamento íntimo. En aquel mismo año de 1802 nacía en Besançon

> Jeté comme la graine au gré du vent qui vole,
> Vieille ville espagnole,

Víctor Hugo, que iba más tarde a dedicar al hecho un poema en que decía:

> Ce siècle avait deux ans. Rome remplaçait Sparte.
> déjà Napoléon perçait sous Bonaparte.

¿Se daba cuenta de ello nuestro futuro Bonaparte americano? No lo sabemos. Más que los acontecimientos políticos, todavía informes y recónditos, observaría el ambiente general de orden, de prosperidad y de belleza urbana de la gran capital francesa que en sí y por comparación con España impresionaría su espíritu ágil y su viva imaginación. Bolívar no adoleció nunca de la francofobia que afligía a Miranda, y aunque nunca fue admirador ciego ni menos imitador, gustó siempre de los frutos del genio francés [12].

De creer a O'Leary, uno de sus más prolíficos diaristas, este viaje a Francia estimuló en el joven criollo sentimientos republicanos, pues dio por seguro que el estado de mayor adelanto de Francia se debía a las instituciones republicanas. Sobre esta parte primera de la vida de Bolívar de que no fue testigo, conviene leer a O'Leary con cautela. Sobre el estado de ánimo de

---

[12] Datos en *C.P.*, *O'L.*, da el detalle sobre los festejos de paz en Amiens, t. I, pág. 77. Sus ampliaciones, admiración de Napoleón, cotejo con España, estímulo del republicanismo de Simón Bolívar, son posibles, pero pueden también ser proyecciones retrospectivas del propio Bolívar posterior sobre el anterior.

Bolívar en 1802, ni O'Leary ni el mismo Bolívar en sus expansiones ulteriores pueden considerarse como mejores autoridades que el propio Bolívar de la época. También dice O'Leary que «la posibilidad de separar la América del Sur de la Metrópoli era tema frecuente discutido entre los dos amigos», es decir entre Ustáriz y Simoncito, un gobernante anciano y universalmente respetado y un mozalbete de diecisiete años; y nos pinta a Ustáriz presentando a Simoncito objeciones «con tan sólidos razonamientos que habrían entibiado el ardor de su joven compañero a no tener éste tan profundas convicciones». Es esta la segunda vez que se intenta pintar a Bolívar como una especie de Jesús en el Templo confundiendo con su innata sabiduría a los ancianos más sabios; porque también se quiere que haya asustado al Virrey de Méjico con sus convicciones republicanas a los quince años y medio, al punto de que el Virrey se apresurara a despacharlo para España a pesar del bloqueo inglés [13].

Oh mon Dieu, délivrez-moi de mes amis —decía Voltaire—, *car de mes ennemis je me charge.* Bien pudiera haber repetido Bolívar este dicho de su autor favorito; ya que tantos de sus biógrafos y comentadores se empeñan en pintarlo como un pedante insoportable. Para lo cual tienen que atribuirle un estado de ánimo y una actitud a la sazón ajenas a su carácter y a su modo de pensar. Veía entonces la persecución de su tío favorito en circunstancias tales que en un alma noble y juvenil sólo podían despertar resentimiento. Pero en los papeles suyos, de su familia o de sus amigos no queda huella de que este hecho haya influido en su actitud para con la metrópoli; mientras que los hay de que para nada afectó la lealtad española de Esteban. No era Esteban admirador ciego de España, cuyo ambiente y Corte criticaba con frecuencia. «No podremos más que estar siempre a la mira para impedir el absoluto dominio sobre nosotros de la mayor parte de los que van allá para hacer su fortuna», escribe a Carlos tres años antes de la llegada de Simón a Madrid. Y ya en 1793 escribía a su padre sobre «lo inútil que son los servicios hechos en América y que es un disparate meterse en ellos que no hay más recompensa ni mérito que adquirir dinero, esto no lo sabe sino el que sabe lo que es la Corte y la ve por dentro, ninguno habrá sido más fanático que yo en esa parte, pero ahora que sé lo que es esto, conozco lo ignorantes que vivimos en esa región y cómo quieren deslumbrarnos los que van de por acá». El que esto escribía no tenía pelo de tonto. Por lo tanto tenía que impresionar a Simón el hecho de que su tío sometido a tales pruebas continuara leal a España a pesar de

[13] *O'L.*, loc. cit., pág. 75.

todo. «No extraño —escribía Esteban a Pedro en 1803 desde Barcelona, cuando ya Pedro había regresado a Caracas— el que estés inconforme en él [el país, o sea Venezuela] pues yo, aun después de mi desgracia y ahora que tengo tal cual libertad, no me ha pasado ni aun por la idea volver a menos que el Rey me mande» [14].

Todas las fantasías sobre el estado de ánimo de Bolívar en esta época se desvanecen ante el análisis directo de las influencias que sobre él se ejercieron entonces. Sus propias cartas de aquellos días revelan que las personas con quienes entonces dialogaba su verdadero ser fueron Ustáriz, su suegro y su novia, su tío Esteban y esa persona colectiva que llamamos el ambiente, el ambiente de España; y también revelan que bajo estas influencias Bolívar recobró por algún tiempo cierto contacto espiritual con las tradiciones ancestrales que yacían sepultas en su alma desde la muerte de sus padres. Por ejemplo, cualquiera que haya sido el alejamiento que bajo la influencia de Simón Carreño le apartara de su antigua fe, para llevarlo al deísmo abstracto del *Vicaire Savoyard,* no cabe duda de que siempre que oímos la voz auténtica de Simón Bolívar en las cartas de esta época nos conmueve el cándido aroma de una creencia sincera. Al escribir a Pedro sobre las tribulaciones de Esteban, le dice: «Mis oraciones son pocas y poco eficaces por el sujeto que las hace; pero no por eso dejaré de aplicarlas todas al buen resultado del celoso interés que Vd. tiene en este negocio.» Y con motivo de la muerte del mayordomo de Pedro: «En fin, Dios es el autor de todos nuestros sucesos, por lo que deben ser todos para bien nuestro. Esta reflexión nos consuela cuando estamos en aflicciones: y así es menester que Vd. no la olvide» [15].

La boda se celebró el mes de mayo. Es curioso que Bolívar, que iba a revelarse más tarde tan devoto de Venus y tan promiscuo amador, eligiera como esposa una mujer sin belleza. La idea de que se casara por dinero es absurda; porque era por lo menos tan rico como ella y además de un carácter muy por encima de tales miserias. La eligió no sabía por qué. Pero allá en el trasfondo de su alma ha debido guiar su elección el juego mutuo de dos hechos: era de más edad que él, veinte meses de diferencia, lo que para un hombre de dieciocho cuenta mucho; y era a la vez de Madrid y de Caracas, síntesis viviente de sus dos patrias. En su mujer, de más edad que él, Simón Bolívar

---

[14] Carta a París, 20 de junio de 1796, en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, página 533; Madrid, 28 de agosto de 1793, pág. 518; Barcelona, 1 de enero de 1803, pág. 579.

[15] *C. L.*, t. I, pág. 7, 23 de agosto de 1801.

adolescente buscaba a su madre muerta, buscaba las raíces de su ser español y criollo que sentía írsele marchitando desde aquellos días en que había vivido bajo la influencia de Simón Carreño, y en sus andanzas de cuerpo y alma por el mundo. Cuando en mayo de 1802, Simón Bolívar, aún no cumplidos los diecinueve, sale de España con su esposa joven pero maternal, se sentía más español que nunca en su trágica vida —salvo quizá en su lecho de muerte [16].

---

[16] Refuerzan mi conclusión el hecho de que al escribir Esteban a Pedro el 1 de enero de 1803, proponiendo crear una compañía de navegación y comercio, incluya a Simón entre los posibles accionistas —lo que no haría de haber pensado que su sobrino abrigaba fuertes sentimientos antiespañoles— y el detalle que da Esteban de haber solicitado para Simón Bolívar un puesto de caballero de Embajada.

No hago mención del incidente entre Simón Bolívar y un oficial del resguardo, según otros un agente de la Reina, porque estimo con *C. P.*, páginas 173, 174, que no merece gran crédito.

Capítulo VIII

LOS AÑOS ERRANTES

A principios del verano de 1802 Simón y Teresa Bolívar se instalaron en Caracas a hacer vida de felicidad privada. En enero de 1803 una fiebre maligna cortó en flor sueño tan hermoso. Este final súbito de la vida retirada y personal de una joven de veintiún años ha sido quizá uno de los acontecimientos claves de la historia del Nuevo Mundo; porque, de haber vivido Teresa, Simón Bolívar hubiera podido recobrar el contacto con su ser más hondo, restablecer el libre fluir de sus creencias y tradiciones ancestrales por los claros canales de su mente, lograr aquella síntesis de cerebro y corazón que ya iba a faltarle el resto de sus días, y vivir desde luego, vida de prohombre —para menos no había nacido— pero en una América hispana quizá no desgarrada por la guerra civil. Que nada de esto es arbitrario o aventurado se demuestra citando al propio Bolívar. «Miren Ustedes lo que son las cosas —decía un día, según Peru de Lacroix—; si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo» [1].

---

[1] *D.B. P.L.*, pág. 86.

No doy espacio a las fantasías de O'Leary sobre ofertas de dinero a su hermano y demás, cf. *C.P.*, págs. 183 y sigs.

D.B. P.L., pág. 99; *D.B.N.*, pág. 226. Vuelve sobre el tema de la página 101: «Sin la muerte de mi mujer, no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creerse que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que adquirí en mis viajes, y en América no hubiera formado aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino

La muerte decidió el caso. A los diecinueve y medio era Bolívar viudo. Por tercera vez la suerte le cortaba el acceso a su pasado. Padre, madre, mujer, la suerte le negaba el paso a su ser más hondo, donde vivían sus raíces vitales; dejándolo suelto en un mundo de principios e ideas, de palabras y esperanzas. «Quise mucho a mi mujer —dirá más tarde— y a su muerte juré no casarme jamás. He cumplido mi palabra.» Aquí no habla la fidelidad marital, sino esa actitud mixta de resentimiento y de desafío frente al destino, ese desplante que con tanta frecuencia se da en la vida española y que tan maravillosamente ha expresado Zorrilla en su *Don Juan Tenorio:*

> Llamé al Cielo y no me oyó:
> y, pues sus puertas me cierra,
> de mis pasos en la tierra
> responda el Cielo, no yo.

«He probado el matrimonio —parece haber pensado, o sentido Bolívar—; he probado la tradición; he probado la paz con mi propio pasado sepulto en mí bajo tantos seres queridos cercenados por la muerte. Todo me ha salido mal. Con que ahora, adiós a todo. Ya soy libre» [1].

Por segunda vez, Bolívar vio desaparecer en el horizonte la costa de su patria. Lo que allá en tierra quedaba no tenía arraigo alguno en su alma. A sus tíos no le unían lazos de afecto muy especial; y uno de ellos, Carlos, se merecía las cartas frígidas en que el joven heredero aludía a la mala administración de su fortuna durante su minoridad. «Si a mi llegada a esta ciudad —argüía Simón en carta a su tío— Vmd. hubiese rendido las expresadas cuentas, yo habría tenido lugar de examinarlas, y a esta fecha, ya estaríamos fuera de este cuidado; pero puesto que la falta ha sido de Vmd, los perjuicios que de esta demora le resulten no se me deben atribuir a mí; y así sólo estoy pronto a darle el recibo circunstanciado de las cuentas, efectos y bienes, que he recibido.» Este episodio revela singular madurez de voluntad en el joven Bolívar, que, a la sazón de diecinueve años, obró con firmeza, sin descortesía, ni excesiva dureza para con un tutor descuidado y quizá algo peor [2].

Al decidirse a un viaje por Europa después de su viudez, Bolívar pidió dinero prestado; sin duda para realizar la operación que describe Mosquera: «vendió algunas de sus propieda-

---

de la política, y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Vean, pues, ustedes, si ha influido o no sobre mi suerte.»

[2] Carta a Carlos: *C. L.*, t. I, pág. 10.

des, cedió otras a sus hermanos [...] y fletó un buque, lo cargó y siguió para Cádiz con un caudal suficiente para vivir muchos años y viajar en Europa». Siguiendo la costumbre establecida, solicitó un préstamo del Superintendente General de la Real Hacienda en Caracas. Su carta (9 agosto 1803) lo revela ya en ese crepúsculo de lealtades típico de la época. Comienza presentándose a sí mismo como «Simón de Bolívar, vecino y hacendado de esta provincia». Se observará que usa la partícula *de,* que no solía emplear, hasta el punto de no figurar ni siquiera en la firma de este mismo documento. Esta tendencia a dejar caer la partícula se debía probablemente a la influencia de Carreño, que profesaba indiferencia y hasta desdén hacia las tradiciones de familia, y que se ponía y quitaba los apellidos como un perro callejero cambia de collar al cambiar de dueño. La idea de que la partícula indica nobleza, aunque sin base heráldica, era y sigue siendo muy socorrida en España y fuera de ella. Parece como si el joven criollo comenzara su carta con un orgulloso «Simón de Bolívar» al impulso de oscuras influencias ancestrales, y la firmara «Simón Bolívar» bajo la inspiración de su maestro ausente. Pero hay otra oscilación en el cuerpo de la carta. En la primera frase adivinamos el pensamiento íntimo del joven Bolívar. «Sí, desde luego, vecino y hacendado, pero que me aspen si voy a añadir "oficial del Ejército del Rey" a pesar de que también lo soy.» Porque el caso es que Simón Bolívar era entonces Teniente del ejército español; y si había momento oportuno para consignarlo, ¿cuál mejor que aquel en que se disponía a pedirle un empréstito al Superintendente de la Hacienda Real? Bolívar ofrecía garantías de primer orden, y la solicitud se atenía a la costumbre establecida, pero le fue denegada. Las razones aducidas por la Real Hacienda, que «no se verificase entrega alguna de los caudales remisibles a España [...] por necesitarlo aquí la Real Hacienda para sus presentes atenciones», pueden haber sido sinceras y razonables, dadas las circunstancias; pero quizá actuara también cierta frialdad, ya oficial ya personal, para con el solicitante [3].

*

En el verano de 1803 Bolívar se hizo a la vela de La Guaira para Cádiz. ¿Por qué Cádiz? No había razón para que Bolívar

---

[3] *Mosquera,* pág. 7, autor no siempre seguro; pero cuando sus datos son convincentes, como en este caso, útil.

Solicitud de préstamo: *C. L.,* t. I, págs. 8, 9. Simón Bolívar se refiere a «la urgencia de necesitar algunas cantidades para el fomento de mis bienes», pero es evidente que la necesidad procedía de su proyectado viaje.

diese tamaño rodeo camino de Europa; de no haberse propuesto una negociación comercial de cierta envergadura, como la que Mosquera le atribuye, pues Cádiz era todavía el centro del comercio de las Indias. Obsérvese otra vez su espíritu de empresa, imaginación y capacidad ejecutiva, ya que al fin y al cabo tenía entonces veinte años. A fines de 1803 desembarcó Bolívar en Cádiz, tras un viaje largo y azaroso. Después de breve estancia en la ciudad pasó a Madrid, para ver a su suegro, a quien traía tristes recuerdos de Teresa. «Hablaba Bolívar de esta entrevista con ternura —escribe Mosquera— recordando las lágrimas que mezclaron el padre y el hijo. "Jamás he olvidado esta escena de delicioso tormento, porque es deliciosa la pena del amor", fue varias veces la expresión con que Bolívar concluía esta narración.» Manifiéstase aquí esa tendencia a vivir en presencia de sí mismo que fue rasgo constante de Bolívar. Tampoco en Madrid se quedó mucho tiempo. Promulgóse por entonces en la villa y corte un Bando requiriendo a los forasteros a que se marcharan a causa de una carestía pasajera de víveres; pero claro está que esta circunstancia no hubiera constituido obstáculo para un hombre como Bolívar que tantos y tan potentes amigos contaba en la ciudad. El verdadero motivo de que se ausentara tan pronto fue que «su existencia en Madrid, rodeado de los amigos que le conocieron amante, amado y feliz, le fue tan insoportable como la de Caracas». Después de su fracaso en volver a tomar contacto con sus raíces hispana y criolla, Bolívar huía a la vez de uno y otro de los terruños que las habían alimentado. Buscaba de instinto el movimiento incesante y la libertad de sus cielos mentales. Se iba a Francia, donde sabía que deambulaba Carreño [4].

El mismo Bolívar ha descrito en conversación con Peru de Lacroix este paso de su ser íntimo de las cosas privadas a las públicas, es decir del terruño hispano al cielo universal. «Volví de Europa para Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los ensueños del más violento amor, y no de ideas políticas, porque éstas todavía no habían golpeado mi imaginación. Muerta mi mujer, y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia, y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés por los asuntos públicos. La política me atraía y yo seguía sus variados movimientos.» El

---

[4] *Mosquera*, loc. cit. Huella de los tratos de Simón Bolívar en Cádiz y en Caracas en esta ocasión: cuenta de intereses que Pantaleón Jh. de Echevarría, desde Zaragoza (23 octubre 1804) dirige a Pedro a Caracas, en la que figuran Esteban, Simón Bolívar y mercaderes de Cádiz. *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 581, 582.

estado de ánimo y su paso de reposo al movimiento y de lo concreto a lo abstracto se expresan admirable si inocentemente en estas palabras. «Variados movimientos.» Frase típica no sólo de la política sino también de Bolívar, que precisamente entonces comienza a contagiarse del estado de movimiento perpetuo característico de su antiguo maestro, como de su modelo Rousseau [5].

Carreño había andado errante desde que por meterse a conspirador había tenido que huir de su tierra natal. Había estado en Jamaica; luego en Baltimore, donde durante tres años ejerció el oficio de cajista —noble oficio en tiempo de «las luces»— y por último se había orientado hacia Europa, topándose en Bayona con el fraile mejicano Servando Teresa de Mier, tan andarín como él. Ambos se habían dedicado a la enseñanza del castellano y a traducir a Chateaubriand. Entonces surge Bolívar, y con la bolsa tan abierta como el corazón redime a Carreño de la esclavitud de la escuela y le permite volver a ponerse en camino [6].

*

Desde este instante, dos son los temas que se entrelazan en las andanzas de Bolívar: el camino y Napoleón. Pero sobre este diseño, sencillo y luminoso, se han solido bordar fantasías gratuitas sobre Humboldt. Será pues necesario aclarar primero este punto. Bolívar llegó a París a principio de mayo de 1804. El 1 de agosto desembarcaba Humboldt en Burdeos de regreso de un viaje de estudios por el Nuevo Mundo, comenzado en 1799 en compañía del joven naturalista francés Bonpland. Parte no pequeña de este tiempo lo había pasado Humboldt en Venezuela. Desembarcó en Cumaná el 16 de julio de 1799, saliendo el 18 de noviembre para Caracas, donde llegó el 21. En Caracas permaneció hasta el 7 de febrero de 1800, y después de breve estancia en Puerto Cabello emprendió su famoso viaje por el valle del Orinoco; embarcando por último en Nueva Barcelona el 24 de noviembre de 1800, con rumbo a Cuba [7].

Natural era que Bolívar, sabedor de lo mucho que se quería y admiraba a Humboldt en Venezuela, hiciera lo posible por conocerle; por otra parte, en casa de Humboldt se celebraron durante el verano de 1804 varias reuniones de sabios franceses y alemanes. Se ha fantaseado sobre estas reuniones, forzándolas

---

5 *D. B. P. L.*, pág. 100; *D. B. N.*, pág. 228.
6 *C. P.*, pág. 186.
7 Fechas Humboldt: *H. P. N.*, t. I, cap. II, págs. 263 y sigs.; cap. IV, página 290; cap. VIII, págs. 337, 341.

a ajustarse a actitudes y hechos proyectados hacia atrás. La historieta modelo es que Humboldt, preguntado por Bolívar si en su opinión podrían gobernarse a sí mismas las colonias españolas, contestó que «por sus observaciones, opinaba que ya habían llegado a su madurez política, pero que no conocía ningún hombre calculado para dirigir la empresa de su emancipación». Así escribe O'Leary, añadiendo que Humboldt «para con Bolívar fue en extremo atento, y admiraba el calor con que sostenía la necesidad de la separación de la América española de su metrópoli». Del encuentro de Bolívar y Humboldt en París vino a florecer más tarde, gracias a la imaginación de Boussingault y de Mancini, tan estrecha amistad entre el famoso y prudente sabió alemán y el joven criollo de veintiún años, que Humboldt entusiasmado con Bolívar se lo llevó con Gay Lussac hasta la cumbre del Vesubio [8].

Los hechos no son tan pintorescos. Las opiniones de Humboldt sobre las relaciones entre España e Hispano-América están consignadas en sus libros, algunos, por cierto, escritos precisamente en esta época. El 7 de octubre de 1800 le escribía a su hermano: «No hay quizá país en todo el mundo donde se pueda vivir mejor y con más paz y seguridad que en las colonias españolas por donde llevo viajando quince meses [...]. Los habitantes son gente de buen genio y de buena conversación, y aunque desde luego negligentes e ignorantes, sencillos y sin pretensiones.» Había llegado a tomar gran apego a la vida española, hasta el punto de escribir: «Confieso que hoy creo escribir el castellano más correctamente que ninguna otra lengua, aunque todavía me siento bastante ufano de mi país para escribir el alemán, por poca elegancia con que lo haga.» Lejos de ser crítico severo del gobierno español, Humboldt hace constar en numerosas páginas de sus escritos la generosidad con la que se fomentaban los estudios científicos tanto en los reinos europeos como en los americanos de la Corona de España. Al desembarcar en Burdeos, se apresuró a corregir un artículo publicado en Baltimore y reproducido en el *Journal de Bordeaux*, por estimarlo injusto para España. En carta al periódico bordelés decía Humboldt: «Es sabido que yo no vine a Madrid el año 1799 más que para solicitar el permiso de la Corte para hacer por cuenta mía investigaciones en las vastas colonias sometidas a España. Se me concedió este permiso con esa liberalidad de ideas que caracteriza a nuestro siglo, y a la que se debe el rápido progreso de los conocimientos humanos. Su Majestad Católica inspirada en su interés para con mi expedición se ha dignado hon-

---

[8] *O'L.*, pág. 84; *Mancini*, pág. 147, 148.

rarme con su protección más magnánima. Y si he podido hacer observaciones durante cinco años de viajes en la América española, algunas quizá dignas de atraer la atención de los físicos, ello se debe al hecho de haber podido beneficiarme de este favor» [9].

La actitud de Humboldt para con el problema político de la América española era mucho más sabia de lo que ni Bolívar (entonces demasiado joven y poco hecho) ni O'Leary, extranjero a España contra la que abrigó toda su vida fuertes prejuicios, eran entonces capaces de comprender. O'Leary aporta al problema las vulgaridades y frases hechas de uso constante entre los países protestantes, tan ignorantes como fanáticos sobre los países católicos como éstos sobre ellos; y cita a Jefferson contra Humboldt (el Humboldt que imagina); porque O'Leary quiere que se emancipen las colonias pero no las quiere capaces de emanciparse, puesto que entonces no resulta España culpable de haberlas mantenido en ignorancia y fanatismo. En cuanto a Bonpland dice O'Leary que «no perdía ocasión de alentar a Bolívar en la empresa, y de asegurarle que la revolución produciría hijos dignos de ella», nótese bien, precisamente en aquellos días en que

Déjà Napoléon perçait sous Bonaparte!

Es muy posible esta actitud en un francés jacobino. Pero la fibra mental de Humboldt era más vigorosa; y su penetrante mirada había ahondado más en los abismos del alma de las Indias. No es probable que «admirase» la fe ingenua del criollito en la necesidad de separar los reinos americanos de los europeos. Por lo pronto escribe esta página de suma agudeza: «Parecen asombrarse en Europa de ver que los españoles de la metrópoli, cuyo exiguo número hemos indicado, hayan hecho durante siglos tan larga y fuerte resistencia; pero se olvidan de que en todas las colonias el partido europeo se nutre necesariamente de una gran masa de nacionales. Intereses de familia, el deseo de una gran tranquilidad no interrumpida, el temor de lanzarse a una empresa que pudiera fracasar, impiden a éstos abrazar la causa de la independencia, o aspirar a establecer un gobierno local y representativo aunque dependiente de la madre patria. Unos, temiendo todos los medios violentos, se las prometen felices pen-

---

[9] *Humboldt-Life*, t. I, cap. III, pág. 277. Carta a su hermano Guillermo, Cumaná, 7 de octubre de 1800. Carta a Friedlander, 16 de octubre de 1805: t. I, cap. IX, pág. 349. Varios lugares en alabanza del Gobierno español: *I. B.*

Burdeos, 24 Termidor, año XII (12 agosto 1804) en *Humboldt-Lettres.*

sando que por medio de reformas lentas podrá atenuarse la índole opresora del régimen colonial; en las revoluciones no ven más que la pérdida de sus esclavos, la expoliación del clero y una tolerancia religiosa que creen incompatible con la pureza del culto dominante. Otros pertenecen a ese pequeño núcleo de familias que, en cada municipio, ya por una opulencia hereditaria, ya por el arraigo muy antiguo en las colonias, ejercen una verdadera aristocracia municipal. Éstos prefieren privarse de ciertos derechos a tenerlos que compartir con todos; y se avendrían de mejor gana a una dominación extranjera antes que a que ejercieran la autoridad americanos de casta inferior; aborrecen toda constitución fundada sobre una igualdad de derechos; temen sobre todo la pérdida de sus decoraciones y de esos títulos que tanto trabajo les ha costado adquirir, y que son parte tan esencial de su dicha doméstica. Otros también, y su número es muy considerable, viven en el campo del producto de sus tierras, y gozan de esa libertad que aun bajo los gobiernos más vejatorios ofrece un país de población muy dispersa. Como no aspiran a cargos para sí, los ven con indiferencia en manos de hombres cuyo nombre les es casi desconocido y cuyo poder no les alcanza. Sin duda preferirían al antiguo estado de colonia un gobierno nacional y una libertad plena de comercio; pero este deseo no excede a su afición al reposo y a sus hábitos de vida indolente para incitarles a sacrificios largos y penosos» [10].

*

Este análisis de la actitud de Humboldt para con Bolívar mozo se desprende de los hechos. He aquí además un documento que parecería confirmarlo. Había una dama en París cuyo nombre ocupa en las biografías de Bolívar amplio lugar, quizá más amplio que el que llenó en su vida misma. Madame Dervieu de Villars se llamaba de soltera Fanny Trobriand Aristeguieta y se consideraba prima de Bolívar. Tenía —o decía tener— veintiocho años y su marido cincuenta y seis. Dervieu de Villars había sido Comandante de la ciudad de Lyón, y jefe de su Guardia Nacional; y al subir al trono Carlos X en 1825 recibió el grado de Mariscal. Dos de los hermanos de su mujer eran militares, ambos coroneles en 1820. Fanny Villars ha debido ser bastante liberal en sus favores para Simón Bolívar, que a su vez la idealizó hasta ver en ella una reencarnación de su difunta esposa —quizá también de su difunta madre—, puesto que, detalle significativo, solía llamarla Teresa. El episodio fue quizá

[10] *O'L.*, págs. 84 y sigs; *H. P. N.*, lib. IV, cap. XII, t. I, págs. 374, 375.

para Simón Bolívar intento póstumo de recobrar contacto con las capas ocultas de su alma de que le iba alejando cada vez más Simón Carreño. La dama le aseguró que, por los Aristeguietas, eran de la misma familia. La casa de Fanny Villars ha quedado transfigurada por obra y gracia de algunos biógrafos de Bolívar en uno de los salones más brillantes del París de la época. Fanny Villars practicaba sin duda el arte de atraer a su salón personas de viso. Es muy posible que Humboldt haya ido alguna que otra vez. Sobre estos puntos carecemos de datos concretos. Pero ya en su casa ya en otra, Fanny Villars ha debido encontrarse con Humboldt lo bastante para poder escribir a Bolívar el 6 de abril de 1826: «Ha estado aquí el Barón de Humboldt [...]. No sé cómo hará el señor Barón para llamarse vuestro amigo; en aquella época en que el éxito de vuestra empresa era dudosa, él y el señor Delpech eran vuestros detractores más celosos» [11].

Las relaciones de Bolívar con Humboldt en Italia han dado lugar a fantasías no menores. Se supone que Bolívar vio a Humboldt en la Legación de Prusia en Roma, donde era Ministro a la sazón Guillermo Humboldt, hermano del geógrafo. Con tal motivo se barajan nombres ilustres entre los que circula Bolívar durante su estancia en Roma; y se inventa una excursión al Vesubio, fundada en que Boussingault afirma tranquilamente que Bolívar, Humboldt y Gay Lussac hicieron juntos la ascensión al volcán en 1804, año en que ninguno de los tres se hallaba en Italia. Humboldt salió de París hacia Roma el 12 de marzo de 1805, en compañía de Gay Lussac; y ambos, con el geólogo Leopold von Buch, salieron de Roma para Nápoles el 15 de julio del mismo año a fin de subir al Vesubio, que daba entonces señales de suma actividad. El 17 de septiembre regresa Humboldt a Alemania. Bolívar salió de París para Roma en marzo de 1805; pero caminaba con lentitud y dando rodeos a la Rousseau, en compañía de Simón Carreño. Que vio a Humboldt en Roma es seguro, puesto que lo dice él mismo en carta escrita mucho más tarde: «Reciba Vd. los cordiales sentimientos de quien ha tenido el honor de respetar su nombre antes de conocerlo, y de amarle cuando le vio en París y en Roma.» El silencio de Bolívar sobre el Vesubio en esta carta, el silencio de O'Leary sobre la excur-

---

[11] *O'L.*, págs. 81 y sigs. Cartas de Fanny a Simón Bolívar: *B.A.N.H.V.*, núm. 52, págs. 655 y sigs. La vaguedad de la dama sobre fechas se ve comparando su carta de 18 de junio de 1820 (pág. 656), donde su marido tiene «près de 72 ans» y la del 20 de agosto de 1825 (pág. 661), en la que tiene setenta y cinco, habiendo, pues, vivido tres años en cinco. El propio interesado se da ochenta el 16 de enero de 1830, pág. 666. Carta de Humboldt en *O'L.*, pág. 82.

sión, y el silencio sobre Bolívar en el relato de la ascensión al Vesubio que figura en la biografía clásica de Humboldt, escrita en pleno auge del Libertador, prueban que se trata de una invención [12].

¿Que queda del episodio Humboldt en la vida de Bolívar? Primero, parece razonable suponer que cuando Bolívar conoció a Humboldt en París era ya un separatista ardiente, y, por lo tanto, dispuesto a hablar de la emancipación de su patria con cualquiera que se le pusiera por delante. Fanny alude a ello con frecuencia. «Ahora que ya todo se ha realizado de aquellos grandes proyectos que me habíais confiado a los veintitrés»; y «yo, a quien confiasteis vuestros planes y proyectos hace veinte años, os coloco por encima de Washington, a causa de las inmensas dificultades que habéis tenido que vencer para dar libertad a un mundo entero». No ha menester dar pleno valor a todo lo que esta dama tan amorosa como ávida de dinero escribía a su sueño dorado [c'est le cas de le dire]; pero es natural que en la efusión de sus pasiones juveniles Bolívar se expresara con franqueza sobre la libertad de América: y no sólo con Fanny Villars sino con cualquiera de sus interlocutores. Humboldt le escucharía quizá con simpatía, porque sus opiniones eran liberales; pero con reserva, porque eran complejas y sutiles, en cuanto a un problema que sabía difícil por conocerlo bien; y porque no era imposible que Humboldt abrigará opiniones favorables sobre un mozo que se paseaba por el mundo del brazo de Carreño. El sabio alemán, bien centrado en los clásicos y en la ciencia, no sentiría estima para aquel «filántropo» estrafalario; y aun es probable que sintiera menos de la que Carreño se merecía. Humboldt ha debido pues ser para Bolívar una de esas figuras silenciosas que sin convencerse ni ceder a la magia juvenil del joven criollo permanecerían en el trasfondo de su conciencia como tácitos consejeros de prudencia, emitiendo radiaciones invisibles de duda y de reserva [13].

*

---

[12] Fantasías Mancini: *C. P.*, págs. 193 y sigs. Fechas movimientos Humboldt: *Humboldt-Life*, cap. IX, págs. 351-353. Carta de 10 de noviembre de 1821, en *B. A. N. H. V.*, núm. 62, pág. 219. Esta carta viene de Boussingault, pero a diferencia de otras del mismo autor, se halla corroborada por una carta de Humboldt acusando recibo. *C. P.*, pág. 196.

[13] *B. A. N. H. V.*, núm. 52, pág. 659, 28 de abril de 1823. Bien que en su carta de 29 de julio de 1822, le escribe Humboldt: «en una época en que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente». Pero ya entonces es Bolívar Presidente, y Humboldt le pide un favor. *O'L.-C.*, t. I, pág. 296.

Simón Carreño seguía rigiendo la vida de Bolívar, y, más todavía que en la primera época de Caracas, estampando el sello de sus ideas y de su espíritu sobre el ser adolescente del futuro Libertador. Bajo la dirección de su maestro, Bolívar devoró entonces a Hobbes, Helvecio, Holbach, Hume, Espinosa, así como a Rousseau y a Voltaire. Estas lecturas le harían sentirse cada vez más apartado de su pasado y más suelto en el mundo. Helvecio y Holbach eran ambos apologistas del placer, autores que era fácil interpretar como preconizadores de un amplio e indisciplinado haz-lo-que-quieras. Doctrina es ésta muy del gusto de los jóvenes, sobre todo si son pudientes y carecen de lazos de familia. Bolívar se entregó meses enteros a una vida de placer en la brillante y alegre capital de Francia, llegando a ser una de las figuras más conocidas en las arcadas del Palais Royal, donde consagraba al vino y a las mujeres la flor de la libertad que los filósofos le habían enseñado a cultivar [14].

Este desarraigo trasciende de lo moral a lo físico. «No quiero parecerme a los árboles, que echan raíces en un lugar —solía decir Carreño—, sino al viento, al agua, al sol, a todas las cosas que marchan sin cesar.» Así revelaba el mentor de Bolívar la índole sin tierra y sin peso de las regiones hacia las que guiaba a su joven amigo. Hay viajeros que se ponen en camino para más intimar con la tierra entre cuyos recovecos los mete la misma ruta que llevan. Bolívar y Carreño echaron a andar a impulsos de un deseo de movimiento por el movimiento mismo; y entiéndase que no era precisamente por amor al movimiento en que ve Hobbes el origen de toda vida mental y aun quizá de la conciencia; sino por anhelar ese estado de interinidad permanente que no es ya lo que queda atrás ni todavía lo que aguarda adelante, ese puente del no hacer nada, tan caro al idealista-irrealista porque liberta la voluntad de los problemas de la tierra y permite a la mente campo ilimitado para sus juegos [15].

Dos españoles —ya sean del viejo o del nuevo mundo— mal pueden ponerse en camino sin adoptar el diseño Don Quijote-Sancho. En sus andanzas por Francia e Italia, Bolívar y Carreño recuerdan a la pareja inmortal. A buen seguro que no constituyen un paralelo servil. No hay paralelos serviles —entre hispanos—. Bolívar-Carreño son una variación sobre el tema cervantino. En lo físico, el seco y avellanado Bolívar y el robusto y espeso Carreño son fieles al diseño original; y también se da cierto paralelismo entre las tendencias saturninas del Caballero de la Triste Figura y del Libertador y entre la natura-

---

[14] *O'L.*, pág. 83; *C. P.*, págs. 190 y sigs.
[15] *C. P.*, pág. 204.

leza jovial de Carreño y de Sancho. Hay también cierta armonía entre los altos ensueños de los dos caballeros y entre los intereses inmediatos de los dos escuderos; sobre todo si se tiene en cuenta que, en contra de lo que suele creerse, Sancho no era un mero materialista hedonista, sino un idealista como su amo aunque en otra clave. En lo mental sí hay una variación. Don Quijote era intelectual, abstracto, y no temía nada tanto como un conocimiento concreto de la realidad que —según él sentía aunque no osaba pensarlo— destruiría sus ensueños; mientras que Sancho no tenía ideas sino tan sólo impactos sueltos de hechos también sueltos, que expresaba en sus sabrosos refranes. La relación intelectual entre los dos hispanoamericanos era más sutil. Aquí es el escudero y no el caballero el intelectualista abstracto, y por lo tanto, el guía; mientras que el caballero, aun dejándose llevar a veces y aun extraviar por las generalizaciones de su mentor en quien respeta la ciencia y la edad, tiene más inteligencia y más aguda intuición; por lo tanto, mayores reservas de sabiduría empírica. Y así, en esta guisa que tanto recuerda la de Don Quijote y Sancho, Simón Bolívar y Simón Carreño echaron a andar por el camino real de la Historia [16].

El caballero había menester de una Dulcinea, y también de otro caballero, un Amadís de Gaula que le fuese ejemplo e inspiración. Su Dulcinea, a mano estaba: la patria, la «Virgen América» que sufría atrozmente bajo la tiranía del gigante español, el Godo de la Fosca Vista, y sin culpa suya, porque era inocente como lo suelen ser todas las doncellas. Su Amadís de Gaula surge súbitamente con esplendor insoñado. Su nombre: Napoleón. El año en que Bolívar llega a París es el mismo en que Bonaparte accede a la Corona imperial. Semanas antes cae fusilado el Duque de Enghien (21 marzo 1804); días después, el 18 de mayo, adopta Francia la constitución imperial. El proceso por el cual la Corte del Primer Cónsul pasa a Corte imperial tiene lugar ante los ojos de Bolívar; y ambos, caballero y escudero, se hallan en París el día en que Amadís se corona en Notre Dame (2 diciembre 1804). ¿Estuvo presente Bolívar? Carreño lo niega. «Y por cierto que aquel día, tan notable y feliz para los gabachos, Bolívar y yo no salimos del hotel.» Pero Bolívar dijo explícitamente a Peru de Lacroix que se hallaba presente. Cuenta además Boussingault que «hallándose en París en 1803 y 4 asistió a una revista que el Primer Cónsul pasaba en el patio de las Tullerías. En los días siguientes todo el

---

[16] Sobre el verdadero carácter de Sancho, véase mi *Guía del Lector del Quijote*.

mundo le vio pasearse tocado con el pequeño sombrero legendario y la levita gris. Humboldt y Gay Lussac, sus amigos, lo creyeron loco». Y comenta: «Era manía del general Bolívar imitar a Napoleón.» Así pues bueno es hacer constar que en lo tocante a Napoleón Carreño niega y Bolívar afirma; es decir, el impulso natural es hacia Napoleón en Don Quijote-Bolívar, contra Napoleón en Sancho-Carreño [17].

La repulsa más fuerte de Bolívar contra Napoleón la recoge O'Leary. «Yo lo adoraba como al héroe de la República, como la brillante estrella de la gloria, el genio de la libertad... Se hizo Emperador, y desde aquel día le miré como un tirano hipócrita. Me imaginaba verle oponiéndose con éxito a los generosos impulsos del género humano... derribando la columna sobre que estaba colocada la libertad... ¡Qué terribles sensaciones de indignación produjo en mi alma este melancólico espectáculo, dominado como estaba de un fanático amor a la libertad y a la gloria! Desde entonces no pude reconciliarme con Napoleón; su gloria misma me parecía un resplandor del infierno, las lúgubres llamas de un volcán destructor cerniéndose sobre la prisión del mundo. Miraba sorprendido a la Francia, una gran república cubierta con los trofeos y monumentos que ostentaba el poder de sus ejércitos y de sus instituciones, cambiando por una corona el gorro de la libertad, y al pueblo abdicando su soberanía en un monarca. Apenas podía creer lo que veía: un pueblo frenético en su odio a la tiranía y sediento de igualdad, contemplando impasible la ruina de sus conquistas sobre la superstición y el trono» [18].

El estilo declamatorio y abstracto de esta página prueba que procede de aquellos cielos mentales de Bolívar sobre los cuales ejercía Carreño influencia predominante. No cabe pues considerarla como expresión definitiva de la actitud de Bolívar para con Napoleón. El 26 de mayo de 1828 apuntaba Peru de Lacroix otra confidencia. «Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa y otras personas nunca hago el elogio de Napoleón; que al contrario, cuando llego a hablar de él o de sus hechos, es más bien para criticarlos que para apro-

---

[17] *C.P.*, pág. 187. Cf. *D.B.N.*, pág. 231 y ap. I, pág. 412, para una opinión contraria. A pesar del dato de Paulding que aporta Monseñor Navarro, mantengo mi conclusión favorable a Peru de Lacroix, porque toda la vida de Bolívar, como lo probaré, revela la imitación de Napoleón; Boussingault lo confirma (marzo 1811). Tanto Simón Bolívar como Carreño han sido maestros en ocultar sus opiniones y hechos según las circunstancias. Hablando con un «bostoniano» Simón Bolívar se pondría en actitud antinapoleónica.

[18] *O'L.*, págs. 80 y sigs.; *B.M.B.*, t. I, pág. 23.

barlos, y que más de una vez me ha sucedido llamarlo tirano, despóta, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas y algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que, como él, quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa; todo esto lo habrían dicho si hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel grande hombre. Más aún hubieran dicho mis enemigos: me habrían acusado de querer crear una nobleza y un Estado militar igual al de Napoleón en poder, prerrogativas y honores. No dude usted de que esto hubiera sucedido si yo me hubiera mostrado, como lo soy, grande apreciador del héroe francés; si me hubieran oído elogiar su política, hablar con entusiasmo de sus victorias, preconizarlo como al primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio. Todas éstas son mis opiniones sobre Napoleón, pero gran cuidado he tenido y tengo todavía en ocultarlas. El diario de Santa Helena, las campañas de Napoleón y todo lo que es suyo es para mí la lectura más agradable y más provechosa; allí es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar» [19].

Es posible que Peru de Lacroix exagere la nota bonapartista; pero no probable que la invente. De todos modos, sean cualesquiera las opiniones de Bolívar en 1828, su condena de Napoleón en 1805 puede haber sido sincera. El joven de veintidós años, todavía bajo la potente influencia de su mentor, condenaría a Napoleón como tirano en su cerebro tanto como admiraba a Napoleón como héroe en su corazón. La expresión más fiel del impacto verdadero que la coronación imperial produjo en el ánimo de Bolívar es quizá la que Peru de Lacroix consigna en su diario el 10 de mayo de 1828: «Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre.

---

[19] *D.B.N.*, págs. 324, 325.

La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que lo libertase; pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme de que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que representaría el primer papel en aquel grande acontecimiento» [20].

*

Ahora tenemos ya el cuadro completo del alma de Bolívar tal y como la ilumina la gloria de Napoleón. Para Bolívar lo que importaba en la coronación de Bonaparte era «la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona»; y reconoce que esto le «hizo pensar en la esclavitud de su país y en la gloria que conquistaría el que lo libertase». Estas palabras no podían ser más fieles al espíritu de la dinastía de Don Quijote a la que Simón Bolívar pertenece por derecho propio. A primera vista, el fin más alto y el culto más hondo de Don Quijote era Dulcinea; él mismo estaba sinceramente convencido de ello. Estaba todavía más convencido de su devoción a Dulcinea que de la misma existencia de Dulcinea. Con todo, el verdadero fin de Don Quijote no era su dama sino su gloria; y Dulcinea no pasaba de ser una creación de su fantasía, ya que todo caballero ha menester de una dama que servir, a fin de que, sirviéndola, le sea posible lograr la gloria de los héroes y la fama de los adalides. Tal Don Quijote, tal Bolívar. No le exaltó el pensamiento de la esclavitud de su Dulcinea,

Virgen del mundo, América inocente,

hasta que, al contemplar la gloria de Napoleón, evocó en su ánimo la gloria que ganaría el Libertador de Sudamérica. ¿Qué era toda una ciudad aclamando a un Emperador al lado de todo un continente aclamando a un Libertador? Ante sus ojos había surgido la gloria deslumbrante de oro y seda en sus ceremonias, clamorosas de frenesí y de entusiasmo en sus multitudes; gloria que aguardaba a un hombre. Y así era menester que hubiera una Dulcinea. Don Quijote-Bolívar pensó pues entonces en aquella infeliz doncella que el gigante Godo de la Fosca Vista guardaba aherrojada en la bóveda de la tiranía; de cuyos espantables

---

[20] *D. B. P. L.*, pág. 100; *D. B. N.*, pág. 228.

sufrimientos había oído hablar tantas veces a Sancho-Carreño, aunque a decir verdad él personalmente no los conocía. Y así fue como caballero y escudero se pusieron en marcha hacia Italia más que nunca en el estilo y guisa del Caballero de la Triste Figura y de su jovial escudero. Sólo que esta vez era el escudero el que tenía que recordar al caballero que la gloria era para Dulcinea y no Dulcinea para la gloria.

Bolívar y Carreño salieron de París en marzo de 1805. Dejaban atrás la ciudad de las luces y los placeres porque el joven criollo había malgastado su sustancia corporal y financiera en cultivar los placeres más que las luces de la ilustre ciudad. Uno de sus compañeros de vida parisiense, el primo de su mujer, Fernando de Toro, iba a figurar a su lado más tarde en los comienzos de la secesión; pero entretanto le acompañaba en los azares del tapete verde, y con tanta maña que, por haber perdido más de lo que poseían ambos jóvenes, tuvo Simón de Bolívar que tragarse el orgullo y recurrir a los fondos de Fanny de Villars. Aquí por lo visto intervino Carreño para poner a su joven amigo a salvo mediante una oportuna huida de París y sus atractivos. Salieron en diligencia y, después de una breve estancia en Lyón, hicieron seguir el equipaje y se pusieron en camino a pie a la Rousseau. Pasaron por Chambéry, para rendir culto al *Vicaire Savoyard* y visitaron devotamente *Les Charmettes*, uno de los santuarios del profeta; pero por doquiera que iban resplandecía en su torno la gloria de Napoleón: arcos triunfales, música y preparativos para recibir al héroe de Francia.

A su llegada a Milán, la ciudad aguardaba al Emperador, que iba a coronarse Rey de Italia. Esta vez no cabe duda: Bolívar se halló presente y vio a Napoleón colocar sobre sus sienes la corona de hierro de los Reyes de Lombardía, el 26 de mayo de 1805. Bolívar y Carreño presenciaron la revista militar que tuvo lugar en Montechiaro, y las reminiscencias de Bolívar que apunta Peru de Lacroix confirman nuestro análisis. «El trono del Emperador se había colocado sobre una pequeña eminencia, en medio de aquella gran llanura; mientras desfilaba el ejército en columnas delante de Napoleón que estaba sobre el trono, él [Bolívar] y un amigo que le acompañaba [Carreño] se habían colocado al pie de aquella eminencia, de donde podían con facilidad observar al Emperador; éste los miró varias veces con un pequeño anteojo de que se servía, y entonces su compañero le dijo: "Quizá Napoleón, que nos observa, va a sospechar que somos espías"; aquella observación le dio algún cuidado y lo determinó a retirarse. Yo —dijo S. E.— ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre toda aquella multitud

de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse, y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o, si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente, y puede decirse también del mundo entero.» Estas palabras revelan hasta qué punto Bolívar se sentía en paralelo con Napoleón. Y otro tanto cabe decir de las que a continuación le atribuye Peru de Lacroix: «¡Qué Estado Mayor tan numeroso y tan brillante tenía Napoleón, y qué sencillez en su vestido! Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados, y él sólo llevaba sus charreteras, un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento alguno; esto me gustó, y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso si no hubiese temido que dijesen que lo hacía por imitar a Napoleón, y a lo cual hubiesen agregado después que mi intención era de imitarlo en todo» [21].

Don Quijote-Bolívar y Sancho-Carreño recorrieron la Italia del Norte pasando sucesivamente por Verona, Vicenza, Venecia, Padua, Ferrara, Bologna, Florencia, Roma y Nápoles. Dice O'Leary que Venecia defraudó a Bolívar. En Florencia se quedaron algún tiempo, y Bolívar se dedicó a estudiar el italiano y a leer los clásicos de Italia —aunque no a Maquiavelo, contra quien siempre sintió lo que O'Leary llama «la vulgar preocupación que ha hecho que el nombre de ese grande y calumniado patriota sea sinónimo de astucia, política y de crimen»—. Y por Perugia llegaron al fin a Roma, en donde todo estaba dispuesto para la escena en que Bolívar iba a armarse caballero andante —el juramento del Monte Sacro—. «Pisar la tierra que los Cincinatos y los Régulos habían cultivado; respirar el aire que los Escipiones habían respirado —recordar los sabios y los héroes que habían nacido y crecido allí, merced a cuyo genio y valor llegó a ser Roma el asombro y la señora del mundo—, estas reflexiones inspiraron a su juvenil y ardiente imaginación ideas elevadas, y se apoderaron de su imaginación, llena de clásicos recuerdos y de la moderna filosofía.» Así dice el sabio moro irlandés que escribió su vida del Quijote de Caracas. Y el sabio moro español que escribió la vida del Quijote de la Mancha dice: «Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros [...] y asentósele de tal modo en la imaginación, que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas invenciones

---

[21] *O'L.*, t. I, pág. 87; *D.B.P.L.*, pág. 81; *D.B.N.*, pág. 196.
Lamento tener que disentir de Monseñor Navarro (*D.B.N.*, ap. I) que se inclina a O'Leary contra Peru de Lacroix. Para mí, Peru es más seguro que O'Leary y, además, el problema Bolívar-Napoleón no se define por sólo estas dos fuentes, sino que resulta del conjunto de la vida bolivariana. Otras fuentes que más adelante se darán lo confirman.

que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo» [22].

Claro es que esto llevó a Don Quijote a imitar al Marqués de Mantua, jurando

No comer pan a manteles
ni con su mujer folgar

hasta haber cumplido su alto cometido de caballero. Y así, dice O'Leary: «La memoria de las épocas heroicas de la historia romana evocada a vista del Capitolio hizo nacer en su pecho esperanzas para el porvenir, y resuelto a realizarlas o a intentarlo al menos, corrió al célebre Monte Sagrado, al que Sicinio llevaba a los plebeyos de Roma, exasperados por las exacciones, injusticia, arrogancia y violencias de sus señores los patricios. En el Monte Sagrado los sufrimientos de la patria se agolparon a su mente, y sintiendo en toda su intensidad

La procellosa e trepida
gioia d'un gran disegno
l'ansia d'un cor che indocile
ferve pensando...

cayó de rodillas e hizo aquel voto, de cuyo fiel cumplimiento es glorioso testimonio la emancipación de la América del Sur» [23].

El camino que había llevado al Monte Sacro a Don Quijote-Bolívar y a Sancho-Carreño había pasado por París y por Milán. El joven caballero que en el Monte Sacro juraba solemnemente libertar a su Dulcinea-patria estaba todavía deslumbrado por el espectáculo de la gloria que acababa de contemplar. Lo que le había incitado a armarse caballero andante al servicio de la libertad de Sudamérica era la ambición de emular los esplendores de una vida imperial, de ser la estrella a la que convergían

---

22 *O'L.*, t. I, pág. 88.

23 Loc. cit. Hay tres versiones de este juramento: S. R. en un relato escrito mucho después de la muerte de Bolívar, dice: «Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.» Larrazábal se limita a decir que Bolívar juró «con enérgica frase». Esta reticencia pudiera reforzar la tradición popular que afirma haber sido el juramento: «Te juro, Rodríguez, que libertaré a América del dominio español, y que no dejaré allá ni uno de esos carajos.»

Esta escena se hallará descrita en el capítulo inicial de *I. B.* No he consagrado espacio al cuento de la visita al Papa en que Bolívar se negó a besar la cruz de la sandalia del Pontífice. Ni el embajador pudo haber sido tan mentecato que no avisara a Bolívar de antemano, ni Bolívar tan bellaco que, ya avisado, pusiera al embajador en trance tal.

las ovaciones de todo un continente. El juramento del Monte Sacro fue la consecuencia directa de las dos coronaciones de Napoleón. Simón Bolívar había visto dos veces a Napoleón coronarse a sí mismo: una con la corona imperial, otra con la corona de hierro de los Reyes de Lombardía. Sobre el Monte Sacro, Simón Bolívar se coronó a sí mismo en presencia de un mundo imaginario que su fantasía evocaba a sus pies: se coronó mártir o héroe, según la suerte decidiera. Hacia fuera, hacia las vastas multitudes que se extendían hasta el horizonte, juró dar libertad a su patria. Hacia adentro, en los abismos de su alma que ni aun su propia mirada podía vislumbrar, juró hacer a Simón Bolívar Emperador del Nuevo Mundo.

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE

Éste es el momento para intentar un retrato de cuerpo entero. Tenía entonces veintidós años, y a juzgar por los retratos de la época era todavía adolescente y parecía ufano de sí mismo. Hay buenos esbozos de él en la literatura de los que pudieron observarle ya más hecho. He aquí uno de la mano amiga de Peru de Lacroix: «El general en jefe Simón Antonio Bolívar cumplirá cuarenta y cinco años el 24 de julio de este año [1828]; representa, sin embargo, cincuenta. Su estatura es mediana; el cuerpo, delgado y flaco; los brazos, los muslos y las piernas, descarnados. La cabeza, larga, ancha la parte superior y muy afilada en la inferior. La frente, grande, despejada, cilíndrica y surcada de arrugas hondas cuando el rostro no está animado y en momentos de mal humor y de cólera. El pelo, crespo, erizado, abundante y canoso. Los ojos, que han perdido el brillo de la juventud, conservan la viveza de su genio: son profundos, ni pequeños ni grandes; las cejas, espesas, separadas, poco arqueadas y más canosas que el pelo. La nariz, proporcionada. Los huesos de los carrillos, agudos, y las mejillas, chupadas en la parte inferior; los dientes, blancos, y la risa agradable. La barba, larga y afilada. El rostro, moreno y tostado, y se oscurece más con el mal humor; entonces, el semblante cambia: las arrugas de la frente y de las sienes se tornan más profundas, los ojos se achican, el labio inferior se pronuncia más y la boca es fea; en fin, aparece una fisonomía diferente, un rostro ceñudo que manifiesta pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías. Cuando está contento, todo esto desaparece: la cara es risueña, y el espíritu del Libertador brilla sobre su fisonomía. S. E. no usa ahora bigote ni patillas» [1].

---

[1] *D.B.*, pág. 170; *D.B.N.*, pág. 327.

He aquí otro retrato trazado nueve años antes por la mano resentida del Coronel inglés Hippisley: «El General Bolívar es una persona de apariencia ruin, que representa unos cincuenta años aunque no pasa de treinta y ocho. Tiene unos cinco pies y seis pulgadas de alto; es delgado, de tez cetrina, rostro alargado, con todas las señales de la ansiedad, de la cavilación, y casi de la desesperación. Parece también que ha debido pasar muchos trabajos. Sus ojos negros y, según todos dicen, brillantes, se hallan ahora apagados y sin ánimo, aunque bien puedo creer que posean más fuego y animación cuando le deprime menos la fatiga. El pelo negro, atado con cierta flojedad sobre la nuca con una cinta, grandes bigotes, pañuelo negro al cuello, capote azul y pantalones azules, botas y espuelas, completaban el atavío. Para mí hubiera pasado por cualquier cosa menos lo que era en realidad. Al través de la habitación estaba suspendida una de esas hamacas españolas sobre la que de cuando en cuando se sentaba o recostaba columpiándose mientras conversaba, sin permanecer más de dos minutos en la misma postura» [2].

Era pues Bolívar hombre de pequeña estatura. También lo era Napoleón; pero ambos poseían esa especie de aura personal que les hacía parecer muy altos en las grandes ocasiones. José Ignacio Márquez, Presidente del Congreso colombiano en 1821, escribía de Bolívar que «era delgado, de mediana estatura, pero de una vivacidad extraordinaria»; y añade que, a pesar de su corta estatura, el día en que se encargó de la presidencia, «entró en la sala del Congreso, con el sable suelto, vestido con su brillante uniforme de General en Jefe, rodeado con la aureola de gloria de sus dos últimas campañas, parecía de talla extraordinaria, y como si el blanco plumón de su sombrero tocara en la techumbre». Tal era el efecto «mágico» que también producía Napoleón. Pero mientras el éxito hizo engordar a Napoleón, Bolívar permaneció toda la vida seco y avellanado. Bien es verdad que no logró jamás un éxito bastante rotundo para poder instalarse en él y gozar sedentariamente del poder y de la vida; y ya con esto basta para justificar la diferencia. Pero hay causas todavía más hondas para explicar este aspecto acecinado que el Libertador guardó hasta la muerte [3].

Su tendencia a los «pensamientos tristes e ideas sombrías» se manifiesta en todos los retratos de Bolívar menos los de su primera juventud. El trasfondo de los ojos es triste aun cuando el resto de su rostro, tal y como lo ha captado el artista, respire alarde o seguridad de sí mismo —pues en cuanto al buen humor

---

[2] *Hippisley,* cap. XVI, pág. 382.
[3] *Ponte,* pág. 108.

no se ve por ninguna parte, al menos en los retratos plásticos—. Algunos de sus biógrafos y diaristas nos lo pinta alegre y decidor de cuando en cuando. De ser así parece como que la tristeza hubiera sido en él el estado natural en que recaía al volver al silencio y a la soledad. Y no es tristeza abstracta y general, sino un estado de ánimo con raíces. A todo gallego le recordará en seguida esta tristeza de Bolívar la *morriña* que los naturales de Galicia dan de sí en cuanto se alejan de la tierra natal. La fascinación del apellido paterno de Bolívar ha desviado a los biógrafos hacia Vizcaya; pero sus rasgos fisonómicos son característicos del gallego. La rama que en él triunfa, al menos en las capas más hondas de su ser, es la de aquellos Pontes y Jaspes de Montenegro que procedían de La Coruña. En cuanto le dejaban en paz se entristecía y le entraba la morriña. Y Peru de Lacroix aporta aquí un rasgo físico que lo confirma; tenía «la cabeza, larga, ancha en la parte superior y muy afilada en la inferior», típica forma gallega [4].

Este rasgo de su carácter —su tendencia a una tristeza anhelante cuando solo— se hermana con su manía de movimiento. A pie, a caballo, en la hamaca, en conversación, Bolívar estaba siempre en movimiento. A Peru de Lacroix le decía que «en tiempo de sus campañas, cuando su cuartel general se hallaba en una ciudad, villa o pueblo, siempre se bailaba casi todas las noches, y que su gusto era hacer un vals, ir a dictar algunas órdenes u oficios y volver a bailar y a trabajar; que sus ideas entonces eran más claras, más fuertes, y su estilo más elocuente; en fin, que el baile le inspiraba y excitaba su imaginación». El mismo observador cuenta que «la actividad de espíritu y cuerpo mantiene al Libertador en continua agitación. Quien lo viera y observara en ciertos momentos sin conocerlo, creería ver a un loco. En los paseos a pie que hacemos por las tardes con él, su gusto es, a veces, caminar muy a prisa y tratar de cansar a los que lo acompañan; otras ocasiones se pone a correr y a saltar, dejando atrás a los demás; luego los aguarda y les dice que no saben correr. En los paseos a caballo hace lo mismo, pero todo esto cuando está solo con los suyos. Cuando el mal tiempo impide los paseos, Su Excelencia se desquita en su hamaca, meciéndose con velocidad, o se pone a pasear a grandes pasos por los corredores de su casa, cantando algunas veces y otras

---

[4] He aquí la descripción de los gallegos que se hallará en mi *España*, capítulo II, pág. 26, fundada sobre la investigación moderna: «Cráneo ancho, corto y un poco bajo, y, sin embargo, rostro a veces estrecho; nariz aguda y órbitas profundas, pero anchas. Tez viva, pelo rojo o rubio frecuente, ojos avellana claros.» Todo como en Bolívar en cuanto a forma, y como en Juan Vicente y Juana Bolívar también en el color.

recitando versos, o conversando con los que pasean con él. Cuando discurre con algunos de sus amigos, tan pronto muda de conversación como de postura; parece entonces que no hay nada estable en él» [5].

Estos dos rasgos, tristeza en reposo, comezón de movimiento, son conexos. Bolívar tenía que revolverse a sí mismo a fin de hacer frente a los requerimientos de la vida. En reposo, caía su ánimo por bajo del nivel de energía que la vida reclama, y todo su ser se le metía en las cuevas negras de los ojos, poblados de pensamientos sombríos y nublados de morriña.

*

El prurito de movimiento, común a Bolívar y a Carreño, forma del deseo de evadirse de la tierra seca y dura que tan tercamente se niega a adaptarse y elevarse a las formas etéreas del ideal, no causaba tensión alguna a Carreño. Hombre de temperamento jovial y terreno, era plebeyo; y sus raíces carecían de la tenacidad, del vigor y de la conciencia secular que habían adquirido las de Bolívar en dos siglos de dominación. Este sentido aristocrático persistió en Bolívar a pesar de la influencia de su sobreser intelectual y republicano. Decía de su amigo el Marqués de Toro, ya General de división de la república, «que hacía más mérito de su título de Marqués que del de general»; y añadía «que era uno de sus mejores amigos y que merecía toda su confianza. El Marqués —prosiguió— es el prototipo de la franqueza, de la amenidad y de la jovialidad de nuestros buenos antepasados; es verdaderamente noble en sus sentimientos, en su conducta, como lo es por el nacimiento». Claro aserto de un sentido aristocrático de la vida; que confirma esta nota de Peru de Lacroix: «Sostuvo en seguida S. E. que el General Sucre es de familia noble y antigua, y que es falso lo que se ha dicho sobre su nacimiento» [6].

Estos y otros atisbos del ser de Bolívar que los textos nos permiten ilustran la causa de su tristeza en reposo y de su viveza en movimiento. Aquel hombre complejo y singular se daba cuenta del abismo que mediaba entre su fe y sus ideas; y su ánimo se hallaba siempre tenso tratando de conciliar las dos partes irreconciliables que abarcaba. Esto a su vez explica por qué la mirada de Bolívar no alcanzó nunca la luz serena de

---

[5] Movimiento constante: todos los biógrafos y diaristas. Ejemplo: *D.B. P. L.*, pág. 58; *D.B.N.*, pág. 164. Cita *D.B. P.L.*, págs. 50, 178; *D.B.N.*, págs. 153, 334.

[6] *D.B. P.L.*, pág. 104; *D.B.N.*, pág. 233.

la napoleónica. Bolívar no miraba casi nunca de frente a su interlocutor. Y en cuanto al fuego de sus ojos, de que todos se hacen lenguas, todos lo dan por señal de energía, ninguno por señal de paz. En esto también le era superior Napoleón. Napoleón no abrigaba dudas. Era todo de una pieza. El paisaje íntimo de Bolívar era yermo y descampado; su vida soterraña fluía oculta, sin poder elevarse a la luz del sol intelectual desde que se le habían cerrado todos los accesos con la muerte de sus padres y de su mujer. Por encima de la tierra yerma, se extendía un cielo que había pintado Carreño con los colores más brillantes de los maestros europeos. Sobre aquel cielo brillaban las nubes maravillosas de la libertad, de la fraternidad, de la filantropía, y de la democracia, nubes etéreas con alas de ángel; y en curiosa oposición, irradiando sobre ellas una luz demasiado esplendorosa para negada por su origen impuro: el sol imperial de Napoleón [7].

Éste, pues, viene a ser el rasgo esencial del carácter de Bolívar: *un alma disociada*, compuesta de un subsuelo rico, aunque oculto, de tradiciones ancestrales, y de un vasto cielo de ideas y de doctrinas, unas y otras múltiples y complejas. En sus venas fluían las tres sangres del Nuevo Mundo. Claro es que en realidad era un blanco; pero los pequeños afluentes de sangre negra y de sangre india que habían entrado en su familia bastaban para darle acceso a las memorias colectivas y a las reacciones naturales de las otras dos estirpes, las que en el Nuevo Mundo llevaban el peso del trabajo y de la obediencia. Este hecho, que algunos de los incautos admiradores de Bolívar quieren borrar negando que su sangre fuera mezclada, debe por el contrario recobrar el importante lugar que le corresponde; porque sin él no sólo cesa Bolívar de ser representativo de un estado de ánimo continental en un momento dado de la historia, sino que cesa de ser coherente; y muchos de sus asertos que, dando por sentado que su sangre fuera americana completa, son afirmaciones vigorosas de esta sangre, de ser blanco puro, habrían de considerarse como vesánicos delirios de un demagogo irresponsable o de un loco de atar [8].

*

[7] Gabriel Lafond de Lurcy: *Voyages*, París, 1840; en *Arocha*, pág. 33.

[8] Muchos autores niegan que Bolívar tuviera sangre india o negra. En cuanto a la india, basta con su genealogía, que se remonta hasta la conquista. En cuanto a la negra, además de los hechos aportados en el texto, he aquí lo que opina un escritor colombiano moderno, que además de ser estudioso de historia es doctor en medicina: «El rizado de los cabellos, la boca, un tanto, y el matiz trigueño del rostro, denuncian en él ese otro antecesor mulato, y más aún, su dolicocefalia peculiar, que en la

Como blanco, era Bolívar heredero de una tradición de poder y de gobierno que ni se daba cuenta de sí misma. Que los blancos fuesen dueños de la tierra, del ganado, de los esclavos y de los indios «reducidos» no se discutía, como nadie discute el día ni la noche. Era un lugar común, una perogrullada, y como tal circulaba suavemente por las venas de Bolívar sin el más mínimo frotamiento. Pero esta tradición blanca de poder y de gobierno era compleja, por reposar sobre dos raíces: el conquistador y el fraile. El conquistador era a su vez heredero de la tradición de la reconquista, lucha ocho veces secular durante la cual adquiere el hidalgo español una noción que también circulaba en su sangre con suavidad y sin frotamiento: que la lanza que ara un campo de moros da cosecha más rica y más honrosa que el arado que labra la tierra de panllevar. Como por designio de la Providencia, dio fin esta lucha secular el mismo año en que Castilla descubría un nuevo mundo; y como si esta indicación de lo Alto no fuera bastante clara, el hombre que descubrió aquel nuevo mundo, como él mismo en persona puso buen cuidado en apuntar, llevaba un nombre dos veces simbólico: Cristoferens Colón-izador. De aquí que para los españoles viniera a ser el Nuevo Mundo una especie de segunda parte de la tierra de moros, para que en él las lanzas ganaran riqueza y honor arando campos de nuevos infieles. Esta tradición, más honda que ningún pensamiento o teoría, inspiró a los blancos de América, todos descendientes de conquistadores, su soberbia fe en su derecho a gobernar sin trabajar [9].

Los conquistadores, llevando a cabo más especialmente la labor simbolizada en el apellido del descubridor, habían colonizado a América. Los frailes se encargaron de la tarea expresada en su nombre: la cristianizaron. La obra creadora de la Iglesia de España en el Nuevo Mundo es una de las más hermosas de la Historia —tan hermosa que ni aun la corrupción y los crímenes que la empañan en los siglos XVII y XVIII logran disminuirla—. La Iglesia española aportó al Nuevo Mundo el principio de la libertad de los indios y el de la igualdad cristiana de todos los hombres. Durante un siglo entero luchó tenaz-

---

mascarilla que le tomaron al morir se define prominentemente negroide.» *Simón Bolívar y la Cultura Ibero-Americana*, por Luis López de Mesa, página 18, *Revista de América*, julio 1945, Bogotá.

Fernando Bolívar dice del criado del Libertador, José Palacios: «Su color a pesar de que había llevado tanto o más sol que mi tío, se había tostado menos.» *B. A. N. H. V.*, núm. 100, pág. 307. Personalmente hallé en Bucaramanga viva todavía la tradición de llamar «mulato» a Bolívar entre sus adversarios. Véase también *Sañudo*, pág. 277.

[9] Cf. *I. B. passim.*

mente para refrenar la explotación de los naturales que los conquistadores trataban de justificar alegando necesidades prácticas y falta de brazos, con argumentos que aun hoy se oyen en boca de otros conquistadores en otras tierras. La Iglesia fundó las más de las instituciones de enseñanza y de caridad que pronto cubrieron todo el continente; y en general actuó siempre como la abogada del débil y del indefenso, sin prejuicio alguno de color [10].

La tradición del eclesiástico se entrelazaba estrechamente con la del letrado, por ser vaga entonces todavía la linde entre el derecho canónico y el civil. La Iglesia era pues el *alma mater* de los hombres de garnacha, que con los de capa y espada, herederos de los conquistadores, toman a su cargo durante tres siglos el gobierno de América. Por esta causa, era con frecuencia el hombre de garnacha abogado también del débil y oprimido, indio o negro. Estos dos tipos, el de capa y espada y el de garnacha, prolongan las tradiciones respectivas del conquistador y del fraile, como transición entre los tiempos caballerescos y de cruzada contra el infiel y los tiempos de la política y de la democracia. Aun hoy se hallan representados en toda la América hispana respectivamente por los «generales» y los «doctores», y en la misma España por los generales y los intelectuales, unos y otros en pugna para dar a su país su modo peculiar de vida colectiva. El hombre de capa y espada se inspira en el honor y en la gloria. Desea gobernar sin trabas, tan sólo sometido a la justificación *a posteriori* —que es la de su honor—. Por lo tanto, pide confianza puesto que él es el que más interés tiene en salir con honra de sus empresas. La gloria y el honor toman así, a pesar de su aparente egotismo, cierto valor social objetivo.

Este principio es el que Cortés enunciaba con toda claridad al Emperador Carlos V, contestando a unas instrucciones en que se le ordenaba nombrase alcaldes y regidores por listas de candidatos presentadas por las ciudades. Cortés ruega al Emperador le permita nombrarlos él mismo, pues de lo contrario, arguye, las ciudades presentarán «más a personas amigos e parientes suyos por el provecho e intereses dellos, que no a personas que mejor mirasen al bien de la república [...] e el Gobernador, como cualquier orden y concierto que haya en los regimientos redunda en honra suya, e si por el contrario, en infamia, es notorio que tendrá más especial cuidado de lo que conviene pues es todo a su cargo». Este principio por el cual el hombre de acción no ha menester justificar lo que hace sino

---

[10] Sobre nombres de Cristóbal Colón, mi biografía. Para lo demás, *I. B.*

después de que lo hace y por el fruto de sus actos, permitía naturalmente amplia libertad en la elección de medios y métodos. Por esta causa era preferido de los conquistadores. Y de aquí los casos frecuentes de indisciplina que marcan el avance de la conquista. El más famoso de todos, símbolo a la vez y modelo de tantos otros, es el que Cortés realizó para romper las ligaduras jerárquicas que le ataban a Velázquez, Gobernador de Cuba, creando la ciudad de Veracruz, ante cuya autoridad municipal y parlamentaria renunció los cargos de Capitán General y Justicia Mayor que le había otorgado Velázquez, recibiéndolos nuevamente de la ciudad por él creada, es decir del pueblo y del Rey. Pero Cortés sabía perfectamente que sólo la victoria era capaz de henchir aquellas formas vacías con sustancia de poder; y de regreso a España justificó su acto de indisciplina con el esplendor del Imperio que había conquistado [11].

Estos conquistadores veían en la gloria ante todo una vida de príncipe. Cuando quebraban la disciplina sabían que el fracaso era la muerte en el cadalso, como ocurrió a Gonzalo Pizarro; pero que si lograban éxito serían grandes señores. Mucho había de Sancho en aquellos Quijotes, ante cuyos ojos ponía el diablo «aquí, allá, acá, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo a mi casa, y echo censos y fundo rentas, y vivo como un príncipe». Una vez que habían pasado sus espantosos trabajos y hallado no un talego de doblones, sino todo un reino de oro y plata, vivían los conquistadores como príncipes, en dignidad, refinamiento, grandeza y cultura, con capillas de ministriles, huéspedes a cientos y criados a millares. A diferencia de ellos, los hombres de garnacha, cuyo prototipo era el fraile, no fundaban la acción sobre el honor sino sobre la virtud. No era su deseo obrar sin trabas, sino al contrario, dentro de los límites de la ley escrita. No aguardaban a justificar sus actos *a posteriori*, por el honor que iban a ganar en ellos; sino que primero definían los principios sobre los que había de fundarse su acción, de modo que para ellos venía la justificación antes y no después del acto. Estos dos tipos, conquistador y fraile, hombre de capa y espada y hombre de garnacha, general y doctor, son como dos hilos que entretejen sus acciones y reacciones en la vida de Hispano-América, durante el régimen español y después. Hállanse ambos presentes en todos; no hubo apenas conquistador que no llevara dentro su fraile, ni fraile que no tuviera

---

[11] Cita de Cortés, Carta al Emperador, 15 de octubre de 1524, publicada por Gayangos, pág. 335. Cf. mi *Cortés*, cap. XXVIII, pág. 489 (edición de Espasa-Calpe, S. A., 1975).

en sus adentros algo de conquistador; y otro tanto cabe decir de los hombres de capa y espada y de garnacha en el período medio, de generales y doctores en nuestros días. Pero conviene poner de relieve de modo especial un rasgo de esta doble tradición: el conquistador-capa y espada-general es monárquico; el fraile-garnacha-doctor es republicano; contraste desde luego implícito en sus respectivas vocaciones, en su nacimiento (ya que los frailes eran con frecuencia de origen humilde) y en sus respectivos criterios de honor y de virtud. El hombre de capa y espada enviado a gobernar las Indias solía ir de Virrey; el de garnacha, de Presidente [12].

Todas estas tradiciones blancas vivían en Bolívar, que era ante todo de sangre de conquistadores. Simón Bolívar I había sido hombre de garnacha. Otras ramas de la familia le aportaban el ímpetu de la conquista. Cuando, erguido sobre el Monte Sacro, juraba destruir el dominio español en América, Bolívar obraba como vástago genuino de aquel dominio español que aspiraba a destruir, sin el cual no hubieran existido ni él ni su fortuna. Era Bolívar en su esencia hombre de capa y espada, mientras que su escudero y mentor pertenecía por naturaleza a la garnacha. Cuando, jinete en el caballo de su fantasía, are con la espada el campo de los tiranos, luchará tan convencido de galopar en una cruzada como los españoles que araban con la lanza campos de infieles moros o indios; pero también tan resuelto como ellos a tallarse en el bloque de la Historia una heredad de príncipe. Indisciplinado, desde luego. La gloria para el conquistador comenzaba siempre con la indisciplina. «Su Excelencia —escribe Peru de Lacroix— empezó la conversación sobre sus primeras campañas; nos declaró que el principio de su fortuna había sido una desobediencia a las órdenes expresas del Coronel Labatud, Comandante en Jefe de las fuerzas del Estado de Cartagena, que, a fines del año de 1812, obraba sobre la provincia de Santa Marta.» Pero si la gloria comenzaba en indisciplina, podía terminar en poder y en una vida de príncipe —a no ser que fuera a dar al cadalso o a las bóvedas, como le pasó a Miranda [13].

Ni tampoco se trataba de una gloria material, impersonal, económica, de las que pueden transferirse a otros. Ninguno de aquellos hombres, ni Cortés ni Bolívar ni otro alguno entre ellos, hubiera consentido en cambiar sus actos en acciones de las que dan dividendos —como lo hacía el Draque—. No se admitían

---

[12] Sobre ambición de Sancho, véase mi *Guía del Lector del Quijote*. La cita es de la parte II, cap. XIII, del *Quijote*.

[13] *D. B. P. L.*, pág. 144; *D. B. N.*, pág. 296.

accionistas, y, si alguno picaba, con su pan se lo comía, si no con sus lágrimas y sangre. La gloria era para ellos señuelo hacia lo alto y no hacia adelante; fin en sí, y no medio para nada ni para nadie; flecha de catedral, no puente de pueblo. Bolívar no aspiraba a ganar más fortuna de la que ya tenía; no quería concretamente coronarse rey ni emperador de Venezuela o de la Gran Colombia. Bolívar no pensaba nada. Sentía, tendía, aspiraba hacia su ser más alto. Tanto por su idealismo nativo como por la influencia de su mentor y escudero, había logrado un desdén muy castellano para con los meros oropeles del poder. Le encantó la austeridad de Napoleón —como le hubiera encantado la de Felipe II— y se dio cuenta de que era mucho más majestuosa que los escaparates de joyería ostentados sobre el uniforme por los mariscales de su séquito imperial. La Corona a que Bolívar aspiraba no era la de reino alguno del mapa: lo que él quería ser era rey de la Historia, de la Historia que cubre todo el espacio de la tierra y todo el tiempo de la humanidad.

*

Hasta aquí, el blanco. Pero, aunque en pequeñas proporciones, era también Bolívar pardo y mestizo. El pardo se revela no sólo en ciertos rasgos físicos —el pelo crespo, el labio saliente, los ojos de azabache, la forma del cráneo— sino también en cierta exuberancia, cierta turbulencia que brota en él de cuando en cuando, su inmoderada afición al baile, su apetito sexual, su tendencia a la vistosidad y a los goces corporales, en oposición neta a su austeridad castellana, sus miles de pesos de agua de colonia... Por su sangre negra, Bolívar tenía acceso directo al alma africana, rica en fuerzas anímicas, que el crimen y la crueldad de los blancos había transplantado al Nuevo Mundo. El blanco en él tomaba hacia el negro, a veces, la actitud dominante y desdeñosa del conquistador; otras, la cristiana y caritativa del fraile. Como hombre de capa y espada solía despreciar a negros y mulatos; como hombre de garnacha, empapado en las doctrinas de los frailes traducidas por su amigo Carreño al lenguaje del siglo, Bolívar se sentía campeón de todos los hombres, incluso de los negros. El negro en él era indiferente hacia España, con quien no le unían más que lazos de resentimiento por la libertad y el país perdidos. Pero este resentimiento del negro para con España era mucho menos intenso y peligroso que el del mestizo; y por dos causas. Detrás de los negros no había colectividad, masa orgánica; sino sólo individuos sueltos, procedentes de lugares diversos del África, trasladados en tiempos distintos y al azar del tráfico. Y por

otra parte el negro sabía que en las tierras españolas del Nuevo Mundo se trataba a sus hermanos incomparablemente mejor que bajo cualquier otra bandera y que bajo la ley hispana le era mucho más fácil al esclavo recobrar la libertad. Con todo, el hecho de que Bolívar tuviera sangre negra en sus venas ha debido hacerle más fácil la rebelión contra el mundo español que también vibraba en sus venas y que era con mucho la tradición más vigorosa de su alma.

Mucho menos en evidencia en sus rasgos, aunque no del todo ausente, había también en Bolívar un elemento indio que le prestaba aspectos tanto del natural puro de las Indias como del mestizo. Aquella honda tristeza que observamos en él como la actitud normal de sus momentos de reposo, con ser muy española y hasta muy gallega, recuerda también el sufrimiento del paciente indio dominado por un pueblo superior. En la vida de Bolívar se dan vastas etapas de pasividad en que parece incapaz de acción, que pudieran ser debidas a retornos temporales a la superficie del ser del indio oculto en sus entrañas. La larga paciencia con que le vemos aguardar a sus enemigos y a sucesos es también rasgo indio de su complejo carácter; y se da en él una curiosa añoranza a los días indios del nuevo mundo, que sería inexplicable sin la sangre india de sus venas [14].

Pero el indio, en la historia de América, después de algunos episodios de resistencia esporádica que opuso a la conquista, no fue capaz de alzarse contra el pueblo conquistador más que bajo la dirección de caudillos mestizos. Como mestizo, Bolívar figura al lado de Condorcanqui del Perú y de Villarreal de Nueva España como caudillo de indios rebeldes contra los usurpadores blancos. Si nos negamos a verlo así, sus violencias verbales contra España se resuelven en meras insensateces, puesto que era al fin y al cabo español. «Un continente, separado de la España por mares inmensos, más poblado y más rico que ella, sometido tres siglos a una dependencia degradante y tiránica...» «Tres siglos gimió la América bajo esta tiranía, la más dura que ha afligido a la especie humana...» «El español feroz, vomitado sobre las costas de Colombia, para convertir la porción más bella de la naturaleza en un vasto y odioso imperio de crueldad y rapiña... Señaló su entrada en el Nuevo Mundo con la muerte y la desolación: hizo desaparecer de la tierra su casta primitiva; y cuando su saña rabiosa no halló más seres que destruir, se volvió contra los propios hijos que tenía en el suelo que había usurpado.» Si Bolívar no hubiera tenido sangre india en las venas, estas frases suyas hubieran bastado para justificar su

---

[14] *I. B.*, caps. XXV, XXVI, XXVII.

encierro en un manicomio. Simón Bolívar I y casi todos sus antepasados —todos sin casi, de acertar los que niegan que tenía sangre de color— habían sido españoles vomitados en Colombia para propagar por doquier la muerte y la desolación. La casta primitiva que sus antepasados habían hecho desaparecer de la tierra pululaba en torno suyo, con excelente salud, y en número creciente, impulsando su propio brazo cuando escribía aquellas vesánicas palabras. Los sentimientos que guiaban su pluma al escribirlas confirman que Bolívar era mestizo mucho mejor que la investigación genealógica más exigente. Ahora bien, el mestizo es el carácter más cambiante y movedizo de toda América. No se entienda esta observación en sentido crítico o denigrante. En el alma del mestizo viven juntos el pueblo conquistador y el conquistado. A diferencia del negro, arrancado a su suelo natal y transplantado, convertido así en un individuo suelto, el indio siguió arraigado en la tierra antaño suya, y así, una vez encerrado con el blanco por el azar de una unión mixta dentro de una misma piel, se halla a la vez dentro de la comunidad india y fuera de ella, dentro de la comunidad hispana y fuera de ella. Las tensiones internas del alma mestiza son pues las más fuertes de las Indias. El mestizo se halla siempre en equilibrio inestable, pronto a caer a un lado o a otro, ya por la vertiente blanca ya por la india de su ser [15].

A causa del prestigio incomparable de la estirpe blanca en las Indias, el alma colectiva del Nuevo Mundo anheló la sangre blanca. Durante tres siglos, sangre blanca en el Nuevo Mundo español quería decir sangre española; de aquí el tesón que pusieron los criollos en llamarse «españoles». Para ellos era esencial llamarse españoles, porque así daban a entender que eran blancos. Este anhelo hacia arriba, hacia el blanco, regía la vida social, y en particular las relaciones sexuales, legítimas o ilegítimas. Todo el mundo procuraba mejorar sus grados de blancura con preferencia a su situación económica. Cualquier español de España, por humilde que fuera en rango o educación, podía contraer un matrimonio aventajado trocando su sangre blanca por una hacienda de cacao o una mina de plata en forma de una dama más o menos parda. Ya hemos visto un caso así en la familia Bolívar, donde el gallego Jaspe de Montenegro se casa con «la Marín», bien forrada de plata y cacao. Inversamente, la tierra de las Indias tiraba hacia sí la sangre blanca de las cumbres, mediante el atractivo de las estirpes negra e india. Los blancos, conscientes de esta tendencia inevitable, que los avasallaba por los amoríos y los casorios, por las uniones ya en la

---

[15] *C. L.*, t. I, págs. 61-63.

iglesia ya tras de la iglesia, se aferraban todavía más al cielo español, cuya luz blanca les protegía contra la sangre de color, savia de la tierra. Cuando la evolución histórica, las ideas filosóficas del siglo, la Revolución francesa, la debilidad del Estado español, la expulsión de los jesuitas relajan gradualmente los lazos que unían a España con los reinos de ultramar, muchos criollos viraron en su apego de la blanca España a la blanca Europa, buscando el auxilio de la cultura de Francia y de Inglaterra. El cielo de las ideas vino a sustituir para ellos aquella luz que hasta entonces había irradiado de la Corte de España, haciéndolos brillar como la aristocracia del Nuevo Mundo. Hasta entonces habían sido el ápice de la sociedad como herederos de un glorioso pasado, portadores de honores, títulos y condecoraciones de España. En adelante, seguirían siendo el ápice de la sociedad como heraldos de un glorioso porvenir, portadores de ideas nuevas. Tal, Bolívar. Como filósofo y hombre de su siglo, siguió siendo un aristócrata [16].

*

Estas nuevas ideas resplandecían como los astros del firmamento mental de Bolívar. A pesar de la fanfarria de nombres de grandes pensadores que resuenan en sus cartas y conversación, cabe dudar de que hubiera estudiado con asiduidad los filósofos que cita. Todo lo que de él sabemos arguye en contra. Era Bolívar temperamento demasiado rápido, por vocación demasiado hombre de campo, para haberse quemado las cejas con Locke o Hobbes, con Helvecio o con Rousseau. Voltaire, sí; pero Voltaire se lee de un trago, como agua clara y fresca. Bolívar era además muy español, y como tal, iba directamente a la naturaleza en busca de ideas, sin fiarse de ningún otro cerebro que el suyo para procurárselas. Son los pueblos españoles como bosques en los cuales cada árbol se yergue sobre su propio terreno y se nutre de la tierra por sus raíces propias; no como otras naciones, que más parecen ríos en que la tradición fluye suavemente de generación en generación. El español, por tanto, toma la vida desde abajo más que desde atrás, en su propio ser profundo más que en la tradición de los seres de antaño; de modo que en ideas y cultura todo español comienza por el principio. Así Bolívar. Y por lo tanto, sin excluir la influencia de las ideas suspensas, por decirlo así, en el ambiente de la época, tengamos por cierto que la influencia más grande ejercida sobre el pensamiento de Bolívar fue la del propio Bolívar.

---

[16] Sobre este punto, *I. B.*, cap. XXIX.

Sospechemos pues en él una actitud para las cosas hondas de la vida tan compleja como los demás aspectos de un ser tan heterogéneo. Tanto más por ser Bolívar no un pensador sino un hombre de acción. Su tendencia natural no tiraba a formarse una imagen coherente y clara del mundo como sistema; sino a abalanzarse hacia la vida imponiéndole el sello de su imperiosa y dominante personalidad. Era hombre de inteligencia aguda y de estilo conciso e incisivo; pero tampoco era escritor, si como tal se entiende un artista cuyo medio es la palabra. Las cartas verdaderamente suyas (y no dictadas o trastrabilladas por sus secretarios y amanuenses) son siempre de una espontaneidad genial; no es que tengan estilo ni que aspiren a tenerlo. Es que, puesto que el estilo es el hombre y en Bolívar había una riqueza humana maravillosa, basta que se deje ir para que lo que escribe sea maravilla. No quiero por prueba más que esta perla entre mil: «El baile, que es la poesía del movimiento...» Bolívar no era pues ex profeso ni pensador ni artista, aunque pensaba con agudeza y escribía con deliciosa y feliz espontaneidad. Bolívar era hombre de acción; y por lo tanto no se había preocupado de buscar y lograr una estructura sólida y original sobre la filosofía y la vida. Sus pensamientos eran muchos, claros y penetrantes. Pensamiento, no lo tenía [17].

En sus momentos conscientes era materialista y racionalista. En conversación con Peru de Lacroix se expresó un día desdeñosamente sobre los filósofos de la antigua edad que «habían divagado a su gusto alrededor» de la existencia del alma. «No gusto entrar en metafísicas que descansan sobre bases falsas —decía a su ayudante—. Me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero que no tiene la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y, según el estado actual de la ciencia, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámese pues este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa, ni vale la pena disputar sobre ello; para mí, la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, a saber: de la contractilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, que es una facultad del cerebro o de la inteligencia. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo, y muerto el cerebro no hay más

[17] Método que se debe seguir en la educación de mi sobrino Fernando Bolívar. *P.B.*, t. 2, pág. 92.

secreción de inteligencia. Deduzca Vd. de ahí cuáles serán mis opiniones en materia de Elíseo y de Fánaro o Tártaro, y mis ideas sobre las ficciones sagradas que preocupan todavía tanto a los mortales.» El fiel ayudante de campo, de campo que no de estudio, observó con suma seriedad: «Esa filosofía, señor, es muy elevada y no veo muchos hombres en este país capaces de elevarse hasta ella.» «El tiempo, amigo mío —replicó S. E.—, la instrucción, las despreocupaciones que vienen con ella, y una cierta disposición en la inteligencia irán poco a poco iniciando a los paisanos en las cosas naturales, quitándoles aquellas ideas y gustos por las sobrenaturales» [18].

Es evidente que Bolívar no había prestado bastante atención a las cosas de tejas arriba para verlas de modo más hondo que el que su edecán francés consideraba como «una filosofía muy elevada». Cuando se ponía petulante era pues capaz de manifestarse superficial y limitado, hasta privarse de ese margen de duda ante el misterio de la vida que nuestra propia incapacidad para dominarlo aconseja a los prudentes. Pero recordemos otra vez que Bolívar no era un *filósofo,* en el sentido moderno que damos al vocablo; aunque sí en el sentido que en su tiempo tenía, de hombre emancipado de los dogmas y credos de la Iglesia. En este campo suele ser agudo y penetrante; como por ejemplo en sus observaciones sobre las corazonadas. «Sé que Sócrates, otros sabios y varios grandes hombres no han despreciado sus presentimientos, que los han observado y han reflexionado sobre ellos, y que, más de una vez, han dejado de hacer lo que hubieran hecho sin ellos; pero tal sabiduría yo la llamo más bien debilidad, cobardía o, si se quiere, exceso de prudencia, y digo que tal resolución no puede salir de un espíritu enteramente despreocupado [...]. Sócrates llamaba *Demonio* a sus presentimientos; yo no tengo tal *Demonio,* porque poco me ocupo de ellos. Estoy convencido de que los sucesos venideros están cubiertos por un velo impenetrable, y tengo por un imbécil o por un loco al que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe, y teme por su vida porque ha tenido tal o cual sueño; porque cierta impulsión aventurera de voluntad, manifestada con la ausencia de su razón, le ha presentado un peligro futuro; porque, en su interior, algo le ha dicho no hacer tal o cual cosa, no ir más adelante y volver atrás, no dar la batalla un viernes o un domingo, sino otro día, no dormir sobre el costado izquierdo sino sobre el derecho, y finalmente, otras tonterías semejantes. Los pocos ejemplos que se me podrían citar para combatir mi opinión son frutos del acaso y, por lo mismo, no

---

18 *D.B. P.L.,* pág. 132; *D.B.N.,* pág. 294.

pueden convencerme. Entre millones de presentimientos y de sueños, la casualidad sólo ha hecho que unos, muy pocos, se hayan realizado, y se citan estos últimos y no los primeros.» He aquí los dos argumentos racionalistas sobre los presentimientos, formulados con la mayor claridad: la estadística de las coincidencias, y lo que hoy llamaríamos la actividad del subconsciente [19].

Quien deseare hallar las fuentes de esta opinión de Bolívar sobre los sueños no tendría que apartarse un paso de los anaqueles familiares de su casa de Caracas. El Padre Feijoo sostenía sobre sueños y apariciones exactamente las opiniones que Bolívar expresara dos generaciones más tarde. En los españoles, la tendencia a ir a la naturaleza con preferencia a los libros era, y es ya carácter antes que ser filosofía. Introducida en la cultura europea por el español Vives una generación antes de que la preconizara Bacon, vivía ya de antaño en las letras españolas; y reaparece en los escritos de eclesiásticos posteriores, como Mariana en el siglo XVII y sobre todo Feijoo, admirador de Bacon, en el XVIII. Las obras completas de Feijoo eran una de las colecciones del fondo de la biblioteca de Don Juan Vicente de Bolívar. Dice nuestro refrán que el que lo hereda no lo roba. Bolívar había heredado los libros de Feijoo, en los que se expresa la castiza tendencia española a leer en la naturaleza más que en los libros; pero también había heredado la tendencia misma con la sangre paterna. Era agudo pesquisidor y solía recoger sus opiniones sobre cosas y gentes libándolas directamente de la flor de los hechos o en consulta con personas versadas sobre el objeto de su curiosidad. En último término, la influencia más directa sobre el pensamiento de Bolívar ha sido pues su propia experiencia. Poseía una inteligencia original vigorosa, que no se dejaba tergiversar por los libros ni engañar por los sucesos. Desde muy temprano surgió en su seno una voz, aviso quizá de las tradiciones religiosas de su familia, quizá exigencia de su mente lógica, que le hizo darse cuenta de que una sociedad necesita una fe colectiva, una fuerza centrípeta que equilibre las fuerzas centrífugas de esa libertad que era para él una segunda naturaleza [20].

Bolívar era pesimista. Basta con mirarle a los ojos. Rousseau, sueños de su juventud, principios abstractos de libertad para todos, nada de todo esto bastaba para vencer el pesimismo fundamental e íntimo que oscurece los pozos de sus ojos, llenos

---

[19] *D.B. P.L.*, págs. 245, 247; *D.B.N.*, págs. 389, 391.

[20] Lista de libros de Bolívar en *C.L.*, t. VII, pág. 155. Abundan los de y sobre Napoleón.

de una experiencia humana manada de las fuentes ocultas y profundas del ser interior. A diferencia de Rousseau, para quien todo el mal procedía de la sociedad, y todo el bien del individuo, Bolívar sabía que el individuo no es de fiar, y como había descartado la religión, o al menos así lo creía, buscaba auxilio en la sociedad contra la anarquía de las libertades individuales. «Demasiado tiempo he perdido sirviendo a los hombres, que, como decía Voltaire, no merecen que los manden.» Y así aspiró toda su vida a realizar el ensueño de una fuerza social o colectiva, que trató de manifestar o encarnar en todas las constituciones o cartas políticas que redactó o inspiró. «Defienda Vd., mi querido amigo, mi Poder Moral —escribía a Arboleda el 15 de junio de 1823—; yo mismo que soy su autor no espero para ser bueno sino que haya un tribunal que condene lo que las leyes no pueden impedir; quiero decir que mis propias flaquezas no esperan para corregirse sino un tribunal que me avergüence. Este móvil de la vergüenza es el infierno de los despreocupados y de los que se llaman filósofos y hombres de mundo. La religión ha perdido mucho su imperio, y quizá no lo recobrará en mucho tiempo, porque las costumbres están en oposición con las doctrinas sagradas. De suerte que si un nuevo sistema de penas y castigos, de culpas y delitos, no se establece en la sociedad para mejorar nuestra moral, probablemente marcharemos al galope hacia la disolución universal. Todo el mundo sabe que la religión y la filosofía contienen a los hombres, la primera por la pena, la segunda por la esperanza y la persuasión. La religión tiene mil indulgencias con el malvado, la filosofía ofrece muchos sistemas encontrados que favorecen alternativamente los vicios: la una tiene leyes y tribunales estables; pero la otra no tiene más que profesores sin códigos y sin establecimientos fijos y autorizados por ninguna institución política. De aquí deduzco yo que debemos buscar un medio entre estos dos extremos creando un instituto autorizado por las leyes fundamentales y por la fuerza irresistible de la opinión» [21].

Esta página prueba que Bolívar se daba plena cuenta de que la filosofía no crea una fuerza centrípeta suficiente para dar cohesión a una sociedad de anarquistas —y cuenta que todo hombre es un anarquista en potencia—. Parece haber vislumbrado la posibilidad de hacer surgir de lo hondo del ser colectivo una como esencia del poder colectivo, el «conato» espinosiano que toda sociedad debe poseer para perseverar en su ser;

---

[21] Carta al Coronel Wilson, 3 de agosto de 1829, en *C. L.*, t. IX, página 51; *B. A. N. H. V.*, núm. 62, págs. 421, 422, en artículo sobre *La Política Religiosa del Libertador*, por Monseñor Nicolás E. Navarro.

y con esta fuerza colectiva, constituir un Poder Moral que soñaba añadir en sus constituciones a los famosos tres poderes de Montesquieu. Pero a medida que el tiempo fue marchitando sus ilusiones y haciéndolas caer en ceniza de frustraciones, Bolívar fue orientándose hacia la revitalización de las creencias tradicionales en que había florecido su infancia. Hasta qué punto volvió a ser hijo de la Iglesia que abandonara en su juventud, es cosa para dilucidada a su tiempo. Hay historiadores católicos que lo reclaman y lo dan por bueno. Quizá se excedan en dar acogida a un fiel de dudosa fidelidad. Murió Bolívar habiendo tomado los Sacramentos; y en sus últimos años hablaba siempre de la religión de sus antepasados con ternura y emoción. Sea cualquiera la opinión que se tenga sobre esta evolución, siempre queda en claro que el pensamiento de Bolívar era tan heterogéneo y complejo como el resto de su carácter.

En lo fundamental no latía en él una verdadera unidad. Antes al contrario, era una alma vasta, sometida a tensiones fuertes entre los diferentes astros del espíritu que entonces como ahora emiten radiaciones en pugna en la mente de los hombres [22].

*

Tal era la complejidad desconcertante de esta alma singular, verdadero laberinto de centros de fuerza diferentes y con frecuencia antagonistas. La separación más honda era el verdadero abismo que mediaba entre el ser soterraño tradicional y el sobreser intelectual, que su ruptura temprana con hogar y familia había abierto en su alma y que su vida de hombre maduro había ampliado y ahondado. Pero, por debajo y por encima de este abismo, tanto en el mundo oculto de sus tradiciones como en el luminoso y superior de sus ideas, se daban también quebradas y fragosidades que dividían a uno y a otro en partes separadas, cada una de las cuales era un centro de tensiones, atracciones y repulsiones; de modo que, en conjunto, el alma de Bolívar era un campo de fuerzas constantemente en vibración al influjo de tensiones eléctricas y de tormentas y huracanes.

Claro está que no era el único hombre de su tiempo en el cual se daban estas circunstancias de ambiente y de familia, y por lo tanto un paisaje mental y moral tan quebrado como el suyo. A su lado estaba, sin ir más lejos, su propio hermano Juan Vicente. Por lo tanto, si de estas circunstancias vino a surgir una personalidad tan dinámica, habrá de buscarse la causa en

---

22 Véase el artículo citado más arriba, y también *P. P.-P. P.*, páginas 163-176. También *Belaunde.*

otro factor. A la vista está: el tamaño y el poder del espíritu de Bolívar. El mismo nudo de tensiones que hizo al Libertador no bastó para elevar a Juan Vicente por encima del nivel de un vecino de Caracas dueño de haciendas de cacao y padre de tres bastardos. La cualidad de las tensiones era la misma en ambos; sólo la cantidad fue diferente. Bien es verdad que Juan Vicente era mayor y que por lo tanto puede haber experimentado efectos menos violentos al quebrarse la tradición de su hogar con la muerte de su madre. Pero lo esencial es que Simón Bolívar nació grande y Juan Vicente Bolívar nació del montón; que el alma de Simón Bolívar era vasta y que todo en él se hallaba dotado de intenso poder. De aquí a la vez la distancia y el vigor que los centros de fuerza y las tensiones que producían llegaban a adquirir en su alma.

Ahora toma nueva significación aquel prurito constante de movimiento que observamos en él. La estructura tensa y heterogénea de su ser le hacía muy difícil lograr equilibrio espiritual. Entre los centros de fuerza rivales que como estrellas magnéticas regían su horizonte íntimo, se extendían vastos espacios vacíos y solitarios de indeterminación. Bolívar buscaba el movimiento constante por huir de aquel vacío. Sus diaristas han dejado constancia del mal humor en que vivía mientras no había logrado llegar a una decisión. «Su Excelencia —escribe Peru de Lacroix— a veces es silencioso y taciturno: entonces tiene algún pesar o proyecto entre manos, y hasta que haya tomado su resolución, que comúnmente es pronto, no le pasa el mal humor o la inquietud.» Lo que más temía era este vasto espacio cruzado y recruzado por las tensiones internas; y el horror que le causaba era la causa secreta que le impedía gozar de paz moral y de reposo físico. Como los aviones, sólo podía lograr su equilibrio a fuerza de velocidad[23].

Hay otros dos rasgos de su carácter que pueden ponerse en relación con este sentido y hambre de velocidad: uno es su afición a Voltaire. A buen seguro que Voltaire era el autor que mejor expresaba el espíritu del siglo; y un ser de intelecto tan penetrante, tan dado a las ideas abstractas y universales como Bolívar, tenía por fuerza que apreciar y gozar las obras del «Patriarca de Ferney» —dictado, dicho sea de paso, que expresa a las mil maravillas las ocultas tendencias eclesiásticas de la escuela «filantrópica» y filosófica del siglo XVIII—. Pero, más allá de la atracción ideológica, es seguro que Bolívar sentía con Voltaire una armonía de temperamento; porque Voltaire es quizá

[23] *D.B. P.L.*, pág. 179; *D.B.N.*, pág. 335.

el autor que más se distingue por la rapidez. Bolívar, rápido y siempre impaciente, experimentaría cierto solaz mental en compañía de aquel espíritu que viajaba por los espacios del pensamiento con velocidad análoga a la suya.

Las numerosas aventuras femeninas que florecen y se marchitan a las márgenes del sendero histórico de Bolívar son también significativas a este respecto. No parece haberse concedido bastante atención a esta serie de hechos: que Bolívar fuera esposo amante, sinceramente dispuesto a una vida feliz en el seno de su hogar; que amó a su mujer hondamente; y que, a su muerte, se resolviera a no casarse y viviera una serie de aventuras amorosas, a veces entrelazadas, y ninguna, ni aun la de Manuela Sáenz, con bastante hondura para obligarle a la constancia o a la fidelidad. Sin embargo, tiene que haber relación directa entre aquel primer amor que corta la muerte y todos los demás que va disolviendo la vida. En su matrimonio, Bolívar busca subconscientemente el acceso a su ser oculto cerrado por la muerte de su madre. Defraudado este intento por la muerte de su mujer cuando ya comenzaba a endurecerse en la madurez, el acceso a su ser profundo quedó cerrado. El niño en él quedó sepulto para siempre. Llegó a hombre. En su ser interior, al cerrarse el acceso al soterraño tradicional, se creó un vacío que le causaba terror; y al mismo tiempo se secaba en él todo deseo de progenie que hubiera hecho revivir la tradición que le faltaba. Al enviudar, joven y sano, es natural que buscara aventuras amorosas; y en París, bajo los primeros impulsos de su nueva libertad, se entregó a los placeres femeninos hasta poner en peligro su salud. Este apetito meramente corpóreo hallaba satisfacción hasta en las mujeres más humildes; como viene a corroborarlo aquella anécdota que el propio Bolívar contó a Peru de Lacroix en que le vemos batiéndose en retirada ante el ataque de las reclusas de una casa llana de Londres disparando puñados de billetes de banco. Alguno de sus observadores nos lo describe al fin de una opulenta comida entregado a la conversación más obscena [24].

Pero en su sed nunca satisfecha de mujeres había algo mucho más hondo que el mero deseo animal. En esto, como en tantos otros rasgos, era el Don Quijote de Sancho Carreño. Del cual se cuenta que, despojado de la india con quien vivía por un rival, le escribió reclamándola en los términos siguientes: «Muy estimado amigo: Sírvase devolverme mi mujer, porque yo también la necesito para los usos a que Vd. la tiene desti-

---

[24] *D.B.N.*, pág. 215; *D.B. P.L.*, pág. 93.

nada.—Simón Rodríguez.» A pesar de su inconstancia y sensualidad, la necesidad de mujeres que revela la vida de Bolívar procedía de niveles más altos. Era en él un anhelo de huida de su vacío interior. El amor de hombre a mujer es normalmente asociación que completa dos incompletos complementarios; mutua satisfacción de dos vidas insatisfechas que encuentran la una en la otra los elementos que a cada uno le faltan. Así sucede cuando ambos amantes se hallan cada uno en paz con su propio pasado que, a través de su amor, intenta anudarse el uno con el otro en un nuevo y siempre añejo futuro. Pero en un caso como el de Bolívar, naturaleza divorciada de su pasado, el amor de la mujer no podía ni mirar al porvenir ni aspirar a la reciprocidad. Tuvo buen cuidado en apuntar a Peru de Lacroix que no era estéril. Después de haber dicho que de los cuatro hermanos era el único que no había tenido posteridad, porque su esposa murió muy temprano y que no había vuelto a casarse, añade: «pero que no se crea que es estéril o infecundo porque tiene prueba de lo contrario». Es posible que con estas palabras se refiera a algún hijo natural. Parece como que hubiera cierta alusión a uno, en la correspondencia de Fanny Villars. En efecto, en una carta fechada en París el 28 de abril de 1823, le escribe Fanny: «Vuestro ahijado Simoncito Briffard (espero que sea el único que tendréis en Europa) es digno de vuestras bondades, tiene vivos deseos de ir a reunirse con vos»; palabras que parecen querer decir más de lo que dicen, porque si «filleul» no está puesto por «hijo natural», ¿para qué expresar la esperanza de que Bolívar no tenga más en Europa? Pero de ser así no parece que haya información alguna sobre este joven, vástago hipotético del Libertador; y todo lo que se sabe sobre el interés que Bolívar le manifestaba se encierra en esas «bondades» de que, según Fanny Villars, era digno este joven Simoncito. En cuanto a la intención que el joven tenía de ir a reunirse con su «padrino», no parece haber llegado a realizarse. Todo esto confirma que para Bolívar el amor de la mujer no se orientaba hacia el porvenir. Ni tampoco hacia la reciprocidad. Para él no había mujeres en concreto; sólo había la mujer en abstracto. Todas eran lo femenino con faldas. Y, en este femenino, lo que buscaba era la posesión, como temperamento masculino, y el reposo de las tensiones que torturaban su vacío íntimo absorbiéndose en una actividad absoluta y abstracta como la del amor, que en sí lleva ya su propia justificación. Rápido en el amor como en el pensamiento y en la acción, Bolívar no permaneció nunca largo tiempo fiel a ninguna mujer, ni aun cuando duraba

su interés en ella —otra señal de la índole abstracta de sus afectos [25].

Esta velocidad interior se debía a la inestabilidad de su alma. Durante toda su vida le veremos pasar con asombrosa rapidez de uno a otro de sus centros internos, refugiándose ya en uno ya en otro contra la agonía de las tensiones encontradas que prevalecían en los vastos espacios intermedios. Así se explica el cambio total de fisonomía, equivalente a la revelación de hombres distintos, que apunta Peru de Lacroix: «El rostro, moreno y tostado, y se oscurece más con el mal humor; entonces, el semblante cambia: las arrugas de la frente y de las sienes se tornan más profundas, los ojos se achican, el labio inferior se pronuncia más y la boca es fea; en fin, aparece una fisonomía diferente.» También así se explica el rasgo observado por varios diaristas y familiares, sus ojos siempre cambiantes y nunca dirigidos al interlocutor. He aquí una descripción rara vez citada: «Tiene los ojos negros y plenos, y cuando los dirige de frente, muy penetrantes; pero con más frecuencia los tiene ocupados en miradas laterales a las personas con quienes está conversando o que le rodean, y muy rara vez mira de frente ni aun a los objetos inanimados, volviendo siempre la cabeza a un lado como liebre.» He aquí vívidamente captado por el observador inglés el contraste entre el Bolívar fijo y firme en uno de sus centros de fuerza, seguro de su base e irradiando fuerza, y el Bolívar perdido en el desierto de la indecisión, obseso por la duda. Ésta es la causa de sus contradicciones, de sus cambios súbitos, de sus vueltas repentinas de voluntad y de conducta que tanto han desconcertado a sus observadores: «Yo sé que es bien difícil ser siempre el mismo hombre —le decía a Peru de Lacroix— y que el que no tiene principios invariables no puede tener conducta uniforme.» Ya cruel ya bondadoso, ya adquisitivo ya liberal, ya ruin ya magnánimo, ya pasivo ya impaciente, ya autocrático ya republicano, ya blanco desdeñoso de las castas ya caudillo de las castas contra los blancos, ya recto y llano ya artero y escurridizo, ya bravo e impertérrito ya abatido y sujeto a accesos increíbles de pavor, Bolívar ha sido siempre un misterio, un problema para el psicólogo. La solución del problema está en el problema mismo: es la misma complejidad del carácter lo que hace al carácter claro. Así como sucedió con el átomo, que nadie comprendió hasta que el nombre que se le había dado resultó ser erróneo, y su estructura un sistema de

---

[25] Sobre la mujer de Carreño, *Lozano*, pág. 238. Sobre esterilidad de Bolívar, *D. B. P. L.*, pág. 135. Carta a Fanny Villars, *B. A. N. H. V.*, número 52, pág. 660.

estructuras en constante movimiento, así Bolívar no resulta claro hasta que se analiza en sus componentes sueltos y hasta antagonistas; y entonces se revela como una unidad compuesta de centros de fuerza moviéndose en sus cielos mentales, actuando en las cavidades ocultas de su ser tradicional, y ejerciendo unos sobre otro potentes y siempre tenaces tensiones [26].

Las fuerzas centrífugas de este sistema han debido ser formidables. Bolívar ha debido vivir constantemente bajo la amenaza de una disrupción total, y por lo tanto del derrumbe de la conciencia. Un inglés que lo conoció bien dice de él: «Es desde luego el mejor tirador que jamás he visto. Nunca le vi fallar un solo pájaro, y eso que le he visto echar a tierra lo menos doscientos en mi presencia.» Testimonio asombroso sobre la concentración de que era capaz. Pero también se daba cuenta Bolívar del peligro que para él implicaba perder ni un instante su dominio de sí. Se sabe que sucumbió más de una vez a los efectos de la bebida; pero el mismo inglés que apuntó más de uno de estos casos, observa también sin embargo, que no «era inclinado a beber en exceso. Sus costumbres a este respecto son usualmente sobrias porque, según se cree, se da cuenta del efecto alarmante que tal excitación le produce. Ha habido casos en que le hizo delirar durante días enteros, y sus facultades sufren gravemente después de estos actos de indiscreción». Pero había un néctar para el que Bolívar era insaciable: la gloria. Cuando el azar se lo escanciaba en la copa cristalina del presente, Bolívar bebía sin moderación las aclamaciones de todo un pueblo, y se desmayaba. «He presenciado estos desmayos en ocasiones públicas —escribe el mismo observador inglés después de relatar una de ellas— y muchos oficiales que han servido con él en Nueva Granada me dijeron que suelen ocurrir tres y cuatro veces al día, cuando entra en ciudades donde su presencia se recibe con tanto entusiasmo» [27].

Tal era el precio que Bolívar tenía que pagar por la complejidad y la fuerza del sistema de fuerzas que llevaba en su seno. Nada hubiera podido salvarle del derrumbe mental que le amenazaba a cada instante como no fuera otra fuerza natural de su carácter, bastante vigorosa para contrarrestar los efectos dispersivos de los planetas que en los horizontes de su alma actuaban en sentidos divergentes. Esta fuerza fue un egotismo inaudito que constituyó su persona, su *ego*, el sol capaz de mantener

---

[26] Dos fisonomías: *D.B. P.L.*, pág. 171; *D.B.N.*, pág. 327; *O.C.N.*, tomo I, pág. 250; *D.B. P.L.*, pág. 120; *D.B.N.*, pág. 256.

[27] *O.C.N.*, t. II, págs. 6, 33.

Es significativo que su sobrino, el hijo de Juan Vicente, que se parecía a él, era mentalmente incapaz.

en una unidad de conjunto todos aquellos planetas sueltos. El egotismo y su manifestación principal, la ambición, son pues en la vida de Bolívar necesidades primordiales sin las cuales hubiera perecido su cordura y hasta su misma vida. Cuando en la cumbre del Monte Sacro juraba libertar a su patria de la tiranía de España, juraba, sin saberlo, salvar a Simón Bolívar de la locura y de la muerte. Este imperativo personal explica la indiferencia casi inhumana con que Bolívar sacrifica a su gloria la vida de propios y extraños. Porque fue inexorable. El vocablo mismo —inexorable— viene constantemente a los puntos de su pluma. No tan sólo para con los españoles contra quienes orientó la furia popular para alzarse al poder sobre la cresta de la ola. Él mismo le dice a Santander que ha «hecho el Nerón contra los españoles». Pero no lo hizo menos contra los pastusos, y su vida entera se salda en un espantoso sacrificio de vidas humanas por amor de su gloria. Para Bolívar una vida imperial de gloria era la única alternativa a una vida miserable de náufrago mental. Pero aun entonces, cuando a los veintidós años se veía subir a la cúspide de la gloria, del poder y del vigor, no poseía aún en toda su plenitud la fuerza interior indispensable para mantener unidos todos sus elementos discordantes. Su petulancia y su vanidad juveniles carecían de la contextura acerada que para tan altos fines necesitaba. Fue menester que el martillo de la adversidad cayera con todo su peso sobre el alma del futuro Libertador, y en el infierno de la humillación le forjara una lanza de orgullo [28].

---

[28] *C. L.*, t. VI, pág. 47.

Segunda parte

BOLÍVAR DECLARA LA GUERRA A ESPAÑA

CAPÍTULO X

EL PRIMER FRACASO DE MIRANDA

Mientras en la cima del Monte Sacro el joven caballero juraba libertar su país, otro más añoso y asendereado lo intentaba sin éxito. Miranda sería admirable por su persistencia ante el fracaso si del fracaso hubiera aprendido sabiduría. Ya a fines del siglo había andado en tratos con Pitt, antes y después de su aventura revolucionaria en Francia. Dos veces tuvo prueba evidente de que Pitt lo manejaba como palanca para arrancarle concesiones a España; en Francia se había dado cuenta de que la República, tras la cortina de «liberación» del Nuevo Mundo, maquinaba planes imperialistas; y, patriota al fin, se había negado a ir de General en Jefe y Gobernador a *Saint Domingue*, como mero señuelo hispanoamericano de una empresa puramente francesa [1].

Uno de los argonautas que tomaron parte en su nuevo intento y nuevo fracaso, el norteamericano Biggs, pinta a Miranda como sigue: «Tiene unos cinco pies diez pulgadas de estatura. Los miembros son de buena proporción; toda su figura robusta y activa. La tez es oscura, lozana y sana. Los ojos, del color de avellana, pero no de lo más oscuro; son penetrantes, rápidos e inteligentes, con más de severo que de suave en los sentimientos que expresan. Tiene buena dentadura, que cuida mucho y guarda siempre muy limpia. La nariz es larga y bella, más inglesa que romana. El pecho cuadrado, y saliente. El pelo gris, y lo lleva atado largo por detrás, y empolvado. Lleva fuertes patillas grises a lo largo de las orejas, tan largas como las que los españoles suelen usar. En el contorno del rostro se nota evidente pertinacia y suspicacia. En conjunto, sin decir que

---

[1] Actividades de Miranda antes de 1800: *I. B.*, cap. XLII.

llegue a elegante, puede dársele por hombre apuesto. Tiene costumbre de estar siempre mondándose los dientes. Cuando está sentado nunca está quieto; siempre tiene el pie o la mano en movimiento, como guardando compás con la mente que está siempre en actividad. Suele dormir un rato después de comer y luego se da un paseo hasta la hora de acostarse, que suele ser a medianoche. Es ejemplo eminente de templanza. Jamás se queja de una comida pobre o mala. No usa alcoholes y rara vez bebe vino. Su bebida corriente es agua azucarada. Considera el dulzor y el calor de los bienes físicos mayores; el ácido y el frío, los peores males del universo. Es cortesano y caballero en sus modales. La dignidad y la gracia presiden sus movimientos. De no estar airado, domina bien sus emociones y puede adoptar cualquier rostro o tono que guste. En general, su actitud se distingue por la altivez y la distancia. Cuando se incomoda pierde la discreción. Es impaciente para con los que le contradicen. En cuanto al discurso, es lógico en el manejo de sus pensamientos. Parece versado en todos los asuntos. Su memoria férrea le evita andar a la busca de nombres, fechas y autoridades [...]. Parecía dominar por igual las lenguas, la ciencia y la literatura [...]. La historia moderna y la biografía le brindaban abundantes tópicos. Impresiona a todos la vastedad de sus ideas, el fondo inagotable de su saber, su probidad, su generosidad y patriotismo. Con todo, este hombre de tanto renombre es de más saber que sabiduría; de más conocimientos teóricos que talentos prácticos; demasiado impulsivo y terco para distinguir entre el vigor de una empresa y el tesón de un empeño» [2].

Esta conclusión vino a justificarse pronto. A comienzos del verano de 1807, un año antes del intento y fracaso de Miranda, el naturalista francés Dauxion Lavaysse, en viaje de estudios científicos por la Costa Firme, llegó a Cumaná. «Al entrar un día en una tienda de comestibles de esta ciudad —escribe— me encontré al tendero haciendo cucuruchos y saquillos de papel con ejemplares de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, del *Contrato Social* y de bulas, verdaderas o falsas, del Papa Pío VI, excomulgando a la nación francesa.» El tendero le explicó que se había traído aquellos papeles de Trinidad después del Tratado de Amiens. Eran el fondo de propaganda que el Gobierno inglés y Miranda derramaban sobre toda la costa española para ganarse la opinión pública, labor que sólo un irrealista como Miranda, extranjero a su patria, podía haber aconsejado. El principal agente inglés era el Teniente Coronel Picton, Gobernador de Trinidad. La colaboración de Miranda con Picton

---

2 *Miranda-Biggs*, pág. 288.

había comenzado durante los cinco años de ocupación británica de la Isla que precedieron al Tratado de Amiens de 1802 en virtud del cual pasó a ser territorio británico. «Permítame que le felicite —escribía un amigo inglés de Miranda a otro amigo inglés de Miranda— sobre el acontecimiento de la paz; y sobre todo porque nos quedemos con Trinidad. Me temo que esto no sea cosa de enhorabuena para nuestro amigo Martín.» Martín era el nombre convenido para Miranda en estas correspondencias. El inglés Turnbull, que llevaba años dando a Miranda apoyo financiero en espera de mejores días, pensaba al escribir estas líneas que su amigo venezolano deploraría, como tal, la pérdida de Trinidad. Ignoraba por lo visto, o había olvidado, que ya Miranda al redactar las instrucciones que se dio a sí mismo el 22 de diciembre de 1797 como primer representante de los sudamericanos en la Gran Bretaña, había renunciado espontáneamente no sólo a Trinidad sino también a Margarita y a Puerto Rico y hasta a todas las islas españolas del Nuevo Mundo menos la de Cuba [3].

Es como si unos ingleses desterrados en el siglo XVII, después de haber visto al Rey de Francia apoderarse y luego adquirir por tratado la isla de Wight, siguieran apelando al Gobierno francés para que les apoyara en su lucha para libertar a la Gran Bretaña del partido contrario, tomando por base la propia isla de Wight. Cuando en 1799 Miranda presentaba a Pitt la petición de un mestizo de Bogotá llamado Vargas, solicitando auxilio inglés para «sacudir el yugo de una opresión tan odiosa como la de la Corte de Madrid», es probable que la frase que más llamara la atención de Pitt —si es que leyó el papel— fuera ésta: «Así pues si la Gran Bretaña quiere debilitar a sus enemigos, y adquirir un derecho eterno al agradecimiento de la América española (cuyos habitantes son los más sencillos del mundo) éste es el momento de conseguirlo.» «Cuyos habitantes son los más sencillos del mundo», repetiría Pitt con una sonrisa que ha debido ser una de las joyas secretas de la historia. Ya entonces el Gobierno británico venía recibiendo de Sudamérica una verdadera granizada de Don Julianes, todos con misiones separadas e independientes, todos con cuentos espeluznantes de una odiosa opresión sobre la cual tenía el Gobierno británico —como más adelante se verá— opiniones propias; y todos mendigando auxilio militar y financiero para sus naciones respectivas y aun para ellos mismos a fin de ir tirando mientras el

---

[3] *D. L.*, t. II, pág. 119; *Miranda-Archivo*, t. VI, pág. 422; Turnbull a Pownall, 8 de octubre de 1810. Cláusula 11 de Instrucciones, loc. cit., tomo XV, pág. 202.

maná de la liberación caía sobre sus suelos nativos de los cielos velados de la Gran Bretaña. A todos se les recibía con discreción y cortesía, se les examinaba por si recelaban capacidad alguna para servir voluntaria o involuntariamente, consciente o inconscientemente, de instrumentos de la política inglesa, y en consecuencia eran despedidos o conservados a disposición mediante ristras de billetes de banco ingleses, que a su vez conservaban su vigor fiduciario mediante el comercio de contrabando que la Gran Bretaña hacía activamente con los países que se tratara de libertar o de acomodar como conviniera a los intereses de Su Majestad británica [4].

*

Como los sentimientos del Gobierno británico sobre el particular diferían en intensidad y en dirección de los de todos estos visitantes ultramarinos, solían los ingleses cuidarse de que no se conocieran unos a otros. Miranda, pensionado por Pitt con mil libras anuales, abonadas con más o menos regularidad, ignoraba hasta la existencia del jesuita peruano Vizcardo, pensionado con trescientas libras, hasta que esta víctima eminente de la política de Carlos III y del Conde de Aranda falleció en Londres (17 febrero 1798) amargado contra Inglaterra y dejando sus papeles al Ministro de los Estados Unidos en Londres, King. Uno de estos papeles era la famosa *Carta a los Españoles Americanos* en la que el jesuita resentido instaba a sus conciudadanos a separarse de la madre patria. Miranda hizo imprimir este documento enviándolo a Trinidad para que lo distribuyera Picton en Venezuela; y jamás cesó de utilizarlo —lo mismo que el tendero de Cumaná que hallaba el papel tan útil como Miranda el texto—. Miranda, que seguía prisionero en Inglaterra, puesto que se le negaban los documentos necesarios para embarcarse, fue poco a poco perdiendo la paciencia. Extraña paradoja que un aspirante a libertador no tuviera libertad. En su deseo de hacerse a la vela para Trinidad, hizo explicar a Pitt (que se negaba a recibirlo), por medio de su amigo Pownall, que la revolución se produciría de todos modos en la América española, ya la hiciera el pueblo, que adoptaría un sistema jacobino, ya la hicieran los terratenientes ricos, que organizarían un gobierno regular bajo la protección de la Gran Bretaña. Pitt no tembló ni soltó el pasaporte. Miranda pensó entonces en los cambios que se estaban produciendo en Francia. Bonaparte no era ningún jacobino. Escribió al Primer Cónsul como ciudadano

[4] *Miranda-Archivo*, t. XV, págs. 390, 391.

francés (pues había servido en los ejércitos franceses) pidiendo residir en Francia. No hubo respuesta. Volvió a escribir. Con la ayuda de amigos que tenía en Francia y del Ministro norteamericano King consiguió al fin salir de Londres en septiembre de 1800 con rumbo a La Haya, de donde pasó a París. Pero Fouché, después de estrecho interrogatorio, en que Miranda se quejó amargamente del Gobierno británico, que «odiaba los principios de libertad establecidos en Francia», lo expulsó de una Francia en donde ya no estaban de moda los principios de libertad. El aspirante a libertador volvió a encerrarse en la jaula de oro de Inglaterra [5].

Salió de París el 22 de marzo de 1801 y por vía de Holanda desembarcó en Gravesend el 21 de abril. Al instante escribió a Pitt. Había cambiado el tono. Los territorios españoles de ultramar seguían en urgente necesidad de salvación, pero que hubiera que salvarlos del peligro de Inglaterra o de Francia dependía de que Miranda se hallara en Francia o en Inglaterra. Esta vez se trataba de salvar a Sudamérica del «sistema jacobino francés», dando a Miranda los medios para acaudillar una revolución dirigida por las clases altas a las que pertenecía; si no como hijo de un tendero de Caracas, al menos como Conde, título al que todo el mundo creía que tenía derecho, incluso el propio interesado a veces. Dimitió Pitt, y Miranda tuvo que volver a empezar por el principio, apoyándose en algunos ministros como Vansittart, a quienes repugnaba la idea de dar a los Estados Unidos parte alguna de los proyectos de emancipación. Miranda tenía desde luego una constitución completa para Sudamérica, documento curioso, revelador de la misma inspiración mestiza que se trasluce en todos los proyectos de la época. Tomando por base los cabildos y alcaldes del régimen español, cuyos poderes subsistirían «como en el pasado», se iba construyendo el edificio con ideas europeas y nombres incas: mandaría las fuerzas armadas un *Hatunapa;* la asamblea y los cabildos nombrarían dos *curacas* —nombre indio tan familiar y corriente en el Perú como extraño y desconocido en Méjico—. Un sistema, teóricamente bien construido, de asambleas elegidas por los cabildos y coronado por un cuerpo legislativo con el nombre de Concilio Colombiano, nombraría el poder ejecutivo, compuesto de dos magistrados con poderes para diez años, y con el título de Incas. Uno de los Incas residiría en la ciudad federal, mientras que el otro viajaría constantemente por las provincias del Imperio. En la

---

[5] *C. P.*, págs. 232, 233. Sobre todos estos puntos *I. B. passim* y *Miranda-Archivo*, numerosos lugares. *P. P.-H. R.*, t. I, cap. VII, págs. 87, 92.

región de Panamá se construiría la capital federal con el nombre de Colombo [6].

Una cosa piensa el bayo y otra cosa el que lo ensilla —dice nuestro refrán—. Mientras bullían incas y curacas en la cabeza de Miranda, los Ministros ingleses St. Vincent y Vansittart no pensaban más que en hacerse con bases navales en el Nuevo Mundo y en desarrollar el comercio británico ya fuera lícito ya de contrabando. Las negociaciones con Miranda tomaban a veces aspecto bastante concreto para asustar al Gobierno español y obligarle a acoplarse a lo que el británico deseaba —en lo que consistía precisamente uno los fines, si no el principal, de estas conversaciones—. Revelando, y no por primera vez, su ignorancia de la opinión pública de su país, donde no había estado desde los días de su juventud, Miranda propuso un desembarco en Coro con trescientos hombres y pertrechos para veinte veces más, que reclutaría en el país. Pronto se dio cuenta de que algunos de sus amigos ingleses, y en particular Vansittart, aspiraban a conquistar a Venezuela más que a liberarla; y con todo vigor afirmó que para él era menester que no hubiera «ni monopolio ni conquista». Pero hasta fines del mes (agosto de 1801), no se dio cuenta de que no había hecho más que servir de instrumento para el éxito de la negociación de la paz de Amiens, la firma de cuyos preliminares se anunció el 2 de octubre: «Éste en sustancia es el resultado de nuestro asunto al cabo de tanto tormento —escribe en su diario el 16 de agosto— y véanos Vd. aquí a la disposición de la Inglaterra, que nos entregará a la España o a la Francia, según le acomode para sus intereses, no obstante la estipulación formal que hicimos a mi arribo aquí de que si la Inglaterra no nos podía apoyar nos iríamos a nuestro país para hacer por sí mismos lo que pudiésemos... ¡Válgate Dios por la mala fe! ¡Y pobres americanos, en qué tumbo de dados está vuestro destino futuro!» [7].

*

La paz de Amiens no pasó de ser una tregua. Todavía no estaba seca la tinta de sus documentos cuando ya Miranda y sus amigos ingleses andaban preparando nuevos proyectos para emancipar a la América española o para conquistarla para Inglaterra, según el lado de la mesa en que se estudiaban los mapas. Miranda soñaba en Caracas; el Almirante Popham, en Buenos Aires. Ofendida España por la manera inaudita como

---

[6] *G. F.*, págs. 315-322.
[7] *P. P.-H. R.*, t. I, págs. 99, 105.

Bonaparte, violando sus compromisos, había vendido la Luisiana a los Estados Unidos, había guardado neutralidad en la nueva fase de la guerra endémica entre Francia e Inglaterra; pero Bonaparte obligó al Gobierno español a pagar su neutralidad militar a razón de seis millones de libras francesas anuales. Esto convenía al partido que en la Gran Bretaña deseaba la guerra con España; pero Pitt no tenía prisa, y si bien dispuesto a leer los memoriales de Miranda, obligaba al aventurero criollo a seguir en Londres, como cebo para el Embajador de España [8].

La guerra entre Francia e Inglaterra comenzó en mayo de 1804; pero hasta diciembre de aquel año no consiguió la espuela de Godoy meter en la guerra al tardo Carlos IV, a pesar de las repetidas agresiones de la flota británica en alta mar. Miranda no podía alegar ignorancia de las verdaderas intenciones de la Gran Bretaña. Había visto ya cómo los ingleses se habían quedado con Trinidad; y en sus archivos figura recortado un artículo publicado por el *Morning Post* el miércoles 15 de octubre de 1804, rara mezcla de sentido y de insensatez, en donde se revela la verdadera intención de sus aliados británicos: un cambio de régimen en la América española para libertarla del dominio «tiránico» de España, pero no ciertamente a fin de confiarla al Gobierno «filantrópico» de Miranda, sino para ponerla bajo la dirección «ilustrada» de la Gran Bretaña.

«A España hay que vencerla en América, no en Europa —escribía el *Morning Post*—. Sus valiosos establecimientos de allende el Atlántico son vulnerables en dos puntos, y nuestra superioridad marítima priva a España de la menor esperanza de protegerlos de las heridas hondas y duraderas que podemos causarles. Estos puntos son los ricos e indefensos reinos del Perú y de Méjico [...]. Mediante medidas adecuadas, podemos lograr que no pueda pasar ni un solo barco de la Veracruz a Europa sin nuestro permiso, ni tampoco ningún barco europeo hacia allá. Así privados de los artículos de consumo que acostumbraban recibir de la metrópoli, y que les son necesarios, los habitantes de Nueva España se someterán de buen grado a la única potencia que puede satisfacer sus demandas; y que les garantizará el libre ejercicio de su religión, con un gobierno más indulgente y un mercado más ventajoso para sus productos. De la Veracruz a Méjico, la ciudad más rica y espléndida del mundo, centro de todo lo que se transporta entre América y Europa por un lado y entre América y las Indias Orientales por el otro, sólo hay un mero paseo de apenas doscientas millas de carre-

[8] Buenos resúmenes: *P. P.-H. R.*, t. I, cap. IX; *C. P.*, págs. 238 y sigs.

tera bien conocida y frecuentada. Los soldados, si cabe llamarlos así, tienen mal vestuario y paga, y peor disciplina; mera canalla que apenas sirve más que para estorbar en las carreteras. La administración militar es tan mala como la civil y la eclesiástica y cada cual no va más que a lo suyo.»

Después de despacharse a su gusto sobre la tiranía y la crueldad del régimen español, el articulista del *Morning Post* se pregunta: «¿Es ésta una sociedad que pueda preferirse a otra que asegure el goce de la propiedad? Por el contrario, ¿no constituye estímulo e incitación a una empresa vigorosa?» Claro es que el articulista no haría estas dos preguntas si no se creyera capaz de contestarlas. Pero las respuestas no eran como para contentar a Miranda. «Las colonias hispanoamericanas no conservan ya huellas de aquella grandeza y de aquella libertad que distinguieron a sus progenitores castellanos. Han adquirido una obsequiosidad y una sumisión de carácter a la que las ha reducido por desgracia el rigor de su gobierno. La situación en la que este pueblo, un tiempo valiente, se halla, entre el despotismo de sus gobernantes y los terrores de la Inquisición, no puede agravarse describiéndola; cuerpo y alma se hallan en completa esclavitud. De un pueblo tan rebajado, ¿qué resistencia pueden temer las tropas disciplinadas de la Gran Bretaña? Cabe preguntarse si no considerarían nuestro ataque como el principio de su liberación. Si, por lo tanto, España provocara tal intento [...], el Imperio británico hallaría sus intereses mejor servidos, y su gloria más realzada, no registrando las entrañas de la tierra para explorar nuevas minas de oro y de plata; no despoblando aquellos países explotando constantemente las minas, terrible azote de sus habitantes; sino elevando a las víctimas de la avaricia, de la indolencia y del orgullo señorial; y restaurando al mundo indio la libertad y la dicha de que se halla injustamente privado hace siglos. La riqueza real, sólida, sustancial, productiva de la América española está sobre el haz de la tierra, que es donde los británicos la cosecharán.»

«La perspectiva racional de una colonización lograda y permanente que ofrecen estos imperios —sigue diciendo el *Morning Post*— y de una cooperación cordial por parte de los tímidos y mansos indios, así como de los coloniales criollos, puede fácilmente suponerse habida cuenta de sus sentimientos naturales ahora humillados con el sentido de su común dependencia a otro príncipe y pueblo. Hemos transplantado nuestras leyes igualitarias y liberales hasta las remotas orillas del Ganges, protegiendo y revigorizando con ellas a millones de seres. Una administración vigorosa hará al Imperio británico tan capaz de expansión como su mismo nombre invita a los truenos de su

potencia a retumbar sobre las costas del Pacífico proclamando a las generaciones futuras que la Gran Bretaña, aun luchando por su propia libertad e independencia, es la restauradora de la del mundo indio» [9].

Ciego ante estas enseñanzas, Miranda continuó procurando lograr apoyo británico para sus planes. Uno de sus principales apoyos fue Lord Melville, el mismo que había protegido a Picton contra las acusaciones fundadas que se le hacían en Londres por su cruel conducta en Trinidad. Al caer Melville en abril de 1805, acusado de malversación durante el tiempo en que había ejercido el cargo de Tesorero de la Marina, Miranda escribió a Nepean lamentando el hecho. La caída de Melville era una derrota para él; pero la verdadera dificultad estaba en Pitt, cuya política para con España era compleja y oscura. Pitt parece haber preferido siempre mantenerse en una postura a la vez de atracción y de repulsión para con España; y en este momento laboraba simultáneamente para disponerse a atacar a España en el Nuevo Mundo y a negociar con ella en el Viejo para separarla de Francia. Para este juego Miranda le sería útil, pero no en Londres. Pitt preparó en secreto la expedición de Popham contra Buenos Aires y al mismo tiempo envió a Miranda a los Estados Unidos bien provisto de fondos: seis mil libras esterlinas y autorización para girar contra Londres por valor de otras dos mil [10].

*

Miranda desembarcó en Nueva York el 4 de noviembre de 1805. Reinaba entonces entre los Estados Unidos y España cierta tensión; pero además se hallaba el país en un estado de ánimo aventurero y emprendedor sobreexcitado por la adquisición reciente de los inmensos territorios de la Luisiana; con ojos ambiciosos puestos en la Florida y sueños de conquista todavía más allá —claro es que a expensas de España—. En 1804, John Adair, militar que más tarde se distinguirá a las órdenes del General Jackson, escribía a James Wilkinson: «Los de Kentucky están muy emprendedores y aunque nada pobres, tan codiciosos de botín como los romanos de la antigüedad: México nos deslumbra; no esperamos más que la orden de marcha.» Aaron Burr, el ex Vicepresidente de la República, que después de haber muerto en duelo a Hamilton se hallaba relegado al ostracismo, había comprado una hacienda en Luisiana y formado el ambicioso proyecto de conquistar a Méjico y quizá tam-

---

[9] *Miranda-Archivo*, t. VII, págs. 331 y sigs.
[10] *P. P.-H. R.*, t. I, págs. 123, 124.

bién organizar la secesión de los Estados occidentales del país, en provecho propio. Burr temió que la llegada de Miranda le hiciera sombra. No se daba cuenta de que eran ambos muñecos cuyos hilos manejaba el Gobierno británico [11].

La megalomanía de Burr salvó a los Estados Unidos de una guerra de secesión que en aquellos días hubiera podido ser desastrosa. «Según las apariencias —escribía al Gobierno español el 28 de enero de 1807 el Marqués de Casa-Irujo, Ministro en Washington— España ha salvado a los Estados Unidos del peligro que amenazaba su integridad. Ésta habría desaparecido si Wilkinson hubiera aceptado en absoluto las miras de Burr, cosa que era de esperarse, porque Wilkinson detesta al Gobierno, y la separación de los Estados del Oeste ha sido siempre su plan favorito. La tonta y pertinaz insistencia de Burr, en su desatentado proyecto contra Méjico, lo ha perdido. Wilkinson es nuestro completamente; recibe una pensión considerable del Rey, y su sentido común, sus conocimientos militares, le daban la seguridad de que una expedición de aquella clase terminaría desastrosamente. Sin duda previó que lo incierto del éxito, si la tentativa se llevaba a cabo, lo dejaría como al perro de la fábula, esto es, sin el honorable destino que ahora desempeña y sin la generosa pensión que recibe del Rey. Estas consideraciones no podía comunicarlas a Burr, en razón de su carácter secreto, y cuando el coronel insistió en llevar a cabo un proyecto tan perjudicial para los intereses de Wilkinson, a éste no le quedó otra salida que la que adoptó, en efecto. Así, no sólo asegura su pensión, sino que, alegando tan extraordinario servicio, pedirá se le aumente o se le otorgue de una vez una liberal recompensa» [12].

Así se libró Miranda de un posible rival, y quien lo libró fue un militar norteamericano al servicio secreto del Rey de España. El nombre de Burr sigue de cuando en cuando figurando en las laboriosas negociaciones del veterano criollo con Jefferson y Madison. Burr y Miranda no se podían ver. Mientras Burr «declaraba que se habían abstenido cuidadosamente de darle [a Miranda] ocasión para revelar sus ideas sobre la emancipación de las Indias españolas», Miranda acusaba a Burr de ser el hombre «infame y detestable» que lo había delatado al Ministro de España. Jefferson guardaba reserva; pero Madison dio a entender a Miranda que, con tal de que no se violasen abiertamente las leyes de la República, no había objeción a que ciudadanos particulares de Norteamérica tomaran parte en la

---

[11] Llegada a Nueva York: *Miranda-Becerra*, t. I, pág. 118; *P. P.-H. R.*, tomo I, pág. 129; *Beard*, pág. 412.

[12] Casa-Irujo al Gobierno: *Miranda-Becerra*, t. I, pág. 110.

empresa y suministrasen lo necesario. Madison rogó a Miranda retrasara su salida de Washington (14 diciembre 1805) para cenar con él el 17. El Coronel William Smith, amigo de Miranda y su constante consejero en estas materias, era Inspector del puerto de Nueva York. Miranda, que había soñado conquistar a Venezuela acaudillando un ejército de ingleses y norteamericanos, fue descendiendo poco a poco a fuerza de empujones que le daban ambos países, hasta el nivel de un mero filibustero; comenzó a tratar en compraventa de barcos chicos y de armas de segunda mano; y él, que se había contemplado a sí mismo como la reencarnación moderna de los Incas mayestáticos, iba pronto a salir a hurtadillas del puerto de Nueva York para meter la libertad en Venezuela de contrabando como si fuera un cargamento de mercancías inglesas [13].

*

La aduana de Nueva York dio la salida al *Leander* el 23 de enero de 1806; y el barco zarpó río abajo el 26. Su propietario era Samuel G. Ogden, amigo de William Smith. «Comienzo mi diario epistolar —escribe James Biggs, que vino a ser el cronista de la expedición— informándole que el *Leander* es un navío de unas doscientas toneladas de carga al mando del Capitán Thomas Lewis, reputado de hombre intrépido y de maestro acabado de su profesión.» Hasta aquí, el barco. En cuanto a los hombres, comencemos por los oficiales. «Se han embarcado cierto número de norteamericanos, de ellos algunos caballeros y personas de buena posición, aunque los más, según creo, de fortuna retorcida.» A este primer contingente «se han añadido de veinte a treinta personas para servir como oficiales», escribe Biggs en Trinidad, y añade: «unos cuantos, personas respetables; pero la mayoría gente baja y de ningún valer». En cuanto a la gente de filas, hay en el diario una página significativa. Observa el autor la cólera a que se abandona Miranda con motivo de una disputa con el Capitán del barco: «Es de no pequeña importancia para nosotros —comenta— que el que tiene en sus manos nuestros destinos y ha de gobernarnos sea capaz de gobernarse a sí mismo. La conducta que acabo de referir es tan contraria a su dignidad como a su prudencia. Todo depende de que nuestros marineros, que son cerca de ciento cincuenta, se alisten en el ejército; pero esto no puede conseguirse más que con el apoyo y anuencia de Lewis. Todos, salvo unos veinte vo-

---

[13] *Miranda-Life*, t. I, págs. 122, 294. Cf. *P.P.-H.R.*, cap. X; *C.P.*, páginas 240 y sigs.

luntarios reclutados para dragones entre los carniceros del Mercado, trocando el cuchillo del matarife por el sable, son gentes que han navegado con él ya antes y le son muy adictos.»

En cuanto al armamento, también parece que Miranda se dejó sorprender, a juzgar por la descripción que hace Biggs de la vida a bordo: «Un lado de la cubierta está ocupado por la imprenta, de donde varios jóvenes cajistas imprimen las proclamas del general al pueblo de Sudamérica y los impresos de nuestros despachos como oficiales. Ocupan el otro lado dos grupos de los hijos más noveles de Marte, trabajando en la lectura de libros militares; estudian unos, leen otros, miran otros los grabados. Preside una de estas dos agrupaciones Su Excelencia, filosofando sobre asuntos diversos, y pasando de uno a otro con su peculiar volubilidad. Ahora pinta los peligros de la vida militar [...], adora hablar de sí mismo [...]. Creo que la vanidad y el egotismo, que son rasgos sin recomendación alguna, suelen ir acompañados de otros que tampoco cabe aprobar. También confieso que le aflige no poca pedantería, defecto excusable en un académico, pero no en un héroe o en un estadista. Más allá se ve el banco del armero, con todo su aparato para reparar mosquetes viejos, bayonetas sin punta y espadas mohosas. Este hojalatero tiene mucho que hacer, porque nuestras armas no son de lo mejor, y parecen desecho de otros servicios. El que las compró para la expedición, o no sabía de armas o fue más amigo de sí mismo que de su patrón. A poca distancia del lugar donde ahora escribo, hay un hato ruidoso de animales llamados "voluntarios", haciendo ejercicio bajo la dirección de un sargento de aspecto tan audaz como un león que da rugidos tan estentóreos como si lo fuera. Espero verle tan feroz cuando tengamos alguna faena seria. Cerca de ellos, el sastre del regimiento y media docena de sus discípulos con las piernas cruzadas se hallan situados y rodeados de los materiales y útiles del oficio. Más allá, varios carpinteros están haciendo mástiles y picas para nuestra caballería. Y todavía más allá trabajan los marineros en sus cuerdas, brea y demás, y aquí termina el cuadro» [14].

Mientras Miranda bogaba hacia Haití, Casa-Irujo mandaba aviso a los diversos gobiernos ultramarinos de España y pedía explicaciones en Washington, apoyado por su colega francés Turreau, quien el 7 de febrero de 1806 le escribía sobre una entrevista con Madison: «Le busqué los ojos, y cosa extraña, di con ellos. Creo que vi en ellos la confirmación de nuestros temores. Estaba muy abatido mientras yo le pedía explicaciones concretas sobre los pasos en cuestión.» El Gobierno norteamerica-

---

[14] *Miranda-Biggs*, págs. 2, 4, 25, 26, 29, 103.

no tuvo que tomar decisiones por el buen parecer, y expulsó a un oficial de aduanas. Entretanto, Miranda perdía el tiempo en Jacquemel, mientras Lewis iba a Port-au-Prince; y después de numerosas vicisitudes y disputas entre los tres jefes, Miranda, Lewis y Armstrong, el *Leander* y dos goletas, *Bee* y *Bacchus*, trataron de desembarcar el 27 de abril de 1806 a corta distancia de Puerto Cabello. La operación fracasó. Los españoles capturaron las dos goletas así como sesenta de los expedicionarios, entre los cuales figuraba un hijo de William Smith; fusilaron a diez y mandaron a cuarenta a prisiones. El cabildo de Caracas protestó con vehemencia contra el «monstruo abominable» Miranda. Entre los que se armaron aquel día contra Miranda figuraba Juan Vicente Bolívar. Simón, entretanto en París, miraba con inquietud los sucesos por si el precursor le sustraía sus laureles todavía en simiente [15].

*

Miranda decidió retirarse a Trinidad. Pero el 25 de mayo de 1806 una goleta inglesa, la *Lily*, dio caza al *Leander*, y el Capitán de la goleta, Donald Campbell, halló a la tripulación «muy descontenta y casi amotinada». La *Lily* se llevó al *Leander* a Granada donde el Gobernador Maitland recibió a Miranda bien, dándole «esperanzas de auxilio importante de los ingleses para un segundo intento sobre la Costa Firme» [...]. Estas circunstancias reanimaron el espíritu de los voluntarios, que ya se hallaban hartos de la expedición y dispuestos a abandonar a Miranda. Quizá fuera justificado este optimismo. Campbell había comunicado a Miranda la noticia de la muerte de Pitt. El nuevo Primer Ministro, Lord Grenville, escribía a su colega Lord Auckland, Presidente del *Board of Trade* (5 junio 1806): «Se abre ahora una cuestión inmensa con este intento (hasta ahora logrado) de Miranda sobre Caracas. La cosa había sido iniciada por nuestros predecesores tan sólo a título de complicidad, sin plan alguno para actuar como consecuencia de lo que ocurriera. ¿Hasta qué punto conviene ahora darle apoyo o participar en la empresa?» Grenville creía que Miranda había tenido éxito porque habían circulado por las Antillas los rumores más fantásticos sobre la aventura, pintándola con los colores más halagüeños, y algunos de estos rumores habían hallado lugar en los informes oficiales que recibía el Gobierno británico, incluso los del Capitán Campbell [16].

---

15 *P. P.-H. R.*, t. I, págs. 130, 141; *C. P.*, pág. 246.
16 *American Historical Review*, t. VI, pág. 523, en *Miranda-Life*, tomo I, pág. 307. Robertson dice que fue el 25 de mayo, pero Biggs

El 6 de junio de 1806 el *Leander* fondeaba en Bridgetown, en las Barbadas. «Veinticinco a treinta voluntarios se nos han agregado aquí —escribe Biggs—. En este número puede que haya hasta una docena de caballeros; los demás, me temo que no pasan de vagabundos.» Procedía este nuevo aporte de un acuerdo entre el Almirante Sir Alexander Cochrane y Miranda, firmado contra el parecer del Gobernador, Lord Seaforth, y del General Bowyer, Comandante en Jefe de las tropas de las Antillas inglesas. El 20 de junio de 1806, el *Leander,* el *Lily,* el bergantín inglés *Empress* y la goleta *Trimmer* se hicieron a la vela para Trinidad, llegando el 24 a Puerto España. La expedición, escribe Biggs, «estará apoyada por pertrechos y fuerzas navales de Inglaterra, aunque no por tropas regulares. Las autoridades británicas no parecen tener aquí bastante confianza en el plan para otorgarle esta clase de auxilio; y aunque se inclinasen a ello, no podrían hacerlo sin disgustar hondamente al partido francés e inglés de la Isla, que es numeroso e influyente. Como los habitantes de la Isla son en su mayoría oriundos de estas dos naciones, no es fácil sacar voluntarios». Ello no obstante, el Gobernador Hislop, que había sucedido a Picton, apoyó la expedición yendo hasta permitir se reclutasen voluntarios de la milicia oficial de la Isla. Miranda, muy satisfecho, se entusiasmó hasta girar contra el Tesoro británico seiscientas ochenta y ocho libras más de la suma autorizada. El éxito parecía tan seguro que la casa Turnbull & Co. imprimió circulares comerciales con la esperanza de cobrar algún dividendo de lo mucho que en tantos años había gastado con Miranda [17].

El 25 de julio de 1806 la escuadrilla se adentraba por el Golfo de Paria. La componían el *Leander,* de dieciséis cañones; el *Lily,* de veinte; el *Empress,* de doce; el *Attentive,* de catorce; el *Provost,* de diez; los *Bulldog, Dispatch, Mastiff,* cañoneras de dos y tres cañones; y los transportes sin armas *Trimmer* y *Commodore Barry.* Habían zarpado de Trinidad el día 24. «Desde Trinidad, donde estábamos muy lejos de ser gratos al pueblo, nos acompañan las maldiciones de muchos y las bendiciones de pocos», escribe Biggs, y después de observar que la fuerza total no pasaba de cuatrocientos hombres, añade: «Es evidente que Miranda debe contar en absoluto con que los habitantes quieran y puedan alistarse bajo su bandera.» Pero Miranda no contaba en absoluto con nada más que con su imaginación. En la ma-

---

(página 92) dice que el *Leander* vio al *Lily* el 24 y al día siguiente decidió negociar. Manuscritos Fortescue, t. VIII, pág. 179, en *Miranda-Life,* t. I, página 308. Rumores en *P. P.-H. R.*, cap. XI.

[17] *Miranda-Biggs,* págs. 95, 102, 103; *Miranda-Life,* t. I, páginas 308, 310.

ñana del 3 de agosto de 1806 se hizo el desembarco cerca de La Vela de Coro, sobre la costa del mar. Después de breve escaramuza los expedicionarios se apoderaron del fuerte izando la bandera colombiana. Miranda desembarcó a las once y media y al instante dio orden de avanzar sobre Coro, marcha «hecha con tanto orden y silencio que apenas si se oían los pasos de la tropa». De madrugada entraron en Coro. «Reinaba en todo el lugar un silencio muy solemne y hasta imponente.» Los habitantes habían evacuado la ciudad, a pesar de lo cual los invasores cruzaron no pocas descargas en la Plaza Mayor, hiriendo al Coronel Kirkland, al secretario particular de Miranda y a cinco soldados, y matando a un negro de Nueva York. Del relato de Biggs se desprende que el responsable fue Miranda, quien en el entusiasmo de su fácil victoria mandó hacer una descarga para celebrarla, con lamentables consecuencias, porque las dos «divisiones» de su fuerza las interpretaron como un ataque del enemigo [18].

Durante los cinco días de su estancia en Coro, Miranda hizo todos los esfuerzos posibles para atraer a sus compatriotas y convencerles de que se dejasen libertar. Pero todo en vano. El 6 de agosto de 1806 escribía a Cochrane pidiendo refuerzos y prometiendo tomar a Caracas antes de fin de mes. El caso es que pudo haberla tomado aun sin refuerzo. Fiándose de informes remitidos por Salas, que mandaba en Coro, Caracas creía que la fuerza invasora se elevaba a mil quinientos hombres y en una carta escrita entonces en la ciudad se dice: «Este diablo de Miranda nos tiene en apuros. Tenemos gente pero está desarmada. No podemos confiar sino en el Regimiento de la Reina, que consta apenas de ciento ochenta hombres, el cual, con nuestra pobre milicia, ha quedado para defender la ciudad al mando de Martinón. El General espera recibir diez mil hombres; pero son milicianos que apenas han oído un tiro, y al primer encuentro todo será confusión. El mismo regimiento de Caracas no cuenta un oficial de valor probado. Son todos espadachines que no piensan sino en vestirse y comer bien. Esta no es la infantería española de los tiempos de Carlos I y de Felipe II.» Nada tiene pues de extraño que otro caraqueño escribiera: «Estamos sumidos en la más profunda tristeza; las calles están desiertas, los campos sin labradores, las tiendas sin gente, las familias sin dinero, la madres llorando a sus hijos, todos lamentando la suerte de sus amigos, que tal vez no volverán a ver.» Miranda ignoraba esta situación, y los refuerzos ingleses no llegaban. Salas, aunque con tropas inferiores en número, armamento y calidad.

---

18 *Miranda-Biggs*, págs. 108, 118.

consiguió aislar a los invasores en Coro. Miranda decidió renunciar a la empresa. En la noche del 9, haciendo creer a sus tropas que avanzaban contra el enemigo, las puso en marcha de regreso sobre la Vela de Coro. El 13 de agosto de 1806 la expedición bogaba hacia Aruba. «Los españoles no quieren saber nada de nosotros», escribía Biggs al día siguiente a bordo del *Leander*. «No tienen la menor intención de aceptar nuestras proposiciones de libertad; ni nosotros la fuerza para obligarlos a tomarlas. Miranda, que lleva tanto tiempo siendo el ídolo de sus locos secuaces, es desconocido en su patria. Todos se preguntaban quién era y qué le traía con tal tren a su país. Lo consideran como un intruso de quien hay que huir o a quien hay que destruir, no como un libertador bienvenido.» En la hoja de servicios del oficial de Voluntarios Blancos Don Juan Vicente de Bolívar, su jefe, el Marqués de Toro, escribió: «En 5 de marzo de 1806 se acuarteló con todo el batallón de estos Valles, y el día 10 de agosto salió con el referido batallón a la expedición destinada a Coro hasta la Villa de San Carlos, contra los intentos del traidor Miranda» [19].

---

[19] *P.P.-H.R.*, pág. 159; *C.P.*, pág. 242; *Miranda-Biggs*, pág. 110; *C.P.*, pág. 246.

CAPÍTULO XI

LOS AÑOS DE ESPERA

Poco es lo que se sabe de la vida de Bolívar entre la famosa escena del Monte Sacro y su llegada a Caracas en junio de 1807. Con o sin Rodríguez, regresó a París, donde residió hasta fines de 1806. Se recibió entonces de francmasón, quizás más por curiosidad que por fe, pues según declaraba en 1828 a Peru, consideraba a la Masonería como una ridiculez. Parece que por entonces tomaron sus relaciones con Fanny Villars un giro bastante tierno; pues, aunque la astuta dama, ya en su madurez, elevara el valor de aquellos recuerdos del tiempo viejo a fin de cobrárselos a más alto precio al Libertador, no es probable que todo fuese invención en lo que en sus cartas le dice y deja entender. Fanny estuvo en Italia probablemente al mismo tiempo que Bolívar, pero quizá en compañía de otro. En sus cartas habla de «las de mi antiguo compañero de viaje de Milán»; y, refiriéndose a su hijo, añade «del que estaba embarazada en Italia»; al parecer sugiriendo «cuando estaba Vd. allí». En París debieron verse con bastante frecuencia, pues no hay miembro de la familia, sin excluir al propio General Dervieu de Villars, que no se haga lenguas en sus cartas del afecto de Fanny para con Bolívar, si bien ninguno dice palabra del afecto de Bolívar para con Fanny. La propia dama, no sin cierta ambigüedad, alude dos veces a la casa de París «donde Vd. me vio»; y a la «tierna amistad que nada puede cambiar ni aumentar porque la ha arraigado Vd. tan hondamente en mi corazón que es ya inseparable de la vida de vuestra prima». También le escribe: «No quiero dirigirme más que a vuestro corazón y a esos sentimientos que no habré conservado yo sola, a pesar de la distancia que nos separa [...]. Aquéllos fueron los días hermosos de mi vida.» Y por último, este detalle tierno: «Había añadido

—a un envío de recuerdos que le hacía— un puñado de las plantas que íbamos a buscar juntos al mercado de las flores y que han prosperado de una manera tan asombrosa que parecen ufanas de la mano que las plantó» [1].

Para Bolívar estos episodios sentimentales no pasaban de ser... episodios. Era demasiado masculino para dejarse absorber o aun desviar de su interés para con la cosa pública, que ya comenzaba a sentir. Su modelo, Napoleón, había ganado ya las batallas de Ulm, de Austerlitz y de Jena, y coronado a dos hermanos suyos Reyes de Nápoles y de Holanda, asumido la presidencia de la Confederación del Rin, dominado a Austria y conquistado a Italia, mientras él recorría Italia, echaba discursos sobre el Monte Sacro y escogía flores en el mercado con Fanny Villars. Es seguro que en el año 1806 pensaba más en la conquista de Europa por Napoleón que en su conquista de Fanny Villars.

En el mismo campo que había acotado para sus hazañas, cabalgaba además otro caballero andante, ya famoso. Había peligro de que Dulcinea-Venezuela resultara rescatada por Don Francisco de Miranda antes de que Don Simón de Bolívar embrazara la adarga. «Todas las noticias que nos dan sobre la expedición de Miranda —escribía Bolívar a su amigo Dehollain (23 junio 1806)— son algo tristes, puesto que dicen que tiene el proyecto de alzar el país, lo que pudiera causar mucho mal a los habitantes de la colonia. Pero a pesar de todo bien quisiera estar allá, porque mi presencia en mi país me podría evitar muchos perjuicios: pero la suerte quiere que me encuentre tan lejos de mi patria, y sin los menores recursos.» Se percibe la impaciencia del caballero inactivo entre estas líneas que condenan la expedición de Miranda no tanto por su fin como por su caudillo. En esta época ha debido empezar Bolívar a soltar esas

---

[1] *D.B.N.*, pág. 238. Debió ingresar en la R. Mére L. Ecossaise de France sous le titre Distinctif de St. Alexandre d'Ecosse à l'O., de París, a juzgar por el *Tableau des F.F.* que figura en el catálogo de Rosenthal, 1948, núm. 15, pág. 3, donde figura como *Bolívar, officier espagnol.*

Llegada a Caracas: *Larrazábal*, t. I, pág. 14, dice que llegó a «fines de 1806»; *O'L.*, pág. 90, también. *C.P.*, dice que llegó en enero o febrero de 1807. Pero la declaración de Antonio Nicolás Briceño, que parece ser la mejor autoridad, dice «en el mes de junio del año de 7». *B.A.N.H.V.*, núm. 52, pág. 605.

Fanny a Simón Bolívar, 18 de junio de 1820: *B.A.N.H.V.*, núm. 52, página 655; Lyón, 5 de febrero de 1821: pág. 658; 18 de junio de 1820: página 656; 5 de febrero de 1821: pág. 657; 17 de enero de 1830: páginas, 667, 668.

No pierdo tiempo en referirme a la carta falsa de Bolívar a Fanny. Véase en *C.L.*, t. I, págs. 11-16. Don Vicente Lecuna ha demostrado que es falsa (pág. 17). También *C.P.*, págs. 209 y sigs.

alusiones a su futura grandeza que la familia Villars-Trobriand le recordará veinte años más tarde. Ni los laureles que Napoleón estaba ganando ni los que Miranda pudiera ganar le dejaban dormir. Como no podía sacar dinero de su país a causa de la guerra, pidió prestados dos mil cuatrocientos francos a su amigo Dehollain y se puso en camino hacia los Estados Unidos a fines del año (1806). Sus últimas palabras a la familia Villars fueron: «*Vous entendrez parler de votre cousin Simon Bolívar*» [2].

*

De París se fue a Hamburgo, donde se embarcó para los Estados Unidos. Desembarcó en Boston, estuvo en Nueva York y en Filadelfia, y se hizo a la vela en Charleston para La Guaira, donde llegó en junio de 1807. Este trayecto es significativo. Bolívar no fue ni por Francia ni por España, sino que eligió adrede la vía de Hamburgo y Estados Unidos. Puesto que España estaba entonces en guerra con la Gran Bretaña desde diciembre y Francia desde marzo de 1806, quiere esto decir que Bolívar deliberadamente pasó el Rubicón, yéndose al lado británico de la guerra. Criticaba pues a Miranda, pero tomaba el mismo partido implícitamente al trazar su viaje de París a Caracas. Quizá eligiera la vía del norte para viajar bajo pabellón neutral; pero siempre queda que un teniente del ejército español, como lo era entonces, pudo haber preferido atravesar el Atlántico por vía de España en un barco de guerra español y correr el albur de la guerra como soldado. La importancia del detalle estriba en que permite fechar una fase de la evolución de sus lealtades [3].

Indirectamente, además, este hecho ilustra la situación real de Venezuela, que el fracaso de Miranda pudiera inducir a simplificar con exceso. Ya hemos visto al Marqués de Toro firmar un certificado de buenos servicios en la hoja militar de Juan Vicente Bolívar con motivo de la invasión malograda de Miranda. Pero ya entonces, tanto Juan Vicente como el propio Marqués estaban virando de la lealtad a la Corona a una lealtad patriótica más local. El agente británico William D. Robinson escribía al Almirante Sir Alexander Cochrane: «Miranda tiene el apoyo secreto y caluroso de muchos respetables criollos de la provincia, para el instante en que se presente allí con alguna tropa que inspire un poco de confianza. Sus amigos se desalentaron porque no se presentó con dos o tres mil hombres, fuerza

---

[2] Cartas a Dehollain y Trobriand; loc. cit., págs. 585, 664.
[3] Sobre la llegada a Caracas véase la nota 1 de este capítulo.

más que suficiente para apoderarse de la capital.» Los «criollos respetables», como Toro y Juan Vicente Bolívar, no eran pues ningunos «traidores», como tampoco lo era Miranda. Eran hombres que estaban pasando por una fase de transición, hombres cuya suerte había querido que nacieran «españoles» y murieran «venezólanos» [4].

Simón Bolívar, de vuelta a su patria después de tres años de ausencia, escucharía con avidez las impresiones que sobre tales sucesos y actitudes le comunicarían «godos» y «patriotas». Caracas se había quedado consternada al choque del invasor. «El Capitán General, con un gran séquito de oficiales, civiles, cirujanos, barberos, farmaceutas y fuerzas armadas de toda clase, salió el día 12 de agosto a acantonarse en Valencia o en San Carlos, de donde puede mandar refuerzos a cualquier punto. Lleva más de dos mil mulas cargadas de armas y provisiones para el ejército.» Los blancos, informaba Salas, se habían comportado admirablemente, y los pardos también. Pero añadía palabras, al parecer optimistas, reveladoras, no obstante, de la gravedad de la situación. «El traidor perdió también lo más importante: la quimera de un partido en estas provincias con que se engañó y con que ha procurado alucinar a sus satélites, quedó destruida en la expedición a Coro. Llegó, todos le volvieron la espalda; tomó La Vela, pasó a la ciudad, llamó a los habitantes: ninguno hizo caso de sus proclamas y demás artificios; poseyó diez días el territorio y fue arrojado vergonzosamente por los mismos que decía le habían llamado, dando prueba completa de haber sido un calumniador contra su patria y un impostor para los extranjeros» [5].

En efecto, quienes habían expulsado a Miranda de su propio país no eran gentes de fuera; eran los naturales del país mismo que Miranda intentaba «libertar». ¿Por qué? Porque el aspirante a Libertador había perdido contacto con la realidad nacional de Venezuela, cosa de la que parece haberse dado cuenta en sus momentos de lucidez. En lo religioso, por ejemplo, Miranda era, todo lo más, un deísta a la Voltaire. «En cuanto principian los oficios divinos —escribe Biggs narrando la vida a bordo del *Leander*— Miranda desaparece de cubierta, y en cuanto han terminado, vuelve a presentarse. ¿Será que quiere que nos demos cuenta de que no tiene fe religiosa? Si, como filósofo, cree falsa la religión, como estadista debiera tenerla por útil.» Ésta es precisamente la conclusión a la que por un instinto ancestral —la voz de su madre atravesando la costra dura de

---

[4] Robinson: *P. R. O.*, ad. 1/327.
[5] *C. P.*, pág. 242; *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 162.

su filosofía— llegó más tarde, adentrándose por un laberinto de contradicciones. Aquel aspirante a Libertador de una supuesta tiranía llegó a escribir en sus proclamas que «el abominable sistema de administración» que imperaba en Venezuela no había logrado afortunadamente «desarraigar de nuestros corazones aquellas virtudes morales y civiles que una religión santa y un código en regla inculcaron en nuestras costumbres, formando una honesta índole nacional». Con este lenguaje no era posible llevar a un pueblo a la rebelión. Biggs, que fue voluntario con Miranda para libertar a los pobrecitos venezolanos de la tiranía española, escribe ya de vuelta: «Para mí es cosa de preguntarse si la naturaleza humana o el pueblo de aquel país sienten tanto interés por el éxito del plan de emancipación como lo imaginamos nosotros, los republicanos. Considero que en medio de sus supuestos vejámenes poseen gran riqueza y prosperidad; y que si algo padecen no sienten dolor alguno que les venga de tener conciencia de hallarse oprimidos» [6].

*

Para Miranda, como para Bolívar y sus amigos de Caracas, la revolución era cosa de ellos y no del pueblo. Como dice el historiador venezolano Parra Pérez, ni los indios «ni los pardos entendían jota» de la «jerga revolucionaria empleada por los blancos para mantener o fundar su dominación, ya que los agentes del gobierno de Madrid, por la fuerza de las cosas, venían siendo los verdaderos instrumentos de la igualdad democrática contra los oligarcas criollos». Los criollos pudientes aspiraban a sacudirse el yugo de Madrid que les pesaba mucho más que a las clases humildes, aunque no fuera más que porque eran más capaces de ejercer el poder y sentían más necesidad de ámbito para su propia libertad y capacidad personal [7].

Este sentido de autoridad propia que se iba desarrollando en las clases superiores criollas de Venezuela recibió poderoso estímulo con la noticia de los acontecimientos de Buenos Aires. El Gobierno británico había enviado a Sir Home Popham con una flota y una fuerza expedicionaria para arrebatarles a los holandeses el Cabo de Buena Esperanza. Ante el éxito de su expedición, Popham pensó en hacer lo propio con Buenos Aires. Que lo hiciera con o sin la previa anuencia de Pitt es un secreto que Pitt se llevó a la tumba. El 24 de junio de 1806 el Virrey de Buenos Aires, Sobremonte, tuvo que ausentarse muy malhu-

---

6 *Miranda-Biggs*, núm. 91, pág. 253.
7 *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 158.

morado del teatro porque le avisaron que estaba a la vista una escuadra británica. En lugar de aprestarse a la defensa, Sobremonte se marchó a Córdoba, donde no alcanzaban los cañones ingleses. Desembarcaron los ingleses en Los Quilmes, y a los dos días estaban ya en Riachuelo, entonces a una legua de Buenos Aïres. Sir Home Popham se apoderó de la capital con mil quinientos hombres. Pero Buenos Aires organizó la resistencia; y el 12 de agosto, Beresford, que mandaba la tropa inglesa, tuvo que capitular. Los dos caudillos de la ciudad habían sido el General Liniers, francés al servicio de España, y un rico mercader peninsular, Don Martín Alzaga. También tomaron parte en la lucha numerosos españoles europeos. Con todo, el efecto general del episodio fue que el mundo oficial que representaba a España en Buenos Aires había huido a Córdoba; y que se había salvado la situación gracias a la comunidad local. La pericia de Liniers y la generosidad y patriotismo de Alzaga habían sido las fuerzas dirigentes con las cuales se había podido organizar una milicia de nueve mil hombres; y cuando en julio del año siguiente, llegó de Inglaterra el General Whitelocke con diez mil hombres de refuerzo para reconquistar la ciudad, el ejército británico fue derrotado por segunda vez, lo que elevó muy alto el prestigio y la confianza en sí de Buenos Aires [8].

Durante aquellos días del invierno de 1806 al verano de 1807, los criollos de Caracas se encontraron pues entre el fracaso de Miranda en Coro y el éxito de los porteños en Buenos Aires. El éxito del sur ilustraba el fracaso del norte; venía en efecto a poner de relieve que a Miranda no lo había derrotado España sino la misma Venezuela. Este hecho compensaba la amargura de la derrota. Porque aunque el primer fin de los mantuanos era conquistar un poder político más pleno y directo del que ya disfrutaban, apuntaban a fines más hondos —más hondos quizá de lo que alcanzaban sus mismas miradas—. Como dice Shakespeare, «nuestros pensamientos son nuestros, pero sus fines ya no lo son». Lo que a primera vista creían ser conquista de más poder todavía sobre las castas era en el fondo un movimiento hacia mayor intimidad y solidaridad con las castas. Poco importaba pues que fueran ellos solos los que se adelantaban por el sendero de la secesión, paso a paso y hasta de ocultas; y que pardos y morenos permaneciesen fieles al sistema español que los había protegido durante trescientos años contra los blancos. Porque lo esencial de aquella situación que el malogrado intento de Miranda había revelado era que la fuerza que había defen-

---

8 Sobre los sucesos de Argentina: *La Historia*, publicada bajo la dirección del señor Levene, Buenos Aires, 1936-1939.

dido a Venezuela contra el invasor había sido venezolana y no española. Y esto en sí tenía que dar suelta a fuerzas históricas que sólo podían llevar a la independencia —fin consciente de los blancos— y a la solidaridad —fin más hondo todavía que blancos y no blancos, sin saberlo, se proponían por igual.

Pero en aquella situación que ya los criollos se hallaban abocados a acaudillar si no a crear, se daban también otros rasgos todavía ocultos que habrían hecho retroceder con horror a muchos de ellos y que más tarde, cuando la experiencia los revelará a sus ojos asombrados, hará que muchos de aquellos hombres ricos, refinados, generosos y de humor tranquilo y suave, deploren su temeridad y su falta de previsión. Ricos, perderán su riqueza; jóvenes, perderán la vida. Y aquel hermoso país de que eran ápice y ornamento, quedará desgarrado por una guerra civil sangrienta que dará suelta a las energías más salvajes de unos y otros —energías que hubieran podido adivinar en sí mismos si hubieran osado mirar hacia adentro.

*

Como para que vislumbrásemos alguna de estas fuerzas ocultas que trepidan en las cavernas del alma criolla en espera de salir a la luz siniestra de la guerra civil, Simón Bolívar se enzarzó por aquel entonces en un episodio de inaudita violencia muy superior a la que las circunstancias justificaban. Hallábase a la sazón residiendo en su hacienda de Yare, que había heredado del Doctor Aristeguieta, cuando, el 24 de septiembre de 1807, a causa de una discusión sobre los linderos de sus respectivas tierras, tuvo una pendencia con su vecino el Doctor Antonio Nicolás Briceño. Las versiones de uno y otro adversario difieren de medio a medio. He aquí la de Bolívar: «Hallándome con mi esclavitud rozando parte de mis tierras altas que cubren el frente de mi hacienda, se apareció Briceño armado de pistola y daga, trayendo en su compañía toda su esclavitud con machetes, puñales, garrotes & y entre ellos uno nombrado Domingo José con un fusil cargado. Sin otro saludo, ni discurso comenzó Briceño la acción por sacar una pistola, prepararla y mandar a mis esclavos que parasen el trabajo, porque de no hacerlo así les tiraría con sus armas de fuego, y requiriéndoles muchas veces que los mataría les amenazaba y apuntaba sucesivamente; pero habiendo mandado yo a mis negros que no dejasen el trabajo, volviéndose hacia mí, fue uno mismo decirme comenzaré por Vd. y apuntarme. Tres veces quiso executar el tiro, y cuando a la tercera le vi resuelto a disparar no tuve otro partido que arrojármele encima a fin de desarmarle. Sus negros me

arrebataron y temí tanto un combate de esclavos que en lugar de atender a mi adversario sólo traté de contener ambas esclavitudes que ya habían comenzado a tomar parte en la pelea.»

Según Briceño, llegó de pronto Bolívar con algunos esclavos a sus tierras, las de Briceño, para plantar añil. Briceño le requirió a que parase el trabajo mientras dirimían el conflicto de límites, a lo que Bolívar se avino. Ambos entonces se fueron a la cima del cerro a fin de ver mejor la línea divisoria, y luego juntos entraron en casa de Briceño a tomar chocolate. Fuése entonces Bolívar y a poco regresó con una multitud de negros y algunos amigos. Traía en la mano un sable, y con grande algazara siguieron con el trabajo que habían emprendido. Entretanto Briceño se había ido a su hacienda con su mayordomo y, sin hacer caso de un aviso de uno de sus negros, entró en su casa y se metió en el baño. Al salir otra vez, se dio cuenta de lo que estaba pasando, toda aquella gente «derribando sus montes». Llamó a Bolívar para requerirle a que cesara el trabajo, pero Bolívar le miró y no quiso contestarle; hizo venir a sus negros y saliendo a la puerta de su casa, adonde ya llegaba la roza, volvió a conminar a Bolívar a que cesara; y entonces le contestó con palabras altaneras. Se echaron el uno sobre el otro, los amigos los separaron y todo terminó en que se fueron a casa de Bolívar juntos, y allí los esclavos organizaron un baile.

Briceño no habla de su pistola, ni del fusil de su negro. Uno o dos puntos merecen atención. El primero es una observación de Briceño: «Dice me trató con indulgencia en tono tal sin que yo extrañase en él el estilo petulante por conocerlo característico en él.» Otros documentos de la época confirman este juicio sobre Bolívar joven. El segundo es que Briceño inspira cierta confianza cuando alega que la razón por la cual Bolívar hizo resurgir este conflicto cuando ya se había aplacado fue por desear que Briceño se aviniera a dejarle construir dentro de su hacienda unos tanques de añil. Avalan este aserto dos cartas de Bolívar que aduce: en la primera, fechada el 25 de septiembre de 1807, al día siguiente de la escena descrita, Bolívar le llama «amigo» y le pide conteste si definitivamente tiene o no la intención de oponerse al callejón que desea Bolívar para el tránsito a su hacienda a través de la de Briceño; y en la segunda, fechada el 21 de noviembre del mismo año, y redactada en un estilo imperioso e intemperante, le llama secamente «muy señor mío»: «Si la inaudita indulgencia con que toleré el atentado criminal que Ud. cometió contra mí el 24 de septiembre lo anima a insultarme de nuevo, veo con dolor que pronto tendrá conocimiento el Gobierno de su extraña conducta; pues estoy resuelto a no

sufrir a Vd. más en adelante ni la más leve ofensa. Sírvase Vd. decir a mi mayordomo si Vd. se opone o no al callejón que necesito para el tránsito a Santa Gertrudis» [9].

*

En este incidente, uno y otro protagonista pertenecen a la clase blanca pudiente, que ya por entonces se preparaba a llevar al país a la secesión. Eran además parientes. La esposa de Briceño, María de los Dolores Jerez de Aristeguieta y Xedler, era prima de Simón Bolívar por los Aristeguieta, por los Bolívar y por los Ponte. Estos dos vecinos contrincantes van a tomar pronto actitudes bélicas contra España como protagonistas de la secesión, y uno de ellos, Briceño, adquirirá fama siniestra de sanguinario. Por último, el procedimiento seguido con ocasión de la querella que Bolívar presentó contra Briceño revelará la índole de las relaciones que a la sazón reinaban entre los pudientes mantuanos y las autoridades españolas. La carta segunda de Bolívar a Briceño, verdadero ultimátum, lleva como amenaza de guerra la de poner el asunto «en conocimiento del Gobierno» [10].

Estas palabras de Bolívar carecerían de sentido si el hombre que dos años más tarde será ya uno de los caudillos de la revolución contra España no tuviera fuertes esperanzas de que «el Gobierno», es decir, la autoridad española en Venezuela, sería instrumento dócil en sus manos para castigar a su enemigo. En la reyerta entre los dos vecinos no era Bolívar el que tenía más razón de su parte. Ello no obstante, el 11 de junio de 1807, a los diecinueve días de su primera queja ante la autoridad, había obtenido ya un acuerdo firme del Presidente, Gobernador y Capitán General interino, Don Juan de Casas, encarcelando a Briceño y embargando sus bienes. Prueba esta decisión el poder exorbitante que la familia ejercía en las esferas oficiales de Caracas. Pero los Briceños no eran tampoco ningunos huérfanos. Y además el Doctor podía alegar argumentos bastante válidos. El 5 de julio de 1808 Briceño hacía valer que el acuerdo anterior constituía grave perjuicio contra él, por ser agravio notorio decretar su arresto, ya «que por mi nacimiento y profesión me concede el privilegio de no ser arrestado, sino en crímenes que merezcan penas aflictivas»; a su vez recusaba al asesor del Go-

[9] Véase la documentación de este proceso en *B. A. N. H. V.*, núm. 52, páginas 586, 615.

[10] Cuadro de parentesco entre los Briceño y los Bolívar, entroncando en los Ponte, loc. cit., pág. 615. Pero se verá el cruce constante de otros apellidos en ambas ramas.

bierno por ser inquilino de Bolívar. Nombróse otro juez, que decidió suspender el primer acuerdo hasta mayor información. Los trámites fueron alargándose; Briceño terminó por vender su hacienda para alejarse de su petulante rival, y Bolívar retiró sus poderes a los letrados que hasta entonces lo habían representado, y se alejó de Caracas. Briceño llegó a sospechar que el eclipse de Bolívar se debía al deseo de sustraerse a las consecuencias de su querella; pero parece ser que la causa era más grave, como más adelante se verá [11].

Leamos primero otra carta de Bolívar para completar el cuadro de este joven de veintiséis años que ya conspira contra un régimen en el que gozaba de tanto poder: «1.º de agosto de 1809. Señor Presidente, Gobernador y Capitán General. — Don Simón de Bolívar, con el respeto debido a V. S. represento: que a consecuencia del nombramiento que V. S. se ha dignado hacer en mí de Teniente Justicia Mayor del Valle de Yare, y después de haber prestado ante el Tribunal de la Real Audiencia el juramento de derecho con las formalidades necesarias, me presenté el día de ayer en el M. I. A., por conducto de mi procurador Don Miguel Montero, a causa de indisposición de mi salud, a tomar posesión del empleo, habiéndolo participado previamente a los señores capitulares por medio de esquela, cuya civilidad me pareció suficiente para cumplir con las ritualidades de la cortesanía; pero habiendo recibido un recado del Regidor, Don José María Mora, previniéndome que debiera ir yo personalmente a visitarle o llevarle la esquela, y negándose el Cabildo a recibir a mi dicho procurador, hasta tanto no cumpla con las ceremonias acostumbradas, me veo en la necesidad de reclamar esta providencia quejándome del desaire que se me ha irrogado y haciendo presente que no hay ley ni disposición alguna que ordene el requisito o ceremonial de haber de visitar en persona a los regidores para recibirse los tenientes en el Cabildo y que es una costumbre abusiva y embarazosa, que no ha tenido otro principio que la arbitrariedad de los capitulares, y la servil condescendencia de los tenientes, digna por tanto de proscribirse, en cuyo concepto ocurro suplicando a V. S. se sirva mandar se convoque a cabildo extraordinario para que se me dé posesión del empleo por medio de mi procurador, Don Miguel Montero, declarando haber cumplido suficientemente con la ceremonia de urbanidad por esquela, y que para lo sucesivo no sea necesaria la visita personal que se exige, pues así es de justicia que represento. En Caracas a 1.º de agosto de 1809» [12].

---

[11] Loc. cit.
[12] Texto de la carta en *C. L.*, t. I, págs. 22, 23.

Ésta es la única carta que Bolívar firmó: Simón de Bolívar. Está henchida de orgullo mantuano. El futuro Libertador mira de arriba abajo a los regidores, que eran en sus días los representantes del pueblo y por ello exigían respeto por parte de las autoridades nombradas por la Corona. Para Bolívar nada de esto era válido. Él tenía en mano el nombramiento de Teniente de Justicia Mayor que le había otorgado el Presidente y Gobernador General español por ser el hacendado más fuerte del distrito, y no se iba a tomar la molestia de presentarse en persona a visitar a los regidores para que le dieran posesión, cuando tenía un procurador a quien enviar para anunciar su nombramiento a aquella gentecilla. Esta carta señorial y altanera respira un aire casi medieval. Escrita cuando ya Bolívar andaba en trotes de rebelde contra España, ilumina con luz bien clara algunos de los motivos que por entonces animaban a la clase pudiente caraqueña, que era precisamente donde se estaba tramando la revolución [13].

---

[13] Hay otra carta nada más firmada Simón de Bolívar en las colecciones impresas, dirigida a Machado: *P. L.*, pág. 20, 24 de septiembre de 1807. Véase, sin embargo, más adelante lo que se dice sobre la carta a Wellesley durante su embajada en Londres.

CAPÍTULO XII

INDEPENDENCIA... ¿DE QUÉ?

Mientras Bolívar y Briceño se entregaban a una guerra civil particular sobre un callejón de tránsito, Miranda hacía lo posible por salvar de la derrota los restos de su expedición. Era Miranda hombre de mucho tesón frente a la adversidad. El 22 de agosto de 1806 en Aruba, donde se había instalado al retirarse de la Costa Firme, escribía Biggs: «Espera recibir refuerzos importantes de los ingleses que se le mandarán a esta isla.» Había pues modificado su actitud, ya que uno de los motivos que le habían impulsado a intentar la «liberación» de Venezuela con un puñado de aventureros extranjeros era el temor a las ambiciones inglesas. Hasta en Barbados y en Trinidad, donde recibía a cada momento la hospitalidad de los jefes británicos, hizo saber del modo más terminante que «se veía obligado a aceptar el auxilio británico en aquella época, pero que jamás entraría en sus planes que los ingleses se alzaran con poder alguno en su patria» [1].

¿Cómo creía posible cerrar el acceso a un país al que constantemente recurría para que lo auxiliara en sus planes? Misterio del carácter complejo de Miranda. Desde Aruba mandaba urgentes recados a las autoridades británicas de Londres y de las Antillas; pero ya los jefes militares y navales, hasta el mismo Almirante Cochrane, no respondían como antes de su fracaso. El Capitán Dundas, de la Marina británica, se presentó en Aruba insistiendo en que evacuara la Isla. El 27 de septiembre de 1806 Miranda y su expedición se hicieron a la vela para Trinidad, escoltados por barcos ingleses; y llegaron a Puerto España hacia fines de octubre. El ambiente había cambiado. La primera vez, «se dio a Miranda la Casa del Gobierno para su

---

[1] *Miranda-Biggs*, págs. 152, 153, 260.

residencia, concediéndole el nombre de Cuartel General; el Gobernador y los oficiales civiles y militares lo trataban con el respeto correspondiente al rango que había asumido [...]. Ahora todo está al revés. Se nos trata con un desprecio infinito y se ríe de nosotros hasta el populacho de las calles». Reyertas y discusiones sobre pagos atrasados, procesos, quejas sobre la indiferencia de Miranda para con los prisioneros que tuvo que dejar en Tierra Firme iban haciendo la situación cada vez más sombría. Miranda envió a Londres al Conde de Rouvray, pero el emisario regresó sin éxito alguno. En diciembre de 1807 se embarcó al fin para Londres en la fragata *Alexandria*. «A pesar de las duchas frías que ya había aguantado, su entusiasmo seguía inextinguible. Afirmó que esperaba hallarse en Caracas para el verano siguiente» [2].

Llevaba a Londres cartas de recomendación de Cochrane para Castelreagh. Ya entonces tramaba el Gobierno británico una política más activa para con la América española; y Sir Arthur Wellesley, el futuro Wellington, estudiaba un plan de desembarco en Venezuela. El fracaso de las dos expediciones a Buenos Aires no había enfriado el ardor de la City. Mientras un Consejo de Guerra censuraba severamente al Almirante Popham por haber abandonado la guarnición desembarcada en el Cabo para irse a conquistar a Buenos Aires, obsequiaba la City al Almirante censurado con una espada de honor. Wellesley veía en Venezuela la región más fértil del mundo y creía que constituiría para la Gran Bretaña una valiosa colonia; pero estimaba más prudente que siguiera siendo políticamente independiente. La conclusión no desagradaba a Miranda. Sobre esta base se preparó en Irlanda una fuerza expedicionaria de 13.000 hombres con la idea de embarcarlos en julio de 1807 en el puerto de Cork al mando de Wellesley. Para Miranda, el desembarco debía hacerse en Puerto Cabello, y el primer objetivo sería Caracas. Estaba seguro de que si desembarcaban 10.000 hombres ingleses, lo menos 20.000 venezolanos se les agregarían pronto; y éstos, al mando de oficiales ingleses, se apoderarían de toda la zona costera desde Guayana a Panamá. Con todo, el Gobierno de Londres no acababa de decidirse sobre el lugar adonde se dirigiría el ejército: ¿Méjico? ¿Buenos Aires? ¿Venezuela? —al fin terminó por ir a España [3].

*

---

[2] Loc. cit., págs. 217, 218, 230, 248.

[3] Opiniones de Wellesley: *Miranda-Life*, t. II, cap. XV; *P. P.-H. R.*, tomo I, cap. XIII.

Napoleón, arrojando la máscara, se había abalanzado sobre su aliado, el Rey de España. En virtud de los tratados de Fontainebleau, Francia y España habían decidido desmembrar a Portugal en provecho del Rey de Etruria y de Godoy, reservando un territorio para canjear por Gibraltar y Trinidad; Carlos IV sería Emperador de las dos Américas; invadirían a Portugal. Nueve días antes de la firma de los tratados (27 octubre 1806) Junot entraba en España hacia Portugal; el 30 de noviembre tomaban los franceses a Lisboa, de donde la familia real portuguesa había salido para el Brasil en barcos ingleses. Mientras Carlos IV y su hijo Fernando sacaban a la vergüenza pública sus desacuerdos y apelaban ambos a Napoleón, seguían invadiendo España los franceses al mando de Dupont y Moncey. Entretanto, las mejores tropas españolas perdían el tiempo en Hanover, por obra de la perfidia de Napoleón y desgracia de la imbecilidad de Godoy; y de Guipúzcoa a Cataluña, iban ocupando los franceses todas las plazas militares del Norte de España bajo varios pretextos, incluso la trampa y la traición. El pueblo, que odiaba a Godoy y no se daba cuenta de lo que Napoleón tramaba, se inclinaba hacia los franceses por creer que iban a echar a Godoy y a poner en el trono a Fernando. Pero esta doble labor la llevó a cabo, no Napoleón, sino el pueblo de España a consecuencia del motín de Aranjuez (17 marzo 1808) que obligó a Carlos IV el día 19 a echar a Godoy del poder y a abdicar [4].

Mientras el pueblo se entregaba al regocijo, Murat ocupaba Madrid (23 marzo 1808). Al día siguiente entraba en la capital Fernando VII. El Embajador francés, único entre los diplomáticos, se negó a reconocerlo. Carlos IV pidió a Murat le negociara ciertas minucias personales, y Murat aprovechó la ocasión para obligarle a retirar su abdicación. Rivalizando de vileza, padre e hijo entregaron sus destinos en manos de Napoleón. El 10 de abril Fernando salía de Madrid hacia Francia, dejando un Consejo de Gobierno presidido por su hermano el Infante Don Antonio. A pesar de la oposición tenaz del pueblo (que en Vitoria llegó hasta a cortar los enganches de los caballos del coche) Fernando cruzó la frontera y llegó a Bayona, donde recibió órdenes imperiales de abdicar. Tanto Carlos como Fernando abdicaron en favor de Napoleón (5 y 10 de mayo de 1808). Ocultáronsele al pueblo de España estos vergonzosos sucesos; pero el Infante Don Antonio recibió una carta de Carlos IV

---

[4] Tratados de Fontainebleau: *Toreno*, lib. I, pág. 6, con detalles sobre intrigas de Francia-España-Napoleón. Conducta traicionera de D'Armagnac en Pamplona y Duhesme en Montjuich, loc. cit., págs. 15, 16.

mandándole que enviara a Bayona al hijo menor del Rey, el Infante Don Francisco de Paula. El 2 de mayo, fijado para la salida del niño Infante, el pueblo se amotinó, agolpado frente a Palacio, al ver las lágrimas del muchacho; pero al instante fue víctima de las descargas de fusil de un batallón francés. El pueblo, primero sin caudillos, acaudillado después por tres oficiales, Daoiz, Velarde y Ruiz, luchó todo el día contra los franceses. Derrotado, muertos Daoiz y Velarde, el pueblo de Madrid sufrió entonces una represión sanguinaria, innecesariamente cruel en sí, y en violación del acuerdo con Murat bajo cuyas condiciones había renunciado a la lucha. Pero había comenzado la Guerra de la Independencia [5].

Independencia... ¿de quién y de qué? El pueblo de España no abrigaba la menor duda: independencia del francés. España era entonces hondamente monárquica, idolatraba a Fernando VII, y no aspiraba a mayor felicidad que la de volver a verlo en el trono de sus mayores. Pero no era posible que el arranque de independencia se detuviera así como así mientras le durara su energía original. El día en que la nación española se alzó para exigir que volviera el Rey, se alzó para exigir, y se alzó. Y el alzarse en sí, y el alzarse para exigir, eran hechos más hondos, más sustanciales en la Historia del país que aquel Rey miserable que el azar hacía objeto del alzamiento y de la exigencia.

La primera Junta formada para dirigir este alzamiento popular contra Napoleón fue la de Asturias. Dos puntos merecen nota: La Junta de Asturias estaba dirigida por hombres de la nobleza, como Santa Cruz de Marcenado y Toreno; y los dos militares escogidos «para acaudillar a la multitud» fueron Don Ramón de Llano Ponte y Don Manuel de Miranda —mera coincidencia que parece juego de algún duende de la Historia para ligar aquellos movimientos de independencia española con los que en Venezuela dirigían los Bolívar y Ponte y los Miranda—. La Junta, contando con donativos cuantiosos de todas las clases sociales, decidió organizar una fuerza de 18.000 hombres, y dispuso pronto de tropas españolas que Murat había enviado para reducirla, pero que con excepción de sus cinco jefes superiores se pasó íntegramente a la causa del pueblo. El 25 de mayo de 1808 la Junta de Asturias declaró la guerra a Napoleón; el 30 envió a Londres tres emisarios. El 17 de junio, por la mañana, los tres emisarios celebraban su primera entrevista con Canning. Uno de ellos, que después heredó el título de Conde de Toreno, escribe en su *Historia del Levantamiento, Guerra y*

---

[5] *Toreno*, lib. II, págs. 19 y sigs.

Revolución de España: «Ya con fecha de 12 de junio Míster Canning comunicaba a los diputados, de oficio y por escrito: "S. M. está dispuesto a conceder todo género de apoyo y de asistencia a un esfuerzo tan magnánimo y digno de alabanza [...]. El rey me manda declarar a VV. SS. que está S. M. pronto a extender su apoyo a todas las demás partes de la monarquía española que se muestren animadas del mismo espíritu que los habitantes de Asturias"» [6].

El 30 de mayo, Don Francisco Sangro, diputado de la Junta de Galicia, llegaba a Londres y anunciaba que toda España se había alzado contra Napoleón. El diseño de estos alzamientos era siempre el mismo: mezcla de elementos populares y militares. La tendencia, también: *por* Fernando VII y *contra* los franceses y Godoy, a quien el pueblo tenía por instrumento de Napoleón. La estructura era también la misma: representantes de todas las clases e instituciones agregados al municipio de la capital de la provincia, todo ello bajo la presidencia del Capitán General o del Obispo, salvo cuando eran favorables a los franceses o a Godoy. Sevilla también organizó su Junta; pero, por presidirla un ex Ministro de la Corona, Don Francisco Saavedra, por ser Sevilla tan rica y populosa y tan bien situada para actuar como centro de la resistencia nacional, y por falta de noticias sobre la actitud de otras provincias, la Junta de Sevilla se consideró a sí misma como cuerpo nacional y soberano, tomando el nombre de Junta Suprema de España e Indias. Pudo además apoyarse en las fuerzas militares más importantes de la Península: el ejército de San Roque, frente a Gibraltar, al mando de Castaños, que se pasó a la causa nacional espontáneamente, y las tropas de Cádiz, que aunque mandadas por Solano, cuya actitud era dudosa, también se pasaron después del asesinato de Solano por una turba de patriotas [7].

Estos acontecimientos causaron en Londres el mayor entusiasmo. Por todas partes se aclamaba a los diputados españoles; y la primera noche en que los asturianos asistieron a la ópera, como huéspedes del Duque de Queensbury, se prolongaron tanto los aplausos y aclamaciones que, según cuenta Toreno, «se suspendió la representación cerca de una hora». España, hasta entonces objeto de la ambición y de la animosidad de Inglaterra, se transfiguró de pronto en una aliada, no meramente política sino real y cordial, en la lucha común contra Napoleón. Napoleón y Talleyrand habían conseguido al fin para Inglaterra lo que la propia Inglaterra sólo había logrado a duras penas en

---

[6] *Toreno*, lib. III, págs. 56 y sigs.
[7] *Toreno*, lib. III, págs. 53 y sigs.

fases cortas y precarias de su historia: la ruptura entre Francia y España. El Rey Jorge declaró en el Parlamento que la Gran Bretaña aseguraría la independencia y la integridad de la monarquía española (4 julio 1808) [8].

Wellesley se dio cuenta de la ocasión que le brindaba Bonaparte. Al enterarse de las noticias de España escribía: «Toda medida que haga difícil la situación francesa en España obligará a Francia a aplazar sus planes contra Turquía o a retirar sus ejércitos del Norte... Bastará un mes para darnos cuenta de lo que se puede sacar de ventajoso del estado de ánimo del pueblo de España.» Si las probabilidades eran buenas —buenas, desde luego, para la Gran Bretaña, o sea para derrotar a Napoleón en la Península— la expedición preparada en Cork tendría que ir a España y no a Venezuela. Como el General Boulanger a fines del siglo, que al recibir una espada de honor en París, cuéntase que exclamó: «Con esta espada juro defender la República, y si fuere necesario, atacarla», Wellington, con sus tropas listas en Cork, estaba igualmente dispuesto a defender la integridad de la monarquía española o a atacarla [9].

Quiso la suerte que «el estado de ánimo del pueblo de España» fuera «bueno». Wellington tuvo que darle a Miranda el disgusto de comunicarle que la expedición de Cork había cambiado de rumbo. «Jamás tuve misión más difícil —le contaba más tarde al Conde de Stanhope—. Me pareció preferible decírselo en la calle para impedir una escena. Pero aun así, se puso tan furioso y habló tan fuerte que le dije que iría delante un rato para que no llamásemos la atención de los transeúntes. Cuando volví a reunirme con él, se había calmado algo.» Tal cuenta Wellesley. Pero parece que la calma era sólo aparente. «Os vais a España. Estáis perdidos —seguía diciendo Miranda—. No hay quien os salve; pero eso es cosa vuestra; lo peor es que jamás se ha tirado por la ventana mejor ocasión.» No veía Miranda que al atacar a España, Napoleón había asegurado la independencia de los reinos sudamericanos; porque Inglaterra quedaba atada a Europa, sin fuerzas que aventurar en el Nuevo Mundo; quedaban destruidos el prestigio y la fuerza militar de la monarquía española, y se hacían surgir en los reinos americanos movimientos nacionales que, por venir de abajo, tenían que verificar la fusión de los dirigentes blancos y de las masas de color [10].

*

8 *Toreno*, lib. III, págs. 59 y sigs.
9 Supplementary Dispatches.
10 *Stanhope*, pág. 69.

El derrumbe ignominioso de la Corona española a los pies de Napoleón y después el alzamiento de la nación española contra el invasor produjeron en las Indias efectos muy complejos. Hay que distinguir entre el pueblo y las clases altas; y en éstas, entre el mundo oficial y el resto de la sociedad. Las autoridades españolas solían inclinarse al campo francés, a aceptar la autoridad de José Bonaparte, y a seguir gobernando como si no hubiera pasado nada en España más que un mero cambio de dinastía. No hay que condenar precipitadamente esta actitud por antipatriótica. Ya hacía más de un siglo que en España se venía asociando la influencia francesa con el progreso, las luces del siglo, abajo la Inquisición, sentido común y nada de heroísmo, sonriente comprensión y nada de honor calderoniano en lo concerniente a la fidelidad femenina, mucha ciencia y poca fe —en una palabra, un conjunto de rasgos y tendencias que la gente culta de España había aprendido a gustar y a estimar—. Esta asociación de lo progresivo con lo francés padeció menos de lo que pudiera creerse cuando Napoleón pasó de General revolucionario a déspota imperial. Las gentes progresivas de Europa estaban dispuestas a perdonarle mucho al hombre singular que había libertado al mundo de la pesadilla del Terror. Por otra parte el estilo mandón que la Marina inglesa adoptaba para con los barcos españoles, y el apoyo apenas velado que los ingleses prestaban a Miranda y a toda la hueste de españoles americanos disidentes y separatistas, orientaba a los gobernantes conscientes y políticos que España tenía en las Indias a solidarizarse con Francia.

Ya sabemos que las clases dirigentes de las Indias se hallaban unidas por lazos de amistad y de parentesco que entretejían a europeos y criollos por igual. La tendencia a caer del lado de Bonaparte tenía pues que irradiar muy adentro en el círculo influyente de la sociedad criolla a partir del foco gubernamental; pero tampoco chocaba violentamente con la tendencia, más fuerte y general, hacia el separatismo, que ya prevalecía en los círculos criollos. Al producirse el ataque de Napoleón contra España, esta tendencia a la secesión llevaba ya muchos años penetrando activamente todos los centros de vida y cultura hispanoamericanos. Propagábanla Miranda y sus amigos y emisarios, así como las sociedades secretas.

Estas sociedades secretas no eran necesariamente masónicas, aunque adoptaran ritos y métodos de la masonería. Es posible que Miranda fuera francmasón. Parece que fue «filadelfo», o sea miembro de una sociedad secreta organizada en el ejército francés contra Napoleón. Los filadelfos procedían de los «olim-

pios», que se habían constituido bajo formas masónicas en 1804, sin otro fin manifiesto que una profesión vaga de igualdad y fraternidad, y de auxilio mutuo para que sus miembros ascendieran rápidamente por el escalafón militar. Su fin secreto, sólo conocido de los dirigentes, era el asesinato de Napoleón, simbolizado por el sello de la sociedad: *un brazo armado de daga sale de entre las nubes, y por debajo se ve un busto de César cayendo al suelo.* Esta sociedad se transformó en la de los *filadelfos,* cuando Fouché descubrió en Boloña de Francia algunos de sus planes y algunos de sus caudillos, provocando no pocos suicidios. Es curioso que el descubrimiento tuviera lugar en Boloña, precisamente frente a la costa de Inglaterra donde Miranda laboraba, y en la ciudad que solía cruzar en sus viajes. Así se explica quizá la frialdad con que Napoleón y Fouché recibieron a Miranda cuando, resentido por las dilaciones de Pitt, trató de apoyarse en Francia para realizar sus planes americanos. Está en duda si Miranda fue o no fundador de la Logia Lautaro, aunque O'Higgins lo asegura y aporta el detalle significativo al que atribuye el origen de su nombre. Al encontrarse con Miranda, O'Higgins le echó los brazos al cuello y exclamó: «Mirad en mí, señor, tristes restos de mi compaisano Lautaro; arde en mi pecho ese mismo espíritu que libertó entonces a Arauco, mi patria, de sus opresores.» La misma extravagancia de estas palabras prueba su autenticidad. ¿Cómo era posible que un español de origen irlandés, hijo de un Virrey, se considerara como la reencarnación de un indio araucano que había acaudillado a sus hermanos indios contra el cristianismo y la civilización a los que O'Higgins debía su lengua y sus pensamientos? Hecho tan anómalo y tan general en aquella época sólo puede explicarse de una manera: la tierra conquistada había conquistado a los conquistadores. O'Higgins era Lautaro y Miranda quería ser Inca [11].

La Logia Lautaro, o de los *Caballeros Racionales,* o *Gran Reunión Americana,* fundada quizá por Miranda, prestó al movimiento de independencia cierta coordinación, si no unidad. Pero las actividades de los masones en las Indias eran de ins-

---

[11] Robertson en *Miranda-Life,* t. I, págs. 81, 82, 199, 200, es más bien negativo. Cf. *I. B.,* cap. XLI, donde doy razones para dudar. Me inclino a que no era francmasón, aunque recurría con frecuencia a símbolos y métodos de la francmasonería. Cf. *Argentina,* t. 5, nota 1, cap. IX, por Juan Canter, que dice que fue filadelfo (pág. 287). Sobre estos filadelfos y sus predecesores los olimpios: *Vidocq,* t. II, págs. 153 y sigs.
O'Higgins-Lautaro; Canter, pág. 286.

piración a veces británica, a veces francesa. El corresponsal más asiduo de Miranda en Buenos Aires, Saturnino Rodríguez Peña, pertenecía a la *Estrella del Sur,* logia fundada por los ingleses (a cuyo sueldo estaba Peña) durante su breve ocupación del Río de la Plata. El centro de estas actividades masónicas inglesas era Cádiz, que también lo era del comercio lícito e ilícito que los ingleses hacían con las Indias. En Cádiz fue donde O'Higgins conoció a un puñado de hombres que iban a figurar en los anales de la emancipación de sus respectivos países: el canónigo chileno José Cortés Madariaga, Baquijano, de Lima, y Bejarano, de Guayaquil: Por obra de la organización oculta que Miranda manejaba desde Londres, para decirlo con palabras de Humboldt, «movimientos que han estallado desde el Río de la Plata hasta Nuevo Méjico en un frente de 1.400 leguas, han dividido a hombres de origen común» [12].

*

Mientras las clases altas de las Indias se dividían ante el ataque de Napoleón a España, inclinándose unas a José Bonaparte, viendo otras en los sucesos europeos nuevo estímulo para sus tendencias separatistas, el pueblo de las Indias tomaba una actitud idéntica a la del de España, manifestando su apego tres veces secular a la Corona y una lealtad generosa a aquel Fernando VII que fue sin duda el monarca más indigno de ella. En la América española como en España, Fernando VII fue para el pueblo un símbolo. Pero ¿de qué? En este valor simbólico de Fernando VII se dieron elementos comunes a las Españas americanas y europea. El joven Rey representaba la reacción española contra el afrancesamiento y contra Godoy que lo encarnaba. Detrás de los soldados de Bonaparte que hacían de las iglesias españolas cuadras para su caballería, veían los españoles a los ateos jacobinos. Todo este sentimiento antifrancés estimulaba el movimiento contra Napoleón tanto en España como en América. Por eso Napoleón y sus amigos se creían con derecho a hallar comprensión y colaboración en españoles eminentes como Jovellanos, conocidos por sus ideas modernas y liberales; y les sorprendía ver defraudadas sus esperanzas, por no entender que, aunque había mucho en el afrancesamiento que agradaría a un hombre como Jovellanos, el hecho de que los franceses lo trajeran a España por la fuerza, por el fraude

---

[12] *H.P.N.*, lib. IV, cap. XII, t. I, pág. 574.

y aun por la traición, levantaba en el pecho de todos los españoles viva oposición contra el invasor [13].

Pero en el apego del pueblo de las Indias a Fernando VII había también algo más específicamente americano: la Corona de España había sostenido tradicionalmente los derechos del pueblo frente a los excesos de los encomenderos y en general de las clases altas criollas. Hasta cierto punto procedía esta tradición de los reyes medievales de España, casi siempre inclinados a tomar el partido del pueblo contra los nobles, hasta el punto de que los campesinos de las tierras realengas eran envidiados por los que vivían en tierras de señores feudales. Pero en el Nuevo Mundo había tomado nuevo rigor, por el apoyo de la Iglesia, y en particular de los frailes. Esta circunstancia vino a reforzar la lealtad de las clases humildes de las Indias para con lo que se imaginaban encarnaba Fernando VII; sobre todo al ver que, según apunta agudamente Humboldt, había jóvenes criollos «filósofos» y entusiastas de la emancipación, que maltrataban a sus esclavos con el Raynal en la mano [14].

El cuadro, ya de sí complejo, tomaba todavía más complejidad a causa de la inevitable intimidad existente entre españoles americanos y españoles europeos, y de su común tendencia a la guerra civil. La estrecha relación de amistad, interés o parentesco entre criollos y europeos, explica que muchos criollos permaneciesen fieles a la Corona mientras que numerosos españoles europeos abrazaban la causa de los separatistas. A su vez esto ilustra el elemento de guerra civil «pura» que contenía el conflicto. El espíritu de guerra civil solía venir de España aun en presencia del enemigo común. «La noticia de la insurrección general de España —escribe Palacio Fajardo— llegó a México el 29 de julio de 1808. El entusiasmo que produjo estaba todavía en su auge cuando se anunció la llegada de dos diputados de la Junta de Sevilla que venían a reclamar autoridad soberana sobre la América española para aquella corporación. Tal era la general disposición en favor de la península que según toda probabilidad hubieran accedido los mejicanos a las demandas de la Junta si, durante los debates en una reunión de los oficiales civiles y militares convocados por el virrey, no se hubieran leído despachos anunciando el establecimiento de la Junta de Asturias y poniendo en guardia expresamente a los mejicanos para que no reconociesen a la Junta andaluza. Ya se concibe hasta qué punto esta rivalidad declarada debió afectar

---

[13] Véase relato de *Jovellanos* sobre intentos franceses para ganárselo, en su *Memoria*, parte II, artículo primero.

[14] Sobre todos estos puntos véase *I. B.*

las opiniones de los mejicanos sobre el espíritu de la revolución de España» [15].

Estas palabras de uno de los criollos más separatistas de aquella época ponen de manifiesto cómo, en el preciso momento en que los pueblos de la América hispana se sentían en unión tan estrecha con los de la metrópoli, cuando hubieran estado dispuestos a reconocer no sólo la soberanía de Fernando VII, Rey de todos los reinos españoles, sino también la de la nación española (lo que hubiera rebajado la categoría de los reinos americanos a la de meras colonias) en aquel momento era de la misma España de donde les venía la indisciplina y el separatismo. Las naciones del Nuevo Mundo, que ya de por sí comenzaban a tener conciencia de su mayor edad, se veían solicitadas por las diversas autoridades que en la Península pretendían ser herederas de Carlos V y de Felipe II en su soberanía de las Indias; y el mero hecho de que estas varias autoridades —José Bonaparte, Fernando VII, la Junta de Sevilla, la Junta de Asturias y luego la Junta Central— fueran varias y no una, revestía a cada una de las naciones hispanoamericanas de una soberanía de hecho, la de decidir cuál de las soberanías de derecho iba a reconocer. Nada pues de extraño que todas terminaran por no reconocer más soberanía de derecho que la suya propia [16].

*

Al adoptar solución tan radical, las naciones españolas de ultramar y las ciudades capitales que solían arrogarse el derecho de hablar en nombre de todo el país, no hacían más que manifestar el vigor de una tradición española secular. En la petición presentada al Virrey Iturrigaray el 5 de agosto de 1808 por el Cabildo de Méjico se hacía valer esta doctrina con toda claridad. El Cabildo de Méjico apuntaba que las Juntas de Gobierno y de cuerpos respetables de las ciudades y los reinos eran cosa en conformidad exacta con la ley que ordena que los casos arduos se consideren en Asambleas Generales; y hacía valer que en las circunstancias existentes, como consecuencia del secuestro del Rey, quedaba la soberanía investida en la nación, y a fin de que pudieran consultarse sus intereses, las autoridades unidas juntamente con los municipios, que son las cabezas del pueblo, hacen exactamente lo mismo que haría un monarca en pro del bien común. Méjico, decía el Cabildo, se apoya en los mismos principios que han determinado la actitud de Sevilla, Valencia

---

[15] Véase cita de Humboldt, cap. VIII, pág. 3, nota 2, *ut supra.*

[16] *P. F.*, págs. 35 y sigs.

y otras ciudades de España; y está igualmente capacitada que lo estuvieron ambas fieles capitales para hacer lo que considere necesario en tan urgentes circunstancias [17].

El Cabildo no abrigaba propósitos revolucionarios. Lejos de innovar, proclamaba la esencia tradicional y jurídica española de su actitud. Aspiraba a constituir una Junta compuesta de sí mismo, de la Real Audiencia, del Arzobispo, y de diputados de los tribunales, de los cuerpos eclesiásticos y laicos, de la nobleza y de los ciudadanos principales así como del brazo militar. Esta composición no es de las que hoy llamaríamos *democráticas;* no había representación del pueblo, en el sentido estricto del vocablo. Sin embargo, para el Cabildo y para la opinión pública de aquellos días, era una Junta representativa. Una de las razones que el Cabildo alega para justificar la creación de la Junta, es precisamente para satisfacer los deseos del pueblo, restituyéndole aquellos medios que antaño tenía de apelar al Consejo de Indias o a la persona del Rey. Y después de haber hecho constar que a consecuencia de la ausencia del monarca la Junta sería el único medio que le quedaba al Reino para afrontar la crisis dice el Cabildo que la unión de las autoridades es también necesaria por ser el mejor medio para crear unanimidad en el pueblo [18].

El primer impacto de los sucesos de España sobre los reinos españoles de ultramar puso pues en movimiento reacciones razonables, constructivas y leales al Rey. Lo que parecen anhelar entonces los españoles americanos es la consolidación de aquel racimo de reinos que había sido hasta entonces el Imperio, mediante el fomento en cada uno de ellos de instituciones brotadas del derecho público hispano, a través de las cuales pudiera circular por todo el conjunto la savia política de cada una de las naciones del Nuevo Mundo. En esta primera fase al menos, no cabe poner en tela de juicio la sinceridad y el fervor de su lealtad. Aunque hubo sin duda caudillos y precursores que abrigaban planes más osados, el conjunto de la opinión pública era realista. «El derecho español —escribe Palacio Fajardo en 1817— requería el establecimiento de una regencia en lugar de la Junta Central; a pesar de lo cual se reconoció la Junta, y se le dio en Hispano-América apoyo tan eficaz que se remitieron a España más de noventa millones de pesos antes de principios de 1810.» Se refiere a donativos para la guerra contra Napoleón. La agresión napoleónica hubiera podido reforzar en

---

[17] *P. F.*, págs. 35 y sigs.
[18] Loc. cit., pág. 38.

vez de relajar los vínculos que unían a los reinos españoles de uno y otro lado del mar [19].

Pero existían factores contrarios. Uno de ellos era la sensación de inseguridad. «¿Qué será de nosotros si queda España conquistada?, es la pregunta que todo el mundo se hace», escribe Palacio Fajardo. No hay apenas Junta de las creadas en ultramar que no invoque la defensa nacional como una de las primeras causas de su propia creación y uno de sus primeros deberes. El Cabildo de Méjico, por ejemplo, escribía que la Junta era necesaria porque, «aunque hasta entonces no había habido peligro urgente del lado de Francia, era menester no abandonar los medios de defensa»; y análogas palabras se decían y escribían entonces en todas las capitales de la América española. Los ingleses, aunque apoyando a España en su lucha contra Napoleón, seguían tan empeñados como siempre en descoyuntar el Imperio de España. Pero de no haberse dado factores internos, que actuaban en el mismo sentido, es probable que hubiera bastado el patriotismo hispánico que la agresión de Bonaparte provocó en los pueblos del Nuevo Mundo para haber hecho infructuoso el empeño disruptor del inglés. Tomaron las cosas otro giro, llevando al Imperio a su total desintegración, a causa de un conjunto de factores internos, entre ellos: el egoísmo de las clases comerciales españolas-europeas tanto del Nuevo como del Viejo Mundo; la actitud imperiosa de algunas autoridades españolas para con las aspiraciones representativas de sus gobernados; la inexperiencia y falta de tacto y aun de generosidad de los gobiernos provisionales de España; y el fermento separatista que fue penetrando poco a poco en las Juntas americanas al impulso de una minoría activa e inteligente de dirigentes, en su mayoría aristócratas [20].

*

La Junta Central, cuya misma existencia se debía a la rápida generación espontánea de juntas provinciales en todo el país, en lugar de gobernar a través de ellas, trató de limitar sus poderes y procuró gobernar mediante las autoridades locales del antiguo régimen. Su reglamento de 1 de enero de 1809 se proponía la eliminación virtual de las Juntas provinciales, cuyo fomento y vigor patriótico hubieran remozado la vida política del país. Esta actitud de la Junta Central en España explica su actitud en América. En lugar de fomentar la creación de juntas locales en ultramar, permaneció pasiva y fría para con las que

---

[19] Loc. cit., pág. 41.
[20] Loc. cit., págs. 37, 45.

se fueron creando espontáneamente. Bien es verdad que adoptó dos decisiones de interés para con los reinos de ultramar: los declaró «parte integrante de la nación»; y les invitó a que eligieran un diputado cada uno para que viniese a formar parte de la Junta Central en términos de igualdad con los diputados elegidos por las provincias del reino metropolitano. Esta segunda decisión fue objeto de acerbas críticas, porque en la Junta Central había dos diputados por cada una de las provincias de España [21].

La postergación que se infligía a los reinos de ultramar fue don del Cielo para la minoría separatista de las Indias. Pero no podía ser más natural. En primer lugar, entraba el elemento de la distancia. Éste es uno de los muchos modos en que la naturaleza humana es absurda, pero muy humana y muy natural. Aquellos reinos eran vastos, pero tan lejanos que los hombres que en España tenían que decidir estos problemas representativos no lograban hacer el esfuerzo mental necesario para equiparar al Perú con Cataluña y a Nueva España con Aragón. Había además que tener en cuenta una especie de sentimiento «materno» que decía oscuramente a los vocales de la Junta Central y a la opinión ambiente de España: «Esos pueblos americanos son nuestros, nuestros no como siervos, esclavos, súbditos, sino nuestros como hijos. Somos en verdad padres liberales y modernos ya que les dejamos discutir con nosotros sobre un pie de igualdad.» Y ya agotada su liberalidad, los hombres de la Junta reducían la representación de los reinos de ultramar a un diputado por país en lugar de dos —sino de más—, ya que en teoría cada reino pudo haber aspirado a tantos diputados como España a prorrata de sus habitantes. Absurdo todo ello, pero natural y humano, y sin asomo de esos matices siniestros y opresivos que pintaban entonces los revolucionarios separatistas y que siguen hoy pintando los tontilocos [22].

Complicaba además las cosas el carácter mixto de la población, factor que vino a la superficie en la crisis siguiente de las instituciones representativas, cuando la Junta Central, cediendo a la presión popular tuvo que convocar las Cortes. Aunque remisa en hacerlo justo es reconocer que cuando lo hizo la Junta adoptó por base principios liberales e igualitarios hasta entonces no conocidos en ninguna otra nación del mundo. Hallábase a la sazón en Londres un español liberal e inteligente, Don Álvaro Flórez Estrada, Procurador General de Asturias, el cual, en un libro sobre las disensiones de América con España, pu-

---

21 Bien explicado todo esto en *F. E.*, págs. 23 y sigs.
22 Véase *Toreno*, lib. VII, pág. 285.

blicado en 1811, si bien severo crítico de la Junta en general, alabó el espíritu liberal y democrático del decreto-convocatoria. Ello no obstante apuntaba Flórez Estrada que «por una de aquellas inconsecuencias que tan comunes son en los hombres [...], la Junta Central en esta ocasión, no concedió a la América toda la cantidad de representación que le correspondía con arreglo a la población de Indios y Negros: la concedió sólo con respecto a la población de Criollos y Europeos». Asintiendo a que esta decisión fuera razonable a causa del estado de atraso de las gentes de color, sigue diciendo el crítico: «lo que la razón no puede aprobar es que la elección no fuese popular como en la Península, sino hecha por los Cabildos, pues que no puede llamarse libre el pueblo cuyos individuos todos no ejerzan tan inajenable derecho» [23].

No dejaron de tomar nota de ambos extremos los descontentos del Nuevo Mundo. En cuanto a la cantidad de representación, el propio Estrada observa que el reproche carece de fundamento. Bien es cierto que se concedían veinticuatro diputados a las Indias para quince millones de personas. Pero, de ellos, ocho millones eran indios y cuatro negros; de modo que dejando aparte estos doce millones, por estar todavía incapacitados para la representación política, quedaban tres millones representados por veinticuatro diputados *. La otra decisión criticada, la de elegir los diputados americanos en los cabildos y no en comicios populares, no era de las que en el fondo podía disgustar a las oligarquías criollas, que venían disfrutando secularmente del dominio municipal de Hispano-América [24].

---

[23] *F. E.*, págs. 35 y sigs.

* En la Convención General de 1787, que redactó la Constitución de los Estados Unidos, se planteó un problema semejante, por desacuerdo entre el Sur y el Norte sobre cuál debía de ser la base demográfica de la representación. Pretendía el Sur simultáneamente negar el voto a los esclavos, pero contarlos como habitantes en la evaluación de los diputados que se concederían a cada distrito. «Mr. Gerry —escribe Madison en su *Diario*— opinaba que la propiedad no podía ser base de representación. Pero entonces ¿por qué razón constituirían base de representación los negros que constituyen propiedad en el Sur y no el ganado y los caballos en el Norte?» A fin de cuentas se aprobó el 11 de enero el artículo correspondiente de la Constitución sobre la base del compromiso más fantástico: se contarían los esclavos, pero sólo a razón de tres quintos de hombre por esclavo. Redactóse además el texto de modo tal que no figurara la palabra esclavo, aunque quedaba por eliminación en posesión exclusiva del sentido de la frase.

[24] *Debates of the Federal Convention of 1787 which framed the constitution of the United States of America, reported by James Madison. New York Oxford University Press, 1920.* El texto del artículo, que es

Claro está que el conflicto no se debió a estos argumentos de superficie, sino a que entre los caudillos separatistas de América y las autoridades españolas de la Península no había transacción posible. Cometieron graves errores la Junta de Sevilla, la Junta Central, y sobre todo la Regencia. Pero aunque estos Gobiernos provisionales se hubieran conducido de un modo impecable, los caudillos separatistas, instrumentos de fuerzas allende su alcance, no hubieran podido actuar de modo distinto al que lo hicieron. «La justicia está enteramente de vuestra parte —escribía entonces Flórez Estrada—, mas la generosidad no puede aprobar vuestra conducta [...]. En el momento en que el Gobierno espontáneamente os había concedido derechos, que ninguna nación recobró sin derramar mucha sangre; en el momento que habíais ofrecido permanecer unidos a nosotros para llevar a cabo la obra más grande y más justa que los hombres vieron; en el momento en que íbamos a gozar por primera vez del privilegio de ser todos libres, y a formar el Imperio más poderoso del Globo, sin necesidad de hacer conquistas ni usurpaciones; en el momento en que para conseguir todos estos grandes objetos nada más necesitábamos que trabajar de concierto; ¡en ese mismo momento os separáis de nosotros, para que divididos y sin fuerza todos seamos presa de uno, o de muchos tiranos! ¡Ninguna consideración tendrá para con vosotros el ser deudores de esa Patria, que disfrutáis, a aquellos españoles cuyos nietos están ahora en la Península, derramando su sangre por conseguir la libertad, que no podrán obtener sin vuestro auxilio! ¡Tan poca generosidad será la vuestra, que nos abandonéis en tan deplorable situación, cuando sin nuestra lucha no hubierais evitado las cadenas con que el astuto Opresor del Continente os hubiera aherrojado antes que hubieseis tenido noticia ni de nuestra situación ni de sus intenciones! ¡Nosotros

---

el primero, sección 2, párrafo 3, reza como sigue: «Se repartirán los diputados y los impuestos directos entre los diversos Estados que vinieran a incluirse en la Unión, con arreglo a su población, que se fijará añadiendo al número de personas libres, incluso las obligadas a servir por cierto número de años y excluyendo a los indios que no pagan tributo, tres quintos de las demás personas», pág. 697. El artículo quedó sin vigor al adoptarse el 18 de septiembre de 1865, la enmienda 13 a la Constitución, que abolía la esclavitud.

Estrada se equivoca en sus cálculos aritméticos al aducir que, prescindiendo de negros e indios, quedaban en pie de igualdad los americanos y los peninsulares, porque a razón de uno por cincuenta mil, que era la base europea, sólo salen para veinticuatro diputados un millón doscientos mil blancos en las Indias, siendo así que él mismo alega eran tres millones.

no os queremos esclavos; os queremos libres; os queremos iguales a nosotros!» Y el generoso pero inteligente asturiano resume la situación con estas palabras significativas: «Pero sobre todo, americanos, os dicen vuestros hermanos los de España: ¿Qué es lo que pretendéis? ¿Nada más deseáis que ser libres? ¿O deseáis serlo, pero separados de nosotros, y sin tomar interés en nuestra libertad?» [25].

---

[25] *F.E.*, págs. 110, 112 y sigs.

CAPÍTULO XIII

BOLÍVAR DECLARA LA GUERRA A ESPAÑA

El 24 de julio de 1808, día en que Bolívar cumplía los veinticuatro, el Fiscal de la Audiencia de Caracas informaba como sigue: «El día 15 del presente mes se apareció el Bergantín de la Nación francesa con dos oficiales comisionados por su gobierno con un despacho del consejo de Indias en que se ordena por este oprimido tribunal de nuestros dominios que se reconozca en ellos al Príncipe Murat por teniente general y Gobernador a nombre del Señor don Carlos IV, y otro del Ministro de relaciones exteriores, participando de oficio la cesión del Emperador Napoleón en su hermano el Rey de Nápoles a virtud de la que había hecho el Señor don Carlos IV. Confirmada así la novedad corrió luego por todo el vecindario, porque los emisarios de Francia manifestaron el fin de su venida, mostrando una gaceta impresa en Bayona que refiere dichos acontecimientos, de que resultó amotinarse todos por calles y plazas, prorrumpiendo en execraciones contra el usurpador y aclamando con reiterados vivas el nombre adorado de Fernando VII. La misma tarde deliberaron jurarle, levantando el Real Pendón como en efecto lo hicieron, si no con la suntuosidad que en otras circunstancias era debida a tan alto y plausible motivo, a lo menos con la expresión más animada, tierna y sincera, sin que fuera posible contener el entusiasmo general del pueblo» [1].

En carta fechada en La Guaira el 19 de julio de 1808, el Capitán Beaver, de la Marina británica, refería estos sucesos a su jefe el Almirante Sir Alexander Cochrane: «Fondeé en La Guaira en la mañana del 15, y mientras aguardaba a acercarme, ostentando la bandera de canje, observé un bergantín con ban-

---

[1] *R. D. U.*, págs. 9, 10.

dera francesa que estaba echando el ancla. Había llegado la noche anterior de Cayena, con despachos de Bayona [...]. Poco antes de ponerme en camino para Caracas, retornó el Capitán del bergantín francés muy disgustado, según me dijeron, porque le habían insultado públicamente en la ciudad. A eso de las tres llegué a Caracas y presenté los despachos de V. E. al Capitán General, que me recibió con mucha frialdad, o mejor descortesía, apuntando que aquella hora no era muy oportuna [...] y que puesto que no había comido, sería mejor que me fuese a comer y volviera dos horas más tarde. Al entrar en la ciudad había observado entre la gente gran efervescencia [...] y cuando entré en la posada grande de la ciudad me rodearon gentes de casi todas las clases. Allí me enteré de que el Capitán francés que había llegado ayer había [...] anunciado la subida al trono español de José Bonaparte, y había traído órdenes del Emperador francés para el Gobierno. Al instante se armó la ciudad; 10.000 de sus habitantes rodearon la residencia del Capitán General exigiendo se proclamara a Fernando VII como su rey; lo que prometió verificar al día siguiente. Pero esto no les satisfizo; y lo proclamaron aquella misma tarde por heraldos, con toda solemnidad, por toda la ciudad, colocando su retrato iluminado en la galería del Ayuntamiento» [2].

El Capitán Beaver continúa diciendo: «A los franceses los insultaron públicamente primero en el café, de donde tuvieron que retirarse; y el Capitán francés salió de Caracas discretamente hacia las ocho de la noche, con una escolta militar, y así salvó la vida; porque a eso de las diez el populacho pidió su persona al Gobernador, y al enterarse de que se había marchado, le siguieron trescientos hombres para darle muerte. Yo, aunque recibido fríamente por el Gobernador, me vi rodeado de todos los habitantes honorables de la ciudad, que saludaban en mí a su libertador. Devoraron con avidez las noticias de Cádiz que les traje, provocando aclamaciones entusiastas de gratitud a Inglaterra. Nuevamente ante el Gobernador hacia las cinco de la tarde, lo primero que exigí fue la entrega de la corbeta francesa, o por lo menos que se me permitiera apoderarme de ella en aguas de la bahía, vistas las circunstancias en que había entrado. A ambas peticiones se me negó terminantemente, así como también a apoderarse él mismo de la corbeta; antes al contrario, me dijo que había dado órdenes que se hiciera a la vela inmediatamente. Le informé de las que yo tenía de apoderarme de la corbeta si zarpare, a lo que asintió; y al propio

---

[2] *P. F.*, págs. 29-33. Hay otra versión de estos sucesos, del oficial francés Lamanon. Se hallará en *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 201.

tiempo le dije que si no estaba ya en posesión de los españoles a mi regreso, la tomaría yo. Replicó que daría órdenes al Comandante de La Guaira que disparase contra mí si tal hiciere; a lo que yo repuse que sería él responsable de las consecuencias, añadiendo que consideraba el modo como me había recibido en Caracas más de enemigo que de amigo, mientras que le traía noticias de haber cesado las hostilidades entre la Gran Bretaña y España; y que su conducta para con los franceses era de amigo, mientras que sabía que España y Francia se hallaban en guerra. Replicó que España no estaba en guerra con Francia; a lo que argüí que si el cautiverio de dos de los reyes de España y la toma de posesión de Madrid no era guerra, ¿a qué cosa llamaba él guerra? Se limitó a contestar que no tenía noticias procedentes del Gobierno español, y que no podía dar carácter oficial a lo que V. E. decía en sus despachos» [2].

*

Este cuadro define a grandes rasgos la situación: la lealtad tan conmovedora como inmerecida que el pueblo americano manifestó para con Fernando VII, símbolo y encarnación de España; el apego, no mucho mejor inspirado, que los «habitantes más honorables» de la ciudad manifestaron al marino inglés, símbolo y encarnación de la Inglaterra libertadora; y la desconfianza huraña del Gobernador para con el adversario tradicional de España en el Nuevo Mundo, debida a la propensión de las autoridades españolas de las Indias a preferir una España regida por Bonaparte a una España aliada de Inglaterra. Pero esto es precisamente lo que el pueblo no toleraba. Aclamando con delirante entusiasmo el pendón real que alzaba por las calles de la ciudad el alférez hereditario Don Feliciano Palacios, tío de Bolívar, el pueblo de Caracas gritaba por doquier: «¡Castilla y Caracas, por el Señor Don Fernando VII y toda la descendencia de la Casa de Borbón!» Sin osar oponerse al entusiasmo del pueblo, el Capitán General Don Juan de las Casas constituyó una Junta el 16 de julio de 1808 con delegados de la Audiencia, el Cabildo, el Ejército, el Clero, la Real Hacienda, el Consulado y la nobleza, amén de dos letrados. «Allí se leyeron los papeles de Bayona y se acordó sostener el trono de Fernando según lo pedía el pueblo alarmado contra los franceses» [3].

Pero el fermento operaba precisamente con la mayor actividad en aquellas clases superiores donde el Capitán General había ido a elegir los vocales de su Junta. Uno de los diputados

---

[3] *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 200; *R. D. U.*, págs. 8, 11.

del Cabildo, el síndico personero Echezuría, protestó «contra la elección de los vocales, nombrados por el Presidente sin consulta ni anuencia del vecindario». Las Casas se tragó la Junta ya nombrada y escribió al Cabildo: «he creído después de una madura y detenida reflexión que debe erigirse en esta ciudad una Junta a ejemplo de la de Sevilla, y deseando que se realice a entera satisfacción de los mismos que se interesan en ella en común utilidad de todos, espero que V. S. me manifieste en este delicado asunto cuanto le pareciere con toda la brevedad que fuese posible». Iban tomando los sucesos en Caracas giro muy parecido al de los de las ciudades de España. Pero, mientras en España era el pueblo el que desconfiaba de la autoridad establecida, por sospecharla de desafecta al Rey, en Caracas, al lado de una actitud idéntica del pueblo, la autoridad tenía que hacer frente al despego y aun a la enemiga de las clases altas, por el mero hecho de ser la autoridad. Astutamente las clases altas explotaban la lealtad del pueblo para sus propios fines, que eran exactamente contrarios. En la respuesta del Cabildo al Capitán General, redactada por el Regidor Méndez y el Síndico Echezuría, se dice: «Ningún español ha podido reconocer por su Rey y señor natural, ni ha reconocido en efecto ni reconocerá jamás otro que a nuestro muy amado soberano el señor Don Fernando VII; todos le hemos jurado, así como en su defecto a sus legítimos sucesores. Nuestras leyes, pues, y nuestro gobierno son siempre los mismos y lo son también por una consecuencia necesaria las autoridades legítimas constituidas. Desconocerlas sería visiblemente contradecirnos: desacatarlas, atentar manifiestamente contra la suprema ley del buen orden y tranquilidad pública.» El Cabildo proponía pues una Junta presidida por el Capitán General y parecida a la de Casas, salvo que encerraba una innovación notable: se hallaba representada la plebe. Esto prueba hasta qué punto se sentían seguros los magnates de Caracas de llevar al pueblo adonde ellos querían. Pero, así las cosas, se presentó en Caracas un emisario de la Junta de Sevilla, novedad que parece haber influido en la decisión que tomó Las Casas de dar tiempo al tiempo [4].

*

Las palabras arriba citadas se destacaban indudablemente sobre un fondo que rebasaba el orden establecido. Las Casas no necesitaba además de frases sibilinas en documentos oficia-

---

[4] *R.D.U.*, págs. 11, 12.

les para darse cuenta de las intrigas y conspiraciones que pululaban en torno suyo contra el poder español. Demasiado sabía quiénes eran los conspiradores y dónde se reunían, puesto que eran personas de la misma sociedad que frecuentaba él como primer ciudadano del Estado. El mismo día en que escribía al Cabildo consultándole sobre la composición de la Junta (27 julio 1808), el Gobernador enviaba a su propio hijo José Ignacio a aconsejar a Simón Bolívar que no recibiese amigos peligrosos. Un Capitán, Manuel de Matos, resentido por ciertas pérdidas comerciales que atribuía al Gobierno, andaba preconizando el exterminio o expulsión de todos los españoles europeos, «hacerse ricos con su sustancia» y llegar a un acuerdo con los ingleses. Preso, y luego puesto en libertad, Matos merecía por lo visto el manicomio más que la cárcel. Matos es la única persona mencionada en la primera carta conocida de Simón Bolívar, cuando, casi un niño, escribía desde Veracruz (marzo de 1799) mandando recuerdos a sus amigos de Caracas. Entre los complicados en el proceso de Matos figuraban dos parientes de Simón Bolívar: José Félix Ribas y Juan Jerez Aristeguieta. Todo esto explica la visita de José Ignacio Casas a Simón Bolívar poco después de descubierta la conspiración. «Tú sabes que soy tu amigo —dijo a Bolívar el hijo del Capitán General— y te estimo aunque no te frecuento, y así me sería muy doloroso que te vieses en alguna aflicción, por lo que te estimaré no admitas sociedades en tu casa ni comensales, porque éstas te perjudican.» Bolívar contestó: «Estoy desesperado por salir de gorrones que me incomodan; yo a nadie llamo y estoy inocente de cualquiera calumnia.» Volvieron después al salón los dos jóvenes que hasta entonces habían estado hablando a solas, donde se reunieron con Juan Vicente Bolívar y otros, llegando a poco José Félix Ribas [5].

La escena es característica de aquel tiempo. Los jóvenes caraqueños a quienes mandaba mensajes de prudencia y cautela el Capitán General, eran precisamente los cabecillas del movimiento contra España. Ribas, que le llevaba ocho años a su pariente Simón Bolívar, gustaba más del tapete verde que de la mesa de trabajo, como se desprende de su ortografía y de su estilo chabacano. Vaya un ejemplo: «Pedro: Francisco me cobra 40 honsas que le quedé debiendo en Chacao, y dice que te entregue a tí veintidós honsas, y como en el día no tengo ni un cuarto y que absolutamente me ayo sin recursos te incluyo la

[5] *B.A.N.H.V.*, núm. 52, pág. 617; *P.P.-H.R.*, t. I, págs. 211-213.

adjunta cuenta para que te sirvas abonar en cuenta las 22 honsas. El resto veré el remitirtelo lo más pronto. Tu José Felis Ribas.» Y conste que los hay peores. Su presencia en casa de Bolívar la noche misma en que José Ignacio Casas aconsejaba prudencia, prueba que la respuesta de Bolívar a su amigo fue mera evasiva. Bolívar era ya entonces uno de los cabecillas de la conspiración contra España, cuyo cuartel general era su casa de las Gradillas, a orilla del río Guayre, la misma que había heredado del Padre Aristeguieta con la condición expresa de que permaneciese fiel al Rey de España y al Rey del Cielo. «Agavillados en la casa de Simón Bolívar, inmediata al río Guayre —escribe Urquinaona, el neogranadino al servicio de la Regencia— y afectando seguir las ideas manifestadas por el Gobierno en los momentos de su tribulación, trataron de destruirlo y establecer la independencia bajo el mismo plan de la Junta que alucinase al público con el pomposo título de conservadora de los derechos de Fernando» [6].

Era desde luego un secreto a voces. Bolívar sabía perfectamente que el Gobierno no le creería sus negativas. Anunció a José Ignacio Casas que se iría al día siguiente a su hacienda «para que no le nombrasen en nada»; y en efecto se fue —provocando así en Briceño sospechas de que se alejaba para sustraerse a las consecuencias de su proceso—. Este período de la vida de Bolívar revela petulancia y arrogancia juveniles en mescolanza con privilegios aristocráticos del pasado y sueños democráticos del porvenir. Por su riqueza era el centro de una sociedad o grupo de jóvenes de selección aun dentro del ambiente literario y social superior al que sus familias pertenecían, que se reunían en su casa para gustar de buena mesa y de conversación ardiente. Los más eran hacendados pudientes; algunos personajes del mundo oficial, como los oidores Don Felipe Martínez y Don José Bernardo de Asteguieta; era también del grupo el tío de Simón Bolívar, Pedro Palacios, ya Alguacil Mayor. Pero Pedro y los oidores se dieron pronto cuenta de que había entre ellos un círculo interno el «partido de gente joven», y como «observaron ciertas truhanerías» se retiraron prudentemente. Constituían aquellas reuniones una especie de

---

[6] *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 583, 584. Nótese que el lamentable estilo y ortografía de José Félix, que ni siquiera era capaz de escribir correctamente su propio nombre, contrastan con el estilo de su hermano Juan Nepomuceno, lo que prueba que fallaba el carácter y no la educación familiar. José Domingo Díaz dice que estaba lleno de deudas contraídas para satisfacer sus vicios. *R. D. U.*, pág. 12.

«junta o congreso criollo», que se proponía la independencia, la acción y al parecer hasta el asesinato del Capitán General y del Regente de la Audiencia [7].

*

Aquellos españoles europeos y españoles americanos, oficiales y particulares, agrupados en toda suerte de combinaciones, pasaban de un partido a otro y de la revolución a la represión, bajo la influencia de conjunciones de fuerzas que las circunstancias hacían y deshacían en continuo tejer y destejer. El Marqués de Toro, por ejemplo, iría por la mañana, como Coronel de Milicias, a una Junta convocada por el Capitán General, para estudiar las medidas necesarias a fin de hacer frente a alguna conspiración; y al caer de la tarde, como joven animoso y apuesto de la nobleza de Caracas, a una reunión de conspiradores en casa de Bolívar. ¿Traidores? De ningún modo. En parte, en lo hondo cierta índole movediza debida a su sangre, ya que por blancos que fueran, pocos eran los que no tenían sus gotas de los otros dos colores de las Indias; mas en la superficie, las luces cambiantes de aquellos tiempos, la inconstancia de la fortuna en lo sucesos de España, y hasta el vaivén de las cosas en la misma Venezuela, donde los caraqueños apenas sabían si terminarían súbditos españoles de la Casa de Borbón, súbditos españoles de Bonaparte, súbditos británicos o venezolanos independientes. En este cuadro de colores cambiantes y de perfiles móviles e indefinidos, eran pocos los hombres que se mantenían constantes en su terreno y que sabían lo que querían. Uno de estos hombres: Bolívar.

Las postrimerías del Gobierno de Las Casas, que coinciden aproximadamente con el final del año 1808, transcurrieron en una lucha entre la tendencia patriótica y fernandista del pueblo, la conservadora y francófila de las autoridades y de muchos blancos ricos, tanto europeos como americanos, y el empuje revolucionario y separatista de unos cuantos blancos ricos, casi todos anglófilos. La iniciativa de Las Casas, invitando al Cabildo a que le presentara planes para una junta (27 julio 1808), vino a ser punto de convergencia para estas tres fuerzas. Cuando Don José Meléndez Bruna, enviado por la Junta Suprema de España, llegó a Caracas (5 agosto 1808) anunciando victorias españolas y el fracaso de la agresión napoleónica contra España, hubo en Caracas general regocijo. Pero las clases privi-

---

[7] *B.A.N.H.V.*, núm. 52, pág. 617. Representación de Sanz, pág. 621. *P.P.-H.R.*, pág. 210.

legiadas no cejaron en sus planes de independencia y procuraron ganarse el apoyo del pueblo. Don Antonio Fernández de León, más tarde Marqués de Casa-León, opulento hacendado que vivía con boato casi oriental entre esclavos y familiares, protestó airadamente contra la idea de que el Capitán General o la Audiencia asumieran derecho a reconocer la Junta de Sevilla o a declarar la guerra a Francia y la paz con Inglaterra, alegando que tales derechos eran «privativos del pueblo» [8].

El 24 de octubre de 1808, el Marqués de Toro entregó al Capitán General una carta de Londres (20 julio 1808), en la que Miranda le instaba a que, a la cabeza del Cabildo, constituyera «un cuerpo municipal representativo» que tomara «a su cargo el Gobierno de esa provincia»; cuyo cuerpo mandaría representantes a Londres a fin de discutir con el Gobierno británico «lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo». El Marqués aseguraba que esta carta le infligía «una injuria atroz» y delataba a Miranda como traidor y hombre que, «descaradamente ingrato al país que lo tolera, quiere desfigurar la notable oferta que sabe el mundo ha hecho el Rey de la Gran Bretaña y ostentan su ministerio y pueblos, de auxiliar a España contra el enemigo común, sin otro interés que el de conservar la integridad de esta monarquía». A pesar de estas palabras, hábilmente redactadas para quedarse a sotavento de la Gran Bretaña, el opulento Marqués llevaba ya buen tiempo conspirando contra la monarquía e iba a volver a hacerlo a los pocos días, siguiendo a Fernández de León. Este turbulento aristócrata se había presentado en Caracas desde su hacienda de Maracay para obligar a Las Casas a constituir la Junta con arreglo a su antojo. Sólo halló dos caraqueños dispuestos a firmar su petición: Toro y José Félix Ribas. Pero entretanto circulaba ya por Caracas otra petición muy parecida que había logrado reunir la firma de numerosos notables caraqueños, incluso Ribas y Toro. Fernández de León se retrajo, porque al fin y al cabo no era suyo el papel. Pero Ribas montó en cólera acusándole de que «después que había sido el principal motor del proyecto que los había comprometido a todos quería ocultar la mano»; y sacando un arma —pistola o daga, no es seguro— le obligó a firmar. Los hubo que firmaron creyendo que todo se hacía de acuerdo con Las Casas; otros retiraron sus firmas; otros se negaron a firmar, entre ellos Simón Bolívar, que alegó lo hacía «por no haberse extendido como él quería»; tanto Simón como Juan Vicente Bolívar se marcharon a San Mateo [9].

---

8 *P. P.-H. R.*, t. I, págs. 214 y sigs.
9 *P. P.-H. R.*, t. I, págs. 224, 226.

Los dos jóvenes Bolívares eran ya ardientes republicanos y separatistas. La petición adoptaba una forma monárquica y leal. Aspiraba a «concurrir con todos los medios posibles a la grande obra de la conservación de nuestra santa religión, de la restauración de nuestro amado Rey, perpetuidad de la unión inalterable de todos los pueblos españoles e integridad de la monarquía»; y se proponía dejar a la Junta «en pleno y libre ejercicio de la autoridad que deba ejercer en nombre y representación de nuestro augusto soberano el Señor Don Fernando VII que Dios guarde». La generación joven, acaudillada por Ribas, usó esta fraseología adrede como cebo para los más viejos. La abstención de Bolívar se explica como una protesta tácita contra el engaño. A pesar de esta táctica del disimulo, los rebeldes eran demasiado numerosos para que el secreto no se propagara a muchos blancos y aun a gentes de color. Miguel José Sanz, letrado de gran reputación, que había sido tutor de las haciendas de Bolívar durante la menor edad del muchacho, y que, en tiempos del Capitán General Guevara, había ejercido máxima autoridad en el Gobierno, declaró más tarde haber sido objeto de la mayor presión por parte de la facción de Ribas para que firmase; hasta que terminó por declarar que consideraba el proyecto como «monstruoso e insensato». Discutiendo sobre el caso con Pedro Palacios, apuntó Sanz que «ya se murmuraba bastante en el pueblo creyéndose que esas personas nombradas querían usurpar el gobierno y tiranizarlo». Proponía Sanz que «puesto que se aseguraba el consentimiento del Capitán General», se diera conocimiento de todo el plan por medio de carteles «para desvanecer de este modo la idea de usurpación que había concebido el pueblo y entrase en conocimiento y confianza de lo que se iba a hacer» [10].

Según afirma Juan Nepomuceno Ribas, hermano de José Félix, en su declaración a las autoridades en el curso de la investigación judicial sobre este asunto, «los pardos se resistían creyendo perder su libertad». El pueblo era en efecto hostil a las clases altas, y favorable al régimen español —por un sentimiento tradicional que merecía más respeto del que las autoridades le otorgaron utilizándolo con harta liviandad para fines políticos—. Cubriéronse las paredes de la ciudad con pasquines contra los nobles; y Fernández de León iba y venía por Caracas arrancándolos y dándose aires de caudillo de la conspiración.

---

[10] *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 227. Confesión de Ribas a Díaz en *J. D. D.*, páginas 11, 12. «El licenciado Sanz declara que le persiguieron y hostigaron para suscribir hasta el extremo de manifestarles la monstruosidad del disparate que intentaban.» *R. D. U.*, págs. 13, 14.

Pero el verdadero caudillo era José Félix Ribas, en cuya casa se fraguaba el «trastorno», que iba a producir «indefectiblemente la independencia separando estas provincias de la metrópoli». Sin embargo, al ver que muchos firmantes retiraron sus nombres, los dirigentes precipitaron las cosas presentando el documento a las autoridades (24 noviembre 1808). Leyóse el papel en una sesión especial de la Audiencia; y al instante, dos capitanes uno del batallón de Pardos y otro del de Granaderos de Aragua y Valencia, declararon estar dispuestos a resistir por la fuerza a las intrigas de los aristócratas. Dentro de las veinticuatro horas decretó la Audiencia la prisión de todos los firmantes —desde luego con arreglo a su rango, cada uno en su casa o en su hacienda de campo—. En menos de tres meses, el 18 de febrero de 1809, estaban todos indultados y habían recobrado sus dignidades y cargos, declarándose explícitamente en la amnistía que no sería obstáculo lo ocurrido «para obtener los empleos públicos del real servicio ni otro alguno efecto». Sólo hubo una excepción: A Don Antonio Fernández de León se le deportó a España como «autor originario de todo», y «sujeto que en las actuales circunstancias sería indubitablemente muy perjudicial con su modo de pensar». Poco después de su llegada a España dimitió la Junta Central y se constituyó la Regencia, uno de cuyos cinco miembros había de ser americano. Para este cargo se eligió a un hermano del rebelde deportado, Don Esteban Fernández de León, cuya gestión como Intendente de Caracas había sido brillante. Pero no pudo ejercer el cargo porque resultó ser nacido en España [11].

*

El 17 de mayo de 1809 llegó a La Guaira el nuevo Capitán General. Don Vicente de Emparán, oficial de marina. Había sido años antes Gobernador de Cumaná, donde había dejado inmejorable recuerdo. «Esta provincia —escribía Dauxion Lavaysse—, su capital y otras ciudades son honorables monumentos a la prodigiosa influencia que puede ejercer sobre la prosperidad de una colonia un Gobernador selecto, prudente e ilustrado. Durante los once años (de 1793 a 1804) de su gobierno de esta colonia, don Vicente de Emparán concedió a la agricultura y al comercio una protección liberal que elevó su producción de 1805 al doble de la de 1799; llegó la prosperidad a ser general en todas las clases, y se acumularon considerables fortunas nuevas. La ciudad de Cumaná, a media legua del mar, sobre

[11] *R. D. U.*, pág. 14; *P. P.-H. R.*, t. I, págs. 231-236.

el Golfo de Cariaco, creció a tres veces su tamaño; en lugar de las antiguas barracas y cabañas se construyeron elegantes casas con tejados a la italiana; y un nuevo barrio o arrabal que rivalizaba con la ciudad antigua adoptó el nombre venerado de *Emparán*» [12].

Pocos años más tarde observaba los efectos de este excelente gobierno un capitán del ejército español recientemente llegado a Venezuela para guerrear contra Bolívar. «El 11 de abril desembarcamos sin novedad en Cumaná —escribe el Capitán Sevilla—, atravesando alborozados el pintoresco arenal que hay entre la playa y la población. Esta ciudad es pequeña, pero hermosa y abundante de bastimentos. Sus calles rectas, situadas al pie del cerro en que está el castillo, son anchas y espaciosas. Un cristalino río divide la población en dos partes brindando a la mayoría de aquellos habitantes magníficos baños en los patios mismos de sus casas. Así es que hay familia que se baña tres veces al día. Magníficas huertas ofrecen su eterno verdor a las orillas del río, desde cuyo puente principal se abarca un paisaje alegre y pintoresco a la vez. El pescado, tanto de mar como de río, es allí sabroso y abundantísimo. La población se compone de blancos y de indios por mitad, siendo muy pocos los individuos de color que allí viven. Las mujeres son allí numerosas, blancas como el alabastro, de pelo y ojos de ébano y agraciadísimas por demás. Con razón las llaman las andaluzas de América. Los indios se han distinguido allí siempre por su constante fidelidad a la causa española» [13].

Humboldt conoció a Emparán en Cumaná y ha dejado constancia de su estima para con tan ilustrado Gobernador. «El Gobernador de Cumaná se mostró muy complacido de nuestra decisión de permanecer en la nueva Andalucía, cuyo nombre era apenas conocido entonces en Europa [...]. Don Vicente Emparán nos enseñó algodón teñido con plantas del país y hermosos muebles hechos exclusivamente con maderas locales; tomaba sumo interés en la física y con gran asombro nuestro nos preguntó si creíamos que bajo los hermosos cielos del trópico contenía la atmósfera menos hidrógeno que en España, o si la rapidez con que se enmohece el hierro en estos países se debe sólo a la mayor humedad que acusa el higrómetro de cabello [...]. Era Don Vicente Emparán demasiado amante de la ciencia para que le pareciera extraño que viniéramos de tan lejos a fin de coleccionar plantas y de fijar la posición de unos cuantos lugares por medios astronómicos [...]. La deferencia que repetidas veces

---

12 *D. L.*, cap. VIII, t. II, págs. 196, 197.
13 *Sevilla*, cap. XVI, pág. 133.

nos mostró en público durante nuestra larga estancia su gobierno contribuyó no poco a procurarnos favorable acogida por todas partes en Sudamérica» [14].

A este excelente Gobernador no le arredraban las responsabilidades. «Don Vicente de Emparán —escribe Dauxion Lavaysse—, siendo Gobernador de Cumaná, tomó ante sí la decisión de permitir que los navíos de naciones amigas y neutrales comerciaran sin trabas en los puertos de su gobernación. Esta sabia medida propagó la abundancia y el bienestar en su provincia, mientras en las colonias vecinas la miseria y la desesperación producían revueltas y motines. Su soberano, lejos de censurarle, le otorgó alabanzas y favores.» Este toque completa el retrato. Emparán fue en efecto ejemplo notable de despotismo ilustrado. Pertenecía a la escuela formada por Aranda y Roda; hombres de clara inteligencia, buenos administradores, progresivos en su política, aristocráticos en su actitud, pero de una aristocracia fundada en la capacidad más que en la nobleza —acostumbrados a gobernar desde arriba, conscientes de lo que se proponían en bien del pueblo y poco dispuestos a discutir con el pueblo—. Este tipo de hombres se había formado en España bajo la influencia francesa, y hasta que el Terror vino a refrenar un tanto su entusiasmo, había sido ardiente afrancesado. Cuando la Revolución fue a parar al despotismo ilustrado del Primer Cónsul, que supo reprimir sus excesos y canalizar sus impulsos progresivos, todos estos afrancesados retornaron a sus primeros amores. Emparán llegaba a Caracas por deseo expreso de Napoleón [15].

La opinión general lo recibió con frialdad precisamente por afrancesado, pero los jóvenes separatistas se apresuraron a rodearlo y Simón Bolívar fue uno de sus íntimos. El «clima» político que había creado el nuevo Capitán General era casi idéntico a aquel en que florecían los separatistas caraqueños. Todos eran *filósofos;* todos aspiraban al bien del pueblo sin que el pueblo viniera a estorbarles en sus esfuerzos para mejorar su suerte; todos eran, en una palabra, déspotas ilustrados. Como dice el proverbio, Dios los cría y ellos se juntan. Emparán había llegado de España en compañía de dos notorios separatistas: Don Fernando de Toro, hermano del Marqués y compañero de Simón Bolívar en sus alegres días de París, que retornaba a Venezuela decorado con el título de Inspector General de Milicias; y Don Agustín García, que regresaba de Coronel, a pesar

---

[14] *H. P. N.*, lib. II, cap. IV, t. I, pág. 292.

[15] *D. L.*, t. II, pág. 197. Sobre afrancesamiento de Emparán, capítulo XVI más abajo, sección 1.

de que uno de los predecesores de Emparán, el General Guevara, lo había mandado a España alejándolo de aquellas provincias porque «no convenía en ellas». El nuevo Gobernador comenzó pronto a dar señales de un despotismo ya apenas ilustrado, nombrando y separando funcionarios, castigando a altos y bajos, y todo ello de manera que hace decir a un historiador venezolano moderno: «La impresión y las protestas que provocaron aquellos procedimientos fueron tan violentas y extraordinarias, que vinieron a demostrar de manera inequívoca cómo los antecesores de Emparán habían ejercido regularmente sus funciones dentro de los límites legales, y cómo el despotismo era cosa inusitada en el gobierno de la provincia, a pesar de cuanto dirán interesadamente los revolucionarios de 1810, y se repetirá después» [16].

*

El 30 de julio de 1809, Miguel Joseph Sanz envió al Rey una representación protestando contra la persecución de que le hacía objeto Emparán, instigado por los hermanos Toro, por haber declarado contra ellos en la investigación promovida con motivo de la formación de la Junta de 1808. Sanz y su yerno, el Capitán Rodríguez, habían probado su lealtad para con la causa española, y tomado medidas para «desbaratarles las ideas» a los conspiradores, así como para «contener a los autores, que ya públicamente corrían las calles a pie y a caballo, buscando partidarios, como habrá visto V. M. en el proceso». Sus declaraciones se hicieron públicas y produjeron odio mortal entre ambos bandos. «Tan público y descarado es este odio, que en las calles no se quitan el sombrero, y pasan mirando con un semblante amenazador y de tácito desafío.» Sanz y su yerno se quedaron consternados al ver llegar a Emparán acompañado de Fernando Toro y Agustín García. «Temieron todos —escribe Sanz al Rey— que había llegado el caso de ser desleales, o de morir por no serlo.» Sigue diciendo Sanz que «apenas se hizo reconocer a don Fernando por Comandante General, cuando empezó mi yerno Rodríguez a sentir los efectos del resentimiento y del odio»; y alega que todo se debía a que en sus declaraciones ante el juez, tanto el suegro como el yerno habían manifestado «las especies que concurrían para sospechar que el Marqués del Toro era el eje principal de la proyectada independencia desde el año de 1797 en que se descubrió la revolución de Gual, Picornel y España; confirmadas con los indicios que se

---

[16] Representación de Sanz: *B. A. N. H. V.*, núm. 52, págs. 619, 623; *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 259.

tuvieron en el de 1806 en la invasión de Miranda: y ratificadas con los pliegos que de éste recibió el mismo Marqués en el de 1808».

Añade Sanz que, considerando que el motivo de la persecución que les inflige Don Francisco de Toro era «su decidida lealtad y manifiesta oposición a la independencia de estas provincias», Rodríguez «meditó las circunstancias y hallando que el General Emparán era notorio amigo de los Toros, y de Don Simón Bolívar, primo hermano político de éstos, se resolvió a sacrificarse de una vez con el noble y generoso objeto de que el General Emparán abriese los ojos para salvar la provincia amenazada de tanto peligro». La idea de Rodríguez era redactar una representación explicando las cosas al Capitán General; pero Sanz logró que le expusiera el asunto de palabra: «El General Emparán, como era contra los Toros, oyó con la mayor indiferencia y frialdad» lo que Rodríguez le contaba, pero accedió a recibir un escrito suyo. Rodríguez presentó este escrito (21 julio 1809). «A las once y media de la mañana del 22 siguiente atraviesa don Fernando Toro las calles más públicas de la ciudad, acompañado de su pariente don Simón Bolívar, ambos armados con sables. Entran en la casa del Coronel don Manuel de Fierro, nuestro amigo, uno de los más opuestos a la intentada junta y le desafían. Siguen a mi casa: entran en ella con la mayor detención; no hallan a Rodríguez; se pasean en la calle para esperarle; llega desarmado, y en la misma calle también le desafían.»

La escena no puede ser más dramática. Los dos jóvenes militares se condujeron en ella de un modo que todos conocemos por haber sido testigos de incidentes similares por parte de jóvenes oficiales intemperantes, incapaces de refrenar sus pasiones ante la «insolencia» de meros paisanos como Sanz y su yerno, porque, aunque Rodríguez ostentaba el título y uniforme de Capitán, no pasaba de ser un paisano disfrazado de militar. Y como si no fuera poco, este incidente, debido a la lealtad de las víctimas para con la causa española, se agravaba por contar los dos agresores, conocidos separatistas, con el apoyo y la amistad del Gobernador. Sanz acusa expresamente a Emparán de saber de antemano que Don Fernando se proponía ir a desafiar a Fierro y a Rodríguez precisamente cuando lo hizo, «pues mandó al Coronel Fierro que no saliese de su casa, y lo mismo, según dicen, al expresado don Fernando». Además, como consecuencia del incidente, Emparán ordenó a Sanz se ausentara de la ciudad, alegando para su decisión «que es muy posible y aun natural que las personas que he ofendido intenten de todos los modos su desagravio».

Era, pues, natural que en su representación al Rey hiciera valer Sanz que el cometido del Capitán General era precisamente protegerle a él contra sus posibles agresores, y no permitir que estos agresores anduvieran a sus anchas por la ciudad mientras él tenía que sufrir los inconvenientes y pérdidas materiales de un destierro. Ilustra este incidente las relaciones y las actitudes de los respectivos personajes de la escena caraqueña. Por afinidad social e intelectual resultaba ser el Capitán General hombre mucho más íntimamente relacionado con los jóvenes revolucionarios y separatistas, que con los blancos de segunda fila, cuya lealtad a España había sido base sólida de Gobierno para su predecesor y quizá hubiera podido ser baluarte seguro para el propio Emparán en días que ya despuntaban.

Durante todo el año de 1809 fue empeorando la situación interior de España; y las noticias que iban llegando a las ciudades de ultramar la representaban todavía más alarmante. Cuanto más competentes las autoridades, menos creían que España pudiera cerrar el paso a Napoleón; porque sabían más historia que el pueblo, y por lo tanto no esperaban sincero y verdadero auxilio de Inglaterra, secular enemiga de España; mientras que, por otra parte, se daban más cuenta de la desproporción entre el poder de la Francia imperial y el de una España desorganizada e invadida. Este escepticismo de los Gobernadores de ultramar convergía con un sentido creciente de independencia nacional y de republicanismo en los gobernados, que fomentaban en parte la situación, en parte las mismas doctrinas de soberanía popular que encarnaba y propagaba la Junta Central. Los caudillos de la facción revolucionaria de Caracas se daban cuenta de todo esto; y ya el 24 de diciembre de aquel año estaba todo preparado para derribar al Gobierno. Desde luego, lo sabía Emparán, puesto que todos los conspiradores eran amigos suyos. Adoptó medidas prontas y, por un tiempo, consiguió que se alejara el nublado. Bolívar era uno de los conspiradores; porque, como iba a declarar al año siguiente a un alto funcionario español de Caracas que le aconsejaba moderación y buen sentido: «Todo eso está muy bien pintado, pero mis asociados y yo hemos declarado la guerra a España y veremos cómo salimos.» Nótese la palabra: GUERRA [17].

---

[17] Referencias para toda la sección, como sección 5, nota 5, *ut supra*. Bolívar declara la guerra a España: *Heredia*, pág. 133.

CAPÍTULO XIV

EL DIECINUEVE DE ABRIL

El 19 de noviembre de 1809 perdieron los españoles la batalla de Ocaña, mientras Wellington, con sus laureles de Talavera, se había metido en Portugal como Aquiles en su tienda. Este desastre abrió a los franceses las puertas de Sevilla. La Junta Central se retiró a Cádiz, y era ya entonces tan impopular que los vocales que fueron por tierra expusieron la vida. A fines de enero de 1810 se disolvió, entregando sus poderes a una Regencia de cinco miembros que convocaron las Cortes para el 1 de marzo. La Regencia no se dio ninguna prisa en emprender esta labor; las Juntas provinciales poca o ninguna en reconocer su autoridad; Cádiz organizó una Junta nueva que fue la que más se distinguió en esta actitud hostil a la Regencia; y entretanto seguían avanzando hacia el sur las tropas francesas. La Junta de Cádiz, dándose cuenta del efecto deplorable que estos sucesos producirían en ultramar, cerró el puerto en espera de mejores días. Pero más tarde, cuando la esperanza y el optimismo realzaron con su rosicler un cuadro que seguía siendo el mismo, volvió la Junta a abrir el puerto, aunque con efectos que resultaron desastrosos. El primer velero que arribó a Venezuela fue el bergantín particular *Nuestra Señora del Carmen,* que entró en Puerto Cabello el 15 de abril, con cartas pintando la anarquía y el fracaso que reinaba en la Península. Al día siguiente Emparán publicó un bando declarando que no había noticias de España. «El día 17 —relata Urquinaona— recibió la de quedar invadida la Andalucía y dispersa la Junta Central; y sin más apoyo que el de una carta confidencial escrita en Cádiz [...] y la declaración del capitán de la goleta *Rosa* que le había conducido a Puerto Cabello, se fijó por bando en los lugares públi-

cos la mañana del día 18 como si hubiera sido la noticia más satisfactoria» [1].

Urquinaona no se da cuenta de que para Emparán una noticia de éxitos franceses en España era una buena noticia. El Capitán General de Caracas era un afrancesado. No sentía la menor simpatía para con Fernando VII. ¿Qué español culto la sentía entonces, y cómo era posible que la sintiera? El Virrey de Méjico, Iturrigaray, tan venal e indigno de su cargo como Emparán era íntegro y digno del suyo, adoptaba por entonces análoga actitud de frialdad para con el «Rey adorado». Después de llegar a Méjico nuevas de la exaltación de Fernando VII, «dos días iban corriendo desde el recibo de las noticias y el público extrañaba que no se hiciera alguna demostración de alegría». El Virrey tuvo que disculparse en la Gaceta del 10 y del 15 de junio por haberse retrasado ordenar el repique de campanas y el *Te Deum* de rigor. Y cuando Napoleón invadió España «se propuso también el virrey desde entonces hacer creer en sus conversaciones que ni Fernando VII ni ninguna de las personas reales volvería jamás a España; y que los franceses, apoderados de la nación, triunfarían de ella. Acaso de esta mala política del virrey empezaron a tener origen las especies de independencia». Hasta aquí, Méjico. Todo lo que sabemos de Emparán corrobora la opinión de que, si bien más discreta, fue su actitud para con Fernando VII idéntica a la de Iturrigaray [2].

Entretanto se urdía en Caracas una conspiración contra él dirigida precisamente por sus amigos más íntimos, los hermanos Toro. Reuníanse los conspiradores en la Casa de Misericordia, donde estaban alojadas las tropas de los Granaderos de Aragua. El Marqués de Toro era Coronel del regimiento y su hermano Don Fernando Inspector General. Fernando pintará más tarde la situación de aquellos días en los siguientes términos: «Todo el mundo sabe que a pesar de la amistad que me unía con don Vicente Emparán, contraída muchos años antes de su erección a la Capitanía General de Caracas, jamás me desentendí de la libertad de mi patria, y que hablé a este jefe muchas veces sobre la necesidad de nuestra emancipación en *el caso de que la Junta Central se disolviese* o la España fuese subyugada. Los primeros agentes de nuestra gloriosa revolución me confiaban sus designios justos y honrados y mi casa fue uno de los puntos donde muchos se reunían a tratar la ma-

---

[1] Para relato, *F. E.*, parte II, págs. 54 y sigs.; *R. D. U.*, págs. 11 y siguientes, 18.

[2] *Martiñena*, Documento 88, pág. 26 del apéndice.

teria y a combinar los medios de ejecutar esta operación. En ella fue donde se meditó con acuerdo de mi hermano don Francisco [el marqués de Toro] atacar el despotismo *con las tropas acuarteladas en la Casa de Misericordia;* y como este plan fue desgraciado por motivos que todos conocemos...» [3].

¿Qué motivos? Emparán sabía que el pronunciamiento iba a tener lugar el 1 de abril: el 20 de marzo mandó detener al Teniente Carabaño y a los hermanos Aymerich; pero no hizo más durante diez días, vacilando entre su deber y su amistad para con los conspiradores. La lenidad del Capitán General llegó a tal punto que en un banquete brindó Bolívar en presencia suya por la independencia de toda la América española. «Esto y su anterior conducta —comenta O'Leary— infundieron sospechas al gobierno local, cuya tolerancia para con él y otros jóvenes de Caracas no revelan, por cierto, un gobierno tiránico» [4].

«... y como este plan fue desgraciado por motivos que todos conocen —sigue diciendo don Fernando Toro— mi hermano franqueó mulas a muchos de los comprehendidos en él para que escapasen a la persecución de los tiranos, como lo sabe muy bien *don Mariano Montilla,* uno de los primeros cooperadores de nuestra libertad. Cuando esto pasaba en Caracas, yo había ido a Valencia con el *objeto de formar allí la revolución,* auxiliado de las tropas de aquel distrito y del de Aragua; con cuyo fin se me reunió mi hermano y de concierto con el coronel de milicias don Ramón Páez, teníamos tomadas todas las medidas necesarias al buen éxito de la empresa, cuando los caraqueños ejecutándola el 19 de abril dejaron sin lugar nuestra tentativa» [5].

Había, pues, dos alas o polos en la conspiración: los hermanos Toro por un lado y el Cabildo por el otro. Y, sin exagerar las distancias y diferencia entre uno y otro, parece que los Toro preparaban un pronunciamiento, mientras que el Cabildo rumiaba una revolución más bien cívica y republicana. Topamos otra vez con el juego mutuo de los hombres de capa y espada por un lado y los de garnacha por otro. De este modo se explicaría el eclipse de Bolívar en aquellos días históricos. Dice O'Leary que se debió a «un sentimiento de delicadeza, que mucho le honra: su amistad con Emparán». Esta explicación no puede aceptarse aunque dimane del propio Bolívar —lo que es muy posible—. Pero la cuartelada que se preparaba para el caso en que fracasara el golpe de estado cívico ilumina su actitud:

---

[3] *R. D. U.*, págs. 15, 16.
[4] *O'L.*, pág. 91. Briceño Méndez: Apuntes sobre la Vida del General Bolívar, citado por *P. P.-H. R.*, pág. 261, nota.
[5] *R. D. U.*, págs. 15, 16.

porque Bolívar era entonces un apuesto oficial, arrastrasables que en compañía de su primo político y compañero de placeres en París Don Fernando de Toro iba por las calles de Caracas «castigando» o «dando lecciones» a los paisanos. Los planes de los letrados de Caracas estaban muy bien; pero el camino más corto era el del cuartel; y sus primos, el Coronel Marqués y el joven Inspector de milicias se encargarían del asunto. Entonces, ¿para qué molestarse en aquellos cabildeos de los letraduelos de Caracas? Bolívar se quedó en Tuy *acuartelado*, en espera del toque de diana [6].

Pocos años más tarde, Martín Tovar Ponte, Alcalde de segundo voto y uno de los caudillos de la revolución del 19, explicaba a Level de Goda que Bolívar se había negado a entrar en el movimiento porque él no pudo darle seguridades de que se formaría un gobierno aristocrático en sustitución del derrocado; ya que Tovar Ponte estimaba que la nobleza venezolana era demasiado reducida y pobre para gobernar el país. Bolívar decidió entonces irse de Caracas. Por otra parte, José Domingo Díaz, el caraqueño realista, testigo de los sucesos, escribe en 1819: «Las rentas Reales de Caracas, después de cubrir todos sus gastos, daban un sobrante de seiscientos a ochocientos mil pesos fuertes por año, que debían ser remitidos a estos reinos. Los Intendentes disponían que este sobrante se repartiese por mitad entre europeos y americanos, comerciantes y hacendados, tomando letras a favor del Ministerio de Hacienda, pagaderas a los 4 meses vistas, y aseguradas con las firmas correspondientes. Así este numerario no se extraía del país, al mismo tiempo que los partícipes recibían un beneficio importante a sus fortunas.» Y sigue contando Díaz: «En los días 10, 11, 12 y 13 de aquel mes (abril de 1810) se había hecho la distribución de una parte del sobrante que existía. El marqués de Casa León comisionado por la Junta Central gubernativa del Reino para remitir carnes y zapatos a los ejércitos españoles [...], había recibido cuarenta mil pesos [...]. Don Simón Bolívar, treinta mil.» Da Díaz más nombres, pero éstos resultan ser los primeros beneficiados en cantidad. Ocurría esto seis días antes del golpe de Estado [7].

*

Así pues mientras los hombres de capa y espada, Toros y Bolívares, preparaban el pronunciamiento castizo a la española,

---

[6] *O'L.*, t. I, pág. 91.

[7] Level de Goda, citado por *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 271; *J. D. D.*, páginas 18, 19.

los hombres de garnacha urdían una revolución de Palacio al modo civil. Su caudillo era desde luego un clérigo. Había nacido Don José Joaquín Cortés Madariaga el 8 de julio de 1766 en Santiago de Chile, en una clase social como la de Bolívar. El fundador de la rama americana de la familia había sido Don Alonso Cortés Mancha, llegado al Perú de soldado en 1654. Era oriundo de Medellín, pueblo natal de Hernán Cortés; es pues casi seguro que el conquistador que tanto hizo por construir el Imperio hispánico y el canónigo que tanto hizo por destruirlo pertenecían a la misma estirpe. Vino a quedar probado el hecho en 1777, cuando el turbulento canónigo cumplía los once años, por investigación que a petición de sus padres hizo el Rey de Armas de Carlos III [8].

En el siglo que media de la llegada al Perú de Don Alonso Cortés al nacimiento de Don José Cortés Madariaga en Chile, la familia fue absorbiendo crecientes dosis de sangre americana que, por razones ya varias veces aportadas en estas páginas, tenía que venir mezclada con elementos indios y aun negros. Tal circunstancia no constituía entonces obstáculo para pretensiones aristocráticas; y así hallamos a Don Francisco Cortés, padre de nuestro héroe, aspirando al marquesado de Piedra Blanca del Huano. Fracasado su intento, emigró Don Francisco de su Perú natal, instalándose en Santiago de Chile, donde casó con Doña Mercedes Madariaga y Jáuregui, hija de Don Francisco Madariaga y Madariaga, vizcaíno que, por ser Tesorero Real, era el hombre más poderoso del reino de Chile. Don Francisco Cortés tuvo por lo menos diez hijos, uno de los cuales, Don José Joaquín, iba a intentar ser el rival de Bolívar para libertar a América de la tiranía que había hecho a su madre rica y a su padre poderoso [9].

No bien cumplidos los veintidós, ya el influyente sacerdote se veía propuesto por el Cabildo eclesiástico de Santiago para la prebenda de San Lázaro. Durante los diez años siguientes sigue una carrera llena de incidentes y conflictos, debidos a la lidia constante entre las tres fuerzas que van a regir su vida: el lustre y poder de su familia; una ambición que le induce a aspirar a cuantas cátedras universitarias y prebendas eclesiásticas considera adecuadas a su propia estimación de su valer y cuna; y un carácter violento y vidrioso. Durante una de estas largas contiendas, sobre la cátedra de Decretales, Cortés y su adversario (que era pariente suyo) apelaron sucesivamente al Presidente de la Audiencia, al Rey y al Consejo de Indias.

---

8 *C. M. A.*, págs. 3, 7.
9 *C. M. A.*, págs. 4, 5.

En 1794 Cortés embarcó para España con cartas de recomendación proponiéndole para ciertas prebendas vacantes. A su vez la Universidad le otorgó su representación para gestionar que el Rey aprobara las nuevas Constituciones y para que consiguiera en Roma una bula pontificia reconociendo a la Universidad [10].

Poco se sabe de su estancia en Madrid, y menos de sus viajes por Europa. Parece que en Roma le otorgaron el título de Protonotario del Papa. Dícese que en 1799 vivía en Cádiz en la casa del banquero y literato La Cruz, célula matriz de la sociedad secreta de Miranda, *Reunión Americana;* de donde, por instrucciones de Miranda, se volvió a Chile. Posible todo esto, no está probado. Lo que se sabe es que Cortés salió de Cádiz el 12 de abril de 1802 con una buena prebenda en el bolsillo —una canonjía de la Catedral de Santiago—; que once meses después no había llegado a Santiago noticia suya alguna y se le suponía naufragado; pero que arrojado a la Costa Firme por los vientos contrarios, había llegado a Caracas a punto para aprovechar una vacante de Canónigo en la Catedral, pedir y obtener su traslado de Chile a Venezuela, y verse recibido formalmente por el Obispo y Cabildo de Caracas el 28 de julio de 1803. Todo esto desvirtúa mucha literatura sobre lo que Cortés sentiría en Europa como patriota sudamericano, porque el caso es que en su viaje no parece haber experimentado más que ambiciones personales y concretas que intenta satisfacer, y en efecto satisface [11].

Durante los siete años que transcurren entre su instauración como Canónigo y su estreno como orador público y revolucionario, Cortés no piensa más que en marcharse de Caracas. Constantemente anda gestionando el permiso necesario para abandonar su puesto, que el Cabildo, con no menos constancia, le niega. El inquieto Canónigo no trabajaba pues entonces en Venezuela como agente de Miranda. Sus colegas del Cabildo eclesiástico declaran que se hallaba «desviado del servicio de su prebenda y totalmente retirado de la Iglesia ha más de seis años»; y al tiempo de su súbita entrada en la escena política parece que se hallaba encausado. Apenas dos meses antes de la deposición de Emparán, exactamente el 12 de febrero de 1810, Cortés obtenía permiso del Gobernador General para pasar a España por haber hecho renuncia de la prebenda; y al objetar el Provisor del obispado que «no ha cumplido lo dispuesto respecto del prelado para legitimar tales ausencias», Emparán, sin

---

[10] *C. M. A.*, págs. 10, 13.
[11] *C. M. A.*, págs. 24, 25.

duda conocedor del meollo metálico de tales incidentes, decretaba el 9 de marzo que «en las Cajas Reales debe depositarse la renta del señor Canónigo desde el día que, en virtud de su renuncia, se le concedió licencia para pasar a España». Pero Cortés no estaba dispuesto a renunciar a sus rentas, aunque sí a su cargo, y tal era su influencia sobre el Gobernador que éste dictó el 17 de marzo otra providencia: «Hasta la resolución de S. M. suspéndase el depósito de la renta decretado el 7 de Marzo, y luego que el Señor Canónigo dé la instrucción prevenida, despáchesele conforme a ella el pasaporte.» Al mes y dos días el Canónigo derribaba al Gobernador. No se sabe por qué no fue a España. Despréndese de toda esta cadena de hechos concretos una impresión poco romántica pero sí verdadera: la de un hombre cuyo principal motivo solía ser la ambición personal y cuyo carácter era turbulento, violento y muy difícil de integrar en sociedad o institución alguna [12].

*

La situación inquietante creada por las noticias que se recibían de España allanaba el camino a los separatistas caraqueños. Dos regidores, Tovar y José de Anzola, persuadieron al Alcalde de primer voto José de Llamosas que convocara una reunión del Cabildo, puesto que, ya que sus propios bandos y edictos confirmaban la extinción del supremo gobierno en España, era menester constituirlo en Caracas. Se reclutó una especie de coro popular mediante una derrama de dinero por los arrabales. A las ocho de la mañana del día 19 de abril de 1810, el Cabildo se hallaba ya en sesión. Su primera decisión fue solicitar de Emparán como Presidente de la Audiencia, que acudiera a «resolver los negocios que ocurrían». Aquí pudo haber observado Emparán que la única autoridad capacitada para convocar a Cabildo extraordinario era el Capitán General; pero se avino a lo que se le proponía, acudió a presidir el Cabildo y se limitó a observar que, puesto que ya había desembarcado en La Guaira los emisarios de la Regencia, se aguardase su llegada a Caracas. Ambos emisarios, Don Carlos de Montúfar,

---

[12] *P. P.-P. P.*, págs. 320 y sigs. Me parece haber liquidado todos los cuentos revolucionarios que corren sobre C. M. La idea de que fuera Mallo por presión de Miranda quien le diera la canonjía de Caracas para que pudiese laborar por la independencia de Sudamérica carece de base en los papeles como en el sentido común. Es de lamentar que el excelente tratado *C. M. A.* padezca de excesiva fe en Arístides Rojas.
Documento sobre Emparán-Cortés y viaje a España, *B. A. N. H. V.*, número 112, págs. 431-449.

hijo del Marqués de Selva Alegre, y Don Antonio Villavicencio, oficial de Marina, eran criollos de Quito y separatistas. La mayoría del Cabildo de Caracas, sin darse cuenta de lo que la minoría activa tramaba, aceptó la proposición de Emparán. Como era Jueves Santo, todo el mundo se trasladó a la Catedral. Parece que el público que se agolpaba ante el atrio de la Catedral, aunque escaso, se componía de gente que estaba en el ajo; y cuando Emparán, con su séquito de regidores, iba a llegar al pórtico, los conspiradores salpicados por entre el público lanzaron el grito clásico español: *¡A cabildo, a cabildo!* Pronto lo repitieron en la multitud los esclavos de los primeros que habían gritado. Uno de los jóvenes conspiradores, Francisco Salías, asió del brazo al Gobernador, exclamando: «*¡Os llama el pueblo a cabildo, señor!*» Emparán se desconcertó. Hubiera bastado un leve gesto de su mano enguantada, un movimiento de la vara con puño de oro, para que la compañía de granaderos que le hacía escolta, formada junto a la puerta de la Catedral, hubiese dispersado a los alborotadores sin derramar una gota de sangre. Pero el Capitán Don Luis Ponte (otro de los ricos nobles de Caracas, resentidos contra la tiranía española que les confiaba el mando de las tropas por cuyo medio se ejercía), sin esperar orden alguna del tirano, retiró la compañía, por cuya acción fue recompensado días más tarde con el mando de todo el batallón. Emparán y los regidores se volvieron a las Casas Consistoriales [13].

Dos letrados, Don Félix Sosa y Don Germán Roscio, habían entrado a formar parte del nuevo Cabildo como «representantes del pueblo» por obra y gracia del Canónigo Cortés; quien también se había dado maña para que las autoridades eclesiásticas designaran a dos representantes. Pero cuando los dos clérigos designados por el Arzobispo llegaron a la Casa Capitular, se dieron de bruces contra la puerta; porque Cortés, a quien no había agradado la selección episcopal, había decidido por sí y ante sí que al clero lo representarían él y un hermano de José Félix Ribas. Ello no obstante, Cortés permaneció lejos del Cabildo, rondando por los aledaños de la Catedral. Tímidos al principio, los dos representantes del pueblo, Roscio y Sosa, propusieron al Cabildo ampliado que se constituyera una Junta presidida por el Capitán General; pero, cuando Roscio se disponía a redactar el acta de acuerdo con esta proposición, los conjurados de la minoría mandaron aviso al Canónigo. Cortés Madariaga acudió a las Casas Consistoriales, entró en la sala

[13] *R. D. U.*, pág. 18.

y sentándose frente a Emparán le espetó un discurso pidiendo un gobierno con poderes propios y la deposición del Capitán General. Desconcertado al principio, declaró luego Emparán que apelaría al mismo pueblo; y salió al balcón. La multitud comenzó por gritar «Viva, viva nuestro Capitán General». Pero Cortés salió también al balcón y arengó al pueblo, terminando preguntándole si quería ser gobernado por Emparán. A espaldas del Capitán General y del Canónigo, el Regidor Dionisio Palacios (cuñado de Bolívar) hacía gestos negativos. Un Doctor Villarreal, pariente y amigo de algunos conjurados, comenzó los gritos de ¡No! El pueblo los repitió como hubiera repetido lo contrario. En aquel instante terminó un régimen que había durado trescientos años y comenzó una guerra civil devastadora [14].

Sin embargo, los caudillos separatistas iban con pies de plomo. En la plaza, los granaderos, tanto blancos como pardos, y una multitud creciente, clamaban: «¡A muerte los franceses!» y «¡Viva la patria, la religión, Fernando VII!». En torno suyo un público de clase media, «militares y paisanos, abogados, médicos, cirujanos, boticarios y colegiales» seguía sus movimientos y escuchaba sus discusiones. Letrados, clérigos y frailes habían ampliado el añejo Cabildo hasta darle aires de Convención, con el nombre de *Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII;* y en vista de «la impotencia en que ese mismo gobierno [la Regencia] se halla de atender a la seguridad y prosperidad de estos territorios y de administrarles cumplida justicia en los asuntos y causas propios de la suprema autoridad» se declaró justificado por el derecho natural a «erigir en el seno mismo de estos países un sistema de gobierno que supla las enunciadas faltas, ejerciendo los derechos de la soberanía que por el mismo hecho ha recaído en el pueblo». En virtud de esta decisión, que aceptó al instante, Emparán entregó la vara, insignia de su autoridad, al Alcalde de primer voto de Caracas, confirmando con ello la tradición tantas veces recordada por la cual el Cabildo de la capital del reino asumía poderes parlamentarios extensivos a todo el reino. Como cuando bajo Felipe II mandaba a Simón de Bolívar a España como Procurador para toda la Provincia de Venezuela, el Cabildo de Caracas, sin darse ni siquiera cuenta de ello, consideraba como natural que su primer Alcalde representara a toda la nación en

---

[14] La versión de Urquinaona me parece la más verosímil. Otros dicen que Emparán preguntó al pueblo si le quería o no y que a su espalda C. M. hacía gestos negativos. Al gritar la multitud *no lo queremos,* replicó Emparán *Pues yo tampoco quiero.* Véase, por ejemplo, *Larrazábal,* t. I, págs. 51, 52.

la ceremonia por la cual recibía el poder vicerreal del Capitán General Gobernador que había nombrado el Rey [15].

Pero el impulso efectivo que animaba a la Junta procedía de hombres extraños al recinto capitular: Roscio, Cortés Madariaga, José Félix Ribas. Roscio, mestizo, e italiano por el lado blanco, se encargó de la Secretaría de Relaciones Exteriores. También se instituyeron secretarías de Hacienda, Guerra y Marina, y Justicia. Organizóse un Tribunal de Apelaciones, calcado sobre la Audiencia antigua, y presidido por el Marqués de Casa León, recién regresado de España, muy calmado en sus ardores revolucionarios. Se dio desde luego el mando de las fuerzas armadas a Don Fernando de Toro; pero subsistieron no pocos españoles europeos no sólo en los servicios civiles sino en los mandos militares, donde eran mayoría. La Junta se otorgó a sí misma el título de Alteza [16].

(Rigen entonces el Estado nuevas ideas, si bien las palabras que figuran en los documentos oficiales siguen siendo las mismas, para no perder la confianza del pueblo. En nombre de Fernando VII se adoptan medidas que implican soberanía completa del país y quebranto de la regia. Nómbrase Mariscal de campo al Conde de Tovar, anciano padre del Alcalde de segundo voto; se concede libertad de comerciar a las naciones amigas y neutrales; se suprimen los derechos de exportación; se quitan los tributos a los indios, y más tarde se prohíbe el tráfico de los esclavos; fúndase una academia para el estudio de las matemáticas y se crea una sociedad para el fomento de la agricultura y de la industria, los nuevos gobernantes revelan su «filosofismo» en la actitud que adoptan para con la Iglesia: se oficia al Arzobispo que se cerrarán las iglesias y prohibirán las procesiones públicas «en tanto que se organizan las cosas y se noticie a V. S. de cuanto sea del caso en obsequio de la religión, del Rey y de la amada Patria [17].

Con todo, no procede reprochar a los dirigentes caraqueños esta actitud por «desleal» y alabar la de la multitud por «leal» a Fernando VII. En aquellas circunstancias históricas los caudillos revolucionarios tenían razón y la multitud se equivocaba. Una vez caída al arroyo en Bayona la Corona de España la soberanía recaía en el pueblo. Nadie lo ha dicho mejor que el Conde de Toreno: «Huérfana España, abandonada de sus reyes, cedida como rebaño y tratada de rebelde, debía, y propio era de su dignidad, publicar a la faz del orbe, por medio de sus

---

[15] *G. F.*, t. I, pág. 169, para documento; *P. P.-H. R.*, para detalles.
[16] Loc. cit.
[17] *P. P.-H. R.*, t. I, págs. 276, 280, 281.

representantes, el derecho que la asistía de constituirse y defenderse; derecho de que no podían despojarla las abdicaciones de sus príncipes, aunque hubiesen sido hechas libre y voluntariamente. Además los diputados españoles, lejos de abusar de sus facultades, mostraron moderación y las rectas intenciones que los animaban, declarando al propio tiempo la conservación del gobierno monárquico, y reconociendo como legítimo rey a Fernando VII. Que la nación fuese origen de toda autoridad no era en España doctrina nueva ni tomada de extraños, conformábase con el derecho público que había guiado a nuestros mayores, y en circunstancias no tan imperiosas como las de los tiempos que corrían.» Declaración que desde Méjico a Buenos Aires hubiera podido invocar para su propio país cualquier patriota americano. El pueblo sobre el que durante tres siglos había reinado el Rey de España era esencialmente plural. La dispersión de la soberanía era pues lógica consecuencia del derrocamiento de la Corona común. La multitud caraqueña no se daba cuenta de esto; pero los caudillos de la revolución sí. Poco importaba que algunos fueran favorables a una república independiente y otros a un reino con unión puramente personal bajo Fernando VII. La constitución que en último término hubiera de adoptar el país importaba menos que el mero hecho de que hubiera que adoptar una constitución y de que fuera precisamente la nación la que la adoptara en lugar de aguardar a que le viniera hecha de España [18].

El error de los revolucionarios de Caracas consistió en poner en tela de juicio la legitimidad de la Regencia *en* y *para* España; cosa que no les concernía; y al mezclarse en ella revelaron ser en el fondo separatistas que disfrazaban su prejuicio con argumentos de leguleyo. Mientras la Junta de Caracas declaraba la Regencia «poder ilegal, fluctuante y agitado», su agente en Londres, Palacio Fajardo, arguyendo en separatista contra la Junta Central escribía que «el derecho español requería el establecimiento de una Regencia y no de una Junta Central»; con lo cual queda al desnudo que lo que unos y otros se proponían era desautorizar al gobierno de Madrid cualquiera que fuera su nombre y su origen. Mientras que, al declarar que Alejandro VI había concedido el Nuevo Mundo a los Reyes Católicos y a sus sucesores legítimos, pero no «a los peninsulares, ni a la Península, ni a los de la Isla de León, ni a los franceses»; y al afirmar que, a falta de Rey, los territorios pertenecían «a los descubridores y pobladores representados ahora en nosotros», los caraqueños argüían de un modo irrefutable, si no para

[18] *P.P.-H.R.*, págs. 282, 283; *P.F.*, pág. 41.

sus propios indios, desde luego para los españoles de España. En cuanto a los españoles radicados en las Indias, los caraqueños les ofrecían amistad, reconociendo que «son nuestros hermanos y que cordial y sinceramente están unidos a nuestra causa». Así era en efecto, cualquiera que fuese la «causa», pues todo venezolano, ya fuera realista, autonomista o separatista, podía contar con españoles europeos de su opinión. Constituían todos un solo pueblo, y lo que los separaba no era el origen sino el modo de pensar y los vínculos de amistad, de interés o de familia [18].

*

Apenas si había ciudad en los reinos españoles de ultramar en la que los sucesos de España no produjeran efectos similares a los de Caracas. Dos causas lo explican. Por temperamento, todas estas ciudades eran hermanas y por lo tanto tenían que reaccionar ante los sucesos como lo había hecho Caracas; al primer pronto, con un movimiento idéntico a los que se habían producido en las ciudades españolas frente al invasor francés y a favor de Fernando VII; luego de un modo más afirmativo, con una conciencia política más clara, en pro de su defensa, de su economía, de su independencia. Por cultura, todas estas ciudades llevaban en sí tres siglos de humanidades, de paz, y de prosperidad; todas, por lo tanto, disponían de un grupo director consciente de las realidades históricas del día y capaz de darse cuenta de lo que reclamaba el destino de sus respectivas patrias. Aunque al parecer dirigidos contra España, y manejando palabras y obedeciendo a pasiones ferozmente anti-españolas, los movimientos de secesión y emancipación se debían pues todos a una evolución histórica que no hubiera podido producirse de no haber fomentado España la cultura humanista de sus reinos de ultramar en un grado no igualado por ninguna otra nación europea [19].

En este otoño del régimen caen gobernadores y virreyes como hojas muertas. Pero el primero en caer no fue víctima de ningún viento revolucionario. El Gobernador del Alto Perú fue depuesto por la Audiencia de La Plata después de larga querella sobre competencia y poderes, y al fin y al cabo, aunque bruscamente, no sin cierta regularidad. La Plata (o Chuquisaca o Charcas) era una ciudad universitaria, y los estudiantes tomaron parte activa en el movimiento. El espectáculo de un Gobernador español privado de su cargo, por muy legalmente que fuera, era en aquellos días cosa sensacional. En La Paz se cons-

---

[19] Véase *I. B.*, *passim.*

tituyó una *Junta Tuitiva,* de doble filo, desde luego: a la vez «conservadora de los derechos de Fernando VII» e irresistiblemente arrastrada hacia la independencia. Dividióse el movimiento en varias corrientes rivales que se trabaron en un verdadero nudo de guerras civiles y el Virrey del Perú mandó a un jefe peruano, José Manuel Goyeneche, para restablecer el orden, contra un denodado y tenaz caudillo de la independencia sudamericana: Don Juan Antonio Figueroa, español europeo. Nuevamente observamos cómo se entrenzan los europeos y los criollos en estas guerras civiles preliminares de la emancipación. Vencida la rebelión de La Paz, el 25 de octubre de 1809, Goyeneche, el peruano, hizo fusilar a los caudillos [20].

Perú seguía siendo e iba a seguir siendo hasta el fin el reino más fiel al Rey en todo el Nuevo Mundo; y sus tropas tomarán parte importante en la represión del más dramático de los movimientos revolucionarios de aquella época, el de Quito. Aquí también comenzaron las cosas en la Universidad. El Presidente, Conde Ruiz de Castilla, ochentón, fue depuesto por una *Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII,* en el estilo ya castizo, bajo la presidencia del consabido potentado aristócrata y dueño de esclavos, que en este caso se llamaba Marqués de Selva Alegre; el mismo cuyo hijo había llegado a Caracas como emisario de la Regencia a tiempo para estimular los sucesos del 19 de abril. El movimiento de Quito fue del tipo del que Bolívar y los Toros preparaban para Caracas cuando les ganaron a la mano los garnachas del Cabildo: un pronunciamiento en toda regla. Se había conspirado y hasta elegido los nombres de los vocales de la Junta Suprema en casa de una dama opulenta de la ciudad, Doña Manuela Cañizares; y el 10 de agosto de 1809, «Salinas, que mandaba las dos únicas compañías de tropas de línea que había en Quito, fue al cuartel, leyó a los soldados el acta constitutiva del nuevo gobierno, y habiendo obtenido su aprobación, se apoderó de la persona del Presidente Ruiz de Castilla, cuya guardia cedió con mucha facilidad. A la misma hora los conjurados arrestaron a los Oidores y demás empleados e individuos que consideraban podían oponerse. Así fue que, cuando amaneció, estaba ya mudado el Gobierno y hecha la revolución con el mayor orden, y sin haberse derramado una gota de sangre» [21].

La Junta (cuatro marqueses y varias personas más de las pudientes de Quito) nombró ministros de relaciones exteriores, de guerra y de justicia; y se decoró a sí misma con el título de

---

[20] *C. P.,* pág. 282.
[21] *Restrepo,* t. I, cap. II.

Majestad, dando a su Presidente el de Alteza Serenísima y a sus vocales el de Excelencia; constituyó un Senado o Tribunal de Justicia, y una fuerza armada que llamó *Falange*. El 16 de agosto de 1809 el Cabildo abierto de Quito anunció que se había aprobado la constitución (tomando así también poderes parlamentarios sobre todo el reino) y todos los principales fueron a la Catedral a prestar juramento «con mucha pompa, solemnidad y alegría». Se juró: «Obediencia y fidelidad a Fernando VII como su rey y señor natural; de adherirse a los principios de la Junta Central; de conservar en su unidad y pureza la religión católica, apostólica, romana.» Pero la Junta no consiguió conquistar la opinión pública; y, dándose cuenta de los movimientos contrarrevolucionarios que había provocado en provincias, creyó prudente reponer en el cargo de Presidente a Ruiz de Castilla a cambio de solemne promesa de interceder cerca del Virrey de Lima y de la Corona para que no hubiera represalias. Pronto llegaron de Lima tropas, casi todas mestizas, y Castilla encarceló a los dirigentes de la revolución. Prolongáronse los trámites judiciales, y, al hacerse una tentativa para libertar a los presos a mano armada (2 agosto 1810), fueron asesinados veintiocho de los reos en circunstancias que, aun no muy claras, condenan a las autoridades españolas por lo menos como incompetentes, sino por algo peor. Llegó por entonces a Quito Don Carlos de Montúfar, el hijo del Marqués de Selva Alegre que venía de emisario de la Regencia; y procuró negociar una transacción instituyendo una Junta con Ruiz de Castilla como Presidente y el Marqués de Selva Alegre (su padre) como Vicepresidente. Pero, en vez de calmar los ánimos, esta propuesta dio lugar a feroces desórdenes durante los cuales las turbas arrastraron al Presidente Ruiz de Castilla fuera del Convento donde se había retirado y lo asesinaron. Perecieron también entonces no pocos caudillos de ambos bandos, incluso el propio Montúfar. El más tenaz instigador de la contrarrevolución y de las represalias contra los criollos revolucionarios fue el criollo Don Pedro Calisto, Regidor de Quito [22].

Estos sucesos produjeron honda impresión en toda la América española enconando una situación política que quizá hubiera podido ir resolviéndose sin violencia. En Santa Fe, donde acontecían sucesos análogos, aunque en un ambiente menos alterado, los patriotas intentaron interceptar una fuerza que el Virrey de Granada enviaba a Quito. El Virrey de Granada había mandado que las autoridades locales reconocieran la Regencia; pero el paso por Santa Fe de los dos emisarios enviados por la propia

---

[22] Loc. cit.

Regencia con tal objeto, inició un movimiento precisamente contrario; porque eran ambos separatistas. Mientras Montúfar seguía camino a Quito, y a la muerte, Villavicencio se quedaba en Nueva Granada; y, al estímulo de su presencia, el Cabildo de Cartagena obligó al Gobernador a compartir su autoridad con notables nombrados por la ciudad. El Socorro, ciudad famosa por su rebelión de los comuneros en la generación anterior, depuso al Corregidor. Hubo una intentona de revolución en los Llanos de Casanare. En Santa Fe se tramaba la conjura de costumbre. El plan consistía en que los notables de la ciudad salieran a caballo, con armas ocultas, al encuentro de Villavicencio, y con su aquiescencia, iniciaran e impusieran un nuevo régimen. Pero estallaron unos motines prematuros obligando al Virrey a aceptar una Junta el mismo día, 20 de julio de 1810, que estaba designado para el golpe militar [23].

Aunque excluyendo a los españoles europeos, la Junta proclamó Presidente al Virrey. Todos sus vocales juraron «puesta la mano sobre los santos Evangelios, y con la otra formada la señal de la Cruz a presencia de Jesu Cristo crucificado»: «Juramos por el Dios que existe en el cielo, cuya imagen está presente, y cuyas sagradas y adorables máximas contiene este libro, cumplir religiosamente la Constitución y voluntad del pueblo expresada en esta acta, acerca de la forma del Gobierno provisional que ha instalado; derramar hasta la última gota de sangre por defender nuestra sagrada Religión católica, apostólica, romana, nuestro amadísimo monarca Don Fernando VII y la libertad de la patria; conservar la libertad e independencia de este reino en los términos acordados; trabajar con infatigable zelo para formar la constitución bajo los puntos acordados, y en una palabra, cuanto conduzca a la felicidad de la patria.» El Virrey se portó con lealtad; pero unos cuantos demagogos propagaron el rumor de que estaba armando a la guardia del Palacio contra el pueblo, y la Junta lo mandó prender declarando nulo el juramento del día anterior y tomando otro en que no se reconocía la Regencia, aunque respetando todavía los derechos de Fernando VII. Pasó entonces la ciudad por una fase de anarquía que afortunadamente ya había cesado al recibirse la noticia de los sucesos de Quito. Casi todas las provincias de Nueva Granada siguieron la pauta de la de Santa Fe; algunas permanecieron fieles al Rey; otras proclamaron su derecho a elegir gobiernos propios [24].

---

[23] *Restrepo*, t. I, pág. 71.
[24] Loc. cit., pág. 78.

Producíanse todos estos movimientos al parecer con objeto de defender la independencia de los reinos respectivos contra un invasor eventual —el Emperador de Francia—. Pero hubo uno de los reinos americanos a quien tocó hacer experiencia efectiva de la invasión y vencerla. Desaparecido el peligro de la invasión inglesa que habían rechazado victoriosamente gracias a la unión entre el francés Liniers, los criollos y los españoles europeos, desapareció también la unión en Buenos Aires; Liniers, ya Virrey, era objeto de sospecha como francés, es decir compatriota del nuevo invasor que se temía; y el elemento hispano-europeo, algo inquieto, organizó formaciones militares —desde luego no de españoles, sino de gallegos, catalanes y vizcaínos, las tres nacionalidades españolas predominantes—. Don Cornelio Saavedra, Coronel de patricios, con un espíritu de guerra civil más que de patriotismo argentino republicano, democrático e independiente, que sería anacrónico imaginar en él, disolvió estas formaciones peninsulares. Eran demasiados coroneles en la ciudad para él. Álzaga, el europeo español que había sido alma de la resistencia contra los ingleses, trató más tarde de deshacerse de Liniers, pero sólo para verse él desterrado a Patagonia, de lo que le salvó el General español Elio, que regía Montevideo con mano firme. Mandó entretanto la Junta General a Buenos Aires otro Virrey, Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, al que los patriotas presentaron una demanda de Cabildo abierto. De aquí nació desde luego la consabida *Junta Gubernativa Provincial del Río de la Plata,* organizada el 25 de mayo de 1810. Los directores del movimiento fueron también criollos de capa y espada como Saavedra y criollos de garnacha como Mariano Moreno, letrado de gran distinción intelectual y cuya formación, característica de la época, revelaba a la vez la influencia de los clásicos españoles como Jovellanos, Campomanes y Feijoo, y de los cuatro filósofos franceses Montesquieu, Rousseau, Voltaire y Raynal [25].

*

El Consejo de Regencia se componía de cinco miembros: el Obispo de Orense, escogido por su viril repulsa de una invitación imperial a presentarse en Bayona, y de quien dice Toreno que «presumía de entendido y aun ambicionaba la dirección de todos los negocios», pretendiendo «ajustar a las estrechas reglas del episcopado el gobierno político de una nación»; Don Francisco Javier Castaños, el vencedor de Bailén, que «como

---

[25] Cualquier historia argentina para los hechos escuetos, cuya interpretación es desde luego mía.

estadista solía burlarse de todo y quizá se figuraba que la astucia y cierta maña bastaban, aun en las crisis políticas, para gobernar a los hombres». Don Francisco de Saavedra, hombre dignísimo, mas de corto influjo como regente, debilitada su cabeza con la edad, los achaques y las desgracias. Don Antonio Escaño, inteligente y práctico [en cosas de marina] y de buena índole. Por último había un regente americano. Lo fue primero Don Esteban Fernández de León, ex Intendente de Caracas y hermano del Marqués; pero por no ser nacido en América cesó a las pocas horas y fue sustituido por el mejicano Don Miguel de Lardizábal y Uribe, «travieso y aficionado a las letras, de cuerpo contrahecho, imagen de su alma retorcida y con fruición de venganzas». Toreno añade que «Castaños tenía que mancomunarse con él, mas cediendo a menudo a la superioridad de conocimientos de su compañero». Dominaban el Consejo de Regencia Castaños y sobre todo el mejicano Lardizábal [26].

Este Consejo no se dejó arrebatar ni mucho menos por los vientos del siglo; pero estimuló las tendencias separatistas de los criollos ricos con una proclamación dirigida a los pueblos de ultramar el 14 de febrero de 1810 para anunciarles la convocación de las Cortes para el 1 de marzo. Redactada por Quintana el poeta, desde luego en el espíritu ingenuo e ignorante en que está concebido su poema sobre «la Virgen del mundo América inocente», la proclama de la Regencia declara: «Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso Nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores: están en vuestras manos» [27].

Mala literatura, peor historia, era esta proclama de la Regencia pésima política; porque aquellos sentimientos propagados en ultramar, con tan malos efectos, se ocultaban en España donde hubieran podido producir los buenos. Era una de las formas en que se intentaba cumplir la promesa de convocar las Cortes que había heredado de la Junta Central. ¿Cómo se cumplió? He aquí cómo contesta Toreno. «Descuidó, pues, la Regencia el cumplimiento de su solemne promesa, y no volvió a mentar ni aun la palabra *Cortes* sino en algunos papeles que

---

26 *Toreno*, pág. 244.
27 *P. P.-H. R.*, vol. I, pág. 268.

circuló a América, las más veces no difundidos en la Península, y cortados a traza de entretenimiento para halagar los ánimos de los habitantes de Ultramar» [28].

Pasaban las semanas y la Regencia seguía inactiva. Agitábanse los diputados de las juntas provinciales; y al fin dos de ellos, designados por sus compañeros, el clérigo Don Guillermo Hualde, Diputado por Cuenca, y el Conde de Toreno, que lo refiere, Diputado por León, se presentaron ante la Regencia para recordarle la promesa incumplida. Entretanto crecían las dificultades en el Nuevo Mundo, mientras que en la propia España hacía mancha de aceite la invasión francesa. La carta dirigida por los Regentes a Emparán el 14 de enero vino contestada por una entidad, desconocida en España, que se titulaba *Junta Suprema*. En recio castellano, donde se revelaba la pluma castiza de Andrés Bello, la Junta de Caracas informaba a la Regencia el 3 de mayo de 1810 que «las diversas corporaciones que sustituyéndose indefinidamente unas a otras, sólo se asemejan en atribuirse todas una delegación de la soberanía, que no habiendo sido hecha ni por el monarca reconocido ni por la gran comunidad de españoles de ambos hemisferios, no pueden menos de ser absolutamente nulas, ilegítimas y contrarias a los principios sancionados por nuestra misma legislación». En estas palabras se afirma mejor y más rotundamente que nunca la comunidad de españoles de ambos hemisferios; documento pues aunque separatista de intención, empapado en tradición hispánica [29].

*

Esta actitud pudo haber conducido a unos y a otros a una solución armónica en el seno de unas Cortes verdaderamente representativas de la comunidad de ambos hemisferios; pues si bien la base y forma de la representación constituía una de las quejas que a la Regencia presentaba la Junta de Caracas en su carta del 3 de mayo, todos estos detalles de procedimiento hubieran podido resolverse a satisfacción de todos. Pero hubo documentos más intransigentes. El 10 de mayo de 1810 contestaba la Junta de Caracas a una pregunta hecha en febrero anterior a fin de remediar los abusos cometidos en América por los agentes de la Corona, alegando que las leyes existentes no bastaban para corregirlos por hallarse demasiado distante el centro de la autoridad, que además «se creía comprometido en todas las providencias y procederes de sus representantes»; por lo cual

---

[28] *Toreno*, pág. 282.
[29] Loc. cit. Decreto en nota. *P. P.-H. R.*, pág. 284.

era «vano, precario y quimérico, propio para producir una ilusión momentánea», todo lo que no fuera una reforma fundamental, y sería «insuficiente para llenar los deberes del Gobierno español y para hacerlos [a los americanos] soportar la privación de tantas ventajas, de tantos bienes que sólo aguardan el influjo bienhechor de la independencia para desarrollarse» [30].

Tres días antes de que se escribieran estas palabras, el 7 de mayo de 1810, se promulgaba en España un decreto de la Regencia abriendo a las naciones europeas y sus colonias el comercio directo con los puertos de las Indias. Estalló la noticia como una bomba en Cádiz, donde todavía constituía fuente principal de riqueza el remanente del antiguo monopolio comercial, aun reducido por las reformas de 1778. Al ruido se despertó hasta la Regencia, descubriéndose entonces que se había dictado y promulgado medida de tan capital importancia con la sola firma del Ministro de Hacienda a instigación de un funcionario y de Don Esteban Fernández de León. Se retiró el decreto, pero no antes de que hubiesen salido ya para América copias impresas; y el incidente contribuyó en grado sumo a enconar la lucha ya iniciada. Fue cosa fácil presentar como odiosa la actitud de la colectividad comercial de Cádiz; pero lo peor fue que, ya se creyera equivocada la primera ya la segunda decisión, quedaba de manifiesto que decisiones de tan vital importancia para La Habana o Buenos Aires se tomaban o dejaban de tomar en la ciudad dominante de la metrópoli y sin consultar para nada a las ciudades dominadas del Nuevo Mundo [31].

Todavía no se hablaba de otra cosa en Cádiz cuando llegaron las noticias de los sucesos en Caracas, hacia el 4 de julio de 1810, seguidas poco después de noticias análogas de Buenos Aires, llegadas hacia fines de agosto. Primero, nada se hizo; porque los Regentes creyeron que en cuanto se supiera en América que España, aún invadida, se resistía al invasor, todo volvería a su cauce. Consultado el Consejo de Indias, aconsejó se enviara a ultramar un magistrado con plenos poderes, algunos navíos de guerra y tropas. Así se hizo; mandando a Puerto Rico a Don Antonio Cortabarría, «magistrado respetable por su pureza, pero anciano y sin el menor conocimiento de lo que era América», con jurisdicción sobre Venezuela, las Islas, Santa Fe y Nueva España; y a Buenos Aires a Don Francisco Javier de Elio con quinientos hombres y una fragata. Llevaban ambos instrucciones para no valerse de la fuerza hasta que hubieran fracasado todos los medios de persuasión [32].

---

[30] *P. P.-H. R.*, pág. 287.
[31] *Toreno*, pág. 299.
[32] *Toreno*, pág. 299.

CAPÍTULO XV

INDEPENDENCIA SIN DECLARAR

A principios de junio de 1810 llegaron las nuevas de Caracas a conocimiento del Marqués de Someruelos, Capitán General de La Habana, que disponía de fuerzas considerables de mar y tierra. Pero, hombre prudente, prefirió negociar con los caraqueños a fin de evitar una guerra civil. El negociador, a mano estaba. Don Francisco José Heredia, nombrado Oidor de la Audiencia de Caracas en octubre de 1809, se hallaba a la sazón en La Habana, en espera de navío que lo condujera a su destino. Había nacido en Santo Domingo en 1776 de una familia criolla acomodada. A los veinte años se había graduado de Doctor en ambos derechos; y, en 1809, a los treinta y tres de edad, era ya Oidor. Gozaba de gran reputación en las Indias, y había contraído matrimonio con una dama oriunda de Coro, ciudad realista de Venezuela. Este fue el emisario escogido por Someruelos, que para realzar su autoridad decidió enviarlo a La Guaira en un barco de guerra. Pero al llegar a Santo Domingo Heredia se enteró de que Caracas preparaba una expedición armada contra Coro; y que el Gobernador de Maracaibo, Don Fernando Miyares, había sido nombrado Presidente, Gobernador y Capitán General de Venezuela. Estas noticias obligaron a Heredia a desviar su ruta hacia Coro, a fin de procurar que se evitase la guerra civil, así como para «obrar con acuerdo del jefe superior, cuya existencia me quitaba la representación legal que podía yo ejercer por la expulsión de las autoridades de la Capital» [1].

Miyares —cuya esposa era aquella amiga íntima de la madre de Simón Bolívar que «le había hecho al niño las entrañas»— era un criollo con amigos influyentes en la Corte. Layard,

---

[1] *Heredia*, págs. 1-4.

Gobernador de Curaçao, informaba al Conde Liverpool que se decía le había costado la Capitanía General 40.000 pesos. Que tuvo que pagar para que lo nombraran, es seguro; pero no fue tanto. Ni le hubiera durado mucho el nombramiento de no haber contado en la Corte con amigos que vigilaban sus intereses; porque consta que estuvo firmado el decreto enviándole de Gobernador de Cartagena, fuerte caída para un Capitán General de Caracas, pero que no llegó ni a aplicarse ni a publicarse. Era Miyares hombre de mano dura aunque no de voluntad fuerte, y de espíritu estrecho. La Junta de Caracas había enviado a Coro tres emisarios; pero Coro, que miraba a Caracas con ojeriza desde que le había privado de la capitalidad, prefirió permanecer fiel al antiguo régimen antes que seguir la iniciativa caraqueña. Los tres emisarios, dándose cuenta de que, por razones geográficas al menos, Maracaibo tendría que seguir el ejemplo de Coro, decidieron volverse a Caracas; pero el Cabildo de Coro los obligó a seguir camino y aun los hizo escoltar hasta Maracaibo, donde Miyares los detuvo, mandándolos presos a Puerto Rico. Heredia se dio cuenta de lo inútil que era intentar hacer comprender al Capitán General que «aquel paso imprudente pudo y debió evitarse» [2].

Comenzaba la guerra civil. Su complejidad iba a ser desconcertante. Se pronunciaron por Caracas: Barcelona, el 27 de abril; Cumaná, el 30; Margarita, el 4 de mayo; Barinas, el 5; Guayana, el 11; Mérida, el 16 de septiembre; Trujillo, el 9 de octubre. En ningún caso hubo aceptación pura y simple del Gobierno de Caracas. En todos se dieron rasgos locales de índole tan compleja como inesperada. Cumaná era la capital de un Gobierno que comprendía la Nueva Andalucía, Nueva Barcelona y Guayana; distritos subordinados en lo civil no a Caracas sino a Santa Fe; en lo judicial a Santo Domingo (excepto Guayana, que dependía de Santa Fe); en lo religioso, a Puerto Rico. La Junta de Cumaná se componía casi toda de españoles europeos, y nombró Comandante en Jefe a Don Juan Manuel de

---

[2] *Heredia,* págs. 4, 5. Sobre motivos de Coro: «No me dejó duda de que la emulación contra Caracas hizo tan firme a Coro.» *Heredia,* pág. 6.
En *P.R.O. W.O.,* 1/104, fols. 231-234, hay una larga correspondencia de Lorenzo Román Martínez Cayón, amigo de Miyares en la Corte, a Miyares. Figuran en ella numerosos detalles de interés, incluso el abortado nombramiento de Miyares para Gobernador de Cartagena; y en una carta de 30 de abril de 1810, el párrafo siguiente: «Mi apuro es ahora con el amigo con quien se necesita corresponder como se merece y Vd. conoce: yo bien hubiera querido desde luego poder disponer de dos mil duros, pero he ceñido a mil de pronto ínterim Vd. me habilita con expensas para todo — no cesan de hacerse las mayores presiones con todo empeño por la reposición de Emparán pero nada se adelanta.»

Cajigal, Brigadier europeo del ejército español que se había quedado en Cumaná al cesar como Gobernador. Era primo del íntimo amigo de Miranda, del mismo nombre. Cumaná no pensaba en la independencia, «cuya palabra en su acepción política ni aun entendían», escribe el cumanés Level de Goda, agente de Hislop, el Gobernador de Trinidad; y añade que la idea había salido de los vocales europeos de la Junta, que eran los principaples instigadores de la revolución, mientras que los cumaneses de verdad eran opuestos a la Junta de Caracas y a todo separatismo. En Barcelona, la Junta se declaró por la *Regencia,* aunque reconociendo a Caracas; pero separándose de... Cumaná, que era la autoridad más cercana. En Barinas, al llegar noticia de los sucesos del 19 de abril, se convocó a Cabildo abierto; desde el principio prevalecieron dos ideas: autonomía provincial y respeto a los derechos del Rey, es decir, «federación venezolana e integridad del Imperio». En Valencia se encargaba Don Fernando de Toro de promover un pronunciamiento a la española. En Puerto Cabello escribe Urquinaona: «El oficial de Marina don Eusebio Tiscar insultó pocos días antes al catalán don José Basora, individuo de aquel comercio, y en el trastorno del gobierno creyó éste y otros encontrar la satisfacción de sus agravios. El espíritu de venganza los sedujo al reconocimiento de la Junta, prodigando donativos voluntarios para sostenerla, y el mismo Basora que después hizo señalados servicios a la causa del Estado, declarándose enemigo irreconciliable de la insurrección, fue quien por abatir la preponderancia de los marinos pasó en persona a apoderarse y poner a disposición de los facciosos el timón y velas del bergantín de guerra que estaba anclado en el puerto. A esta prevención y discordia se debió la sumisión de Puerto Cabello.» En cuanto a Calabozo, los españoles europeos fueron tan entusiastas revolucionarios como los americanos; y parece que uno de los que más fogosamente abrazaron la causa de la revolución fue un rudo asturiano llamado más tarde a ser uno de los caudillos realistas de la guerra civil: José Tomás Boves [3].

Este cuadro explica la situación de las ciudades que permanecieron «leales». Porque aun en Coro y en Maracaibo se formaron también gobiernos locales. «En Coro —escribe Heredia— el Ayuntamiento aumentado con cierto número de individuos bajo el nombre de suplentes, se apoderó del Gobierno

---

[3] *P. P.-H. R.*, págs. 290, 299; *R. D. U.*, págs. 29-31. Sobre Boves en Calabozo, *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 290, apoyándose en una biografía de Boves por Valdivieso Montaño, págs. 11, 12. No he podido procurármela; pero, aunque *Bobes B. C.* niega, o considera no probado este hecho, en mi opinión no hay nada en el carácter de Boves que impida creerlo.

Superior. Lo mismo sucedió en Maracaibo, aunque con alguna más moderación por el respeto del señor Miyares: de suerte que a su modo había también revolución en el territorio que reconocía la Regencia. En Guayana hicieron siempre lo que les acomodó sin contar con nadie.» La diferencia entre las ciudades «leales» y las «desleales» era, pues, puramente de forma. En sustancia, todo el país pasó a ser *de hecho* independiente, ya pronunciándose por la unión y la lealtad, ya por la separación y la independencia; y la oposición entre ambos bandos —aun siendo verbal— llevó a la guerra civil porque vino a agudizar y a dotar de bandera y causa raíces oscuras y latentes de lucha y rivalidad como las que existían entre Coro y Caracas, o la desconfianza con que las castas miraban a los blancos que se proponían explotar la revolución para afianzar su poder social [4].

*

Canarios, catalanes y vizcaínos, dueños de casi todas las tabernas de Caracas, habían figurado entre los «patriotas» más entusiastas de la nueva patria. A fuerza de vejámenes, los funcionarios del nuevo régimen pronto consiguieron enfriar su ardor. Ya el 22 de junio hubo que constituir un Tribunal de Seguridad Pública. Comenzaron a brotar chispas de rebelión contra el nuevo régimen, primero en Caracas, luego en los Valles de Aragua, luego en Caracas otra vez. Tres hermanos españoles europeos y unos cuantos criollos se conjuraron para derribar a la Junta poniendo al país en manos de un comité de eclesiásticos presidido por el Arzobispo Coll y Prat. Denunciados a las autoridades republicanas por dos capitanes, españoles europeos por cierto, fracasaron en su intento, aunque parece ser que por la vacilación de los clérigos ante la necesidad de sacrificar a un centinela. Absueltos casi todos los culpables, fueron algunos condenados a las bóvedas de La Guaira. José Félix Ribas aprovechó el incidente y las noticias, que llegaron entonces, de los sucesos de Quito, para azuzar a la opinión pública contra los españoles. Cubriéronse los muros de la ciudad de pasquines en que se pedía venganza. «La humanidad ultrajada, la fraternidad deprimida piden venganza. Venganza piden alrededor de nosotros las errantes sombras de los pacíficos quiteños sacrificados

---

[4] *Heredia*, pág. 5, nota. Sobre los blancos y su intento de aprovechar la revolución para afianzar el poder, *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 300: «La política oligárquica de los próceres, idéntica en toda Venezuela a la de los barineses, explicará por sí sola la reacción popular en favor de los españoles, la caída de la Primera República, la Guerra a Muerte y el triunfo final de Bolívar, aristócrata convertido en caudillo popular.»

a la voracidad del execrable Ruiz Castilla. ¡Que su nombre sea el objeto de la execración de los americanos! ¡Que el cuchillo y la muerte sea nuestra divisa!» Comenzaba el pasquín designando a los españoles como caníbales. La Junta se vio obligada a promulgar un bando prometiendo venganza; pero echó a Ribas de Caracas así como a un hermano suyo y a un cirujano, llamado Gallegos, que se habían destacado en estos disturbios demagógicos [5].

Para hacer frente al peligro que representaban las ciudades leales, la Junta de Caracas concentró en Carora tres mil hombres al mando del Marqués de Toro. Las dos ciudades más importantes de la provincia de Maracaibo, Mérida y Trujillo, aprovecharon la ocasión para pasar de la obediencia de Cádiz a la de Caracas. Heredia intentó negociar. Toro no deseaba otra cosa. Miyares argüía que si los de Caracas se creían fuertes, no se avendrían a nada; mientras que en caso contrario los sometería por la fuerza; pero permitió a Heredia que negociara al enterarse de que Lord Liverpool había escrito al Gobernador de Curaçao negando apoyo a la Junta de Caracas. Enfermó entonces Heredia; y más tarde, desanimado por el largo silencio de la Junta de Caracas, a la que había escrito (1 septiembre 1810), pidió regresar a Santo Domingo. La Junta contestó el 26, en tono seco pero no negativo, yendo hasta enviarle un salvoconducto. Ya entonces había llegado a Puerto Rico Cortabarría; y Miyares pretextando la nueva autoridad retiró su asentimiento [6].

Todo esto dio ocasión al Marqués de Toro para lucir sus dotes militares. En los primeros encuentros, el éxito fue total. Animado por el éxito, se presentó con sus tres mil hombres y alguna artillería, a vista de Coro (28 noviembre 1810), «ciudad abierta —dice Heredia—, donde sólo había seiscientos fusileros, doscientos hombres montados en caballos y mulas y como mil de flecha y lanza que para nada servían, pero teníamos alguna artillería hasta de a doce, aunque con pocas municiones». ¿Por qué renunció, pues, Toro a la lucha, retirándose a Carora? Se han dado a esta pregunta varias explicaciones estratégicas; pero

---

[5] *P.P.-H.R.*, t. I, págs. 347-350. Sobre Ribas, *P.P.-H.R.*, pág. 350, más objetivo que *J.V.G.*, págs. 17-20. Sobre detalle centinela, *Heredia*, páginas 20, 21, donde apunta que quizá procediera esta conjura de las actividades epistolares de Cortabarría. Pasquines sobre Quito, conservados en *P.R.O.*, anejos al despacho núm. 27 de Layard, 11 de noviembre de 1810, *W.O.* 1/106.

[6] *P.P.-H.R.*, t. I, pág. 351, calcula la fuerza de Toro en 2.500; *Baralt*, tomo I, pág. 62, en 5.000; *G.F.*, t. I, pág. 178, en «más de 4.000»; pero *Heredia*, pág. 9, dice «3.000 bien disciplinados y provistos». Sobre negociaciones, *Heredia*, apéndice, documentos I-XXXI.

ninguna tan convincente como la de Heredia: «El 29, después de una farsa que llamaron ataque, y que fue realmente no querer atacar al ejército contrario por el horror que inspiraba en los ánimos aquel primer acto de guerra civil, se retiró el marqués en el mayor desorden, perdiendo hasta sus baúles.» Y añade el juicioso Heredia: «Por fortuna no le ocurrió a nadie en Maracaibo celebrar esta victoria con Tedéum ni otros actos públicos de regocijo porque todavía no se habían endurecido los corazones hasta el punto de alegrarse y dar gracias al Dios de la paz por la destrucción de nuestros hermanos. Alguno propuso hacer un escarmiento con los oficiales prisioneros; pero el General Miyares se hizo el desentendido de la especie, y logró que se olvidara, y que su autor se avergonzara de haberla proferido.» El incidente ilustra la mala gana con la que aun los caudillos más persistentes como Toro se adentraron por el sendero de la guerra civil [7].

*

El 24 de septiembre de 1810 se reunieron las Cortes españolas en la Isla de León. La Regencia había tenido que inclinarse ante la opinión pública. Para la elección de diputados por los distritos ocupados por el enemigo, en realidad la mayoría del país, hubo que adoptar soluciones provisionales, como la designación de suplentes mientras se hacía la elección regular de los diputados efectivos o les era posible a los elegidos llegar hasta la Isla. Así se hizo también en cuanto a las Indias; por ejemplo, los representantes de «Caracas» o Venezuela fueron dos suplentes provisionales: Esteban Palacios, tío y padrino de Simón Bolívar, y Fermín Clemente, emparentado con una de sus hermanas. Para desacreditar a las Cortes, había decidido la Regencia que las sesiones fueran públicas, lo que a su vez deseaban también las Cortes, aunque por la razón contraria. Pero, al venir a debate los sucesos de las Indias, uno de los diputados americanos, Mejía, pidió que se discutiera a puertas cerradas. Palabras y actitudes que en los reinos del Nuevo Mundo sonaban y parecían normales, podrían parecer escandalosas en España. La actitud que entonces tomaron los liberales españoles que dominaban en las Cortes resulta hoy ilógica. Las Cortes adoptaron una proposición del sacerdote Muñoz Torrero, ex Rector de la Universidad de Salamanca, declarando que la soberanía estaba investida en ellas. Bien es verdad que éstas comprendían cierto número de diputados americanos en calidad de suplentes; pero en el punto y hora en que se hacía pasar al pueblo la soberanía

[7] Sobre Coro, *Heredia*, pág. 9.

del Rey, no podía ya encarnarla sólo la nación española, sino todas las naciones hispanas sobre las cuales había reinado hasta entonces el Rey des-soberanizado [8].

Ésta es la circunstancia que tanto dificultaba todo acuerdo entre los europeos y los americanos. Durante el debate sobre la proposición de Muñoz Torrero, los americanos propusieron que al remitir el decreto de las Cortes al Nuevo Mundo era necesario «hablar a sus habitantes de la igualdad de derechos que tenían con los de Europa, de la extensión de la representación nacional como parte integrante de la monarquía, y conceder una amnistía u olvido absoluto por los extravíos ocurridos en las desavenencias de algunos de aquellos países». Como estas ideas caían en ánimos que no habían reflexionado lo bastante sobre la situación, el debate «comenzó a encresparse». Por eso Don José Mejía, Diputado por Santa Fe, creyó prudente pedir sesión secreta. Finalmente, no sin acaloradas discusiones, se adoptó un decreto (15 octubre 1810) proclamando igualdad entre los ciudadanos españoles de ambos lados del océano, y una amnistía. Era, pues, una medida generosa, pero presuponía que subsistía la unidad hispánica [9].

El mes de diciembre de 1810 y el siguiente enero transcurrieron en debates sobre el modo de trasladar a los hechos la igualdad que el decreto del 15 de octubre concedía en los principios. El 9 de febrero de 1811 declararon finalmente las Cortes «que la representación americana en las Cortes que en adelante se celebrasen sería enteramente igual en el modo y forma a la que se estableciese en la Península, debiéndose fijar en la Constitución el arreglo de esta representación nacional sobre las bases de la perfecta igualdad, conforme al decreto de 15 de octubre». También se decretó abrogar todas las medidas que prohibían o restringían el cultivo en las Indias de ciertas plantas como la viña y el olivo, aunque solían quedar incumplidas y no fueron nunca tan rigurosas como la prohibición del tabaco en España, adoptada en favor de los países americanos [10].

«Así que las Cortes —concluye Toreno— decretaron sucesivamente para la América todo lo que establecía igualdad perfecta en Europa; pero no decretando la independencia, poco adelantaron, pues los promovedores de las desavenencias nunca, en realidad, se contentaron con menos ni aspiraban a otra cosa.» Lo que ni Toreno ni los más de los españoles de su tiempo parecían comprender es que los españoles americanos, al aspirar a

---

[8] *Toreno*, págs. 287, 299.
[9] *Toreno*, págs. 299, 300.
[10] *Toreno*, pág. 310. Texto en *G. F.*, t. I, pág. 192.

la independencia, obraban exactamente bajo los mismos impulsos y por las mismas razones que los españoles europeos al luchar contra Napoleón. Y aun entre los mismos españoles americanos había muchos que tampoco lo comprendían. Mientras españoles europeos como Someruelos y al principio al menos Cortabarría, y ciertos españoles americanos como Heredia, Urquinaona o Villavicencio, laboraban por un acuerdo amistoso, hubo españoles americanos como Aréchaga, el feroz Fiscal de Quito, Miyares, el Gobernador de Maracaibo, y José Domingo Díaz, el fogoso realista de Caracas, que no hacían más que pedir mano dura para reprimir la «rebelión» de sus compatriotas criollos [11].

Con razón denunciaba Heredia esta actitud en una memoria escrita el 6 de diciembre de 1810, que al fin no se atrevió a utilizar. «Querer curar con la guerra el efecto que naturalmente han producido estas causas, y tratar de rebeldes a nuestros hermanos discordes, cuando se les acaba de decir en el decreto de la Regencia para la elección de Diputados a las Cortes, que su suerte estaba ya en sus manos y no dependía de los Gobernadores, y otras cosas peores que ha preconizado la orgullosa y revolucionaria Junta de Cádiz, es una conducta que chocará al más estúpido, y cuyas malas resultas pueden ser gravísimas, y de trascendencia muy fatal para la dependencia de América. Estas hermosas regiones que deberán ser el asilo del nombre y gloria de España, si se observa en ellas una conducta liberal y humana, serán el teatro de horrores inauditos y al fin caerán sus escombros en manos extranjeras, si no se desecha el pensamiento de creer igual el tiempo presente a los siglos XVI y XVII» [12].

*

Se hallaba Cortabarría en alta mar cuando las Cortes votaron el decreto de 15 de octubre. Había zarpado de Cádiz el 13 de septiembre y llegado a San Juan de Puerto Rico el 24 de octubre de 1810. Su primera decisión fue libertar a los tres delegados de la Junta de Caracas que había enviado presos Miyares. Bastaban sus instrucciones para este acto de generosidad y aun de justicia. Pero parece ser que el Almirante Cochrane intervino para estimularlo. Los mismos presos allanaron el camino con una súplica al Rey (6 junio 1810), que, sincera o simulada, no añade nada a su dignidad. Entretanto, se retiraba Toro derro-

---

[11] *Toreno*, pág. 310. Este punto está muy bien tratado en *P. P.-H. R.*, tomo I, págs. 363 y sigs., y otros lugares.

[12] *Heredia*, pág. 16.

tado, y la situación de España parecía menos desesperada. Cortabarría escribía a Heredia: «Es de esperar que la instalación de las Cortes generales extraordinarias, el haber sido admitidos en ellas como representantes de aquella provincia los Diputados suplentes Palacios y Clemente, el decreto de 15 de octubre y los triunfos de nuestras armas y las de nuestros aliados, allanen todas las dificultades» [13].

Creyó, pues, Cortabarría llegado el momento de tratar directamente con los caraqueños. Pero para él, negociar significaba hacer una guerra de papel. Desde su llegada a Puerto Rico, la había iniciado con escaramuzas de «proclamas y disertaciones, que procuraba esparcir en el país, con lo cual no logró más que comprometer a muchas personas que fueron perseguidas, y a buen librar, escaparon con destierros, bóvedas y otras penas, sin perjuicio de la confiscación». A fines de noviembre envió de emisario a Caracas al oficial de marina Don Martín Espino, «el hombre del mundo menos a propósito para semejante encargo». Cortabarría se dirigía a los caraqueños como Comisario Regio con plenos poderes, lo que, como apunta Heredia, carecía por completo de tacto; exigía se reconociese la autoridad de las Cortes como poder soberano y la de Miyares como Capitán General; se restaurara la Audiencia y se licenciaran las tropas reclutadas desde el 19 de abril. Como amenaza, blandía el bloqueo [14].

«En estas discordias civiles —comenta Heredia— no hay más que dos caminos que seguir; o usar la fuerza con vigor, o negociar francamente. Lo primero no era posible porque no había fuerza; y lo segundo no se hizo sino por unos medios tan tortuosos y poco oportunos como éste.» El caso es que la Junta de Caracas no era menos tortuosa. Si hubiera argüido que precisamente porque la Regencia y las Cortes eran autoridades legítimas para España, la Junta y el Congreso de Caracas lo eran también para Venezuela, su posición hubiera sido invulnerable. Pero los caraqueños revelaron el carácter irracional de su actitud al hacer valer que ninguna de las autoridades establecidas en España era, en su opinión, legítima como tal autoridad para España, con lo cual reafirmaron en palabras la unidad formal entre España y Venezuela al tiempo que en los hechos y en la intención rompían con España; y hasta llegaron a declararse «los verdaderos vasallos» de Fernando VII [15].

Esta argumentación tan confusa vuelve a figurar en otra respuesta (1 febrero 1811) a un nuevo emisario enviado a Caracas

---

[13] *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 362; *Heredia*, documento XXIX, pág. 263.
[14] *Heredia*, págs. 10, 20; *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 364.
[15] *Heredia*, pág. 11; *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 364.

directamente por las Cortes, por iniciativa de los dos suplentes por Venezuela, Esteban Palacios y Fermín Clemente. El nuevo enviado era un venezolano, Don Feliciano Montenegro Colón, que llegaba en una corbeta de la Marina Real, la *Sebastián,* con cartas para el Cabildo antiguo, ya desplazado por la Junta. Informaban los suplentes al Cabildo sobre su labor en las Cortes y rogaban se designase a los diputados efectivos. La Junta volvió a cometer el error de argüir que las Cortes eran tan ilegales como la Regencia. Con más fundamento adujo que Palacios y Clemente no tenían autoridad para representar a Venezuela; y, finalmente, definía una doctrina sólida en armonía con la teoría y la práctica del Estado español preborbónico: «Ni la América tiene derecho para enseñorearse de la España, ni ésta para exigir de aquélla el homenaje tributado solamente a la real persona de Fernando VII.» Pero aun esta doctrina cesó de aplicarse el día en que tanto las Cortes de Cádiz como la Junta de Caracas declararon que la soberanía nacional había recaído en el pueblo. Con esto terminaba la guerra papelesca de Cortabarría. El 21 de enero de 1811 declaró el bloqueo de Venezuela [16].

*

A cada paso que daba la nueva nación venezolana iba revelando el vigor de las tradiciones políticas españolas implantadas en la tierra americana. En cada ciudad donde prendía el movimiento lo acaudillaban los cabildos, ampliándose con representantes de las principales corporaciones, clases y oficios; y asumiendo autoridad sobre la provincia respectiva para velar sobre sus derechos locales. Sobre esta tradición española de localismo vino a injertarse y hasta a veces a florecer, si bien de precario, una idea exótica, aquel federalismo que, por causas tan distintas, había surgido como transacción entre la unidad y la anarquía en los Estados Unidos. La frase *Confederación de Venezuela* era ya corriente en Caracas por el otoño de 1810. No era de esperar otra cosa en un país en el cual la Junta de Caracas, aun llamándose Suprema y Alteza, y aun ampliada con representantes provinciales, tenía que permitir que otras Juntas de provincias asumieran todo el poder que quisieran, puesto que al fin y al cabo no pasaba de ser ella misma otra Junta provincial. Al irse deteriorando las relaciones con España, se fue aflojando todo el sistema de las Juntas de modo peligroso para

---

[16] *Heredia,* pág. 19; *P. P.-H. R.,* t. I, pág. 362, que dice que trajo «despachos para la Junta», pero Heredia censura precisamente que vinieran dirigidos al Cabildo desposeído ya por la Junta.

un país abocado a la guerra; y la Junta Suprema decidió convocar a elecciones generales para un *Congreso Nacional Conservador de los Derechos de Fernando VII* [17].

Aquí también permaneció la Junta de Caracas fiel a la tradición española, tradición que invocó al afirmar el derecho del ciudadano a «concurrir con su voto a la delegación de los derechos personales y reales que existieron originariamente en la masa común y que le ha restituido el actual interregno de la monarquía». La Junta fundaba en este interregno todos sus actos, y en particular la Convocación del Congreso, cuya necesidad se justificaba por el derecho de los pueblos de América a organizar su propia vida hasta «la completa decisión de la presente crisis»; derecho implícito en el que tenían los cabildos de reunirse y deliberar siempre que lo creyesen oportuno. Pero la Junta iba más allá todavía, declarando que las provincias de Venezuela permanecerían «fieles a su augusto soberano, prontas a reconocerle en un gobierno legítimo y decididas a sellar con la sangre del último de sus habitantes el juramento que han pronunciado en las aras de la lealtad y del patriotismo». Uno de los artículos del programa del Congreso iba a ser «entenderse oportunamente con el Gobierno legítimo que se constituya en la metrópoli, si llega a salvarse de los bárbaros que la tienen ocupada» [18].

En el procedimiento adoptado para las elecciones, la Junta se desviaba un tanto de la tradición española que fundaba la elección en los cabildos; pero, en cambio, seguía muy de cerca el reglamento adoptado por la Junta Central de España. Se estipulaban dos grados: en las parroquias se elegiría un elector por cada quinientos habitantes, y por medio de boletines firmados, los cuales se recontarían en presencia de un comisario parroquial, del cura y de cinco notables; estos «electores principales», reunidos en la capital de la provincia con el Cabildo, elegirían a su vez un diputado por cada treinta mil habitantes. El comentario de Heredia merece citarse: «Se hicieron las elecciones con más tranquilidad que la que debía esperarse de un pueblo que ejercía por la primera vez estos actos tan delicados y turbulentos en todas partes; y por el influjo del clero y de los propietarios juiciosos recayeron casi generalmente en los hombres más distinguidos por su ciencia y probidad, aunque no se pudo evitar la entrada de Miranda y otros semejantes.» En el reglamento se había prescrito que «se celebrase misa

[17] *G. F.*, págs. 187, 188; *P. P.-H. R.*, págs. 353 y sigs.; *Heredia*, página 27.

[18] *P. P.-H. R.*, págs. 354, 355.

solemne al Espíritu Santo en la Iglesia principal, recomendándose a la piedad de los fieles implorar el auxilio divino para el acierto»; y que durante la votación «se tocase en las iglesias la señal acostumbrada para las rogativas públicas» [19].

Pocos títulos mejores para su fama histórica presentan las Juntas que entonces gobernaron a Venezuela que el de haber presidido estas elecciones, «una de las pocas —escribe el doctor Parra Pérez— que se hayan realizado en Venezuela sin presión gubernativa de ningún género». Y aún sigue diciendo: «Nunca, en más de un siglo de vida independiente, la nación venezolana ha exhibido una *élite* superior a aquella salida de lo que la fácil literatura de nuestros declamadores llamó hasta hace poco la oscura noche de la ignorancia colonial.» En efecto, «entre los cuarenta y cuatro diputados figuraban los hombres más notables no sólo de aquel tiempo sino de toda nuestra historia civil». Había entre ellos algunos españoles europeos, como el gaditano Francisco Isnardi, que fue Secretario del Congreso; y por lo menos dos criollos no venezolanos: Yanes, cubano, y Sata, peruano. Pero claro es que eran casi todos de Venezuela, con fuerte proporción de mantuanos, entre los cuales figuraban los tres Toros, Francisco (el Marqués), Fernando y Juan. Pero ¿y Bolívar? [20].

*

Bolívar estaba en alta mar, estaba en Londres, estaba de vuelta en Caracas... pero no estaba en el Congreso. Y es curioso que hecho tan significativo se tome como de clavo pasado. El 11 de junio de 1810 la Junta decidió convocar un Congreso. El 9 zarpaba Bolívar para Londres en una fragata inglesa. El joven oficial, que había vuelto la espalda a los garnachas de Caracas el 19 de abril, volvía a darles la espalda el 11 de junio. Él era hombre de capa y espada. ¿Qué le iba ni le venía con todos aquellos chanlamentarios? «Hemos declarado la guerra a España», había dicho en 1809. Y ya no le interesaban ni cabildos ni congresos ni palabras. Le interesaba la guerra. Se iba a Londres porque allí era donde esperaba encontrar los dos factores que necesitaba para guerrear: el auxilio británico y Miranda [21].

---

[19] *Heredia*, pág. 27; *G. F.*, pág. 189.

[20] *P. P.-H. R.*, págs. 356, 357.

[21] *O'L.* dice expresamente que «uno de los principales objetos que tuvo Bolívar en mira cuando pidió la misión de Londres, fue inducir al general Miranda, que allí residía, a auxiliar la causa de América con sus talentos militares y su experiencia», t. I, pág. 98.

Del auxilio británico no dudaba. Cómo y por qué no lo sabía. No tenía apenas experiencia de las naciones extranjeras, y menos que de ninguna de la Gran Bretaña. Pero algo le decía que, puesto que él había declarado la guerra a España, encontraría buena acogida entre los ingleses. Bolívar no podía, a los veintisiete años, calar hasta el fondo de las hondas aguas de la política británica que tan mal navegaba el veterano Miranda. La Gran Bretaña era entonces aliada de España en su guerra contra Napoleón; mal podía fomentar abiertamente en el Nuevo Mundo una causa que España consideraba como rebelde. Desde sus comienzos la Junta de Caracas había procurado ganarse las simpatías de la Gran Bretaña; y las autoridades británicas sobre el terreno tenían ya tal costumbre de auxiliar a la «causa de la libertad hispanoamericana» (casi siempre idéntica a la del comercio y aun a la del contrabando inglés) que se les hacía cuesta arriba su nuevo papel de amigas de España. No hacían más que escribir a Londres pidiendo instrucciones; y Londres contestaba con frases decorosas insistiendo en el respeto debido a los intereses de España como aliada de Inglaterra, pero recomendando no se olvidase tampoco la solicitud debida al comercio británico presente y futuro con el Nuevo Mundo. El 22 de septiembre de 1810 el General Layard, Gobernador de Curaçao, escribía a Lord Liverpool acusándole recibo de las instrucciones del Ministro sobre el modo de conducirse para con los españoles de ambos bandos en el Nuevo Mundo... y también de las instrucciones secretas sobre el mismo tema. Pero toda la correspondencia de este Gobernador prueba el fuerte apoyo que daba a la Junta de Caracas contra los leales de Coro y Maracaibo, actitud, con raras excepciones, general en las autoridades británicas de las Antillas [22].

El 14 de julio de 1810, por ejemplo, escribía Layard a Roscio, Secretario de Relaciones Exteriores de la Junta: «Ilustrísimo señor. Tengo el honor de incluirle para información de Sus Altezas de la Suprema Junta copia de la carta que he creído oportuno dirigir al vicealmirante Sir Alexander Cochrane, y espero sinceramente que el Almirante pida el retorno de los diputados de Sus Altezas reducidos a prisión en Puerto Rico. No puedo expresar en términos adecuados la satisfacción que experimenté el 11 del actual, al regreso de Jamaica de los diputados de Sus Altezas, sobre todo al ver lo contentos que estaban de la acogida que allí tuvieron y del éxito completo de su misión. Como los enviados de Maracaibo [es decir, los realistas] hallaron en Jamaica trato harto distinto, y regresaron inmedia-

---

[22] Layard a Liverpool: *P. R. O. W. O.* 1/104, fols. 173, 174.

tamente como consecuencia de la llegada del Teniente Coronel Montilla, la diferencia clara y terminante que en su conducta observó el Comandante en Jefe de las Fuerzas, Almirante y Gobernador de aquella Isla no puede por menos de producir los efectos más beneficiosos y probar plenamente la sinceridad y confianza de aquellas altas autoridades en la administración de Sus Altezas. He observado con la satisfacción más singular las ofertas liberales y generosas hechas a Sus Altezas por el Teniente General Sir George Beckwith, Comandante en Jefe de las fuerzas de las Islas y Colonias de Barlovento y Sotavento. Sucesos tan unánimes como los que vienen observando Sus Altezas convencerán, sin duda, al Gobernador de Maracaibo y al Comandante en Jefe en Coro de que en todas las colonias británicas deben hallar y hallarán Sus Altezas todo el apoyo a que son justamente acreedoras por sus meritorios servicios» [23].

Esta carta de un Gobernador británico, aliado del Gobierno español, no era ni siquiera neutral entre España y España, ya que oficialmente era la Junta de Caracas tan española como la de Cádiz. Layard vuelve sobre el tema en un despacho a Lord Liverpool, fechado el 31 de julio de 1810: «Estoy convencido de que los sentimientos favorables ahora reinantes para con la nación británica, y que cultivados con cariño pueden llevar a casi cualquier acuerdo, ya político ya comercial, que el Gobierno de Su Majestad juzgue oportuno [...]. Si el Gobierno de Su Majestad viese con buenos ojos la conducta de la Suprema Junta de Caracas, Coro y Maracaibo tendrán que cesar toda oposición al Gobierno actual. En cuyo caso, me atrevo a pensar que no será menester enviarme ningún refuerzo militar, pero que sí será conveniente reforzar nuestras instalaciones navales. Al cesar toda comunicación entre el Gobierno de Jamaica y los delegados de Maracaibo, después de llegar a aquella Isla los de Caracas, en una palabra, al adoptar una conducta uniforme todos los Gobernadores, Generales y Almirantes de las colonias británicas, es de suponer que la sensación será muy grande en Maracaibo y en Coro» [24].

El Gobernador de Curaçao, como el ciego del cuento, veía lo que quería; porque, pese a las simpatías británicas, la Junta fue derrotada ante Coro, como antes lo había sido Miranda. Pero la correspondencia de Layard también revela los motivos de la política de su país. El 2 de octubre de 1810 informaba a Lord Liverpool que como consecuencia de la visita de su secretario Robertson a Caracas había obtenido una «rebaja *exclusiva*

---

[23] *P.R.O. W.O.* 1/104, fols. 139, 140.
[24] Loc. cit., fols. 1, 2.

de la cuarta parte de los derechos tanto de importación como de exportación, ya en barcos británicos ya en barcos hispanocoloniales que comercien entre la provincia de Venezuela y las colonias británicas. Nuestros mercaderes se han quejado siempre de que si no se les da alguna ventaja exclusiva sobre los norteamericanos no podrán nunca hacerles competencia, ya que los otros pueden comercial con mucho menos gasto; por lo tanto, lo ahora obtenido es muy importante». Y en el mismo despacho, después de expresar su opinión de que «toda Venezuela estará ya unida dentro de un mes», desde luego bajo la Junta de Caracas, añade: «El capitán Rider [que enviaba a Londres] expondrá también a V. E. las ventajas superiores que esta colonia posee sobre cualquier otra de por aquí para Estación Naval, y hasta qué punto conviene que la costa frontera, con los cuatro puertos de La Guaira, Puerto Cabello, Coro y Maracaibo quede agregada al establecimiento naval que se determine para esta colonia. La provincia de Venezuela parece depender por completo de la Gran Bretaña en cuanto a protección naval; pues ya ha suprimido su propio departamento marítimo» [25].

Tales eran los hechos y motivos que Bolívar no podía penetrar todavía cuando se disponía a ir a Inglaterra en busca de Miranda. La Junta no era muy entusiasta de Miranda; pero tampoco hay nada en los archivos que autorice la opinión corriente de que, al ponerse en relación con él, Bolívar violó sus instrucciones. Muy por el contrario, sus instrucciones, si bien tibias en la intención y cautas en la forma, sólo podían significar: «Desde luego, vean a Miranda si ello les pareciere útil y oportuno.» He aquí el texto: «Miranda, el General que fue de la Francia, maquinó contra los derechos de la Monarquía que tratamos de conservar, y el Gobierno de Caracas, por las tentativas que practicó contra esta Provincia en el año de 1806 por la costa de Ocumare y por Coro, ofreció 30.000 pesos por su cabeza. Nosotros consequentes en nuestra conducta debemos mirarlo como rebelado contra Fernando VII° y baxo de esta inteligencia si estuviese en Londres o en otra parte de las escalas o recaladas de los Comisionados de este nuevo Gobierno y se acercase a ellos sabrán tratarle como corresponde a estos principios y a la inmunidad del territorio donde se hallare y si su actual situación pudiese contribuir de algún modo que sea decente a la Comisión no sea menospreciado.» La Junta no podía dar a Bolívar y a López Méndez una indirecta más directa [26].

---

[25] Loc. cit., fols. 190, 192.

[26] Ni *P. P.-H. R.* ni *C. P.* reflejan bien los hechos. Menos todavía Amunátegui en su biografía de Bello. Hay que ir a los textos de *P. R. O.*

Para Bolívar el viaje a Londres era el principio de la guerra contra España. En esto, como en tantas otras cosas, no pensaba ni con el promedio ni con la mayoría de los vocales de la Junta que lo enviaba, y para quienes no era tampoco hombre muy grato. Tuvo que solicitar el puesto de comisionado; tropezó con serías negativas; y tuvo que vencerlas ofreciendo cubrir todos los gastos de la embajada. Aun así, la Junta sólo lo aceptó «mal de su grado» dándole además por mentor a Don Luis López Méndez, «en cuya experiencia y capacidad se tenía más confianza». Como secretario se nombró a Andrés Bello. Baralt llama a López Méndez «hombre turbulento y de trastienda». Las credenciales iban redactadas a nombre de «Don Fernando VII, Rey de España y de las Indias, en su Real Nombre la Suprema Junta Conservadora de sus Derechos en Venezuela». Los comisionados figuraban en ellas con arreglo a la antigua usanza, por orden de clases: «En primer lugar, el caballero coronel don Simón Bolívar; en segundo, al comisario ordenador don Luis López Méndez, y, en calidad de auxiliar, al comisario de guerra y oficial primero de mi Secretaría de Estado, don Andrés Bello.» Su misión consistía en informar al Rey de Inglaterra «de la instalación de la Suprema Junta Gubernativa de las Provincias de Venezuela, en quien ha recaído, por substitución de los derechos del pueblo, en fuerza de mi imposibilidad [se supone que decía Fernando VII] y de la disolución del Gobierno que provisionalmente me representaba en la Península, la soberanía de las mismas provincias». En las instrucciones figura esta curiosa frase: «No perder de vista lo que escribimos a la Regencia y Junta de Cádiz en cuanto a nuestra escasez, como efecto del despotismo y de la mala administración que sería fácil desmentir, o equivocar, si se notaren gastos superfluos.» Puesto que los fondos procedían de Bolívar, y dadas sus aficiones al lujo y a la ostentación, no cabe duda de que era a él a quien la frase iba dirigida [27].

W. O. 1/104, fols. 315, 316. Confirma lo dicho en el texto el párrafo siguiente de las instrucciones: «La Junta Central de Sevilla en la orden con que dio las gracias al marqués del Toro por el buen uso que hizo de las letras sediciosas que Miranda le dirigió por la Barbada, protestaba quexarse de éste al Gobierno inglés por medio de su enviado cerca de S. M. B. Ignoramos si se verificó la quexa y cuál fue su resultado. Convendrá que los comisionados se instruyan de este particular, teniendo entendido que las letras de Miranda vinieron a Caracas a fines del año 1808, que la orden de la Junta salió en febrero o marzo de 1809, y que circuló en nuestra Gaceta a fines de mayo o principios de junio del mismo año», fol. 316.

[27] *C. P.*, pág. 293; *P. P.-H. R.*, t. I, pág. 333.

CAPÍTULO XVI

INDEPENDENCIA DECLARADA

Los tres comisionados desembarcaron en Portsmouth el 10 de julio de 1810 después de un mes de travesía a bordo del navío de guerra británico *General Wellington,* hallando en su viaje a Londres las facilidades oficiales de costumbre. Llegaban los tres caraqueños en plan distinto al de sus numerosos predecesores; venían enviados por un Gobierno constituido, al menos de hecho; y a una Gran Bretaña a la sazón en guerra contra Napoleón y en alianza con España. Representaban además a una *Junta,* vocablo que la lucha contra Napoleón había hecho popular y muy querido en la nación inglesa, y a cuyos poetas había inspirado. La acogida de Londres a Bolívar tenía pues que ser muy compleja. Mientras la City seguía tendiendo hacia los Eldorados del comercio del Nuevo Mundo español manos tan ávidas como las de Drake, en el pueblo de Inglaterra latía una solidaridad con las Juntas de España, que naturalmente acogía con el mismo calor a la Junta de Caracas, ya que en su inocencia la suponía animada del mismo espíritu.

Pero ¿era así en efecto? Tal fue la pregunta que surgiría en el ánimo del Marqués de Wellesley, que después de su embajada en España se había encargado del Ministerio de Estado en Londres, al recibir a Bolívar y López Méndez el 16 de junio de 1810. El hecho de que los recibiera, no en el Ministerio, sino en Apsley House, su casa particular, prueba que el Ministro de Estado de Su Majestad Británica se daba cuenta de que Bolívar y su compañero no venían como súbditos fieles de Fernando VII a pesar de lo impecable de sus credenciales. Wellesley sabía ya que Bolívar había ido a ver a Miranda, quien lo había puesto en contacto con notables londinenses, incluso con el Duque de Gloucester, de la familia real. Miranda era entonces para los

españoles un traidor, puesto que había tomado armas abiertamente contra el Rey de España en 1806; mientras que Bolívar y sus compañeros, así como la Junta que los enviaba, representaban oficialmente a Fernando VII. De aquí la actitud de Wellesley. Informado por las autoridades británicas de las Antillas, no podía abrigar ilusión alguna sobre la fidelidad al Rey de los comisionados; si les interrogó sobre el particular no fue para oír respuestas que ya podía figurarse de antemano, sino para hacer constar su propia fidelidad, al menos oficial, para con la nación aliada.

Los comisionados navegaron por tan procelosas aguas diplomáticas con pericia y éxito. Wellesley comenzó por poner en claro su actitud para con España. «Las primeras palabras del Ministro —escribían luego a Caracas los comisionados— fueron que la revolución de Caracas se había hecho sobre un principio erróneo, totalmente incompatible con el presente estado de España, y que, por si acaso habíamos tomado la decisión de separarnos de la autoridad central por considerar que la causa de la madre patria se hallaba en situación desesperada, podía asegurarnos con los hechos más auténticos que las operaciones militares de España, su Gobierno, y su espíritu público ofrecían más que nunca los fundamentos para hacer esperar una solución favorable.» Wellesley, añadían Bolívar y Méndez, «hizo repetidas y fuertes reflexiones sobre la intimidad y confianza actualmente subsistentes entre el Gobierno de Cádiz y la Corte de Londres, que no sólo requerían una negativa a toda acogida oficial a los comisionados de Caracas, sino también que se cortase toda suerte de comunicación entre ellos y el Gobierno de Su Majestad Británica. Puso de manifiesto que era punto importante, para los intereses de la nación española y de sus aliados, la firme unión de las partes libres de la monarquía a fin de unir sus esfuerzos contra Francia; por lo tanto, del modo más amistoso, nos aconsejó llegásemos a un acuerdo con la Regencia, prometiendo al mismo tiempo que se nos daría satisfacción sobre todas las ofensas, y que se reformarían aquellos abusos locales o temporales en práctica con nosotros; a cuyo fin ofrecía que la Gran Bretaña intercedería, de la manera más formal» [1].

[1] Fuentes: Documentos en el *P. R. O. F. O.* 72/106. El tomo contiene credenciales, cartas, las notas sobre Caracas de Ricardo Wellesley, pero no la minuta de la entrevista. Ésta se encuentra en traducción inglesa enviada por el Gobernador de Curaçao mucho más tarde, en *P. R. O. W. O.* 1/106, fols. 263, 270. También hay una minuta en español publicada en la *Revista Bolivariana*, vol. II, núms. 20, 21, págs. 526 y sigs., Bogotá, 30 de mayo, que aun no coincidente en muchos extremos con la del Gobernador de Curaçao, es útil. El *F. O.* 72/106 contiene una carta

Los caraqueños traían instrucciones de acusar a las autoridades españolas de sospechosas por afrancesadas. En estas Instrucciones, la Junta pintaba con los colores más sombríos los lazos entre Emparán y Napoleón, haciendo valer cómo Emparán y el Coronel García (que con él había llegado a Caracas) se hallaban comprometidos a este respecto: «Nunca debe omitirse la circunstancia de ser prisioneros de Napoleón los dos Xefes prales que mandaban las armas en esta Provincia, el capitán Gral. D. Vicente Emparán y el comandante sub inspector de Artillería D. Agustín García: ambos vivieron en Madrid baxo la Lugar-Tenencia de Murat, fueron comprehendidos en la capitulación del 4 de Dize de 1808 con que fue rendida aquella corte al Emperador de los franceses: ambos son individuos juramentados al Gobierno francés; el primero obtuvo de Murat el Grado de Mariscal y de Napoleón igual nombramiento de Capitán Gral. de Caracas: le vimos confirmado por el intruso monarca de España en una Gazeta de Madrid en el mismo nombramiento que le dieron los de la extinguida Junta Central» [2].

Bolívar, que llevaba la voz cantante en la entrevista, no vaciló en tirar por la borda a su amigo Emparán, acusándolo de afrancesado, cuando tan afrancesado era él, puesto que el afrancesamiento no significaba otra cosa que la actitud «filosófica» y «filantrópica» en que el propio Bolívar fundaba entonces su rebeldía contra España y su separatismo. Así pues, después de pintar a Wellesley como «un procedimiento opresivo, ilegal e ignominioso» las medidas que había tomado Casas para con los iniciadores de la Junta de Caracas, sigue diciéndole: «Esperaba el pueblo de Caracas que a lo menos serían desaprobadas por el Gobierno supremo de España unas medidas tan ilegítimas y vio-

---

fechada en Portsmouth (11 julio 1810), de mano de López Méndez, pero firmada por Simón de Bolívar, informando de «nuestra llegada el día de ayer a esta ciudad después de treinta y un días de feliz viaje en el bergantín *Whillington* de S. M. B. despachado desde la isla de Sn. Thomas por el General Cochrane para conducir nuestras personas a este Reino». Hay también una nota al Foreign Office (21 julio 1810), que parece de mano de Bolívar, con una curiosa falta de francés: «Les Deputés du gouvernement de Venezuela ont l'honneur de présenter ses respectueux hommages...»

C. P., pregúntase cuándo recibió el Gobierno británico del de Curaçao copia de las instrucciones secretas de Caracas a sus emisarios: el documento núm. 10 anejo al despacho 21 de Layard a Liverpool (12 octubre 1810), fols. 311-317, *P. R. O. W. O.* 1/104, da la respuesta.

Documentos de interés también en *B. A. N. H. V.*, vols. 72, 81, 83.

[2] Texto en instrucciones según nota precedente. Análogas acusaciones sobre Emparán y su afrancesamiento, en carta de la Junta Suprema de Caracas a la Regencia (3 mayo 1810). *P. R. O. W. O.* 1/104, t. II, folios 279-286, sobre todo fol. 284.

lentas, y se confirmó en esta opinión al ver conferida la capitanía general a un nuevo jefe. Pero este hombre estaba por desgracia sindicado de relaciones con el partido francés; se había encontrado en Madrid a la época de la capitulación, y de consiguiente, estaba juramentado a Joseph Bonaparte.» Para completar el pintoresco desorden en que ideas y actitudes desempeñan entonces la tragicomedia de la historia, Wellesley, arguyendo con López Méndez sobre el derecho de los países de ultramar a darse jefes propios, afirma que «todo acto dirigido a sustraer del poder central a cualquiera de las partes, atacaba radical y esencialmente la constitución, cualquiera que fuere; y que un acto de esta naturaleza solamente podía apoyarse sobre aquellos principios que con el nombre de *derechos del hombre* habían producido la revolución francesa, y se hallaban en el día completamente desacreditados» [3].

Insistieron los comisionados sobre «la sincera resolución del pueblo de Caracas de adherir al voto de la mayoría del imperio español, representado completa y legítimamente, y de permanecer unido a la metrópoli, todo el tiempo que se mantuviese libre, o resistiese a los comunes enemigos; y que uno de los objetos primarios de la revolución de Caracas era conservar íntegros al monarca reconocido sus dominios de Venezuela, poniéndolos a cubierto de la intriga y seducción francesa»; pero Wellesley agudamente observó «que esta dependencia de la metrópoli desconociendo su gobierno era puramente nominal»; y como se le arguyera que «la Regencia no había sido reconocida por algunas provincias, donde se habían erigido juntas supremas, sin duda con objetos semejantes al de la de Venezuela», Wellesley hizo valer en contra el testimonio de su hijo Ricardo, que se hallaba presente. Con alguna vehemencia arguyó entonces Bolívar que Venezuela era «parte muy pequeña en la totalidad del Imperio español para que su conducta influyera de un modo sensible en el éxito de la guerra de España. El marqués se sonrió haciendo un cumplimiento al comisionado por el ardor con que defendía la causa de su país; y D. Simón de Bolívar le contestó que S. S. lo manifestaba mucho mayor en sostener los intereses de España», respuesta en verdad más de Coronel de milicias que de diplomático. Quizá fuera esta misma petulancia del flamante Embajador-Coronel la que indujera a Wellesley, «deponiendo su carácter ministerial y hablando sólo como un amigo sincero», a prevenir a los comisionados «que había en el país muchos intrigantes ansiosos de acercárseles; que acaso alguno lo había

---

[3] *Revista Bolivariana.*

ya ejecutado, y que la misión de que venían revestidos exigía una gran circunspección». La alusión a Miranda era evidente. Estaban de conversación desde las ocho de la noche; y en francés. Los comisionados se despidieron. Eran las diez de la noche [4].

El jueves, 19 de julio, Wellesley los volvió a recibir a las seis. Los comisionados acusan ya cierto éxito en su relato a Caracas: «El Ministro pareció irse haciendo gradualmente más accesible a nuestras demostraciones, y nos indicó que los deseos del pueblo de Caracas, manifestados en la carta al Rey, y en la dirigida a él, eran recibidos muy cordialmente, con sentimientos de bondad y gratitud por Su Majestad, y que cualquiera que fuese nuestra decisión en cuanto a reconocer la Regencia, Inglaterra no nos consideraría nunca como enemigos.» La indirecta era todo lo clara que podía permitirse en las circunstancias el Ministro de Estado de un país aliado de España. Pero Wellesley fue más allá todavía: «Prometió después que contaríamos con la protección más poderosa contra Francia, y que la Gran Bretaña ejercería su mediación para impedir hostilidades contra nosotros por parte del Gobierno español, con tal de que nosotros también prometiéramos no sustraer nuestro apoyo a la madre patria, durante la lucha contra el enemigo común; y por último nos rogó que redactásemos una Nota (no oficial) sobre el objeto de nuestra comisión, a fin de contestarla por separado, y terminar la negociación del modo más favorable que permitiera el Tratado de Su Majestad Británica con el Gobierno de España.» Los comisionados redujeron esta Nota a los cuatro puntos que ellos mismos definen así: «Protección contra Francia; mediación del Gobierno británico con España para conservar nuestras relaciones comerciales y amistosas con él; garantía de Su Majestad Británica para los acuerdos que hiciéramos con la Regencia a tal fin; y órdenes a los jefes británicos sobre todos estos puntos, especialmente en lo que concierne al comercio.» Y añaden: que «a todos estos puntos dio el Ministro respuestas favorables [...] pero negándose siempre a dar apariencia oficial a nuestra Misión y sin prestar la menor atención a los artículos sobre armas y municiones que verbalmente le habíamos comunicado, y por cuya razón volvimos a repetirle; pero declaró que toda expectación sobre estos artículos era incompatible con las leyes del Reino, y que, al presente, era mucho menos realizable que nunca, por habérseles negado también a España, a

[4] Parece que el texto de la entrevista según la *Revista Bolivariana* daría razón a Amunátegui contra Villanueva, pues la fogosidad del joven Bolívar no ha podido ser muy favorable a su causa (*C. P.*, pág. 299).

pesar de los ruegos del Embajador [...], la base de nuestras negociaciones ha sido la continuación de nuestra fidelidad a Fernando VII, y del envío de socorros a la Península, como más adelante se acuerde entre este Gobierno y la Regencia» [5].

No es pues de extrañar que Bolívar y López Méndez concluyan que «la conducta del Ministro no pudo haber sido más favorable» considerando la influencia de los «agentes de la Regencia» que, decían, «es ciertamente muy fuerte en esta capital». Apuntan en particular que «la unión entre Inglaterra y el Gobierno Central de la Península no ha sido nunca más íntima que desde el establecimiento de la Regencia, erigida casi por influencia de la Gran Bretaña; el dicho Marqués de Wellesley, durante su embajada en España, ha sido la persona más activa en solicitar la instalación de esta nueva forma de gobierno [...]. Los resultados de la operación de los aliados debieran ser pues decisivos, no sólo para el crédito ministerial y político del Marqués, sino también para la fama militar de su hermano Sir Arthur Wellesley, que, bajo el título de Lord Wellington, manda los ejércitos británicos en España y Portugal y dirige en realidad todas las operaciones de la presente campaña [...], estas importantes circunstancias bastaban para obligar al Ministro a observar tal conducta para con nosotros que no ofendiera en lo más mínimo la confianza subsistente entre la Gran Bretaña y la madre patria» [6].

Terminan los comisionados con un detalle del mayor interés: «el Ministro nos preguntó si veíamos inconveniente en que se diesen al Embajador de España copias auténticas de los despachos recibidos de Curaçao y también de nuestras credenciales, diciendo que lo consideraba como una medida necesaria para mantener todas las apariencias de buena armonía con el Gobierno de España; a lo cual manifestamos que no oponíamos objeción alguna puesto que todo ello se publicaría de acuerdo con la información del dicho Ministro. El segundo punto fue que nos informó de que uno de los papeles públicos daba la noticia de que la Regencia había dado órdenes para bloquear nuestros puertos (lo que coincidía con lo que que habíamos oído por otro conducto). Contra lo cual observamos que, puesto que Venezuela se hallaba muy necesitada de un comercio activo, tal medida parecía muy contraria a los intereses de los mismos aliados que comerciaban con nuestros puertos; observación que aprobó fuertemente el Ministro, prometiendo hacer por su

---

[5] Como al 1 *ut supra.*
[6] Como al 1 *ut supra.*

parte todo lo que pudiera para que se suspendiese, así para impedir cualesquiera otros actos de hostilidad» [7].

*

Wellesley trató de sincerarse a ojos de la Regencia en una Nota que mandó a los comisionados de Caracas y al Embajador de España (8 agosto 1810). Es un documento muy hábilmente redactado para adaptarse por igual a los tres puntos del triángulo; y puesto que los venezolanos habían insistido en su fidelidad al Rey de España, el Ministro de Estado británico tenía por lo menos un buen punto de partida. Pero en su Nota, Wellesley tenía que fingir ignorancia de unos cuantos hechos que sabía, aunque no oficialmente. Aquel Miranda, contra cuyas «intrigas» había puesto en guardia a sus visitantes, frecuentaba a su propio hijo Richard, cuyas iniciales, R. W., figuran al pie de unas Notas sobre Caracas existentes en el Archivo Nacional Británico y que el Secretario de Estado estudiaría entonces: «Creo que será intento quimérico el conservar a estos países para la madre patria excepto como aliados y súbditos del mismo soberano. De las conferencias de los diputados con L. W., de los documentos y publicaciones que han exhibido y de repetidas conversaciones, puede colegirse que sus objetivos son: alianza y amistad con Inglaterra *aun contra la madre* patria; libertad de su país de todo gobierno que no sea el de Fernando VII. Sobre este segundo punto su actitud es muy resuelta y vehemente.» ¿Por qué? Por una tenaz tradición española. Discutir sobre quién es exactamente aquel a quien se obedece ha sido siempre la maña socorrida de los españoles para rehuir toda obediencia; cubriendo la desobediencia efectiva con la más escrupulosa subordinación verbal a la autoridad del Rey en sí. De este modo se salvaba la forma de la disciplina, ya vacía de su sustancia. Como además Fernando VII, desterrado y destronado, no podía mandar a nadie, comprometerse a obedecer a un Rey que no podía mandar era para una Junta rebelde una postura ideal, sobre todo hallándose convencida, como lo estaba, de que iba a ganar Francia y de que Fernando VII no volvería a reinar. De esta manera quedaban complacidas la gran mayoría, fiel al régimen antiguo, y la pequeña minoría de separatistas que aspiraba a derrocarlo [8].

Por su parte Wellesley hallaba en esta fidelidad formal a Fernando VII escudo para su propia conducta con España. En

---

[7] Como al 1 *ut supra.*

[8] Este documento en *P. R. O. F. O.* 72/106. Sobre obediencia al Rey como pantalla para desobedecer, *I. B. passim.*

sus notas sobre Caracas escribía su hijo: «De las cuatro potencias que pueden disputarse esta vasta presa, los Estados Unidos y Francia tienen interés en promover una insurrección contra la madre patria; la primera, para disfrutar del comercio sin trabas; la segunda para adquirir en el desorden las colonias, que no se hallan dispuestas a dejarse transferir con la Corona de España tan pasivamente como a comienzos del siglo pasado. Los agentes de ambas llevan ya años recorriendo el país bajo varios disfraces; es sabido que el país neutral [los Estados Unidos] presta sus barcos y bandera para fomentar este objetivo común. Pero los Estados Unidos inspiran odio y temor a sus vecinos. Francia es enemiga desde la usurpación de España, y se halla además excluida del comercio americano. Inglaterra tiene la ventaja de la popularidad que le ha ganado en América su generoso auxilio a España; y de los grandes provechos comerciales que, ya observados al aumentar el comercio de contrabando, serían incalculables de llegarse a la plena libertad comercial. No cabe duda de que mediante un uso hábil del vínculo de fidelidad a Fernando, Inglaterra puede impedir la separación total y súbita de la Vieja España, puede obligar a ésta a modificar su sistema colonial y puede salvar a las colonias de la influencia de Francia» [9].

La situación de Bolívar en Londres no podía ser más ambigua. Oficial del Ejército español, ascendido de Capitán a Teniente Coronel por una Junta que se llamaba a sí misma «Conservadora de los Derechos de Fernando VII», era recibido por el Secretario de Estado británico en una casa particular a fin de no causar disgusto al Embajador de España —a quien Bolívar ni por asomo había pensado en visitar—. A pesar de esta situación ambigua, el joven negociador había logrado el primero de los fines para los cuales había ido a Londres: auxilio británico. Quedaba el segundo: Miranda. Hay que recordar que Bolívar era un mero aficionado en materia militar, que se había encontrado los galones en la cuna, pero que jamás había consagrado atención al estudio de la profesión de las armas. Por otra parte, como hombre inteligente, en aquella hora en que su corazón había declarado la guerra a España, se daría cuenta de lo mucho que le faltaba para prestar en aquella guerra los servicios relevantes que de su rango social e inteligencia general había derecho a esperar. Miranda, por el contrario, era hombre de gran experiencia militar, adquirida como oficial español en las campañas de la Florida y como general francés en las gue-

[9] Loc. cit.

rras revolucionarias; y gozaba de gran fama como profesional. Existía además otra razón para que Bolívar pusiera especial empeño en llevarse a Miranda a Caracas. Desconfiaba el joven caudillo del separatismo de sus amigos caraqueños, pues la Junta seguía favorable a un vínculo con España, si bien modernizado. Bolívar aspiraba a la independencia, y aun a la guerra. Para los que pensaban como él, era valiosa la llegada de Miranda a Caracas, puesto que comprometía públicamente a la Junta en una política anti-española. Bien es verdad que la Junta —precisamente por esta causa— le había indicado obrase con cautela en sus tratos con Miranda. Pero Bolívar no hizo caso [10].

Miranda, que vivía en Londres de una pensión que le abonaba el Gobierno británico, recibió a Bolívar y a López Méndez con honda alegría, como heraldos de una nueva esperanza. El 3 de agosto escribió a la Junta felicitándola por los sucesos del 19 de abril y ensalzando la labor de Bolívar y de López Méndez. A los pocos días escribió a Wellesley pidiéndole audiencia para tratar de su regreso a Venezuela. Deseaba se le continuara la pensión y se le diera pasaje a bordo de un barco de guerra. Entretanto, actuaba de anfitrión de sus paisanos y los presentaba a las celebridades británicas, como el famoso campeón de los esclavos, Wilberforce, y el pedagogo Lancaster. Penetró entonces Bolívar en la vida social de Londres, en donde causaría cierta sensación exótica su figura elegante, atildada y realzada por la compañía de sus dos esclavos negros. Cuenta O'Leary que dedicó mucho tiempo al estudio de las instituciones británicas; y puesto que toda su vida fue gran admirador de Inglaterra (más que de los ingleses) no hay por qué dudar del dato.

Miranda le enseñó también el arte de organizar campañas de prensa y de lanzar ondas de propaganda. Publicóse el 5 de septiembre en el *Morning Chronicle* una carta que se suponía venir de Cádiz, y que, según se cree hoy, había sido redactada por Miranda y Bolívar en Grafton Street. El Gobierno británico tuvo que dar explicaciones al Embajador de España —tarea delicada, ya que la carta abogaba por la independencia de Venezuela y la guerra contra España—. A pesar de lo cual el Gobierno puso a disposición de Bolívar para su retorno a La Guaira la corbeta real *Sapphire,* en la que se hizo a la vela el 21 de septiembre de 1810. Bello y López Méndez se quedaron en Londres, alojados en casa de Miranda, el cual había confiado a Bolívar su equipaje y papeles. El Gobierno británico creyó indiscreto que adversario tan declarado de su aliada España sa-

[10] Esto está bien claro en *Miranda-Becerra,* t. II, págs. 84-86.

liera de Inglaterra para Venezuela a bordo de un barco de guerra inglés; y el veterano revolucionario se hizo a la vela en un barco mercante el 10 de octubre [11].

*

Miranda y Bolívar coincidieron durante algún tiempo en Curaçao a fines de noviembre, donde todavía se hallaban probablemente cuando renunció el Marqués de Toro a su campaña de Coro. Bolívar desembarcó en La Guaira el 5 de diciembre; pero tardó una semana en vencer la resistencia de Caracas a dejar desembarcar a Miranda. Hasta el 12 no escribió Roscio a Miranda concediéndole «permiso para venir a esta ciudad». Había desembarcado Miranda en La Guaira el 10, del bergantín de la marina inglesa *Avon*. Pero el Gobierno británico se daba tanta cuenta como Bolívar de lo que significaba entonces la llegada de Miranda a Caracas; y con su curiosa ambigüedad en estas materias, el Ministro de las Colonias Lord Liverpool aseguraba al Gobernador de Curaçao que Miranda había salido de la Gran Bretaña sin informar al Gobierno de sus intenciones; a pesar de que Wellesley había recibido más de un escrito de Miranda que no le dejaba la menor duda sobre tales intenciones, y de que tomó conocimiento, puesto que envió a Miranda un recado verbal para decirle que no tenía nada que decirle. Puesto que además la corbeta de la Marina británica *Sapphire* había llevado a Venezuela no sólo a Bolívar sino también el equipaje y papeles de Miranda, no es posible conceder valor alguno a las protestas de Lord Liverpool [12].

En cuanto a la Junta, la Gran Bretaña era más explícita. El 17 de diciembre de 1810, Layard escribía a Lord Liverpool: «El *Avon* ha vuelto aquí el 13 de La Guaira, donde recibieron al General Miranda con muchas demostraciones de aplauso; al zarpar el *Avon* todavía no había seguido camino a Caracas pero sus Altezas, la Suprema Junta, en cuanto recibieron noticias de su llegada a La Guaira, delegaron para recibirle y manifestarle su extrema satisfacción al Coronel de Bolívar y al señor Tovar, hermano del Presidente.» Luego informa del desagrado de Miyares, Gobernador de Maracaibo. Ya el 29 de octubre había escrito

---

[11] *Miranda-Life*, *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 344; *C. P.*, pág. 312-315. Carta de Bolívar y López Méndez (21 agosto 1810) en *P. R. O. W. O.* 1/106, fol. 270.

[12] Movimientos de Miranda y Bolívar: *Miranda-Becerra*, t. II, páginas 86, 87; nota en *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 8, 9, donde se dan buenas razones en pro de la estancia de Bolívar en Trinidad entonces. Miranda y Gabinete británico: *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 8, 12.

Layard a Roscio: «Por estas prudentes medidas habrán ustedes evitado empapar en sangre un territorio que bajo una administración paternal y la protección poderosa de la Gran Bretaña llegará a ser inevitablemente la sede de las artes y las industrias y tiene que adquirir en último término incalculables provechos.» De modo que, mientras Miranda aguardaba todavía en La Guaira que le dejaran subir a Caracas, Layard lógicamente escribía a Roscio (11 diciembre 1810): «Con la mayor sinceridad felicito a Sus Altezas de la llegada de su respetable primer delegado, Coronel de Bolívar, de Londres y también de que haya quedado allá su colega. La llegada anterior de los delegados de Sus Altezas desde Puerto Rico —juntamente con la del General Miranda y del Coronel de Bolívar— serán, según espero, sucesos afortunados para Venezuela.» La Junta tenía pues derecho a pensar que, cualesquiera que fueran las reservas que Liverpool expresaba a Layard (quizá para enseñarle copia al Embajador de España), la Gran Bretaña miraba con buenos ojos la llegada a Caracas de Miranda, aun antes de que hubieran cesado las cautas vacilaciones de la Junta ante paso tan fuerte [13].

*

Al ver llegar a recibirle en La Guaira a un Bolívar, hijo de Bolívar Ponte y a un Tovar Ponte, Miranda pensaría quizá que aquellos dos caraqueños eran los descendientes directos de los que habían echado a su padre del Ejército por no querer tolerar que un tendero ostentara uniforme. Miranda había heredado la afición de su padre al uniforme militar, y desembarcó engalanado con el de General revolucionario francés de 1793: sombrero de tres picos, frac azul bordado de oro, alfanje al cinto, calzón blanco y botas con espuelas de oro. ¿Por qué? Este hombre que tanto había hablado y escrito contra la Revolución francesa, ¿por qué al desembarcar de un navío de guerra británico revestía el uniforme de General revolucionario francés? Hay dos respuestas: una, que Miranda iba pronto a probar en Caracas que no era tan contrario en el fondo a la Revolución francesa como lo había dicho con frecuencia y hasta a veces creído; otra, que un uniforme es un uniforme, y realza una buena figura [14].

---

[13] Documentos en *P. R. P. W. O.* 1/106, fols. 139, 485, 486, 559, 560.

[14] Documentos en *P. R. O. W. O.* 1/106, fols. 485, 486. Tribulaciones del padre de Miranda con los mantuanos, *I. B.*, últimos capítulos. Aunque Mancini, que da el hecho y lo describe en gran estilo (pág. 339), no es muy de fiar, lo que da cierta base al escepticismo de *P. P.-P. P.*, el pro-

¿Cuánto entusiasmo hubo en La Guaira y en Caracas al verle? No es probable que fuera mucho. De haberlo sido más general y genuino, no parece que Miranda hubiera tenido que recurrir al oscuro distrito de El Pao en la lejana Barcelona para hallar un escaño en el Congreso que la brillante Caracas debió haberle otorgado sin vacilar. La conclusión razonable es que logró cierto éxito de curiosidad entre la multitud, y que, entre los caudillos, unos, sobre todo los más jóvenes y ligeros, lo recibieron como el verdadero jefe de la verdadera revolución a la vez contra España y por un mundo nuevo e igualitario; mientras que los más reflexivos sentirían cierta inquietud ante las tendencias jacobinas y extranjeras de aquel viajero que en realidad no conocía a su país. El mantuano Bolívar estaba con Miranda; el cuasi pardo y plebeyo Roscio figuraba entre los hombres sesudos que arrugaban el ceño y meneaban la cabeza. Bolívar ofreció a Miranda la hospitalidad de su casa de Caracas y le preparó el camino del éxito como jefe de la revolución. Uno de los que más vigorosamente se habían opuesto a su regreso, Cortés Madariaga, fue también a La Guaira a recibirle, y se alistó entre sus secuaces más resueltos [15].

En las formas fue Miranda bien recibido por la Junta, aunque no tan bien como él se lo esperaba y como, al fin y al cabo, se lo merecía. «Un isleño que le recibió en La Guaira y le acompañó hasta Caracas —escribe Roscio a Bello— notó luego que hablaba mal del gobierno de los Estados Unidos de Norte América, y que en el tránsito de la Venta y de otros puntos, que exigían mejoras y reparos, se jactaba de que él todo lo compondría, como si ya tuviese en la mano el timón de la nueva República de Venezuela.» La Junta lo nombró Teniente General, «pero cuando recibió el grado y sueldo referidos no estaba todavía contento, porque aspiraba al de general de primera clase, y al sueldo que los tenientes generales debían tener en América con arreglo a las Ordenanzas de la España». Observóse que permanecía frío en los banquetes, y que a las «expresiones demasiado honoríficas, hiperbólicas y excesivas, jamás contestó una palabra ni correspondió con la copa. Oía y pasaba todos los brindis con mucha satisfacción, como si todos fuesen inferiores a su mérito». Pero lo peor fue cuando el Congreso nombró un nuevo Ejecutivo sin pensar en él. Reunióse el Congreso el 11 de marzo en las casas del Conde de San Javier (aquel mismo que a la

---

pio Parra Pérez describe cómo Miranda cayó después en el jacobinismo más patente, lo que, por lo tanto, justificaría el uniforme de general revolucionario.

[15] Buena discusión sobre esto en *Miranda-Becerra* al principio del libro VIII, cap. I, t. II, págs. 185 y sigs.

cabeza de los nobles de Caracas se había negado a presentarle para un despacho de oficial en el Batallón de Blancos que su padre había soñado para él). Los dos secretarios del Congreso eran personajes ya conocidos en esta historia: Antonio Nicolás Briceño, el que había tenido con Bolívar una guerra civil particular; y Miguel Joseph Sanz, el mismo que se había quejado amargamente al Rey contra la persecución de Emparán y los malos tratos de Fernando de Toro y de Bolívar. La serpiente de la independencia venezolana se enroscaba sobre sí misma del modo más singular. Este Sanz que terminaba su «representación» al Rey con una magnífica peroración atribuyendo el odio de los Toros al hecho de que «mi corazón es español, que mi conducta es española y que tengo de morir vassallo de V. M.»; que en 1809 se firmaba: «B. L. R. P. de V. M. uno de sus más fieles vasallos», iba a ser en 1811 Secretario del Congreso que votaría la independencia de Venezuela. Pero a su vez los diputados de aquel Congreso juraban en la Catedral conservar y defender los derechos de la patria «y los del Señor D. Fernando VII, sin la menor relación o influjo de la Francia, independientes de toda forma de gobierno de la península de España, y sin otra representación que la que reside en el Congreso general de Venezuela» [16].

El 28 de marzo de 1811 cesó de existir la Junta Suprema, transfiriendo sus poderes a un triunvirato elegido por el Congreso. Miranda era el verdadero prohombre del día en Caracas; tenía más derecho que nadie a figurar en el triunvirato y aun a su frente. Pero el Congreso eligió a tres hombres oscuros. ¿Por qué? Había razones objetivas: una de ellas el temor a su jacobinismo. La aristocracia era favorable a la independencia pero no a que mandasen hijos de tenderos, por muy generales que fueran, mientras había mantuanos en paro forzoso. El clero, por otra parte, sentía aversión hacia la indiferencia religiosa de Miranda y su ateísmo —o deísmo, que era lo mismo para los fieles.

Cayó entonces por Caracas un irlandés, William Burke, que había sido agente de propaganda de Miranda en Inglaterra. Burke escribió en la *Gaceta de Caracas* unos artículos sobre tolerancia religiosa que ofendieron profundamente al sector católico, todavía en mayoría en el país, y contribuyeron a deteriorar la situación del General jacobino. Miranda fue a visitar al Arzobispo para expresarle su indignación; pero la opinión no se

---

[16] *C. P.*, págs. 325, 326. Sobre San Javier, *J. V. G.*, pág. 23. Sobre Sanz, *B. A. N. H. V.*, núm. 52, pág. 624. Juramento: *P. P.-H. R.*, t. II, página 5.

engañó sobre este paso, mera maniobra política. Con todo, pese a estas razones objetivas, la causa principal de la oposición contra Miranda fue de índole subjetiva. Miranda era un hombre grande rodeado de hombres pequeños que deseaban para sí el poder que por lógica histórica debiera haber ido a él. Ocho votos tuvo en la elección, de los treinta y uno que formaban el Congreso. Al recibir en su casa la noticia dijo: «Me alegro de que haya en mi tierra personas más aptas que yo para el ejercicio del supremo poder» [17].

*

Era en el fondo Miranda un extranjero en su tierra; en el espacio, porque había vivido fuera demasiado; en el tiempo, porque pertenecía a otra edad. Miranda databa del despotismo ilustrado, volteriano, pero no adepto de Rousseau. La Junta le había confiado, en comité con Ustáriz, Ponte, Sanz, Paúl y Roscio, la redacción de una constitución a discutir por el Congreso cuando se reuniera. El veterano soñador de constituciones presentó a sus colegas con la mayor seriedad su quimera de cabeza Inca, cuerpo inglés y patas y cola de Castilla, que ya había presentado en su día a Pitt. Ante tal engendro, los jóvenes inflamados en ardor revolucionario por Rousseau, que daban entonces el tono en Caracas, no podían hacer más que lo que había hecho Pitt: sonreírse. Miranda se hizo pues sospechoso para ambos bandos: revolucionario jacobino para el mantuano, era monárquico reaccionario para los amantes de la revolución; y se encontró en un dilema: caudillo sin país que conducir, o traicionaba sus ideas, o se retiraba.

Comienza entonces en su vida una fase nueva, que sólo se explica con referencia a sus aventuras anteriores. Miranda fue esencialmente un *oportunista ambicioso*. Hasta el último momento dejó abierta una avenida de reconciliación con el Gobierno español contra el que incesantemente conspiraba; y aun después de años de agitación oculta (aunque no ignorada) contra España, todavía escribía a Floridablanca asegurándole que todo podría

---

[17] Sobre Burke, *Miranda-Becerra*, t. II, pág. 209. *P.P.-H.R.*, t. II, página 26; *C.P.*, págs. 324 y sigs., aunque injusto para Miranda, da prueba documental amplia sobre su resentimiento. Roscio a Bello en *C.P.*, página 332.

Roscio escribía a Bello entonces que Miranda había visitado al Arzobispo para protestar contra los artículos de Burke. Algunos autores lo creen (*C.P.*, loc. cit.), otros no (*P.P.-H.R.)*, t. II, págs. 26, 27. Si es verdad, la intriga de Miranda es baja; si no, Roscio resulta un embustero de la peor especie, pues su situación veda toda interpretación de ignorancia. *Miranda-Becerra*, t. II, pág. 209, nota.

arreglarse con media hora de conversación «silla a silla». Anti-francés con Pitt, era anti-inglés con Fouché. Conviene recordarlo cuando, después de años de propaganda anti-jacobina en Inglaterra, lo vamos a ver en Caracas de 1810 a 1812 acaudillar una revolución jacobina y demagógica. El instrumento, a la mano lo tenía. Por decisión de la Suprema Junta (14 agosto 1810) se había formado, a imitación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, de España, una *Sociedad Patriótica* que componían mantuanos e intelectuales de Caracas. Habría sido muy útil para la nueva república si, fiel a su modelo peninsular, se hubiera limitado al estudio de los problemas económicos pendientes, y en particular de la agricultura. Pero, bajo la influencia de «un joven fanático y embriagado de todo el entusiasmo republicano, con más presunción que talento y más locura que discernimiento», la Sociedad Patriótica degeneró pronto en un club jacobino a la francesa. Urquinaona la describe como una «reunión que ya pasa de cien individuos, entre los cuales hay varios franceses de nacimiento, díscolos por carácter, revolucionarios por inclinación y detestables por sus máximas libertinas; un enjambre de vagos» [18].

Este fue el instrumento que Miranda escogió deliberadamente para sus fines personales —ya no sus fines políticos— y para imponerse a una Caracas reacia. Cuando en abril de 1811 los demagogos desterrados José Félix Ribas, su hermano y Gallegos regresaron a Caracas, Miranda solicitó su alianza. Seguía teniendo el valioso apoyo de Bolívar y, lo que es más extraño, quizá por influencia de Bolívar, el de los hermanos Toro. Su primera táctica apuntaba a conquistarse la calle y los pardos. El 19 de abril de 1811 se puso a la cabeza de una manifestación para celebrar el primer aniversario de la Junta Suprema con fogosos discursos en pro de la independencia. Enarbolaba un estandarte amarillo, símbolo de la independencia, y le seguía vistosa tropa de indios decorados con cintas y colores. Con su infatigable locuacidad, Miranda cortejaba la multitud, mostrándose siempre dispuesto a apoyar sus reclamaciones. Luego trató de conquistarse a la Sociedad Patriótica, haciéndola más popular y abierta a todos; a pesar de lo cual, cuando se presentó en mayo candidato a la presidencia de la Sociedad, no logró bastantes votos ni aun para vicepresidente. Diose, pues, cuenta de que le era necesario buscar fortuna política en otro campo [19].

---

[18] Sobre Miranda y el Gobierno español, *I. B.* Origen español de la Sociedad Patriótica, *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 14, donde se da erróneamente al modelo español el nombre de *Sociedad de Amigos de la Patria, R. D. U.*, página 189.

[19] *P. P.-H. R.*, vol. II, págs. 20, 22. Roscio a bello, *C. P.*, pág. 325.

Seguían bulliéndole en la cabeza ideas constitucionales —en lo cual al menos se hallaba a tono con su tiempo y país—. Tanto en Nueva Granada como en Venezuela, los sucesos de 1810 habían fomentado una epidemia verdaderamente española de localismo y anarquía. No había provincia que no se imaginara Estado, ni ciudad que no se hinchara a provincia. Cartagena aspiraba a tanta independencia de Santa Fe como Santa Fe de Cádiz.

Este era el espíritu. Pero la forma que tomó fue una imitación de la Constitución de los Estados Unidos. Ahora bien, esta constitución había sido término de un proceso de unión de lo que estaba separado: mientras que las diferentes cartas constitucionales escritas en el Sur a su imitación expresaban un proceso de desintegración de lo que había estado orgánicamente unido durante tres siglos [20].

Independencia y Confederación, las dos ideas del día, son pues dos meras formas de un mismo impulso. Natural es que también proceda de este impulso la tercera tendencia que por entonces se observa: el retorno a la raíz india. La civilización injertada en las Indias, al retirarse de su follaje español, no podía refugiarse más que en la raíz india. Miranda había soñado con una Constitución coronada por dos Incas (uno de ellos él). El 30 de marzo de 1811, el *Serenísimo Colegio Constituyente Electoral* de Santa Fe promulgó la Constitución del Estado de Cundinamarca. ¿Qué cosa era Cundinamarca? El nombre mestizo, la corrupción española de un nombre pre-hispánico, de Nueva Granada. Tan mestizo como aquel «Serenísimo» con el cual se decoraba a sí mismo el Colegio Electoral, con la misma solemnidad con la que nos pinta Humboldt al alcalde indio de una misión o aldea ostentando la vara de su cargo.

En aquel mismo mes de marzo de 1811, llegó a Santa Fe Cortés Madariaga, a negociar un tratado entre Cundinamarca y Venezuela. El Canónigo les había resultado demasiado intratable a sus colegas de Caracas, y se les había ocurrido este medio para deshacerse de él. La recepción que le dieron en Santa Fe revela el fuerte carácter mestizo de aquellos tiempos. La Junta de Santa Fe le dirigió a aquel clérigo cuyos abuelos habían solicitado en Madrid pruebas heráldicas de ser descendientes de Hernán Cortés una alocución que decía: «La Providencia, que suscitó un Cortés en el siglo XVI, para que fuese el azote de millones de hombres de nuestro continente septentrional y el modelo de tantos célebres malvados que sobre las ruinas del imperio de Atahualpa levantaron el trono de despotismo para

---

20 *Restrepo*, t. I, pág. 90.

dominar a los sencillos habitantes de la América Meridional, se ha complacido en producir a otro Cortés en el siglo XIX, que reivindique los derechos de la humanidad escandalosamente ultrajados por esos semibárbaros que a la sombra de una religión santa que despreciaban, sólo derramaron en este suelo desolación, muertes, suplicios y cadenas» [21].

El descendiente de Cortés y nieto del Real Tesorero de Chile sonreía complacido. Miranda había escrito a la Junta Suprema de Nueva Granada (11 enero 1811) que el Canónigo iba «encargado de una importantísima comisión [...] acerca de una reunión política entre el Reino de Santa Fe de Bogotá y la Provincia de Venezuela, a fin de que, formando juntas un solo cuerpo social, gozásemos ahora de mayor seguridad y respeto, y en lo venidero de gloria y permanente felicidad». Miranda intervino pues en la misión diplomática confiada al Canónigo. Las dos tendencias, unión entre los diversos reinos, y disensión dentro de cada uno de ellos, se entrelazaban en aquellos días. Nueva Granada y Venezuela se desgarraban por dentro y procuraban unir en uno solo sus cuerpos maltrechos. Aclamóse el tratado como un gran paso dado hacia el porvenir, no agradó a nadie y no se aplicó jamás —monumento del caos de aquellos tiempos—. Pero el viaje de regreso por tierra que hizo Cortés Madariaga por la vía más azarosa y pintoresca fue desde luego útil a la causa de la independencia, ya que por doquier hablaba con singular ardor y elocuencia. Su retorno reforzó a Miranda, a cuyo bando pertenecía y cuyas ideas federativas había llevado en triunfo hasta Santa Fe. Con estas actividades exteriores y su labor asidua de captación de las castas, Miranda logró al fin la presidencia de la Sociedad Patriótica, que, bajo su mando, fue transformándose cada vez más en un club jacobino. Sus sesiones eran siempre animadas y con frecuencia tumultuosas; tomaban parte unos doscientos socios, entre los que figuraban no pocos diputados del Congreso, deseosos de ventilar ante el Parlamento callejero las opiniones que no habían conseguido hacer prevalecer en el Parlamento oficial. Uno de los espíritus agitadores de aquella casa revolucionaria era Simón Bolívar [22].

*

La creciente influencia de Miranda precisamente sobre el sector demagógico de Caracas le granjeó un escaño en el Con-

---

[21] *C. M. A.*, pág. 64.

[22] *C. M. A.*, pág. 72; *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 171 y sigs., *Restrepo*, tomo I, pág. 106; *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 21.

greso. El 28 de junio de 1811 entraba en la Cámara como Diputado por El Pao. Roscio, su tenaz adversario, escribía poco después a Bello: «entró Miranda en el Congreso [...] y su conducta en este encargo le granjeó mejor concepto. Se portaba bien y discurría sabiamente». Con todo se cuidaba con esmero de su partido —mezcla de hombres no muy bien trabados ni por la amistad ni por la confianza—. Bolívar era uno de ellos, pero sus dos enemigos, Cortés Madariaga y Sanz, pertenecían también al partido; así como José Félix Ribas, Salías, Tejera, Espejo y los hermanos Carabaño; hombres todos que en la Sociedad Patriótica abogaban vehementemente por la independencia e inflamaban a la multitud con fogosos discursos. El Congreso se reunía en la capilla de la Universidad, procurando que sus debates transcurrieran con la serenidad que requerían su propia dignidad y el lugar en que se celebraban. Las sesiones eran públicas y la multitud no respetaba siempre ni aun siempre entendía el decoro que procuraban mantener los diputados. La prensa contribuía a la excitación general, a tal extremo que el Congreso tuvo que delegar a Roscio cerca del Ejecutivo para que se refrenara a la prensa mediante censores oficiales, medida que se adoptó (18 junio 1811) [23].

Caracas fue así llevando al país hasta la Declaración de Independencia. Orea, el agente republicano en Washington, la había anticipado, presentando al Gobierno de los Estados Unidos (17 mayo 1811) una Nota en la que anunciaba que «los Estados Unidos enseñaron a Venezuela el camino de la libertad y de las virtudes sociales, y los pueblos de la América del Sur seguirían siempre en lo posible la Constitución de los del Norte. Los venezolanos han conocido sus derechos y jurado en su corazón sostenerlos o morir. Si han retardado la declaración de una absoluta independencia, ha sido a su pesar, e impelidos por razones políticas. Pero ya no será diferida por mucho tiempo, y para ello cuenta Venezuela con sus hermanos del Norte, y todos los amigos de la Humanidad le prestarán una mano benéfica». La nota de Orea fue bien recibida en Washington, y su informe optimista contribuyó a estimular los debates que el Congreso de Caracas tuvo al fin que autorizar sobre este tema, cediendo a la presión de la Sociedad Patriótica [24].

El 29 de junio de 1811, Montenegro Colón, el criollo que la Regencia había enviado el año anterior, y que había aceptado el cargo de Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra de la República, se evadió de la casa de Miranda, donde se hallaba pri-

---

[23] *C. P.*, pág. 337. *P. P.-H. R.*, t. II, caps. I, II.
[24] *C. P.*, págs. 336, 337.

sionero como sospechoso, y se pasó a Cortabarría. Este suceso sensacional vino a reforzar a los separatistas contra los moderados. Pero a su vez los separatistas se hallaban divididos. Cumaná afirmaba su derecho a vivir tan libre de Caracas como Caracas de Cádiz, y protestaba con vehemencia cuando Miranda hacía valer ante el Congreso el derecho de Caracas, es decir del Gobierno Central, a imponer a Cumaná por la fuerza la obediencia al Gobierno —postura que era precisamente la de Cortabarría para con Miranda—. Aprovecharon esta actitud aquellos que en el Congreso se oponían a la presión de «cuatro caraqueños», es decir de la Sociedad Patriótica, instando al Congreso a que se trasladase a otra ciudad tierra adentro, fuera del alcance de la presión demagógica. Acaudillaba a este grupo Briceño —cosa natural, puesto que era Bolívar uno de los caudillos del otro, el de la Sociedad Patriótica—. En esta atmósfera caldeada, aprobó el Congreso (1 julio 1811) una Declaración de los Derechos del Pueblo, en que se aseguraba al dicho pueblo una soberanía «imprescindible, inajenable e indivisible, libertad, seguridad, propiedad, igualdad ante la ley, temporalidad de los empleos públicos y, por último, felicidad común como objeto y fin de la Sociedad». Sin embargo, sólo se daba el voto a los hacendados [25].

El 3 de julio de 1811, durante un debate sobre los informes que enviaba Orea desde Washington, Miranda, «cuyo discurso no pudo tomarse literalmente por un accidente imprevisto, sostuvo la necesidad de la independencia con razones muy sólidas, que formaron un enérgico y largo discurso». Así dice el acta de la sesión. Pero el Padre Maya, adversario tenaz del separatismo, recordó a sus colegas que habían sido elegidos para «formar el cuerpo conservador de los derechos de Fernando VII»; y con gran valor cívico protestó contra la actitud violenta y tumultuosa de los miembros de la Sociedad Patriótica, Bolívar entre ellos, que venían a la barra del Congreso, hasta con armas, para increpar e intimidar a los diputados vacilantes. Dos obstáculos imponían cautela a los reflexivos: el efecto posible sobre Inglaterra, y las consecuencias en las provincias todavía leales al Rey —Coro, Maracaibo y Guayana—. Roscio hizo valer este argumento ante el Congreso con suma habilidad. Pero Miranda volvió a tomar la palabra para incitar al Congreso a «correr los riesgos y gozar de las ventajas» de una decisión, ganándose con ello las aclamaciones de la barra, pero también la ira del presbítero Ramón Ignacio Méndez, diputado realista, que se

---

[25] *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 34, 35.

precipitó sobre él para abofetearlo. Este incidente parece haber dado fin al debate [26].

Claro está que volvió a rebrotar aquella misma noche en el cálido ambiente de la Sociedad Patriótica; pero esta vez el orador fue Bolívar. Su alocución, tal y como la ha conservado la tradición, pues no hay texto escrito, fue a la vez defensa de la Sociedad Patriótica y vehemente instigación a la rapidez y a la osadía. «No es que hay dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad. Unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido y ¿qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos decididos a ser libres? Estas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. Que los grandes proyectos deben prepararse en calma. ¿Trescientos años de calma no bastan? La Junta Patriótica respeta como debe al Congreso de la nación; pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana; vacilar es perdernos. Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos.» La Sociedad Patriótica adoptó la proposición de Bolívar y decidió delegar al Doctor Miguel Peña para que la presentara al Congreso al día siguiente. El promovedor había sido Miranda; el orador, Bolívar; el embajador, Peña. Los dos últimos iban a entregar al primero a las autoridades españolas poco más de un año después [27].

El 4 de julio de 1811, al día siguiente del discurso de Bolívar, Peña compareció ante el Congreso para presentarle la resolución de la Sociedad Patriótica, en un discurso en que declaró: «¡Nosotros detestamos a Fernando VII!» Hizo valer Peña que no había lugar a temer a los ingleses porque jamás habían sido capaces de conquistar un palmo de tierra en el continente español. Frente al tumulto de una barra tempestuosa, el Congreso votó una proposición consultando al Ejecutivo; pero el

---

[26] *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 40, 41, 43.

[27] Todos los autores copian este discurso de *J. V. G.*, pero nadie sabe dónde lo tomó él. El estilo parece como imitación del de Bolívar por J. V. G. Lo transcribo no tanto como hecho sino como tradición muy cercana al hecho, pero no más.

Ejecutivo contestó el mismo día aprobando la idea de la Sociedad Patriótica. Por la noche Caracas celebró con gran regocijo el aniversario de la independencia de los Estados Unidos. Al día siguiente inundaba la sala del Congreso un público ávido de sensaciones que aplaudía estrepitosamente a los republicanos y silbaba e increpaba a los moderados. El Presidente dio cuenta de la respuesta afirmativa del Gobierno; y Miranda tomó la palabra al instante para pedir que se formulase inmediatamente la declaración de independencia. Durante la misma mañana, el Congreso, con la única excepción del Padre Maya, votó el principio de la independencia entre el entusiasmo más atronador. Roscio y el gaditano Isnardi, Secretario del Congreso, redactaron el documento, que, adoptado el 7, pasó oficialmente el 8 al Ejecutivo, a quien lo presentó una delegación compuesta de Roscio, Isnardi y Fernando de Toro. Llevaba por título: *Declaración de Independencia de la Confederación Americana de Venezuela.* Felipe Fermín Paúl compuso la fórmula de juramento de fidelidad al nuevo régimen que prestarían todos los funcionarios y todos los venezolanos mayores de quince años. Su artículo 8 rezaba: «¿Juráis a Dios y a los santos Evangelios, que estáis tocando, reconocer la soberanía y absoluta independencia que el orden de la Divina Providencia ha restituido a las Provincias de Venezuela, libres y exentas para siempre de toda sumisión y dependencia de la monarquía española y de cualquiera corporación o jefe que las represente o representase [...] y conservar y mantener pura e ilesa la santa Religión católica, apostólica, romana, única y exclusiva en estos países, y defender el misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María nuestra Señora?» «¿Qué tiene que ver con la independencia? —decía un periódico de Caracas— el misterio de la Concepción?»

¿Qué tenía en efecto que ver la Inmaculada Concepción con la independencia de Venezuela? Ni Miranda ni Bolívar ni Paúl se sabía que fueran adeptos de tal misterio. Pero la respuesta al enigma se hallará en el periódico caraqueño: «Si misterios sirven para fundar repúblicas, ¿tan malo es el misterio de Fernando VII?» Muy agudamente preguntado. Los caudillos de la revolución de Caracas se daban cuenta de que el pueblo no estaba con ellos. El pueblo se sentía agredido en su fe y en sus costumbres. Los caudillos separatistas se cubrieron al principio con el estandarte de «los derechos de Fernando VII»; pero llegó un tiempo en que ya no servía, puesto que les impedía declarar la independencia deseada. Hubo entonces que renunciar al «misterio de Fernando VII»; y por lo tanto hubo que acudir a otro misterio para mistificar a la multitud. De aquí la Inmaculada

Concepción. Así, la pregunta críptica del periódico de Caracas se torna diáfana; así como también la visita de Miranda al Arzobispo para protestar con santimonia contra los artículos de Burke que el propio Miranda inspiraba. Pero el hecho de que el movimiento naciera «ilegítimo» y en mentira original, iba a ser una de las causas más hondas de la guerra civil que en aquel día fatídico, 7 de julio de 1811, se desencadenaba sobre un país hasta entonces feliz y unido [28].

---

[28] Sobre la Inmaculada Concepción *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 52.

Tercera parte

LA GUERRA A MUERTE

CAPÍTULO XVII

EL TERREMOTO

«Ha nacido en la ciudad de Santiago de León de Caracas un leoncito que mucho dará que pensar a las naciones europeas y a España bastante que hacer.» Esto escribía Cortabarría a la Regencia a fines del año 1811, al adoptar el Congreso de Caracas su flamante Constitución. El leoncito comenzó por propagar la disensión en todo el país. La nueva república sólo consiguió romper sus vínculos con España desgarrando su propio ser. «La nueva nación —escribe Heredia, triste y resignado— tomó el nombre de Estados Unidos de Venezuela, y se dio este carácter a las provincias de Caracas, Barinas, Cumaná, Nueva Barcelona, Margarita, Trujillo y Mérida [...]. La necesidad de contemporizar con la vanidad de los que deseaban hacer figura obligó a darles esta consideración que eran incapaces de sostener, y que era un nuevo gravamen, pues en lugar de un Gobierno municipal foráneo tenía que formar el aparato de cuerpos legislativos y ejecutivos, faltándoles hasta personas de qué componerlos. Así resultó la confederación un agregado monstruoso y débil de muchos cuerpos llenos de cabezas y faltos de pies y manos» [1].

Por lo pronto aumentaron las personas ufanas de su poder político y dignidad oficial. Pero el régimen era todavía demasiado aristocrático para los gustos populares, estragados por los fogosos ditirambos del Congreso y de la Sociedad Patriótica a la «santa demagogia». El nuevo Estado «prodigó graduaciones militares y aumentos de sueldos, como si se tratara de una nación sólidamente constituida y diez veces más rica y numerosa. Formó ejércitos de occidente y de oriente contra Coro y

---

1 *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 56, nota; *Heredia*, pág. 29.

Guayana, en los cuales ostentaban los oficiales un lujo y una molicie que convenían más a sibaritas que a republicanos». Agotados así los dos millones y medio de pesos de las Cajas Reales, «empezó a sentirse que las rentas de una provincia recién salida de la nada no podían sufragar los gastos de un Estado que quería hacer con la guerra los primeros ensayos de su existencia». Esto dice Heredia y lo confirma Carlos Pereyra: «Los patriotas de 1810 hablaban del *Imperio Español.* Esta no es una simple expresión. Históricamente significaba que, antes del enorme desarrollo económico de los últimos años, Venezuela no cubría sus gastos de administración y estaba atenida al *situado* de doscientos mil pesos anuales que enviaba el virreinato de la Nueva España. Los países americanos eran solidarios [...], la administración realizaba grandes economías mediante la forma especial de su dependencia política. Con unos cuantos funcionarios, algunos magistrados y cuerpos veteranos de limitadísimas plazas, estaba completo el servicio público. Casi todo lo hacían los ayuntamientos sin gravamen de ninguna clase» [2].

Urquinaona, neogranadino, funcionario de la Regencia, describía así la situación de Venezuela en vísperas de la revolución: «Desde la época del comercio libre establecido por el reglamento del año 1778 empezó a prosperar la agricultura, de manera que en 1809, tan lejos de necesitar ya la provincia el situado de 200.000 pesos fuertes con que antes era socorrida por las tesorerías del reino de México, vio salir de sus puertos 140.000 fanegas de cacao, 40.000 quintales de café, 20.000 de algodón, 50.000 de carne salada, 7.000 zurrones de añil, 80.000 cueros de reses mayores, 12.000 mulas, novillos y otros frutos y efectos territoriales, cuyo valor ascendía a ocho millones de pesos, dejando millón y medio de producto de las aduanas y muy cerca de dos millones con el aumento de los derechos e impuestos del giro interior. Los labradores, que forman la masa común de los habitantes, estaban acostumbrados a recibir en sus casas 20, 25, 30 y hasta 52 pesos fuertes por cada fanega de cacao. El precio común del café había sido antes de la revolución de 18 a 20 pesos quintal. Los añiles, según sus clases, aventajaron a los de Guatemala en los ahorros de su conducción a las plazas europeas; y así progresaban las sementeras. Los comerciantes, sobre sus propias negociaciones, contaban con el ramo útil y seguro de las consignaciones de Cádiz, Veracruz, etc., sacando ventajas tan conocidas, que podía decirse sin exageración que los negociantes de la Península, de Nueva España y aun los extranjeros,

---

[2] *Heredia,* págs. 33-35; *Miranda-Becerra,* t. II, págs. 248, 249, evalúa más alto el derroche y el desorden; *C. P.*, pág. 359.

eran feudatarios de la agricultura y de la industria de Venezuela. Los efectos del consumo territorial, esto es, los que servían de alimento a la mayor parte de la población, se hallaban con abundancia y a precios equitativos. El número se aumentaba en razón de las exportaciones. Los gastos públicos reducidos a sostener un corto número de militares y empleados civiles salían de las aduanas y rentas estancadas. Nadie era molestado en disponer de sus propiedades. La libertad civil era respetada, y protegida la seguridad individual a pesar de los vicios inherentes a todo gobierno de la especie humana» [3].

Los caudillos de la revolución contra este estado de cosas eran entusiastas *filósofos* y *filántropos,* lectores de Rousseau y de Montesquieu, juristas y pensadores; pero apenas tenían conocimientos o afición en materia económica y financiera. Los asuntos personales de Miranda no avalan sus dotes de financiero. Ni uno solo de aquellos hombres parece haber prestado atención a las consecuencias económicas de lo que fraguaban; todo lo más barruntaron que sería posible comprar auxilio británico mediante concesiones arancelarias. Si alguno se aventuró por el terreno de la economía, es dudoso que poseyera los conocimientos económicos, es decir psicológicos y estadísticos, para pisar firme. No vislumbraron los caudillos de la revolución que, descoyuntado el Imperio español, sus partes dispersas quedarían expuestas a caer presa del aparato económico y financiero que ya desarrollaban con sin igual pujanza los dos países anglosajones. Cosas extranjeras admirablemente preparadas para dictar sus condiciones vendrían a los puertos sudamericanos a llevarse los frutos de la tierra y del trabajo a precios ya no remunerativos. Los días de oro del Imperio español iban a pasar para siempre.

En la situación apurada a que se veía reducido, el nuevo régimen no podía recurrir al impuesto, ya que el comercio se hallaba exhausto. El Congreso nombró una Comisión de Tres (uno de ellos Miranda) para que le asesorara sobre la emisión de nueva moneda. Pero Miranda tuvo que acudir a la campaña de Valencia; se decidió, pues, poner en circulación moneda de papel avalada con las rentas de aduanas y de tabacos. Pero como las tales rentas no rentaban, el valor de los billetes cayó a pico. También se pusieron en circulación monedas de cobre, hasta entonces desconocidas en aquel país feliz, y hubo que adoptar medidas draconianas para obligar al pueblo a aceptar la calderilla y los billetes. «Era necesario —cuenta Heredia— que la fuerza pública se interpusiera en todas las negociaciones más

[3] *R. D. U.*, pág. 31.

menudas, pues la ley obligaba a recibir el billete y a pagar en plata el quebrado de medio real, siempre que fuese preciso; sobre lo cual ocurrían cincuenta pleitos al día en cada taberna o pulpería, porque muchos iban sin necesidad a comprar cualquier cosa sólo por tomar el medio de la vuelta.» Desapareció el numerario «y como ya los negociantes y cosecheros no recibían los avances consentidos por la Tesorería durante el régimen colonial, el comercio y los cultivos se paralizaron. El negocio de Caracas con el interior del país cesó casi completamente, porque las gentes de las provincias prefirieron guardar sus productos a expedirlos a la capital en cambio del papel desacreditado». Subieron los precios vertiginosamente. La arroba de carne, que valía cuatro reales de plata, llegó a venderse a cuarenta y ocho de papel. Sólo se pagaba a los funcionarios a salto de mata, y los soldados tenían que vivir de la generosidad de los particulares [4].

El descontento cundió. El gobierno se dio cuenta del peligro; y como enmienda a los derechos de la prensa promulgados el 1 de julio de 1811, dictó un Reglamento para la libertad de prensa, cuyo artículo 8 prohibía «los escritos subversivos del sistema adoptado y establecido en Venezuela, el cual consiste principalmente en su libertad o independencia de cualquiera otra potencia o soberanía situada fuera de su territorio»; y cuyo artículo 19 disponía que «los autores, editores e impresores que publicaran escritos contrarios al sistema de Venezuela, indicado en el artículo 8, serán castigados con el último suplicio». Ya entonces, de haberse castigado el pensar contra el sistema con tanto rigor como el escribir, hubiera sido necesario condenar al último suplicio a casi todo el país [5].

*

Afortunadamente para los revolucionarios, las autoridades españolas persistieron en una actitud tan intransigente como la de Caracas. Esta actitud se fue endureciendo durante el año de 1811, a medida que el Gobierno británico manifestaba creciente frialdad para con Caracas. Los pagarés de Bolívar quedaban protestados en Londres. Las crueldades de Hidalgo y Morelos, caudillos del partido de la independencia en Méjico, apartaban al público inglés de la causa de la libertad hispanoamericana. Hodgson, que había sucedido a Layard como Gobernador de Curaçao, era neutral, y aun con ribetes de realista.

---

[4] *Heredia*, pág. 35; *P.P.-H.R.*, t. II, págs. 107-111.
[5] *C.P.*, págs. 354, 355; *J.V.G.*, págs. 191, 192.

Tucker, su segundo, que se encargó del Gobierno al caer enfermo Hodgson, era francamente contrario a la independencia, por temor a que Inglaterra perdiese los beneficios sustanciosos que extraía del contrabando. Los tres Wellesleys aconsejaban cautela. Las Cortes habían votado la igualdad entre americanos y españoles, aunque eran contrarias al separatismo. Cortabarría y sus gentes proseguían sus campañas con febril actividad. Es probable que anduviera oculta su mano en la intentona que hicieron unos cuantos frailes de Maturín para derrocar la república a principios de 1811. Más grave fue la rebelión que tuvo lugar el 5 de marzo en Cumaná, donde catalanes y criollos se apoderaron del Castillo con la intención de restablecer la autoridad real. Los patriotas reprimieron el movimiento, expulsando a los conspiradores y confiscándoles los bienes. Algunos intentaron volver, tomando Trinidad por base —maniobra que obligó al Gobierno de Caracas a enviar a Trinidad un emisario para rogar a las autoridades británicas que respetasen la neutralidad—. Fue el emisario un joven que iba pronto a codearse con Bolívar: Santiago Mariño. Los emigrados cumaneses consiguieron el apoyo de Cortabarría; pero la expedición, que asomó a las costas de Cumaná el 3 de julio de 1811, aunque bien armada y provista, no logró desembarcar, a causa de las excelentes medidas que había tomado el Coronel Vicente Sucre, al que las autoridades republicanas locales habían confiado poderes dictatoriales para hacer frente al peligro [6].

Sucesos todavía más graves ocurrían en Valencia y en la misma Caracas. «La ciudad de Valencia —escribe Heredia— pretendió formar provincia separada», al constituirse Venezuela en forma federal, «y por no haberlo conseguido resistió jurar la independencia bajo el pretexto de ser contraria a los derechos del Rey, para lo cual se valieron los interesados del arbitrio de entusiasmar a los pardos de que abunda aquel partido, y moverlos contra los blancos que se oponían a la resistencia». Parece que también intervino la mano oculta de Cortabarría. Alzóse la bandera real (11 julio 1811); y se lanzó un manifiesto que decía: «Valencia, la fidelísima Valencia, ha recuperado la libertad que perdió el 19 de abril.» Caracas envió primero al Marqués de Toro, que los rebeldes derrotaron; y luego a Miranda. Resistiéronse los valencianos en el Cerro del Morro, junto a la ciudad, retirándose luego al casco. Miranda avanzó, al parecer con algún descuido, y cuando sus tropas se hallaban más expuestas lanzaron un contraataque los valencianos, que se habían hecho fuertes en un cuartel y en un convento. El General mandó traer

---

6 *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 156 y sigs.

artillería, rodeó la ciudad y la obligó a rendirse (13 agosto 1811) por falta de agua, de víveres y de esperanza de apoyo; pero él entró a la tremenda, por lo que más tarde le acusaron sus enemigos de haber vertido sangre sin necesidad [7].

El mismo mes y día en que se alzó Valencia, el 11 de julio, unos cuantos canarios, jinetes en mulas y armados con corazas de hojalata, se congregaron en los Teques, arrabal de Caracas, y gritando ¡Viva el Rey! ¡Abajo los traidores!, avanzaron hacia el polvorín. El almacenista había prevenido al Gobierno, cuando los conspiradores habían intentado ganárselo; y fue relativamente fácil derrotar lo que apenas había sido una algarada. «Las cárceles de Caracas —escriben Pudenx y Meyer, que suelen ser fidedignos— estaban henchidas de partidarios de Fernando VII.» Pocos días después Miranda propuso que se hiciese un severo ejemplar, para mantener la tranquilidad pública. Doce o catorce de aquellos desdichados presos, entre los que había sujetos respetables por su probidad y cuyo único crimen consistía en haber cedido a la seducción, fueron condenados a muerte. Se les fusiló, y después se les decapitó para colgar los cuerpos y colocar las cabezas en jaulas sobre postes levantados en todos los caminos de acceso a la capital. El atroz espectáculo llevaba al ánimo de los ciudadanos pacíficos el horror y el espanto, marcando con rasgos sangrientos aquella primera página de la Historia de la emancipación de las colonias españolas» [8].

Aquí es quizá donde se inicia la futura guerra a muerte. Juan Escalona, nombre siniestro en los anales de esta historia, «el canalla de Escalona», como decía Bolívar, encargado de los presos realistas por el gobierno republicano, dicta estas instrucciones a sus gentes: «en caso que por un desgraciado accidente q. no soy capaz de preveer, se repare que los reos intentan la fuga creídos ay pérfidos que les protejan y aunque así sucediese, el oficial de guardia asegurará antes de atender al tumulto de los rebeldes, a los reos quitándoles la cabeza, o baleándolos; su existencia importa nada, y sí concluir con el último traidor». No contento con esta apenas velada incitación a «la ley de fugas», Escalona mandó tapiar las ventanas de la cárcel «con mampostería, dejando solamente un pequeño ahujero en cada una»; y coronó su obra con esta orden: «A las horas de la noche que tenga a bien el oficial de guardia puede requisar los reos,

---

[7] Sigo a *C. P.*, que en este punto creo más objetivo que *P. P.-H. R.*, t. II, páginas 64, 65, el cual presupone perfidia en los valencianos, mientras que estimo con *C. P.*, que no hubo tal cosa.

[8] Excelente discusión en *C. P.*, págs. 348 y sigs., con abundantes textos. Roscio da diecisiete muertos; Heredia cinco o seis.

aumentar su seguridad y hacerles entender sin usar de palabras y conversaciones, son reos, tienen delitos y merecen expiarlo» [9].

Algo había cambiado en las Indias. El pueblo de Venezuela había sido siempre suave y afable. Dice Depons: «Esta nación es moderada aun en el delirio de sus placeres»; y Humboldt: «La naturaleza los ha dotado de cierta amenidad y dulzura de costumbres que puede a veces caer en la molicie y la desidia, como la energía de algunos pueblos europeos degenera en dureza.» Pero ya hemos visto que esta suavidad del carácter venezolano no era don natural como creía Humboldt, sino flor de paz interior, a su vez debida al tranquilo fluir de una vida canalizada por una civilización secular entre la Iglesia y la Corona. Durante tres siglos la Corona sostuvo una tradición de moderación y de suavidad en materia de castigos. Al primer Arzobispo de Méjico se le reprendió severamente por haber ejecutado al Cacique de Tetzcuco, Don Carlos Mendoza; Felipe II se excedió hasta la injusticia y la falta de equidad al recibir al gran Virrey Don Pedro de Toledo, olvidando sus singulares servicios para reprocharle tan sólo la ejecución de Tupac Amaru. Y Depons, que relata cómo la conspiración de 1797 se proponía «la destrucción del gobierno existente y, sobre sus ruinas, la erección de una forma republicana de gobierno, la abjuración total del Gobierno español y la proclamación de la independencia», añade «un rasgo de clemencia que honra al reinado de Carlos IV. Apenas informado el monarca de los sucesos que habían tenido lugar en Caracas, despachó a la Audiencia una orden secreta recomendando se abstuviese de medidas sanguinarias, que aplicase a los acusados toda la lenidad que su fidelidad anterior merecía y que no castigase como crimen lo que pudiera ser tan sólo efecto de seducción e ignorancia [...] por lo cual, sólo hubo pocas víctimas, pero la intención del Rey había sido que no hubiera ninguna» [10].

Harto diferente era este espíritu de la Corona del que la guerra civil había desatado sobre la infeliz Venezuela. Españoles y americanos luchaban indistintamente en ambos bandos, y el motivo más fuerte de lucha era: el odio. El *Morning Chronicle*, periódico de Londres favorable a la causa de la independencia americana, publicaba por entonces una carta fechada en La Guaira el 3 de agosto de 1811, en que se describía la situación en toda su triste realidad: «Di a Vd. la descripción

[9] *C. L.*, t. V, pág. 142; *Causas de Infidencia*, publicadas por Laureano Vallenilla Lanz, Caracas, 1917, t. I.

[10] Sobre todo esto en el capítulo I, sección 3 de la presente obra. Sobre la tradición de la Corona, *I. B.*, *passim*. Sobre Carlos IV, *Depons*, tomo I, pág. 151.

de la situación en que se hallaba esta plaza, y hay muy poca diferencia en el día, de cómo estaba cuando escribía Vd. la última vez. Todo es confusión en la América Meridional: todos los días hay prisioneros de gente que se sospecha de tramas contra el Gobierno, y los forasteros temen mucho reunirse; en una palabra, estamos en una entera suspensión no sólo de comercio, sino aun de sociedad: la orden del día es: *Libertad e Igualdad.* Ayer salí de Caracas a las cinco de la tarde, y entonces aún no se sabía del ejército que se había mandado contra Valencia [...] y todos los días se reciben despachos del General Miranda; pero no se dan al público; también se equipan diariamente voluntarios por el Gobierno; se ejecuta a los traidores y están puestas en perchas sus cabezas con un letrero debajo que dice: "Este hombre ha muerto por traidor a su patria." Dos fueron ahorcados ayer, condenados por la Sociedad Patriótica; pero no se han publicado sus delitos. El tiempo de las prisiones es la medianoche: un piquete entra en la casa, hace salir de la cama al reo, y a la mañana siguiente pierde la vida. Aquí tenemos por cosa peligrosa el que nos vean reunidos hablando en la calle, y más peligroso que todo el criticar al Gobierno. Aun cuando nos juntamos en reuniones particulares, no sabemos si nuestros criados son nuestros espías» [11].

*

En esta época de descomposición de las instituciones y tradiciones de su patria, Simón Bolívar, ya rico, adquirió una fortuna doble. Su hermano Juan Vicente pereció en alta mar. En mayo de aquel año había sido enviado a los Estados Unidos con atribuciones semejantes a las que había llevado a Londres Simón. Pero su misión no había logrado igual éxito; y Roscio se quejaba de que, enviado para procurarse armas no compraba más que maquinaria para las industrias textiles, del papel y de la moneda. La clave estaba en que Juan Vicente había evolucionado hacia una opinión más moderada de la que sustentaban los separatistas como Miranda y su hermano Simón. Roscio lo atribuía a la influencia de Onís, Ministro de España en Filadelfia, pero el mérito le corresponde a él solo.

Los emisarios, Juan Vicente Bolívar y Telesforo de Orea, habían llegado a Baltimore el 5 de junio de 1810. Fueron recibidos primero por el Doctor Thornton, amigo del Presidente Madison, y más tarde por el propio Presidente y por su Secretario de Estado, Robert Smith. Sin aceptar las credenciales de

---

[11] *J. V. G.*, pág. 188, nota.

Juan Vicente, Smith le manifestó su simpatía por la causa; y, al proponerle Juan Vicente una Memoria sobre las relaciones entre ambos países, le dio cita para aquella misma noche a las siete. Pero Juan Vicente no acudió a la cita, excusándose por escrito con un billete de despedida; y Smith, que fue en persona a verle (cosa que no había hecho con Onís todavía), se encontró con que se había ido. ¿Adónde?

A Filadelfia, a ver al Ministro de España, a quien le declaró estar dispuesto a negociar un acuerdo. Su plan era muy razonable: igualdad entre criollos y peninsulares sobre cargos públicos; participación de los criollos en la administración económica del país, y en la reforma de los abusos; en cambio, Juan Vicente se hallaba, no ya dispuesto a aceptar el *status quo*, sino deseoso de que no cambiara.

El 25 de abril de 1811 llegó a Nueva York otra delegación caraqueña con Orea, que había ido a Caracas y volvió con poderes para desplazar a Juan Vicente; el cual informaba a Onís (y éste a España) que «en vez de una contestación agradable, ha tenido carta de su hermano y de varios amigos en que le anuncian que ha salido para relevarle en su cargo Don Telesforo de Orea, natural de Tenerife, uno de aquellos malvados sin nacimiento y sin bienes, corifeos de la revolución, y que el pueblo pide a voces su cabeza y la confiscación de sus bienes, que son los más pingües de todo el país». Onís dice: «He visto las cartas originales de su hermano, que le aconseja vaya a viajar por Europa, y evite absolutamente volver a Caracas.» El 3 de marzo Onís informaba haber podido averiguar por un paisano de Orea que «Miranda goza de poco aprecio ya en su tierra, y que fracasó en su intento de atraerse al clero; que Orea, aunque es mala persona, tiene opinión pesimista sobre Venezuela, pues al venir aquí como comisionado, puso a salvo la mayor parte de sus bienes, e igual hacen todos los europeos que puedan salir de Caracas».

El 10 de agosto de 1811 Onís informaba que Juan Vicente había logrado por medio de su hermano y otros amigos que se le alzara el secuestro de sus bienes y se le permitiera volver al país. Juan Vicente mostró a Onís una carta de su hermano aconsejándole que viniera sin temor, pues, con más sangre fría se pensaba ahora que su actitud no era de traidor sino de buen patriota. Juan Vicente manifestó a Onís que laboraría en Caracas por una reconciliación, «sin la cual, no sólo él sino su hermano y todas las personas sensatas, preveían que no podrían subsistir». Creía favorable el momento «porque Miranda ha vuelto a ponerse en auge y trata de hacerse un partido con la

gente de color, lo que tiene en la mayor consternación a toda la gente blanca» [12].

Este episodio encaja perfectamente en la interpretación objetiva aquí intentada del carácter de Simón Bolívar, aunque no en la subjetiva y romántica que lo representa *ab ovo* como *El Libertador*. Lo que movía a Bolívar era la ambición y no la liberación. Así se explican sus oscilaciones en cuanto a la liberación —pues, en cuanto a la ambición, jamás osciló—. Esta fase en que piensa, con su hermano, en una reconciliación, se enlaza naturalmente con dos episodios venideros en que le veremos intentar un acercamiento a España en armonía con su vocación militar y con su hambre de mando.

*

Juan Vicente se hizo a la vela a fines de julio en el bergantín *Neri;* y en una tormenta por las Bermudas pereció ahogado. Bolívar tomó entonces posesión de los bienes de su hermano, que rentaban 25.000 pesos fuertes al año, 5.000 más de la renta que ya gozaba. Mucho después, cuando ya era «El Libertador» hicieron todo lo posible varios magistrados para probar que sólo había sido administrador y no propietario de la fortuna de Juan Vicente; porque sabían que no tenía derecho para adueñarse de ella. Una de las condiciones del vínculo de su tío, base de su propia riqueza, era que el beneficiario no lo fuera al mismo tiempo de otro vínculo alguno. Al adueñarse de los bienes de Juan Vicente, perdía pues Simón el derecho al vínculo propio. Puesto que además se hallaba a la sazón guerreando contra España, había perdido también el derecho al vínculo de su tío por esta otra causa, ya que el Padre Aristeguieta había estipulado de la manera más terminante que quedaría *ipso facto* privado del derecho al vínculo toda persona culpable de lesa majestad. Fuerza es mencionar ambos hechos, ya que ponen de relieve un rasgo constante de la vida de Bolívar, sin el cual se borra y esfuma su verdadero carácter: Bolívar no respetó jamás la ley cuando le hizo obstáculo en su camino [13].

---

[12] Sobre toda esta sección el artículo de Don Emilio Jos, en *B.A.N.H.V.*, núm. 102.

[13] *P.P.-H.R.*, t. I, pág. 330.

En *P.B.*, págs. 201, 208, se verán sentencias de la Corte Superior de Justicia del distrito del Norte en que los magistrados, gentes de Bolívar, acumulan argumentos especiosos para disfrazar el hecho de que Bolívar llevara ya trece años disfrutando de dos vínculos incompatibles.

No puedo aceptar como auténtica la carta de Simón Bolívar que publica *C.L.*, t. I, pág. 26, dirigida a Josefa María Tinoco, madre de sus sobrinos, hijos de Juan Vicente, a pesar de que se dice «esta carta de

No está en tela de juicio su generosidad. Era Bolívar generoso hasta el exceso. Para él lo esencial era el poder y, por lo tanto, el dinero *como poder* y la libertad de toda traba legal *como poder*. Su hermano había dejado tres hijos ilegítimos. Dícese que los adoptó. Pero si lo hizo, lo que es muy posible, fue desde luego sin desprenderse del capital, es decir del poder. La tradición de privilegio en que había nacido y se había criado sobrevivió en él al terremoto nivelador de la revolución que acaudillaba. El 7 de agosto de 1823 la Corte Superior de Justicia del distrito del Norte de la República que él mismo había fundado, invocaba «los privilegios de los ausentes en servicio público» para excusar el hecho de que, a los tres años de muerto su hermano, no hubiera todavía escogido el Libertador el vínculo que llamaría suyo, aunque los venía disfrutando ambos; y los magistrados se remontan por la legislación española hasta las leyes más antiguas de Castilla para hacer valer el derecho de los militares a que no se les moleste mientras están en campaña, poniendo buen cuidado en añadir que «no es este un privilegio del Libertador de Colombia, ni privativo del puesto elevado que hoy ocupa; él se extiende al último soldado en campaña». Así Bolívar, nacido y criado en el seno del privilegio en pleno régi-

---

puño y letra de Bolívar», en las notas. Está escrita en el mismo papel de la que se supone contesta, en la cual, Josefa María, al saber que Simón se va, acaso para no volver más a este país, le escribe rogándole desista de su intención «si no por mí que nada puedo serte interesante, por unos pedazos del corazón de tu desgraciado hermano: ellos por mi voz te ruegan hagas por verte conmigo para que tratemos sobre su futura suerte». Por lo cual se demuestra que el 27 de julio de 1812, ni Simón Bolívar se había preocupado de la futura suerte de sus sobrinos huérfanos ni quería ver siquiera a la madre de los huérfanos: «Yo sé muy bien que por más que me esfuerce no conseguiré hablarte porque estás decidido a no verme.» A todo esto, los que forjaron esta carta escrita en el mismo papel quieren que creamos que Bolívar contestó: «Mi primer cuidado ha sido disponer que los bienes de Juan Vicente, le toquen a tus hijos: que se te dé una pensión de cincuenta pesos mensuales, hasta que estos bienes den producto, y después el todo. Antonia tiene orden de asistirte como a mí mismo y sé que lo hará mejor que yo. Cuenta con esto. Estoy de prisa y quizás no podré verte: pues el honor y mi patria me llaman a su socorro.» Las inverosimilitudes que contienen estas líneas son incontestables. Pero bastará una para demostrar la falsedad de la carta. Lejos de desprenderse de los bienes de Juan Vicente en favor de sus sobrinos huérfanos, Bolívar declarará su intención a su íntimo amigo Iturbe, el 19 de septiembre, en los términos siguientes: «Lo que suplico a Vmd., con mayor instancia, es la pretensión de que se mande desembargar los bienes de mi hermano que, por su muerte, debo yo heredar, no olvidándome de que estoy pronto a hacer todos los sacrificios posibles, por lograr ponerme en posesión de dichos bienes.» Esta carta destruye la otra.

men español, seguía viviendo en el seno del privilegio, ya derribado este régimen en su tierra natal [14].

Pero también se daba en Bolívar una necesidad personal de libertad frente a la ley, como parte de su psicología de hombre de capa y espada. Autoritario y ávido de mando, no se avenía ni a la subordinación ni a la obediencia. Este elemento de su carácter, más todavía que ninguna circunstancia externa o política, explica su actitud fría y altanera al volver a Caracas. Miró a la Junta, y la Junta no le agradó. «Bolívar no estuvo de acuerdo con la marcha que llevaban los negocios de Venezuela, y se retiró a su casa», dice Mosquera, que lo conoció bien. Ésta es la segunda de una larga serie de abstenciones silenciosas y desdeñosas que habrá de adoptar, en parte por orgullo, en parte por cierto sentido de su propia incapacidad para entenderse con otros hombres como no fuera a base de mando por su parte y de obediencia por la de los demás. Así se explica que Bolívar no figurase entre los diputados elegidos al primer Congreso venezolano; aunque es probable que también influyera su tendencia de entonces a la reconciliación con España. Bien es verdad que no se hallaba en Caracas cuando tuvieron lugar las elecciones. Pero tampoco estaba Miranda, extranjero en su patria, sin raíces ni bienes en su tierra natal; y, sin embargo, Miranda logró salir Diputado por El Pao, distrito de la provincia de Barcelona; mientras que Bolívar, uno de los mantuanos más pudientes y famosos, permaneció sin escaño [15].

Mucho se ha escrito sobre discrepancias entre Miranda y Bolívar en esta fase de las cosas, pero nada convincente. La documentación auténtica demuestra que Miranda siguió distinguiendo a Bolívar, y Bolívar amando y respetando a Miranda. Bolívar se batió bien en Valencia y no hay el menor fundamento para afirmar, como suele hacerse, que Miranda lo tenía postergado o separado de los cargos de viso y responsabilidad. En su informe al Ministerio de la Guerra es Bolívar el segundo que cita Miranda en una lista de oficiales dignos de la gratitud de la nación. Puede haberse creado cierta distancia en Bolívar a causa de su amistad con los Toros, que ya por entonces comenzaban a dirigir una facción anti-mirandista; y también es posible que alguno de los consejeros de Miranda, como Cortés Madariaga y Miguel José Sanz, hayan tratado de tener a raya al ambicioso Coronel. Pero, como se probará más adelante, los documentos emanados de Miranda y de Bolívar prueban que no hubo en modo alguno enemistad entre ellos ni siquiera tibieza; y no es

---

14 *P.B.*, pág. 206.
15 *Mosquera*, pág. 12.

cosa que pueda presumirse sin complicar, todavía más, sucesos ya de por sí nada sencillos [16].

Bien es verdad que Bolívar solía esquivarse de cuando en cuando en la soledad de una u otra de sus haciendas. Pero ¿qué iba a hacer en aquellas circunstancias? Al fin y al cabo, era un grande hombre. ¿Cómo iba a avenirse un hombre de su talla a convivir en aquel ambiente de disputas y pendencias que hacían del Congreso una riña de gallos o una plazuela de aldea? Miranda tuvo que perder un tiempo angustioso en defenderse de acusaciones, graves unas, triviales otras, que le hacían casi siempre los envidiosos. Al faltarle fondos para el ejército, opinó que en tiempo de guerra la fortuna de los ricos debía ponerse a disposición de un General en jefe honrado; pero necesitoso; era además altivo y algo «echado para atrás», sobre todo con sus compatriotas, cuyos talentos militares miraba de arriba abajo. Estas tensiones se manifestaban en tiquismiquis y rencillas, inaguantables para un hombre hecho para cosas grandes y para pocas gentes, como Bolívar. Es pues natural suponer que, si a veces se alejó de Miranda, fue por alejarse de todo aquello; quizá también (como lo deja entrever su hermano a Onís) por inquietarle la demagogia de Miranda; pero que no hubo ruptura ni malquerencia queda probado por los hechos: siempre que Miranda lo necesitó, Bolívar acudió al instante.

*

Mientras Caracas disputaba, las provincias se entregaban a guerras civiles locales. Tanto el oriente como el occidente vivieron en constante alarma durante el otoño y el invierno de 1811-12. Idas y venidas de Puerto Rico a Coro o Maracaibo, campañas sin propósito evidente o definido, mantenían a los realistas en continua actividad. En un informe de uno de los ayudantes de Ceballos, que mandaba en Coro, se dice: «Con semejante noticia [de la llegada de los buques de guerra que volvían de Puerto Rico] vino Ceballos mismo a combinar su expedición con el Comandante de las fuerzas navales [...]. Éste le franqueó algún dinero y puso en tierra a las órdenes de aquél, a Don Domingo de Monteverde, con tres oficiales y ciento veinte soldados de marina. Con este refuerzo no dudaba Ceballos del mejor éxito de su expedición.» Lejos estaba el General de sospechar que aquel joven oficial de marina recién desembarcado lo echaría del mando, y no sólo a él sino a su jefe Miyares, desbarataría la primera república de Venezuela, arrojaría al destierro

---

16 *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 66.

y a la muerte a Miranda y haría imposible toda reconciliación entre España y Venezuela [17].

El Congreso resolvió suspender sus sesiones el 15 de febrero de 1812 para volver a reunirse el 1 de marzo en Valencia, la nueva capital federal. Se perdió mucho tiempo en disputas sobre los derechos y deberes de los gobiernos varios que establecía la constitución federal y de las personas que ejercerían estos poderes. Miranda se disgustó al verse excluido del Gobierno. Entretanto, continuaba la guerra. El 21 de enero de 1812 el Congreso se ocupó de la llegada a Puerto Rico de 4.000 hombres de refuerzo que iban a Méjico, pues había rumores de que venía otra expedición semejante con destino a Coro. Los ingleses advirtieron a la Regencia que también estaba en guerra la Península; pero los Regentes replicaron que no podían abandonar a los realistas venezolanos. Este detalle ilustra el lado español de la cuestión; pues el caos en que se hallaba entonces sumida la causa realista, caos en el que triunfará Monteverde por hallarse Miranda en un caos mayor, se debía a estar entonces España agobiada por una lucha a muerte contra Napoleón [18].

La república se hallaba sumida en completo desorden. La única parte de Venezuela donde se produjo cierta organización espontánea fue la occidental, que había permanecido fiel al Rey, y, sobre todo, Coro, que envió fondos y soldados al General Ceballos. Dos fueron los hombres que iniciaron esta ola de actividad, llamada a sumergir a la primera república: el cura Torrellas y el indio Reyes Vargas. Torrellas era párroco de Siquisique y de San Miguel. Aseguraba que si le ayudaban las autoridades de Coro estaba dispuesto a separar sus parroquias del Gobierno de Caracas; mientras que el famoso Reyes Vargas ofrecía «cien fusileros a sus órdenes y toda la indiada, que le obedecía con entusiasmo». Ceballos recibía cartas confidenciales de oficiales republicanos diciéndole: «Caracas está llena de franceses, y poco a poco se nos van metiendo oficiales franceses. Moriremos por nuestro Rey y acabaremos con esta vil nación. Estamos nosotros al romper guerra contra Caracas por defender la religión cristiana. Aquí nos quieren introducir al francés y moriremos por defender la ley de Dios y a nuestro Rey» [19].

Ceballos mandó a Monteverde con 264 hombres en apoyo de Torrellas y de Reyes Vargas (10 marzo 1812). Torrellas iba con la expedición. El 17, Siquisique alzó la bandera real y recibió

---

[17] *Heredia*, pág. 38.
[18] *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 198, 199.
[19] *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 258.

a Monteverde con clamores de alegría y repique de campanas. Los soldados de la república lloraban y se abrazaban a él. De la noche a la mañana se encontró Monteverde con que era el ídolo del pueblo, un verdadero libertador. Perdió la cabeza, pero esta pérdida (en sí no muy sensible) no le impidió ganar victoria tras victoria. Su primer triunfo fue en Carora, donde, a pesar de la defensa valiente que le opuso un comandante español europeo a la cabeza de sus trescientos criollos, Monteverde se apoderó de la ciudad. «Aquí —escribió el Comisionado Regio, Cortabarría— se les permitió a las tropas un saqueo general de que quedaron bastante aprovechadas.» Ya se verá más adelante la razón de esta sinrazón. Miyares se había ido a Puerto Rico esperando traerse refuerzos llegados de España, pero que se remitieron a Veracruz. Aprovechando su ausencia, sus subordinados se conjuraron contra él, acusándole de tibieza en la defensa de los intereses del Rey. Regresó en una fragata inglesa prestada por Hodgson, con gran disgusto de Lord Liverpool. Ya por entonces comenzaba Ceballos a sentir gran inquietud a causa de la actitud temeraria de Monteverde, que hablaba de «conquistar» a Barquisimeto, cuyos habitantes imploraban que les dieran armas para luchar por la causa de Fernando VII. Entonces intervino dramáticamente la naturaleza [20].

*

«El terremoto —escribe Heredia— acaeció el Jueves Santo 26 de marzo de 1812 a las cuatro y siete minutos de la tarde y fue uno de los mayores y más espantosos que se han visto en el globo. Se sintió desde el Golfo de Paria hasta Santa Fe, en toda la costa hasta Cartagena, y en el mar a muchas leguas de distancia [...] saltó de Caracas a San Felipe y Barquisimeto, y luego a Mérida, quedando estas cuatro ciudades enteramente arruinadas, y con muy corto o casi ningún daño las muchas poblaciones intermedias. También fue horrible el estrago en La Guaira, donde solamente las murallas y la casa que fue de la Compañía Guipuzcoana quedaron en pie. En el pueblo inmediato de Maiquetia, que tenía muchas y buenas casas, y era un vergel delicioso, no quedó piedra sobre piedra; y fue tan violenta la vibración de la atmósfera, que se encontraron algunas personas muertas en descampado sin señal de golpe ni lesión alguna. En Caracas se desplomaron enteramente las iglesias de la Pastora, San Mauricio, la Merced, Santo Domingo y la Trinidad, quedando esta última tan desmoronada que casi todos sus mate-

---

[20] *Heredia,* pág. 44; *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 210.

riales se hicieron polvo, y por mucho tiempo creyeron las gentes que se había hundido. Todas ellas en aquella hora estaban llenas de número considerable de personas, que encontraron allí su sepultura cuando menos lo pensaban. El canónigo D. José Cortés y Madariaga, uno de los corifeos de la revolución, refería con mucha viveza la impresión de horror que le causó el ruido que hacía el movimiento de las gentes en la Merced, a cuya inmediación estaba al comenzar el terremoto, y el profundo silencio que siguió pocos momentos después en que todos quedaron sepultados bajo las ruinas del edificio. En Caracas y la Guaira perecieron cerca de diez mil almas, y como cuatro mil en las otras poblaciones. Los que quedaron vivos se retiraron a los campos inmediatos, donde estuvieron muchos días a la intemperie, hasta que pudieron construir chozas» [21].

La iglesia de la Trinidad, precisamente la que el terremoto redujo a polvo, era la que habían erigido los antepasados de Bolívar, terminándola el mismo año en que nacía Bolívar, bautizado, entre otros nombres, con el de «la Santísima Trinidad». El Doctor José Domingo Díaz, ardiente realista, que fue testigo presencial de este suceso, escribía pocos años más tarde: «El templo de la Trinidad de Caracas, que sobre robustísimos pilares sostenía una enorme bóveda, estaba situado en la parte septentrional y en lo más elevado de su gran plaza. En el extremo opuesto de ella se hallaba situada aquella misma horca en que ocho meses antes habían sido colgados los cadáveres de los fusilados en julio [por el gobierno republicano]. Este templo, inmediato al gran cuartel veterano, era la iglesia castrense, y en el pilar de una capilla llamada de los *Remedios,* destinada al servicio eclesiástico de los militares, estaba pintado el escudo de las reales armas de España. Este templo cayó sobre sus mismos fundamentos: fue un hundimiento: ni una pequeña piedra salió fuera de su área, y sólo un gran pedazo de uno de aquellos pilares saltó con la violencia de la caída, rodó por la plaza en dirección a la horca, tropezó con ella y la derribó. Sólo quedó en pie el pilar de las armas, que se descubría desde todas partes sobre aquel montón de ruinas» [22].

El efecto de este desastre sobre la imaginación de los pueblos religiosos de Venezuela fue naturalmente profundo. Heredia escribe: «La circunstancia de haber acaecido esta catástrofe en el mismo día del año eclesiástico, cuya venerable solemnidad se interrumpió y profanó dos años antes con el primer acto de la revolución, llenó de terror al común del pueblo y aun a muchos

---

[21] *Heredia,* pág. 45.
[22] *J. D. D.,* pág. 40.

de los que se preciaban de espíritus fuertes, considerándola como castigo de aquel doble atentado. Uno de los patriotas más entusiasmados me aseguró que en los momentos de mayor angustia se pedía misericordia y perdón al Rey tanto como a Dios.» Confirma este dato un detalle que aporta el Doctor Díaz: «Mientras que el R. P. Prior de los Dominicos, puesto sobre una mesa, en medio de la multitud asombrada y llorosa, pronunciaba una vehemente oración; mientras que el Dr. D. Nicolás Anzola, regidor del 19 de abril, pedía de rodillas y a gritos perdón al señor Don Fernando VII; mientras que todos estábamos mirando nuestros sepulcros abiertos a nuestros pies, se presentó el mayordomo de los hospitales, don Rafael de León, con el semblante más alegre y risueño que he visto jamás, felicitando a todos *por haber tan patentemente declarado Dios su voluntad, destruyendo hasta las casas hechas por los españoles*» [23].

Mucho se ha escrito sobre la influencia de los curas para explicar todo esto. Pero el clero de aquel tiempo solía ser más favorable a la república y a la independencia que a la monarquía y al régimen español; y existen pruebas (entre ellas el informe remitido al Almirante Stirling por el Capitán Forrest, del navío de guerra británico *Cyane*) de que la reacción causada por el terremoto fue tan general como espontánea. Díaz cuenta que «al principio de la noche llegó al gobierno, así la noticia de los enérgicos sermones predicados por la tarde en la plaza de los Dominicos [...] y en el atrio del Oratorio de San Felipe Neri, por el presbítero D. Salvador García Ortigosa de aquella congregación, como la de la conmoción general que existía con el acontecimiento del pilar de la Trinidad, el cual, unido a las demás circunstancias expresadas, hacía temer una explosión. El gobierno, presidido por Francisco Miranda, mandó fusilar inmediatamente a aquellos dos eclesiásticos y derribar el pilar; pero la ejecución de lo primero quedó sin efecto por el temor del mismo pueblo, y para lo segundo no hubo quien se atreviese a ejecutarlo» [24].

Hizo entonces presión el gobierno sobre el Arzobispo para que diera al pueblo una explicación racional del suceso. Era Don Narciso Coll y Prat un catalán culto, piadoso y de gran valor cívico. Había llegado a Venezuela en julio de 1810, muy contra la voluntad de la Junta recién creada, pero, para decirlo con palabras de Heredia, era «digno de los tiempos apostólicos y demasiado ilustrado para no conocer la falta que haría a su grey

[23] *Heredia*, pág. 46. *J. D. D.*, pág. 40.

[24] *F. O.* 72/139, Curaçao, 30 de marzo de 1811, citado por *P. P.-H. R.*, tomo II, págs. 211, 212, nota; *J. D. D.*, pág. 41.

en época tan peligrosa»; por lo cual «se prestó al juramento que le exigía el Gobierno que llevaba el nombre de Fernando VII como las Juntas de España, y fue recibido con aplauso y satisfacción de todos los buenos». El terremoto sirve a Heredia para poner de manifiesto su propia imparcialidad. «En esta situación tan afligida —escribe— el gobierno de Caracas cumplió sus deberes, y el Arzobispo manifestó que era un verdadero pastor de aquella angustiada grey y digno sucesor de los Apóstoles. Salió por las calles a proporcionar los socorros espirituales y corporales a los que todavía respiraban entre las ruinas, y olvidándose enteramente de su persona acudía a todas partes en aquel día aciago y en los siguientes.» El gobierno le requirió el 4 de abril que publicara una carta pastoral explicando que tales fenómenos naturales podrían a lo sumo servir de castigo divino para vicios morales pero no para opiniones políticas. El Arzobispo, no sin alguna resistencia, promulgó su carta pastoral acercándose a las ideas del gobierno, aunque sin lograr complacerle. El 22 de junio el gobierno escribía al Arzobispo: «No siendo la pastoral que V.S.I. ha remitido el papel que desea y ha pedido el Gobierno, éste ha acordado hacérselo así presente, mandando archivarle por antipolítico, y prohibiendo absolutamente su circulación» [25].

Bolívar se hallaba en Caracas; y sabemos por un testigo presencial, su enemigo acérrimo, el Doctor Díaz, de una de las escenas más dramáticas de aquel día histórico, en la que el futuro Libertador surge a la luz lívida del desastre por primera vez con la talla de su gran porvenir. «Eran las cuatro: el cielo de Caracas estaba extremadamente claro y brillante: una calma inmensa aumentaba la fuerza de un calor insoportable: caían algunas gotas de agua sin verse la menor nube que las arrojase. Yo salí de mi casa para la Santa Iglesia Catedral. Como cien pasos antes de llegar a la plaza de San Jacinto [...], comenzó la tierra a moverse con un ruido espantoso: corrí hacia aquélla: algunos balcones de la casa de Correos cayeron a mis pies al entrar en ella, me situé fuera del alcance de la ruina de los edificios, y allí vi caer sobre sus fundamentos la mayor parte de aquel templo; allí también, entre el polvo y la muerte vi la destrucción de una ciudad que era el encanto de los naturales y de los extranjeros. A aquel ruido inexplicable sucedió el silencio de los sepulcros. En aquel momento me hallaba solo en medio de la plaza y de la ruina; oí los alaridos de los que morían dentro del templo; subí por ellas y entré en su recinto. Todo fue obra de un instante. Allí vi como cuarenta personas,

[25] *Heredia*, págs. 26, 47, nota.

o hechas pedazos, o prontas a expirar por los escombros. Volví a subirlas, y jamás se me olvidará este momento. En lo más elevado encontré a Don Simón de Bolívar, que en mangas de camisa trepaba por ellas para hacer el mismo examen. En su semblante estaba pintado el sumo terror, o la suma desesperación. Me vio y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: *Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca.* La plaza estaba ya llena de personas que lanzaban los más penetrantes alaridos» [26].

Bolívar sobre aquel montón de ruinas fue aquel día el único hombre que habló el lenguaje del porvenir. No gastó tiempo en argüir con el Arzobispo sobre los linderos exactos de la justicia divina, o sobre la raya que separa la política pública de la moral privada; ni menos, como un mentecato o un loco, se puso a perseguir espada en mano a los sacerdotes supersticiosos y fanáticos que, encaramados sobre mesas de sacristía, predicaban al público sartas de reproches por haber traicionado a Fernando VII —como algunos de sus biógrafos se empeñan en sostener—. Bolívar expresó aquel día, con las palabras que ofendían a su acérrimo enemigo por su impiedad y extravagancia, aquella su fuerza de voluntad, aquella su tensión diabólica de Prometeo americano que fue el verdadero secreto de su grandeza. El día del terremoto habla Bolívar la lengua del porvenir porque habla la lengua del pasado. Avisado por los indios que jamás hombre alguno había osado cruzar los puertos de los Andes hacia Chile en la fuerza del invierno, Almagro el conquistador contesta «que a los descubridores y ganadores del Perú habían de obedecer la tierra y los demás elementos; y los cielos les habían de favorecer, como lo habían hecho hasta allí». Así pues en su magnífico desafío a la naturaleza y a España, Bolívar se yergue sobre las ruinas de Caracas como la figura a la vez más grande y más española de aquel día histórico [27].

*

«Algunos de los diputados del Congreso me han asegurado que al tiempo de su traslación a Valencia ellos y otros muchos estaban convencidos de que la nueva república no podía durar muchos meses, y que se acabaría como los juegos de los muchachos.» Estas palabras de Heredia prueban que el derrumbe de la república no se debió al terremoto, aunque, desde luego, el desastre vino a multiplicar el ímpetu de la reacción monárquica

---

[26] *J. D. D.*, pág. 38.
[27] *I. B.*, cap. XXII.

ya existente. El 3 de abril de 1812 el gobierno delegó poderes dictatoriales en el Consejo Ejecutivo de los Tres. Pero Monteverde seguía tomando ciudades, y la situación de la república empeoraba de hora en hora. Ofrecióse la dictadura al Marqués de Toro, que la declinó; y finalmente, el 23 de abril de 1812, Miranda aceptó plenos poderes con el título de Generalísimo. El nombramiento disgustó a la facción de los Toros; pero Bolívar permaneció fiel a la causa de la independencia y a la de Miranda. Fue a Maracay, donde, según escribe el Ministro de la Guerra, ha «sacado a estos pueblos del abatimiento en que estaban»; y prometió ir a la Cabrera a «lograr lo mismo con las tropas». Finalmente, el 2 de mayo de 1812 escribió a Miranda que el Generalísimo «haría un bien incalculable con presentarse por estos países» [28].

El avance de Monteverde, rápido, brutal y triunfante, se debía al entusiasmo general por la causa del Rey, a la deserción de las tropas republicanas, y a la propia ligereza con que Monteverde arrostraba los riesgos de la campaña sin dársele un bledo ni la prudencia ni la disciplina militares. El 2 de abril tomó a Barquisimeto, otro montón de ruinas; el 18 a Araure, desobedeciendo las órdenes de Ceballos de que se quedara en Barquisimeto. Tuvo entonces que retroceder a Araure, por temor a las tropas republicanas de San Carlos; pero el jefe de la caballería republicana, Montalvo, le mandó recado secreto de que desertaría, y cumplió su palabra. Esta traición abrió a Monteverde las puertas de Valencia, donde entró sin oposición el 4 de mayo, «en medio de miles de aclamaciones». En Valencia recibió Monteverde a su jefe Ceballos, que venía a encargarse del mando. Pero Monteverde se negó a entregárselo. Y ahora es cuando se aclara su táctica de permitir a las tropas el saqueo de las ciudades que iba tomando. Tenía órdenes estrictas de prohibirlo. Ceballos, su jefe inmediato, declaró «que dio a Monteverde las órdenes más terminantes para que por ningún título se permitiese el terrible saqueo de los pueblos». Ceballos prohibía el saqueo, Monteverde lo autorizaba. Por eso, al reclamar el mando Ceballos, pudo Monteverde negárselo y quedarse con él —porque no se hallaba a la cabeza de tropas regulares, sino de una turbamulta de combatientes improvisados [29].

Aunque jefe desastroso para la causa que ostensiblemente defendía, no todo era censurable en Monteverde. Su honradez personal está avalada por su adversario Heredia. «En obsequio a la justicia que se debe a las virtudes personales de Monteverde

---

28 *Heredia*, págs. 35, 36; *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 214, 215, 218, 230.
29 *R. D. U.*, págs. 86, 87.

—escribe este imparcial observador— debo advertir que lejos de sacar utilidad alguna de la llamada reconquista, gastó en ella sus cortos ahorros. En Trujillo y Mérida, que ocupó el destacamento mandado por el teniente de navío D. Manuel Geraldino, se observó el mejor orden. Cuando conocí poco tiempo después a este incomparable oficial, no tenía más equipaje que dos camisas, y comía en platos con cubiertos prestados.» Todo lo cual confirma la índole concreta de lo que Monteverde se proponía al permitir a sus tropas el saqueo; que era la ambición de mando, y no el lucro material [30].

Dentro de la hora de su entrada en Valencia, fue Monteverde contraatacado por Ustáriz, a quien Miranda había dado órdenes de volver a tomar la ciudad. Ustáriz fracasó. Monteverde, no obstante, escribió a Ceballos pidiendo auxilio porque su situación era «muy crítica». En efecto, lo era. A cien leguas de su base, sin reservas, ni municiones, estaba perdido. Debió de haberlo estado. Pero la República no tenía soldados; y la recluta era «verdadera caza de hombres que, al mismo tiempo que dejaba desiertos los campos de la agricultura, llevaba a los cuarteles un puñado de reclutas humillados y azorados, a quienes era menester reconciliar con su nuevo destino para sacar de ellos algún provecho. La intendencia de tales tropas carecía de recursos; la asistencia de médicos y cirujanos y el servicio de hospitales apenas eran conocidos en uno que otro acantonamiento militar, mientras la marcha de las tropas era muy lenta y tan dispendiosa para el soldado como para las poblaciones del tránsito». Un oficial de Monteverde confirma este relato diciendo que «los insurgentes llevaban a San Carlos la gente para su defensa, conduciéndolos por fuerza con esposas, y así es que todos los días se presentaban en este lugar desertores de Valencia». Ante esta situación el Gobierno decidió retirarse a una posición defensiva en Maracay. La táctica de Miranda consistía en inducir a su adversario a malgastar sus municiones en espera de mejores días. Pero los días iban siempre de mal en peor. En la noche del 11 al 12 de junio tomó Monteverde una altura que dominaba el flanco derecho de Miranda. El Generalísimo decidió retirarse a La Victoria, a unas sesenta leguas de Caracas; pero tuvo que sacrificar «los grandes y bien provistos almacenes de la proveeduría del ejército». El día 20 Monteverde atacó La Victoria, pero fue rechazado; aunque Miranda no se lanzó a perseguirle, como lo hubiera hecho de seguro si hubiera podido contar con sus tropas. La situación de Monteverde era tan precaria que llegó a pensar en retirarse. No le quedaban más que

[30] *Heredia*, pág. 41, nota.

cuatro mil cartuchos y no tenía derecho a esperar auxilio alguno de jefes a quienes había desacatado. A retaguardia, el único puerto útil, Puerto Cabello, estaba en manos de una guarnición republicana al mando del Coronel Simón Bolívar [31].

A Monteverde no le podía salvar nadie más que Miranda. Y así fue. En esta coyuntura, el Generalísimo adoptó una actitud fabiana que venían a interrumpir de cuando en cuando súbitos accesos de efímera energía. Proclamó la ley marcial y prometió la emancipación de todos los esclavos que vinieran a servir bajo sus banderas. Venían a distraerle preocupaciones financieras, y el Marqués de Casa León, designado por el Gobierno de la República para administrar el Tesoro, le informaba que no había fondos ni medios de procurárselos. Se urdían en torno suyo intrigas y más intrigas. José Félix Ribas, nombrado Gobernador de Caracas, perseguía cruelmente a los españoles europeos y hasta a los mantuanos, confiscándoles los bienes y reduciéndolos a prisión en grillos. Por último se alzaron los negros de Capaya y Curiepe, amenazando a la capital con horrores que recordaban los de la revolución de Haití. Por extraño que parezca, fue por entonces cuando se le ocurrió al Generalísimo escribir a su agente Martín (2 julio 1812) «para que vaya a los Cayos y traiga hasta 500 negros para el ejército». Parece que por esta época Miranda comenzó a pensar en la posibilidad de llegar a un acuerdo con España, bajo la impresión que le produjo la constitución del año 1812, la más liberal e idealista que hasta entonces había conocido Europa. Quizá fuera esta la causa de la extraña inacción en que cayó por entonces. El 5 de julio de 1812, el Generalísimo, para celebrar el aniversario de la independencia de Venezuela, invitó a su mesa a los oficiales de su Estado Mayor. Hallábase Miranda gustando la taza de café que cerraba el ágape, y conversando con su habitual locuacidad, cuando llegó un correo, con el cual se encerró en su despacho. Traíale una carta: «Puerto Cabello, 1 de julio de 1812. Señor General Francisco Miranda. Mi General: Un oficial indigno del nombre venezolano se ha apoderado, con los prisioneros, del castillo de San Felipe, y está haciendo un fuego terrible sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza es perdida. Yo la mantendré entre tanto todo lo posible. Simón Bolívar.» La carta tenía ya cuatro fechas de retraso. Puerto Cabello se había perdido [32].

---

[31] *C.P.*, págs. 407, 413; *Miranda-Becerra,* t. II, págs. 219, 220; *C.P.*, págs. 408, 425.

[32] *C.P.*, loc. cit. Carta de Miranda a Martín, también firmada por Soublette: *P.R.O. W.O.* 1/112, fol. 177; *C.P.*, pág. 444.

CAPÍTULO XVIII

EL MARTILLO DE LA ADVERSIDAD

La pérdida de Puerto Cabello es el hecho clave de la vida de Bolívar. Lo ocurrido se desprende del relato que el propio Bolívar hizo a Miranda en su informe del 12 de julio de 1812. Era entonces este puerto plaza de la mayor importancia para la república: base de operaciones, depósito de víveres y municiones, y uno de los dos puertos más importantes por donde podía recibir la república suministros extranjeros. Constituía además a la sazón una posición militar formidable a retaguardia de Monteverde, el cual se había aventurado temerariamente en un terreno donde quedaba atenazado entre Miranda en La Victoria y Bolívar en Puerto Cabello. Todo esto liquida las fantasías bordadas después de los sucesos para presentar el nombramiento de Bolívar a Puerto Cabello como una postergación injuriosa por parte de Miranda. El Generalísimo, cuya predilección por Bolívar era entonces notoria, dio pruebas evidentes de amistad, confianza y aun favoritismo, poniendo en manos de su amigo uno de los mandos más honrosos y de más responsabilidad. Es más, puede decirse que a esta circunstancia se debe en gran parte la catástrofe; porque las nociones del arte de la guerra que entonces poseía Bolívar no pasaban de las de un aficionado a la caballería, mientras que para sostener a Puerto Cabello en las condiciones trágicas en que tuvo que hacerlo eran necesarias dotes y técnica militar de experiencia general humana que no estaban todavía al alcance del petulante Coronel mantuano [1].

---

[1] Informe completo en *O'L.*, t. I, págs. 127 y sigs. Importancia de Puerto Cabello: *P.P.-H.R.*, t. II, pág. 294.

Dominaba la ciudad y el puerto el castillo de San Felipe, en cuyas bóvedas se pudrían unos españoles de los sentenciados en 1810 por complicidad a la conspiración de los hermanos Linares. Mandaba la fuerza del castillo el Coronel Aymerich; el cual contaba para su defensa con municiones de boca y guerra para trescientos hombres y tres meses; amén de casi todas las reservas de pólvora de la plaza. He aquí el relato que figura en las *Causas de Infidencia:* «El Capitán José Camejo, natural de Coro, pardo, casado, 47 años, marino, y D. Rafael Hermoso, vecino, eran conspiradores para apresar a Bolívar y a sus tenientes y entregar la plaza. Rafael Hermoso fue el iniciador. Se abocó primero con Francisco Hernández Vinoni. El plan quedó resuelto para el 30 de junio de 1812 a la 1 p. m. y el Castillo dio un cañonazo y enarboló la bandera roja, lo propio hizo el vigía. Al punto se convocó a Cabildo, conforme a lo dispuesto por Hermoso, para allí poner preso a Bolívar, pero éste se refugió en el cuartel de milicias, malicióse no hiciese este cuartel otro tanto y cerrando la estacada se puso a la defensa.» Bolívar, añade el testigo, hizo saquear la casa de Hermoso y ciento y pico de fanegas de cacao que le pertenecían [2].

Veamos ahora cómo expone los hechos el propio Bolívar, en su informe y carta a Miranda. Aymerich, que estaba en relaciones con una dama de la ciudad, fue un día a casa de su futuro suegro para contraer matrimonio, dejando la fortaleza en manos del Teniente Vinoni. «La causa que tuvo, según las conjeturas, el subteniente Vinoni para vender la fortaleza, fue hallarse quebrado de fondos de su compañía, por una parte, y la seducción de mando o riqueza que esperaba este traidor por recompensa de su felonía, luego que los reos de Estado estuviesen en libertad y su paisano Monteverde se apoderase de la plaza. Este oficial, indigno de serlo, es un hombre de una conducta detestable, sin honor y sin talento. Yo ignoraba todo esto. El Comandante del castillo, Ramón Aymerich, que vivía en él, es inculpable: además de ser un oficial de honor e inteligencia, es tan prolijo en el cumplimiento de sus deberes, que es dudoso se halle otro alguno tan capaz de gobernar el castillo de San Felipe, con el celo y vigilancia que él.» Bolívar aquí es incoherente. Un traidor de conducta detestable, sin honor ni talento, es segundo comandante del puesto clave de una ciudad clave; ni uno ni otro de sus jefes inmediatos saben que carece de talento y de honor; y uno de estos dos jefes extiende al otro un certificado de competencia y máxime cuando este otro acaba de

[2] Causas de Infidencia: t. V.

abandonar el castillo al detestable traidor para ir a casarse. El Bolívar que escribió este informe no está maduro todavía para grandes empresas [3].

Está además atribulado. El súbito ataque le impresionó. A las tres de la madrugada del 1 de julio escribía a Miranda su primera carta, en la que le hablaba del «fuego terrible» que el castillo vertía sobre la ciudad; y lo repite en su informe: «El enemigo continuó sus descargas de artillería y fusilería contra la ciudad, del modo más terrible y mortífero.» Bolívar hizo todo lo posible por defender la plaza, a pesar de que no había día en que no le desertaran soldados sueltos y hasta unidades enteras. No se limitó a luchar; inventó victorias que celebraba en las calles con pífano y tambor; pero el corazón de la ciudad no estaba con la república; a pesar de lo cual escribe a Miranda prefiriendo atribuir a cobardía la huida de los vecinos, que era en el fondo mera protesta contra el nuevo régimen; y al cabo de cuatro días de lucha abandonó la ciudad con su estado mayor, en total ocho personas, a bordo de un barco que por cierto mandaba un español europeo [4].

Se hallaba a salvo, pero en ruinas. En lo hondo de su ser sentía la humillación de lo ocurrido, como lo revela en su informe: «En la mañana del 5, ya mi situación era tan desesperada, que nadie juzgaba pudiera mejorarse, y por esta causa me instaban de todas partes para que tratase de proporcionarme una retirada, aunque sólo fuese para mi persona y la plana mayor. Sin embargo, mi resolución no varió jamás un punto de batirme mientras hubiese un soldado.» Obsérvese cómo oscila del deseo de repartir la responsabilidad de la huida al sentido de la exclusiva responsabilidad del jefe. Pero se embarca con la plana mayor; alegando que ya no quedaban soldados para luchar. Y se denuncia a sí mismo, sin querer, en la posdata: «Después de habernos embarcado se reunieron sobre cuarenta soldados de Aragua que se hallaban dispersos y se embarcaron en los transportes y lanchas, como también más de doscientos fusiles, municiones de boca y algunos paisanos.» Se había embarcado pues algo prematuramente. Así que el Comandante fracasado cierra su informe con estas palabras de desconsuelo: «En cuanto a mí, yo he cumplido con mi deber; y aunque se ha perdido la plaza de Puerto Cabello, yo soy inculpable y he salvado mi honor; ojalá no hubiera salvado mi vida y la hubiera dejado bajo de

---

[3] Poudenx & Meyer, citado por *C.P.*, pág. 454; *O'L.*, t. I, pág. 129.
[4] *O'L.*, t. I, pág. 130.

los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela!» [5].

*

Palabras de un hombre de honor que se da cuenta de no haber obrado a la altura de lo que su conciencia exigía. No somos nosotros quienes le juzgamos, sino él. Poco hace a nuestro propósito que Bolívar se condujera bien o mal objetivamente, según los criterios de ciencia militar y de honor aplicables al tiempo y al lugar. Lo que importa no es lo que nosotros pensamos de Bolívar, sino lo que Bolívar pensaba y sentía sobre Bolívar. Ahora bien, sobre este punto los documentos cantan. Además del informe ya citado, escrito en Caracas el 14 de julio, a los ocho días de la huida de Puerto Cabello, hay dos cartas patéticas de Bolívar a Miranda. En la del 12 de julio escribe: «¿Con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a Vd. habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado [...]. Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a Vd., o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello; a esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos me hallo en una especie de enajenamiento mortal.» Aquí anuncia a Miranda que va a preparar el parte detallado de las operaciones, a fin de —obsérvese bien la frase— «salvar en la opinión pública la elección de Vd. y mi honor». Confirmación irrebatible de que Bolívar se daba cuenta de la importancia del cargo para el cual lo había «elegido» Miranda [6].

Este cuadro de un hombre en ruinas es conmovedor por su sinceridad. Las razones que explican su tribulación retornan constantemente bajo su pluma: «Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiera quedado, con ése habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvasen la patria; pero ¡ah! ésta se ha perdido en mis manos.» Este era el pensamiento que lo torturaba. Dos días más tarde,

---

[5] *O'L.*, t. I, pág. 134.
[6] *C. L.*, t. I, págs. 24, 25.

el 14 de julio, escribía a Miranda otra carta aún más angustiosa: «Lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a usted el adjunto parte, apenas es una sombra de lo que realmente ha sucedido. Mi cabeza, mi corazón no están por nada. Así suplico a usted me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario. Después de haber perdido la última y mejor plaza de estado ¿cómo no he de estar apocado, mi general? ¡De gracia no me obligue Vd. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta» [7].

Este texto que sale del corazón confirma que el ser íntimo de Bolívar, su respeto y confianza para consigo mismo, su presunción, su orgullo, sus esperanzas, yacían en ruinas; y que el vigoroso y juvenil conquistador que sobre el montón de ruinas de Caracas desafió un día a la naturaleza, yacía ahora sangrando, malherido y quebrantado sobre el montón de ruinas de su propio ser. ¿Qué contestó el Generalísimo a aquella carta en que el Coronel a quien había confiado el puesto de mayor responsabilidad en sus ejércitos le anunciaba haberlo perdido?: «Mi querido Bolívar: Por su oficio del 1 del corriente me he impuesto del extraordinario suceso ocurrido en el castillo de San Felipe. Esto hace conocer a los hombres. Espero con ansia nuevo aviso de usted, y mañana le escribiré con más extensión.» ¿Era posible respuesta más afectuosa? [8].

Los criterios de pequeña burguesía con que se suele juzgar este episodio de la vida del Libertador no sirven para hombres de su temple y talla, ni para la devastación que asolaba su alma. Bolívar no conservó entonces bastante unidad interior para afrontarse con Miranda y medirlo y juzgarlo como se alega que lo midió y juzgó. En aquellos días, Bolívar no se tenía moralmente en pie. Estaba en plena desintegración —mucho más de lo que hubiera estado en caso análogo cualquier otro, precisamente porque era más grande y más complejo, alma vasta, espíritu soberbio y egotista en grado diabólico—. El que no ha visto el pétalo en la espina y la espina en el pétalo no sabe lo que es un rosal. ¡Qué mezquino, reducir este caso a un duelo sobre cargos militares entre el Coronel y el General! En aquel tiempo el alma de Bolívar era ya demasiado grande para perderse en tales pequeñeces, y se hallaba además demasiado atormentada para sustraerse al infierno de abatimiento y humi-

---

[7] *C. L.*, t. I, págs. 25, 26.
[8] *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 298.

llación en que cayó y al vórtice de pasiones violentas que le llevaron a la abjuración y a la infamia [9].

*

La pérdida de Puerto Cabello, aunque desastrosa en sí para la situación estratégica, para el espíritu de la tropa y para el prestigio de la nueva república, no cambió gran cosa la situación *tal y como se reflejaba en el ánimo de Miranda.* Su pasividad en este momento sólo se explica por una decisión secreta y quizá subconsciente de negociar con el adversario. Como tantos otros republicanos, Miranda había perdido la fe en la república. El suceso de Puerto Cabello no cambió pues en nada la corriente ya iniciada en su ánimo; tan sólo le aportó mejor ambiente en que manifestarla. La noticia consternó a Caracas, y en La Victoria se generalizó la opinión de que era inevitable capitular. Nadie se atrevía a hablar del asunto por miedo a Miranda, a su indignación y a su autoridad despótica; hasta que él mismo dejó caer una indirecta en conversación con Casa León, que «deseaba más que nadie la capitulación, y aprovechó aquel momento para confirmar al dictador en la opinión que le manifestó, logrando decidirlo a convocar una Junta General para proponer y discutir la materia». El 12 de julio de 1812 se reunió esta Junta, en la que figuraban con Casa León, Miranda y otros, Roscio y Espejo como representantes del Ejecutivo. Mi-

---

[9] Muchos biógrafos representan a Miranda y Bolívar en creciente disgusto mutuo, precisamente en el período que precede a la entrega de Miranda a los españoles. *Mosquera,* pág. 13, va hasta a decir que Miranda, nombrado para el mando de la expedición contra Valencia, «ofreció marchar, pero con la condición de que el coronel Bolívar no mandara su cuerpo en la campaña porque era un joven temible». Como si tal cosa fuera posible por parte de Miranda o de Bolívar, habida cuenta de las cartas cambiadas entre ambos y que van en el texto. *O'L.,* t. I, cap. III, página 121, dice: «Ninguno más ansioso que Bolívar; pero por desgracia suya, no halló simpatías en Miranda, que, en vez de emplearle en el servicio activo que solicitaba, le destinó a mandar el castillo de Puerto Cabello, empleo, entre todos, el que menos convenía a su genio emprendedor. Bolívar vio que se le quería apartar del campo del honor, y partió a ocupar el puesto que se le señalaba, bajo la impresión del desagrado y de la dignidad ofendida.» Todo esto es disparatado; porque Puerto Cabello era tan servicio activo y tan campo del honor como cualquier otro puesto a las órdenes de Miranda, como el propio Bolívar reconoció en sus cartas a Miranda al perderlo; y sobre todo cuando en Cartagena, al dirigirse a la opinión, firma el Manifiesto: «Simón Bolívar, Coronel del Ejército y comandante de Puerto Cabello», cinco meses después de haberlo perdido, lo consideraba todavía como un título militar valioso. Todo lo cual prueba que los que rodeaban a Bolívar escribían para justificar la caída de Puerto Cabello y la entrega de Miranda.

randa explicó que «a pesar del entusiasmo con que siempre había deseado y procurado la emancipación de su patria, conocía ser ya imposible el conseguirla ni sostener la guerra sin exponer las provincias a su última ruina, y por consiguiente proponía como único remedio el restablecimiento del antiguo Gobierno, capitulando con el ejército real bajo las condiciones favorables que hacían esperar los principios liberales que regían en la metrópoli» [10].

Éstas son palabras de Heredia, que conoció bien a Casa León; y confirman que lo que entonces indujo a Miranda a capitular fue el espíritu generoso y liberal de la nueva constitución española. «Como este era el deseo general de los vocales, se adoptó unánimemente la propuesta», sigue diciendo Heredia. Pero el caso es que quien iba a recibir la capitulación de Miranda no era el Parlamento de Cádiz que había votado la constitución: era Monteverde. Aquel mismo día Miranda le envió una petición de armisticio; y éste «cuya situación no era menos apurada, se tuvo por dichoso al ver que le ofrecían lo que él apenas podía imaginar». Sin embargo, contestó con cierta tiesura que aceptaba una conferencia, pero no hasta su regreso de San Mateo, y que entretanto cesarían todas las operaciones militares, excepto «la marcha de las tropas a tomar sus posiciones por mar y tierra al frente de Caracas, como está dispuesto». Como no es corriente que un General en Jefe avise al adversario los movimientos de sus tropas, es de suponer que Monteverde intentaba despistar y asustar a Miranda. Miranda no se dejó engañar, y contestó que «queda pues el ejército de la Confederación en aptitud de obrar desde este instante contra sus enemigos». Monteverde se avino a lo que se le pedía, aunque con cierta insolencia, apeándole el tratamiento a Miranda, y limitando el plazo a cuarenta y ocho horas. Ocurría esto el día 15 de julio. Ya se acercaban a Caracas los negros alzados de Curiepe; y Soublette, Secretario de Miranda, escribía a Casas, Comandante del puerto de La Guaira, que se cerciorara de la fidelidad de los capitanes de barcos, y que pusiera grillos a los vecinos sospechosos, los metiera en pontones, y, si necesario fuere, barrenase los pontones mismos [11].

Las proposiciones de Miranda a Monteverde revelaban un hombre muy distinto del que mandaba a La Guaira órdenes de tan fría crueldad. Se referiría la contienda «a los mediadores que ha nombrado la Corte de Inglaterra, conocidos ya enteramente y esperados de un momento a otro; entre tanto perma-

---

10 *Heredia*, pág. 52.
11 *Heredia*, pág. 53; *C.P.*, pág. 469.

necerán ambos ejércitos en pie, cada uno en la misma línea que ahora ocupa; no entrarán tropas algunas para reforzar ni a un ejército ni al otro; habrá comercio y comunicación entre ambos partidos, mirándose desde luego como hermanos y miembros de una asociación política que probablemente formarán». Pero Monteverde opinó que nada de esto correspondía «ni a la naturaleza del asunto ni al estado ventajoso en que una sucesión de triunfos no interrumpidos ha puesto a las armas del Rey en estas provincias»; y concedió a los plenipotenciarios de Miranda dos horas para decidir. Negáronse ellos, pero aun así pidieron a Monteverde su opinión. Aquella misma noche (19 julio 1812) tuvieron una conversación con él; y al día siguiente le ofrecieron la rendición del ejército a la Regencia dentro de las leyes de las Cortes españolas, contra una amnistía general. Monteverde les dio cuarenta y ocho horas para aceptar sus contraproposiciones, negándose a algunas propuestas de detalle como la de respetar el valor del papel moneda de la república. Miranda envió a Casa León para negociar [12].

El acuerdo que León envió a Miranda se reducía a una amnistía sólo para los territorios todavía no ocupados por las armas reales; el papel moneda quedaría sustraído a la circulación hasta que el gobierno, es decir Monteverde, decidiera lo que se haría con él; los habitantes de Venezuela gozarían de los beneficios otorgados por las Cortes. Al remitirle el acuerdo, Casa León escribía a Miranda: «En este estado de las cosas, y atendiendo a las circunstancias, creo debo quedarme para asegurar mi tranquilidad.» Quizá se propusiera el Marqués sugerir a Miranda que se pusiera en salvo; de ser así Miranda no prestó atención al aviso, y dentro de las doce horas perentorias exigidas por Monteverde ratificó el convenio (25 julio 1812). La víspera, quién sabe de qué humor, había celebrado Bolívar sus veintinueve años [13].

La república había perdido. Pero ¿había ganado el Rey? El ganador inmediato era Monteverde. Y para bien remachar el clavo de su victoria se dispuso inmediatamente a confirmar con carácter oficial el puesto que su suerte y su indisciplina le habían conquistado. Miranda había nombrado como delegado para aplicar la capitulación al Secretario de Guerra de la república, Sata y Bussy, el cual a su vez aprovechó la ocasión para pasarse a los realistas. Sata y Monteverde redactaron un documento cuyo primer artículo revela ingenuamente su intención: «El Comisionado del ejército de Caracas pone por condición de

---

12 *C. P.*, págs. 463 y sigs.
13 *C. P.*, pág. 483 en relación con la página 477; pág. 485.

este pacto que la ejecución y cumplimiento de cuanto sea estipulado anteriormente, como la ocupación y posesión del territorio de la provincia de Caracas, debe pertenecer exclusivamente al señor D. Domingo Monteverde, con quien se ha iniciado este convenio; no accediendo los pueblos de Caracas a ninguna variación en esta parte.» Cuando Miyares, de vuelta de Puerto Rico, desembarcó en Puerto Cabello, recibió pues una carta de Monteverde, requiriéndole para que se retirase a Coro en bien del servicio público, puesto que los rebeldes que había él reducido a la obediencia se negaban a obedecer a ningún otro jefe. Siguió así el país dividido en dos: Coro, Maracaibo y Guayana, fieles a Miyares; y la región central, con Caracas y Barinas y Cumaná al este, ocupadas por Monteverde. Cambiaron pabellones y divisas, pero quedó la anarquía [14].

*

Anarquía es lo que Miranda se encontró en Caracas. Los blancos, y sobre todo los españoles europeos se veían arrojados de sus casas y cargados de grillos y cadenas en bóvedas y cárceles sin el menor trámite judicial ni la menor consideración para con sus opiniones políticas, adversas o favorables a la república. El Gobernador que él mismo había nombrado, José Félix Ribas, explicaba que los españoles europeos «son enemigos naturales nuestros», y añadía en carta a Miranda: «No perdone Vd., mi general, estos pícaros españoles que están aquí presos; ellos tienen en sus manos los pocos millones de pesos que hay en el país de numerario y ésta es la llave de oro de Filipo.» Entretanto, poco ganaba la república ni aun materialmente con tanta persecución, porque lo más granado de los bienes de los «reos» lo devoraban los tiburones que la tormenta revolucionaria había traído a la superficie. Miranda destituyó a Ribas, pero nombró a Quero, que iba pronto a hacer bueno a Ribas, y además a ser lo que Ribas no fue jamás: traidor a su causa. Ocurrió este cambio al regresar Miranda de La Victoria (26 julio 1812). Amenazaban a Caracas las tropas de pardos que venían por poniente y los negros de Capaya, que avanzaban por levante. So pretexto de cubrir la ciudad contra los negros, Quero colocó en unas posiciones fuertes hacia Dos Caminos a una columna de españoles que llevaban ocultas banderas realistas «para tremolarlas si fuera preciso». Y no era Quero el único que estaba ya preparándose a cambiar de casaca [15].

---

[14] *C. P.*, pág. 486 y sigs.
[15] *P. P.-H. R.*, t. II, págs. 323, 367.

Sobraban razones, o al menos motivos, para esta situación. Monteverde encarnaba el lado ganancioso; y se trataba al fin y al cabo de una guerra civil, en la que criollos y españoles luchaban juntos en ambos bandos. Además, los vencedores venían ahora con la aureola de los nuevos principios proclamados por las Cortes de Cádiz. Y por último Monteverde había descubierto las virtudes de la democracia, al verse consagrado por la democracia con el poder y la soberanía, desde que, nuevo Cortés, había maniobrado para que lo invistiera de autoridad el pueblo de Caracas, sacudiéndose así la autoridad de su jefe. Miyares, aunque criollo, no hablaba más que de «rebeldes» y de «castigo»; de modo que Monteverde logró fácil apoyo entre los republicanos para obligar a Miyares a permanecer en Coro alegando que las Cortes mandaban que se tratase a los rebeldes con suavidad y moderación; y declarando que debía su cargo a «una proposición que le hicieron los caraqueños». Concluía pues que Venezuela había reingresado en la obediencia «no tan obligada de la fuerza como de la razón» [16].

Con su habitual rapidez, tan en contraste con la indolencia de Miranda, Monteverde se presentó en La Victoria el 28 de julio; y ya entonces escribía Sata y Bussy a Miranda que «contra lo pactado sólo se encontraron quinientos hombres escasos de guarnición, tres cañones clavados, algunas municiones de menos y los almacenes de víveres y efectos de vestuarios saqueados y destruidos absolutamente». Miranda, entre las sospechas y la oposición de muchos de sus oficiales, que no entendían su política y menos el secreto en que la envolvía, se preparaba ya a emigrar. Diez días antes de firmar la capitulación, el 15 de julio, Leleux, su ayudante francés, se había llevado casi todos sus papeles a La Guaira. Él mismo se fue a La Guaira el día siguiente; y el 18, León entregaba al mercader inglés Gage Robertson diez mil pesos de oro a cuenta de Miranda, dándose órdenes además para que se hallasen dispuestos a zarpar el bergantín *Celoso* y tres lanchas cañoneras. Por último, Miranda había puesto especial cuidado en excluir de la capitulación todas las embarcaciones de la república, lo que Monteverde, en la efervescencia de la victoria, a pesar de ser marino de carrera, ni siquiera observó [17].

En Caracas, Miranda sólo se ocupó de poner en salvo su propia persona y la de los oficiales extranjeros que le rodeaban. Informó al Ayuntamiento de la firma de la capitulación, pero no hizo pública la noticia, que tan sólo se propagó por los de-

---

16 *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 370.
17 *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 371; *C. P.*, pág. 491.

sertores que llegaban a la ciudad. El 28 mandó desmovilizar unas cuantas unidades. Soublette envió a Leleux instrucciones minuciosas sobre cómo preparar el equipaje de Miranda y en particular sus libros y mapas, que había que embarcar a bordo del bergantín *Watson,* a punto de zarpar para Curaçao. El resto del ejército republicano llegó a Caracas poco antes que las tropas de Monteverde; y a los oficiales republicanos que se le presentaron para recibir órdenes, Miranda les indicó se fueran a casa a descansar, callándose su propósito de irse a La Guaira, lo que efectuó aquel mismo día (30 julio 1812), a las tres de la tarde. Por un lado entraba Monteverde en Caracas, acuciado por el deseo de salvar a la capital de los negros rebelados, y por el otro salía una multitud de fugitivos hacia La Guaira [18].

*

La corbeta británica *Sapphire,* la misma que en diciembre de 1810 había traído a La Guaira la persona de Bolívar y el equipaje de Miranda, vino esta vez a buscar la persona de Miranda y el equipaje de Bolívar, fondeando en La Guaira el mismo día en que se firmó la capitulación (25 julio 1812). La Marina Británica es siempre puntual. Pero Bolívar intervino y Miranda no llegó a embarcar [19].

Llegó Miranda a La Guaira al caer de la tarde (30 julio 1812), con Soublette y dos criados. Todavía se hallaba la ciudad cubierta de las ruinas del terremoto, entre cuyos escombros inanimados vagaban como almas en pena los escombros humanos de la república de Venezuela. Era un ambiente de sálvese el que pueda. Miranda pudo haberse embarcado aquel mismo día. Ya se había pasado su equipaje del bergantín *Watson* a la corbeta *Sapphire,* y Robertson, con sus 22.000 pesos, estaba ya a bordo. Pero Miranda prefirió pasar la noche en la Casa de la Aduana, residencia del Gobernador Casas que le había brindado hospitalidad. El Comandante de la corbeta *Sapphire,* Capitán Haynes, escribe: «En cuanto conseguí separar la multitud que lo rodeaba, le informé de hallarse a bordo del *Celoso* un oficial mío con tripulación, y que, puesto que ya las cosas estaban bien organizadas, era mejor retirarlos. Me suplicó no lo hiciera, diciéndome que tenía razones para temer que habría ocasión para que yo ejercitara plenamente mis sentimientos humanos; que como no había pensado que llegaría por casualidad un navío de guerra inglés había reservado aquel bergantín como la tabla de salva-

---

[18] Loc. cit.
[19] *P. P.-H. R.,* loc. cit.

ción para los desdichados aventureros que se habían lanzado a la causa de la independencia bajo sus órdenes.» Estas líneas prueban que Miranda era popular y no tenía por qué temer la multitud; y que por otra parte desconfiaba de que Monteverde cumpliera la capitulación. Haynes cenó aquella noche con Casas, Miranda y el Doctor Peña, Gobernador civil de La Guaira; y en el curso de la conversación se propuso que Miranda no se embarcara hasta la mañana siguiente, a lo que él consintió con gran disgusto de Haynes, el cual, temiéndose que algo se urdía contra Miranda, le instó a que pasara la noche a bordo, aunque sin hablar más claro por desconfiar de las personas presentes. Casas había dispuesto para Miranda una habitación que no podía cerrarse con llave. A las tres de la mañana el durmiente se despertó al ruido de voces junto a su lecho. Bolívar y otras dos personas habían penetrado en su cuarto y le mandaban que se vistiera. Dándose rápida cuenta de la situación, se levantó y vistió, y cogiendo una linterna de mano de Soublette, la alzó al rostro de los conspiradores, y exclamó: «Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche.» Así, en la noche oscura y desierta (otra prueba de la popularidad del caído), Bolívar, Casas y Peña le obligaron a ir a pie hasta el castillo de San Carlos, donde lo encerraron en una bóveda. *Al instante, Peña salió para Caracas a dar cuenta a Monteverde.* En el camino se cruzó con un correo de Monteverde a Casas para indicarle que si no cerraba el puerto hasta la llegada de las autoridades reales, él, Monteverde, «consideraría absolutamente nulos los pactos ajustados» [20].

Hasta aquí los hechos. Veamos ahora los documentos. El 19 de agosto de 1812 Monteverde escribía a Hodgson reclamando el dinero que Miranda se había llevado de la Tesorería Real. «Muy afortunadamente —añadía— el Comandante militar Don Manuel María de las Casas, que había sido nombrado por Miranda al mando de la Guaira (pero que ya correspondía conmigo sabiendo que venía a tomar posesión de dicha ciudad desde la villa de La Victoria), tuvo la precaución muy sabia y prudente de pedir dos obligaciones a Mr. Robertson por dicha suma.» De modo que ya el 19 de julio Casas estaba en relación con el campo realista y obraba de acuerdo con sus deseos. El 26 de agosto Monteverde escribía desde Caracas al Gobierno español: «Los que fueron contagiados, pero de algún modo obraron opuestamente a la maligna intención de los facciosos, deben ser perdonados de su extravío y aun tenerse en consideración sus acciones, según la utilidad que haya resultado de ellas al

---

[20] *Miranda-Life,* t. II, pág. 180; *P. P.-H. R.,* t. II, págs. 376, 377.

servicio de S. M. En esta clase se hallan Manuel María de las Casas, Miguel Peña y Simón Bolívar. Casas y Peña eran los que estaban encargados del gobierno de la Guaira; el primero de lo militar y el segundo de lo político, cuando los facciosos de esta Provincia trataron de escaparse por aquel puerto con su dictador Miranda, llevándose consigo los restos del erario de S. M. en los días que inmediatamente precedieron a la entrada de mi ejército en Caracas. En el momento que pisé esta ciudad di las órdenes más perentorias para la detención de aquéllos en la Guaira; pero afortunadamente cuando llegaron, aunque dirigidas con la mayor rapidez, ya Casas con el consejo de Peña y por medio de Bolívar había puesto en prisiones a Miranda y asegurado a todos los colegas que se encontraban allí. Operación en que Casas expuso su vida, que habría perdido si se hubiese eludido su orden, del mismo modo que habrían corrido un riesgo Peña y Bolívar. Casas completó su obra de un modo más satisfactorio. Anteriormente había desobedecido las órdenes del Déspota dadas para poner en un pontón los europeos e isleños de aquel vecindario y echarlos a pique al menor movimiento [más servicios de Casas]. Yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Casas, ni el de Bolívar y Peña, y en su virtud no se han tocado sus personas, dando solamente al segundo sus pasaportes para países extranjeros, pues su influencia y conexiones podrían ser peligrosas en estas circunstancias» [21].

Este documento es definitivo. Casas, Peña y Bolívar entregaron a Miranda en condiciones que Monteverde consideró merecedoras de recompensa. La entrega fue espontánea y anterior a toda gestión de las autoridades españolas. En el caso de Peña y de Casas, la recompensa fue la inmunidad; en el de Bolívar, el pasaporte. ¿Por qué entregó Bolívar a Miranda? Aquí también hay que comenzar por el examen de los documentos de la época, antes de alegar papeles escritos después. Domina el tema un texto de Heredia, que se hallaba en Venezuela y conoció a las personas a que se refiere. Era hombre de honor. Puede equivocarse; es incapaz de mentir. He aquí sus palabras: «Estando en la Guaira cuando bajó Miranda para embarcarse [Bolívar] fue uno de los que tramaron y ejecutaron la prisión de este hombre

---

[21] Monteverde a Hodgson, Caracas, 19 de agosto. Traduzco de la versión inglesa del Archivo Nacional Británico: *P. R. O. W. O.*, 1/112, folio 139. Figuran copias de las obligaciones citadas en el texto, que se hallarán en este mismo legajo: la de 20 de julio, fol. 157; la de 30 de julio, fol. 161. Endosadas por Casas en Caracas al «Comandante en Jefe de las fuerzas de S. M. C. en estas Provincias, por ser propiedad del Rey nuestro Señor, y tomadas del Real Tesoro», 20 de agosto de 1812.
G. F., t. I, pág. 267.

desgraciado, íntimo amigo suyo, y a quien se gloriaba antes de haber persuadido que viniese a Venezuela; acción infame, de cuya negra mancha no podrá jamás lavar su reputación. Por mediación de D. Francisco Iturbe, Tesorero de diezmos, consiguió pasaporte de Monteverde, y salió para Curazao a principios de agosto de 1812, manifestándose convertido de las ideas revolucionarias, y decidido a pasar a servir de voluntario en el ejército inglés de lord Wellington, para volver a la gracia del Gobierno de España. Esta disposición de su ánimo, que sus amigos más íntimos me han asegurado que era sincera, se mudó enteramente luego que supo en Curazao que a pocos días de su salida mandó Monteverde secuestrar sus bienes, con cuyos productos contaba para sostenerse decorosamente en la nueva carrera» [22].

Este documento es también definitivo. *Bolívar entregó a Miranda con el propósito deliberado de congraciarse con el Gobierno español y pasarse al otro campo* —exactamente como Casas, Peña, Juan Toro y docenas de los prohombres del partido republicano de su tiempo—. Heredia sienta el hecho sin la menor reserva. Bolívar salió convertido y resuelto a alistarse, no en el ejército británico, así a secas, sino en el ejército británico de Wellington, es decir el que estaba luchando por la libertad de España. Y añade Heredia que los amigos íntimos de Bolívar le aseguraron ser sincera esta decisión. Queda pues fuera de duda que Bolívar expresó esta su intención en conversación con sus amigos. Encuadra perfectamente esta intención en la trayectoria que ya se dibuja en la correspondencia de Simón Bolívar con su hermano Juan Vicente, más arriba relatada y analizada, sobre la conveniencia de entenderse con España; y volverá a enlazarse también con otro episodio que va a surgir en 1813. Existen además otros dos textos del propio Bolívar que confirman los asertos de Heredia.

En carta que Bolívar escribe a Iturbe desde Curaçao (10 septiembre 1812) figura esta significativa «Adición: Si por allá llegaren algunos chismes contra mi conducta política o contra mis procedimientos, puede Vd. combatirlos con la seguridad de que son falsos. Esta advertencia la hago, no porque me ocurra que pueda suceder, sino porque tengo entendido que aquí hay muchos malquirientes de los hijos de Caracas que desean obtener favor del gobierno con delaciones.» Puesto que Don Francisco Iturbe era un alto funcionario del Gobierno español, y un español europeo, gracias a cuya garantía había salido Bolívar de La Guaira, este texto prueba que Bolívar estaba resuelto a por-

---

22 *Heredia,* pág. 124.

tarse como buen español y temía le delataran ante el Gobierno español los malquirientes en Caracas. Además, el 19 de septiembre escribía otra vez a Iturbe para pedirle se nombrase a otro que Ascanio (que se había ido a las Canarias) para la administración de sus bienes; que alquilase sus casas de la ciudad y tomase otras medidas en relación con sus intereses personales, todo lo cual prueba la confianza en que vivía entonces Bolívar de que a pesar de su pasado político se respetarían sus bienes. Y añade: «Lo que suplico a Vd. con mayor instancia, es la pretensión de que se mande desembargar los bienes de mi hermano que, por su muerte, debo yo heredar, no olvidándose de que estoy pronto a hacer todos los sacrificios posibles, por lograr ponerme en posesión de dichos bienes.» ¿Qué podía sacrificar un Bolívar desterrado al Gobierno español que no fuera su postura e influencia política? [23].

*

Pocos casos habrá en la Historia mejor probados con documentación más auténtica. Tres testigos coetáneos, dos de ellos Monteverde y Bolívar, directamente interesados, y el tercero, Heredia, con acceso personal a los protagonistas, por sus relaciones sociales, y a los documentos, por su situación oficial, han dejado relatos de lo ocurrido que, siendo independientes, armonizan a la perfección. Monteverde dice que Bolívar pidió pasaporte para países extranjeros, y Heredia que Bolívar deseaba alistarse en el ejército de Wellington; Monteverde dice que Bolívar entregó a Miranda espontáneamente y que por ello merece recompensa, y Heredia que lo hizo para que lo recompensaran, a lo que añade Bolívar que si lo delatan ante el Gobierno español por su conducta política, no será verdad. Bolívar escribe que con tal de entrar en posesión de los bienes de su hermano, que considera suyos (dando por sentado que los ya suyos están seguros), está dispuesto a cualquier sacrificio; y Heredia dice que Bolívar mudó de ánimo al enterarse de que le habían secuestrado los bienes. Confirma y resume el episodio el cubano Yanes, que conoció bien a Bolívar en aquellos tiempos: «Bolívar, por la interposición del honrado español don Francisco Iturbe, obtuvo pasaporte de Monteverde, y con algunos pocos compañeros llegó a Curazao, con las miras de ir a Europa a servir en el ejército de Wellington, mas habiendo sabido que sus bienes se habían secuestrado, las violencias y atentados de Monteverde y que si volvía a Caracas sufriría la misma suerte que los demás que

[23] *C. L.*, t. I, pág. 27.

habían abrazado la causa de la independencia, de acuerdo con los otros refugiados en aquella isla determinó trasladarse a Cartagena, en busca de auxilios para libertar a su patria de tan pérfido tirano» [24].

Primero se quiso quitar importancia a la parte de Bolívar en la conspiración, diluyendo su nombre en una masa de otros más oscuros y como reduciéndole a un mero corista. Este intento se estrelló contra el carácter pétreo de Bolívar, que será hombre bueno u hombre malo, pero al que nadie podrá jamás hacer del montón; y además porque el propio Bolívar ha afirmado del modo más perentorio su papel de primer actor en la tragedia. «¿Conoce Vd. a fondo los motivos del arresto del General Miranda? —escribía Bedford H. Wilson, ayudante de Bolívar, a O'Leary (4 marzo 1833)—. Hasta la última hora de su vida se gozó en aquel suceso, que siempre afirmaba haber sido acto exclusivo suyo para castigar la conducta traicionera de Miranda al capitular a fuerzas inferiores e intentar después embarcarse sabiendo que no se respetaría la capitulación.» Bolívar fue pues el principal actor y autor de la entrega de Miranda. Pero ¿era el motivo el que Bolívar, según Wilson, alegaba? Se dan dos razones: que capituló a una fuerza inferior; y que intentaba embarcarse sabiendo que no se respetaría la capitulación. Ni uno ni otro pueden aceptarse. La capitulación, *a ojos del propio Bolívar,* se debió a la pérdida de Puerto Cabello, a su vez, debida, según Bolívar, al propio Bolívar. «¡La patria... se ha perdido en mis manos!» Esto lo escribía Bolívar a Miranda trece días antes de firmarse la capitulación. No hay ni rastro de que Bolívar cambiara de opinión, ni en cuanto a su propia responsabilidad en la pérdida de la patria, ni en su actitud cordial para con Miranda antes de fin de agosto en que lo entregaba a las autoridades españolas. Todas las opiniones de Bolívar que se muestran adversas a Miranda son de fecha posterior [25].

Además, lo que Bolívar dijo a Wilson no concuerda con lo que él mismo escribía. El 4 de marzo de 1833 está fechada la carta de Wilson a O'Leary; pero en agosto de 1821 Bolívar escribía al Congreso de Cúcuta: «Cuando en el año 12 la traición del Comandante de la Guaira, Coronel Manuel María Casas, puso en posesión del General Monteverde aquella plaza, con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude

---

[24] *J. D. D.*, pág. 92, niega en redondo que se secuestraran los bienes de Bolívar. *Yanes*, t. I, pág. 82. El testimonio conjunto de Yanes y Heredia tiene que pesar más que el de J. D. D.

[25] Carta de Wilson a O'Leary: *C. P.*, pág. 516.

evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano [Monteverde], porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar aquel traidor, o vender caramente nuestras vidas.» Pero ¿a quién quería Bolívar castigar: a Casas o a Miranda? Para Bolívar entonces, es decir no al tiempo del hecho sino al tiempo de su explicación, parece que no hay más que traidores por todas partes y que hay que castigar a todo el mundo. Pasa más tiempo, y da explicaciones sobre esta explicación, recibe a Casas a su mesa y hasta en su alcoba, y procura darle satisfacciones públicas. Esto prueba el valor que puede darse a las intenciones de «castigar al traidor» que Bolívar abrigaba en La Guaira. ¿Mentía Bolívar? No es probable. Pero sí que, aun sin darse cuenta, recubría con ilusiones, emociones y ensueños un pasado que le estorbaba [26].

En cuanto al segundo motivo que figura en la carta de Wilson —que Miranda intentaba embarcarse sabiendo que no se respetaría la capitulación— hemos visto ya que Bolívar desde Curaçao da por sentado que quedarían sus bienes intactos a pesar de haberse alzado en armas contra el Rey. Por lo tanto, o Bolívar fundaba esta seguridad en la creencia de que se respetaría la capitulación, en cuyo caso cae por tierra el alegado motivo contra Miranda, o fundaba su optimismo en cuanto a sus bienes en promesas formales hechas por Monteverde como recompensa por la entrega de Miranda. El dilema no tiene escape. Además, había enviado a Curaçao a bordo del *Sapphire* baúles y bagaje, incluso no poca plata. Por lo tanto tenía tanta intención de embarcarse como Miranda. Si se respetaba la capitulación, todos podían embarcarse; y si no, todos tendrían que quedarse. Y si se marchaban todos, ¿por qué los que se iban —como Bolívar— insistían en que se quedara Miranda?

El papel desempeñado por Iturbe merece estudio. He aquí la versión de Briceño Méndez, yerno de Juana Bolívar y Secretario que fue del Libertador: «Apenas había llegado [Bolívar] a Caracas, en marcha para el cuartel general del dictador [Miranda] cuando supo la capitulación que éste había ya concluido con el enemigo, sometiéndole el país, y resuelto a no someterse a él, resolvió emigrar para los países extranjeros. Se hallaba en la Guaira con este objeto, junto con un gran número de jefes y oficiales que habían formado la misma resolución, a ejemplo del Dictador, que tampoco quería aguardar sobre sí los efectos de su capitulación; pero habiendo pretendido embarcarse, se les intimó que nadie, sino Miranda, podía hacerlo. Indignado Bolívar de esta nueva traición, trató con los coroneles Mires y

[26] *C. P.*, págs. 505, 509, 512, 516.

Miguel Carabaño, comandante Tomás Montilla y otros jefes de los más comprometidos sobre el modo de salvarse, y habiendo convenido en que no había otro que el de arrestar al Dictador y castigarle por sus traiciones, se dirigieron al Comandante de armas de la plaza, que lo era el coronel Manuel María de las Casas. Éste accedió al plan, y dio al coronel Bolívar la comisión de que ejecutara el arresto. Bolívar, acompañado de los mismos jefes nombrados, lo verificó y entregó al comandante de la plaza al reo en la noche, y acordaron diferir la ejecución capital, con que pensaban castigarle, para el día siguiente. La ejecución quedó sin efecto, porque parece que el coronel Casas recibió órdenes o avisos de Caracas que le hicieron temer la venganza de los españoles, ya vencedores, y se opuso también a que Bolívar y sus compañeros se embarcasen. En consecuencia todos cayeron en poder del enemigo. No ha faltado quien acuse a Bolívar por la prisión de Miranda, como hecha para congraciarse con los españoles y obtener su propio perdón a costa de la vida de su general; pero lo cierto es que él no tuvo otro objeto que vengar a la patria y vengarse él mismo del mal que se le hacía, deteniéndole en el país para que fuese víctima de los enemigos. Esto lo convence más el resentimiento que conservó por largo tiempo contra el coronel Casas por no haber cumplido lo que se convino y haber dado lugar a que el enemigo se apoderase del Dictador y de sus aprehensores. La prisión de Miranda le valió, sin embargo, su salvación, porque el Señor Francisco Iturbe, que era amigo personal de Bolívar y ejercía una grande influencia con Monteverde, sacó todo el partido posible a favor de aquél, representando el hecho como un servicio singular prestado a la España» [27].

Esta página revela ser verdad precisamente lo que quiere desmentir. ¿Por qué iba a ser el arresto y «castigo» de Miranda el único modo de salvar a los oficiales comprometidos? Todo el relato es un tejido de disparates para ver de pintar de blanco, o al menos de gris, la negra conducta de Bolívar. No existe ni rastro de prueba de que sólo a Miranda se le autorizaba para embarcar. ¿Quién detuvo a Bolívar y cuándo?: Monteverde el 31 de agosto. ¿Por qué iba a vengar Bolívar el 30, ejecutando a Miranda, lo hecho por Monteverde el día 31? Y además, ¿por qué había querido Bolívar «castigar» al traidor Casas? ¿Por haber entregado La Guaira a Monteverde, como él mismo escribe al Congreso de Cúcuta, o por no haber querido fusilar a Miranda como lo escribe en sus memorias su sobrino y secretario íntimo Briceño Méndez? Según el propio Bolívar, por no

[27] Briceño Méndez en *C. P.*, págs. 513, 514.

haber podido castigar a Casas, tuvo que ser él presentado a Monteverde. «Con este discurso me presentó Don Francisco Iturbe al vencedor: "Aquí está el comandante de Puerto Cabello, el señor D. Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya."» Ni una palabra aquí sobre representar a Monteverde el arresto de Miranda como «un servicio singular prestado a la España». Bolívar no dice nada. Según él, Monteverde le dejó marchar porque era amigo de Iturbe. Pero Larrazábal va más lejos. Comienza donde Bolívar lo dejó, y sigue contando: «Monteverde contestó: "Está bien", y volviéndose a su secretario, Don Bernardo Muro, le dijo: "Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar), en recompensa del servicio que ha hecho al Rey con la prisión de Miranda." Hasta entonces Bolívar había estado callado; mas al oír las palabras que dirigía Monteverde al Secretario Muro, repuso con prontitud, que "había preso a Miranda para castigar un traidor a su patria, no para servir al rey". Tal respuesta descompuso el ánimo de Monteverde; pero Iturbe, excediéndose en generosidad, insistió en que se le había ofrecido el pasaporte y que su garantía estaba empeñada, terminando sus buenos oficios por decir jocosamente a Muro, con quien le unía buena y fiel amistad: "Vamos, no haga Vd. caso de este calavera. Déle Vd. el pasaporte y que se vaya."» [28].

En nota al pie de la página, dice Larrazábal: «Tengo escrito este incidente redactado por el propio Iturbe, de quien fui cordial amigo.» Larrazábal miente descaradamente. El escrito a que alude no ha sido hallado, y eso que hubiera constituido la pieza capital para la vida de Bolívar. No hubiera osado Larrazábal dar a luz engendro tal de haber conocido el informe de Monteverde al Gobierno español, publicado por vez primera en 1907 por Gil Fortoul. Obsérvese que Larrazábal comienza presentando Bolívar a Monteverde con una escena en la que atribuye a Iturbe exactamente las mismas palabras que Bolívar le presta en su párrafo al Congreso de Cúcuta; como si Iturbe fuera a recordar sus palabras exactamente como Bolívar. Por otra parte, en contradicción con Briceño Méndez, que afirma haber aprovechado Iturbe el arresto de Miranda presentándolo como un servicio a España, en Larrazábal Iturbe no dice pala-

---

[28] Cf. Opinión de Parra Pérez, donde con razón apunta que puesto que «los oficiales patriotas no se convencieron de la imposibilidad de embarcarse sino el 31 de julio, es decir, muchas horas después de haber prendido a Miranda (...) es menester tomar con cautela la explicación dada».

P. P.-H. R., t. II, pág. 383. Bolívar al Congreso de Cúcuta, en *C. P.*, página 505; *Larrazábal*, t. I, pág. 132.

bra sobre este punto, único en que podía apoyarse para no hacer su intervención una grotesca quijotada. Luego, a pesar de este silencio, es Monteverde el que habla del asunto para hacer mérito a Bolívar de la entrega de Miranda; siendo así que Monteverde era la única persona en aquella escena que no tenía por qué explicarle a nadie los motivos de su concesión o negativa de un pasaporte. Viene después la vehemente protesta de Bolívar afirmando que sólo se propuso castigar a un traidor a la república venezolana... pero castigarlo ¿cómo?... entregándolo a aquellos contra quienes se había alzado. Y finalmente, Monteverde le deja ir cuando acaba de oírle declararse anti-español contumaz, y escribe al Gobierno explicando que ha hecho grandes servicios al Rey. No en vano escribe Juan Vicente González, compatriota de Larrazábal y de Bolívar: «La vida de Bolívar del Señor Felipe Larrazábal es un libro deplorable: ningún candor histórico: alteración maliciosa de los hechos...» [29].

Prueba indirecta de que a Bolívar se le dio el pasaporte por razones que no le gustaba recordar, se hallará en las palabras que dedicó a este asunto en su Manifiesto a las naciones del mundo, firmado en Valencia casi exactamente un año más tarde (20 septiembre 1813): «En medio del tumulto de las prisiones generales cinco o seis personas solamente lograron que Monteverde les diese pasaporte para salir de la Provincia. La estupidez del tirano que en sus decretos no tenía otra regla que la arbitrariedad, o el contentamiento de algún favorito hizo que yo también le obtuviese.» Estas palabras son también una confesión. Falta el agradecimiento a Iturbe, que de haber tenido la intervención que se le suele dar haría de Bolívar un ingrato de la peor y más baja especie. Tanto los documentos que dicen la verdad como los que intentan ocultarla o explicarla falseándola prueban pues que el *30 de julio de 1812 Simón Bolívar abjuró la causa de Venezuela, se decidió a congraciarse con España y entregó a Miranda a las autoridades españolas precisamente con este objeto.* La idea de que se proponía ejecutar a Miranda al día siguiente es una evidente invención ulterior para ocultar la intención de los conjurados, que era entregar a Miranda y no fusilarlo. Bastaría para probarlo el hecho de que no se le fusiló aquella misma noche, pues ¿por qué esperar? Además está el viaje de Peña a Caracas en la misma noche, para informar a Monteverde; y la variedad y vaguedad de las causas aducidas para justificar la indignación de Bolívar con el hombre que ansiaba fusilar... ¿por haber capitulado a Monteverde?... ¿por haber querido embarcarse solo exponiendo a Bolívar a la

---

[29] *J. V. G.*, pág. 208.

muerte?... Resulta, pues, que se comenzó por la necesidad de una ejecución, lo cual necesitaba una indignación; pero al llegar a las causas se dividen las opiniones y unos dicen que Bolívar se indignó por una cosa y otros por otra. Es inútil perder el tiempo en inventar explicaciones de lo que está muy claro. El 30 de julio de 1812 fue el nadir de la vida de Bolívar. Preso en un torbellino de fuerzas diabólicas, cayó al fondo del abismo de la infamia. Pero aquella tormenta se había desencadenado en su alma ya desde los primeros días del mes, al hallarse en Puerto Cabello solo y pequeño ante una responsabilidad militar y política superior a sus fuerzas. La humillación, la duda, la ruina íntima, la abjuración y la infamia eran necesarias para forjar en el fondo de su ser atormentado una fuerza dura, intrépida e invencible que hiciera gravitar todas las tensiones de su alma compleja y guiar sus energías maestras hacia la victoria de la causa que iba a ser suya hasta la muerte: la gloria de Simón Bolívar [30].

---

30 Manifiesto de Bolívar: *P. D. L.*, t. I, pág. 63.

CAPÍTULO XIX

EL PRIMER DESTIERRO

Nada se sabe de Bolívar entre la noche del 30-31 de julio, en que entrega a Miranda a las autoridades españolas, y el 26 de agosto, en que, en compañía de Iturbe, va a ver a Monteverde, de cuyas manos recibe el pasaporte «para países extranjeros». Ocuparía el tiempo en las gestiones que requería su fortuna para su debida administración. Así se desprende de sus cartas a Iturbe. Al día siguiente de su visita a Monteverde se embarcó en La Guaira (27 agosto 1812). De creer a Ducoudray Holstein (y su relato es tan detallado y concreto que no es para descartado a la ligera), Bolívar trató primero de marchar en un barco perteneciente al mercader inglés Míster F. L., a quien Monteverde había escrito una carta de recomendación a su favor. Pero, sigue diciendo Ducoudray, «en cuanto Mr. F. L. abrió la carta de Monteverde y se encontró con que el portador era Bolívar, expresó en términos fuertes su desaprobación de la conducta de aquél para Miranda, y sin permitirle ni una palabra en su descargo, lo mandó se bajara del barco, diciéndole que por nada ni por nadie lo recibiría a bordo. Bolívar intentó en vano justificarse. Se le obligó a dejar el barco y a volver a tierra» [1].

Poco después se hizo a la vela en la goleta española *Jesús, María y José,* con rumbo a Curaçao. Con él iban a bordo su tío político José Félix Ribas, Vicente Tejera, Manuel Díaz Casado y un sobrino de Ribas, Francisco, que viajaba con el mismo pasaporte que su tío, concedido a ambos por Monteverde, de quien eran parientes. (Puesto que José Félix Ribas lo era también de Bolívar, resulta que Bolívar y Monteverde se hallaban unidos

---

[1] Sobre F. L.: *Ducoudray,* t. I, pág. 138.

por lazos de familia.) Se ignora cómo lograron pasaporte Díaz Casado y Tejera; pero como Díaz Casado era, según Salías, su compatriota, «el mayor pícaro que ha producido Venezuela», y se había hecho de oro con bienes confiscados a los españoles residentes en Caracas, es muy posible que sacrificara parte de su fortuna para evadirse con el resto. Tejera, según Juan Vicente González, biógrafo de Ribas, era «pérfido e insidioso». Ambos figuran en la nota que Soublette enviaba a Ribas siendo éste Gobernador de Caracas: «Por varias personas se ha escrito al General [Miranda] que usted tiene a su lado personas que escandalizan la opinión pública, como son Díaz Casado, Sosa, Ramírez, Tejera, etc.» Bolívar se hizo pues a la mar con hombres de mala fama [2].

Mientras Bolívar bogaba hacia la libertad y el destierro, molía Miranda en su celda negros pensamientos y escribía papeles y papeles a la Audiencia de Caracas. Tenso momento aquel en la historia de la secesión de los reinos españoles de ultramar, en que el Precursor y el futuro Libertador se derrumban ambos sobre el campo de batalla de la vida. Pero la caída del Precursor fue la última. Ya para él ha terminado la libertad, y aun de la vida le queda poca; mientras que para el Libertador, fue aquella caída tan sólo una crisis a cuyo fuego se forjará el caudillo de todo un continente. Ambos volvían a la sazón sus pensamientos hacia una reconciliación con España; pero con ánimo muy distinto. Miranda se hallaba al fin de una carrera de desengaños y frustraciones. Había ido cavando bajo las palabras, y aun bajo los hechos, hasta penetrar en la región de los impulsos y del carácter, llegando así a darse cuenta de la unidad esencial de todos los españoles, ya del Nuevo ya del Viejo Mundo. El 8 de mayo de 1813 escribía a la Audiencia explicando que al capitular se había propuesto un acuerdo que «reconciliase a los americanos y europeos para que en lo sucesivo formasen una sociedad, una sola familia y un solo interés, dando Caracas al resto del continente un ejemplo de sus miras políticas y de que prefería una honrosa reconciliación a los azarosos movimientos de una guerra civil y desoladora» [3].

---

[2] Fecha y desterrados a bordo: informe de Cervériz en *Blanco*, documento 686, t. III, pág. 715. Ribas y sobrino, en *J. V. G.*, pág. 47. Sobre Díaz Casado: carta de Salías a Miranda, 27 de mayo de 1812, en *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 247. Confiscaciones desviadas en provecho propio: loc. cit., pág. 232. Carta de Miranda a Ribas por Soublette, 30 de junio de 1812, en *P. P.-H. R.*, vol. II, pág. 315. En cuanto a Sosa, Salías en carta a Miranda lo llama «egoísta y bribón», 27 de mayo de 1812, en *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 247.

[3] Miranda a Audiencia: *Rojas*, pág. 766.

«Yo protesto —sigue diciendo— que jamás creí haber cumplido mis encargos con mayor satisfacción que cuando ratifiqué con mi firma un tratado tan benéfico y análogo al bien general, estipulado con tanta solemnidad y sancionado con todos los requisitos que conoce el derecho de gentes; tratado que iba a formar una época interesante en la Historia venezolana; tratado que Gran Bretaña vería igualmente con placer por las conveniencias que reportaba a su aliada; tratado, en fin, que reportaría a los españoles de Ultramar un asilo seguro y permanente, aun cuando la lucha en que se hallaren empeñados con la Francia terminase de cualquier modo.» Condenaron esta actitud los patriotas en su día, y aun hoy suelen hacerlo los historiadores sudamericanos. Pero Heredia tenía razón al escribir: «La severa imparcialidad de la Historia deberá confesar que la España y la humanidad son deudoras de este beneficio al General Miranda, que teniendo en su mano el impedirlo o dilatarlo, cedió a los impulsos de su razón, para proporcionarlo sin demora, sacrificando las pasiones más halagüeñas que puedan tener los hombres.» Lejos de haberse debido a la decadencia física, a la fatiga, a la cobardía o a cualquier otro defecto de carácter, fue la capitulación fruto de una prudencia todavía capaz de aprender las lecciones que da la vida; si bien de una prudencia que, adulterada por el orgullo, impidió a Miranda abrir su pecho a los más dignos entre los que lo rodeaban [4].

El Miranda que capituló iba muy adelantado a su tiempo. Veía ya una federación de Estados hispánicos unidos en libertad, bajo la constitución de Cádiz. Después de describir los horrores de la persecución de Monteverde escribía a la Audiencia de Caracas: «En medio de este tropel de sucesos harto públicos, se promulga en Caracas la sabia y liberal constitución que las Cortes generales sancionaron el 19 de marzo del año último; monumento tanto más glorioso y honorífico para los dignos representantes que lo dictaron [...]. Creían los venezolanos como que él iba a ser el iris de la paz, el áncora de la libertad, y el primero, pero el más importante que jamás había dado la metrópoli en beneficio del continente americano. Creían los venezolanos que al abrigo y protección de este precioso escudo, todo terminaría; que las prisiones se relajarían, que se restablecería el sosiego y la mutua confianza, y que un nuevo orden de cosas, un sistema tan franco y liberal, aseguraría perfectamente sus vidas y sus propiedades.» Esto escribía Miranda desde las bóve-

---

[4] *Rojas*, pág. 767; *Heredia*, pág. 53, nota.

das de La Guaira en marzo de 1813. Cuando más tarde le visitó en Puerto Rico Level de Goda, todavía le duraba el ensueño [5].

La prisión de Miranda fue una monstruosidad jurídica por parte de Monteverde. A partir del día en que Bolívar y Monteverde comparten la infamia de prenderlo, Miranda pasó de cárcel en cárcel, de las bóvedas de La Guaira a Puerto Rico, y de Puerto Rico a Cádiz hasta su muerte (14 julio 1816). Habida cuenta de la época, no se le trató mal; pero el mero hecho de que no se le dejara en libertad fue en sí un crimen cuya responsabilidad recae sobre Fernando VII; aunque no es seguro que no le corresponda también parte a la Regencia, cuyos poderes duraron bastante para haber salvado a Miranda de las garras del Rey indigno. Alguna vez, cuenta uno de sus compañeros de cárcel, paseándose por un pequeño recinto, se detenía y tomando en la mano una de las cadenas que enlazaban los pilares del patio, exclamaba con amargura: «Cuando pienso que el primer eslabón de esta cadena ha sido forjado por mis propios paisanos...» [6].

*

Mientras Miranda se orientaba hacia una federación fundada en la reconciliación de todos los países hispanos, Bolívar pensaba en congraciarse con las autoridades españolas alistándose en el ejército de Wellington, tan sólo en un acceso pasajero de abatimiento y de derrumbe íntimo, causado por su fracaso en Puerto Cabello. A los pocos meses (15 diciembre 1812) escribirá en su *Memoria a los Ciudadanos de Nueva Granada* estas palabras significativas: «El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez, porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.» A bordo de la goleta española con rumbo a Curaçao, Bolívar se hallaba todavía en el estado de ánimo del soldado bisoño. Lo creía todo perdido porque había sido derrotado una vez; y por eso había intentado alistarse en el ejército de Wellington abandonando la causa de la independencia. No había alcanzado aún la actitud abnegada y objetiva de Miranda, que al volver el rostro a España lo hacía por la paz y el buen sentido, y sin pensar en sí mismo. Bolívar se volvía hacia España pensando en Bolívar, que había fracasado en un

---

[5] *Rojas*, pág. 769. Nuevas Memorias de Level de Goda, citadas por *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 415, nota.

[6] Trato a Miranda: Level de Goda, loc. cit.; *Miranda-Becerra*, último capítulo, t. II, pág. 446, nota.

campo e intentaba lograr fortuna en el otro. Lo que le animaba era su insaciable sed de gloria personal [7].

Los fugitivos tuvieron mala travesía; el 2 de septiembre desembarcaron en Curaçao. «Mala navegación, peor a bordo y detestable recepción —escribe Bolívar a Iturbe—. Digo que mi recepción fue detestable porque todavía no había bien llegado, cuando ya estaba mi equipaje embargado por dos causas muy raras: la primera porque mis efectos y trastos estaban en la misma casa en que estaban los de Miranda; y la segunda porque el *Celozo* contrajo deudas en Puerto Cabello, que ahora he de pagar yo, porque yo era comandante de la plaza cuando las contrajo.» Añade Bolívar que «ésta es la exacta verdad»; aunque el Gobernador Hodgson, tanto en su carta al Ministro de Colonias Bathurst como en otra a Monteverde, afirma que se le embargaron los baúles por haberlos desembarcado clandestinamente. Bolívar concluye diciéndole a Iturbe: «De esto resulta que yo me hallo sin medio alguno para alimentar mi vida, que ya comienzo a ver con demasiado hastío y hasta con horror.» Aunque halló en la Isla amigos que le ofrecieron alguna hospitalidad, supo entonces lo que era la vida dura en el sentido material de la frase; y en una posdata le dice a Iturbe: «Sírvase Vmd. combinar con Juan José Toro el modo de mandarme alguna cosa para poder vivir; pues apenas me queda con qué poder pasar mientras viene la respuesta de esta carta.» Pidió prestados en Curaçao mil pesos pagaderos en Caracas, tragándose la humillación de que el prestamista le exigiera como garantía la firma de Juan Nepomuceno Ribas; y cuando reclamó sus dos baúles de plata y ropa llegados de Caracas a bordo de la corbeta *Sapphire*, puede juzgarse de la actitud para con él por el hecho de que Hodgson, en su informe a Liverpool, dice que el reclamante era «un Don Simón Bolívar» [8].

---

[7] *C. L.*, t. I, pág. 38.

[8] Carta a Iturbe, 10 de septiembre de 1812: *C. L.*, t. I, págs. 27, 28. Posdata, 19 de septiembre de 1812, pág. 30. Carta a Juan Nepomuceno Ribas, 8 de octubre de 1812, págs. 30, 31.

«La plata la reclama un Dn. Simón Bolívar, pero habiendo sido desembarcada de modo clandestino, la embargó el Colector de las Aduanas de su Majestad, y está ahora en proceso; algunos de los baúles que se encontraron vacíos al embarcarse contenían, según se dice, plata perteneciente a las iglesias cuando se desembarcaron; pero no se ha presentado prueba satisfactoria sobre esto.» Hodgson a Bathurst, 27 de septiembre de 1812: *P. R. O. W. O.*, 1/112, fol. 135. «Dos baúles de plata han sido reclamados por don Simón Bolívar como su propiedad privada; están embargados por el colector de las Aduanas de su Majestad por violación de las leyes de hacienda, por haberse desembarcado de modo clandestino.» Hodgson a Monteverde, 25 de septiembre de 1812: loc. cit., fols. 154, 155.

Estos meses que pasó en el destierro han debido serle de gran fruto moral. Hasta entonces había sido Simón de Bolívar el niño mimado de la naturaleza y de la sociedad. Después de su humillación íntima en Puerto Cabello, y de la convicción íntima de su propia infamia para con Miranda, estas otras humillaciones externas y visibles del pobre desdeñado en su destierro de Curaçao harían más penetrante y amargo su examen de conciencia. Hay como un eco de esta lucha en una carta a Iturbe (19 septiembre 1812): «Es verdad que me han quitado inicuamente mi poco dinero y equipaje, pero yo estoy conforme en mi corazón, porque sé que cuando el infortunio persigue por algún tiempo, todo se conspira contra el infeliz. Pero como el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia, y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie más que mi conciencia; ésta se encuentra tranquila, y así no le inquieta cosa alguna.» La conciencia que así hablaba de sí misma de seguro trabajaba duramente para recobrar la paz.

Bolívar no era hombre para seguir así mucho tiempo mano sobre mano. Su decisión de alistarse en el ejército de Wellington para reingresar en la comunidad española no tenía gran arraigo en su alma; era más bien parte de la tormenta y destrozo producidos por su fracaso en el mando. Tarde o temprano tenía que producirse una reacción de su espíritu vigoroso. Pero esta reacción no podía manifestarse libremente; tenía obligado el camino por la necesidad de justificarse ante sí mismo y ante los demás, por haber entregado al enemigo a su jefe Miranda. Este acto, a su activo mientras permanecía resuelto a pasarse al campo español, se le tornaba pasivo grave en cuanto decidía volverse al campo revolucionario; a menos que hiciera lo posible por condenar a Miranda como traidor a la revolución. De este modo la traición de Miranda resultaba para Bolívar una necesidad primordial; y si bien no es probable que llegara a tal conclusión por un proceso lógico consciente, es seguro que la idea surgió en su pensamiento después de una elaboración subconsciente de idéntico importe.

Era menester hallar un campo en que desplegar a vista de todos la traición de Miranda. Había, desde luego, la capitulación; pero el problema de si un jefe debió o no capitular es de los más difíciles de plantear en forma dramática y viva, porque siempre resulta retrospectivo y complejo, susceptible de perderse y deshilacharse en discusiones sin fin sobre la situación exacta en el frente y en el país al momento de capitular. Bolívar consiguió convencerse a sí mismo de que Miranda había obrado

por cobardía, idea extravagante que revela hasta qué punto era imperiosa en él la necesidad de deshonrar a su víctima. Pero era menester otro terreno en que acusarle; y Bolívar lo encontró en la actitud del caído para con los españoles europeos. Es probable que le sugirieran esta idea Ribas y Díaz Casado; Casado porque aspiraba a justificar su propio saqueo de los bienes de los españoles; Ribas, por haber sido el principal instigador, si no el inventor, de la política de persecución a muerte de los españoles [9].

*

Esta política consistió en perseguir a los españoles europeos como tales, sin tener en cuenta su actitud, favorable o adversa, para con la república. Implicaba un cambio de raíz del espíritu de la guerra civil. Hasta entonces la guerra civil había dividido a los blancos con arreglo a sus opiniones políticas, y no al lugar de su nacimiento. Muchos, quizá la mayoría de los criollos, eran realistas; muchos europeos eran republicanos. En su informe a Miranda sobre la pérdida de Puerto Cabello, Bolívar deploraba la muerte del Coronel Jalón, caído luchando a la cabeza de tropas republicanas, de quien decía «vale él solo por un ejército». Jalón era español europeo; y las balas que lo habían muerto eran corianas. La política de Ribas iba en contra de todos estos hechos. El 20 de julio de 1812 Casa León escribía a Miranda sobre la desaforada persecución iniciada por Ribas en Caracas: «De los arrestos no se han eximido ni los europeos más patriotas, ni los que se han batido en defensa de nuestras armas, ni los que por sus conexiones en el país, teniendo sus hijos empleados en el gobierno, y comprometidos altamente en la causa, parece que llevaban el sello de la protección y del aprecio y no de la persecución.» A todo lo cual replicaba Ribas en carta a Miranda: «éstos son enemigos naturales nuestros, esperan el momento para destruirnos. Vea Vd. lo que acaban de hacer en Curiepe aquellos catalanes; y lo que acaba de verse en Puerto Cabello» [10].

Es seguro que este último argumento figuraría con frecuencia en las conversaciones de los desterrados de Curaçao. Miranda había destituido a Ribas del gobierno de Caracas precisamente por su persecución de los españoles; y para Bolívar eran los prisioneros españoles del castillo de San Felipe los traidores que explicaban su fracaso. Además, así como Bolívar tenía que enderezar en su alma y conciencia el entuerto de La

---

9 *C. L.*, t. I, pág. 30.
10 *Rojas*, págs. 390, 391, 420.

Guaira, así Ribas tenía que rehacerse de una humillación recibida a manos de Miranda; porque durante la campaña de Valencia, por haber perdido una posición, Ribas recibió de Miranda la carta siguiente: «28 mayo. Miranda al ciudadano José Félix Ribas.—Oiga Vd. a esos viejos oficiales que están acostumbrados a la guerra, oiga Vd. sus órdenes, oiga su propio honor y su buen juicio. No se deje Vd. sobrecoger de los informes de hombres pusilánimes. Retomen Vds. su puesto, que es una vergüenza lo pasado.» Así escribía Miranda a Ribas el 28 de mayo de 1812; y no es probable que lo hubiera olvidado Ribas en septiembre del mismo año en Curaçao. Así, pues, se unían el hambre con las ganas de comer, y así se explica que Ribas y Bolívar cayeran de acuerdo en que era indispensable una política de persecución de los españoles, y que había que condenar a Miranda por no haberla llevado a cabo [11].

Esta orientación definida contra el español europeo como tal, es pues invento de José Félix Ribas; y recibirá su mayor ímpetu de Bolívar. No es seguro que Bolívar la preconizara ya antes de su fracaso en Puerto Cabello; pero es posible, pues al fin y al cabo, ya había «declarado la guerra a España» en 1810; y era pariente e íntimo amigo de Ribas. Era Bolívar además descendiente de Xedler, aquel español europeo que, en Potosí, había instado a los criollos a que exterminasen a los vizcaínos. A decir verdad, la idea de exterminar a los adversarios, de especial atractivo para casi todos los hombres, había sido popular desde antaño en Venezuela; y ya años antes del alzamiento de Don Francisco León, en los tiempos del padre de Bolívar y del padre de Miranda, los enemigos de la *Compañía Guipuzcoana* habían propuesto a León (en 1735) que comenzara las operaciones asesinando a Francia, uno de los prohombres vizcaínos, a quien sin duda hubieran seguido a la tumba otros más [12].

Había pues en la actitud de Ribas y Bolívar en esta materia cierto elemento de pura guerra civil a la española. Pero también se daba un elemento indio; la voz de los hombres oprimidos y desposeídos en rebelión contra los conquistadores y usurpadores. En su *Relación Histórica* sobre la rebelión de Oruro, cuenta Pedro de Angelis que, cuando las autoridades rebeldes, al cabo de mucha propaganda violenta entre las masas indias, intentaron refrenarlas en su matanza de españoles, los indios les replicaron con furia: «Nos habéis llamado para matar chapetones y ahora queréis que solamente entren en la cárcel. Pues no ha de

---

[11] Miranda a Ribas, 28 de mayo de 1812: *Rojas*, pág. 675. Soublette a Casas: *Rojas*, pág. 697.

[12] *I. B.*, *apud.*

ser así.» Y la matanza prosiguió. También fue de lo más sangriento lo ocurrido en el ciclo de rebeliones llamado de Condorcanqui. Conviene recordar estos precedentes para darse cuenta del significado de los sucesos de Venezuela. Comentando la rivalidad entre blancos y pardos, consecuencia de la intentona contra-revolucionaria de Valencia, escribe Heredia: «Los guerrilleros, que después quisieron formar partido bajo la voz del Rey, excitaron esta rivalidad, llegando a ser proverbio en la boca de los europeos exaltados que los pardos eran fieles, y revolucionarios los blancos criollos, con quienes era necesario acabar.» Las simientes de lo que más tarde se llamó *guerra a muerte* germinaban pues en ambos bandos; y en cuanto al de Bolívar quedó plantada, desde luego en terreno favorable, en los días aciagos de Puerto Cabello, y, cultivada por Ribas, creció hasta alcanzar terribles proporciones durante el destierro de Curaçao [13].

*

Todas las autoridades civiles y militares que vieron de cerca el derrumbe de la primera república concuerdan en que el triunfo de Monteverde se debió a la opinión. Como el país estaba con España, Monteverde, sin talentos militares, venció a los republicanos, que contaban con los recursos económicos y militares de la provincia, sin otras armas que su bravura personal y un cuerpo inicial de doscientos cincuenta hombres. Dándose cuenta de que su situación era irregular, procuró apoyarse en fuerzas partidistas. Era marino y canario; procuró, pues, asentar su poder militar en los marinos, y su poder político y administrativo en los isleños [14].

En abril de 1812, al tomar a San Carlos, se le presentó un isleño, Vicente Gómez. Monteverde, «informado de su lealtad, le nombró su secretario». Este hombre y su hermano Antonio fueron los causantes del mayor de los crímenes e insensateces de Monteverde: la violación del acuerdo de San Mateo. Vicente Gómez había sido patriota y republicano entusiasta. Como muchos isleños, había firmado proclamas y suscrito fuertes sumas para la causa. Muchos isleños habían figurado en la planta mayor de la República; muchos consiguieron reputación de «acendrados patriotas» prestándose a «prender y conducir a los calabozos de La Guaira y Puerto Cabello a los Linares, Portillos,

---

[13] *Heredia*, pág. 30.

[14] Sobre este punto: *R. D. U.*, págs. 158-160, es completo y convincente. Entre estas autoridades, el propio Monteverde, cuando olvida la jactancia.

Rubin y otros; el custodiarlos en las mazmorras y el prestar todo género de servicio para oprimir a los que osaron restablecer el Gobierno español». A pesar de lo cual consiguieron ganarse a Monteverde, quizá por darse cuenta él de que los tenía en sus manos precisamente a causa de su pasado. Bajo su influencia Monteverde dio cargos militares a algunos españoles europeos y oficiales profesionales que habían tomado parte activa en la revolución. Por otra parte, mientras oficiales capaces, como el General Cagigal y muchos otros, seguían ociosos, Monteverde escribía a España quejándose de la escasez de oficiales, y nombraba marinos en los puestos militares y civiles. Así se explica la observación de Heredia, que Monteverde había subido al poder a consecuencia de la inquina que reinaba entre los oficiales de mar y los de tierra [15].

Los dos isleños Antonio y Vicente Gómez y el letrado caraqueño José Manuel Oropesa, perseguidor tenaz de sus paisanos, convencieron a Monteverde de que vivía en un país de conspiradores; «y este hombre inexperto y accesible a todo género de chismes tuvo la imprudencia de creer las imposturas más groseras, en términos de no atreverse a salir a la calle, ni probar más alimento que el que le enviaba una señora, siempre escoltado por el presbítero Rojas, a fin de evitar en el tránsito el envenenamiento que se le hacía temer». En cuanto llegó a Caracas mandó detener a ocho patriotas, cuatro españoles y cuatro americanos (Isnardi, Manuel Ruiz, José Mires, Antonio Barona; y Cortés Madariaga, Juan Pablo Ayala, Roscio y Paz Castillo), a todos los cuales mandó a La Guaira cargados de grillos y cadenas. Alarmóse la ciudad; y por presión de Casa León, a quien había nombrado Intendente, tuvo que publicar una proclama (3 agosto 1812) prometiendo solemnemente cumplir lo pactado, pero con la reserva de que la amnistía general no cubriría los actos posteriores a la capitulación. Aun así, el 13 ó 14 de agosto, a pretexto de un incidente baladí, mandó a todas las autoridades locales detener y remitir a La Guaira o Puerto Cabello a todos los sospechosos; con lo cual entregaba la libertad de cualquier súbdito del Rey en manos de autoridades «españolas», es decir, «monteverdistas», las más de las cuales tenían alguna cuenta que saldar contra los republicanos caídos. Se formaron entonces listas arbitrarias de presos en numerosas ciudades, y en particular en Caracas [16].

---

[15] *R. D. U.*, págs. 93, 94, 99. Sobre los hermanos Gómez también *Heredia, passim.* Sobre los isleños en general: *R. D. U.*, t. II, págs. 4 y sigs.
[16] *R. D. U.*, t. II, pág. 5. Sobre Oropesa: *Restrepo,* t. I, pág. 99.

Violación tan flagrante del acuerdo de La Victoria no podía justificarse. Monteverde arguyó que los patriotas habían sido los primeros en quebrantarla; pero requerido por hombres íntegros como Heredia, Regente de la Audiencia, jamás pudo demostrar cómo. Las mejores autoridades contemporáneas, hombres tan leales a España como los criollos Heredia y Urquinaona, afirman que Miranda, y en lo posible sus amigos republicanos, respetaron sus obligaciones. En cuanto a argüir que era lícito quebrantar una capitulación convenida con rebeldes, Heredia lo rechaza con razón, aduciendo numerosos ejemplos de la Historia de España para probar que los reyes españoles siempre respetaron los tratados concluidos en su nombre con rebeldes. Además, cuando Monteverde mandó a España a los ocho presos, en octubre de aquel año, estaba tan seguro de que no se aceptaría su argumentación en la metrópoli, que excusó su acto alegando que eran culpables de traición cometida después de la capitulación; y la Regencia escribió repetidas veces pidiendo pruebas de ello y haciendo hincapié en que no se pediría cuenta a los presos de actos anteriores a la capitulación [17].

Ello no obstante, puesto que no se puso en libertad a los ocho presos, y habida cuenta del caso todavía más grave de Miranda, la Regencia pecó, por lo menos, de hipocresía; puesto que todos los presos hechos por Monteverde después de La Victoria lo fueron *ultra vires*. A fines de noviembre de 1812 calculaba Heredia en 723 los presos hechos en violación del acuerdo de San Mateo. Esto basta para condenar a Monteverde. Pero conviene también recordar que si bien Monteverde condenó a bóvedas y cárceles a más de setecientas personas no mató a ninguna. Heredia, el crítico más severo de su insensatez, y el mejor informado, escribe sobre este período que «en toda la imprudente persecución por los hechos de la primera época, no se derramó sangre alguna, ni en el año que duró el mando de Don Domingo de Monteverde hubo en todo el distrito más ejecuciones capitales que las de dos o tres reos de la conspiración descubierta en Barinas contra el ejército, cuya causa se juzgó allí mismo a estilo militar, y las de Briceño y un oficial francés aprehendido con él, que también se hicieron en aquel cuartel. En el ejército de Barlovento oí decir que hubo muchos excesos desde las primeras operaciones que dirigía Cerberis y que un oficial de la

---

[17] *Heredia*, pág. 67, nota, donde refuta las pretensiones de Monteverde sobre ruptura de capitulación por la otra parte. En cuanto al pretexto de que Miranda se había llevado fondos públicos, queda destruido por la vindicación de Miranda que hace *R. D. U.*, t. II, pág. 12. Esta actitud de la Regencia condena su indiferencia para con la prisión de Miranda, puesto que se pretendía fundarla sobre el proceso de 1806.

Reina, nombrado Don Antonio Zuazola, tenía la bárbara diversión de cortar las orejas a los prisioneros, por lo cual, habiendo caído en manos de los insurgentes que bloqueaban a Puerto Cabello, lo ahorcaron a la vista de la plaza; pero estos fueron desórdenes de personas particulares, que la autoridad ignoraba, y que los hubiera castigado en caso de saberlo. Jamás le ocurrió a Monteverde que un hombre pudiera ser muerto a sangre fría, sin previa condenación en forma legal, y en cuanto ejecutó durante su gobierno creía sinceramente que obraba en justicia». También observa Heredia que «es muy notable que en aquel clima tan mortífero y en más de seis meses que duró esta reunión de presos, solamente murió uno que ya estaba enfermo cuando lo prendieron». Refiérese a Puerto Cabello, donde por cierto el muerto era un español europeo. «En La Guaira solamente murieron tres o cuatro de más de seiscientos que estuvieron allí presos en diversas épocas y reducidos a la estrechez de sus bóvedas.» Este hecho coloca el episodio en su verdadero lugar y le da las proporciones debidas, desde nuestro punto de vista; pero, en los días de Monteverde, y antes de la llegada de Bolívar, lo que llamaba la atención no era la actitud correcta de Monteverde para con la vida humana, sino su desaforado despotismo para con la libertad y la propiedad de los que su rápida victoria había sometido al rango de súbditos. Este fue el débito político de Monteverde del que Bolívar iba a hacer capital [18].

*

Heredia dice que Bolívar abandonó la idea de servir con Wellington y retornó a su republicanismo al enterarse de que Monteverde le había secuestrado los bienes. Es posible que esta noticia fuera sólo la gota que hace desbordar el vaso. Todavía el 19 de septiembre se declaraba dispuesto a cualquier sacrificio con tal de entrar en posesión de los bienes de su difunto hermano. Parece además que no hubo tal confiscación, y que Monteverde cumplió escrupulosamente el acuerdo tácito o secreto concluido con Bolívar en La Guaira, a pesar de que Bolívar

---

[18] Arguye *J. D. D.* que se justifica la prisión de Miranda y otros por haber negado expresamente Monteverde que se extendiera la capitulación a los territorios ya conquistados, condición que aceptó Miranda. Otros arguyen que a Miranda se le castigó por actos cometidos contra España cuando era todavía oficial español. Todo esto es por demás estrecho y mezquino. El hecho es que los que violaron la capitulación de modo claro fueron Monteverde y sus colegas, que entonces ejercían el mando por España.

Sobre presos: *Heredia*, pág. 65, nota. Sobre Monteverde, págs. 79, 87, 160.

quebrantó su palabra de honor de no volver a mezclarse en asuntos públicos. Su tendencia a continuar la lucha subsistía en el fondo de su ser, aun cuando sinceramente la creyera muerta. Con la cabeza llena de planes de venganza personal y de justificación, rumiando razones sobre el fracaso de la república y forjándose ilusiones sobre su posible renacer, Bolívar desde Curaçao observaba, al oeste, la caída gradual de la popularidad de Monteverde y, al este, los movimientos políticos del país vecino [19].

Nueva Granada había pasado años de caos desde que sus prohombres se habían aventurado por el camino de la independencia —desde luego cubriéndose con la bandera de Fernando VII—. Un opulento aristócrata de Santa Fe, Don Antonio Nariño, había expulsado del poder al Presidente Lozano, y echado al cesto la constitución federal que la flamante república de Nueva Granada se había otorgado en ingenua imitación de los Estados Unidos. Era Nariño tan autoritario y centralista como Bolívar. Pero la Nueva Granada no había llegado a declarar oficialmente su ruptura con España, política de cautela a que venían obligados sus caudillos por temor a la fuerte oposición a la independencia que reinaba en algunas provincias. Pasto, por ejemplo, iniciaba ya su lucha contra la independencia que en los años venideros iba a exasperar a Bolívar; y Cartagena todavía reconocía la Regencia y las Cortes, a las que había nombrado un diputado en el verano de 1811 [20].

Sin embargo, Cartagena estaba en guerra con la provincia vecina de Santa Marta, donde un fuerte grupo de españoles europeos y criollos se había fortificado para defender la causa del Rey. Cartagena y Santa Marta eran ciudades rivales situadas en sendas orillas del Magdalena, y en su lucha civil ambas buscaban expresión de sus sentimientos locales y medio de paralizar el comercio de la ciudad rival en un duelo de apariencia política. De aquí la persistencia de la guerra civil aun después de que Cartagena, pasando de un extremo a otro, se declarase independiente, no sólo de España sino de la Nueva Granada, asumiendo altivamente el título de *Estado de Cartagena*. La Nueva Granada vivía pues entonces días que describe admirablemente Wellington en una conversación con Stanhope tres años después de la muerte de Bolívar, con palabras que aplica a la España europea, pero que convienen por igual a todas las Españas: «Tenga Vd. la seguridad de que el verdadero gobierno de las provincias españolas era el cabildo —gobierno por cierto bas-

---

19 *Heredia*, pág. 124; *J. D. D.*, pág. 92.
20 *Restrepo*, vol. I, caps. III y IV.

tante bueno—; y el poder real que ejercía el Capitán General era lo único que las mantenía juntas. Quítese o debilítese ese poder, y las provincias se separarán, organizándose cada una a su modo» [21].

Acosada por su guerra civil contra Santa Marta, sus problemas constitucionales y sus angustias económicas y financieras, decidió Cartagena confiar sus destinos a un dictador. *Separatismo, dictadura:* lema constante de las sociedades hispánicas. El dictador de Cartagena era un letrado de veinticuatro años, Manuel Rodríguez Torices, que se encargó del poder en la primavera de 1812 organizando la defensa de la república contra los realistas de Santa Marta, a la sazón reforzados desde las Antillas. Era peligrosa la situación, porque los realistas de Santa Marta dominaban estratégicamente las comunicaciones con la parte de Venezuela occidental que seguía realista, y desde la cual iba Monteverde aquel mismo verano a avanzar en triunfo hacia Caracas. Entretanto, también en el resto de Nueva Granada imperaba la guerra civil, entre los centralistas de Nariño, Presidente del «Estado de Cundinamarca» (antigua provincia de Santa Fe) y los federalistas, que habían logrado aunar en un Estado «federal» a unas cuantas provincias. Esta guerra civil terminó, al menos temporalmente, en el convenio de Santa Rosa (30 julio 1812), precisamente el día en que Miranda perdía la libertad en La Guaira. El 11 y 12 Cartagena eligió Presidente al mismo Torices, hasta entonces dictador. Pero, presa de crecientes dificultades, exteriores e interiores, la ciudad, un tiempo ufana y reina del comercio de las Indias conoció entonces por vez primera en tres siglos la pobreza, el papel moneda y el pánico financiero [22].

El espectáculo que contemplaba Bolívar desde Curaçao no podía ser más desconsolador: de Quito a Cumaná la causa de la independencia derrotada por las armas de la Regencia, abandonada por el pueblo, descomponiéndose en anarquía. Animados por los éxitos de Monteverde, e informados del caos que reinaba en Cartagena, los realistas de Santa Marta habían pasado el río para bloquear la ciudad. De haberla asaltado con un millar de hombres es muy posible que la hubieran tomado. Torices envió dos mensajeros al Virrey designado de la Nueva Granada, que residía en Panamá, so pretexto de negociar una transacción; pero los realistas interceptaron una carta en la que los enviados revelaban que su verdadero cometido era ganar tiempo y obtener información. El Virrey los hizo detener, pero los puso

---

[21] Loc. cit., Stanhope, pág. 152.
[22] *Restrepo*, t. I, cap. IV.

en libertad a requerimientos del Almirante Stirling que les había garantizado la seguridad personal durante su viaje. En esta situación angustiosa decidió Bolívar pasar de Curaçao a Cartagena y sumarse a la lucha. En compañía de los dos hermanos venezolanos Miguel y Fernando Carabaño, de su irascible vecino Antonio Nicolás Briceño, de José Félix Ribas, de dos mantuanos, los hermanos Montilla, y del Coronel español al servicio de la república Manuel Cortés Campomanes, desembarcó Bolívar en Cartagena a mediados de octubre de 1812. Los recién llegados hallaron excelente acogida, porque en Cartagena había carestía de oficiales; pero no fue Bolívar el mejor recibido. El mando más importante, el de la columna que se organizaba para recobrar las Sabanas, al poniente de la ciudad, se le confió al español. A Bolívar se le mandó a un puesto oscuro a orillas del Magdalena [23].

*

Bolívar no era humilde. El mando al que se le designó era desde luego inferior a lo que creía tener derecho a esperar. Había acudido a Cartagena en la hora del peligro; pero no estaba dispuesto a renunciar al rango que creía suyo. Antes de ponerse en marcha para su remoto puesto, se dirigió a la opinión, redactando dos documentos que vienen a ser sus dos primeros manifiestos políticos. El primero, fechado el 27 de noviembre de 1812, y dirigido al *Soberano Congreso de la Nueva Granada,* lleva dos firmas: la primera: «Simón Bolívar. Coronel de ejército, y comandante de Puerto Cabello»; la segunda: «Vicente Tejera, Ministro de la Alta Corte de Caracas.» El segundo, fechado en Cartagena de Indias a 15 de diciembre de 1812, lleva por título *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño;* y va firmado sólo por Simón Bolívar. Ambos son notables por la lucidez de la expresión, la felicidad del estilo y la madurez política, y revelan en el autor una inteligencia de primer orden. Bolívar tenía entonces veintinueve años [24].

No es que todas sus ideas fueran exactas y todos sus juicios serenos. Sobre Miranda carece de generosidad y hasta de exactitud, ya que lo acusa de «inaudita cobardía» y de «la bajeza ignominiosa de proponer y concluir una capitulación, que, cubriéndonos de oprobio, nos tornó al yugo de nuestros tiranos».

---

[23] *Restrepo,* t. I, págs. 174, 175; *O'L.,* t. I, pág. 151, dice que Bolívar llegó en noviembre; pero *Restrepo,* t. I, pág. 175, dice que los realistas atacaron a Mompox el 19 de octubre, «cuando apenas habían arribado los venezolanos a Cartagena».

[24] *C. L.,* t. I, págs. 31, 35.

Tampoco es razonable su actitud para con los españoles europeos, puesto que Bolívar había visto luchar y morir a su lado por la independencia de Venezuela a muchos españoles europeos, había obtenido su libertad, o al menos así lo declaraba él, gracias a la intervención de un español europeo, y al desembarcar en Cartagena para continuar la lucha por la independencia venía con un español europeo. En todo esto era juguete de las pasiones de Ribas, y de su propio resentimiento de Comandante derrotado de Puerto Cabello. Pero hay algo más. En estos dos documentos se revela el Bolívar verdadero y auténtico, tal y como era por naturaleza y como lo había forjado la adversidad; hombre resuelto a no dejarse desviar de su realismo político por ninguna abstracción; de su inexorabilidad, por ninguna compasión; intelecto agudo y penetrante, pero hombre de capa y espada, de cuerpo entero [25].

En ambos documentos analiza Bolívar las causas del desastre. Alude al terremoto, que con razón descarta como cosa «de segundo orden», al lado de los «errores políticos cometidos muy culpablemente por el Gobierno». Entre éstos da como el más grave el de no haber atacado a Coro por mar, al dar esta ciudad pruebas de no estar dispuesta a seguir a Caracas. Menciona después la negativa a organizar ejércitos regulares; «una insensata disipación de caudales y rentas públicas en objetos de frivolidad, cuando debieron emplearse en preparativos de guerra, reservándose siempre un fondo para las necesidades del estado; una estúpida indulgencia para con los ingratos y pérfidos españoles[...] y en fin el fanatismo religioso». A sus veintinueve años Bolívar se revela pues, mucho antes de que la experiencia y el poder le despojaran de sus ilusiones, crítico implacable de todo idealismo político. «Los códigos que consultaban nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados» [26].

¿Dónde hallar expresión más nítida del pesimismo político, y cómo es posible atribuir al desencanto de los años la tendencia autoritaria, el desdén al debate y a la discusión, el desprecio del militar hacia el paisano que respiran en la voz de

[25] Loc. cit., pág. 34.
[26] Loc. cit., págs. 33, 36.

Bolívar y viven en su pensamiento desde estos primeros años? Bien es verdad que se dio cuenta de los males de la libertad excesiva desde el principio, y que su crítica del gobierno federal que los doctrinarios de Caracas habían impuesto al país no podía estar mejor fundada. Pero la pluma de Bolívar penetra más hondo que el mero federalismo; va hasta atacar el sufragio, en términos que no dejan lugar a duda sobre lo que pensaba ya sobre congresos y parlamentos: «Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación entre nosotros; porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente y los otros, tan ambiciosos que todo lo convierten en facción» [27].

Este joven que apenas hacía cinco meses, con la cabeza entre las manos, ocultaba la vergüenza del fracaso y se creía indigno de mandar al último soldado, se había rehecho ya bastante para fustigar a la república por haber querido ser republicana. ¿Qué es lo que quería? ¿Qué hubiera hecho él de haber estado en su mano? Es evidente que deseaba un país libre de España; pero gobernado por mano firme y aristocrática, guiada por un alma pura y patriótica, pero despiadada. Nada más inexorable en sus dos manifiestos que su condena de lo que llama el «sistema tolerante». «De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos, y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos, los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país, para tenerlo incesantemente inquieto, y promover cuantas conjuraciones les permitían formar nuestros jueces perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes, que se dirigían contra la salud pública. La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores, que defienden la no residencia de facultad en nadie para privar de la vida a un hombre aun en el caso de haber delinquido éste en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar; porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia criminal, que contribuyó más que nada a derribar la máquina, que todavía no habíamos enteramente concluido!» En estas palabras germina ya la simiente de la guerra a muerte [28].

---

[27] Loc. cit., pág. 41.
[28] Loc. cit., pág. 37.

CAPÍTULO XX

LA GUERRA A MUERTE

Bolívar no rayó quizá nunca más alto que al decidirse a reconquistar su país perdido desde las orillas del Magdalena. No contaba entonces con más fuerzas que su propio ser, militar inexperto y no muy logrado, echado al destierro por el fracaso; y un puñado de compañeros arrojados pero mediocres, como Ribas. El territorio que se proponía tomar por base era el extremo occidental de un país descuartizado por la guerra civil: al oeste, Santa Marta, realista, y apoyada por las provincias vecinas de Venezuela, también realistas, Coro y Maracaibo; a oriente, Cartagena, independiente bajo el joven dictador Torices; al sur, la parte central de Nueva Granada, Cundinamarca, república centralista bajo el dictador Nariño; y en torno a Tunja, un grupo de provincias granadinas unidas en vaga constitución federal bajo la presidencia del Doctor Camilo Torres. Las fuerzas militares de Tunja eran flojas; Cartagena disponía de unos tres mil hombres; Nariño no tenía muchos más [1].

Cuando Bolívar va a encargarse del mando de unos cien hombres a Barrancas, el héroe de las tropas de Cartagena es el aventurero francés Labatut o Labatud, que después de guerrear en Venezuela había ofrecido sus servicios al Estado vecino, al caer Caracas. Con doscientos o trescientos hombres ganó dos o tres batallas que levantaron el ánimo de los abatidos cartageneros. Nombrado General en Jefe al frente de Magdalena, Labatud se dispuso a atacar a Santa Marta; pero entonces el jefe español, perdida la esperanza de socorros, la abandonó por mar; y el aventurero francés, caudillo de la independencia cartagenera, entró en Santa Marta (6 enero 1813), otorgando una

---

[1] *Restrepo*, vol. I, págs. 177 y sigs.

amnistía general mientras se preparaba a explotar la victoria en provecho propio —pues al fin y al cabo la guerra era su negocio [2].

Entretanto el Coronel español Cortés Campomanes al servicio de Cartagena y los hermanos venezolanos Carabaño lograban también sendas victorias tierra adentro; de modo que las tropas realistas en la orilla izquierda del Magdalena iban por doquier de capa caída. En la desembocadura del río Sinú, Miguel Carabaño ganó una victoria sobre la que escribe Restrepo: «Carabaño manifestó aquel día un valor superior a toda prueba, y lo mismo algunos otros oficiales venezolanos, que le acompañaban, que no dieron cuartel a ninguno de los prisioneros; "para aplacar", según dijeron, "los manes de tantas víctimas sacrificadas por los Españoles en odio de la libertad".» Así era la guerra que ya se hacía el 26 de noviembre de 1812 a poniente [3].

Bolívar entretanto tomó a Tenerife, pequeño puerto sobre el río, clave del tráfico hacia el alto Magdalena (23 diciembre 1812); y avanzó luego río arriba hasta Mompox, donde entró el 27 de diciembre en medio del mayor entusiasmo. Labatud se quejó a Cartagena contra estas operaciones de su subordinado en plena ruptura de disciplina; pero ¿quién era «Cartagena» sino un Estado subordinado de Santa Fe en plena indisciplina contra su superior? Las pretensiones de Labatud para que Bolívar compareciese ante un Consejo de Guerra no tuvieron éxito alguno; antes al contrario, en el mismo Mompox, escena de su primera victoria, fue Bolívar declarado Comandante del distrito militar, recibiendo además refuerzos que, aun incluyendo la gente de las quince flecheras armadas que se le dieron, no elevaban su «ejército» a quinientos hombres. En aquellas circunstancias, sin embargo, era ya una fuerza respetable. Sin tardanza, Bolívar siguió río arriba, ocupando Banco, que los realistas habían evacuado, y luego torció siguiendo el río César, y se apoderó por la fuerza de Chiriguaná (1 enero 1813), iniciando así con buenos auspicios el año de su primer triunfo. Con cuatro cañoneras más, dos cañones y algunos fusiles y municiones que capturó, volvió al Magdalena, apoderándose por sorpresa de Talamaleque; y el 8 de enero escribía al Congreso de Tunja con tranquila seguridad: «Bien pronto tomaré posesión de Ocaña. Todas estas operaciones se han ejecutado en el término de quince días.» Tomó en efecto a Ocaña, donde también fue recibido con entusiasmo [4].

---

[2] Loc. cit.

[3] Loc. cit.

[4] *Restrepo*, vol. I, pág. 182, parece indicar que no hubo lucha: «Con algunos cortos auxilios que recibiera intimóle que se rindiese (diciem-

En menos de un mes, Bolívar, Labatud y los Carabaños habían barrido a los realistas de la provincia de Santa Marta, salvo el valle de Dupar. Bolívar en particular se había apoderado de artillería y municiones en cantidades útiles y abierto el Magdalena a un tráfico ya muy necesario, porque comenzaba a sentirse tierra adentro carestía de artículos de primera necesidad. Estas primeras campañas revelan varios hechos de interés; el primero es que los realistas no poseían el país más que a título precario; Cartagena había pasado meses de ansiedad rodeada tan sólo de mil a mil quinientos hombres esparcidos en pequeñas guarniciones a grandes distancias con malas comunicaciones, poca o nula coordinación y mando inexistente. El segundo es que la lealtad de los pueblos era también precaria y cambiante, porque cada cual aspiraba ante todo a vivir en paz con unos o con otros, ya que entre unos y otros apenas si cabía pronunciarse en cuanto a doctrinas y prácticas políticas. Por ejemplo, después de terminada la primera campaña, y cuando Bolívar, con su empuje de siempre, se aprestaba a hacer de sus laureles leña para la campaña siguiente, la que iba a llevarle a su patria, «hubo en las tropas de Mompox —escribe Restrepo— una deserción tan grande, que le obligó a hacer pasar por las armas algunos soldados; acto necesario para mantener la disciplina y subordinación militar, pero que excitó amargas quejas de las autoridades y pueblo de Mompox». Por último, el hecho dominante que estas campañas revelan es la aparición de un jefe de excepcional rapidez y decisión; un hombre que era además capaz de darse cuenta de cualquier situación, y de comprender que la lealtad cambiante de las masas y la actitud vacilante del adversario manejados con mano firme y mente clara, constituían excelentes materiales para la victoria [5].

*

El plan de Bolívar era claro. Para él, Coro había sido a Caracas lo que Caracas pudiera muy bien ser todavía para Sudamérica: la base de la reconquista española. Era pues indispensable apoderarse de Venezuela para salvar a Nueva Granada. La cau-

---

bre 1823), lo que en efecto consiguió después de huir su guarnición.» *R. V. G. B.*, pág. 120, da una versión diferente: «La plaza no quiso rendirse: la atacaron los patriotas con decisión y casi por sorpresa; sus defensores huyeron.» Este autor procura desvirtuar la indisciplina de Bolívar, suponiendo que actuó autorizado por el Gobierno de Cartagena. Olvida que el propio Bolívar la reconoció varias veces. Véase cap. IX. Lecuna en *B. A. N. H. V.*, t. 106, págs. 125 y sigs.

[5] *Restrepo*, vol. I, pág. 184.

sa era una. Bolívar proponía a los granadinos una marcha sobre Maracaibo desde Santa Marta, y sobre Barinas desde Cúcuta, antes de que llegasen de España los refuerzos de que se hablaba. Pero aunque el plan era bueno, la ocasión urgente y Camilo Torres (que regía la federación en Tunja) bien dispuesto, Tunja no contestaba. Bolívar, caudillo extranjero en Nueva Granada, carecía de autorización para adentrarse en su propio país con fuerzas granadinas. Aquí también vino en su auxilio Monteverde, ya Capitán General, que decidió lanzar una ofensiva contra Nueva Granada desde Venezuela. El jefe de su vanguardia, el Coronel Ramón Correa, avanzó sobre Pamplona, que protegía el Coronel Manuel Castillo con fuerzas granadinas. Tanto Castillo como el Gobernador civil de Pamplona escribieron a Bolívar pidiéndole auxilio; pero Bolívar contestó que «para realizar empresa tan deseada de mi corazón, debo aguardar el permiso del Excmo. Señor Presidente del Estado [de Cartagena]: a quien he suplicado ya me conceda la gracia de dejarme ir al encuentro de los tiranos de Venezuela que invaden los Estados Federados, al abrigo de la imprudente y sangrienta guerra civil que los devora»; vigorosa condena del caos interno del país que le pedía auxilio negándole a la vez los medios de aportarlo [6].

Al fin llegó la autorización el 8 de febrero de 1813, y aunque no era todo lo amplia que hubiera deseado, le bastaba por el momento. Al instante, salió de Ocaña con cuatrocientos hombres y fusiles para armar las tropas de Castillo. Pero Castillo, a quien interesaba sobre todo defender a su país, y no alejarse demasiado de la guerra civil local, preconizaba un plan limitado al distrito de Pamplona y sus accesos; mientras que Bolívar, considerando la campaña como mera etapa de su marcha sobre Caracas, y sin hacer caso de su colega, tomó Salazar de las Palmas, donde Castillo quería que se quedara atrincherado, y avanzando hacia San José de Cúcuta expulsó a los españoles de la ciudad y del distrito (28 febrero 1813) [7].

Las tropas de Bolívar saquearon a Cúcuta. Los mercaderes, casi todos catalanes, huyeron dejando hogares y almacenes a merced del invasor. Más tarde apuntaba Bolívar que sus tropas eran «las más inobedientes y desordenadas de Nueva Granada»; y argüía que si no les hubiera dejado apoderarse del botín que tenían a mano, no hubieran ganado nada, puesto que durante las campañas del Magdalena, con ser tan cuantioso el inmenso botín tomado, no se les había repartido ni un maravedí, «por

---

[6] *C. L.*, vol. I, págs. 43, 45; *R. V. G. B.*, pág. 24, citando a O'Leary; *B. A. N. H. V.*, t. 106, para toda la sección.

[7] *R. V. G. B.*, pág. 124; *Restrepo*, vol. I, pág. 199.

defecto de los que quedaron encargados de él». En defensa propia hace valer Bolívar que «las tiendas robadas eran pertenecientes a nuestros enemigos; si algunos patriotas han sufrido perjuicio, yo no lo podía saber, y cuando me los han representado, sin más documento que su dicho, he mandado indemnizarlos». Es pues evidente que Bolívar autorizaba implícitamente el saqueo de los bienes de los que no pensaban como él. Contestando además a los cargos de Manuel Castillo, Bolívar escribía el 7 de mayo de 1813 al Presidente de la Unión: «El coronel Castillo que tanto ha desaprobado esta conducta, ofreció a sus tropas entregar La Grita al saqueo, siempre que fuese necesario tomarla por la fuerza, y yo jamás he pronunciado semejantes palabras a las mías, a pesar de haber debido hacerlo para animarlas, pues venían extremadamente descontentas, desertándose por centenares.» Estas palabras revelan la rivalidad entre los dos caudillos, ambos deseosos de complacer a sus tropas con actitud pretoriana igual a la de Monteverde y más tarde a la de Boves [8].

Su éxito de Cúcuta vigorizó a Bolívar material y moralmente; pues ganó entonces armas, municiones, dinero suficiente para pagar dos meses de atrasos a las tropas y una gratificación extraordinaria a todos los soldados y oficiales; ropa bastante para dar a cada soldado una muda, «por hallarse muchos desnudos, y principalmente los de Cartagena»; pero, por encima de todo, plena justificación de su osadía y hasta de su cuasi-indisciplina, y autoridad moral suficiente para volver a presentar su plan de reconquista a las Provincias Unidas de Nueva Granada. A tal fin envió a Ribas a Santa Fe con instrucciones para firmar cualesquiera tratados que creyera convenientes. A pesar de su juventud (apenas tenía treinta años) Bolívar hablaba ya con la seguridad del estadista maduro. El 21 de marzo de 1813 recibía su nombramiento de Brigadier de la Unión, con toda suerte de expresiones de loa y estímulo. Manuel Castillo, llegado a Cúcuta después de la victoria, se asoció de buen grado a honores y elogios, y, aunque más antiguo, propuso que Bolívar tomase el mando de las fuerzas unidas (unos mil hombres) que se disponían a avanzar. La invasión de Venezuela comenzaba [9].

*

Ello no obstante, la aspiración de Bolívar, apoderarse de Caracas con fuerzas de Nueva Granada, pudo haberse aplazado

[8] Artículo sobre «Cuartel General en Cúcuta», en *Revista Bolivariana*, Bogotá, mayo de 1930, vol. II, núms. 20 y 21, págs. 537 y sigs.

[9] Loc. cit., pág. 553; *Restrepo*, vol. I, págs. 200, 201.

indefinidamente a causa de la inercia de sus amigos y de la intriga de sus enemigos, de no haberle auxiliado la política insensata de Monteverde. Hacia fines de 1812 Monteverde concibió la idea de preparar en Barinas una expedición para reconquistar el reino de Nueva Granada. «Aprestóse ejército —escribe Heredia— cuyas reclutas se hicieron con la mayor violencia, y se mantenían encerrados hasta el momento de marchar, de lo que resultó el desertar la mayor parte, y quedarse vagando en los montes y despoblados por temor del castigo, con abandono de sus familias y ocupaciones.» Con estas fuerzas, iba Monteverde a una conquista azarosa mientras se hallaba ya amenazado en Caracas, que no podía sostener sin refuerzos de España. Además, aunque contaba con jefes militares competentes, se empeñó en confiar el mando de las fuerzas a compañeros marinos como Antonio Tiscar. La conclusión de Heredia es aguda: «Decían que de aquel modo defendían a Venezuela, y al contrario causaron su ruina, pues los gobiernos de aquel país para distraer la invasión auxiliaron los proyectos de Bolívar, que probablemente hubieran despreciado en otras circunstancias» [10].

Esta situación iba a enfrentar a dos hombres cuyo paralelo no carece de interés. Monteverde tenía más educación militar y mejor hoja de servicios de lo que se le suele conceder. Como marino había combatido en Tolón, San Vicente y Trafalgar, donde fue herido y hecho prisionero; en tierra se halló en las batallas de Talavera y de Ocaña, donde también le hirieron. Era tan bravo como Bolívar y tenía mucha más experiencia militar. Ambos eran hombres de empuje, temerarios, ambiciosos e indisciplinados. Pero Bolívar era inteligente y Monteverde no, de modo que Bolívar era hombre de acción dirigida y persistente, mientras que Monteverde era tan sólo juguete de humores y pasiones cambiantes o de las influencias que le rodeaban [11].

Monteverde, bajo la influencia de los dos hermanos Gómez, hacía una política despótica, contraria en todo a la tradición del régimen español. La Audiencia, bajo la dirección de Heredia, luchaba con denuedo por las prerrogativas del poder civil para proteger al ciudadano contra los abusos del Ejecutivo. Pero Monteverde, aunque a veces dándose cuenta de su responsabilidad y dispuesto a la transacción, se dejaba casi siempre arrastrar a persecuciones ilegales y escandalosas, ya por vanidad, ya por miedo, ya por ignorancia de la ley. Los isleños lo manejaban jugando a placer con sus sentimientos y emociones,

---

[10] *Heredia*, págs. 88-90.
[11] Biografía de Monteverde en *Enciclopedia Espasa*.

haciendo de los incidentes más baladíes conspiraciones peligrosas para dar pretexto a secuestros y confiscaciones. Así el 27 de noviembre de 1812, so color de una conjura que no llegó a realizarse, numerosos caraqueños fueron víctimas de los isleños y zambos más groseros; y Cervériz, Gobernador militar de Caracas, se ganó el apodo de Cancerbero. Sembráronse entonces semillas de lágrimas y luto; y Heredia registra que «muchos de los que entonces se gloriaban de haber llevado a Don N. N. a pie y atado a la cola de una mula, perecieron después a manos de Bolívar. No advertían aquellos majaderos que ellos mismos con estas ansias de inútil venganza afilaban los cuchillos que los habían de degollar, pues era imposible que cuatro mil quinientos o cinco mil europeos e isleños que habría en la Provincia pudiesen subyugar a setecientas mil almas a quienes estaban agarrochando como a toros, y estimulando a la venganza por cuantos medios son imaginables de la muerte abajo. Desde entonces quedaron decididas las dos facciones, y encendidos los furores y odios inmortales que han producido, están produciendo y producirán tantos estragos, como que lejos de apaciguarse se han fomentado con los acaecimientos posteriores» [12].

La Audiencia sostuvo su actitud prudente y valerosa contra esta anarquía desde arriba. El 9 de febrero de 1813 escribían los Oidores a la Regencia que los venezolanos, lejos de ser rebeldes, habían demostrado la mayor paciencia. «Se entregaron bajo la fe de una capitulación, y esta capitulación ha sido quebrantada por el mismo que la concedió, y que espontáneamente la confirmó en varias proclamas»; y pintaban un cuadro acabado que constituía clara conclusión de los hechos: «El Tribunal ha procurado acercarse a examinar los motivos que podían asistir al Capitán General para una conducta tan extraordinaria, tan injusta y tan impolítica, y para una conducta que tiene sobresaltados los pueblos, descontentas todas las familias, prófugos y errantes mil individuos que andan vagando de pueblo en pueblo y de monte en monte huyendo de una feroz persecución, exaltado el espíritu de facción de todos los partidos, y ofendido y desautorizado a este Superior Tribunal; y no encuentra verdaderamente otros fundamentos que error y preocupación.» Como consecuencia de esta actitud adversa de la Audiencia, en enero de 1813, Monteverde decidió aplacar los ánimos poniendo en libertad a los presos. Ya se habían hecho los preparativos para las fiestas que iban a celebrar el acontecimiento y hasta se habían escrito las poesías para cantar en la ceremonia; pero

---

[12] *Heredia*, págs. 86, 87.

velaban los isleños; y el 11 de febrero se descubrió y anunció una nueva conjura en proclama oficial, con lo cual los inventores de la patraña consiguieron lo que se proponían, continuar la lucha civil y la represión, pero también lo que no se proponían, dar ánimo y estímulo a los verdaderos conjurados: Bolívar a occidente y Mariño a oriente [13].

*

La región oriental de Venezuela se había sometido espontáneamente a las autoridades reales en cuanto se recibió la noticia de la capitulación. El caudillo de la rebelión había sido un español europeo: el Coronel Villapol. Los emisarios de Monteverde dejaron la provincia a cargo de la misma Junta que había dirigido la rebelión, con el Coronel Vicente Sucre a su frente. Nombróse un nuevo Gobernador, el Coronel Ureña, que pacificó toda la zona sin más fuerzas que un centenar de corianos. Su secreto no era otro que el sentido común y el respeto estricto a la capitulación. Pero esta política desagradó profundamente a la colonia más numerosa de la región, que se componía de catalanes activos, prósperos, pero de visión estrecha y vengativos; comenzaron a llover quejas sobre Monteverde por la lenidad del Gobernador. El 30 de octubre Ureña recibió orden de detener a Villapol y otros implicados en la rebelión y de mandarlos a Caracas. Ureña se negó, alegando que la medida era contraria a la capitulación; y apeló a la Audiencia. Pero cuando la Audiencia llegó a enterarse, ya Monteverde había enviado a Cumaná a Cervériz con instrucciones secretas que de hecho entregaban la libertad y los bienes de los cumaneses a cualquier enemigo que tuvieran en el distrito, y sin la menor intervención del Gobernador. Cervériz había llegado a Venezuela en 1811, de teniente de una compañía de ex presidiarios. Era hombre sin cerebro ni corazón, con instintos de ladrón vulgar, que se apropiaba sin escrúpulo hasta los baúles de sus víctimas [14].

---

[13] *Heredia*, págs. 99, 100, 102.

[14] *Heredia*, págs. 91-94; *Restrepo*, t. II, págs. 100 y sigs. Sobre Cervériz, nota interesante en *R. D. U.*, vol. II, pág. 34: «Arribó tan miserable a Puerto Rico que no tenía ni aun ropa que mudarse. Pasó a la costa firme y fue destinado a la vanguardia de Monteverde que luego le confirió la comandancia de la Guayra. Allí se apoderó de los equipajes de Roscio, Cortés, Ayala y de cuantos entraban en las prisiones. Allí dio tantos azotes a un infeliz negro que del canon pasó a la sepultura. Acreditado con estas proezas se creyó el más apto para la Comisión de Cumaná. Fue enviado contra los insurgentes que desembarcaron en Huiria. Situado en Yaguaraparo, hizo indeleble la memoria de un árbol llamado el

Llegó a Cumaná (15 diciembre 1812), y, dice Urquinaona, «agavillado con los catalanes empezó a la una de la noche la ejecución de las prisiones tumultuarias», anunciándoselas con toda frescura al Gobernador a la mañana siguiente, al pedirle «veinte pares de grillos y buque suficiente para el puerto de La Guayra [...]. El mismo Cervériz en oficio de la misma fecha confiesa que aquellos ejecutores desenfrenados tomaban su voz y la del Gobernador para registrar las casas a su antojo». Ureña protestó contra estas violaciones de la constitución, que, siguiendo las instrucciones recibidas de España, había promulgado el 13 de octubre de 1812 —primera autoridad española en hacerlo en Venezuela—. Los catalanes se enfurecieron todavía más y enfurecieron más a Monteverde, para quien la constitución de Cádiz carecía de atractivos, tanto que no la promulgó hasta el 3 de diciembre. Ureña apeló a la Audiencia, la cual aprobó sus actos (25 enero 1813) informando a Monteverde de su decisión. Pero el Capitán General apoyó a Cervériz contra la ley, y cediendo a los consejos de su letrado, el venezolano Oropesa, entregó Cumaná a un régimen de despotismo y arbitrariedad contrario no sólo a la nueva constitución de Cádiz sino a las garantías tradicionales que las Audiencias del antiguo régimen habían mantenido siempre contra los abusos del Ejecutivo [15].

Las consecuencias no tardaron en manifestarse. Un grupo de desterrados, ya fogosos separatistas, ya tan sólo escépticos en cuanto a las intenciones de las autoridades españolas sobre cumplimiento de la capitulación, se había fugado en el bergantín *Botón de Rosa*, refugiándose en el islote de Chaca-Chacare, adyacente a Trinidad. Nuevas oleadas de fugitivos vinieron a reunírseles huyendo de los desmanes de Cervériz. Este islote iba a ser la base de la primera reinvasión de Venezuela por los patriotas; cuyo caudillo iba a ser, no Bolívar, sino Santiago Mariño. Era Mariño un joven «de origen irlandés y aliado a la familia de Leinster». El marino inglés que registra el hecho lo

---

Totumo, donde amarraba y azotaba a los miserables que se le pasaban huyendo de los insurgentes. Perdida la provincia en agosto de 1813 emigró a Puerto Rico equipado de vajilla de plata, relojes de oro, diez o doce baúles de equipaje, que llamaron la atención de los que poco antes le habían visto llegar de Cádiz desnudo. Se embarcó para España con un negro de su servicio llamado Santiago Sansè. En esta Corte trató de venderlo suponiéndole su esclavo. Este infeliz ocurrió al Rey, y no resultando esclavo de Cervériz, S. M. le dio la libertad, negando a este oficial el grado de teniente coronel y la Comandancia de la Guerra que pretendía, sin admitirle el donativo de 1575 pesos fuertes que hacía de todos los sueldos devengados en América, donde se mantuvo sin cobrar sueldo, ni tener patrimonio, comercio ni granjería conocida.»

[15] *R. D. U.*, vol. II, págs. 35, 36, 50, 53.

tenía en alta estima, y alaba en su libro «la gran capacidad militar e indudable bravura» de su héroe, que pinta «alto y atlético, de rostro abierto, índice perfecto de su espíritu» —en notable contraste con Bolívar, sombrío y taciturno— así como «sus modales elegantes y su vasta instrucción». Mariño tuvo que apoyarse sobre todo en gente extranjera, casi todos negros de habla francesa. Don Matías Farreras, Gobernador de Guayana, había avisado a las autoridades españolas que de Trinidad había salido una expedición armada para Chaca-Chacare [16]. El General Monro, Gobernador de Trinidad, escribía a Bathurst, Ministro de Colonias, el 29 de enero de 1813: «Debo informar a V. S. que acaba de estallar otra revolución en el continente vecino, que aun siendo de origen muy despreciable y confinada a unos cuantos vagabundos, pudiera muy bien, dado el ánimo exasperado en que se hallan todas las clases de criollos de aquel país, extenderse rápidamente y derrocar al Gobierno Real de la Provincia [...]. La primera noticia que tuve de este proyectado movimiento fue un aviso del comandante de La Güiria, diciéndome que creía que se preparava una expedición en el islote de Chacachacaré; en la cual intentaban incorporarse muchos de los pardos alistados en nuestra milicia, con el objeto de atacarle a él y a su gobierno.» Confirmó estos informes la investigación oficial que mandó hacer Monro. Declaró un testigo haber oído que el Señor Valdés y Santiago Mariño ofrecían diez pesos a todo el que fuera a la expedición; y otro, que «Valdés decía que la intención era cortarles la cabeza a todos los españoles europeos de la Costa Firme». Un tercer testigo declaró que «al final de la última revolución recibió una carta de Santiago [Mariño] pidiéndole que le suministrase diez negros para ayudar a otra revolución, a lo que se negó, diciendo a Santiago que por tener ya sesenta y cinco años de edad, no quería nada con revoluciones» [17].

«El día 13 de enero de 1813 —escribe Urquinaona— aparecieron por las costas de Huiría en pelotones desordenados; salieron las tropas de Cumaná con el designio de disolverlos», como Monteverde decía en su oficio del 25 de enero, «por el celo, valor y experiencia del comandante Cervériz»; pero el 3 de febrero el propio Monteverde tenía que informar «que le habían obligado a retirarse con grave peligro de su vida». Mariño entre-

---

[16] Loc. cit., pág. 53; *O. C. N.*, pág. 168.

[17] Loc. cit., pág. 53. Monro a Bathurst, Trinidad, 29 de enero de 1813, «Bideau and the other Frenchmen of colour who at that time held the neighbouring coast...». Woodford a Bathurst, 27 de julio de 1819. *P. R. O. C. O.*, 296/49, nota 332.

P. R. O. C. O., 295/29, documento núm. 8, fols. 7 y sigs.

tanto escribía a Trinidad: «El 13 a las tres de la mañana entramos en Güiria, el 14 en Punta de Piedra, y el 15 en Irapo, con general regocijo.» Pero le faltaban hombres. «Las demás ciudades nos invitan, pero necesitamos cien franceses más y algunas armas, lo único que nos hace falta para hacer independientes a la provincia de Cumaná, Margarita, Barcelona; de modo que nuestras esperanzas las tenemos puestas en ti, en que agotes todos los canales para mandárnoslos, pronto, pronto, pronto.» Esta petición de más «franceses» vuelve a figurar en otras cartas suyas. A pesar de las tiranías de Cervériz, la revolución no era popular. Mariño había escrito al Marqués de Toro desde Güiria (16 enero 1813), «primer año de la restauración de nuestra libertad», instando al aristócrata caraqueño a que viniese en auxilio de la causa. Toro, a la sazón residente en Puerto España, entregó la carta a Monro el mismo día en que llegó a sus manos (27 enero 1813) [18].

La actitud de las autoridades inglesas para con esta invasión de un territorio español por una expedición armada y organizada en territorio británico fue ambigua y cambiante, como dominada por necesidades diversas: las corrientes comerciales, la tendencia general a ir echando a España del Nuevo Mundo, temores locales sobre los efectos posibles de una revolución en territorio español, los altibajos de las guerras de Venezuela, y por último los requisitos del decoro político y del respeto oficial a un país aliado. Monro escribió a Lord Liverpool (16 agosto 1812) que los corsarios dificultaban el tránsito por las aguas plácidas del Golfo Triste, «y por lo tanto van escaseando los doblones». Proponía Monro al Ministro que se neutralizara el Golfo, apoyando su pretensión con una petición de «un cuerpo considerable de mercaderes». El Ayuntamiento de Trinidad informaba al Príncipe Regente (10 septiembre 1812) que «es de temer una secreta conspiración de los esclavos por las peligrosas informaciones que reciben de la inmediata Costa firme española». El sucesor de Liverpool, Bathurst, contestó a Monro (24 octubre 1812) que era menester proteger el comercio y que los éxitos de los realistas habían debido ya surtir efecto en la opinión. El 9 de noviembre vuelve a escribir declarándose dispuesto a hacer gestiones cerca del Gobierno español.

Pero, como a la zaga de los éxitos de Bolívar vinieron sus fracasos, perdió firmeza el Gobierno británico, y Bathurst escribió al nuevo Gobernador de Trinidad, Sir Ralph Woodford (28 septiembre 1813), expresándole su sorpresa de que el ataque a Güiria hubiera podido prepararse en Trinidad «por el enemigo

---

[18] *R. D. U.*, vol. II, pág. 56.

común», e insistiendo en que había que respetar la neutralidad y devolver Güiria a los españoles, explicando a Monteverde que esto se hacía por abrigar el Gobierno británico la convicción de que la expedición había sido cosa de franceses obrando bajo la bandera revolucionaria de Francia. El 16 de octubre de 1813 decía Bathurst: «Confío en que la medida [...] tendrá por efecto probar al partido realista (lo que siento declarar que hasta ahora han podido poner en duda con razón) que el Gobierno de Su Majestad está resuelto a atenerse a la neutralidad que ha profesado siempre.» Pero los sucesos fluían con tal rapidez que apenas si el Gobierno británico podía seguirles el paso; y el 10 de febrero de 1814 Bathurst volvía a escribir al Gobernador de Trinidad aprobando que no hubiera intervenido para devolver Güiria a los españoles en vista del éxito de los insurrectos. La única medida concreta que se adoptó fue la de secuestrar los bienes de Mariño, quien, como vecino de Trinidad, resultaba ser súbdito británico [19].

Este perfil de la actitud británica se ha anticipado naturalmente a los acontecimientos. Mariño tuvo la suerte de habérselas con un enemigo que le auxiliaba mejor con su insensatez que los amigos con su impericia. Al enterarse de que los insurrectos habían tomado a Maturín, Cervériz envió contra ellos a un oficial, Don Antonio Zuazola, que iba a hacer bueno a su jefe. «Desde su salida de Cumaná —escribe Urquinaona— empezó a quemar las casas y los graneros de los habitadores pacíficos, a mutilarlos y asesinarlos, hasta que la desesperación los reunió en Maturín, donde sin diferencia de edad ni de sexo se encerraron haciendo el juramento saguntino.» Así iban creando aquellos jefes monteverdistas en el pueblo de Venezuela el espíritu de resistencia y de independencia que los caudillos separatistas no habían logrado despertar. Cervériz había prometido a sus soldados un peso fuerte por cada oreja de insurrecto que le trajeran. En la investigación judicial que se hizo en 1813 sobre esta campaña declaró un testigo «que sacaron a muchos que estaban escondidos en las haciendas y luego los mutilaron y mataron»; otro, «que él mismo se ocupó en sacar a los escondidos, que fueron degollados, y que habiendo encontrado un herido dieron parte a Zuazola, y lo mandó matar allí mismo»; y otro, que «en los montes y en el cantón de la plaza se mataba a los rendidos, que hallaron un herido en un rancho y allí lo asesinaron, y que en Cumaná no les habían pagado el peso ofrecido sin embargo de las muchas orejas que habían en-

[19] Monro a Liverpool: *P. R. O. C. O.*, 295/28, docs. núms. 4, 5, 13. *C. O.*, 296/5, fols. 30, 100, 107.

viado». Los catalanes ostentaban estas orejas como escarapelas en el sombrero [20].

Estos crueles españoles hallaban aliados entre los mismos venezolanos. Monteverde tenía por consejero contra la sabia y prudente Audiencia española al letrado caraqueño Oropesa. Cumaná fue víctima de un jefe político cumanés. El Alcalde de Cumaná escribía al Gobernador: «El Gefe político amañándose a sus ideas prosigue a cara descubierta el espíritu de discordia que los anima [a los catalanes] para formar partido y ganarse la voluntad de los que contempla como los principales apoyos de su naciente fortuna, teniendo como los principales elementos de su administración la arbitrariedad y el terrorismo [...]. Los pueblos están casi desiertos porque todos los vecinos están en el campo de honor prontos a derramar su sangre por sostener los derechos de la monarquía española [...]. ¿Y cuál es la recompensa? En V. S. encuentran la confianza que los anima a la pelea, pero en el Gefe político con los catalanes, la depresión, el desaire, las amenazas, las calumnias, la desconfianza, los insultos, al paso que metidos en sus tiendas, pulquerías, bodegas y negocíaciones, no hemos visto que se alisten para marchar contra los insurgentes de Huiria y Maturin.» Análogas opiniones manifiesta a la Regencia el Gobernador militar a quien el Alcalde se dirigía: «Setecientos y más hombres tiene el ejército contra los insurgentes del Este. Pasan de ochocientos los del Sur, guarnecidos los demás puntos militares. Todas estas fuerzas son Cumanesas, sin auxilio siquiera de cien hombres europeos. ¿Y querrá el corto número de 150 catalanes que componen el cuerpo de Fernando 7.° sin más fatiga que cubrir los puntos de la plaza, durmiendo en sus casas a vista de sus intereses, desmentir y arrollar con sus resentimientos la lealtad de los que abandonan sus bienes y familia para esponer su vida en el ejército?» [21].

Tales eran los métodos con que Monteverde precipitaba la pérdida de la provincia y el triunfo de los patriotas. Ya Mariño no necesitaba auxilio extranjero; los perseguidos y sedientos de venganza engrosaban sus tropas día a día. Maturín fue su primer triunfo. «Era un pueblo de las misiones del Guarapiche —escribe Heredia—, fuerte por su situación en la confluencia de varios ríos y caños, y que los insurgentes habían fortificado con algunas obras y artillería. Monteverde creyendo que todo le había de salir tan bien como en su primera entrada cuando nadie quería pelear, cometió el error de presentarse a tomarlo

---

[20] *R. D. U.*, vol. II, págs. 54, 55.
[21] Loc. cit., págs. 11, 76.

a pecho descubierto, con muy poca tropa, y sin esperar el refuerzo que le venía de Calabozo, y sufrió la derrota más completa que puede imaginarse.» El mismo Monteverde decía en su oficio del 26 de mayo: «Quedó derrotado todo mi ejército por la superioridad de la caballería a pesar del bizarro valor que manifestaron todas mis tropas, habiendo yo salvado por una casualidad pocas veces vista.» Perdió quince oficiales y casi toda la poca tropa europea que había en Venezuela; y a él le salvó la vida el zambo Palomo, su ordenanza, «porque los insurgentes no tiraban contra los hombres de color». Su siniestro consejero, el médico isleño Antonio Gómez, huyó a Trinidad y no volvió a regresar al país a cuya ruina tanto había contribuido [22].

*

Éste era el cuadro a oriente que aguijoneaba a Bolívar para invadir el país por occidente. Pero entre abril y mayo (1813) trabaron su voluntad frecuentes disensiones con Castillo. Los detalles de este duelo son de escaso interés, ya que la causa mayor de sus desacuerdos era personal por ambas partes: susceptibilidad y envidia por parte de Castillo, incapacidad de cooperar como no fuera de arriba abajo y sin discusión por parte de Bolívar. Ávido de avanzar, Bolívar mandó a Castillo contra Correa a principios de abril; pero Castillo dio largas, y luego, ya de camino, pasada la frontera, reunió un Consejo de Guerra en Táriba, ausente su superior, que era Bolívar, e informó directamente al Congreso de Nueva Granada «ser muy peligroso atacar a Venezuela llevando tan pocas fuerzas, y que éstas serían sin duda sacrificadas si se avanzaban más allá de Mérida bajo el mando de Bolívar, cuyas empresas eran temerarias y sin orden alguno». A la postre dimitió Castillo, observando con no poco disgusto que el Congreso le aceptaba la dimisión mientras Bolívar recibía el 7 de mayo la orden de avanzar hasta Mérida y Trujillo; con obligación de jurar fidelidad al Gobierno de Nueva Granada y de restaurar en Venezuela las autoridades destituidas por Monteverde. El Congreso nombraría un comité de tres personas para que tomara las medidas necesarias en los territorios liberados [23].

Monteverde no tenía idea clara del modo mejor de utilizar sus tropas en Venezuela. Ni él ni nadie. La estrategia peculiar que requerían las circunstancias geopolíticas del país no había nacido todavía y vino precisamente a formarse durante aquellas

---

[22] *Heredia*, pág. 130.
[23] *Restrepo*, vol. II, págs. 129, 202.

guerras civiles. Monteverde poseía una buena frontera: los Andes; una buena base: la rica provincia de Caracas; pero poca gente y malas comunicaciones. El Coronel Correa con setecientos hombres dominaba el acceso principal hacia Venezuela en La Grita, es decir los pasos hacia Maracaibo y su laguna y hacia el río Apure desde el valle del Magdalena. Más al norte, el Capitán Cañas cerraba el camino de Trujillo con quinientos hombres. El Capitán Oberto, con mil, se hallaba atrincherado en las tierras altas de Barquisimeto, con el puerto de La Vela de Coro a retaguardia. Estas posiciones venían a constituir una línea de vanguardia tras de la cual Tíscar, con quinientos hombres, en Barinas, Izquierdo, con mil doscientos, en San Carlos, y Yáñez, con novecientos, en Guasdualito, sobre el Apure, formaban una segunda línea. Por último, en Caracas, Monteverde mantenía una reserva de setecientos hombres [24].

Bolívar estaba resuelto a romper por todas estas fuerzas hacia Caracas con seiscientos cincuenta hombres. ¿Cuál era su secreto? Rapidez y terror. Primero, rapidez. El 7 de mayo escribió al Ejecutivo de la Unión. El plan era claro: Mérida y Trujillo primero; y después, Caracas. Bolívar confía en «llegar a presentarnos delante de Caracas con sólo las municiones que llevamos, obrando rápidamente y procurando dar una acción general que nos abra las puertas de aquella capital, que abrazará inmediatamente nuestra causa si el ejército de Monteverde es una sola vez derrotado». Pero estima que dar tiempo al enemigo para reorganizarse era malgastar municiones en vano. Pide libertad de acción y solicita que no se le impida avanzar allende Mérida y Trujillo; traba que desea soltar con tanta vehemencia que ofrece en cambio someterse a consultar todas las operaciones con un comité de dos o tres oficiales a tal fin designados. En todo el documento se observa la claridad de su mente y la tensión de su voluntad. Asombrosa es la seguridad con la que escribe: «La contestación de este oficio la recibiré en Trujillo» [25].

Al lado de la rapidez, el terror. En el mes de marzo de 1813, cuando todavía se hallaban en buena relación Bolívar y Castillo, se les presentó el ex vecino de Bolívar Doctor Antonio Nicolás Briceño, con un siniestro documento que había publicado en Cartagena el 16 de enero. Era el famoso *Proyecto de Guerra a Muerte.* Este documento, redactado por Briceño y firmado casi sólo por aventureros «franceses», es mucho más mercenario que sanguinario. De los quince artículos que contiene, seis se pro-

---

[24] *R. V. G. B.*, pág. 141; *Restrepo,* loc. cit.
[25] *R. V. G. B.*, págs. 135, 148; *Restrepo,* loc. cit.

ponen exprimir todo el dinero posible de los bienes de los españoles en provecho personal de los oficiales y soldados de la expedición; y tal es la prisa que se dan estos libertadores para libertarse a sí mismos de la pobreza que el artículo 6 estipula que «a fin de cumplir exactamente estas condiciones, se repartirán aquellos bienes en cada ciudad donde entraren las tropas republicanas, sin esperar a hacerlo después, sino cuando lo impida la necesidad de salir pronto a perseguir al enemigo». Tal era el espíritu que dominaba las proposiciones de Briceño, la segunda de las cuales dice: «Como esta guerra se dirige en su primer y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van inclusos los isleños, quedan, por consiguiente, excluidos de ser admitidos en la expedición, por patriotas y buenos que parezcan, puesto que no debe quedar ni uno solo vivo.» El artículo 9 dice: «Se considera ser un mérito suficiente para ser premiado y obtener grados en el ejército, el presentar un número de cabezas de españoles europeos, inclusos los isleños; y así el soldado que presentare veinte cabezas de dichos españoles será ascendido a alférez, vivo y efectivo; el que presentare treinta, a teniente; el que cincuenta, a capitán, etc.» Este papel va endosado con un párrafo escrito en francés, y firmado por ocho compañeros de armas de Briceño, dos de ellos venezolanos y los demás «franceses» [26].

Ni Bolívar ni Castillo rechazaron de plano las proposiciones de Briceño. Al contrario, adoptaron, aunque con ciertas enmiendas, todo menos el artículo 2. «Como jefes primero y segundo de las fuerzas de la Unión, y también de las de Venezuela que se hallan unidas a aquéllas, aprobamos las precedentes disposiciones, exceptuando únicamente el artículo segundo, en cuanto se dirige a matar a todos los españoles

---

[26] *J. V. G.*, pág. 52. Texto plan Briceño, *J. D. D.* o también *O'L.*, tomo I, pág. 162.

«Ha habido algunos desórdenes de poca importancia en Costa Firme entre los españoles, que si no se refrenan darán pie a grandes sucesos es seguro que hay un partido francés, y que constantemente *están enviando allá franceses como marineros*, y así es como se meten en el país. *Nuestros ministros debieran andarse con mucho ojo pues de lo contrario quizá tengan que arrepentirse.* Es un escándalo ver cuántos franceses hay aquí a ciencia y paciencia del Secretario. Si no fuera ciudad de guarnición, sería peligroso.» Extracto comunicado desde Curaçao a Lord Liverpool el 17 de enero de 1810 por R. B., con referencia al 6 de noviembre de 1809. *P. R. O. W. O.*, 1/106, fol. 602, verso. Probablemente se refiere a «franceses» negros. En cuanto a los europeos, *Mier*, pág. 236, aporta una curiosa observación: «Dormimos en Añoa, primer lugar de Francia; esto es, de los Vascos, o Vizcaínos franceses, porque Vizcaya es parte de España y parte de Francia, y de una y otra vienen a América como españoles, así como de la Cataluña francesa y española.»

europeos; pues *por ahora*, sólo se hará con aquellos que se encuentren con las armas en la mano, y los demás que parezcan inocentes seguirán con el ejército para vigilar sus operaciones; mientras que el Congreso General de la Nueva Granada, a quien se remitirán estos documentos, aprueba o no la guerra a muerte a los nominados españoles, quedando, por consiguiente, el artículo noveno sujeto a la misma disposición.» Bolívar y Castillo aceptaron pues la idea general de Briceño: el exterminio de los españoles europeos, pero limitándola por el momento a los hallados con las armas en la mano. Aun así la medida constituía grave violación de las leyes de la guerra y del derecho de gentes, que rebajaba a los dos jefes al nivel de los infames Cervériz y Zuazola [27].

Se ha vertido sobre este asunto tanta tinta caliente que es indispensable examinarlo de nuevo y con serenidad. Suele perderse mucho tiempo y mal humor en argumentos sobre quién dio primero. La discusión es inútil, ya que en realidad no hay dos partidos distintos, sino dos lados opuestos de un mismo pueblo. Españoles unos y otros en guerra civil, unos y otros hacen lo mismo. Ya observamos a su tiempo el tema de «muerte al enemigo» siempre que recurría en nuestro relato. Xedler, pues por alguno hay que empezar, dando como instrucciones a los criollos de Potosí que exterminasen a los vizcaínos; Don Francisco de León definiendo su tarea «la total destrucción de la Real Compañía Guipuzcoana, y la expulsión de los vascongados hasta que no quede en la provincia ni una sola persona de esta raza»; Condorcanqui, alegando haber recibido de Carlos III «su comisión amplia para la total ruina y último exterminio de corregidores, alcabalas, chapetones [...], con particular prevención de que en caso de formarse alguna oposición por los corregidores auxiliándose de los vecinos criollos [...] se ahorquen, degüellen y destruyan a todos ellos» y no quedó en palabras, porque los rebeldes se revolcaron literalmente en sangre blanca; Matos, íntimo de Bolívar, preconizando en 1808 el exterminio de los españoles europeos; los extremistas europeos de Valencia, que, según cuenta Heredia, afirman ser menester el exterminio de los criollos blancos por revolucionarios; José Félix Ribas en 1810 induciendo a los negros a la rebeldía «para exterminar toda esta casta europea y apoderarse del mando absoluto»; todo esto ocurría mucho antes de que Cervériz y Zuazola cometiesen las atrocidades que infaman sus nombres. Pero pudo igualmente haber acontecido después. La tendencia al exterminio de los adversarios era ya lo menos bisecular en

27 *J. V. G.*, pág. 53.

las Indias, puesto que la había expresado con toda claridad un antepasado de Bolívar: Xedler [28].

Pero ¿y Bolívar? La tendencia vivía en él tan fuerte y vigorosa como en cualquier otro hombre de su sangre, de su abolengo y de su actitud política. El mestizo en él tenía que sentir las complejas emociones, ya descritas, que solían manifestarse en odio al español. Pero el español en él bastaba para alzar guerra contra sus hermanos de sangre sin necesidad del indio. Casi al mismo tiempo en que Bolívar adoptaba las proposiciones de Briceño, Espoz y Mina, héroe navarro de las guerras contra Napoleón, publicaba su solemne *Declaración* compuesta de veintitrés artículos, el primeros de los cuales decía: «En Navarra se declara guerra a muerte y sin cuartel, sin distinción de soldados ni gefes, incluso el Emperador de los Franceses.» Y cuenta Espoz y Mina: «Este género de guerra lo egecuté durante algún tiempo; teniendo siempre en el Valle de Roncal un cuantioso repuesto de prisioneros: si el enemigo ahorcaba o fusilaba un oficial mío, yo hacía lo mismo con cuatro suyos; si él un soldado, yo veinte.» Todo lo cual prueba que la tendencia a la guerra de exterminio en Bolívar era en él espontánea y natural; amén de cultivada y excitada por Ribas durante sus campañas y en Curaçao, llegando a ser una obsesión a partir de la amarga humillación de Puerto Cabello. Por ser natural, esta tendencia no conocía ni causa ni argumento. Bolívar tenía que racionalizarla y darle curso atribuyéndole alguna causa: ya represalias, ya política. Pero el biógrafo y el psicólogo no tienen derecho a dejarse descarriar, hasta creerse que si Bolívar mataba a cien españoles en agosto sólo era porque Monteverde o Cervériz o Zuazola o Boves habían matado a cien criollos en julio. Tales opiniones hacen de la Historia una puerilidad, y privan a unos de sus grandes hombres de buena parte de su grandeza, que es su sentido trágico. El hecho es que Bolívar halló las proposiciones de Briceño muy de su agrado. ¿Muerte a los españoles? —¡Admirable! [29].

Pero Bolívar no era ni un Zuazola ni un Boves. Era una inteligencia. Se dio cuenta de que era menester atemperar el proyecto de Briceño hasta que estuviera en su tierra y fuera dueño de sus actos. De aquí el «por ahora». Se dio también cuenta de que ofrecer ascensos militares al mejor postor en cabezas de españoles era tan insensato como odioso; y compren-

---

[28] Sobre Condorcanqui: *I. B.*, cap. XXXIV; *Heredia*, pág. 30; *P. P.-H. R.*, t. II, pág. 276; *O'L.*, t. I, pág. 190.

[29] *Breve extracto de la Vida del General Mina. Publicado por él mismo*, Londres, 1825, pág. 27.

dió que, una vez purgado de sus crudezas, el proyecto serviría para acelerar la campaña llevando el terror al campo español. Así lo revela Urdaneta con toda claridad: «De aquí se deducen dos consecuencias necesarias: que los españoles, sabiendo que encontraban una muerte cierta se acobardarían, como sucedió, y que los criollos engrosarían las filas de Bolívar, como era necesario. Los resultados de la ocupación de Caracas justificaron la medida exuberantemente.» El propio Bolívar lo declara así en carta a Santander (1 noviembre 1819): «Recuerde usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte.» Tal era la finalidad que Bolívar se proponía conscientemente con la guerra a muerte. Y por eso la limitó a los españoles hallados con las armas en la mano. De esta manera satisfacía a la vez sus dos pasiones: el terror servía a la rapidez[30].

*

En camino hacia las posiciones que Correa ocupaba en La Grita, Castillo se enteró de que Briceño, técnicamente subordinado suyo, había lanzado una proclama declarando la guerra a muerte a los españoles y ofreciendo la libertad a todos los esclavos que asesinaran a sus dueños, de ser éstos españoles europeos. «Su objeto era, según decía, aterrarlos a fin de que abandonaran el territorio de Venezuela.» A tal fin degolló a los únicos dos españoles que halló en San Cristóbal, «ancianos pacíficos, que se habían merecido el amor de los vecinos de San Cristóbal, en ochenta años de una vida laboriosa y benéfica», escribe Juan Vicente González. Uno de ellos lo había alojado en su propia casa. Briceño remitió las dos cabezas a Bolívar y a Castillo con sendas cartas cuya primera línea iba escrita con sangre de sus víctimas. Castillo contestó aquella misma noche (9 abril 1813) protestando con indignación e insistiendo en que no se castigara a ningún reo sin «todos los trámites que la ley, la justicia, la razón y la misma religión cristiana prescriben». Añadía que juraba «por lo más sagrado que encierra el cielo y la tierra, que a la menor noticia que tenga de haberse cometido un exceso igual, marcho en retirada, abandonando la suerte de Venezuela para informar a la Nueva Granada entera de las aflicciones y excesos con que se agobia a la humanidad y los pueblos que se trata de libertar».

---

30 *C. L.*, t. II, pág. 113.

La protesta de Bolívar fue muy otra. Reprochó a Briceño el no haber respetado las formas de la ley y el haber obrado sin autoridad de sus superiores. No protestó de la crueldad. Briceño vociferaba y hacía descaradamente lo que Bolívar sentía en secreto y se abstenía de hacer por darse más cuenta de las cosas y tener mayor sentido de su responsabilidad. He aquí sus palabras: «En lo adelante de ningún modo podrá pasar por las armas, ni ejecutar otra sentencia grave contra ningún individuo sin pasarme antes el proceso, que ha de formársele para su sentencia con arreglo a las leyes y órdenes del Gobierno de la Unión de quien depende el ejército, a que está incorporado. Quedo entendido del bando de que Vd. me habla, el que me remitirá igualmente antes de su publicación, por ser estos actos privativos de mis facultades. Y si cada comandante ha de arrogarse las prerrogativas del general, aseguro que dentro de poco estará el ejército en plena anarquía.» A juzgar por una respuesta posterior de Briceño, es posible, sin embargo, que Bolívar haya protestado también más tarde del carácter violento y sanguinario del acto. Pero siempre consta que su primera reacción fue disciplinaria más que humana [31].

La razón es clara: Bolívar contaba con el terror para multiplicar la rapidez de su avance —amén de que, por temperamento, era hombre duro e insensible—. Castillo tomó La Grita sin dificultad (13 mayo 1813) porque ya Correa se retiraba hacia Mérida, donde esperaba establecer una posición bastante sólida en línea con sus colegas de Trujillo y Barinas. Fue entonces cuando Castillo celebró en ausencia de Bolívar aquel Consejo de Guerra para protestar contra todo avance más allá de Mérida, que dio lugar a su dimisión. El contingente granadino quedó al mando de un joven oficial llamado a desempeñar un papel de primer orden en la Historia de su patria y en la vida de Bolívar: Francisco de Paula Santander. Dándose cuenta de que la situación era peligrosa, Bolívar se presentó en La Grita, donde el joven Santander lo recibió a la cabeza de sus tropas en actitud algo ambigua. Bolívar le ordenó que avanzara; Santander no se apresuró a obedecer. Y entonces Bolívar parece que le dijo sin ambages: «No hay alternativa. O me fusila Vd. o lo fusilo yo.» Santander quedó destituido y se encargó del mando Urdaneta [32].

Avanzó pues Bolívar hacia Mérida, pisándole los talones a Correa; pero éste se había decidido a otra retirada. Heredia nos dirá por qué. Después de describir cómo la población de

---

[31] *Restrepo*, t. II, pág. 129; *J. V. G.*, págs. 55, 69.
[32] *O'L.*, t. I, pág. 188; *R. V. G. B.*, pág. 150.

toda la zona de Mérida y Trujillo había padecido a manos de las autoridades de Monteverde por las sospechas más baladíes, sigue escribiendo: «El coronel Don Ramón Correa, hombre justo y moderado, que no había causado aquellos males, ni podido tampoco evitarlos, conoció que no podía sostenerse en semejante país, donde era natural que hasta las piedras se levantasen contra el nombre español, y siguió su retirada con muy poca detención hasta el pueblo de Betijoque, inmediato a La Laguna, donde esperaba que le sería posible sostenerse con su corta división, hasta ver las resultas de los movimientos del ejército de Barinas, que tenía orden de socorrerlo. Quizá en la expedición de estas órdenes, o en la ejecución de ellas, pudo tener algún influjo la declarada antipatía de los marinos contra Don Fernando Miyares, que entonces mandaba la provincia de Maracaibo, y de quien era yerno el coronel Correa: algunos lo han sospechado así.» Esta ojeada en los episodios de guerra civil menor que la guerra civil mayor hacía fomentar a derecha e izquierda, se hace todavía más instructiva a la luz de otro detalle de la campaña. Apenas se había retirado de Mérida el Coronel Correa, jefe español, yerno de un general criollo al servicio del Rey de España, la ciudad declaró su independencia de España bajo la dirección de un español europeo, Don Vicente Campo Elías. Este Campo Elías encarnaba el puro espíritu de guerra civil, a muerte desde luego: «Yo destruiría a todos los españoles —solía decir— y luego me suicidaría para que no quedase uno solo de esta maldita raza» [33].

Bolívar entró en Mérida (30 mayo 1813), donde puso de Gobernador civil a Don Cristóbal de Mendoza, que había sido Presidente del Ejecutivo de Caracas. El 5 de junio declaró públicamente que «tenía órdenes del Congreso de la Nueva Granada para restablecer la constitución venezolana»; organizó pues el Ejecutivo, pero tuvo buen cuidado en afirmar que «en lo relativo a la guerra [Mendoza] recibiría las órdenes directas del general en jefe como emanadas de la autoridad soberana»; decisión en que se armonizaban los requisitos de la guerra y su temperamento dictatorial. En Mérida se enteró Bolívar de que Briceño, desvinculándose de todo mando superior, se había dejado sorprender y captar por los realistas camino de Guasdualito. El 8 de junio de 1813 lanzó una proclama pintando a los españoles con las tintas más negras. Comparándolos nada menos que con los judíos, escribía: «Tránsfugos y errantes, como los enemigos del Dios-Salvador, se ven arrojados de todas partes y perseguidos por todos los hombres»; paralelo que, a la luz

---

[33] *Heredia*, págs. 126, 127; *O'L.*, t. I, pág. 166.

de acontecimientos más cercanos a nuestros días, permite vislumbrar cierto método en la manía antiespañola del Libertador. Pasa después a recordar cómo los españoles habían «violado el sagrado derecho de gentes y de las naciones de Quito, La Paz, Méjico, Caracas, y recientemente Popayán»; acusándolos después de haber hecho «espantosa carnicería de nuestros prisioneros de guerra y de nuestros pacíficos compatriotas» en Barinas. «Mas estas víctimas serán vengadas. Esos verdugos serán exterminados. Nuestra bondad se agotó ya, y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable, y la guerra será *a muerte*» [34].

Al referirse a la «espantosa carnicería de nuestros prisioneros de guerra y de nuestros pacíficos compatriotas», Bolívar se anticipa a acontecimientos que suponía inevitables, es decir, a que Tizcar fusilaría sin forma de proceso a Briceño y sus compañeros. Pero se equivocó; porque, como nos lo declara honradamente el historiador venezolano Juan Vicente González, «la muerte de Briceño y la de los extranjeros que firmaron el sangriento tratado fue justa [...]. Hubo un verdadero juicio no desnudo de equidad para aquellos días: Paner e Izarra fueron absueltos de la pena de muerte; se excusó por sus años al sobrino de Briceño que llevaba su apellido; se destinó a Herrera a servir en el ejército, Ruiz fue puesto en libertad. Ni faltaron entre los jueces quienes se opusiesen a la mutilación del cadáver de Briceño». Briceño murió valerosamente. Bolívar recibió la noticia hallándose ya en Trujillo, donde entró sin un solo disparo el 14 de junio. Dejando a uno de sus lugartenientes, Girardot, la tarea de perseguir a Cañas, que con la fuerza realista huía hacia Barquisimeto, comenzó entonces a preparar su avance hacia Caracas. Pero en la noche del 14 al 15 Bolívar redactó su proclama famosa e infame de la guerra a muerte. Despojada de su retórica y reducida a sus principios, esta proclama condenaba a muerte a todos los españoles que no conspirasen «contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces»; concedía un indulto general y absoluto a los españoles que se pasaran al campo americano; y a los americanos, los perdonaba a todos; aun «hasta a los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía»; la conclusión se ha hecho célebre: «Españoles y canarios contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no

---

[34] *O'L.*, t. I, pág. 167; *R. V. G. B.*, pág. 153; *Restrepo*, t. II, página 138; *O'L.*, t. I, págs 170, 171.

obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables» [35].

Existe una copiosa literatura para justificar esta declaración; ya por la exaltación, ya por la excitación, ya por el deseo apasionado de vengar hechos acaecidos lejos en el tiempo y en el espacio. Pero las explicaciones distan mucho de corresponder a la realidad. Alegar lo que hacían o decían los Cervériz y los Zuazola del bando realista es olvidar que estos hombres eran gente menuda que obraba con indisciplina y por su cuenta, tolerada cuando no ignorada por sus jefes, sin carácter oficial ni general y con tropas del país. No hubo momento en que la Audiencia no protestara contra tan graves crímenes y no elevara sus protestas ante la autoridad militar en Caracas y la Regencia en la Península. *Por primera vez en la guerra civil venezolana, Bolívar dio valor de ley a la guerra de exterminio.* De lo que Bolívar es responsable es, pues, de la índole legal y general que otorga con su autoridad personal y oficial a la guerra a muerte. Esto sí que carecía de precedente hasta el decreto de Trujillo.

Este decreto es un documento a sangre fría. En la mente de Bolívar se había ido formando poco a poco por etapas que conocemos: Puerto Cabello, Curaçao, Cartagena. Con el decreto de Trujillo, Bolívar no se propone vengar nada —pues de otro modo, ¿por qué exceptuar a los americanos culpables de felonía?—. No se propone represalias. Se propone tan sólo una política que ya había preconizado como necesaria en su carta del 27 de noviembre de 1812 al Congreso de Nueva Granada, y en su Memoria de 15 de diciembre. Con el decreto de Trujillo, Bolívar abre un abismo entre criollos y españoles; talla en la carne viva y en el espíritu de la nación, formada hasta entonces de dos clases de españoles íntimamente unidas por vínculos de familia, amistad e intereses; y de la herida, envenenada por el odio, hace una frontera política. Los que lo equiparan a Cervériz, Zuazola o Boves, lo empequeñecen. A pesar de que él mismo manejó tales argumentos porque le convenía, el decreto de Trujillo fue iniciativa suya, tomada a impulsos de un fuego ancestral y del empuje de un alma dura que se propuso tajar sin misericordia por entre los hombres el camino real que lo llevaba a su meta [36].

---

[35] *J. V. G.*, pág. 77. Texto del decreto: *O'L.*, t. I, pág. 192.

[36] Sobre la audiencia: *Heredia, passim.*

V. L. en *B. A. N. H. V.*, núm. 106, págs. 152, 153, atribuye importancia en la gestación del Decreto de Trujillo a una Real Orden (11 abril 1813) del Secretario de Guerra y de la Regencia, publicada por Bando de Monteverde el 13 de marzo. *Yanes* (t. I, pág. 102) la define así: «La

Regencia aprobaba su conducta y el plan acordado para la pacificación de Venezuela, reducido a que fuesen pasados a cuchillo por las tropas españolas todos los insurgentes pertinaces en los lugares donde se hiciese resistencia...» También se refiere a ella José de Austria en su *Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela*, Caracas, 1855. Este documento plantea una serie de problemas. El primero es su texto. Nadie da con él. Ni en los archivos venezolanos, donde lo ha buscado infructuosamente el doctor Héctor García Chuecos, ni en los del Ministerio de la Guerra en Madrid, donde lo hice buscar, ni en el P. R. O., donde lo he buscado en persona. Téngase en cuenta que no sólo se dice que hubo Real Orden, sino Bando de Monteverde, impreso y expuesto por todas partes en Caracas. En el P. R. O. existen numerosos de estos Bandos, pero ni rastro de éste. El segundo problema es que ninguna autoridad se refiere a tal Decreto. No se explica que Bolívar, para quien hubiera sido valiosísimo, no lo cite en ninguna parte. Heredia, en el detalle de sus negociaciones con Monteverde, para imponerle la conducta limpia que de él esperaba, en armonía con el antiguo régimen y con la nueva constitución, no lo menciona, siendo así que afecta a la misma entraña del problema y parece inconcebible que un Bando tan contrario a la política ostensible de la Regencia y sincera de Heredia pudiera publicarse y circular por las provincias sin que Heredia lo mencionara.

Trátase pues de otro intento de justificación *a posteriori*, siendo así que consta que Bolívar declaró la Guerra a Muerte, como lo dijo él mismo a Santander, para «comprometer cuatro guerrillas». Esto lo confirma Boves en su Proclama de San Mateo (15 marzo 1814): «Ellos declararon a los europeos y canarios la guerra a muerte sólo para comprometeros.» *B. A. N. H. V.*, núm. 54, pág. 258.

CAPÍTULO XXI

EL PRIMER TRIUNFO DE BOLÍVAR

La proclamación de la guerra a muerte implicaba por parte de Bolívar un doble acto de indisciplina. Militar subordinado al Gobierno de la Unión, se arrogó el derecho de dictar públicamente el modo como iba a hacer la guerra más allá de Mérida y de Trujillo, sin consultar al Gobierno sobre si aprobaba o no este modo, y aun sin saber si se le autorizaba para hacer la guerra a secas. Pasaba Nueva Granada a la sazón por otra de sus constantes crisis. Los realistas habían recuperado a Santa Marta, y ya amenazaban a Cartagena. La Unión no veía de buena gana la dispersión de sus tropas. Pero Bolívar se hallaba ante un dilema; o se quedaba en Trujillo, permitiendo que Monteverde volviese a agrupar sus fuerzas y viniera a contraatacarle con un ejército quizá más fuerte; o precipitaba su avance arriesgando el todo por el todo. Con su habitual decisión, escribió al Congreso: «Mi resolución, pues, es obrar con la última celeridad y vigor; volar sobre Barinas y destrozar las fuerzas que la guarecen, para dejar de este modo a la Nueva Granada libre de los enemigos que puedan subyugarla» [1].

Los aspectos militares de estas campañas son para discutidos por técnicos. Las unidades eran pequeñas; la información, deficiente; la administración militar, nula. Era guerra de guerrillas. Bolívar descuella no tanto por el talento militar como por el impulso, el propósito, la tenacidad, la rapidez, la claridad de la concepción y el coraje de la resolución. Su situación no era al parecer nada brillante. A su izquierda, Miyares do-

---

[1] *Larrazábal*, t. I, pág. 178; *Restrepo*, t. II, pág. 148. *O'L.*, t. I, pág. 196, donde se verá que Bolívar alude claramente a la «conducta tímida» del Gobierno neogranadino.

minaba todavía en Maracaibo y Ceballos en Coro, provincias fieles a España; a su derecha, Tiscar, en Barinas, tendría todavía, a lo que Bolívar podía juzgar, los 2.600 hombres que Monteverde le había confiado para reconquistar a Nueva Granada y hacerse Virrey en Bogotá. Y tras todos ellos, Monteverde en Caracas con fuerzas cuya cuantía Bolívar ignoraba.

En realidad el cuadro era mucho más favorable de lo que creía. «Monteverde —escribe Heredia— volvió a Caracas a principios de junio [o sea cuando Bolívar entró en Mérida] dejando las reliquias del ejército de Barcelona a cargo del Mariscal de Campo Don Juan Manuel de Cagigal [...]. Apareció en la capital sin que nadie lo esperase en una noche lo más oscura y tempestuosa, a pesar de lo cual más de cuatrocientas personas, que se habían restituido a sus casas atraídos por la confianza que inspiraba a los perseguidos la conducta de Tiscar [Don Juan Tiscar, Gobernador Militar interino de Caracas], se fueron a dormir al monte, luego que supieron la llegada de Monteverde, temiendo que se estrenara con algún procedimiento general.» Traía en su séquito el Capitán General derrotado a un capellán y mayordomo, «fray Eusebio de Coronil, capuchino degenerado de las misiones de Apure, que en sus modales y palabras parecía más bien capitán de bandoleros que religioso de San Francisco». Sigue diciendo Heredia que una vez en San Carlos, Coronil «exhortó en alta voz a los soldados a que de siete años arriba no dejasen vivo a nadie», lo que le valió al instante la protesta más vehemente por parte de otros dos frailes «para disipar la impresión que podía haber causado en aquellos hombres ignorantes, y que por ser de la clase de pardos necesitaban poco estímulo para matar blancos» [2].

Alegre y temerario en sus éxitos, Monteverde reveló poco carácter en la adversidad. Tenía poca tropa, pero menos tenía Bolívar. Había perdido la confianza de muchos, pero el país, a pesar de la insensatez criminal de su Gobierno, seguía realista y españolísimo. Monteverde malgastó un mes entero en Caracas, atontado por los éxitos de su rival. Durante este mes de junio Bolívar tomó a Trujillo, dio gran publicidad a su decreto de guerra a muerte, reorganizó el Gobierno de la ciudad, refrescó y reorganizó sus fuerzas, y se puso en marcha el día 28 hacia Guanare. Era esta marcha un movimiento de gran osadía destinado a impedir que el enemigo le cortara las comunicaciones con Nueva Granada desbordándole el flanco. Había encargado a Ribas (que había dejado en Mérida) que se le uniera en Guanare, por vía de Piedras y del Páramo de Santo

---

[2] *Heredia* págs. 131, 135.

Domingo. Martí, lugarteniente de Antonio Tiscar, le cerró el paso ocupando Niquitao con 800 hombres cuando Ribas había ya llegado a Boconó; de modo que tanto Bolívar como Ribas tenían cortada la retirada hacia la frontera granadina: en guerra ordinaria, un desastre; pero en aquella guerra de guerrillas, una mera jugada sobre el tapete verde del azar. Ribas era hombre de mucho arrojo. Se abalanzó sobre Martí y sus 800 hombres con sólo 350 patriotas, y lo derrotó (1 junio 1913). Bolívar, que no perdía minuto, llegó a Barrancas, cerca de Barinas, al mismo tiempo que la noticia de la derrota de Martí le llegaba a Antonio Tiscar. Decidió atacar la ciudad el 6; pero Tiscar la evacuó la noche anterior. El triángulo Mérida-Trujillo-Barinas había caído en manos de los patriotas en menos de cinco semanas [3].

*

Aquel mismo día (6 junio 1813) salía Monteverde de Caracas para Valencia, «para reunir y disciplinar tropas, y envió a San Carlos con el mismo encargo al teniente Coronel Don Julián Izquierdo», y al Capitán Oberto a Barquisimeto. Estos dos competentes oficiales se prepararon para la defensiva; pero Monteverde seguía malgastando tiempo en intrigas, miedo a las conspiraciones y persecuciones menudas pero odiosas. Cuenta Heredia que en Valencia, «porque se creyó medida de seguridad, prendieron en una noche varias personas sin conocimiento de la Audiencia ni del Juez territorial, y las depositaron en la casa que servía de hospital, sin privarlos de comunicación con cuantos querían hablarles. Todo se redujo a que cada isleño o vizcaíno tuviese el gusto de llevar él mismo a la cárcel a su enemigo o desafecto [...] para que saliendo, como salieron a los pocos días con la llaga fresca de la injuria, fuese cada uno de ellos atizador de las crueles venganzas que mancharon el nombre americano en la época inmediata». Y comenta, entristecido: «Fueron las primeras víctimas algunos de los más acalorados promovedores de estas prisiones que tuvieron la imprudencia de quedarse en el pueblo y presentarse a Bolívar con su cucarda tricolor. Los hizo fusilar en el mismo día por más empeños que mediaron, pagando aquellos infelices nada menos que con la vida la necia satisfacción que habían tenido cuatro o cinco días antes» [4].

Tal era la rapidez con que avanzaba Bolívar. Técnicamente, su plan no era bueno. Había dividido peligrosamente sus fuer-

---

[3] Datos de los capítulos correspondientes a *O'L.*, *Restrepo*, *Baralt.*
[4] *Restrepo*, t. II, pág. 155; *Heredia*, págs. 134-136, nota.

zas, enviando a Ribas por El Tocuyo hacia Barquisimeto, mientras que él y Urdaneta se dirigían por Araure hacia San Carlos, y Girardot avanzaba desde Nutrias sobre el Apure. Los dos cuerpos principales de las tropas iban así separados por montañas de consideración. Si Monteverde hubiera tenido capacidad militar, hubiera podido destrozar a Bolívar. Bien es verdad que la rapidez era en sí ventaja que compensaba el riesgo. Pero en este caso la velocidad de Bolívar no obedecía tan sólo a motivos de índole militar, sino también a prisa política. Lo poco que sabía del avance de Mariño por Cumaná le encendía la impaciencia. El 25 de julio de 1813 escribía al Presidente de la Unión: «Temo que nuestros ilustres compañeros de armas, los de Cumaná y de Barcelona, liberten nuestra capital antes que nosotros lleguemos a dividir con ellos esta gloria; pero nosotros volaremos, y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo» [5].

Cuando Bolívar escribía estas palabras, Ribas había ganado la penúltima batalla de la campaña, derrotando al Capitán Oberto en Los Horcones, entre Barquisimeto y El Tocuyo (22 julio 1813). Oberto fue a Valencia a informar a Monteverde, quien al instante ordenó a Izquierdo regresase a La Victoria, donde había decidido resistirse. Bolívar, pues, ocupó San Carlos sin disparar un tiro; y a los dos días se volvió a poner en marcha persiguiendo a Izquierdo, quien, desguarnecido por las demandas de Monteverde, le aguardaba en Tinaquillo. Bolívar traía fuerzas superiores, sobre todo en caballería, con las cuales derrotó a los realistas en un encuentro en que Izquierdo perdió la vida (31 julio 1813). Monteverde perdió la cabeza y escribió al Coronel Fierro, al que había dejado de Gobernador militar de Caracas, que «por la derrota de Izquierdo se había quedado sin tropas, por lo cual se veía obligado a abandonar con el mayor dolor a Valencia y tal vez a toda la provincia, y a irse a Puertocabello, que se hallaba sin defensa». El aturdido General añadía: «Usted puede, si le parece, ponerse en el mejor estado de defensa, porque los enemigos irán inmediatamente sobre esa ciudad.» En Valencia «amaneció el día 1 de agosto en la mayor confusión. Sonaba la generala por todas las calles, y los europeos y canarios, tan valientes en la paz, que se habían reunido en un cuerpo de caballería que se formó en los valles de Aragua, sólo trataban de huir; y los zambos, ponderados de fidelísimos, corrían borrachos por todas partes, temiéndose a

---

[5] *Restrepo*, t. II, págs. 155, 156.

cada momento que dieran principio a sus proezas matando blancos y saqueando las casas» [6].

Así, pues, resume Heredia: «Una división de 500 a 600 hombres, en el tiempo necesario para hacer el viaje desde Barquisimeto a Valencia, sin haber disparado doscientos tiros, sin que ningún pueblo se hubiese conmovido anticipadamente a su favor, y sin haber llegado a Caracas y ni aun siquiera a La Victoria, ha destruido el Gobierno nacional en Venezuela.» El plan de Bolívar había logrado éxito. Su rápida victoria, tan parecida a la de Monteverde el año anterior, se había debido a la misma causa: una situación política movediza y cambiante, dispuesta a seguir la suerte del partido que ganaba las batallas campales; y una situación militar no menos movediza y cambiante; todo ello aliñado con los burdos errores y la incompetencia de las autoridades, republicanas en 1812, realistas en 1813 [7].

*

Hay que añadir, en el caso de Bolívar, el terror que su campaña de guerra a muerte causó a los paisanos españoles, ya que la proclama que había lanzado en Trujillo se aplicaba con el rigor más estricto. Heredia recuerda cómo, cuando Fierro, Capitán General interino, recibió en Caracas la carta de Monteverde, convocó una Junta para informar a las autoridades civiles y eclesiásticas: «La sorpresa que causó esta novedad, cuando se ignoraba en la Capital que los insurgentes hubiesen entrado en San Carlos, no es fácil de pintar. Se miraban unos a otros, consideraba cada uno su propia situación, veía su ruina inevitable, y, ocupada la imaginación por esta idea, no era fácil que la reflexión tuviese lugar para deliberar con serenidad. Si el Capitán General en su oficio hubiese indicado lo que convenía o lo que se debía hacer, ejecutando lo que hubiese prescrito se estaba fuera del paso; pero dejándolo al arbitrio del que mandaba en la capital, era preciso deliberar con mucha circunspección para no aventurar el acierto.» Preguntáronle a Fierro en la Junta las fuerzas militares con que podía contar. Había trescientos soldados de tropas regladas y seiscientos voluntarios, pero «entre los primeros había un gran número del país, en los cuales no podía tenerse mucha confianza, y los segundos, ocupados la mayor parte en salvar sus intereses y familia, abandonaban el servicio a la mejor ocasión». Un Capitán Bengoa se declaró dispuesto a defender la ciudad con trescientos regu-

---

6 *Heredia*, pág. 141; *Restrepo*, t. II, pág. 159; *Heredia*, pág. 144.
7 *Heredia*, págs. 158, 159.

lares contra el doble de adversarios; pero prevaleció la opinión de que «dictaban la humanidad y la política que se tratase de salvar las personas y haciendas de tantos buenos españoles», y negociar sobre tres bases: la guerra terminaría, con estricta obediencia a la Constitución del año 1812, con un Gobierno que mereciera la confianza de ambas partes; en su defecto, un armisticio para negociar una paz general; y en su defecto, una capitulación honrosa con seguridad completa para las personas y los bienes de los realistas, para lo cual las tropas insurgentes se avendrían a no entrar en Caracas hasta pasados quince días [8].

El 4 de agosto de 1813 a las ocho de la mañana, Fierro abandonó a Caracas, pocas horas antes de la entrada de Bolívar en La Victoria. El fiscal de la Audiencia en su informe lo condena como cobarde, arguyendo que se debió haber quedado en la capital para representar a una de las dos partes de la capitulación. Pero Heredia escribe: «El Gobernador no pudo hacer otra cosa. Cuando terminó la Junta, ya todos los valientes del batallón de Fernando VII habían procurado escapar para La Guaira, pareciéndoles que ya tenían en la garganta el cuchillo con que les amenazó Bolívar. Hasta los que estaban de guardia abandonaron los puestos en aquella misma tarde, y cuarenta o cincuenta llegaron a Curazao con fusiles y cartucheras, que el Gobierno hizo recoger y remitió a Coro. Hubo hombre que con el mismo equipaje vino hasta La Habana. Luego que los perversos comprendieron esto, comenzaron a correr y robar, armados algunos de éstos con los fusiles que encontraron abandonados en el cuerpo de guardia» [9].

El efecto de la política terrorista de Bolívar es evidente. La junta había nombrado como delegados a Casa León, Iturbe (a quien Bolívar debía la vida), el Doctor Felipe Fermín Paúl, venezolano que se pasaba de un campo a otro con la mayor facilidad, y el Padre Marcos Ribas, hermano de José Félix. Bolívar los recibió bien, estuvo muy jovial, y les ofreció el olvido de lo pasado, sus vidas y sus bienes. «Pero es necesario decir —añade el propio Bolívar al relatar estos sucesos— que esta misión fue un artificio para tener tiempo de embarcarse en La Guaira, llevándose las armas, los pertrechos de guerra y clavar la artillería; se fueron los malvados, sin aguardar la misión, con cuanto pudieron, y dejaron a los españoles y canarios expuestos a nuestra justa venganza.» Pinta entonces Bolívar un cuadro de desorden, aunque de moderación, cuya clave es la frase siguiente: «Era menester un fondo de bondad tal

[8] *Heredia*, págs. 141, 147-149.
[9] *Heredia*, pág. 104.

cual se ha visto siempre en los americanos, para no haber encontrado a mi llegada inundada de sangre esta capital» [10].

Heredia da una explicación que otorgaría todo el mérito al Arzobispo Coll y Prat. «Se aumentó el desorden en la mañana siguiente, como era natural en un pueblo de cuarenta mil almas, que se veía abandonado del Gobierno. Por fortuna no fueron muchos los estragos de esta anarquía, porque el Ilmo. Arzobispo anduvo desde el amanecer por las calles conteniendo a los furiosos y haciéndolos recoger a sus casas. A él se le debe que no hubiera corrido en aquel día ríos de sangre por Caracas.» Ello no obstante, los cuadros que pintan el Fiscal de Caracas y otros ciudadanos son terribles. Vemos «los hijos abandonar a sus padres, los padres a sus hijos, los maridos a sus mujeres, y todos sus intereses y fortunas, para huir de la muerte que les aguardaba permaneciendo en la Capital; es preciso haberlos visto trepando a pie bajo los rayos de un sol abrasador por aquellos encumbrados cerros, cuya elevación y pendiente vencen con dificultad los mismos brutos, tirándose exánimes, rendidos del calor y la fatiga; es preciso haberlos visto en La Guaira, arrojándose unos en las canoas próximas a zozobrar con el peso de la gente, y quedándose otros en el mismo embarcadero, entregados a la desesperación por falta de buque en que salvar su triste vida; es preciso haber visto todo esto para formar idea verdadera de aquel día de horror, de desesperación y de desorden». Y estos testigos de vista añaden que «quedaron sacrificadas innumerables familias, tanto en la Capital como en La Guaira y los pueblos interiores, las cuales, según he sabido después, fueron ignominiosamente asesinadas, o encerradas en las cárceles y bóvedas con la más fiera inhumanidad» [11].

No corresponde este cuadro al que nos pinta Bolívar. Pero Bolívar era hombre de acción, y, por lo tanto, no es posible tomar siempre sus palabras por reflejo exacto de la realidad. Es sabido que utilizaba falsas noticias sobre las fuerzas de su mando o la importancia de sus victorias, con la habilidad más consumada. Muchos realistas llegaron a convencerse de que Bolívar avanzaba sobre Caracas al mando de 17.000 hombres, diez veces más de los que traía. Desde La Victoria escribió al Gobierno y municipio de Caracas que los motivos que había tenido para conceder la capitulación eran «para mostrar al universo que aun en medio de la victoria los nobles americanos desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderación a

---

[10] *Larrazábal,* t. I, pág. 143.
[11] *Heredia,* págs. 151, 152.

los mismos enemigos que han violado el derecho de las gentes y hollado los tratados más solemnes. Esta capitulación será cumplida religiosamente, para oprobio del pérfido Monteverde y honor del nombre americano». No hacía cuatro días que, al entrar en Valencia, había mandado pasar a cuchillo gran número de españoles [12].

*

El 6 de agosto de 1813, Simón Bolívar, a los treinta años y trece días de edad, entró en Caracas triunfalmente. Doce hermosas doncellas vestidas de blanco, coronadas de flores y adornadas con los colores de la república, rodearon su caballo y lo coronaron de flores y de laurel. Por calles de casas en ruinas, pero vistosamente decoradas, y reverberantes de entusiastas aclamaciones, Simón Bolívar bebió hasta la saciedad el vino capitoso de la gloria, tan peligroso para su salud física y moral. Mientras vivía aquella hora inolvidable, quizá dirigiera sus miradas mentales hacia aquel día, 2 de septiembre de 1812, «hace tan sólo once meses», en que desembarcaba derrotado y fugitivo en Curaçao; a aquel otro día, 2 de julio de 1812, «hace apenas trece meses», en que había fracasado en Puerto Cabello, y, con la cabeza entre las manos, se creía indigno de mandar el más ínfimo soldado; quizá hasta aquel día ya distante en que había jurado sobre el Monte Sacro libertar a su patria del yugo español. Más reciente, más urgente, quizá pensara en aquella mañana, «hacía apenas unos días», en que, al entrar en Barinas, se había enterado de que también en las provincias orientales luchaban patriotas y libertadores y había temido que pudieran llegar a Caracas antes que él, arrebatándole la gloria de que ahora disfrutaba, solo y único Libertador [13].

Pero acalladas las aclamaciones y terminados los festejos, el Libertador tuvo que atender a una situación que no tenía nada de brillante. Venezuela era todavía como en los días de la primera república, y aun en los de Monteverde, país roto en tres partes: Maracaibo, Coro y Puerto Cabello seguían realistas; Barinas y Caracas eran suyas; Cumaná y Barcelona eran del Libertador de las provincias orientales, Santiago Mariño. Su palabra era ley sólo sobre un tercio de la patria. Bolívar decidió que, por lo menos en cuanto a aquel tercio, lo sería sin disputa. No era cosa fácil. En el país existían por lo menos

---

12 *Larrazábal*, t. I, pág. 192; *J. V. G.*, pág. 85.

13 Fecha: en *J. V. G.*, pág. 86; 6, en *Larrazábal*, t. I, pág. 194; 4, en *Ducoudray*, t. I, pág. 149; 3, en *G. C.*, t. IV, pág. 4.
Bolívar se entera de las campañas de Mariño en Barinas: Pedro Briceño Méndez, citado por *O'L.*, t. I, pág. 198.

tres tradiciones en contra: la primera era la manía federalista, imitación de los Estados Unidos, que revestía con honrosa toga política de corte extranjero la tendencia muy nacional al localismo y a la anarquía; la segunda era la tendencia del hombre de garnacha a organizar el Gobierno bajo formas republicanas, limitando al militar al campo estrictamente bélico; y la tercera, la tendencia de las clases altas a no obedecer a nadie más que a sí mismas, y la de las clases bajas a permanecer leales a la Corona de España. Por último, Simón Bolívar tenía que velar sobre su peor enemigo, su propio temperamento díscolo y arbitrario, que a veces bastaba para privar de toda autoridad sus actos y palabras.

Para hacer frente a los federalistas, escribió una carta política al Gobernador de Barinas que le había escrito el 27 de julio preconizando el retorno a la constitución federal derrocada por Monteverde. Es significativo que Bolívar comience asegurándole que no debe nadie atribuir su postura antifederalista a su ambición personal; y, sin embargo, después de refutar con transparente claridad las injustificadas pretensiones del federalismo, Bolívar llega a una conclusión inesperada: «para que no quede lugar alguno a la calumnia y para que haya en Us. una suma de autoridad semejante a la soberana, dejo al cargo de Us. la suprema administración de la justicia civil y criminal sin apelación, reservándome, como en todos los gobiernos que existen, los demás departamentos del poder: la guerra, la paz, las negociaciones con las potencias extranjeras y la hacienda nacional». Esta moderación delata el sentido práctico de la ambición de Bolívar. Se daba perfecta cuenta de que no tenía la fuerza necesaria para exigirlo todo. Además, a fin de disipar cualesquiera sospechas que pudieran subsistir sobre sus intenciones dictatoriales —reales, y en las circunstancias, muy justificadas—, lanzó un manifiesto (9 agosto 1813) en que decía: «La urgente necesidad de acudir a los enemigos que no han reconocido aún nuestro poder, me obliga a tomar en el momento deliberaciones sobre las reformas que creo necesarias en la Constitución del Estado. Nada me separará de mis primeros y únicos intentos: vuestra libertad y gloria. Una asamblea de notables, de hombres virtuosos y sabios, debe convocarse solemnemente para discutir y sancionar la naturaleza del Gobierno, y los funcionarios que hayan de ejercerle en las críticas y extraordinarias circunstancias que rodean la República.» Obsérvese la frase «hombres virtuosos y sabios», toque a la Rousseau que al instante delata la índole abstracta y sin arraigo de su promesa. No es que Bolívar fuera necesariamente insincero al hacerla; lo probable es que creía honrada-

mente cumplirla. Pero era una promesa que vagaba por las nubes de sus cielos mentales, que otros vientos barrerían; no un verdadero impulso salido de lo hondo de su ser [14].

La frase siguiente inicia ya la larga serie de gestos dramáticos de renuncia y de dimisión que domina el diseño de su vida pública. «El libertador de Venezuela renuncia para siempre, y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzca nuestros soldados a los peligros para la salvación de la patria.» El mismo giro gramaticalmente defectuoso de esta frase, de un hombre tan capaz de expresarse con claridad, revela que procedía de los niveles alógicos de su alma. Bolívar era ya el dictador enmascarado, el César disfrazado de demócrata que va a ser toda su vida. Pocos días antes, en La Victoria, había dicho a su íntimo amigo Iturbe: «No tema Vd. por las castas: las adulo porque las necesito; la democracia en los labios, y la aristocracia aquí», señalando al corazón. Y Heredia apunta que «entre tanto siguió ejerciendo todo el poder civil y militar, publicando leyes a su nombre y por su propia autoridad». No se le ocurrió a él, ni quizá a ninguna otra persona, que de todos modos asumía poderes dictatoriales sobre lo más importante, la constitución del nuevo Gobierno. Cuando otorgaba plena soberanía judicial al Gobernador de Barinas, ¿en nombre de quién lo hacía y con qué autoridad? «Se formó una especie de triunvirato —escribe Heredia— en que entraron José Félix Ribas, que vino de segundo jefe del ejército y obtuvo el mando militar de la Capital, y Cristóbal Mendoza que había sido diputado al Congreso por Barinas, su patria, y se titulaba Gobernador político del Estado por el Congreso de Santa Fe, llamado de la Unión; pero siempre el titulado Libertador tuvo el mando absoluto como generalísimo por las circunstancias de la guerra. No había más ley que su voluntad, ni más principios de justicia que la matanza y la rapiña» [15].

---

[14] *O'L.*, págs. 219, 222; *C. L.*, t. I, pág. 85.

[15] *P. D. L.*, pág. 48; *Heredia*, pág. 165. Es significativo que esta frase de renuncia del Libertador no está reproducida ni en *O'L.*, t. I, página 219, ni en *G. F.*, t. I, pág. 305; *Restrepo*, t. II, pág. 165, y *Larrazábal*, t. I, pág. 199 la dan y aun el segundo la subraya. Anécdota *J. D. D.*, página 56. Confirma esta anécdota otra que da Level de Goda (*Antapodosis*, págs. 12, 63, 64, 511): «Don Martín Tovar tenía una hermana casada con Don Feliciano Palacios, hermano de la madre del teniente de milicias Don Simón de Bolívar, joven de bastante popularidad en esta Capital porque se prestaba con placer y con su dinero a la compañía de quienes en aquel tiempo respetaban con veneración la superioridad del rango; y para tener gente que hiciera bulto y gritara en la plaza de [la] Catedral, descubrió sus pensamientos a Bolívar en las confianzas de las relaciones de familia; pero Bolívar le preguntó cuál era el Gobierno que se pretendía subrogar; y Tovar, de cuya boca tomo todo cuanto voy

Bajo su autoridad suprema, Bolívar organizó tres departamentos de Estado, confiándolos a personas bien conocidas en el país. Como Secretario de Estado eligió a Antonio Muñoz Tébar, que había sido segundo Presidente de la junta del 19 de abril; como Secretario de Guerra, a su amigo Tomás Montilla, uno de los caraqueños más pudientes. La elección de Bolívar para la Secretaría de Justicia fue mucho menos acertada y, por desgracia, característica. Rafael Diego Mérida, dice Heredia, «estaba en España al principio de la revolución y aunque vino durante ella a Caracas, lejos de hacer figura fue perseguido por Miranda y era mal visto por la exactitud con que desempeñó su oficio en el proceso de la conspiración de 1798, en cuya época servía la Escribanía de Cámara». Heredia cuenta que Monteverde lo había encarcelado como sospechoso, por cierto sin fundamento; y que, cuando salió de la cárcel, «salió como una fiera, y la venganza le hizo abrazar el partido de Bolívar, y servirle con todo el encarnizamiento de su carácter intrépido y sanguinario». Bolívar lo juzgaba «díscolo, intrigante y perverso» en 1821, y en 1828 decía de él: «Su naturaleza está herida de la maldición del Cielo y parece que en sus venas corre el veneno, y en su mente reside el espíritu de Satanás» [16].

En esta época, quizá como reacción natural de una campaña tan lograda pero tan azarosa, Bolívar se entregó a los goces del poder. Adoraba el lujo, la comodidad y el placer, y todo lo tenía entonces al alcance de la mano. Lo rodeaban personas deseosas de tomar en mano propia el Gobierno mientras Bolívar se dedicaba a gozarlo; y, héroe de treinta años, era el ídolo de las mujeres. Una de las doce doncellas que lo había coronado el día de su victoria, se entregó a él; y esta muchacha, Josefina Madrid o Machado, logró pronto en Caracas fama de ser el poder detrás del trono. Ducoudray Holstein la describe como «extremadamente intrigante y vengativa» y no muy her-

---

exponiendo, por habérmelo comunicado no pocas veces en Curaçao, contestó no poder ser otro que el Gobierno Democrático. Bolívar manifestó disgusto diciendo que sólo entraría en el plan si el Gobierno que hubiera de subrogarse fuese aristocrático, pero Tovar le repuso no ser posible, porque la nobleza de Venezuela era imaginaria por ser cortísima y pobre... Se mantuvo firme Bolívar en su opinión, y Tovar tomó miedo, no fuese que le delatara, por cuya razón entró en súplica y ruegos de que lo tratado quedara en la mayor reserva. Voy siempre hablando con la boca de Tovar, ... y Bolívar tal vez ofendido en su delicadeza con esto, le dijo que se ausentaría en el mismo momento para quitarle toda sospecha y temor.»

16 Sobre Mérida: *Heredia*, pág. 88; Bolívar a Santander: *C. L.*, t. 10, página 411; a Páez: *C. L.*, t. 7, pág. 139.

mosa, a juzgar por lo que añade: «La he visto más de cien veces y he de confesar que no me explico la predilección del dictador, que duró no obstante hasta 1819.» Es indudable que no carecía de atractivos, puesto que logró retener tantos años a hombre tan volandero; y el mismo Ducoudray Holstein lo corrobora. Comentando la creciente impopularidad de Bolívar por «actuar como soberano y dueño absoluto, que no seguía más ley que la de su voluntad y capricho», sigue diciendo: «El bello sexo, y en particular su favorita la señorita Josefina Ma..., conocida con el nombre de la señorita Pepa, ejercía la mayor influencia en muchos nombramientos. Muchos jóvenes, parientes o amigos de sus queridas, sin otro mérito, lograban grados en el ejército o cargos lucrativos con preferencia a otros. Uno de ellos, Carlos Soublette, subió, según me aseguraron, en carrera rápida y brillante.» Este cuadro, aun de mano resentida, no deja de tener ciertos rasgos de exactitud tanto sobre la situación como sobre el protagonista. Durante toda su vida fue Bolívar hombre díscolo y rebelde que no logró siempre disciplinar sus tendencias anárquicas con su alta inteligencia y su firme voluntad [17].

*

La compañía de un consejero como Mérida en asuntos de justicia tenía que ejercer sobre Bolívar funesta influencia. Poseía a ambos fuerte pasión antiespañola. Bolívar era además indiferente al sufrimiento humano y hasta a la vida humana siempre y cuando la necesitara para sus fines. Es seguro que en esta época, ya pasada la necesidad del terror, se hubiera contentado con deshacerse de los españoles de Venezuela por medio de la emigración. Quizá fuera ésta la causa por la cual promulgó entonces un decreto invitando a los extranjeros a instalarse en Venezuela. Armoniza esta política con las condiciones generosas que en su capitulación de La Victoria ofreció a los españoles que deseasen emigrar. Estaba convencido del peligro que representaba para la independencia de Venezuela la presencia de los españoles; y por otra parte necesitaba la inmigración extranjera para reparar las pérdidas terribles que su guerra a muerte había causado a la población blanca del país. El 14 de agosto de 1813 escribía desde Caracas al Congreso de Nueva Granada: «Después de la batalla campal del Tinaquillo, marché sin detenerme por las ciudades y pueblos del Tocuyito, Valencia, Guayos, Cuácara, San Joaquín, Mara-

[17] *Ducoudray*, t. I, págs. 156, 157, 168.

cay, Turmero, San Mateo y la Victoria donde todos los europeos y Canarios casi sin excepción, han sido pasados por las armas» [18].

Y no era esto lo peor; sino que, para decirlo con las mismas palabras de Restrepo, «no sólo era Bolívar quien mandaba sacrificar a los españoles europeos y a los canarios que aprehendía, sino que sus subalternos aún excedían sus mandatos. Los coroneles Ribas y Arizmendi se distinguían en la guerra a muerte, y creían aumentar su gloria no perdonando la vida a español ni canario alguno que cayera en sus manos. Haría estremecer el cuadro de estos asesinatos, si pudiera presentarse con todos sus horribles pormenores. Pero sería martirizar la sensibilidad de nuestros lectores». José Domingo Díaz confirma todo lo que Restrepo dice y revela lo que no quiere decir: «En 18 del mismo agosto fue puesta en prisiones la mayor parte de los españoles y canarios que existían en Caracas, y demás pueblos, y el 20 corrió la primera sangre, del modo más escandaloso que el mundo ha visto jamás. En aquel día dio el sedicioso Ribas un convite en su casa, cuyo total de convidados ascendía a treinta y seis. A las cinco de la tarde el Doctor Don Vicente Tejera, uno de ellos, pidió el permiso para un brindis; y concedido, manifestó que era preciso solemnizar aquel acto con brindar cada concurrente por la muerte de uno de los presos que designase. Se recibió con aclamación el pensamiento: se formó la lista correspondiente, y media hora después perecieron treinta y seis personas en la plaza de la catedral. Entonces pereció Don José Gabriel García, uno de los hombres más bondadosos que se conocieron.» Bolívar no se hallaba presente en este banquete de la muerte; pues de otro modo, Díaz, que era su enemigo jurado, lo hubiera vociferado en su relato [19].

En manos de Bolívar el terror era un arma de guerra, una catapulta para quebrar resistencias. Monteverde se hallaba en Puerto Cabello. De haber pensado en términos militares más que en términos políticos, de haber temido menos que Mariño llegara primero a Caracas como Libertador, Bolívar habría tomado a Puerto Cabello antes que a Caracas: porque Caracas era suya de todos modos, mientras que Puerto Cabello podía llegar a ser para sus enemigos base para recibir refuerzos y acopios de Puerto Rico y de La Habana, y contraatacar. Mon-

---

[18] *O'L.*, t. I, pág. 221. «En Taguanes todo fue destruida — fusilados todos los oficiales prisioneros.»
Restrepo, t. II, pág. 169.
[19] *Restrepo*, loc. cit..; *J. D. D.*, pág. 60.

teverde se aprestó a la defensa sin perder tiempo. Bolívar decidió entonces amenazar con la guerra a muerte para tomar la ciudad. A las súplicas y ruegos de los prohombres de Caracas para que se abstuviera de dar muerte a los españoles y canarios de la capital, contestó que cedería, pero en forma tal que equivalía a comprar la plaza de Puerto Cabello con la sangre de cuatro mil españoles. Su decisión consistía en atenerse a la capitulación de La Victoria si Monteverde la ratificaba. Ahora bien, la capitulación estipulaba que Bolívar recibiría toda la provincia de Caracas, incluso Puerto Cabello y su castillo. Bolívar envió a Monteverde una comisión compuesta de cuatro españoles y un venezolano, Felipe Fermín Paúl. Uno de los españoles era un sacerdote de gran prestigio en ambos bandos y amigo de infancia de Bolívar: Salvador García de Ortigosa. La comisión tenía encargo de negociar la ratificación del acuerdo de La Victoria, es decir, la entrega de Puerto Cabello; a cambio de cuya ratificación Bolívar ofrecía un canje general de prisioneros; y, añade Restrepo, «para el caso de no conseguirse por medio de la negociación el que se rindiera Puertocabello, Bolívar había escrito una intimación a Monteverde, exigiéndole que entregara inmediatamente la plaza con cuanto en ella existía perteneciente al Estado, según le decía, el único medio de salvar los innumerables españoles que estaban en su poder, haciéndole entender al mismo tiempo "que a la menor dilación serían exterminados todos"» [20].

Bolívar envió sus emisarios a Monteverde el 9 de agosto de 1813. El 10 escribió al Comandante militar en La Guaira: «*Reservada.*—A pesar de las órdenes libradas para los transportes de los prisioneros de guerra, prevengo a Vd. bajo la reserva necesaria, mantenga arrestados en sus casas a los oficiales españoles (Don Juan Budía y Don Francisco Mármol, etc.); y a los sargentos y demás tropas en las bóvedas, con la vigilancia y precaución más exacta. Asimismo no proporcionará Vd. buque ni permitirá la salida de ninguno de los prisioneros, hasta otra orden mía, pues conviene así según las circunstancias actuales.» Los comentarios sobre estos sucesos suelen ser tan desaforados como lo improperios contra Monteverde por su negativa a aceptar las ofertas de Bolívar, pero el episodio queda objetivamente

---

[20] Sobre la dilación en tomar Puerto Cabello y cómo la aprovechó Monteverde, véase *J. D. D.;* así como sobre el ataque fracasado de Bolívar a Puerto Cabello. Sobre el significado del canje de prisioneros: *Restrepo,* t. II, pág. 167.

reflejado en la *Historia* de Restrepo: «Si Monteverde, sin disparar un tiro, hubiese entregado este baluarte del poder español en Venezuela, habría añadido otro borrón indeleble a su ya mancillada reputación. Cualquiera que conozca las leyes de la milicia y del honor militar, no podrá menos de formar este mismo juicio.» Confirma este juicio nada menos que el propio Bolívar, que, en su informe al Presidente de Nueva Granada, escribe: «He intimado a Monteverde rinda inmediatamente la plaza de Puerto-Cabello, entregando cuanto en ella exista perteneciente al Estado, armamentos, artillería, pertrechos, buques, caudales, y archivos públicos. Es éste el único medio de salvar a los innumerables prisioneros Españoles e Isleños, que están en mi poder, y le he hecho entender que a la menor dilación serán exterminados todos» [21].

Monteverde no era ningún imbécil, pese a su insensatez política; y además era no sólo bravo sino temerario. Se negó a tratar sobre la base que le proponía el enemigo, con lo cual colocó a Bolívar en una posición dificilísima, porque no le era nada agradable tener que sacrificar a cuatro mil hombres. Ésta era precisamente la índole de las situaciones a que Bolívar se arriesgaba por su fogoso carácter. Ante la negativa de Monteverde, intentó salvar a Jalón, el español que había luchado heroicamente por la independencia, canjeándolo por el infame Zuazola, capturado el 2 de septiembre después de una derrota que le infligieron los republicanos. Por orden de Bolívar, Urdaneta, su Jefe de Estado Mayor, escribió a Monteverde ofreciendo el canje, a condición de que se aceptara en un término de tres horas, al cabo de las cuales se ejecutaría a Zuazola. Monteverde se negó y amenazó fusilar a dos americanos por cada español que los republicanos ejecutaran; pero la respuesta de Bolívar fue característica: «Si el intruso ex Gobernador Monteverde está pronto a sacrificar dos americanos por cada español o canario, el Libertador de Venezuela está pronto a sacrificar 6.000 españoles y canarios que tiene en su poder, por la primer víctima americana.» Bolívar ahorcó a Zuazola. Pero Monteverde respetó la vida de Jalón, fusilando en su lugar a otros cuatro oficiales. Bolívar no hizo nada. Ortigosa y Linares aseguraron a Heredia que Bolívar «todavía repugnaba el asesinar a sangre fría, deseaba sinceramente quitarse de encima el embarazo que le causaban aquellos infelices». Pero la situación embarazosa en que se hallaba se debía a su propia impul-

---

[21] *J. V. G.*, pág. 86, para fechas y texto de carta a La Guaira.

sividad. Lo que cohibía su ánimo y sus movimientos era su famoso decreto de Trujillo que lo hacía prisionero de sí mismo [22].

*

La equidad obliga a prestar la debida atención a su juventud e inexperiencia por una parte y a la dificultad de la situación general por otra. Uno de sus mayores méritos a la sazón —al que no se suele dar toda la atención que merece— es el cuidado y la habilidad técnica que parece haber consagrado entonces a la organización y ejercicio de sus fuerzas militares. Había llegado a Caracas como General victorioso, pero casi sin tropas dignas de este nombre. Así lo ilustra Heredia después de copiar una proclama de Bolívar donde aparecen sus soldados «como ángeles tutelares que os hacen salir de las selvas y os arrancan de las horribles mazmorras donde yacíais sobrecogidos de espanto, o cargados de las cadenas tanto más pesadas cuanto más ignominiosas». Añade Heredia: «Todo esto es mentira. Precisamente acababa de cesar la persecución cuando apareció por los últimos confines de Venezuela el ejército de fieras, que venía marcando sus pasos con la muerte de infinitos inocentes, y cuyos jefes gustaban de enviar por presentes cabezas de europeos septuagenarios como muestra de sus proezas. Ya estaban devueltos los bienes embargados, y solamente estaban presos, y no en mazmorras ni cargados de cadenas, los que lo hubieran estado en todo tiempo y bajo cualquier gobierno.» Luego, después de copiar una ampulosa enumeración de batallas campales (ecos del estilo napoleónico) «donde han quedado vencidos cinco ejércitos, que en número de diez mil hombres devastaban las hermosas provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas», Heredia dice:

---

[22] *Restrepo,* t. II, pág. 167, para cartas a Monteverde sobre Jalón-Zuazola: *Larrazábal,* t. I, pág. 205. Fusilados: *G. F.*, t. 5, págs. 366, 367; *Heredia,* págs. 156, 157, que no se da cuenta de la situación descrita por Restrepo, escribe que Monteverde, «influido por los furiosos de Puerto Cabello, incurrió en la bárbara quijotada de no dar oídos a la negociación, lo que costó la vida a más de 2.000 desgraciados, que de otro modo hubieran logrado salvarla y fueron asesinados en distintas épocas».

Es característico que, en su primera carta a Monteverde, Urdaneta dice que las atrocidades de Zuazola eran «una parte de los motivos que hemos tenido para declarar la guerra a muerte» (*Larrazábal,* t. I, página 204); mientras que sabemos por *O'L.*, t. I, pág. 198, que «en Barinas fue en donde vino el general Bolívar a saber con certeza que en Maturín y en Güiria se combatía también con suceso por la causa de la patria». Por lo tanto, Bolívar no podía haberse enterado de las atrocidades de Zuazola en Trujillo, donde declaró la guerra a muerte.

«Toda esta pomposa descripción sólo tiene de verdad los nombres y los lugares, y el progreso que fue muy rápido, según he dicho; pero ni hubo batallas campales sino escaramuzas y dispersiones o retiradas, ni menos ejército sino reuniones tumultuarias de gentes sin disciplina, que todas juntas no compondrían la mitad del número que se pondera, y en las cuales nunca se presentaron quinientos hombres aguerridos.» Puesto que Bolívar conquistó a Caracas con menos tropas que las que Monteverde disponía para defenderla, llegó, pues, a la capital sin tropas dignas de tal nombre, y desde luego con menos de quinientos hombres aguerridos. Pero también sabemos por el mismo autor que el 5 de diciembre, a los cuatro meses, derrotaron a dos divisiones españolas, tropas patriotas de las que dice Heredia que «se componían de lo mejor que Bolívar había podido reunir en Caracas, y los valles de Aragua, estaban muy bien disciplinadas, y venían llenas de entusiasmo, o lo tenían los que las conducían» [23].

Ésta fue la gran obra de Bolívar durante las primeras semanas de su Gobierno. Obra de suma dificultad. El país se hallaba físicamente devastado y desorganizado en cuerpo, moralmente dividido y en general hostil. En no pocos lugares, entre ellos San Francisco de Yare, donde Bolívar tenía bienes, los negros se alzaron (26 agosto 1813) proclamando lealtad a Fernando VII. Bolívar decretó la confiscación de los bienes de todos los emigrados españoles, así como un empréstito forzoso de 120.000 pesos. Parece que había esperado cuantiosas donaciones, pero quedó tan defraudado que ofició a José Félix Ribas (21 septiembre 1813): «Mérida solamente, aunque desolada por el terremoto y por las tiranías de los gobernantes españoles, ha entregado treinta mil pesos y ochocientas caballerías para el sostenimiento del Estado. Los habitantes de Caracas se han comportado de diverso modo [...], se necesitan medidas correctivas para hacerles entender su deber. Por consecuencia el general en jefe dispone que se exijan desde luego en esa capital donativos forzados a proporción de los haberes de cada uno; entrando además bajo el mismo respecto todo americano cuyas opiniones políticas hubiesen sido contrarias al sistema republicano de Venezuela. La imposibilidad sólo podrá eximir a unos y a otros de este deber; y el pasar por las armas a tres o cuatro que lo rehúsen, enseñará a los demás a obedecer» [24].

---

[23] *Heredia*, págs. 163-165, 176.

[24] Pueblo hostil: *O'L.*, t. I, pág. 219; donde, descritos los errores de los republicanos, y la audacia de Monteverde, termina diciendo: «Casi

No eran estas palabras mera amenaza. Por sospechas de conspiración contra la causa de la independencia y sin forma alguna de proceso, Bolívar hizo fusilar a sesenta y nueve españoles y canarios en unos cuantos días a partir del 21 de septiembre de 1813, fecha de su carta a Ribas. Pocos días antes, el 17, Rafael Diego Mérida, su Ministro de Justicia, escribía a Mendoza, Gobernador político de Caracas: «*Reservado.*—El general en jefe de estos Estados ha dispuesto que inmediatamente se pasen a las cárceles y bóvedas de la Guaira, con la custodia y seguridad correspondiente, todos los españoles europeos e isleños, sin excepción de persona alguna, sea la que fuere, y os lo comunique, como lo ejecuto, para que lo cumpláis exactamente.» Y el 15 de octubre de 1813 Ribas oficiaba al Gobernador interino de Caracas: «A las ocho del día de mañana pondrá Vd. en seguras prisiones a todos los españoles y canarios que se hallen sueltos, hasta aquellos a quienes yo mismo, o el general Bolívar hayan dado papel de seguridad, los cuales no sólo serán presos sino asegurados con grillos.» El día anterior, los magistrados de Caracas habían otorgado a Bolívar el título de Libertador. La situación militar no tenía nada de brillante, y es posible que la ceremonia haya sido una de las medidas adoptadas para estimular el celo político de los patriotas no muy patriotas. El éxito escaseaba. El 15 de noviembre, Ribas, Gobernador militar de Caracas, publicó el bando siguiente: «El Gobierno ha visto con el mayor asombro el ningún efecto producido por el alarma tocado en la mañana de este día, y casi no quiere creer que unos habitantes que han experimentado ya toda la ferocidad del yugo español, se hagan sordos al convite que su patria les ha hecho para salvarse y salvarlos. Este procedimiento me obliga a tomar medidas enérgicas y vigorosas y a desenvainar la espada para el venezolano indolente, pusilánime o malvado, que en momentos críticos no contribuya con su persona a la defensa común. Se repetirá, pues, el toque de alarma a las cuatro de la tarde de este día, y todo aquel que no se presente en la Plaza Mayor, o en el Cantón de Capuchinos, y se le encontrare en la calle o en su casa, sea de la edad o condición que fuese, será pasado por las armas sin más que tres horas de capilla, ni otra justificación que la bastante para hacer constar su inasistencia» [25].

---

todo el pueblo de Venezuela volvió, y no con disgusto, a la antigua obediencia.»

Sobre negros: *J. V. G.*, pág. 87; empréstitos forzosos y confiscaciones: *Restrepo*, t. II, pág. 168; Bolívar a Ribas: *J. V. G.*, pág. 90.

[25] *J. V. G.*, págs. 90, 91, 93.

El francés Depons escribe que «durante más de doscientos cincuenta años España poseyó la provincia de Venezuela y sus dependencias sin tener que apoyar su autoridad con tropas de línea»; y el venezolano José Domingo Díaz hace constar que «desde el año 1787 en que se estableció en nuestra patria el tribunal de la Audiencia [hasta el fin del régimen español] no fueron castigados con ella [la pena de muerte] sino once personas acusadas convencidas y confesas de crueles asesinatos, que habían ya residido muchos tiempos en las cárceles». El contraste con la situación de la República es notorio [26].

La primera impresión que deja en el ánimo es que los ideales por los que lucharon los opulentos caudillos mantuanos no tenían arraigo en el pueblo. De ser así, no implicaría necesariamente reprobación de los caudillos mantuanos. Si imprudentes por su separatismo, desde el punto de vista de la estructura política mundial, y por su imperiosa precipitación, fueron no obstante prudentes en su deseo de elevar el nivel de autonomía local y de libertad de la nación a cuya cabeza los había colocado la suerte. Pero la dificultad venía de más hondo y significaba más que un mero duelo entre el régimen de España y el separatismo, conflicto al que se le suele confinar. Venezuela había entrado en una fase de caos por haberse anemiado y hasta desvanecido la única fuerza entonces capaz de equilibrar las tendencias anárquicas del individuo: la monarquía. La tradición, el peso del Estado, la hondura de la religión y de las raíces históricas del sistema habían sido el conjunto de fuerzas que, contrarrestando las anarquías individuales, habían mantenido al país en paz y placidez, y a cada hombre tranquilo y dueño de sí. Al derribarse el imponente edificio, por efecto combinado de la agresión napoleónica y de la fermentación local, las fuerzas dispersivas de los individuos se dieron libre juego. Venezuela cayó víctima de caudillos locales que tiraban de aquí y de allá según se lo permitían su ambición y las ocasiones. Que estos caudillos lucharan por o contra el régimen de España era cosa secundaria. Lo esencial es que todos luchaban cada uno para sí. Bolívar, Ribas, Briceño, Mariño, Monteverde, Reyes Vargas, el cura Torrellas, Carlos Blanco, el catalán Millet, fueron los primeros de una serie de caudillos de fortuna que se dispusieron a escalar, cada cual por su sendero, las cuestas empinadas hacia la cumbre del poder que la caída de la monarquía había dejado vacante. Unos subían por la vertiente realista, otros por la republicana; y el

---

26 *Depons*, t. I, pág. 308; *J. D. D.*, pág. 122.

caos político en que todos luchaban se reflejaba en sus almas individuales dando lugar a la anarquía frente a la ley, a la crueldad frente a la caridad. Poco más tarde, uno de los caudillos más vigorosos, díscolos y crueles que aquel caos dio de sí, iba a lanzarse al campo devastando la tierra que pisaban sus caballos hasta echar a Bolívar de Caracas.

CAPÍTULO XXII

LA PRIMERA DICTADURA

El caudillo conocido en la Historia de Venezuela con el nombre de Boves, se llamaba José Tomás Bobes y de la Iglesia, y había nacido en Oviedo el 18 de septiembre de 1782. Le llevaba pues a Bolívar diez meses de edad. Su padre había sido un modesto empleado municipal de la ciudad, y su madre una inclusera, como lo indica el discreto apellido «de la Iglesia». Boves quedó huérfano de padre a los cinco años, y su madre tuvo que criar a las dos hijas y al niño a fuerza de constancia y trabajo. Fue lavandera y asistenta, y más tarde se instaló en Gijón, donde José Tomás, gracias a la abnegación y a los ahorros de su madre, ingresó en el Instituto Real Asturiano, estudió y aprobó aritmética, álgebra, geometría, trigonometría y náutica, y obtuvo al fin el diploma de piloto, aunque sólo para la marina mercante. El joven Boves aspiraba a más. De Gijón pasó al Ferrol, donde por último se examinó con éxito de piloto de la Marina Real [1].

Poco o nada se sabe de su carrera en la Marina, aunque es casi seguro que entró en conflicto con las autoridades, probablemente por proteger el contrabando en vez de perseguirlo. El caso es que cesó de pertenecer a la Marina, ya por voluntad propia ya por necesidad, pasando a mandar un bergantín mercante perteneciente a la casa Plá y Portal, armadores que comerciaban con Venezuela y las Antillas. El *Ligero* cubría la línea de la Península a Trinidad. Consta que en este período Boves abonaba a su madre escrupulosamente una pensión anual. A los dos años de mandar el *Ligero*, terminó por instalarse en Venezuela, en la ciudad de Calabozo, donde puso en pie un ne-

[1] *Bobes-B. C.*, cap. VIII.

gocio de mulas y caballos que compraba a los llaneros. Parece que por esta época comenzó a crecer su fama de hombre forzudo, honrado y equitativo que le ganó entre los indios el apodo de *Taita*, es decir, patrón, padre, caudillo. Gradualmente, el piloto varado fue aficionándose a los caballos, que eran su negocio. Vivía en las cercanías de los inmensos campos de Esmeralda, donde galopaban los llaneros y pronto llegó a ser maestro de jinetes en un país en donde todos lo eran, hasta que terminó por dedicar la mayor parte de su vida a cabalgar recogiendo y convoyando caballos y mulas, mientras encargaba de la parte sedentaria del negocio a un viejo indio leal e inteligente [2].

Una provocación vino entonces a transfigurar al negociante en caballos en un caudillo de caballería y un monstruo de crueldad. Hacia fines de 1812, el oficial republicano Escalona, el mismo que había iniciado los malos tratos en las bóvedas en 1810, entró en Calabozo para reclutar gente. Algunos soldados de su fuerza invadieron el almacén de Boves instándole a que se alistara. Boves se negó, y los patriotas se apoderaron de él por la fuerza, lo maniataron y se lo llevaron en un carro a la cárcel. Poco después se presentó Escalona en la celda donde Boves se hallaba cargado de grillos todavía, con intento de convencerle; pero al verse recibido por Boves con una andanada de furiosos insultos, el oficial republicano lo abofeteó repetidas veces. Aquellas bofetadas iban a costar a Venezuela ríos de sangre. Entretanto la soldadesca republicana, que saqueaba en Calabozo las casas de los españoles, incendió el almacén de Boves, asesinando al anciano indio que lo regentaba. El caudillo indio Reyes Vargas llegó en aquel momento a la ciudad con fuerzas realistas superiores, salvando a Boves la vida. Boves ofreció sus servicios a Monteverde, que le concedió el despacho real de Capitán de caballería, encargándole de reclutar un escuadrón de lanceros entre sus antiguos clientes del Llano [3].

En cosa de días se presentó en Calabozo el nuevo Capitán al mando de ochocientos lanceros. ¡Y qué lanceros! Hombres

---

[2] *Bobes-B. C.* niega que Boves hubiera sido procesado. Pero parece difícil recusar a *Heredia*, pág. 182: «estuvo preso y procesado en Puerto Cabello por su manejo en un buque corsario». Lo cual explicaría mejor por qué dejó la marina para meterse en un almacén de Calabozo. El relato de *Bobes-B. C.* pierde coherencia sin el proceso. La versión de *Ducoudray*, t. I, pág. 182, parece muy probable: «Obtuvo el mando de una cañonera guardacostas para impedir el fraude en perjuicio de la aduana. En lugar de apoderarse de los contrabandistas, se dejó comprar y los protegía; y descubierto y denunciado, fue expulsado y sentenciado a varios meses de cárcel.»

[3] Sobre Escalona, nota a XVII. 2. (4). *Bobes-B. C.*, loc. cit.

de tierra, todavía en la fase pastoral de la cultura, injertos del tallo español en la raíz india, formando con sus caballos un solo ser en armonía perfecta; hombres que se nutrían de carne apenas asada y sin sal, de miel silvestre y de leche aceda; que dormían sobre el suelo con la silla por almohada, y (de tener árboles a mano) sobre hamacas. Eran los llaneros la materia prima más valiosa del mundo para formar caballería. Hubieran debido ser inestimables para Monteverde en aquellos primeros días de 1813 en que Bolívar preparaba su avance sobre Caracas; pero Monteverde no era capaz de utilizar arma tan maravillosa. Suele referirse aquí que se contentó con nombrar a Boves Comandante militar de Calabozo y que Boves dispersó a casi todos sus hombres dejando sólo unos cuantos de guarnición en la ciudad. El episodio es oscuro; pero la explicación más razonable quizá sea que Monteverde, que había escalado el poder por la indisciplina, no las tenía todas consigo en presencia de un hombre tan osado al mando de una tropa de jinetes tan aguerridos [4].

En el desempeño de su cargo como Comandante militar de Calabozo, descubrió Boves en Espino, pueblo sobre el Orinoco, una conspiración en favor de Mariño. Entonces fue cuando comenzó a dar señales de su índole cruel, sometiendo a sus víctimas a la tortura mental de un simulacro de fusilamiento. Creció en la opinión pública local la irritación contra su arbitrariedad, y los quejosos obtuvieron de Monteverde (probablemente sin gran dificultad) que lo enviara a servir a las órdenes de Cagigal, a la sazón jefe de las tropas realistas que operaban contra Mariño y Bideau en Oriente. Así comenzó una rivalidad nacida de cualidades y defectos por ambos lados: pues Cagigal era un buen militar de carrera, con ideas europeas sobre el arte bélico, liberal desdeñoso de todo saqueo o crueldad; y Boves era un llanero, más bravo y generoso personalmente, pero ávido de saqueo y de sangre [5].

*

En cuanto a crueldad, Boves tenía un rival digno de él en el campo opuesto: Arismendi. Y es curioso que la espantosa carrera de Arismendi comenzó precisamente como la de Boves, con una escena de malos tratos inmerecidos e inhumanos por parte de sus enemigos. Como el incidente ocurrió en la Isla de

---

[4] *Bobes-B. C.*, págs. 126-128, intenta poner en entredicho la autoridad de Heredia porque no quiso tomar partido en la guerra civil. Por esta misma razón es de preferir el testimonio de Heredia al de *B. C.*

[5] *Heredia*, pág. 182.

Margarita, que va a desempeñar en esta fase de la contienda un papel importante, conviene relatarlo con cierta latitud. Comienza la historia con el Sargento español Pascual Martínez, que ascendió a Teniente, se pasó al campo opuesto como insurgente o patriota, de cuya traición intentó hacer negocio pidiendo a la Junta de Caracas el grado de Coronel. Otorgósele el de Teniente Coronel, con el cual pasó a mandar tropas patriotas a Cumaná; pero volvió a La Guaira rebajado a Comandante por actos de indisciplina; y en el camino, por mar, fue apresado por un navío español. Pascual Martínez, para salvar el pescuezo, cambió otra vez de casaca, y figuró en las tropas de Monteverde durante el avance de Coro a Caracas, distinguiéndose sobre todo por sus proezas, ya terminadas las batallas, contra los heridos indefensos y los paisanos. Una de las numerosas pruebas de la insensatez de Monteverde fue el haber nombrado a este sujeto Gobernador militar de Caracas, donde su conducta fue abominable; a pesar de lo cual (o quizá por ello) se le confió el gobierno de Margarita; y Monteverde lo elogia en un informe a Madrid (20 marzo 1813), porque «uno de sus primeros cuidados fue el de capturar y remitir a los calabozos de la Guaira y Puerto Cabello a los peligrosos». Pascual Martínez fue uno de los tiranos más crueles contra los que tuvo que luchar constantemente la Audiencia en nombre de las leyes españolas y en pro de los derechos humanos [6].

Ni tampoco hay que imaginarse que tras tanta crueldad y tiranía se ocultara, aunque mal comprendida, la lealtad al Rey y al Estado español. Su mujer era canaria y tenía muchos parientes, gentes sin educación que aspiraban a puestos en el Cabildo como regidores y otros «destinos —dice Urquinaona con aguda sequedad— reservados por inmemorial costumbre para otra clase de individuos». Entre esta clase figuraba en Margarita Don Juan Bautista de Arismendi, Comandante de milicias blancas o de españoles. Este «hombre moderado y de costumbres pacíficas» había sido uno de los jefes del movimiento separatista en 1810, y constituido la Junta de Margarita, que lo hizo Coronel. Temiendo por su vida se había refugiado en una de sus haciendas tierra adentro. Martínez se apoderó de sus hijos y anunció que los haría fusilar si el padre no se presentaba a las autoridades. Arismendi se entregó y fue remitido a las bóvedas de La Guaira, mientras su mujer y sus hijos quedaban reducidos a la pobreza absoluta. Pocas acciones cometidas por la autoridad española en Venezuela estaban lla-

---

[6] *R. D. U.*, págs. 78-80; *J. V. G.*, pág. 107; *Restrepo*, t. II, pág. 124.

madas a tener consecuencias más graves que esta del indigno Gobernador de Margarita [7].

La Audiencia se alzó en favor de los margariteños perseguidos, y consiguió se pusiera en libertad a casi todos, entre ellos a Arismendi. Hasta entonces no habían tomado los margariteños parte notoria en la guerra civil que ensangrentaba la Costa Firme; pero Arismendi, durante su estancia en La Guaira, se puso a la cabeza de una conspiración para poner fin a la tiranía de Pascual Martínez. Ya comprometido, cometió el error de regresar a la Isla, donde el Gobernador lo hizo encarcelar otra vez, quizá por tener noticia de lo que se urdía. A su vez Martínez cometió el error de dejar en libertad a muchas de sus ex víctimas, también regresadas a Margarita. Pasada una primera fase de sumisión, durante la cual se procuraron los conspiradores bastantes armas, la Isla se alzó al grito de *viva el Rey y muera el mal Gobierno*. La guarnición se rindió (13 junio 1813). Arismendi se precipitó sobre los rendidos, sacrificando a veintinueve [8].

Este suceso vino como pedrada en ojo de boticario a la campaña que Mariño venía haciendo en la región de Cumaná. Unos ochocientos hombres, con cuarenta cañones, se habían visto obligados a encerrarse en Cumaná después de brillantes operaciones dirigidas por Mariño. Pero para completar el cerco de los españoles Mariño necesitaba fuerzas de mar. Margarita era una isla de pescadores, que le proveyeron de embarcaciones menores, de tripulaciones y hasta de un aventurero italiano, José Bianchi, que actuó de Almirante. El Gobernador real de la región oriental, Antoñanzas, y su lugarteniente, el venezolano Quero (que había sido Gobernador de Caracas bajo Miranda antes de pasarse a los realistas), fingieron negociar, pero consiguieron escaparse (2 agosto 1813), no sin pérdida de cinco de sus barcos. Antoñanzas, herido, murió en Curaçao. Mariño entró en Cumaná e hizo fusilar a 122 españoles. Cervériz, que mandaba en Yaguaraparo, retrocedió a Angostura, pero antes hizo ejecutar a uno de los lugartenientes de Mariño, Bernardo Bermúdez de Castro, suceso que contribuyó no poco a hacer del hermano de la víctima, Francisco, rival de monstruosa crueldad de Boves y Arismendi. Mariño envió a Piar contra Barcelona, donde Cagigal se había retraído después de hábil

[7] *R. D. U.*, págs. 80, 81; *Yanes-M.*, págs. 219 y sigs.; *J. V. G.* y *Restrepo*, loc. cit.

[8] *J. V. G.* no me parece muy sincero en este punto, ni tampoco *Restrepo* lo es del todo. No cabe dudar de que Arismendi había conspirado contra el régimen antes de regresar a Margarita; y, por lo tanto, estaba justificado se le encarcelara. Cf. *Yanes-M.*

campaña en inferioridad de fuerzas. Pero, al enterarse de la caída de Caracas, Cagigal se había retirado hacia el Orinoco y la Guayana, por parecerle esta última provincia base imprescindible para futuras operaciones. Por esta causa evacuó a Barcelona (19 agosto 1813). Dos de sus segundos, Boves y Morales, prefirieron quedarse en los Llanos, cuyo valor estratégico habían descubierto, pues, como dice Restrepo, «era antes desconocida la importancia de los Llanos de Venezuela». Ni Bolívar ni Mariño se habían dado cuenta de ella. Para luchar en Venezuela era menester ir a Los Llanos. Gracias a Boves y Morales, dos rudos, rudísimos españoles, la verdadera lucha iba, pues, a comenzar [9].

*

Mariño, que se había proclamado a sí mismo Libertador y Dictador, lo mismo que Bolívar, envió a Caracas dos emisarios a informar al Libertador y Dictador de Occidente que las provincias orientales se hallaban ya libres de los españoles, y a negociar un acuerdo sobre todo lo concerniente al Gobierno y organización política de Venezuela libre. Bolívar se percató desde luego de que la embajada de Mariño tenía por objeto informarle no sólo del ocaso de los españoles, sino del orto de Mariño. Otra vez se verificaba la ley permanente de la psicología política española: que el separatismo lleva a la dictadura. Separatistas de España, los dos caudillos se separaban el uno del otro a fin de erigirse en dictadores cada uno de su medio país. El Libertador se tornaba Dictador por naturaleza. «Por entonces —escribe Restrepo— nada se pudo adelantar sobre una cuestión tan importante como difícil, pues ninguno de los dos jefes supremos quería sujetarse al otro», aunque se hicieron mutuas ofertas de auxilio militar, y Bolívar rogó a Mariño enviara una división para batir a los realistas en Los Llanos, y fuerzas navales para bloquear a Puerto Cabello [10].

Esta plaza era de suma importancia para Bolívar, pero aunque hubiera podido tomarla con relativa facilidad mientras se embriagaba en Caracas con el vino generoso de la gloria, ya para fines de agosto había conseguido Monteverde ponerla en buen estado de defensa. A su vez Bolívar tenía ya por entonces que atender a otros problemas; se habían dispersado los negros alzados del valle de Tuy, pero seguían haciéndose fuertes en guerra de guerrillas; Boves había derrotado a los patriotas en Santa María de Ipere; y el indio Reyes Vargas,

---

[9] *Restrepo*, t. II, págs. 125, 171-175.
[10] *Restrepo*, t. II, pág. 177.

con el cabecilla-clérigo Torrellas, entorpecía las comunicaciones de Bolívar con el oeste. Frente a tantos peligros, sólo le quedaban ochocientos hombres. Sin embargo, con tan pocas fuerzas, Bolívar organizó el sitio de Puerto Cabello y aun trató de tomarlo por la fuerza durante la noche del 31 de agosto; operación de más arrojo que juicio, que terminó en completa derrota de los patriotas con grandes pérdidas, sobre todo de oficiales, entonces harto escasos en las filas republicanas [11].

El 13 de septiembre de 1813, la fragata española *Venganza*, una goleta y seis transportes con el regimiento de Granada a bordo llegaron a la vista de La Guaira. Los patriotas sabían que se acercaban estos refuerzos para el adversario. Ribas se presentó en La Guaira para apoderarse de la expedición por medio de un ardid de guerra. Se izó el pabellón español, y sacaron de las bóvedas, donde se hallaba prisionero, al Coronel Mármol, a quien aterrorizaron para obligarle a servir de cebo a fin de atraer a sus compañeros a la trampa que les tendían los patriotas. Ya entonces, cuenta Heredia, estaba Mármol, «moribundo y tan enajenado que no sabía lo que hacía». El segundo Comandante de la fragata, que había desembarcado, observó «su aspecto cadavérico y palabras cortadas», y, concibiendo sospechas, se apresuró a comunicárselas a su jefe. Escapóse el convoy con ligeras pérdidas y fue a desembarcar a Puerto Cabello, donde lo recibieron con entusiasmo [12].

Sin embargo, de primer pronto, los refuerzos empeoraron la situación de la ciudad cercada, que carecía de víveres. Era necesaria una salida; pero dio lugar a la derrota de Naguanagua, camino de Valencia; acción en que ganaron los patriotas fama y confianza en sí, ya que por primera vez derrotaron a tropas regulares europeas bien organizadas. El contingente patriota iba al mando de un joven granadino, Girardot, que pereció en la batalla. Bolívar decidió consagrar esta pérdida con la mayor pompa fúnebre y militar. Decretó un mes de luto para toda la nación y organizó un cortejo fúnebre para enterrar el corazón de Girardot en una capilla especial construida al efecto en la catedral de Caracas. Con la vista puesta en la opinión pública, el joven Dictador aspiraba así al mismo tiempo a halagar el amor propio de la Nueva Granada y a estimular el patriotismo de sus conciudadanos por medio de una ceremonia de gran estilo [13].

---

[11] *Restrepo*, t. II, págs. 178, 179.
[12] *Heredia*, pág. 186.
[13] *O'L.*, t. I, pág. 229; *Heredia*, págs. 171, 172.

El decreto sobre la muerte de Girardot está firmado en «Valencia, a 30 de septiembre de 1813, año tercero de nuestra independencia y primero de la guerra a muerte.» Bolívar había adoptado esta forma para todos los documentos que firmaba desde el decreto de Trujillo: lo que revela a las claras su persistencia consciente en hacer la guerra sin cuartel. Es evidente, y así se desprende de la inclinación natural de su ánimo durante toda su vida, que para Bolívar la pena de muerte era el atajo más cómodo para forzar la obediencia. El 6 de septiembre lanzó una proclama amenazando con la muerte a todos los americanos «que se unieran a los realistas para turbar el orden y la tranquilidad pública», y aun a los que se hallaren bajo vehemente sospecha de tal proceder; y durante el sitio de Puerto Cabello dictó un decreto condenando a muerte a todos los que defraudasen la renta de tabacos, así como a los magistrados culpables de mitigar esta pena, por connivencia, parcialidad o cualquier otra causa. Por entonces, José Domingo Díaz, temeroso de lo que pudiera ocurrir a los prisioneros amenazados de exterminio en las bóvedas de La Guaira, había presentado al Gobernador de Curaçao, General Hodgson, una petición con numerosas firmas de desterrados españoles. Hodgson escribió a Bolívar, quien le contestó en largo documento característico de su estilo claro y enérgico, de sus pasiones mestizas y de su completo desdén para con los hechos que no le convenían. Así, por ejemplo, la ejecución de Briceño y de sus compañeros, correctamente judicial y llevada del modo más irreprochable, figura en la respuesta de Bolívar a Hodgson como una atrocidad más a nivel con las iniquidades de Zuazola, de Cervériz y (para citar a Urquinaona) de otros «imitadores de Kirke en Bridgewater». Y, sin embargo, este hombre que así asumía el magno papel de Ángel Vengador, representante del Dios de la justicia, mandaba entonces ejecutar a sus propios compatriotas por el mero delito de defraudar la renta de tabacos [14].

*

Por aquel entonces andaban reclutando llaneros dos caudillos españoles: Boves hacia Oriente y Yáñez a Occidente. Boves y su segundo, Morales, lograron reunir hasta dos mil lanceros, que armaron con picas hechas de barras de hierro arrancadas de las rejas de las ventanas; y con esta fuerza derrotaron a los patriotas en Santa Catalina, entre Calvario y Calabozo (20 septiembre 1813). Boves, caudillo sin piedad

---

[14] *Restrepo*, t. II, pág. 182; *R. D. U.*, t. II, pág. 56.

para con el vencido, dejó que sus tropas saquearan la ciudad de Villa del Cura. Bolívar pensaba a la sazón abandonar el cerco de Puerto Cabello. Alarmado al recibir la noticia de los éxitos de Boves, mandó contra él a otro español, Campo Elías, quien después de reunir mil infantes y mil quinientos jinetes en un plazo increíblemente corto, derrotó a Boves en Mosquiteros, cerca de Calabozo. Campo Elías hizo ejecutar a numerosos ciudadanos de Calabozo por el auxilio que habían prestado a Boves, así como a muchos soldados americanos que cogió prisioneros en las filas realistas [15].

Entretanto, Bolívar escribía informes animosos y optimistas a los emisarios de Mariño; pero el Dictador de Oriente no se dejaba conquistar. Si en esta fase hubieran obrado de concierto ambos libertadores, les habría sido fácil privar a Boves de su libertad de acción en Los Llanos. Pero, a pesar de su derrota en Calabozo, Boves logró escaparse hacia Los Llanos, que eran su elemento, mientras Mariño permanecía pasivo a la expectativa, y Bolívar, cada vez más caviloso, veía crecer el nublado que contra él se preparaba en Occidente, donde iban aumentando día a día las fuerzas españolas. Hacia mediados de septiembre, uno de sus lugartenientes, García de Sena, había derrotado al cabecilla indio realista Reyes Vargas en Cerritos Blancos, a corta distancia de Barquisimeto. El 22 de septiembre salió Ceballos de Coro con trescientos cincuenta infantes, pero fue engrosando su tropa hasta que, al llegar a Barquisimeto, contaba ya con dos mil. Bolívar había enviado a Urdaneta para hacerle frente; pero al informarle Urdaneta que necesitaba refuerzos, el Libertador decidió llevárselos en persona. Asumió el mando de la fuerza conjunta y dio la batalla en las cercanías de Barquisimeto (10 noviembre 1813. Bolívar fue derrotado y sus tropas, presa del pánico, huyeron dejando en el campo cuatrocientos muertos, y en manos de los españoles otros tantos prisioneros, que, por haberles caído en suerte tratar con un oficial del ejército regular, salvaron la vida [16].

Pero la reacción de Bolívar ante la derrota fue terrible. «Después de la derrota de Barquisimeto —escribe su compatriota Juan Vicente González— Bolívar ordenó a Ribas por primera vez desde Caracamate *que fusilara a todos los europeos y canarios y que hiciese marchar cuantos hombres hubiese en la ciudad de Caracas, con especialidad los jóvenes estudiantes*. Ribas eludió las órdenes de muerte, pero llevó a cabo con

---

[15] *R. V. G. B.*, pág. 236; *Baralt*, t. I, pág. 197; *Restrepo*, t. II, pág. 195.
[16] *R. V. G. B.*, págs. 239-242; *Baralt*, t. I, pág. 201; *Restrepo*, t. II, página 198.

formidable impaciencia la que se refería a los estudiantes.» Tras esta impaciencia de Ribas se siente la prisa infatigable y la impaciencia del propio Bolívar. En pocos días se improvisó otra fuerza; mientras se iba desmenuzando la tropa realista, por faltarle precisamente lo que le sobraba a la fuerza patriota: una personalidad dominante. La victoria de Ceballos fue estéril. Monteverde mandó de Puerto Cabello al Coronel Salomón, venido de España al mando del regimiento de Granada, para amenazar a Valencia; pero Bolívar, en vez de esperarle en Valencia, salió en su busca, echándole el 25 de noviembre de las poblaciones que había tomado en Vigirima. Mientras estos sucesos ocurrían en el norte, las tropas realistas en el sur y en oriente se iban coordinando. Yáñez, con unos dos mil quinientos hombres, había obligado a los republicanos a abandonar a Barinas el 2 de noviembre; Ceballos avanzó desde Barquisimeto hacia Araure, concentrando así en aquel punto estratégico una fuerza de tres mil setecientos hombres, con mil cien caballos. Bolívar también iba concentrando su gente para hacer frente al peligro. Como punto de concentración había tomado a San Carlos. «Entre tanto —escribía el 26 de noviembre, con su aplomo imperturbable a los comisionados de Mariño— he dado mis disposiciones para que las tropas venidas de Caracas sigan hasta la ciudad de San Carlos, donde unidas al ejército de Occidente, aumentado ya a tres mil hombres más que menos, atacarán a Ceballos y marcharán rápidamente sobre Coro y la provincia de Barinas.» En carta a Mariño, Bolívar describe así más tarde las fuerzas con que había entrado en batalla: «Nosotros, puede decirse, no teníamos artillería, excepto dos pedreros, cuando el enemigo hacía servir en la llanura diez piezas, las más de calibre de a cuatro. Antes de la derrota de nuestra vanguardia éramos superiores en la infantería; pero habiendo tomado todos los fusiles de ella, y armado con ellos a sus astarios, entramos en la acción general con una infantería inferior» [17].

Ni uno ni otro de estos «ejércitos» hubiera pasado por tal en Europa en aquellos días. Su equipo era elemental, sus municiones escasas, su disciplina floja, su información rudimentaria, su Estado Mayor casi inexistente; y sobre todo su apego a la causa variaba desde la abnegación absoluta hasta la indiferencia completa (dos de los cuatro lugartenientes de Bolívar

---

[17] *J. V. G.*, pág. 100; *R. V. G. B.*, págs. 214, 246, 248, 250. Este autor eleva en exceso las cifras, sin tener en cuenta que el propio Bolívar da plenos detalles sobre el particular en su carta a Mariño: *C. L.*, t. I, página 85; *Baralt*, t. I, pág. 203.
Restrepo, t. II, pág. 206.

eran españoles europeos); pero casi todos estos factores hacen todavía más notable la hazaña de Bolívar. Recién salido de una derrota amarga, había conseguido reunir y organizar la fuerza militar mayor que jamás general republicano había llegado a mandar (si se exceptúa la de Miranda en su última época) y a pesar de las largas marchas en tierra difícil y a veces hostil. Para Ceballos, Araure era una posición excelente, situada en la confluencia de los valles de Acarigua y Sarare; el primero llevaba al valle del Tocuyo, fiel a España; el segundo a Los Llanos, todavía reserva ilimitada de caballería al servicio de España; derrotado, tenía, pues, dos líneas seguras de retroceso; mientras que victorioso le sería posible avanzar hacia San Carlos y Valencia, y hasta Caracas. Entre San Carlos y Araure rondaban además numerosas guerrillas o *montoneras*, al mando del Caudillo Carlos Blanco; así como masas considerables de indios hispanófilos a retaguardia de Araure; de modo que, como dice un crítico sudamericano de estas campañas, «una derrota de los republicanos en Araure podía atraer sobre ellos a las montoneras de Blanco y a los indígenas de Acarigua que habrían trocado un desastre, tal vez irremediable, en la hecatombe final del ejército independiente» [18].

Esta hostilidad general impedía a Bolívar informarse sobre las intenciones del adversario. Del 1 al 4 de diciembre avanzaron sus tropas desde San Carlos a la llanura de Araure; y al cabo de cuatro días de marchas forzadas acamparon al oeste de la ciudad. La batalla comenzó a las cinco de la mañana, desastrosamente para los patriotas, cuya vanguardia quedó destruida. Pero Bolívar no se dejó impresionar, a pesar de que con esta primera victoria le fue posible a Ceballos armar sus piqueros con fusiles. Gracias al hábil empleo de la caballería, consiguió primero derrotar a Ceballos y luego, aunque con más dificultad, a Yáñez. A mediados del día se hallaban los realistas en plena fuga, unos hacia Barquisimeto, otros hacia Guanare. «El enemigo —escribe Urdaneta, que mandaba en segundo a los patriotas— había dejado en el campo más de mil muertos, y como allí se hallaban todos los españoles y canarios que habían escapado antes de la guerra, o habían sido perdonados por algunos jefes, en el espanto de la derrota creyeron muchos de ellos que el mejor modo de salvarse era subirse sobre los árboles, de donde caían muertos a balazos. Los soldados patrio-

---

[18] *R. V. G. B.*, págs. 57, 256. Este autor, págs. 250 y 251, hincha la cifra realista en Araure hasta 7.000, no sin perder el aliento en el camino. *Restrepo*, t. II, pág. 204.
Baralt, t. I, pág. 206.

tas, amargados con la heroica muerte de los *Valientes Cazadores,* no perdonaron a ninguno.» Aquella misma noche se fusiló a los prisioneros. Bolívar, después de tomar algunas decisiones militares, se fue a Caracas [19].

*

En la hora de su triunfo, preocupaban a Bolívar tres órdenes de problemas: el pueblo estaba con España y contra él; Mariño le negaba obediencia y hasta una cooperación razonable; y la fuerza militar de los realistas, lejos de estar maltrecha, se reorganizaba rápidamente. Frente a estos tres problemas su actitud fue característica: ávido de poder, ansió asirlo por entero. Palpitaba en su seno la idea de que, con tal de que se le otorgara todo el poder y sin disputa, quedaba asegurada su victoria que arrollaría todos los obstáculos. Esta fe era el secreto de sus éxitos futuros. Fe, no en su causa, sino en sí mismo; y no en sí como instrumento de más altos poderes (fe que había iluminado los ojos de Colón y de Hernán Cortés), sino en su propio ser personal, en aquel fuego que brillaba en sus ojos negros con destellos minerales y terrestres. Poder, y más poder. Y a fin de ganarlo, Bolívar, también característicamente, halló en sus raíces españolas el modo cortesiano, y en sus celajes europeos el procedimiento francés. Bolívar presentó la dimisión [20].

Era demasiado positivo para no darse cuenta de que, puesto que el pueblo de Venezuela estaba por España y no por los republicanos, la república tenía que descansar en el ejército, conclusión que coincidía con sus instintos pretorianos. Por lo tanto, desde la primera hora se preocupó de asegurarse la opinión de sus soldados y oficiales. Lo que más cuidó siempre fue la satisfacción y el contento de sus lugartenientes. Llegó hasta a otorgar a uno de ellos, Ribas, un grado militar superior al suyo propio. El 14 de octubre de 1813, el Cabildo (dicho sea de paso, sin poderes jurídicos para tal cosa) lo nombró Capitán General, otorgándole además el título de Libertador. Pero Bolívar, en su discurso de gracias, observó que los verdaderos libertadores habían sido sus oficiales —cuyos nombres dio— y sus tropas. Generoso y noble, sin duda alguna, y sinceramente emanado de un corazón que sabía ser agradecido, era este elogio también político y astuto. Porque Bolívar estaba resuelto a ser caudillo indiscutido del Estado, y sabía que sólo podía

---

19 *R. V. G. B.*, págs. 257, 261, 262; *Baralt,* t. I, pág. 208.
20 Sobre estos precedentes españoles véase mi *Hernán Cortés.*

conseguirlo apoyándose en la fuerza armada. Por esta misma causa creó entonces la *Orden de los Libertadores*, con la que decoró a sus generales, y que iba a ofrecer poco después a su rival Mariño [21].

Su correspondencia con Mariño revela algunos de los mejores aspectos de su personalidad: paciente, hábil, claro, magnánimo, siempre dispuesto a arrostrar los riesgos de la generosidad. Durante los meses de noviembre y diciembre de 1813 le escribió con frecuencia y siempre en esta actitud. Se declaraba dispuesto a dejar subsistir dos departamentos militares distintos, pero consideraba indispensable unir a la nación en lo político, y preconizaba que las provincias eligieran pronto representante para que ellos a su vez eligieran al Presidente. Sobre esta base, halaga a Mariño diciéndole que «por premio de los sacrificios de V. E. y de las victorias con que han sido coronados, desearía que fuese el Presidente de Venezuela»; deseo fácil de expresar en quien como Bolívar se sentía seguro de la elección; y con su agudeza habitual para darse cuenta de las realidades, le escribe: «Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que les es debida. ¿Y podremos pretender dividirla en dos?» Al romper Arismendi con Mariño y pasarse al campo de Bolívar, escribió Bolívar a ambos para mediar y reconciliarlos, negándose a aceptar las ofertas de Arismendi. A pesar de tantos esfuerzos y de tanta generosidad no logró ganarse a Mariño; porque aunque en lo externo, en la actitud y en la expresión, era Bolívar irreprochable, honrado y escrupuloso, Mariño desconfiaba de él en lo interno, en el campo oculto de la intención. Ambicioso también, adivinaba la ambición de su rival; y por eso se mantuvo a distancia, cubierto por su ejército, negándose a entrar en una unión política mientras no hubiera en el país otra fuerza política que la fuerza armada [22].

Al fin y al cabo, en la fuerza armada se apoyaba Bolívar para fundar su autoridad política que su victoria sobre Ceballos, general europeo de carrera, había establecido sobre bases firmes. A fines de año, fracasado su intento de unión con Mariño, Bolívar creyó llegado el momento de hacer confirmar su dictadura de hecho por las autoridades cívicas; a cuyo fin convocó el 2 de enero de 1814 en la iglesia de San Francisco una asamblea de «empleados públicos y padres de familia», especie

---

[21] Documentos en *P. D. L.*, pág. 75, ts. 1811-1830.
[22] *C. L.*, t. I, págs. 87, 88.

de parlamento local o Junta a la española. El propio Libertador ocupó la presidencia y pronunció uno de sus discursos típicos: «Os he dado leyes; os he organizado una administración de justicia y de rentas: en fin, os he dado un gobierno [...]. Anhelo por el momento de transmitir este poder a los representantes que debéis nombrar, y espero, ciudadanos, que me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente, permitiéndome el honor a que únicamente aspiro, que es el de continuar combatiendo a vuestros enemigos.» El Gobernador de Caracas, Mendoza, propuso que continuara Bolívar en el mando; pero al instante Bolívar protestó: «Compatriotas: yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras: he venido a traeros el imperio de las leyes [...]. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria...» Y así muchas más declaraciones por el estilo. Pero, como decía Bernal Díaz de Cortés, en circunstancias análogas: «No quiero, no quiero pero échamelo en el sombrero.» Un amigo suyo, Alzuru, sin duda preparado al efecto, declaró que era necesario «marcar» al Libertador «con la espontánea y pública aclamación de la suprema autoridad dictatorial, para que constituyéndole nuestro primer Magistrado, salga, así él como la república, de la especie de dependencia con que obraba como comisionado del honorable Congreso de la Nueva Granada». Exactamente como Cortés había renunciado sus poderes ante el Cabildo de Veracruz a fin de sacudirse «la especie de dependencia con que obraba» como General nombrado por el Gobernador de Cuba [23].

Bolívar, desde luego, seguía diciendo: «No quiero, no quiero», con el sombrero en la mano. Y al hablar Mendoza otra vez sobre la necesidad de unir a oriente con occidente, se dispuso a eliminar a Mariño, con su táctica de siempre, el gesto de generosidad. «Para el Supremo Poder hay ilustres ciudadanos que, más que yo, merecen vuestro sufragio. El General Mariño, Libertador del oriente, ved ahí un digno jefe para dirigir vuestros destinos.» El Cabildo, desde luego, no tomó en consideración esta propuesta, y Bolívar tuvo que inclinarse y aceptar la dictadura que ni por asomo había soñado soltar. Dueño ya del poder, hizo que el acta hiciera constar profuso voto de gracias a Nueva Granada; no sólo por cortesía, sino para poner bien en evidencia que había cesado su subordinación al gobierno granadino. Bien es verdad que añadió que el pueblo de Venezuela deseaba ardientemente la unión total con la Nueva Grana-

---

[23] *R. V. G. B.*, págs. 8, 277, 280; *G. C.*, t. IV, págs. 35, 114.

da, y que se hizo investir del mandato de procurar obtenerla —pero ya esta vez tratando con los granadinos de igual a igual.

Esta escena ha solido presentarse ya como un acto magnífico y generoso de espíritu democrático, ya como una farsa sin escrúpulos. En el fondo no fue sino una de tantas comedias representadas por los hombres de capa y espada del Imperio español a fin de ganar el asenso de los hombres de garnacha. Empapados en derecho, pero anarquistas de corazón, los españoles solían conducirse exactamente como Bolívar lo hizo el 2 de enero en San Francisco, fiel a una tradición ya tres veces centenaria. Lo que importa, pues, en esta escena no es la ambición de Bolívar, sino su respeto para con la forma. Un Boves, un Monteverde, tan sedientos de poder como Bolívar, no hubieran sabido elevarse a su idea de la importancia de la forma. Fue comedia, sin duda, pero bien desempeñada y con buena intención. La hora requería la dictadura; el mañana requería que las instituciones permaneciesen intactas.

Pero la escena recuerda también el modo como Bonaparte se hizo declarar Primer Cónsul Vitalicio; de manera que apenas si cabe dudar que hubo imitación consciente de un precedente tan ilustre. Sabido es que Bolívar admiraba a Napoleón, a quien imitaba consciente y subconscientemente en numerosos aspectos de su vida. Hay, además, en su discurso de gracias una frase que no ha merecido hasta ahora toda la atención de que es digna: «U. S. S. me aclaman Capitán General de los ejércitos y Libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra.» Pero ¿no es extraño que este republicano se ponga de pronto a hablar de cetros y de imperios en que nadie pensaba en aquel momento —menos él, que ni siquiera se daba cuenta de que lo estaba pensando y de por qué lo pensaba?—. En los arcanos inexplorados de su alma ambiciosa resplandecían continuamente las dos coronaciones de Napoleón.

*

Día de mucho, víspera de nada. El 2 de enero queda Bolívar confirmado dictador por la solemne Asamblea de San Francisco; el 3 tiene que escribir a Mariño para implorarle que no retire la flotilla que bloqueaba a Puerto Cabello. La rivalidad entre los dos dictadores estaba permitiendo a los realistas rehacer sus fuerzas, y aunque no estaban mucho mejor avenidos que los patriotas, iban al fin a lograr su propósito. Dos motivos había que lo explican: el primero, que el país estaba todavía

por el Rey y contra los libertadores; y el segundo, que los caudillos españoles habían cerrado en torno de Bolívar un cerco que sólo Mariño podía, pero no quería, intentar romper [24].

Que el país estaba con España es el lamento constante de todos los escritores republicanos de la época, a comenzar por O'Leary, el confidente y ayudante de campo de Bolívar. Los documentos lo ilustran a veces con los colores más subidos. El 7 de diciembre de 1813 firmó Bolívar una proclama refiriéndose a aquellos de sus compatriotas que «se han prestado a ser el instrumento odioso de los malvados españoles», «se obstinan en sus delirios y los unos entregados al robo han establecido en los desiertos su residencia, y los otros huyen por los montes, prefiriendo esta suerte desesperada a volver al seno de sus hermanos, y al acogerse a la protección de un gobierno que trabaja por su bien». Bolívar ofrece a estos malos patriotas una última salida, pero dándoles sólo un mes de plazo. El 28 de enero de 1814 recordaba en otra proclama esta amnistía, ampliándola a los desertores, a condición de que se presentaran con sus armas; prohibía a las autoridades se fusilara o se le diera ningún castigo a nadie que se presentara voluntariamente; pero confirma que se fusilaría «a todos los individuos que sean aprehendidos con las armas en la mano, o en conspiración». Así se explica que, después de una victoria tan completa como la de Araure, cuando es fama que Ceballos tuvo que huir al galope con sólo veinte hombres, Bolívar no hubiera explotado su triunfo para dar fin a la guerra. Casi todas las victorias de estas campañas resultaban estériles a causa de la poca confianza que uno y otro bando abrigaba sobre el estado de cosas que el avanzar dejaría a retaguardia [25].

Bolívar se hallaba cercado por tropas españolas. A levante, Cagigal en Guayana; a poniente, Ceballos en Coro; al norte, Salomón en Puerto Cabello; al sur, Yáñez en el Apure, y Boves en el Oricono; todos preparándose a contraatacar. El primero en hacerlo fue Boves. Bolívar había mandado mil hombres contra él; pero Boves los derrotó en San Marcos, sobre el Guárico (8 diciembre 1813), despejando así el camino hacia Calabozo. Bolívar había previsto el desastre en carta a Mariño (27 septiembre 1813) pidiéndole tropas para defender a Calabozo. Yáñez tomó a Barinas (14 enero 1814), mientras Urdaneta, encargado de cubrir este frente, iba y venía sin hacer gran cosa; pero en un encuentro con un destacamento de las fuerzas de Urdaneta, junto a Ospino (2 febrero 1814), fue muerto Yá-

---

[24] *Baralt*, t. I, pág. 217.
[25] *P. D. L.*, ts. 1810-1830, págs. 79-81, 89.

ñez, y sus tropas huyeron dejando su cuerpo indefenso que los patriotas descuartizaron y distribuyeron a sus diversas guarniciones [26].

Bolívar organizó con asombrosa rapidez una fuerza que puso bajo Campo Elías y mandó a cerrar el paso a Boves. Campo Elías estableció su cuartel general en Villa de Cura, en la frontera entre la zona agrícola y la pastoral. El 1 de febrero de 1814 Boves, con unos 3.300 hombres, de ellos 600 con fusiles y los demás con picas, se puso en marcha hacia el norte; destacando en el camino a su feroz lugarteniente Rosete, que con 1.200 hombres atravesó la montaña para caer sobre el opulento valle del Tuy. Campo Elías había tomado posiciones en un lugar llamado varias veces a ser famoso en los anales de Venezuela, La Puerta, a unas dos leguas y media de Villa de Cura. Mandaba 1.200 infantes y 500 jinetes. Derrotados los republicanos, Boves fue herido de bastante gravedad, y su segundo, Morales, se contentó con apoderarse del parque de armas y municiones que Campo Elías había acumulado en Villa de Cura (3 febrero 1814). Bolívar se hallaba entonces en las cercanías de Puerto Cabello, que todavía aspiraba a reducir por el hambre y la sed. Pero al enterarse de la derrota de Campo Elías en La Puerta tuvo que resignarse a concentrar sus esfuerzos sobre Valencia, pidiendo además a Urdaneta le enviase toda la tropa de que pudiera desprenderse sin peligro. El 8 de febrero recibió Bolívar carta de Leandro Palacios que mandaba en La Guaira, observando que su guarnición era poca y el número de prisioneros era considerable. El mismo día escribía Bolívar una orden para que se fusilase a todos los prisioneros españoles sin excepción, ya en las bóvedas o hasta en los hospitales. Perecieron entonces ochocientas víctimas en Caracas y en La Guaira, fusiladas por Arismendi, y bastante más fusiladas por Bolívar en Valencia los días 14, 15 y 16 de febrero [27].

Sobre tanta sangre se ha vertido un verdadero océano de tinta explicatoria. No era necesaria ninguna explicación; pero, desde luego, la primera ola de tinta viene del propio Bolívar. El 24 de febrero de 1814, apenas transcurrida una semana, lanzaba su Manifiesto a las naciones del mundo sobre la guerra a muerte. Es inútil buscar en este manifiesto argumentos, lógica y hasta sentido. Jamás se le ocurrió a Bolívar que sus papeles de propaganda fueran otra cosa que lo que tales engendros suelen ser: actos, no pensamientos. Compárese, por

---

[26] *Restrepo*, t. II, pág. 220.
[27] *Restrepo*, t. II, págs. 222, 223; *O'L.*, pág. 259.

ejemplo, su carta-pensamiento al Secretario de Estado de Nueva Granada, en la que dice de Correa que se portó «con el valor de un soldado y el honor de un noble jefe», con su proclama donde, hablando del mismo noble jefe, le llama «el miserable Correa». Este manifiesto a las naciones del mundo es de suma importancia no por lo que dice sino por lo que revela en cuanto a su autor. Bolívar hizo ejecutar al millar de españoles por tres motivos. Era su política hacer desaparecer a los españoles del país, por las buenas si posible, y si no, por las malas; temía de un modo general la derrota y el fracaso; y por último, se acordaba de Puerto Cabello, episodio de su vida que no podía olvidar jamás. Así dice en el manifiesto: «Después que la luz de la verdad nos hizo entrar en el secreto de sus maquinaciones, abrigarlos por más tiempo en nuestro seno, era abrigar las víboras, que nos soplaban su aliento emponzoñado: era asociarse a sus crímenes: era dejar subsistir sus tramas: era aventurar manifiestamente el destino de la República, cuya pérdida anterior la causó la sublevación de los prisioneros españoles en el castillo de Puerto Cabello, que, dominándole el 1 de julio de 1812, hicieron sucumbir en el instante el resto de Venezuela.» Es pueril imaginarse a Bolívar juzgando con imparcialidad histórica o jurídica a los españoles y condenándolos a la muerte después de escrupuloso estudio de los hechos. Tampoco hace al caso argüir que de no fusilar a los prisioneros hubiera puesto en sumo peligro su propia causa, porque ¿cómo es que tenía tantos prisioneros? Y la respuesta es por haber abierto un abismo entre europeos y criollos con su decreto de guerra a muerte. Al dar la orden de fusilar a los españoles, Bolívar obraba por voluntad e impulsos propios, en línea con sus pensamientos y emociones, arraigadas en su ser, en su historia, en su tierra y en sus tres sangres y memorias ancestrales [28].

¿Y quién puede negar que en aquel día sombrío dio libre curso a pasiones que surgían de un pasado inimaginable aun para él? Porque no es posible desentenderse, como si no importara nada, de la crueldad atroz con que se llevó a cabo la ejecución, ni tampoco cabe argüir que fueron responsables de ella los gobernadores de La Guaira y de Caracas y no Bolívar. Bolívar sabía perfectamente quiénes eran aquellos dos hombres. Arismendi era un tipo de hombre todavía peor que Boves, porque Boves era capaz de emborracharse de sangre, pero no de comerciar con sangre; y Arismendi compraba vidas a

---

[28] *J. V. G.*, pág. 116; *P. D. L.*, pág. 92; *C. L.*, vol. I, pág. 50; *P. D. L.*, páginas 100, 101.

peso de oro. Este hombre, quizá el más bajo, cruel y sádico que aun aquellos días produjeron, es el que Bolívar eligió para Gobernador de Caracas. Bolívar fue también quien puso el Ministerio de Justicia en manos del infame Rafael Diego Mérida, «gran aconsejador de delitos», cuyo medio hermano Díaz Casado explotaba indignamente a las víctimas haciéndoles creer que les salvaría la vida. No hay retrato completo de Bolívar que rehúya estos hechos; y no hay relato verdadero del fusilamiento de los novecientos españoles que olvide que «en Caracas las ejecuciones no habían cesado nunca»; como recuerda Juan Vicente González, añadiendo: «mas desde el funesto día 12, mañana y tarde se fusilaba en la plaza pública, en las de San Pablo y la Trinidad y en el Matadero. A todas horas aquellos banquillos, bañados en sangre, rodeados de humanos restos, embriagaban a unos, llenaban a otros de piedad, con sus pútridas exhalaciones. Por motivo de economía se asesinaba a veces con machetes y puñales». En cuanto a La Guaira, «los degüellos comenzaron el 12 y continuaron algunos días. Se les sacaba en fila, dos a dos, unidos por un par de grillos, y así se les conducía entre gritos e insultos, coronado cada uno con un haz de leña, que había de consumir sus cuerpos palpitantes. Pocos lograban se les matase a balazos, los más eran entregados a asesinos gratuitos que se ejercitaban al machete, al puñal, y que probaban a veces su fuerza arrojando sobre el cerebro del moribundo una piedra inmensa». Este escritor venezolano, justamente indignado, añade el detalle más triste de todos: «Sobre aquel anfiteatro corrían locas de placer, vestidas de blanco, engalanadas con cintas azules y amarillas, ninfas del suplicio, que sobre la sangre y los sucios despojos bailaban el inmundo Palito» [29].

Tal era la orgía desencadenada por... ¿quién? Nadie duda de que tales feroces pasiones viven perennemente en el trasfondo animal o quizá diabólico de todo ser humano; y que, de cuando en cuando, habían salido a la luz en la historia de América, para decapitar al pobre indio inerme encadenado a un convoy, tan sólo por no poder seguir andando con su carga a cuestas; o, como en el caso de Aguirre, para asesinar vilmente a todos cuantos se cruzaban en el camino que se había trazado, y en tantos otros casos ya vistos. Pero también sabemos que bajo el antiguo régimen se habían ido domeñando tan violentas y feroces pasiones bajo la doble influencia de la Iglesia y del Estado hasta dar a los visitantes y aun a los residentes extranjeros la impresión de que los venezolanos eran hombres

[29] *J. V. G.*, págs. 128, 132, 133.

de vida quieta y de carácter manso. ¿Quién desencadenó aquella tormenta de pasión? La guerra declarada a España por el fogoso e inexperto Bolívar, primero, y después el decreto de guerra a muerte proclamado por el fogoso e inexperto Bolívar. La verdad es exigente. La verdad exige una conclusión. Y puesto que Bolívar mandó hacerlo, y lo contempló hacer por los hombres que él mismo eligió, y que nunca repudió por haberlo hecho, la verdad dice que la responsabilidad plena del hecho descansa sobre Bolívar, espíritu rector y superior a todos cuantos le rodeaban, autoridad suprema de la vida pública de su país en aquel día aciago.

CAPÍTULO XXIII

LA HUIDA A ORIENTE

Esta orgía de sangre era un desgaste de energía cuando los patriotas necesitaban tanta para organizar su resistencia contra Boves. A pesar de sus heridas, el cabecilla realista preparaba un nuevo golpe a cubierto de los constantes ataques que hacían a los republicanos sus dos feroces segundos, Morales y Rosete. El 11 de febrero, Rosete, con una turba de esclavos negros y al grito de ¡Viva Fernando VII! se apoderó de Ocumare, que entregó al saqueo, dejando por las calles y hasta en la iglesia trescientos cadáveres. Arismendi no se movió, pero Ribas acudió al socorro de la ciudad, de la que expulsó al cabecilla realista, fusilando después a todos los prisioneros. Iba, no obstante, reduciéndose el área en que imperaba Bolívar, y Boves se apercibía a tomar la ofensiva. Bolívar decidió aguardarle en país fragoso, donde le sería posible neutralizarle la caballería, arma en la que le superaba su rival. Fortificóse, pues, en su propia hacienda de San Mateo, entre La Victoria y el lago de Valencia, a fin de hacerse fuerte en la línea de Valencia a Puerto Cabello, donde tomaba contacto con las tropas que sitiaban aquel puerto. Disponía de unos 1.200 infantes, 600 jinetes y cuatro piezas de artillería. El 25 de febrero de 1814 Boves trató de cruzar el río Aragua, viéndose rechazado por Montilla; el 28 lanzó sus hombres a tesonero ataque contra el fuerte en que se había transfigurado la casa de Bolívar. La lucha costó la vida a dos jefes españoles que habían abrazado la causa de los rebeldes desde el principio: Villapol y Campo Elías. Herido, Boves tuvo que retirarse a Cura, dejando el mando a Morales. El 9 de marzo se enteró Bolívar de que Rosete había vuelto a apoderarse de Ocumare, amenazando a Caracas. Bolívar envió a Montilla con 300 hombres; pero Bo-

ves, siempre bien informado, aprovechó la ocasión para atacar otra vez el 11 de marzo. Lo hizo, no obstante, a corto de municiones y en terreno escogido por Bolívar, donde su caballería no podía desplegarse con todo vigor. Intentó Boves asediar a los republicanos, táctica que hubiera podido llevarle al éxito; pero, demasiado impetuoso, se lanzó al ataque simultáneamente por los flancos, en las colinas y de frente en el valle; y fue derrotado el 25 de marzo de 1814 [1].

Esta batalla es famosa por el episodio de Ricaurte. Este joven oficial, que Bolívar había dejado con cincuenta hombres para defender la casa de su hacienda en que se había almacenado la pólvora, al verse rodeado por los soldados de Boves, dio orden a su gente de retirarse al cuartel general, y, ya solo en el fuerte, lo hizo volar, sacrificando su vida, pero destruyendo a la vez un buen golpe de tropas enemigas, lo que salvó la situación. Tal fue la versión oficial dada después de la batalla. Pero en conversación con Peru de Lacroix, Bolívar contó después de haberse referido al caso del otro granadino Girardot, cuya muerte en el campo de batalla había celebrado con tanta solemnidad: «Ricaurte, otro granadino, figura en la Historia como un mártir voluntario de la libertad [...], yo soy el autor del cuento; lo hice para entusiasmar a mis soldados, para atemorizar a los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos. Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14 en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos; murió de un balazo y un lanzazo, y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto, y las espaldas quemadas por el sol.» No es cosa de discutir aquí la gloria de Ricaurte (al fin y al cabo, siempre salva, ya que de cualquier modo murió como bueno). Se trata aquí de Bolívar. El toque que apunta Lacroix se amolda perfectamente a su carácter. En todo momento de su carrera puso Bolívar al servicio de la causa una imaginación fértil en expedientes para atraerse a la multitud con escenas dramáticas. Poseía en sumo grado el sentido épico, sin el cual no es posible llevar a los pueblos [2].

Por fin se acercaba Mariño, y puesto que traía más gente que la que Bolívar tenía, Boves, con su habitual decisión y movilidad, giró en redondo para hacerle frente. En su marcha

---

[1] *J. V. G.*, págs. 124, 147, 152; *R. V. G. B.*, pág. 332; *Mosquera*, página 116; *Baralt*, t. I, págs. 227 y sigs.

[2] *D. B. P. L.*, pág. 225; *G. F.*, t. I, págs. 317, 318; *Mosquera*, páginas 119 y sigs. Este episodio ha dado lugar a considerable literatura. El estudio más completo es el de Cornelio Hispano en su *Colombia en la Guerra de Independencia*, págs. 94-135. Rechaza la versión atribuida a Bolívar en *D. B. P. L.*

hacia occidente, Mariño, que traía unos 3.500 hombres, los más a caballo, se agregó hasta 500 infantes que iban hacia oriente en persecución de Rosete. Este caudillo, tan experto como feroz, había dispersado a su gente desapareciendo en el monte; pero así resultaba todavía más fácil el avance de Mariño contra Boves. El 31 de marzo de 1814 se encontraron las vanguardias respectivas en Bocachica entre La Puerta y Cura. Lucharon ambas fuerzas con arrojo y tesón hasta que se les acabaron las municiones; con lo cual Boves tuvo que retirarse hacia Valencia, para reunirse con Ceballos; y Mariño, por los pasos más difíciles, cruzar los montes de El Pao y Zárate, hacia La Victoria [3].

A Mariño se le fueron muchos desertores por el camino. Pero a los generales de Bolívar, que achacaban estas deserciones a la excesiva prudencia de Mariño en abstenerse de perseguir al enemigo, hubiera podido contestar él ya desde el 7 de abril, es decir, a la semana siguiente, que Bolívar se hallaba en idéntica situación; puesto que en tal fecha ordenaba el dictador de occidente se hiciera una limpieza general de desertores fusilando inmediatamente a los que se aprehendieren. El 24 de marzo escribía Muñoz Tébar a Ribas desde el cuartel general de San Mateo que «tanto de este cuartel general como de Caracas recibe Boves frecuentes y exactos informes de cuanto pasa entre nosotros». Y Juan Vicente González comenta: «Habíase ejecutado ya el asesinato general de españoles y canarios.» Había fracasado, pues, la guerra a muerte como medida de seguridad. Pero las cosas iban a empeorar todavía, porque la guerra a muerte desencadenada por Bolívar, según él pensaba, por razones políticas, iba a dar suelta a los instintos criminales de Boves hasta límites que rebasan la imaginación [4].

Boves había abrigado la esperanza de entrar en Valencia con Ceballos, que la tenía cercada desde el 29 de marzo; pero Urdaneta defendió bien la ciudad, y al llegar ante ella Boves (25 abril 1814) acababa de decidirse Ceballos a levantar el sitio por falta de municiones. Como a Boves le afligía idéntico mal, su llegada no implicaba mejora alguna de la situación. Temeroso de que Bolívar y Mariño le atacaran conjuntamente, Ceballos se retiró hacia San Carlos. Ocurrió entonces un episodio que ilustra el fondo humano de estas campañas. Ceballos mandó a Boves volviera a los Llanos para recoger más tropas, mientras él se quedaría con las que Boves le había traído. Boves obedeció, sin duda con socarronería; pero apenas había vuelto

---

3 *Mosquera,* págs. 122, 130.
4 *Mosquera,* pág. 130; *J. V. G.,* pág. 152.

la espalda cuando comenzaron a desertar sus llaneros, hasta que Ceballos, por temor a perderlos todos, los mandó en cuerpo a Calabozo para que pudieran seguir luchando a las órdenes de su jefe favorito. Bien se echa de ver que a los llaneros les importaba más entonces el caudillo que la bandera; premonición del cambio dramático que iba a tener lugar en las guerras de Venezuela cuando, muerto Boves, hallaron otro caudillo a su gusto, que prefería luchar contra en vez de por España [5].

*

Después de breve estancia en Valencia, que halló espantosamente devastada, regresó Bolívar a La Victoria comenzando al instante sus preparativos para atacar a San Carlos, donde Ceballos luchaba con la indisciplina de sus tropas. Bolívar confió la expedición a Mariño, dándole por jefe de estado mayor a un hombre de su confianza, Urdaneta. El joven caudillo oriental, contra los consejos de Urdaneta, cayó en una celada bien preparada por los españoles, y fue derrotado en El Arao, junto a San Carlos (16 abril 1814). Bolívar tuvo que renunciar al ataque a Puerto Cabello y regresar a Valencia a toda prisa. La guerra estaba devastando todo el país. Los campos, otrora florecientes y cargados de ricas cosechas, extendían ahora sus desoladas y estériles llanuras peladas de todo vegetal. Bolívar había visto su propia casa de San Mateo destrozada por la metralla y sus cañas de azúcar devoradas por la caballería. Era hombre siempre inclinado a reflexionar, y, quizá por primera vez, impresionó su ánimo aquella maldición que la guerra venía siendo para su patria. El 16 de mayo de 1814 lanzó a sus compatriotas una proclama en la que se advierte una nota de sinceridad y de pesimismo. «La guerra se hace más cruel, y están disipadas las esperanzas de pronta victoria, con que os había excitado. Nuestros propios hermanos, unidos por siglos de esclavitud a nuestros tiranos, dilatan, Dios sabe por cuánto tiempo, la época de la libertad. El ejército ha hecho cuanto estaba de su parte [...]. No estaba en su mano el peligro de cambiar en un día hábitos inmemoriales. ¡Soldados! Si Dios nos prueba con tantas dificultades y desgracias, no nos abandona; Él quiere que merezcamos por nuestros esfuerzos y virtudes lo que sería en otros pueblos la obra de los años. Un nuevo esfuerzo, venezolanos, y vamos a destruir los enemigos de la patria.» Y aquí viene una extraña confesión que súbitamente quiebra la corteza de su política surgiendo de las pro-

---

[5] *Mosquera*, págs. 126, 131.

fundidades ancestrales de su ser hispano. «Terribles días estamos atravesando: la sangre corre a torrentes: han desaparecido los tres siglos de cultura, de ilustración y de industria: por todas partes aparecen ruinas de la naturaleza o de la guerra.» Tres siglos, dice, de cultura, de ilustración y de industria. Es decir, los tres siglos del régimen español que estaba resuelto a destruir [6].

Cagigal, entretanto, se había abierto camino de Coro a San Carlos con municiones que Ceballos necesitaba como el pan, ya que Puerto Cabello no podía suministrarlas por estar cercado, en parte por la tenacidad de Bolívar, en parte por la incompetencia de su propia guarnición. Bolívar decidió salir al encuentro de Cagigal, General cauto y muy dado a dejar que las dificultades tomaran la iniciativa. Ambas fuerzas entraron en contacto el 16 de mayo de 1814, intentando cada uno de los dos caudillos colocar al otro en postura desfavorable; Cagigal buscaba la llanura, por sentirse fuerte en caballería; Bolívar, el terreno quebrado y pantanoso. Este encuentro, que no llegó a fraguar en batalla campal, dio lugar a un buen número de duelos singulares de estilo medieval, entre oficiales de ambos bandos —curioso suceso en pleno siglo XIX—. Bolívar terminó por retirarse hacia Valencia. Carecía de víveres, en un país que hasta hacía cuatro años había sido uno de los más ricos del mundo en productos del campo. Los soldados, sin más ración que carne de burro, mala y poca, comenzaron a desertar; y Bolívar, que había perdido ya 200, tuvo que tomar medidas severas para que no se le fueran los demás: hizo fusilar a los cabecillas de los desertores y a uno de cada cinco de filas. Ribas llegó entonces a Caracas con 800 soldados, y con este refuerzo decidió Bolívar atacar a Cagigal, que se había atrincherado en una posición fuerte cerca de Carabobo, con flancos bien protegidos. El combate se inició el 29 de mayo a las nueve de la mañana. Las fuerzas eran pares; los generales tan distintos como cabía serlo. Bolívar era un guerrillero sin más escuela que la de sus propias campañas improvisadas; Cagigal, un profesional al estilo europeo. El guerrillero venció al General; la decisión a la indecisión; el genio al talento. Cagigal huyó con los restos de su caballería hacia El Pao, mientras Ceballos se retiraba a San Carlos [7].

«Con esta victoria parecía decidida la suerte de la provincia, si los insurgentes hubieran sabido aprovecharla, estrechando a Puerto Cabello y buscando a Boves antes de darle tiempo

---

[6] *Mosquera,* pág. 134; *P. D. L.,* pág. 109.
[7] *Mosquera,* págs. 136, 138.

para reforzarse. Perdieron un mes en las fiestas triunfales con que celebraban cada una de sus ventajas, y a principios de julio se hallaron los dos famosos libertadores con una nube de caballería compuesta de zambos y negros que amenazaba a Caracas por la sabana de Ocumare y a los valles de Aragua y Valencia por la villa de Cura.» Era la caballería de Boves. Indiferente a los peligros que corrían Ceballos y Cagigal, Boves se había quedado en Calabozo hasta el mismo día, 29 de mayo, en que huía Cagigal derrotado; entonces comenzó a operar por su cuenta, ya solo en la escena por el lado español. Recordando la derrota de Campo Elías en La Puerta, Bolívar mandó a Mariño para que ocupara aquella posición con 1.700 infantes, 700 jinetes y 7 cañones. Fue curiosa reacción, casi gesto supersticioso. Lo indicado entonces era concentrar todas sus fuerzas contra Boves; pero Bolívar las dispersó, mandando a Urdaneta en persecución de Ceballos, y a Jalón para perseguir a Cagigal. Es posible que esta disposición defectuosa de sus tropas se debiera a motivos políticos; pues Bolívar quería tener contentos a todos sus generales dándoles mandos independientes. Pero, si no miente la tradición, pudiera muy bien ser también que Bolívar mandase así a derecha e izquierda a sus generales mientras él, descansando sobre sus laureles, se entregaba a la placentera compañía de Josefina Machado en una especie de Capua que se había instalado en una quinta de las cercanías de Caracas. Es posible que fuera entonces, recién dado al goce de recoger y gustar las rosas del poder, cuando (según cuenta el Almirante inglés Fleming) propuso al Arzobispo Coll y Prat que, para terminar la guerra con Boves, le nombraran a él Virrey, y se comprometía a desarmar a sus tenientes [8].

Entonces vino a sacudirle súbitamente la nueva de la llegada de Boves. El feroz caudillo asturiano se presentó en las cercanías de La Puerta a mediados de junio. La Puerta es una llanura a unas dos leguas de Villa de Cura, con un collado a cada punta. Mariño había tomado excelentes posiciones en el collado más cercano a Villa de Cura, de fácil defensa e infranqueable para la caballería de Boves. Dándose cuenta de esta situación, el caudillo llanero intentó forzar a Mariño a que bajase al llano. El 15 de junio de 1814 llegó Bolívar con su estado mayor, encargándose del mando. Boves atacó con su infantería el centro de Bolívar, dirigiendo en persona un ata-

---

[8] *Heredia,* pág. 200; *Mosquera,* págs. 141, 142; *D. L. H. M.,* páginas 285, 288. Archivo del Gobierno francés. Min. des Aff. Étr., Colombia 1829-1830, t. 6. Carta de Fleming a Peña, Valencia, 16 de marzo de 1830.

que de caballería contra el flanco derecho de los patriotas, que, derrotados, se pusieron en fuga. Pero Boves logró cortarles la retirada, y poco después escribía Bolívar a Ribas: «A las dos de la tarde de ese día ha huido cobardemente nuestra caballería en la acción de La Puerta [...], la infantería se ha batido como acostumbra *divinamente* [...]. De cuantos golpes ha recibido la patria, ninguno es más pequeño que éste, pero ninguno es más fatal.» A su vez, Boves informaba: «Los rebeldes, enemigos de la humanidad, han sido derrotados completamente en La Puerta al mando de los titulados generales Bolívar y Mariño. 3.000 fusiles, 9 piezas de cañón, entre ellas un obús de 9 pulgadas con todo lo demás de guerra, cayó en mi poder, con también su almacén de municiones que tenían en Villa de Cura.» Heredia escribe: «Quedó el campo por el ejército que se apellidaba del Rey, y enteramente deshecho el de los insurgentes. Asombrado Bolívar de la carnicería en que terminó la acción, huyó con tanta rapidez que fue el primero que llevó a Caracas la noticia, dentro de pocas horas» [9].

*

Con Bolívar había sido derrotada la república, pero con Boves, ¿quién triunfaba? Desde luego no el régimen de España. En cuanto subsistía después de la ignominiosa caída al arroyo en Bayona, el régimen de España estaba encarnado en Venezuela en cuatro hombres: Cagigal, Ceballos, Vázquez y Heredia, de ninguno de los cuales se le daba un bledo a Boves. Cagigal, tan impresionado por las atrocidades de la guerra que se declaraba incapaz de conversar sobre el tema durante más de cinco minutos, había intentado más de una vez tomar represalias, aunque dentro de los trámites legales. Pero Heredia por el lado jurídico y el Brigadier Vázquez por el militar, se lo habían impedido. Esta resistencia de dos hombres rectos, criollo el uno, peninsular el otro, en pleno caos de crueldad, era como una isla del antiguo régimen español que quedaba en pie después de tan espantable terremoto [10].

Boves, aunque español europeo, no laboraba por España. Su dominio sobre los llaneros se debía al fomento deliberado que en ellos hacía de dos abyectas pasiones: la codicia y el odio racial. Blanco hacía, no obstante, una espantosa guerra a muerte contra los blancos. «En los llanos —decía él— no debe quedar un blanco por dos razones: la primera, por tener destinado

---

[9] *Baralt,* t. I, pág. 271. Nota de Lecuna. *Heredia,* pág. 201.
[10] *Heredia,* págs. 124, 186 y sigs.

aquel territorio para los pardos, y la segunda, por asegurar su retirada en caso de una derrota, pues no se fiaba de los blancos cuya compañía le desagradó siempre, mas con los pardos comía y con ellos formaba sus diversiones.» Su Capellán, Llamosas, que esto escribe, asegura que dondequiera que iba mandaba matar a los blancos y repartir sus bienes entre los pardos. En el ejército de Boves escribe su Capellán Llamosas «que se componía a principio de diciembre de 1814 de 7.500 hombres, sólo había de 60 a 80 soldados blancos y de 40 a 45 entre comandantes y oficiales españoles y criollos». Afirma Llamosas que Boves había dado órdenes de que se matase ocultamente a cuantos patriotas blancos se presentaran a los comandantes militares, sin formarles causa. La indisciplina era general y escandalosa, y al parecer no desagradable al propio Boves. Cuando sus tropas no querían obedecer a tal o cual comandante, Boves lo separaba del mando y nombraba otro, con sólo que los soldados se lo pidieran. En suma, actitud idéntica a la de Monteverde, aunque mucho más desmandada en cuanto a crímenes de sangre. En ambos casos los caudillos se preocupaban sobre todo de hacerse una situación militar y política apoyándose en sus tropas [11].

Una fuerza así con un mando tal tenía que esparcir el terror dondequiera que fuese. Valencia se rindió el 9 de julio, y Boves, violando un juramento ante el Santo Sacramento, permitió a sus tropas que asesinaran a trescientos soldados, sesenta oficiales y noventa paisanos. Hizo reunir los muebles y demás bienes de los vecinos en almacenes centrales, a fin, según decía, de protegerlos contra el saqueo; pero en realidad para hacer el saqueo más fácil a sus tropas. Y añade Heredia: «A la noche siguiente a la entrada reunió a todas las mujeres en un sarao, y entre tanto hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no se escaparan y sacándoles fuera de la población los alanceaban como a toros sin auxilio espiritual. Sólo el Dr. Espejo que permaneció allí desde nuestra salida, logró la distinción de ser fusilado y tener tiempo para confesarse. Las damas del baile se bebían las lágrimas y temblaban al oír las pisadas de partidas de caballería temiendo lo que sucedió, mientras que Boves con un látigo en la mano les hacía danzar el piquirico y otros sonecitos de la tierra, a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese

---

[11] *G. F.*, t. I, pág. 313. Memorial presentado al Rey en Madrid por el Doctor Don José Ambrosio Llamozas, Vicario y Capellán primero de Ejército de Boves. M. S. comunicado al autor por Don Vicente Lecuna.

capaz de ablandar aquel corazón de hierro. Duró la matanza algunas otras noches» [12].

En cuanto a Caracas, que Bolívar había fortificado antes de la batalla de La Puerta, el propio Bolívar la vació en su huida a Barcelona. Heredia condena severamente al dictador por este acto. «Solamente en el delirio de un furioso, enemigo de su patria, y destituido de sentimientos de humanidad, pudo caber tal pensamiento; aunque también debo advertir en obsequio de la verdad, que el horror que inspiraban las crueldades del ejército de Boves, que venía robando sin distinción y matando blancos, facilitó la ejecución que parecía imposible. Del 6 al 8 de julio quedó la ciudad casi desierta [...]. El camino que llaman de Sabana Grande o Chacao estuvo todo el día cubierto de una columna de toda clase de gente y edades, que huían despavoridos, a pie, y cargando cada cual con lo que podía; de las cuales casi todas perecieron en el viaje al rigor de cuantas calamidades pueden imaginarse. De las cuarenta mil almas a que llegaba el vecindario de aquella hermosa capital, quedaron las monjas de los dos conventos de la Concepción y el Carmen, algunos frailes, el Arzobispo y a su ejemplo los canónigos y cuatro o cinco mil personas que tuvieron resolución para esperar la muerte en sus casas, sin exponerse a encontrarla más cierta entre los riesgos de la fuga.» Aquí también comenta Heredia el valor cívico del gran Arzobispo catalán Coll y Prat, que salvó numerosas vidas de los bandidos y asesinos que entraron en la capital antes de que llegaran las vanguardias de Boves. Uno de los pocos paisanos que quedaron en Caracas fue el Marqués de Casa León. María Antonia Bolívar quiso quedarse, pero su hermano la obligó a emigrar por la fuerza [13].

Boves no prestaba la menor atención a Cagigal, oficialmente su jefe. Después de la batalla de La Puerta le escribía: «He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que S. E. perdió en Carabobo»; en lo que tenía razón, al menos en cuanto a armas y municiones. A Cagigal parece haberle paralizado el vigor de Boves. En Valencia fue testigo pasivo de las atrocidades cometidas por Boves, sin atreverse a imponer su autoridad. Se limitó a marcharse a Puerto Cabello para elevar quejas al Gobierno de la Península mientras Boves se decoraba a sí mismo con los títulos de «Gobernador de esta Provincia, Presidente de la Real Audiencia, Capital General y Xefe Político de todas las que constituyen la de Ve-

[12] *Heredia,* pág. 203; *G. F.*, t. I, pág. 318.
[13] *Heredia,* pág. 201; *G. F.*, t. I, pág. 320.

nezuela, Comandante General del ejército español». Boves no podía hacer tal cosa sin manifestar su desprecio más palmario para con la autoridad, no ya de Cagigal, sino de la Regencia. El caudillo llanero así transfigurado en jefe del país, entregó el mando político de Caracas al camaleónico Casa León, y el Gobierno militar al venezolano Quero, el mismo que había traicionado a Miranda. Ya tranquilo así en cuanto al occidente, se puso en marcha hacia oriente, adonde ya había enviado a Morales en persecución de Bolívar.

*

La derrota de La Puerta impresionó hondamente a Bolívar. Huyó a Caracas y reuniendo a toda prisa todos los caudales que pudo siguió huyendo hacia el oriente. En su tren se llevaba toda la plata y todo el oro de las iglesias de Caracas, en las que, dice Heredia, «sólo quedaron las pocas alhajas que pudieron esconder los encargados, y los ornamentos, porque no era tan fácil reducirlos a moneda. Solamente en la catedral quedaron ciriales de plata». Bajo la dictadura de Bolívar el Estado había reclamado insistentemente su derecho a recibir de la Iglesia apoyo financiero; y se había concertado una *Concordia entre el sacerdocio y el Estado* (12 febrero 1814), en virtud de la cual el clero concedía al Gobierno republicano el derecho de apoderarse de las alhajas de la catedral. Los canónigos, no obstante, trataron de dar largas a la entrega; pero al fin hubo que poner en manos del Estado hasta veinticuatro cajas de plata labrada y alhajas con 27.912 onzas de peso. Éstas fueron las cajas que Bolívar se llevó. ¿Qué suerte tuvieron? Heredia dice que «custodias, copones, cálices y otras alhajas tan preciosas por la materia como por la hechura, sirvieron para la dotación de la Orden de los Libertadores, pues entre ellos se repartieron después en Cumaná». Pero las cosas ocurrieron de modo más dramático y complejo [14].

Es extraño que Bolívar, después de La Puerta, huyera hacia oriente y no hacia occidente. Al fin y al cabo tenía una fuerza relativamente poderosa al mando de Urdaneta en la región de San Carlos, y pudo haber intentado una retirada hacia Cúcuta y Nueva Granada, desde donde había lanzado a principios de año su ataque victorioso a Caracas. Pero en vez de dirigirse hacia Cúcuta puso rumbo hacia Cumaná. ¿No cabría explicarlo por ser la vía de oriente menos peligrosa que la de occidente para un hombre cargado de plata? A occidente no sólo había fuer-

[14] *Heredia*, págs. 201, 210; *Larrazábal*, t. I, págs. 325, 326.

zas realistas en varias bases, sino que además infestaban los caminos partidas que obraban por su cuenta, y que a veces no era fácil distinguir de gavillas de bandoleros. Hay además otra indicación de que los movimientos de Bolívar venían condicionados por la carga de plata que se llevaba y de la que se sabía responsable; los fugitivos de Caracas y los auxilios que Mariño les mandó desde oriente se encontraron en Aragua frente a Morales.

Bolívar, con el lugarteniente de Mariño, Bermúdez, organizó la resistencia, pero entre uno y otro hubo pronto discrepancias sobre el modo de disponer las tropas y de dar la batalla (18 agosto 1814). Bolívar cedió por no sentirse muy en su casa en aquellos distritos orientales; pero Restrepo aporta un curioso detalle: «Nada pudo resistir al número y al arrojo de los llaneros, y los patriotas fueron despedazados. Conociendo Bolívar que era inútil ya la resistencia, se retiró con mucha parte de la gente de Caracas por el camino de Barcelona. Bermúdez prolongó la defensa hasta las dos de la tarde, retirándose entonces hacia Maturín» [15].

Bolívar, pues, se fue del campo de batalla cuando todavía pudo haber luchado más tiempo. El hecho de llevar a cuestas 28.000 onzas de plata labrada, influyó no poco en su decisión. Buscaba la costa. De Barcelona se fue a Cumaná, donde se encontró con Mariño, con quien es evidente (por lo acaecido más tarde) que le unía entonces cierto acuerdo tácito; pero también se encontró con Ribas y Piar, es decir, el vice-Bolívar y el vice-Mariño de aquellos días. Al llegar a Cumaná (25 agosto 1814) se enteró Bolívar de que Bianchi, el aventurero italiano que actuaba de Almirante de la República, se hacía a la vela con la plata, esperando de este modo cobrarse las presas que le debían. Bianchi había sobornado a la guarnición del castillo de San Antonio que dominaba el puerto. Todos los oficiales de la ciudad se hallaban ya a bordo. Bolívar y Mariño decidieron seguir a la plata. Bianchi era un aventurero; Ribas y Piar, dos demagogos ambiciosos; Bolívar y Mariño, dos jóvenes pudientes, inexpertos y atolondrados, pero que habían demostrado estar prontos a arriesgar su fortuna y sus anchas por la causa que habían adoptado. Con todo, es menester, a fin de completar el cuadro de este curioso episodio, citar primero algunos documentos contemporáneos [16].

*

[15] *Restrepo*, t. II, págs. 274, 275.
[16] *Restrepo*, t. II, pág. 277.

He aquí primero la versión de Bianchi: «Valdez y demás jefes dividieron 30.000 pesos que se tomaron y hasta la ropa de uso del gobernador: los generales y empleados de la república eran los primeros y más impudentes, rapaces y defraudadores y José Leonardo Alcalá y Francisco Alemán le habían asegurado que entre Piar y José Antonio Gonell se había quedado el importe de todos los cargamentos que los pueblos de Barcelona y Cumaná habían mandado a La Guaira para socorro del ejército. Gonell le había ofrecido 600 pesos por su pasaje, otros tantos Suárez de Rivera, y José Alcalá, con mucho ruego, 100 portuguesas con tal que le admitiese a bordo 40 esclavos, a cuyas proposiciones se denegó abiertamente. Mariño le había vendido ocultamente un cajón de láminas de plata labrada de las de Caracas en 1.000 pesos en oro, y Bolívar estaba resuelto a disponer por sí sólo de los diez y seis cajones de plata cuando llegase a Cartagena como si hubiesen sido propiedad suya» [17].

He aquí ahora la versión de Ribas en carta a Martín Tovar: «Cuanto te han dicho en orden a Bolívar y Mariño es poco para lo que han hecho: ellos se embarcaron furtivamente en la noche del 26 del pasado, llevándose la escuadrilla con toda la plata de las iglesias de Caracas, oro y piedras preciosas, y toda la pólvora, fusiles y pertrechos que había en Cumaná, dejándonos indefensos hasta el extremo. En el mar partieron los dos con Bianchi que era el comandante de la escuadrilla compuesta de 9 buques. Bianchi tomó su destino con los buques y artículos que le tocaron, y Bolívar y Mariño con los suyos llegaron a Carúpano, acosados de la hambre y de la sed porque carecían de provisiones; allí los sorprendí, arresté sus personas y les quité la plata, pertrechos y fusiles que les habían cabido en suerte; los dejé allí bajo su palabra de honor; pero luego que monté a caballo para venirme la quebrantaron fugándose con los dos buques de guerra que trajeron y corrompiendo los comandantes de ellos al efecto y para que no les quedasen por hacer algo de lo que puede caracterizarlos de bandoleros, dispusieron el robo del equipaje de mi hermano Juan, ofreciéndole pasaje junto con ellos en un buque de guerra que le dijeron venía a Güiria. Efectivamente, mandaron una lancha a tierra la noche de la salida de Cumaná, para que le tomase a él, sus hijos y equipaje, y cuando todos estuvieron dentro los arrojaron al agua a fuerza de sable y fusil, llevándose el equipaje que abrieron a bordo de la comandanta por medio de Bianchi, autorizando el hecho con su presencia Bolívar y Mariño» [18].

---

17 *J. V. G.*, pág. 234.
18 *G. F.*, t. I, pág. 322.

Don Vicente Lecuna presenta un cuadro distinto apoyado en las Memorias del oficial patriota Trinidad Morán, que se halló presente en los sucesos. Insiste el Señor Lecuna en que Bolívar no se embarcó en barco alguno con Bianchi, sino «en un barco del Estado, al mando de un oficial honrado y valiente», Felipe Estebes o Estévez. «Una vez a bordo el Libertador mandó decir a Bianchi que le remitiera sin pérdida de tiempo toda la plata labrada que tenía en su buque. El pirata envió diez cajones...» Excelente y bondadoso pirata. Mosquera nos lo dirá con otro detalle. «La presencia de Bolívar y Mariño en los buques, el pudor de algunos capitanes, y el modo noble con que, en tales circunstancias, los dos principales jefes de la república trataron a aquel hombre, le obligaron a que gobernara para Margarita, y allí entregó las armas y pertrechos, y parte de los buques, quedándose con tres de los mejores, y las alhajas y plata que se habían encargado a su cuidado, so pretexto de que Cumaná le debía más de 40.000 pesos de presas que había introducido en sus puertos.» Larrazábal no es menos solemne ni menos increíble. «El Libertador confió a los generales Ribas y Piar el mando de las fuerzas que quedaba en tierra, y tomando a Mariño se embarcó para seguir a Bianchi, con la esperanza de reducirle. Era la medianoche. En efecto: la presencia de Bolívar y Mariño en los buques de aquel incidente aventurero, y el modo digno y severo con que le trataron, hicieron desconcertar a Bianchi, el cual pretextó haber obrado de aquella suerte para hacerse pago de los sueldos y gastos de su fuerza naval. Entonces comprendió el Libertador que convenía disimular, esperando obligar a Bianchi a la restitución completa, y aun a sufrir la pena que se le impusiera en Margarita, donde debían hacer aguada y tomar víveres.» Sigue diciendo Larrazábal que «el italiano frustró sus esperanzas, porque recelando lo que Bolívar pensaba, ancló fuera de tiro de cañón en Pampátar»; a pesar de lo cual, nos dice que Bolívar «consiguió por último que Bianchi pusiera a disposición del Gobierno de Margarita las armas y pertrechos, y que le entregara parte de la escuadrilla con los dos tercios de los caudales y efectos que en ella existían». Y el Doctor Lecuna escribe que «aunque el Libertador no tenía medios para someter a Bianchi, obtuvo su obediencia».

¿Cómo lo sabe? Porque «lo asevera el mismo Bolívar en su Manifiesto, publicado con motivo del alzamiento de Piar en 1817». Pero ¿qué es lo que Bolívar dice en este Manifiesto? «En medio de las calamidades de la guerra el italiano Bianchi se subleva contra las autoridades constituidas y se roba las últimas reliquias de la república. Logramos conducir a la Isla de Margarita a este infante pirata para hacernos justicia y aprovechar

los únicos restos de nuestra expirante existencia. La fatalidad, entonces anexa a Venezuela, quiso que se hallase el general Piar en Margarita, donde no tenía mando y adonde había ido para salvar el fruto de sus depredaciones en Barcelona, y más aún para escapar de los peligros de la guerra que él hace sólo por enriquecerse a costa de la sangre de los infelices venezolanos [...]. El General Mariño y yo, jefes de la República, no pudimos desembarcar en Margarita porque el faccioso Piar se había apoderado de la fuerza y nos obligó a ponernos a la merced de un pirata más generoso y más sumiso que él, aunque iguales en la rapacidad.» Es evidente, pues, que o Bolívar y Mariño obligaron a Bianchi a entregarles parte de la plata y a seguir viaje a Margarita para recibir condigno castigo, o que pactaron con el pirata a base del reparto de la plata. En el primer caso, ¿con qué medios obligaron a Bianchi, pirata infame y rapaz, a tragarse la humillación y soltar el botín? Y si, según afirma Bolívar, Piar los obligó a ambos «a ponerse a la merced del pirata», ¿cómo es que este pirata, forzado a devolver el botín, se avino gentilmente a defender y librar de Piar a los dos dictadores que así lo humillaban y despojaban? [19].

No hay más que una versión posible. Bolívar y Mariño se embarcaron, ya para irse con la plata que se llevaba Bianchi, o, quizá con más probabilidad, por haber sido siempre su intención embarcarse con el nervio de la guerra y del poder, a fin de volver al poder por la guerra. No olvidemos la precipitación de Bolívar en alejarse del campo de batalla de Aragua, ni la prisa de Mariño en embarcar la plata. Por otra parte, ¿no tenía razón Ribas en reprocharles a los dos que se embarcaran abandonando en tierra a sus tropas? ¿Por qué se iban los dos? ¿No hubiera bastado uno para vigilar a Bianchi y a la plata? ¿No hubiera valido más encargar a Ribas, a Piar, a Bermúdez, que impidieran el despojo que Bianchi meditaba, mientras los dos jefes supremos continuaban la lucha en tierra? ¿Por qué iban a ser los dos hombres simbólicos, los dos Libertadores, los primeros en hacerse a la vela con un gesto de «ahí queda eso»? ¿No se daban cuenta Bolívar y Mariño de que al embarcarse así juntos hacían más daño a su causa que el que hubiera causado la pérdida total de la plata? ¿No es evidente que todo el episodio se halla mol-

[19] *B. A. N. H. V.*, núm. 71, págs. 488 y sigs.; *Mosquera*, pág. 153; *Larrazábal*, t. I, pág. 327. El Doctor Lecuna arguye:

«El Libertador dice que Bianchi fue más generoso que Piar, para destacar el carácter de este último, mas no hubo ni podía haber generosidad en aquel desalmado...» Conformes, pero, entonces, ¿cómo se las arreglaron Bolívar y Mariño para hacerle soltar tanto tesoro sin fuerza para imponérsele?

deado y dominado por la desconfianza de todos para con todos, incluso la de Bolívar para con Mariño y la de Mariño para con Bolívar?

Los sucesos posteriores vienen a confirmar este modo de ver. Larrazábal hace hincapié en que Bolívar y Mariño retornaron a Carúpano. Pero volvieron sólo acuciados por el hambre y la sed, por no haber podido abastecerse en Margarita a causa de Piar; ni en Curaçao, por temor a que las autoridades británicas les confiscaran la plata. *Volvieron a Carúpano porque no les quedaba más remedio.* Y, desde luego, Ribas los encarceló al instante, por desertores. A lo que Ribas iba era a quedarse con la plata. Y, en efecto, lo consiguió, vendiendo a Bolívar su libertad. El episodio de la llegada de Bianchi a Carúpano para sacar a Bolívar y a Mariño de las garras de Ribas, que Don Vicente Lecuna califica de «leyenda ridícula» se halla en Mosquera (cuya fuente usual es el propio Bolívar). Mosquera se declara desconcertado ante la conducta de Bianchi, por no poder explicarla del único modo natural, es decir, por existir un contubernio entre el pirata y el Libertador. Que Bianchi anduvo rondando la costa o que se creyó así en tierra firme lo prueba la orden de Bolívar a Estévez: «Acercándose a esta costa el traidor Giusepe Bianchi con los buques de su mando, y siendo muy probable que intente llevarse las dos goletas que nosotros hemos traído, espero que Vd. las haga venir bajo el tiro de las fortalezas, para precaverlas de las asechanzas de aquel malvado. Dios guarde a Vd. Carúpano, septiembre 4 de 1814, 4.º» Se observará que Bolívar habla de «las dos goletas que nosotros hemos traído»; lo que parecería indicar que carece de fundamento la distinción hecha por el Doctor Lecuna entre barcos de Bianchi y barcos del Estado, ya que, de otro modo, Bolívar no diría «las dos goletas que nosotros hemos traído», sino «nuestras goletas» o «las goletas de la república». De sus palabras se desprende que «las trajo», es decir, que fueron la parte de la flota que constituyó su lote en el reparto.

Larrazábal, cuya fuente aquí es Mariño, a quien conoció personalmente, no habla de Bianchi, sino de la plata. Sabemos por Morán, citado por el señor Lecuna, que «el comandante Esteves no reconoció la autoridad de Ribas y le reprobó el atentado que cometía negándose a entregar la plata y demás valores que había a bordo hasta que el Libertador se lo mandase». El mismo día firmó Bolívar otra orden autorizando al capital ciudadano Joaquín Marcano «para recibir los 16 cajones de plata labrada que hay a bordo de ese buque, según la cuenta que conserva en su poder el ciudadano José Paúl». Se refiere a la goleta *Arrogante*. Ésta es la plata que tuvo que entregar a Ribas. «Antes

de partir —escribe Larrazábal— puso Bolívar en manos del general José Félix Ribas 36 quintales de plata labrada y alhajas de oro, y el dinero que había rescatado de Bianchi, deseando que sirviesen a la libertad de la patria.» Pero estas palabras carecerían de sentido si Bolívar no se hubiera visto obligado a entregar el tesoro a Ribas precisamente para poder embarcarse en libertad. Y que Ribas se quedó con la plata es cosa fuera de duda. Después de describir la batalla final en que quedó Ribas derrotado, escribe José Domingo Díaz: «Allí perecieron muchas de las principales familias desde sus cabezas hasta sus esclavos; y allí también se cogieron 36 quintales de alhajas de plata y oro robadas por el *sedicioso* en su fuga a las iglesias de Caracas, y las cuales remitidas puntualmente al Revmo. e Ilmo. Arzobispo se entregaron a las iglesias a que pertenecían: entrega que yo presencié por órdenes del Gobierno.» Concuerda este dato con la carta de recomendación que Ribas dio a Bolívar para el Congreso de Nueva Granada, documento incomprensible de no haber existido trato entre ambos; así como con el hecho de que Bolívar y Mariño llegasen a Cartagena bien provistos de fondos, como sabemos por Ducoudray Holstein.

¿Qué pensar de todo esto? Ante todo, no cabe abrigar ni la más leve sospecha contra el honor de los dos jóvenes dictadores caídos. Ni en Bolívar ni en Mariño había nada de sórdido; la idea de que intentaran huir con la plata como cualquier corsario era sencillamente necia. Hombre que tanto y tan acerbadamente criticó a Bolívar como Ducoudray Holstein, dice con noble espontaneidad: «He de hacer a Bolívar esta justicia que jamás fue hombre avaro ni ávido de dinero, sino generoso y persona para quien el dinero importaba poco o nada. Muchas veces le vi vaciar la faltriquera y entregar hasta su último doblón a un oficial que le pedía dinero a cuenta de su sueldo; y ya después de haberse marchado el oficial, volverse a mí y decirme riéndose: "Este pobre diablo lo necesita más que yo, y todo ese oro para mí no vale nada. Le he dado todo lo que tenía".» Pero esto puesto en claro, no cabe duda de que tanto Bolívar como Mariño no perdieron de vista la plata, porque para ellos aquella plata era el poder; y esta obsesión les desvió de otras medidas que hubieran podido cambiar el curso de las cosas y desde luego colocarlos en postura más airosa ante la Historia. En aquella hora, el lugar de Bolívar era la cabeza de sus tropas, con Urdaneta; dirigiendo una retirada con orden hacia Nueva Granada. Al huir hacia oriente con el tesoro en lugar de retirarse a occidente con las tropas que le quedaban, Bolívar cometió un grave error en detrimento de su buen nombre como caudillo. La causa oculta de su error fue la raíz de casi todos los infortunios

que padeció y la flaqueza principal de su carácter como héroe histórico; el haber sido hombre más sediento de gloria personal que del logro de aquellos fines en cuya consecución hubiera hallado la gloria [20].

*

No es posible formarse una idea exacta de estos sucesos sin tener en cuenta que, mientras Mariño y Bolívar se hacían a la vela, proseguía en tierra la lucha de los patriotas contra los realistas, tanto a oriente como a occidente. En el oriente, Ribas, Piar y Bermúdez seguían luchando. Ribas y Piar se habían nombrado a sí mismos, respectivamente, Libertador y Jefe Supremo del Occidente y del Oriente; pero ni Bermúdez en Maturín ni el negro francés Bideau en Güiria reconocieron a Piar; mientras que, a occidente, el verdadero caudillo era Urdaneta. Morales amenazaba a Maturín ya desde el 7 de septiembre con 6.500 hombres contra los 1.250 de que disponía Bermúdez. Cansados del asedio, los patriotas atacaron el 12, con éxito inesperado y mucho botín, sobre todo de material de guerra. Con esto y algunos refuerzos que trajo Ribas, lograron los patriotas reunir una fuerza respetable de 2.200 infantes y 1.500 caballos. El 29 de septiembre, Piar, que había tomado a Cumaná (29 septiembre 1814), se negó a reunirse con Ribas en Maturín, como

---

[20] *Baralt,* t. I, pág. 284, nota de Lecuna; *Larrazábal,* t. I, pág. 327; *B. A. N. H. V.*, núm. 71, pág. 494; *J. D. D.*, pág. 193; *Larrazábal,* t. I, páginas 328, 329; *J. V. G.*, pág. 226. Lecuna niega autenticidad a la carta de Ribas. Sus argumentos son que Ribas no se hallaba en Carúpano el 7 de septiembre, y que el 19 Ribas dijo que «Bolívar y Mariño se fugaron de Carúpano corrompiendo a los comandantes de los buques al efecto». Pero es muy posible que Bolívar haya creído prudente llevar en el bolsillo un certificado de buena conducta expedido por Ribas, en vista de las acusaciones de deserción de Ribas. y a su vez Ribas puede muy bien haber visto en tal certificado un modo de tapar el hecho de que el corrompido era él. Bien es verdad que Bolívar y Mariño, al llegar a Cartagena, acusaron a Ribas y a Piar de ser «dos intrigantes miserables»; pero ello más bien refuerza que debilita la tesis de la autenticidad.

Ducoudray, pág. 232.

En la traducción de Lecuna el Manifiesto publicado por Bolívar y Mariño en la *Gaceta de Cartagena* (30 septiembre 1814), *B. A. N. H. V.*, número 71, hay un error importante. En la página 553 Lecuna traduce: «Obligó a los generales en jefe de Venezuela a embarcarse a fin de salvar estos intereses de la República.» En la página 492, el final de esta frase figura así: «... a fin de salvar los intereses del Estado».

En la nota al pie dice Lecuna que está traducido el texto suyo castellano de la edición francesa de Ducoudray, de 1831, t. I, págs. 179-186, y añade: «No hemos podido obtener el texto original en castellano.»

En estas circunstancias debe hacer fe el texto inglés o el francés. Ahora bien, el francés dice: «Afin de sauver leur fortune.» El inglés: «In order to save their property.»

éste lo deseaba. Enterado Boves, interrumpió su marcha hacia Urica, adonde se dirigía para unirse con Morales, y torciendo camino se fue contra Piar, cuya fuerza destruyó. Numerosos fugitivos pacíficos de Caracas perecieron entonces asesinados por las tropas de Morales [21].

Bermúdez y Ribas se enteraron de este descalabro cuando se dirigían contra Morales. Bermúdez se separó de Ribas (que regresó a Maturín) y con sus tropas orientales tomó el atajo más fragoso y difícil para encontrarse con Boves, a quien aguardó en los altos de los Magueyes. Boves llegó el 9 de noviembre, lo derrotó y le puso en fuga hacia Maturín; pero no avanzó en persecución de su adversario derrotado, sino que consagró todo un mes a reorganizar sus tropas rehaciéndolas de la derrota de Morales. Entretanto reñían Ribas y Bermúdez sobre estrategia, terminando por salir de Maturín, juntos en cuerpo pero separados en espíritu, hacia Urica, donde se dio la batalla famosa el 5 de diciembre de 1814. Los patriotas quedaron desastrosamente derrotados, huyendo su caballería mientras destrozaba su infantería el feroz Morales. Morales, porque Boves, herido en pleno corazón por una lanza republicana al comienzo del combate, yacía exánime sobre el terreno [22].

Mucha elocuencia se ha malgastado sobre su muerte y sobre lo que hubiera podido pasar de no haber caído tan al principio de la guerra y a la edad de treinta y dos años. Aunque nacido en España y alistado bajo sus banderas, Boves no luchó jamás por España. Boves sólo luchó por Boves. Su conducta fue siempre anárquica, sanguinaria, destructora, de modo que la idea de que su muerte significara pérdida para España es absurda. El día en que murió Boves es posible que la causa de España no ganase nada; es seguro que nada perdió. En cambio, la causa de Venezuela independiente perdió un mal enemigo, un hombre que, dondequiera que fuese, reclutaba amigos para los enemigos de España, si no precisamente para la república de Venezuela. Y no paró aquí la ventaja para la república; porque los patriotas debieron a Boves dos factores nuevos que iban a actuar en su favor. El primero fue una escuela original de guerra. Inepto en el campo de la política por su conducta desaforada y cruel, Boves fue en lo militar una especie de genio creador de la guerra especial que el país requería. El modo de utilizar la caballería natural del país, es decir la adaptación a la guerra del llanero que daba la tierra, las marchas veloces y los ataques rápidos en campos bien escogidos para la maniobra, la táctica

---

[21] Nota de Lecuna en *Baralt*, t. I, págs. 284, 287.
[22] Loc. cit.

rápida y flexible que Bolívar asimilará, fueron cosa de Boves. Y el segundo factor fue el haber dado un espíritu colectivo y de acuerpo a los llaneros, hombres sin vínculo especial para con ninguno de los dos bandos de la guerra civil, fieles al caudillo que surgía de entre su seno, a quien amaban con admiración y lealtad, fuera cual fuere la bandera que arbolaba. Al morir Boves perdieron los llaneros un caudillo nacido en España y que luchaba bajo el pabellón español. Ya entonces se aprestaba a acaudillarlos un nuevo jefe, criollo esta vez y patriota, para dirigirlos con no menor genio militar, pero en defensa de la causa contraria.

Morales se encargó del mando del ejército que había sido de Boves y avanzó hacia Maturín, donde llegó el 10 de diciembre de 1814. Tenazmente defendida por Ribas y Bermúdez, cayó la ciudad en manos de Morales el día 11. El jefe español se portó abominablemente con la ciudad conquistada, mientras Bermúdez y Ribas se escabullían con un puñado de secuaces. Después de andar oculto unos cuantos días, sin más compañía que un esclavo, Ribas, delatado, fue preso mientras dormía en Dos Palmas en los montes de Tamanaco. El cabecilla realista Barrajola, un zambo del país, lo hizo decapitar en Tecupido; y su cabeza, enviada a Caracas, se exhibió en una jaula de hierro erigida en el camino de La Guaira, tocada con el gorro frigio que solía ostentar en los tiempos de su triunvirato «como símbolo de la libertad». Típico detalle del mantuano demagogo, Ribas fue un imitador vacuo y gárrulo de lo peor y más superficial de la Revolución francesa, aunque dotado de cierto instinto militar que hizo de él uno de los más brillantes lugartenientes de Bolívar. Murió entre los insultos de aquella multitud que tanto había adulado [23].

Mientras esto ocurría a oriente, Urdaneta efectuaba su hábil retirada a occidente. Desde San Carlos se dirigió hacia El Tocuyo por Barquisimeto, donde, contra lo que temía, no halló oposición por parte de Ceballos. En Tocuyo se quedó unos días con la esperanza de recibir noticias de Bolívar; pero cuando otra pequeña fuerza de patriotas que se retiraba desde Valencia le trajo las que había, a saber que todo estaba perdido y que Bolívar huía hacia oriente, Urdaneta se resolvió a poner en salvo sus fuerzas internándose en Nueva Granada. Linares, uno de sus segundos, sufrió grave derrota a manos de Calzada, que había sucedido a Yáñez en el mando realista de la región; y este contratiempo precipitó la retirada de Urdaneta de Mérida hacia Cúcuta, en dirección contraria al camino que Bolívar había re-

---

[23] *Baralt*, págs. 291, 292; *Yanes*, t. I, pág. 225.

corrido victoriosamente a principios de año. En vanguardia de su ejército huía de Venezuela un éxodo populoso [24].

Urdaneta escribió al Gobierno de Nueva Granada pidiendo protección y proponiendo que se organizase en Casanare una fuerza de caballería para oponerse a Boves. El Gobierno granadino contestó concediéndole la protección que pedía e invitándole que dedicara cuantos hombres pudiera a organizar la caballería para Casanare. Urdaneta confió este encargo a algunos oficiales suyos, uno de los cuales, José Antonio Páez, iba a ser el sucesor de Boves como caudillo de los llaneros, y, aunque patriota, más temible azote de Bolívar que el propio Boves.

---

[24] *Baralt*, págs. 292 y sigs.

CAPÍTULO XXIV

BOLÍVAR TOMA SANTA FE Y PIERDE NUEVA GRANADA

Bolívar había fracasado. Enviado por Nueva Granada para salvar a Venezuela de su esclavitud, había fracasado después de un éxito inicial clamoroso, porque, como él mismo lo dice más tarde a Peru de Lacroix, había contado «con un patriotismo y entusiasmo que no había encontrado en Venezuela; con un espíritu nacional que no existía y que no pudo formar; que el amor a la independencia y a la libertad no se habían generalizado todavía, y que, finalmente, el Poder español y el respeto y el miedo que les inspiraba, y los esfuerzos del fanatismo arrastraban todavía a los pueblos y los tenía más inclinados a seguir bajo el yugo peninsular que a romperlo». Pero había otras razones muy distantes de ese «fanatismo» que Bolívar moviliza para explicar que Venezuela fuese «para él una especie de Vandea, que por todas partes encontraba enemigos, que se le negaba toda clase de recursos, mientras los españoles recibían auxilios voluntarios en todos los pueblos». Algunos meses más tarde, cuando la noticia del éxito que había logrado en sus negociaciones con Nueva Granada llegó a Margarita, los desterrados en la Isla, republicanos todos, amigos y parientes suyos algunos, redactaron una Acusación dirigida al soberano Congreso de Tunja contra su actuación como dictador de Venezuela durante los once meses de su gobierno [1].

«Los últimos restos de los desgraciados habitantes de Venezuela, y los extranjeros poseídos de sus mismos sentimientos» declaran haber «recibido la más fuerte impresión al saber que Don Simón Bolívar [...] ha logrado otra vez que se pongan

---

[1] *D. B. C. H.*, págs. 232, 233.

algunas tropas de esos pacíficos pueblos bajo de su mando», paso que les parece «no sólo inverosímil sino increíble». La noticia les impulsa a presentar al Congreso una serie de cargos contra la «criminal y atolondrada conducta» de Bolívar. El primero, es «haber roto sus relaciones diplomáticas con esos Estados», es decir con los poderes de Nueva Granada en quienes se había apoyado para su primera campaña. El segundo, haber tomado «providencias por sí solo del mayor comprometimiento y trascendencia, que inundaron de sangre las provincias con infracción de sus promesas, y en contradicción a los principios de mansedumbre y lenidad que distinguen a los americanos. Así se le vio oprimir la inocencia, causar y preparar el exterminio de la mayor parte de sus hermanos». El tercero, «no haber dado ningún Gobierno en los once meses de su mando, y sí mantenídolos bajo un despotismo militar que disgustaba a todos, y llegó a exasperar a muchos. A fin de cohonestar este degradante sistema, proyectó una asamblea, o por mejor decir una representación teatral en el convento de San Francisco, de que resultó electo *dictador* por sus amigos y comensales, y por oradores que tenía preparados de antemano». El cuarto, «su tolerancia delicuentísima a los indecentes medios con que Don José Félix Ribas, su inmensa familia y bajos cortesanos trataban de enriquecerse, no sólo con perjuicio del Estado y agravio de los particulares, sino lo que es más, con una vergonzosa venta de la sangre humana». El quinto, «su ningún tino en las elecciones de funcionarios, que siempre cayeron, o en jóvenes sin experiencia ni opinión, y propios solamente para acalorear sus ideas [...], o en hombres que tenían tan buena moral y probidad como el secretario del interesante ramo de Gracia y Justicia, Don Rafael Diego Mérida; instrumento el más activo del sacrificio de las primeras víctimas de la libertad americana». Añaden aquí los firmantes este curioso dato: «Ambos se conocieron, y se conocen más ahora, y este papel sería excusado si se oyesen las acusaciones que se hacen uno a otro.» El sexto, «si con prontitud marchaba la campaña, con no menos ligereza volvía a las capitales a recibir incienso y pueriles obsequios. Entregado a placeres, desacreditada la moral y se olvidaba de la causa pública». El séptimo, que «diferentes veces se le oyó decir que *la táctica militar era excusada, y cuanto se había escrito sobre el arte de la guerra puerilidades y quimeras.* Con tales y tan luminosos principios ha llevado al sepulcro millares de víctimas de sus hermanos». El párrafo octavo merece citarse por constituir excepción singular: «Nada puede imputarse a don Simón Bolívar, de venalidad ni mala versión en los intereses del Estado; pero sí tiene la grave responsabilidad de la que hacían los

Ribas todos *y su juez exclusivo de secuestros.*» Acusa el cargo noveno a Bolívar de haber sacrificado numerosas víctimas después de la derrota de La Puerta asegurándoles que «volaba en su socorro con la más florida juventud y mejores caballos de Caracas». El décimo le echa en cara los «millares de muertos a impulsos del hambre, de la sed, del cansancio y de la fiebre intermitente» por haber tomado «el inaudito e impolítico medio de levantar en muy pocas horas la población [de Caracas] en masa y estrecharla a una emigración general», de que se siguió entre otros horrores «el ver a las madres precipitar sus tiernos hijos por riscos escarpados». Finalmente bajo el onceno se alega que «Bolívar, después de tantos sacrificios ha dicho que estos pueblos ni quieren ser libres ni son dignos de la libertad».

Esta página escrita en la angustia del destierro por personas de su propio partido que habían vivido y luchado a su lado (y cuya objetividad resalta de su elogio espontáneo de la integridad personal de Bolívar), descontada la amargura de la derrota, conserva un fondo de verdad que recoge el juicio general formado a la sazón sobre aquel joven inexperto y atolondrado. Concuerda además con todo lo que hoy puede recogerse de la colación y cotejo de los documentos. Pero subsiste este problema: ¿Cómo es que un hombre así llegó tan fácilmente al ápice del poder, llegó y logró además mantenerse en la cumbre aun después de la derrota? La respuesta no puede ser más que una: que, a pesar de sus defectos, Bolívar descollaba entre sus compatriotas por el vigor de su mente y de su voluntad [2].

Esta superioridad se destaca con luz singular en el *Manifiesto de Carúpano,* en el cual contesta por anticipado a todos estos cargos que sus compatriotas defraudados le dirigen. Fechado el 7 de septiembre de 1814, cuando todo lo ha perdido, hasta casi toda la plata de la Iglesia, este documento asombra por la serenidad de ánimo, la claridad de pensamiento y la tersura del estilo. Para hacerle justicia sería necesario citarlo por completo, porque es de admirar tanto en forma como en sustancia desde

---

[2] Este documento lo trae *Yanes* en su *Relación Documentada,* t. I, página 225, donde explícitamente lo atribuye a «Algunos Caraqueños residentes en Margarita». No se explica, pues, que M. S. Sánchez, *B. A. N. H. V.*, núm. 107, pág. 215, lo ataque sin mencionar a Yanes, alegando que J. V. G. lo encontró en la *Gaceta* (núm. 8, vol. 5, pág. 63). Sostiene que es un invento de Castillo y que la «discreción» de J. V. G. en no citar los nombres es porque no los hubo jamás. Parece difícil que J. V. G. se entregara a tal superchería. De todos modos, lo esencial es que hubo documento; y que lo que dice, en contra de lo que sostiene M. S. S., se ajusta bastante bien a los demás documentos. Hay una indicación de autenticidad, y es que J. V. G., lo publicara a pesar de que el que sale peor parado es Ribas, que es el «héroe» de su libro.

el principio hasta el fin. Bolívar se yergue ante sus compatriotas para que lo juzguen: «muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto [...]. Sed justos en vuestro dolor, como es justa la causa que lo produce [...], vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado a la expatriación». De modo que su fracaso, arguye, se debió precisamente a la índole gigantesca de la tarea: «La destrucción de un gobierno cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos: la subversión de principios establecidos: la mutación de costumbres: el trastorno de la opinión, y el establecimiento en fin de la libertad en un país de esclavos.» Y termina esta parte de su alegato con un movimiento característico: «Aun cuando la desolación y la muerte sean el premio de tan glorioso intento, no hay razón para condenarlo, porque no es lo asequible lo que se debe hacer, sino aquello a que el derecho nos autoriza» [3].

El hombre que en la hora de su derrota total era capaz de estampar tales palabras estaba predestinado a la grandeza. «No son los hombres vulgares los que pueden calcular el eminente valor del reino de la libertad, para que lo prefieran a la ciega ambición y a la vil codicia. De la decisión de esta importante cuestión ha dependido nuestra suerte: ella estaba en manos de nuestros compatriotas que pervertidos han fallado contra nosotros: de resto todo lo demás ha sido consiguiente a una decisión más deshonrosa que fatal, y que debe ser más lamentable por su esencia que por su resultado.» Espléndida página, y habida cuenta de las circunstancias en que se escribió, casi inhumanamente espléndida. El intelecto de este hombre de treinta y un años se yergue frente a los temas del destino humano con la agudeza de visión y el dominio de la lengua de un genio madurado por la experiencia. «Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los estados, no estando en la esfera de las facultades de un general o magistrado contener en un momento de turbulencia, de choque, y de divergencia de opiniones el torrente de las pasiones humanas que agitadas por el movimiento de las revoluciones se aumentan en razón de la fuerza que las resiste. Y aun cuando graves errores o pasiones violentas en los jefes causen

[3] *P. D. L.*, págs. 111-116.

frecuentes perjuicios a la República, estos mismos perjuicios deben, sin embargo, apreciarse con equidad y buscar su origen en las causas primitivas de todos los infortunios: la fragilidad de nuestra especie, y el imperio de la suerte en todos los acontecimientos [...]. Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con sola la fuerza de nuestras intenciones, y auxiliados por los limitados medios que están a nuestro arbitrio, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos.»

¿Quién se lavó jamás de toda culpabilidad con pensamiento más claro y estilo más transparente? Y sin embargo, por debajo de toda esta austeridad filosófica labora una voluntad política despierta. Bolívar prepara su retorno al poder por vía de Nueva Granada. Necesita pues congraciarse con los granadinos, de quienes se había desprendido con tanta desenvoltura al entrar victorioso en Caracas; y así, mientras declara desdeñar «responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe» se le hagan, también anuncia que reserva «este acto de justicia que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante un tribunal de sabios, que juzgaran con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión a Venezuela. Del Supremo Congreso de la Nueva Granada hablo, de este augusto cuerpo que me ha enviado con sus tropas a auxiliaros como lo han hecho heroicamente hasta expirar todas en el campo del honor». Pero cuando haya vindicado su conducta, jura «que libertador o muerto mereceré siempre el honor que me habéis hecho; sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver segundamente a libertaros, por la senda del occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles [...]. No comparéis vuestras fuerzas físicas con las enemigas, porque no es comparable el espíritu con la materia. Vosotros sois hombres, ellos son bestias; vosotros sois libres, ellos esclavos. Combatid, pues, y venceréis. Dios concede la victoria a la constancia». Tal era el espíritu en que Bolívar se dispuso a marchar a Nueva Granada.

*

Se hizo a la vela de Carúpano el 7 de septiembre, y, sin atreverse a hacer escala en Margarita por temor a Arismendi, puso rumbo a Cartagena, donde llegó el 25 de septiembre. Esta ciudad, otrora tan próspera, era a la sazón capital de una de las cuatro entidades políticas en que la revolución había fraccionado al antiguo reino de Nueva Granada. En Cundinamarca, o sea la provincia de Santa Fe, Nariño se resistía a todo intento de federa-

ción, en parte por sus opiniones centralistas, instinto autoritario y ambición personal. En Tunja, reunía un gobierno federal con su Congreso a las más de las restantes provincias neogranadinas; Cartagena era algo aparte para descrito más adelante. Santa Marta seguía fiel a la causa española [4].

Nariño no había sido nada feliz en sus campañas contra las fuerzas realistas, y al fin cayó en manos del General Aymerich en mayo de 1813, mientras guerreaba en Pasto, región de acendrado realismo. Las autoridades españolas lo enviaron a la Península «bien a pesar de los crueles e ignorantes Pastusos —escribe Restrepo— que pedían con frecuencia y deseaban tener el espectáculo de verle fusilar». Sucedió a Nariño como dictador de Cundinamarca su tío Manuel Bernardo Álvarez, hombre muy religioso, poco adicto a la independencia, lo que disfrazaba de oposición a las ideas federativas de Tunja. Cartagena era también opuesta a la confederación, por preferir una unión federal distinta, que abarcara no las provincias del antiguo reino de Granada, sino toda la zona costera del Orinoco al Cabo Gracias a Dios, con su capital en Maracaibo. La ciudad-república de Cartagena promulgó una ley aprobando esta unión federal y envió un emisario a Bolívar, al que declaró «hijo benemérito», haciendo inscribir su nombre en letras de oro en los archivos públicos porque «no vio con indiferencia las cadenas que la barbaridad española puso por segunda vez a su patria». Pero ya Bolívar no estaba para prestar atención a palabras de oro y a federaciones costeras; y con la vista puesta en las realidades se dirigió, no a Cartagena, sino a Tunja, para pedir al Congreso de Nueva Granada que designara un delegado a fin de que, con otro nombrado por él, fuese a Europa a abogar por la causa de las repúblicas sudamericanas ante las naciones europeas cuya victoria sobre Napoleón presagiaba ya. Los delegados no hallaron en Londres buena acogida; pero esto en nada aminora la previsión de Bolívar. Entre tantas guerras minúsculas, que tanto estorbaban su empresa, era Bolívar el único hombre de mirada universal [5].

La derrota de Napoleón por Inglaterra, Rusia y España estaba poniendo en peligro la causa de los separatistas hispano-

---

[4] Fecha de salida de Carúpano: *Mosquera*, pág. 155.
J. V. G., pág. 226, da el 8 de septiembre. Véase Morán en *B. A. N. H. V.*, número 71, citado por Vicente Lecuna. «Haciendo escala en Margarita y sin atreverse a saltar a tierra, temerosos de que mataran a dicho Bolívar.» Deposición de dos testigos en Maracaibo el 7 de diciembre ante Ramón Correa.

[5] *Restrepo*, t. I, págs. 260, 262; *O'L.*, t. I, pág. 303.
Restrepo, t. I, págs. 272, 273.

americanos. Fernando VII, a su regreso a la Península, firmaba un decreto (4 mayo 1814) que abolía la Constitución y, so color de volver al antiguo régimen (en realidad mucho más liberal e ilustrado de lo que parecía), instauraba un despotismo cruel, burdo y chabacano que jamás había sufrido España. La ironía de la Historia quiso que fuera americano aquel Don Antonio Joaquín Pérez, diputado por Puebla de los Ángeles, Presidente de las Cortes, que, lejos de poner obstáculo u oposición a la disolución llevada a cabo en nombre del Rey por el General Eguía, fue uno de los sesenta y nueve diputados firmantes de la carta a Fernando VII en que se elogiaba y preconizaba el absolutismo. Y curioso es también que uno de los cargos que Fernando VII hacía a las Cortes era el de haber obrado «sin noticia de las [provincias] que se decían representadas por los suplentes de España o Indias» [6].

Fluían los acontecimientos de España a impulsos de las mismas fuerzas que iban determinando los de la América española. Las Cortes se habían formado bajo la influencia de hombres de garnacha; de aquí el brillante papel desempeñado en ellas por un grupo de sacerdotes liberales que en el siglo XIX encarnaban la tradición republicana de la Iglesia española del gran siglo. La reacción contra las Cortes venía de hombres de capa y espada como Elío, Capitán General de Valencia. Dirigían el movimiento constitucional hombres pudientes de la aristocracia y de la clase media, como Toreno y Argüelles, mientras que el pueblo estaba obcecado en su entusiasmo por Fernando VII hasta el punto de haberle estimulado a que destrozara la Constitución. «Dudamos también —escribe Toreno— contra el dictamen de muchos, que hubieran podido las Cortes, aun permaneciendo muy unidas, resistir al raudal arrebatado que de Valencia vino sobre ella. El nombre de Fernando obraba por aquel tiempo en la nación mágicamente.» Fuéle pues posible al Rey prescindir de toda cautela, y, al igual de Monteverde, lanzarse a una persecución sin trabas de los espíritus más selectos así como de los meros revoltosos y agitadores. Pronto se echaron de ver los efectos de esta situación en las Indias. El 24 de mayo de 1814 promulgaba Fernando otro decreto anunciando a sus «vasallos» americanos que su presencia había dispersado en España toda lucha civil y que así debía suceder también entre sus súbditos americanos; que había procurado informarse cerca de personas nacidas en América sobre las quejas de los americanos, y que pronto convocaría nuevas Cortes para instaurar una monarquía moderada. Lardizábal, el mejicano, otrora miembro de la Re-

---

[6] *Restrepo*, t. I, pág. 274; *Toreno*, págs. 520, 523.

gencia, ahora adorno del partido «servil», también escribió por entonces a América instando a sus amigos de allá a que escucharan la voz del Rey «deseado» [7].

*

Estas noticias alarmantes incitaron al Congreso de Tunja a nuevo empeño para llegar a la unión con Cundinamarca. Pero aunque Álvarez nombró un delegado, y aun se llegó a firmar un tratado incorporando Cundinamarca a la federación de Tunja (11 agosto 1814), Álvarez siguió dando largas, y finalmente se negó a ratificar el tratado. Esta actitud aumentó la popularidad de que disfrutaba entre los adversarios de la independencia, en su mayoría españoles peninsulares. La desunión y las luchas intestinas seguían minando las fuerzas de las nuevas repúblicas americanas. En Cartagena, Torices, otro dictador, navegaba con rumbo precario entre el partido aristocrático de García Toledo y el demagógico de los hermanos Piñeres. Dos días antes de que desembarcara Bolívar, el Congreso de Tunja, bajo la impresión de las malas noticias de Venezuela, había resuelto reforzar el Ejecutivo nombrando un gobierno de tres directores, uno de ellos Torices y otro Restrepo, el historiador tantas veces citado en estas páginas; pero parece ser que Torices no salió por entonces de Cartagena [8].

Gracias a Ducoudray Holstein nos es posible observar a lo vivo las andanzas de Bolívar en Cartagena. El aventurero francés afirma que «a Bolívar y Mariño los recibieron en Cartagena de un modo que rebasaba sus más halagüeñas esperanzas», lo que viniendo de él, significa con verdadero entusiasmo. «Al llegar a Cartagena, Bolívar se instaló en el palacio del obispo (que había emigrado), donde la señora de Soublette y sus dos lindas hijas se hallaban ya desde hacía quince días. Las dos hermanas, que visité varias veces, hablaban siempre con el mayor entusiasmo de Bolívar, al que siempre se referían con el nombre de *el pobre Simón,* al contarme los sucesos de Caracas, donde habían vivido antes con su madre y su hermano Carlos, y para con quien les unían al parecer sentimientos de excepcional ternura. Los habitantes de Caracas y La Guaira, los de Santo Tomás de la Angostura en Guayana, y cualquiera de los forasteros que residieron en esta última ciudad en 1818-1819 podrán confirmar este hecho, origen, según se dice, de la alta situación de Carlos

---

[7] Sobre la tradición «republicana» de la Iglesia española, *I. B.,* libro II; *Toreno,* pág. 524; *Restrepo,* t. I, págs. 277, 278.
[8] *Restrepo,* t. I, pág. 279.

Soublette, actual Secretario General del Presidente-Libertador.» El palacio episcopal de Caracas fue entonces animado centro político, donde Bolívar, Mariño y los Piñeres conspiraban contra Torices y Toledo con tanto más interés por figurar en el partido de Toledo el perpetuo rival de Bolívar, Castillo. En las páginas de Ducoudray vemos a Bolívar «muy ocupado con los Piñeres en su habitación particular», y «muchos señores importantes entrar y salir de su gabinete». Y cuenta el aventurero francés que «cuando los dos Piñeres hubieron dejado todo arreglado con Bolívar, celebraban frecuentes conferencias secretas con él y sus partidarios. Se iniciaba a Mariño y a numerosos oficiales caraqueños; el primero residía en casa de Gabriel Piñeres. Éste había ganado a su causa veinte diputados de los más intrigantes y revoltosos; y el dinero que los dos dictadores habían traído sirvió para ganar más adictos. Por entonces se hallaban en Cartagena más de ochocientos extranjeros, contando las tripulaciones de los corsarios. Piñeres tenía mucho partido entre ellos, por haber impuesto Torices fuertes derechos sobre las presas y por haber limitado el negocio de los corsarios, del que en gran parte vivía Cartagena en aquella época» [9].

¿Qué venía a hacer Bolívar en todo esto? En primer lugar, las Indias eran todavía entonces una gran nación inseparada, todavía más que hoy la América española; por lo que Bolívar no era en Cartagena ningún extranjero, ni más ni menos que lo hubiera sido un santafereño. Su participación en la política local era muy natural. Por otra parte, el partido de Toledo era el de Castillo, su enemigo jurado. Por último, los hermanos Piñeres encarnaban en Cartagena las mismas tendencias políticas que Bolívar en Venezuela: el antihispanismo, la «filosofía», mezcla de lo que hoy llamaríamos izquierda y derecha, o, como el propio Bolívar decía, «democracia en los labios, aristocracia en el corazón». Pero además, Cartagena era para Bolívar una grada para subir al poder por el mando militar. Todo esto figura descrito, con la poca simpatía de siempre pero con exactitud, en las páginas de Ducoudray Holstein: «Bolívar vengativo pero hábil disimulador, se holgó mucho de hallar buena ocasión para vengarse de Castillo; y como se acercaba una elección presidencial Gabriel Piñeres ofreció confidencialmente a Bolívar el cargo de General en Jefe si se le apoyaba para que lo eligieran presidente. Bolívar aceptó la proposición, con la intención secreta, según aseguran personas bien informadas, de dar esquinazo a Piñeres y nombrarse a sí mismo dictador de Cartagena, a fin de

[9] *Ducoudray*, t. I, págs. 188, 202, 203, 206 y sigs.

utilizar todos los medios de que entonces disponía esta provincia para avanzar sobre los españoles» [10].

Ocurrió que Bolívar logró el mando a que aspiraba antes de que madurasen todas estas intrigas. Operaba entonces en Cúcuta una fuerza venezolana al mando de Urdaneta. Bolívar se dirigió a Cúcuta. Desde Ocaña (27 octubre 1814), escribió a Urdaneta una carta muy diplomática expresando su «grande satisfacción» al saber que Urdaneta había «salvado las esperanzas de la república», al salvar el ejército de Caracas; añadiendo este elogio agridulce: «Este servicio lo aprecio yo en tanto como la más grande victoria, aunque algunos tengan que criticar una operación tan prudente y acertada.» Anuncia a Urdaneta que le manda a su edecán, para que le explique «los acontecimientos que me han traído a la Nueva Granada, mientras que personalmente voy yo mismo a ese cuartel general a tomar parte en sus trabajos, peligros y privaciones». Expresa la esperanza de que Urdaneta hará «todo lo que esté de su parte por conciliar el espíritu de las tropas y jefes granadinos con los venezolanos»; y para «procurar que el General Robira y el Coronel Santander se persuadan de la pureza de mis intenciones, y del alto aprecio que hago de sus talentos y virtudes, sin que yo pretenda de modo alguno aspirar a privarlos de ninguna de las atribuciones que les correspondan», asegurándole que él personalmente estaba resuelto a ceder «hasta el punto de servir como soldado y obedecer a quien se quiera, porque yo cifro mi gloria en servir bien y no en mandar». Éste fue siempre el mayor obstáculo en su camino: nadie le creía cuando afirmaba tales cosas. La carta es además curiosa por revelar la hora temprana en que Santander se le atravesó en su camino» [11].

También merece atención esta carta porque, al lado de la que al día siguiente escribió al Presidente de Nueva Granada, nos permite observar cómo maniobra. «Al entrar en esta ciudad [de Ocaña] he recibido muy funestas noticias del ejército que manda el general Urdaneta, anunciándome que mi presencia en él es de absoluta necesidad, para contener los graves males que amenazan a la república con la destrucción próxima de aquel ejército. Como nada es para mí más importante que la salud de la república, estando satisfecho de que ésta se halla hoy urgentemente interesada en que aquellas tropas no se disuelvan, he resuelto marchar primero hacia Cúcuta.» Y añade luego, en

[10] *Ducoudray,* t. I, pág. 202.
[11] *C. L.,* t. I, pág. 103.

frase que revela su propia inseguridad en cuanto a la rectitud de sus motivos: «Yo creo que V. E. prestará su aprobación a mi determinación, que es efecto de un motivo tan justo y urgente.» Ni una palabra en la carta a Urdaneta sobre todo esto. ¿Era discreción para con Urdaneta, o invención para con el Presidente? También anunciaba que iba a «volar» a esa capital (siempre el máximo de velocidad) a fin de justificarse y probar «que mis intenciones no han sido guiadas por otro norte que la justicia y la salud pública». El Presidente se limitó a escribir al margen: «Visto hoy 22 de noviembre. No se juzgó necesario contestación» [12].

El Congreso de Tunja había decidido imponer a Cundinamarca por la fuerza el ingreso en la federación; y a tal fin había requerido secretamente a Urdaneta que viniera a Tunja desde Cúcuta donde se hallaba. Era de todo punto evidente que el Jefe del ejército que llevase a cabo tal operación se encontraría en circunstancias favorables para erigirse en dictador de los sucesos políticos. Ésta es la causa de las maniobras de Bolívar para disputarle a Urdaneta el mando de la única fuerza venezolana a la sazón existente. Camino de Tunja pasó Urdaneta por Pamplona, donde sus tropas, al enterarse de que Bolívar iba a llegar al día siguiente, pidieron al General se le aguardara. Urdaneta se negó; y los soldados, en plena desobediencia, se echaron por la carretera adelante por donde Bolívar debía llegar. Al verle lanzaron todos gritos de *¡Viva el Libertador!* Urdaneta tuvo que inclinarse ante los hechos y presentarse al Libertador, que los soldados habían traído en triunfo a la ciudad. De creer a Larrazábal, Bolívar «exigió a Urdaneta que dispusiese para la tarde una revista, pues quería hablar a la tropa: "Habéis henchido mi corazón de gozo —les dijo—; pero ¿a qué costa? A costa de la disciplina, de la subordinación, que es la primera virtud del militar. Vuestro jefe es el benemérito general Urdaneta, y él lamenta como yo el exceso a que os condujo vuestro amor. Soldados: que no se repitan más los actos de desobediencia entre vosotros. Si me amáis, probádmelo continuando fieles a la disciplina y obedientes a vuestro jefe. Yo no soy más que un soldado que vengo a ofrecer mis servicios a esta nación hermana. Para nosotros la patria es la América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia; nuestra causa, la libertad."» A Larrazábal todo esto le conmueve hasta las lágrimas como modelo de generosidad y de deber militar; sin darse

---

[12] *C. L.*, t. I, pág. 105.

cuenta de que el acto de Bolívar era en sí mismo indisciplina pura, puesto que allí no había más jefe que Urdaneta, a quien sus palabras humillaban ante la tropa [13].

*

Pero Urdaneta era también hombre de disimulo e intriga, muy capaz de defenderse hasta del mismo Bolívar. «Cuando la revolución se hallaba en su infancia —escribe un inglés que lo conoció bien— se alistó bajo las banderas de su país, y, poco después, colocado a las órdenes inmediatas de Bolívar, llegó pronto a ser uno de sus grandes favoritos por su disposición intrigante y acomodaticia [...]. Hay pocos hombres en la república más intrigantes y diestros en las maniobras del partido o que se adentren con menos vacilación en las opiniones de cualquier persona que por la marea fluctuante de la popularidad se halle en posesión temporal de la cumbre del poder. En esta flexibilidad quizá iguale a Santander [...]. Con gran agudeza y sagacidad y una disposición natural a conspiraciones que requieran maña y engaño en su ejecución, y recompensa en su éxito, es hondo en concebir sus designios, astuto en desarrollarlos y sin piedad en su aplicación. Estudiosamente cauto en cuanto a la línea de conducta que debe aparentar seguir, se queda en el camino real dirigiendo a sus colegas a los senderos de la dificultad, del disfavor y del peligro. Con las maneras exteriores y el lenguaje del caballero, carece totalmente de los principios honorables que pertenecen al carácter de tal; se reviste de candor, rectitud y sinceridad sin chispa de ninguna de estas calidades. Ocultando al conspirador de sangre fría y bajo el disfraz de la franqueza, se insinúa con frescura inconcebible y con maña sin igual en la confianza de aquellos cuya destrucción medita. Tiene aversión invencible para con los ingleses, hasta el punto de haber arriesgado perjudicar con ello a su país y a la causa en que se hallaban todos empeñados; los ingleses le corresponden. No cabe negar que es hombre bravo, pero su falta de experiencia en táctica militar y otros defectos le hacen inapto para cualquier mando que no sea el de unas guerrillas» [14].

Pasado el episodio de Pamplona, Urdaneta se puso en marcha hacia Tunja. «Al arribar las tropas a la villa de Santa Rosa —escribe Restrepo— supo Urdaneta que en los territorios inme-

---

[13] *Larrazábal*, t. I, pág. 341.

[14] *O. C. N.*, t. I, págs. 66 y sigs. Téngase, sin embargo, en cuenta que este autor divide a los seres humanos en dos categorías: los angló-filos, que alaba, y los anglófobos, que denigra.

diatos de Paipa y Sogamoso, residían cinco españoles, entre ellos Don Juan Jover, bastante conocido por las bellas calidades que le adornaban. Tanto el general como las tropas venezolanas, escarmentadas de los grandes males que los Españoles habían causado a su patria, los odiaban de muerte. En consecuencia, Urdaneta por sí solo tomó la providencia de enviar a prenderlos, y de asegurar sus intereses, dando cuenta después al gobierno general. Hízose la prisión, y en el camino, el oficial conductor les quitó la vida, alegando que pretendían escaparse y que iban a hacer muchos daños a la causa de la Independencia. Tal fue la disculpa que el general dio al gobierno de la Unión [...]. Este hecho, el primero de su clase que cometían los republicanos en la Nueva Granada, causó un grave escándalo, y fue caracterizado por muchos como un verdadero asesinato; otros creían que era necesario proceder así y exterminar a los Españoles europeos, porque de lo contrario jamás seríamos independientes.» Restrepo dice «muchos», y «otros»; pero en realidad, quiere decir «granadinos» y «venezolanos». O'Leary se clarea más: «Debe también tenerse presente que en la Nueva Granada las tropas de Venezuela eran miradas con grandes celos y con no poca aversión [...], un acto reciente de rigor cometido por el general Urdaneta con algunos españoles de la provincia de Tunja, había ofendido de tal modo a las autoridades constituidas, que el pueblo creyó tener justos motivos de alarma, pues no estaba todavía acostumbrado a los excesos que caracterizaron más tarde la revolución» [15].

Bolívar, a quien, como comandante en jefe recién nombrado, escribió el Congreso sobre el asunto, respondió el 28 de noviembre que «se hallaba poseído de la más alta indignación por un hecho tan escandaloso, y que no se volvería a repetir por los oficiales de su ejército». Ya veremos cómo cumplió esta promesa. Entretanto siguió marcha hacia Tunja, donde llegó el 22 de noviembre y fue admirablemente recibido. Su fiel amigo el Presidente Torres le mandó un caballo vistosamente ajaezado, que el Libertador devolvió arguyendo que «antes de recibir ningún presente yo debo dar cuenta de mi conducta en la misión que se me dio para Venezuela» —soberbia y sentido de su propia culpabilidad todo en uno—. Presentóse en efecto ante el Congreso y abogó por su causa con su habilidad y maestría de siempre. El Congreso lo exoneró dándole el mando de todas las tropas —casi todas venezolanas—, con las que esperaba reducir a Álvarez, dictador de Cundinamarca. Vino a mezclarse en todo esto la religión con la política, revelando hasta qué punto se había debido

---

[15] *Restrepo*, t. I, pág. 288.

a consideraciones religiosas la resistencia de Cundinamarca a ingresar en la Confederación. Era Santa Fe más católica, conservadora e hispanófila que el Congreso de Tunja. Suele representarse esta situación como debida a mayor atraso en Santa Fe; lo que a ojos vistas es ridículo, puesto que era entonces Santa Fe el centro de la cultura y del progreso de todo el país. Lo que la situación revelaba era precisamente lo contrario: la mayor hondura y fuerza de las raíces de una cultura secular mejor plantada en Santa Fe que en las demás provincias; por lo cual había sido más fácil en éstas a un grupo superficial de «filósofos» irrogarse la representación de una masa que en realidad no los seguía. Esto a su vez explica que tuvieran que apoyarse en soldados venezolanos por faltarles los propios para reducir a la capital [16].

Bolívar puso cerco a la ciudad. El 8 de diciembre de 1814, durante el sitio, mandó a un amigo suyo de Bogotá, «el único que tengo de este nombre en esta ciudad», una carta para abogar por su propia causa y combatir las «mentiras y patrañas sobre mi conducta y la de mis tropas». Nada más significativo que ver ya desde las primeras líneas cómo le viene a los puntos de la pluma el recuerdo de Puerto Cabello y cómo se lamenta de no haber pasado por las armas, antes de que conspiraran contra él, a los reos que tenía prisioneros en el castillo. Pasa después a recordar sus ofertas de canje de cuatrocientos españoles contra doscientos patriotas y las crueldades de Antoñanzas y de Boves, y pregunta: «¿Qué debía yo hacer sin guarnición en La Guaira y con cerca de 1.000 españoles en las bóvedas y castillos? ¿Esperaría yo la misma suerte infausta del Castillo de Puerto Cabello, que destruyó mi patria y me quitó el honor?» Clara confirmación de nuestro punto de vista sobre los resortes ocultos que le impulsaron a declarar la guerra a muerte. Y sigue diciendo: «Contrayéndome ahora al estado actual de Vmds. digo y protesto bajo mi palabra de honor, que ni el gobierno ha declarado la guerra a muerte, ni yo la he hecho, ni la haré nunca en este país pacífico donde los españoles se han portado de un modo muy diferente que en Venezuela. El suceso de Jover y sus compañeros ha sido altamente reprobado por el gobierno y más aún por mí. Imagínese que siendo mi objeto venir a buscar auxilios de este país, no había de ser yo tan necio que quisiera chocar con su gobierno, y disgustar la opinión pública que aborrece la guerra a muerte.» Pronto veremos lo que aconteció con estas protestas. Pero lo más extraño es lo que añade casi a renglón

---

[16] *Restrepo*, t. I, pág. 289; *Ducoudray*, t. I, pág. 214; *Larrazábal*, tomo I, pág. 342.

seguido: «Mi objeto es ahorrar la sangre hermana y para eso deseo que Vmds. entren en negociaciones que pongan a cubierto a esos habitantes de los horrores de un sitio y de un asalto que dentro de poco tendré que dar; entonces morirán millones de víctimas inocentes y no quedará vivo un solo godo o regentista.»

Toda la carta impresiona por la seguridad de sí mismo y por la incoherencia que en ella revela Bolívar: «Vd. me conoce y sabe que soy más generoso que nadie con mis amigos, y con los que no me hacen daño; y también sabe que soy terrible con aquellos que me ofenden.» Y así por el estilo sigue amenazando. Pero ¿quién era entonces Bolívar sino un cabecilla derrotado? Extraño sin duda que aun entonces hablara con voz tan segura y amenazara con tanto vigor. No parece haber en su ánimo ni sombra alguna de duda sobre su victoria final. Pero este cogollo de seguridad que no faltará nunca en él después de aquel momento de derrumbe interior que padeció en Puerto Cabello, no es frío y sereno, sino exasperado y febril, con explosiones y exhalaciones que brotan de su alma volcánica en lava de exageración. Hace poco escribía que en el sitio de Bogotá perecerían «millones» de hombres. Ahora dice: «Nuestras tropas son comparables y aun superiores a las mejores de Napoleón»; y escribe palabras alucinadas al mismo amigo que le había contestando rechazando sus ofertas: «Santafé va a presentar un espectáculo espantoso de desolación y muerte; las casas serán reducidas a cenizas, si por ellas se nos ofende. Llevaré dos mil teas encendidas para reducir a pavesas una ciudad que quiere ser el sepulcro de sus libertadores.» Y en torno a este centro de voluntad exasperada, un círculo de incoherencia: una negativa de que haga la guerra a muerte; y la amenaza de que no quedará un godo vivo; la afirmación de que «nuestras tropas son invencibles y jamás han atacado, que no hayan conseguido la victoria: son las mismas que han vencido en mil combates y si hubieran estado en Caracas, Caracas sería libre», en la pluma de un fugitivo de la república derrotada [17].

Álvarez había preparado la ciudad para el ataque esperado, pero «unos atrincheramientos hechos a toda prisa dos años antes en tiempos de una guerra civil con Nariño se hallaban en ruinas, los habitantes no podían resistir con los escasos hombres armados de que disponían contra una fuerza de lo menos dos mil hombres». Álvarez tenía a su disposición quinientos soldados de línea y novecientos voluntarios. La excomunión de Bolívar y de sus secuaces por las autoridades eclesiásticas de Santa Fe no produjo los resultados que se esperaban; ni tam-

[17] *C. L.*, t. I, págs. 8-10, 107.

poco el reparto de puñales a las mujeres de la ciudad. El 7 de diciembre de 1814 Bolívar dirigió a la capital un llamamiento: «El cielo me ha destinado para ser el Libertador de los pueblos oprimidos, y así jamás seré el conquistador de una sola aldea.» Ofrecía inmunidad de la vida, de la propiedad y del honor. La ciudad se negó a oírle y se defendió calle a calle con el mayor denuedo. «El pueblo bajo —apunta Restrepo— oponía la más obstinada resistencia.» Finalmente, ya sin agua y teniendo que batirse en la plaza mayor, por no quedar más espacio para la lucha, Álvarez capituló (12 diciembre 1814). Cundinamarca entraba en la Unión, y se otorgaría «una completa garantía de orden y propiedades a todos los ciudadanos de Cundinamarca sin distinción de origen» [18].

Restrepo, cuyas son estas palabras, registra que: «Como los soldados de la Unión se enseñorearon de casi toda ella [la ciudad] por la fuerza, fue imposible contener el saqueo, especialmente en el barrio de Santa Bárbara. Los venezolanos, irritados, quitaron también la vida a algunos Españoles europeos. Fue muy sensible para los amantes de las ciencias el saqueo que hicieron las tropas invasoras del Observatorio Astronómico. El edificio padeció; y los soldados se llevaron o despedazaron los libros, instrumentos y papeles preciosos que allí existían.» Ducoudray Holstein añade otro dato: «A pesar de esta capitulación, firmada y ratificada por Bolívar, éste permitió el saqueo de una parte de esta ciudad grande y hermosa, durante cuarenta y ocho horas; hecho notorio para muchos testigos de vista de tan extraño proceder; y cuando Álvarez y otros muchos habitantes de Bogotá le hicieron las protestas más vigorosas contra su conducta, replicó colérico que estaba autorizado por las leyes de la guerra para obrar como lo había hecho, por haberse resistido a sus tropas los habitantes de la ciudad y merecer castigo por ello. Los excesos y crueldades cometidos, sobre todo contra las mujeres, fueron horrendos y las tropas de Bolívar se cargaron de oro, plata y joyas de toda especie» [19].

---

[18] *Ducoudray*, t. I, pág. 217; *Restrepo*, t. I, pág. 290. Dice que el ejército de Bolívar era de 1.500 de línea y 500 de milicia de caballería. *Ducoudray*, t. I, pág. 217, dice que contaba a lo menos 2.000 hombres.

Larrazábal, t. I, pág. 344. *Restrepo*, t. I, pág. 291.

[19] *Restrepo*, t. I, pág. 294; *Ducoudray*, t. I, pág. 217.

Restrepo, t. I, pág. 293, dice que «un oficial y 50 soldados de la Unión que se hallaban descuidados confiando en el armisticio fueron degollados pérfidamente por las tropas de Álvarez». No parece fácil creerlo, pues no concuerda ni con la actitud general de los granadinos ni con su desesperada situación. Parece haber inspirado esta lucha no poco odio teológico a juzgar por lo que cuenta *O'L.*, vol. I, pág. 312: «Durante la toma de la ciudad, a cada descarga de artillería prorrumpía el populacho reu-

Así lo confirma el propio Bolívar en su nota a los gobernadores del Arzobispado para defenderse contra las acusaciones que se le hacían por su crueldad: «Más humano hacia el pueblo de Cundinamarca que su propio Gobierno, me abstuve de cuanto me permitía el derecho de la guerra sobre la mayor parte de la ciudad, que habían ocupado mis tropas»; por donde se ve que él mismo reconoce haber permitido deliberadamente el saqueo del barrio de Santa Bárbara. A la sazón era Bolívar un general sin ejército propio, y, por lo tanto, sin poder político; por lo cual, se veía obligado a ganar mando efectivo sobre el uno a fin de hacerse con el otro. Permitió a sus tropas que saquearan a Bogotá a fin de obtener sus sufragios por si un día tenía que habérselas con Urdaneta o con Castillo o hasta, si necesario fuere, con el Congreso de Tunja. Su lenidad para con sus tropas era, pues, cosa de cálculo, y tenía por objeto asaltar el poder por medios pretorianos, en el estilo de Monteverde, de Mariño, de Boves, y hasta de su modelo secreto, Bonaparte [20].

*

El Gobierno de la Unión se trasladó a la capital desde Tunja. La ceremonia inaugural (23 enero 1815) tuvo por principal atractivo un discurso de Bolívar. En contraste con el *Manifiesto de Carúpano,* la alocución de Santa Fe revela un Bolívar arrastrado, al parecer, por su pasión antiespañola hasta los atentados más extravagantes contra la verdad histórica y aun contra la de su propio tiempo. En realidad, lo que hace es «justificar la conducta de sus tropas». Al describir el pasado del Nuevo Mundo, dice Bolívar: «La tiranía y la Inquisición habían degradado a la clase de los brutos a los americanos y a los hijos de los conquistadores que les trajeron estos funestos presentes [...]. Ceder a la fuerza fue siempre nuestro solo deber; como el crimen mayor buscar la justicia y conocer los derechos de la naturaleza y de los hombres. Especular sobre las ciencias, calcu-

---

nido en la plaza con gritos de "*Viva Jesús*", y a semejante profanación contestaba desde su balcón una dama del partido de Bolívar, con la blasfemia de "Muera Jesús".»

Restrepo, t. I, pág. 295, dice también que: «La capitulación del 12 de diciembre se cumplió religiosamente por una y otra parte.» No extrañará, pues, que Bolívar, comentando su *Historia,* dijera a Peru de Lacroix: «Otro defecto de Restrepo es la parcialidad que se transparenta en varios pasajes. Respecto a mí, se ve a las claras la intención de complacerme y el temor que abriga de criticar francamente algunos de mis actos. Se ha dedicado a adularme, y esto porque estoy vivo, porque estoy en el poder, porque me necesita y no quiere indisponerme.» *D. B. C. H.,* pág. 190.

[20] *O'L.,* t. I, pág. 313.

lar sobre lo útil y practicar la virtud, eran atentados de lesa tiranía, más fáciles de cometer que de obtener su perdón. La mancilla, la expatriación y la muerte, seguían con frecuencia a los talentos, que los ilustres desgraciados sabían adquirir para su ruina, no obstante el cúmulo de obstáculos que oponían a las luces los dominadores de este hemisferio.» Todo este fárrago de lugares comunes debió resonar de manera bien extraña en la culta y rica ciudad cuyo observatorio astronómico acababan de destrozar y saquear las tropas del orador. La misma voz estridente y destemplada del vástago de una familia que había gobernado a Venezuela durante doscientos años y todavía poseía rebaños de esclavos en ella, seguía diciendo: «mas nosotros ¿hemos dirigido los destinos de nuestra patria? ¿La esclavitud misma ha sido ejercida por nosotros? Ni aun el ser instrumentos de la opresión nos ha sido concedido». Extraña revelación a la vez de la obcecación ante los hechos y de los secretos impulsos del corazón [21].

La alocución de Santa Fe, todavía henchida del orgullo de su reciente victoria, es abundosa de promesas militares. «Santa Marta y Maracaibo serán libertadas por el soberbio ejército de venezolanos y granadinos que V. E. me ha hecho el honor de confiar.» Pasa después a dar consejos al Gobierno sobre cuestiones de justicia, hacienda y opinión pública, y termina con una frase que hubiera sido hermosa de haber sido cierta: «la guerra civil ha terminado; sobre ella se ha elevado la paz doméstica; los ciudadanos reposan tranquilos bajo los auspicios de un gobierno justo y legal, y nuestros enemigos tiemblan» [22].

A las pocas semanas veremos a Bolívar abandonar la empresa de libertar a Santa Marta y a Maracaibo para entregarse otra vez a la guerra civil. La Unión lo había ascendido a Capitán General. La capitulación de Santa Fe había aportado al ejército grandes cantidades de armas y municiones; y el Gobierno requirió a Bolívar que preparara una expedición para tomar a Santa Marta, donde se temía desembarcara la fuerza que Morillo traía de la Península. Salió, pues, Bolívar hacia Santa Marta con sus tropas; pero antes de su marcha procuró aplicar los principios de su guerra a muerte a la capital vencida a la que había prometido completa garantía de vidas y propiedades, sin distinguir de origen, es decir, incluso a los españoles. Propuso, pues, Bolívar al Congreso lo que O'Leary llama «las más rigurosas medidas contra los principales motores [de la defensa] a fin de aterrar a los realistas, que formaban un partido

---

21 *O'L.*, t. I, págs. 315-320.
22 *Restrepo*, t. I, pág. 294; *O'L.*, t. I, pág. 315.

muy poderoso todavía en la Nueva Granada». ¿Hay nada más claro? Pues todavía lo son más las palabras siguientes que cita O'Leary del congresista Madrid: «El Congreso, considerando que las medidas de conciliación eran preferibles a las de rigor, me envió cerca del Libertador con el propósito de impedir la ejecución de los españoles ligados con las principales familias del país. Apenas habíale indicado los deseos del Congreso, cuando me respondió: *Dígale usted que será obedecido; pero que un día u otro, tendrá que arrepentirse. Es imposible que este país deje de ser pronto ocupado por los españoles; pero no importa, yo volveré*» [23].

Esta escena pone de manifiesto los motivos que impulsaron a Bolívar a declarar y hacer la guerra a muerte, y confirman nuestro análisis de ellos. Al imperio de su idea fija, Bolívar olvidó la carta a su amigo de Santa Fe, sus seguridades de que los españoles de Nueva Granada, por haberse conducido de modo muy otro que los de Venezuela, no correrían peligro, y su firma al pie de una capitulación que garantizaba a todos, criollos y europeos, vida, hacienda y honor. Explica también esta escena sucesos que van a ocurrir pronto en el curso de su viaje río Magdalena abajo hacia Santa Marta. El nombramiento del Congreso confiándole el mando de la expedición fue muy bien recibido; pero hubo no pocos, escribe Restrepo, que «veían nuevos peligros y a la discordia agitando sus teas incendiarias, si Bolívar descendía el río Magdalena». Seguía Cartagena en plena anarquía, entre el partido de los Piñeres y el de Toledo, que apoyaban, respectivamente, Bolívar y Castillo. El joven Coronel Delhuyar, oficial favorito de Bolívar, que había mandado las tropas sitiadoras de Puerto Cabello hasta la batalla de La Puerta, era Gobernador militar de Cartagena, y había llevado a cabo un golpe de Estado en interés de Bolívar (5 enero 1815), encarcelando a Toledo y a Piñeres (con la anuencia de este último) y obligando a la Asamblea a nombrar como Jefe del Gobierno a Pedro Gual, caraqueño y amigo de Bolívar. Castillo, abandonando la línea del Magdalena, que guardaba por los patriotas contra los españoles, retrocedió a Turbaco, a corta distancia de la ciudad, pronto a participar en la guerra civil. Pero Gual resultó ser hombre de energía y de ideas personales; y después de haber intentado en vano reconciliar a ambos bandos, invitó a Castillo a que entrase en la ciudad y, con su apoyo, desterró a Piñeres [24].

En el curso de estos sucesos Gual escribió a Bolívar preguntándole si estaría dispuesto a una reconciliación. Bolívar con-

---

[23] *Restrepo*, t. I, págs. 302, 303.
[24] Loc. cit.

testó con franqueza y generosidad: «No digo con el brigadier Castillo que sigue nuestra causa, sino con Fernando VII que la combate, me reconciliaría yo por la libertad de la República.» Y a renglón seguido se declara dispuesto a firmar y hacer pública una nota conjunta afirmando que «el error de siniestros informes, y el efecto de algunas pasiones injustas o cálculos divergentes han sido causa de esas escandalosas injurias que mutuamente hemos recibido». Añade que «como Simón Bolívar protesto que cualquiera que sea mi asilo ése será el de los Piñerez»; pero que como Magistrado y General no se compromete a nada, excepto «a no tomar jamás partido alguno por vindicar a aquellos desgraciados amigos». El tono y el estilo de esta carta son claros y sinceros; pero nadie les daba crédito. Amador, el nuevo Presidente del «Estado» de Cartagena, no contestaba sus cartas. «Salvemos la República, señor Presidente; yo convido a Vd. para esta obra generosa. Pongámonos de acuerdo: De mi parte tendrá Vd. toda la deferencia posible. Estoy pronto a sacrificar hasta el honor de ser el Libertador de mi país. Renuncio el mando del Ejército, si se desconfía de mi buena fe.» Pero nadie le creía, Cartagena sabía que tenía la intención de meterse en la ciudad y reducirla a la obediencia por la fuerza [25].

Castillo se apoderó del mando en Cartagena. En su camino hacia Santa Marta tuvo, pues, Bolívar que escoger entre dos guerras civiles: una, contra los españoles de Santa Marta; la otra, contra los criollos de Cartagena. Había salido de Santa Fe el 24 de enero de 1815 para embarcarse en Honda sobre el río Magdalena; y ya se hallaban a bordo algunas de sus tropas custodiando a unos españoles europeos expulsados de la república. «El capitán venezolano, Francisco Alcántara —escribe Restrepo—, encargado de cuarenta, hizo quitar la vida a diez y seis, dando por disculpa que se habían cansado. El Gobernador de la provincia de Mariquita, León Armero, mandó también juzgar militarmente a nueve que graduó de enemigos acérrimos de la Independencia, entre los cuales se contaba el Padre capuchino Corella; hízolos matar, lo mismo que a otros dos Españoles, a quienes se atribuía deserción. Estas ejecuciones causaron mucho escándalo en la Nueva Granada, cuyos pueblos odiaban tales escenas de sangre [...], los papeles públicos, especialmente la *Gaceta de Antioquía,* declamaron fuertemente contra ellas, y sus autores no pudieron satisfacer el cargo, sino alegando las crueldades y los males inmensos que los Españoles habían he-

---

[25] *C. L.*, t. I, págs. 130, 131, 138.

cho sufrir a los pueblos de Venezuela. Bolívar, aunque dijo al gobierno general haber mandado procesar a Alcántara, pretendió justificar, en parte, aquellos asesinatos, haciendo una recapitulación de los crímenes y crueldades que los españoles habían cometido y cometían con los Americanos; de aquí infería que los nuevos gobiernos de América estaban autorizados, conforme al derecho de gentes, a usar de retaliaciones, destruyendo a enemigos a quienes era imposible ganar. Empero el gobierno de la Unión jamás quiso adoptar estos principios; él improbó lo hecho, y prohibió para lo venidero semejantes ejecuciones» [26].

Hay que recordar la calidad lamentable de los oficiales y soldados republicanos con quienes tenía que habérselas Bolívar. Mariano Montilla al referirse a estas tropas cuando, poco después, pasaron del mando de Bolívar al de Palacios, escribía a Marimón en junio de 1815: «Es verdad que una gran parte de ellos deben ser considerados bajo todos aspectos como bravos soldados y hombres virtuosos; pero hay tros muchos que son el dechado de la corrupción: las inclinaciones de éstos son de ordinario al robo, al asesinato, a la embriaguez, a la disolución e inobediencia.» Y Sata y Busi, refiriéndose al ejército de Cartagena, escribía a su familia en febrero de 1815: «no hay tropa alguna, toda está desertada; los oficiales están solos y, además, son tan malos, que exceptuando una docena en toda la línea los que no están presos deberían estarlo». En cuanto a la tropa, después de los primeros tiempos de entusiasmo, fecundo en voluntarios, fue menester recurrir a la recluta forzosa de modo que «las tropas presentaban el aspecto de afrentosas cadenas de infelices presidiarios», según dice un memorial del Estado Mayor colombiano en 1819. Un testigo presencial de los sucesos escribía (24 enero 1815): «Salió el batallón de La Guaira con todos los reclutas que sacó de aquí y los contornos y los pueblos, y de estos reclutas iban seiscientos, *todos amarrados.*» El memorial antes citado añade numerosos casos en que se obligó a servir en las tropas republicanas a soldados españoles prisioneros [27].

Ha de tenerse en cuenta todo este fondo de la situación para estimar el grado de responsabilidad que incumbe a Bolívar en los excesos y atrocidades que se cometieron bajo su mando. Con todo, la página de Restrepo arriba citada basta para probar que perseguir y matar españoles era en él cosa propia. Nadie lo arrastró, indujo, engañó o pervirtió para que hiciese tal po-

---

[26] *Restrepo,* t. I, pág. 313.
[27] *E. M. C.,* págs. 28, 30.

lítica, ni tampoco le forzaron a ello las circunstancias. En este como en los demás aspectos de su vida, buenos o malos, fue Bolívar siempre espíritu original y rector. Siempre que biógrafos e historiadores laboran por demostrar que Bolívar se dejó desviar del buen camino por influencias extrañas, amenguan la talla de su héroe. Con la única excepción de las mujeres, y aun esto no siempre, ni en cosas graves, Bolívar no siguió nunca otras opiniones ni consejos que los propios: nada determinó sus actos que no fuera o la opinión o la pasión que en el momento abrigaba.

*

Conviene recordarlo en este momento en que va río abajo hacia Santa Marta, atraído más por la guerra civil casera contra Castillo en Cartagena que por la guerra civil contra los españoles de Santa Marta, para lo cual le había confiado un ejército el Gobierno de la Unión. Algunos de sus biógrafos intentan probar prolijamente que su decisión en este caso se debió a malos consejos. Los hechos son muy otros. Castillo, hombre de mucha vanidad y poca sensatez, había publicado un libelo contra Bolívar, de modo que, cuando Bolívar, al llegar a Mompox, se encontró de Gobernador al hermano mayor de los Piñeres, desterrado por Castillo, el hambre se encontró con las ganas de comer. Bolívar dirigió a Castillo un requerimiento para que le remitiera armas y municiones, como era su derecho, por estar autorizado para ello por el Gobierno de la Unión; pero el Gobierno de Cartagena no recibió la petición con buenos ojos. «Les pareció extraño —escribe Ducoudray Holstein, a la sazón figura eminente en el servicio cartagenero— que el general enviara esta carta cuando ya llevaba unos quince días en Mompox y siendo así que no había hecho tal petición al embarcarse en Honda. Todavía más extraño les parecía que no estuviera tan enterado como lo estaban en Cartagena del miserable estado de Santa Marta y de lo dispuestos que se hallaban sus habitantes a abrirle las puertas en cuanto se presentara con una fuerza imponente. Todas estas consideraciones juntas hicieron surgir muchas sospechas; y los mejor informados, considerando el carácter del general Bolívar, sospecharon que su verdadero propósito era hacerse dueño de Cartagena, desplazar a Castillo y castigarle vengándose de la afrenta recibida en enero de 1813; cambiar después el gobierno existente llamando de nuevo a los hermanos Piñeres del destierro; y, por último, avanzar por segunda vez contra Caracas con las tropas de Cartagena unidas a las suyas y los pertrechos que esta fortaleza

bien dotada le proporcionaría, para libertar su tierra natal y restablecer su dictadura perdida»[28].

Bolívar había enviado a Cartagena a Tomás Montilla. Uno de los principales consejeros de Castillo era por entonces Mariano Montilla. Los dos hermanos mantuanos se encontraron divididos por una guerra civil verdaderamente fraternal. En peligro de muerte a manos de una turba de adversarios, Tomás sólo pudo salvarse gracias a la intervención de su hermano. Por su consejo, se envió a Mompox a un oficial con cartas de Amador y de Castillo explicando a Bolívar que hallaría todo lo que necesitaba en Savanilla, entre Mompox y Santa Marta, y asegurándole que Santa Marta estaba dispuesta a recibirle. A su vez Bolívar tenía derecho a preguntar cómo era que puesto que Santa Marta era tan fácil de tomar no la tomaban Castillo y el Gobierno de Cartagena. Tanto Bolívar como Castillo se sentían demasiado atraídos el uno al otro por su odio mutuo para pensar en los españoles —aparte de que ni uno ni otro querían avanzar contra el enemigo común de fuera dejando al flanco un enemigo doméstico tan peligroso—. Apunta Ducoudray Holstein que al oficial enviado de Cartagena a Mompox le hicieron «una acogida muy dura», y lo insultaron como espía; mientras Restrepo afirma que Castillo envió circulares a todos los pueblos mandándoles negaran todo auxilio a las tropas de Bolívar. Castillo retiró sus fuerzas de tierra y fluviales adentro de la ciudad y puerto de Cartagena. Bolívar decidió entonces deshacerse de su rival avanzando hacia Cartagena bajo varios pretextos, entre ellos el clima, y una razón que definió él mismo al Gobierno de la Unión: «para imponer respeto a los jefes de Cartagena y ver si inspirándoles temor conseguía los auxilios tantas veces reclamados».

Esto tampoco puede justificarse. Si Bolívar no podía tomar a Santa Marta por faltarle para ello los medios que Cartagena poseía, y, por lo tanto, se veía obligado a sitiar a Cartagena a fin de arrancarle los medios de tomar a Santa Marta, ¿cómo es entonces que aspiraba a tomar a Cartagena, la más pertrechada, si le faltaban medios para tomar a Santa Marta, que lo estaba menos? Como todo esto es insensato, fuerza es buscar el sentido en otro lugar. Lo que Bolívar deseaba era aniquilar a Castillo y luego libertar a Santa Marta y a Venezuela, pero siempre a condición de ser él y no otro el único libertador. Bien es verdad que trató de negociar con Castillo, y aun llegó a invitarle a una entrevista; pero Castillo, quizá por sospechar una

[28] *Restrepo*, t. I, págs. 15, 314; *Baralt*, t. I, pág. 316. *Ducoudray*, t. I, págs. 223 y sigs.

celada, no acudió a la cita. Es también significativo que fracasaran las negociaciones del Padre Marimón, enviado por la Unión para ver de reconciliar a los dos rivales; y, además, que en líneas generales tomase Marimón el partido de Castillo contra Bolívar, a causa, sobre todo, de la matanza de españoles cometida en Honda [29].

Después de pasar un mes en Mompox, en parte ocupado en las laboriosas negociaciones con Castillo, en parte distraído en «las fiestas, los bailes, las cenas y las diversiones de que era Bolívar apasionado», mandó sus fuerzas río abajo dando órdenes de que se apoderaran de los barcos armados, con los cuales guardaba Castillo abiertas sus comunicaciones con Honda y Bogotá. Esta acción era en sí hostil a Cartagena; actitud que Bolívar acentuó todavía cuando, después de desembarcar en un pequeño fuerte sobre el río, dejó de lado a Santa Marta y se dirigió francamente hacia Cartagena. Castillo se aprestó a la defensa, yendo hasta envenenar el pozo de una posición de los arrabales de la ciudad que suponía ocuparía Bolívar: la Colina de la Popa. «Hízose esto echando al pozo, que era muy hondo, grandes cantidades de pieles podridas y otros materiales similares.» Bolívar se encontró en una situación precaria: sin fuerzas para tomar la ciudad, perdiendo gente todos los días a causa de la enfermedad, la sed y el pozo corrompido, rodeado de una población hostil. Trató de negociar, y el Gobierno de Cartagena le contestó que para ello era menester se retirara a Ocaña con sus venezolanos, dejando sólo ante la ciudad a los granadinos; y mientras tanto, la expedición de Morillo, diez mil soldados aguerridos venidos de la Península, arribaba a Santa Marta (25 marzo 1815). Al día siguiente Bolívar escribía al Gobierno de la Unión: «Ruego rendidamente a V. E. se sirva nombrar un general para este ejército; bien persuadido, que estoy más pronto a subir al cadalso que a continuar mandando» [30].

Poco antes, había escrito a Marimón que «supuesto que no se le querían dar los auxilios prevenidos por el gobierno general para destruir a los enemigos de la patria, lo que era sin duda en odio de su persona, el comisionado le admitiera la renuncia que hacía del mando, y dispusiera que se le preparase un buque en Savanilla en que poder trasladarse con seguridad a una colonia extranjera, pues no quería que el ejército de la Unión se perdiera inútilmente en sus manos». Marimón le contestó que dejara el mando al oficial más antiguo, excluyendo a Mariño y a Miguel Carabaño; le informaba, además, que se pondría un

---

[29] *Ducoudray*, t. I, pág. 226; *Restrepo*, t. I, págs. 315, 318.
[30] *Ducoudray*, t. I, pág. 227; *O'L.*, t. I, págs. 335, 336.

navío a su disposición. Pedro Bolívar, que no tenía la menor intención de dimitir, convocó una Junta de Guerra que, desde luego, le «obligó» a volver a encargarse del mando y a que «procediese a estrechar el sitio de la plaza, a hostilizarla [...] para defender la autoridad del gobierno general». Dice Restrepo que «El Libertador suscribió, enteramente a la decisión de aquella Junta», lo que era de suponer; y que informó de todo al Gobierno de la Unión en carta de 26 de marzo. Cabe, pues, dar por sentado que su dimisión, repetida al final de esta carta, era de índole táctica, como la que antes había enviado a Marimón [31].

Esta actitud de Bolívar solía provocar desconfianza en cuanto a sus verdaderos propósitos y privar de autoridad las cartas que remitía a Cartagena alegando un espíritu desinteresado y conciliatorio. El Gobierno general había desaprobado repetidas veces sus actos durante el sitio, operación que fue tomando así cariz de indisciplina abierta y de política pretoriana. Las sospechas de Cartagena tenían además plena justificación. Bolívar iba, en efecto, a apoderarse del mando de la ciudad, y no para Piñeres sino para sí mismo —suceso que, de haber ocurrido, hubiera redundado en provecho de la causa que había hecho suya: la guerra contra los españoles; puesto que habría descartado a un jefe vanidoso e incompetente y unificado las fuerzas de ambas repúblicas bajo una voluntad firme y una inteligencia clara—. Ello, no obstante, las facciones de Cartagena estaban contra él; las tropas venezolanas eran impopulares a causa de su crueldad para con los españoles; Castillo gozaba de gran popularidad; y el propio Bolívar no lograba ocultar sus miras pretorianas. Atacaba a todo el mundo; y en particular al Gobierno de Cartagena, al que acusaba de aspirar no sólo a la independencia, desde luego, para con Nueva Granada, sino a la insurrección, con ambiciones de convertir a Cartagena en capital de Nueva Granada, de monopolizar el comercio y hasta de llegar a un acuerdo con los españoles. La carta de Amador al General español Montalvo, negándose altivamente a discutir sobre el retorno a la obediencia a España, prueba que Bolívar se dejaba arrastrar por sus pasiones políticas, al acusar así al Gobierno de Cartagena. En cuanto se supo el desembarco de Morillo en Santa Marta, Amador y Marimón se fueron a ver a Bolívar a La Popa «y le hicieron las instancias más urgentes sobre las consecuencias terribles que tendría en tales circunstancias una guerra civil, instándole a que uniera las fuerzas que le quedaban a las de Cartagena, para que juntas avanzaran con-

---

[31] *Restrepo*, t. I, pág. 321; *Mosquera*, pág. 168; *Ducoudray*, t. I, página 236.

tra el enemigo común. Le ofrecieron el mando en jefe, municiones, víveres y todos los suministros necesarios para permitirle entrar en campaña; pero todo en vano: Bolívar contestó que sólo consentiría bajo una condición, que Cartagena le abriera las puertas y le recibiera con sus tropas en la fortaleza» [32].

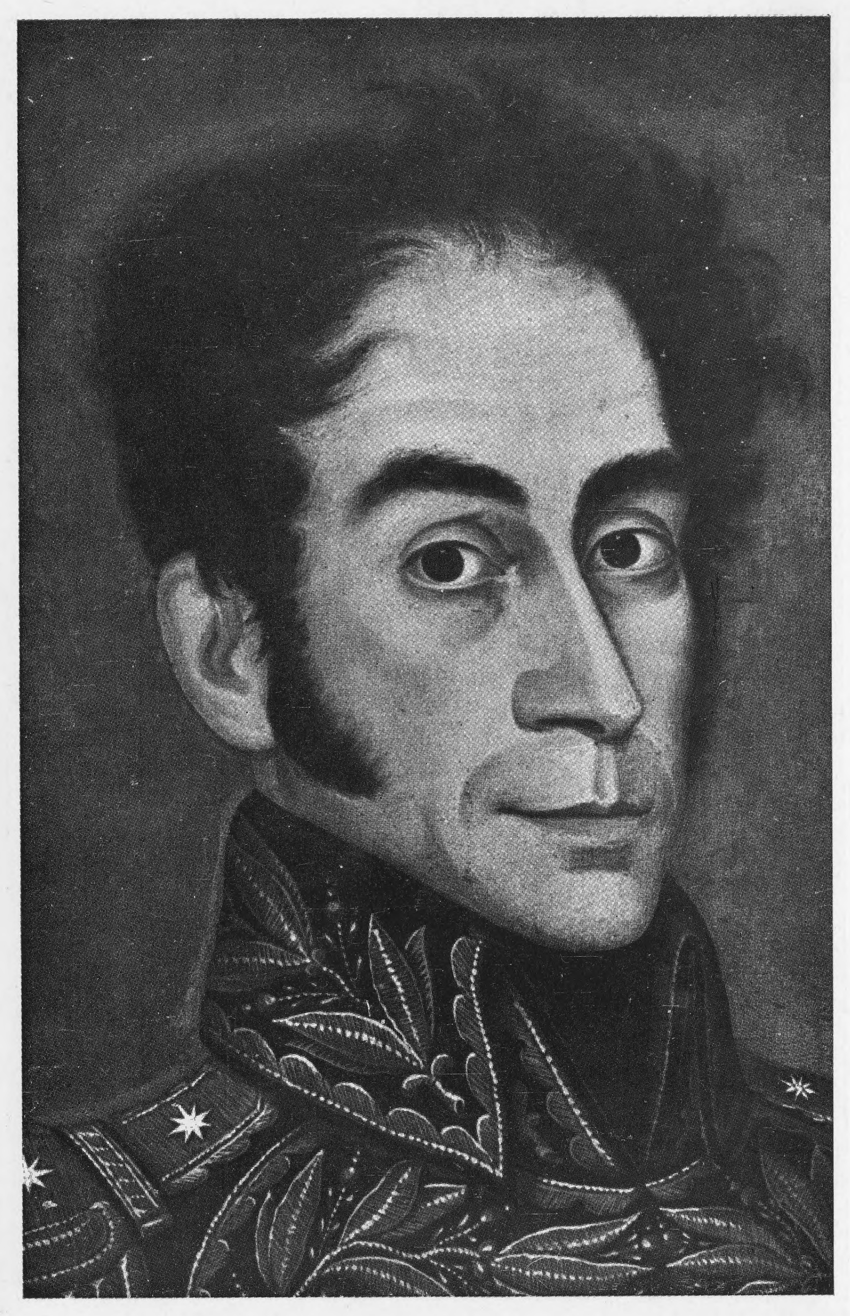
Pero Morillo desembarcó en Santa Marta y ambos rivales tuvieron que pensar las cosas otra vez. A principios de mayo Bolívar envió un parlamentario a Castillo. La entrevista tuvo lugar al pie de La Popa, en una casa de campo (8 mayo 1815). Bolívar cedió el mando de sus tropas a su primo Florencio Palacios, bajo la condición expresa de que Palacios quedaría a las órdenes inmediatas del Gobierno de Cartagena —cláusula curiosa considerando que las tropas de Bolívar habían sido organizadas y pertrechadas por el Gobierno de la Unión, teóricamente soberano sobre el de Cartagena. El mismo día de la firma del acuerdo (9 mayo 1815) Bolívar se hizo a la vela hacia Jamaica en el bergantín de guerra *Découverte,* desde luego, de la marina británica.

---

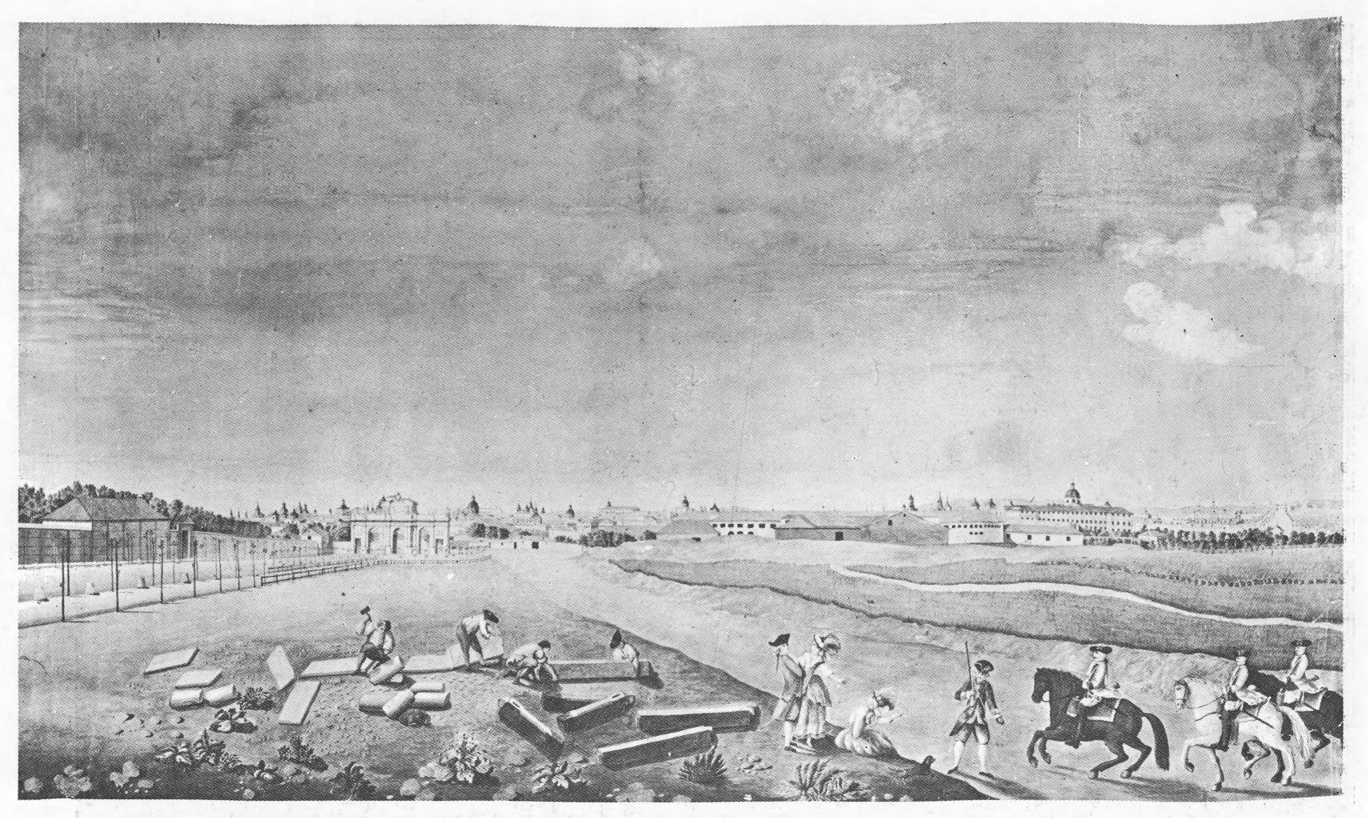
[32] *Ducoudray,* pág. 237; *Restrepo,* t. I, pág. 331.

CUARTA PARTE

DEL DESTIERRO A LA DICTADURA



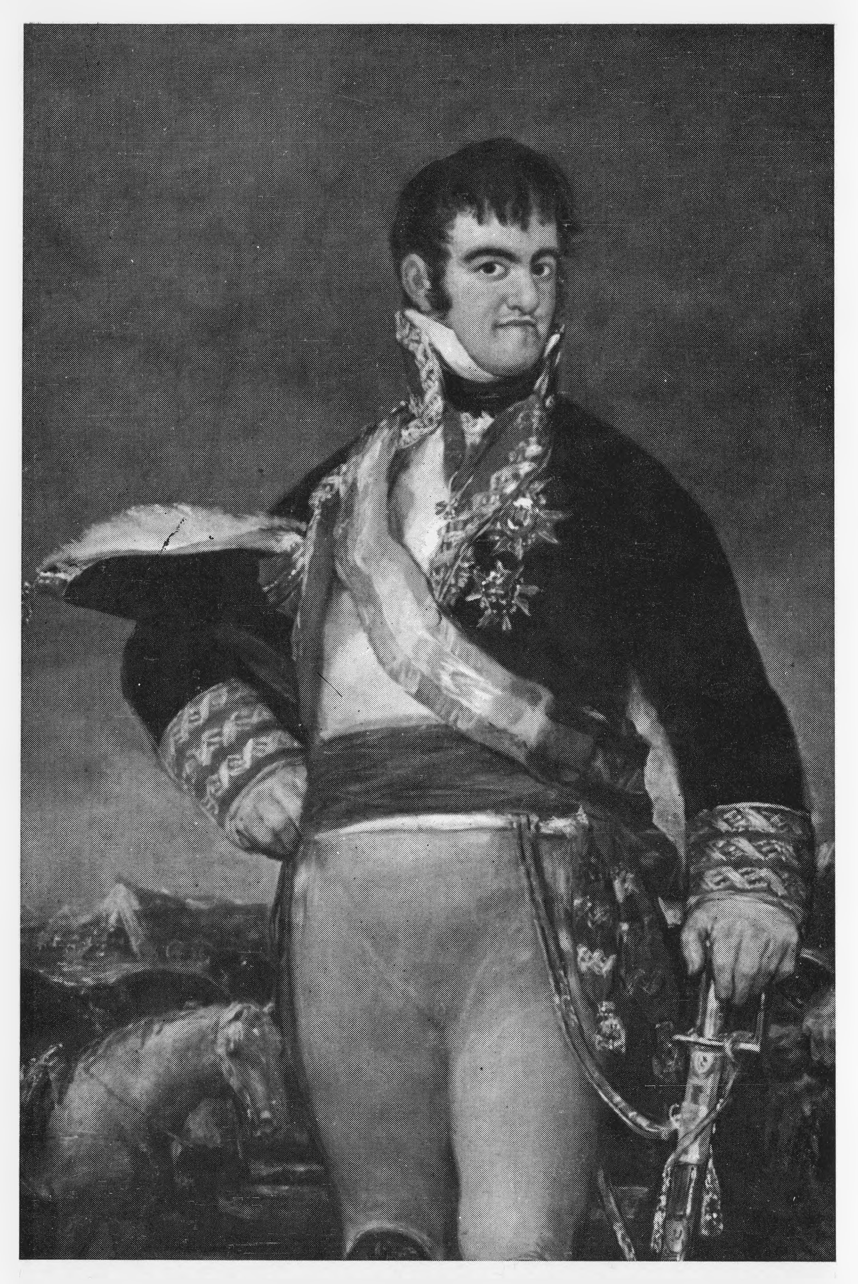
Retrato de Simón Bolívar, por José Gil de Castro (1825).
Foto Archivo Espasa-Calpe



Vista de Madrid a finales del siglo XVIII. Dibujo por Domingo de Aguirre. Museo Municipal. Madrid.
Foto Archivo Espasa-Calpe



La familia de Carlos IV, por Francisco de Goya. Museo del Prado. Madrid. — *Foto Archivo Espasa-Calpe*



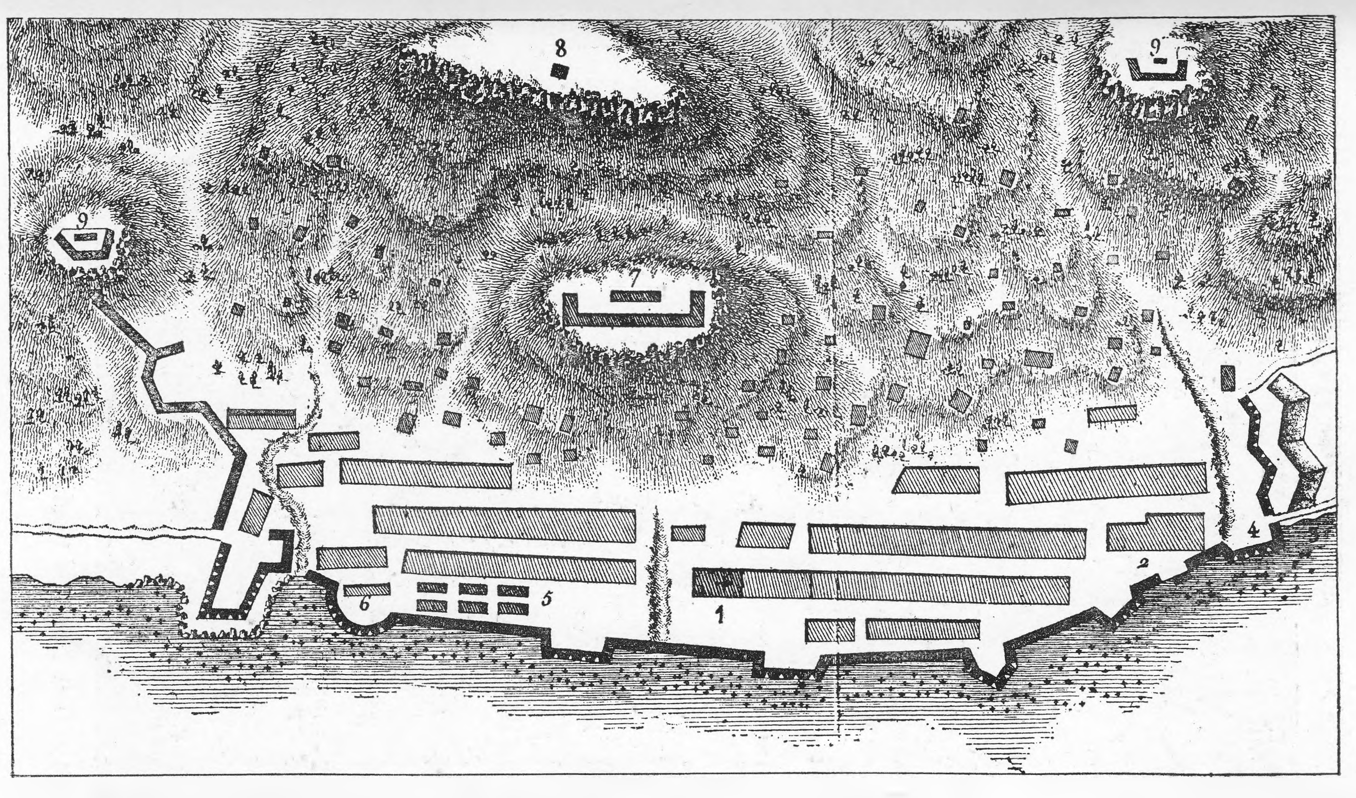
Retrato de Fernando VII, rey de España, por Francisco de Goya. Museo del Prado. Madrid. — *Foto Oronoz*



Retrato de Manuel Godoy, de autor desconocido. Museo Municipal. Madrid. — *Foto Archivo Espasa-Calpe*



La coronación de Napoleón, por David. Museo del Louvre. París. — *Foto Archivo Espasa-Calpe*



Plano del puerto de La Guaira, en 1806, para servir al *Viaje a la parte Oriental de la Tierra Firme en la América Meridional,* por F. de Pons, ex-Agente del Gobierno Francés en Caracas. Explicación: 1, Iglesia; 2, Factoría de la antigua Compañía de Guipúzcoa; 3, Cuerpo de Guardia; 4, la Calle; 5, la Prisión; 6, la Batería; 7, Colorado; 8, Vigía con un Cañón de Alarma; 9, Fortines



El general Francisco Miranda. — *Foto Archivo Espasa-Calpe*

Capítulo XXV

MORILLO

El mismo día en que Bolívar zarpaba para Jamaica (9 mayo 1815) firmaba Fernando VII un decreto en el que anunciaba su deseo «de poner término a las calamidades que afligen a varias provincias de los dominios de América» y de «recibir como un verdadero padre a los que conociendo los males que acarreaban a su Patria con su conducta temeraria y criminal quisieran reconciliarse cordialmente». Este estilo era engañoso. El decreto consagraba el fracaso de un largo episodio de mediación. Castelreagh venía intentando desde 1811 la reconciliación de la Regencia con los rebeldes hispanoamericanos, a fin de evitar que España desviara hacia sus guerras ultramarinas energías que la Gran Bretaña prefería se gastasen en luchar contra Napoleón. Las negociaciones habían sido laboriosas y habían fracasado por tres motivos: los mercaderes de Cádiz se resistían a renunciar a sus privilegios comerciales; la Regencia, sin darse cuenta de caer en contradicción con su propio liberalismo, se proponía coaccionar a los hispanoamericanos para obligarlos a volver a la obediencia; y ni las Cortes ni la Regencia habían conseguido vencer, para con las intenciones británicas, una desconfianza que quizá no mereciera Castelreagh, pero que habían merecido sus predecesores Pitt y Melville. A pesar de la presión de Castelreagh, las Cortes y el Gobierno se negaron a conceder a los reinos de ultramar una situación comercial igual a la de los reinos de España, aunque había sido consuetudinaria bajo la dinastía austriaca; la Regencia había intentado además subordinar la mediación británica a la condición de que el Gobierno británico cooperaría activamente a reducir a los rebeldes por la fuerza, de fallar la mediación —idea que Castelreagh, con muy buen acuerdo, se había negado aun a

discutir—; por último, la suspicacia española para con los motivos que impulsaban a Inglaterra, alimentada por la actitud de los jefes navales ingleses de las Indias Occidentales, así como por la costumbre que había adquirido la marina británica de traer y llevar a los cabecillas rebeldes y servirles de correveidile, contribuyeron no poco al fracaso de Castelreagh. Sir Henry Wellesley le escribía desde Cádiz (5 julio 1812): «Siento tener que decir que la última carta del Ministro de Estado me ha obligado a significarle que considero la mediación como terminada» [1].

Si la mediación había fracasado con unas Cortes liberales y una Regencia de buena intención, ¿cómo iba a lograrse con el infame Fernando VII? El decreto de 9 de mayo de 1815 se refería a la mediación, pero tan sólo de dientes afuera. Fernando no comprendía más lenguaje que el de la fuerza, y sólo por la fuerza se proponía resolver un problema que no entendía. La Junta de generales, constituida en julio de 1814 para reorganizar los ejércitos españoles de ultramar después de la guerra de Independencia, había estudiado una expedición militar. A propuesta del General Castaños, el vencedor de Bailén, se confió esta expedición al General de División Don Pablo Morillo.

El nuevo Comandante en Jefe no era, como Bolívar, un aristócrata, sino un hombre del pueblo. Nacido en Fuentesecas, en las cercanías de Toro, en mayo de 1778, tenía cinco años más que Bolívar; y a los treinta y siete era ya General de División. Una aventura juvenil, no cumplidos los trece, le había obligado a escaparse del hogar paterno, alistándose en la Infantería de Marina; tomó parte en varios encuentros navales, entre ellos en la batalla de Tolón, donde salió herido, y en la de Trafalgar, en que lo hirieron e hicieron prisionero. En la guerra de la Independencia reveló sus dotes de mando. En la batalla de Bailén lucho como Teniente de Infantería, con tanta distinción que se atrajo la atención y simpatía del General Castaños. A partir de aquel momento hizo una carrera militar rápida, justificada por su osadía y su carácter. En abril de 1809, quince días antes de que los conspiradores de Caracas fundaran su Junta, Morillo, joven de treinta y un años, con el Capitán de navío inglés Crawford, recibía la rendición de la guarnición francesa de Vigo; Morillo tuvo que ascenderse a sí mismo a Coronel a fin de vencer los escrúpulos del jefe de la guarnición francesa, que no quería rendirse a un mero Teniente. Su victoria de

[1] Sobre el decreto de Fernando VII: *Villa*, t. II, págs. 462 y sigs., documento 416. Sobre mediación: *Webster*, t. I, págs. 12 y sigs.; documento F. O., 72/131, núm. 501, en *Webster*, t. II, pág. 32.

Puente Sampayo sobre el Mariscal Ney (8 mayo 1809) consagró al joven oficial de voluntarios con una aureola militar indiscutible. Fue entonces nombrado Coronel de un regimiento que él mismo se encargó de reclutar y organizar, y que iba a hacer célebre el nombre de *Regimiento de la Unión* [2].

Ciertos aspectos de esta carrera de Morillo recuerdan la de Bolívar. De Teniente a Coronel saltó Bolívar cuando la Junta de Caracas lo mandó negociar a Londres, por creer la Junta que le serían necesarios los galones para compensar su juventud; de Teniente a Coronel saltó Morillo por creer los galones necesarios para que se le rindiera el jefe de la guarnición francesa de Vigo. Como Bolívar, era Morillo ante todo un guerrillero; y también como Bolívar era muy disciplinario. Morillo se hizo pronto elemento de gran utilidad para los ejércitos regulares por su sentido innato de la guerra de guerrillas y la maestría con que la ejercía; precisamente en esta fase de su vida militar consta una correspondencia tenaz que tuvo con Castaños a fin de reprimir de una vez el bandidaje que bajo pretexto de guerrillas devoraba al país, y aun a veces se aprovechaba de su nombre. «Tengo presos para remitir al cuartel general siete pícaros, que se titulan partidarios y son otros tantos ladrones que han cometido mil infamias por este país», escribe desde Zalamea (27 mayo 1811) y con frase que por cierto no puede ser más feliz, añade: «Yo seguiré culebreando por estos pueblos sin fijarme un solo día en uno de ellos» [3].

Ascendido a Brigadier (14 marzo 1811), Morillo pasó a servir con las tropas de la división británica que mandaba el General Hill, y tomó parte en las operaciones que culminaron en la victoria de Albuera. Tuvo por entonces que hacer frente a conflictos que suscitaban los soldados británicos, aficionados a arrancar por la fuerza lo que la escasez, el desorden, la mala inteligencia natural en personas de distinto lenguaje, u otras causas, les negaba. Habiéndole pedido heno un oficial británico, Morillo lo mandó con otro español para que se lo procurara el alcalde del pueblo; pero los soldados británicos iban tomándolo por la fuerza por las casas del pueblo, que, de paso, saqueaban. Observólo Morillo, y con ademanes, por faltarle las palabras, intentó reprimir estas violencias; pero los ingleses no sólo no le hicieron caso sino que lo maltrataron al verle alzar el bastón de mando para amenazar a un insolente. Surgieron soldados españoles, y Morillo arrestó a tres ingleses y los mandó presos al General Hill.

---

[2] *Villa*, t. I.
[3] Loc. cit., pág. 21; doc. 116, pág. 115.

La división de Morillo hizo con los ingleses toda la campaña desde Extremadura al país vasco; fue una de las dos españolas que tomó parte a las órdenes de Wellington en la batalla de Vitoria, que Morillo inició y, aunque herido al principio, sostuvo hasta el fin. Wellington lo eligió para figurar con los demás generales con mando en aquella jornada en el grupo que hizo pintar para celebrar a los vencedores [4].

*

Esta victoria abrió a Wellington las puertas de Francia. Morillo y sus tropas acamparon en Roncesvalles, desde donde veían aquella Francia cuyos ejércitos habían vertido tanta sangre y tantas lágrimas en España. Se daba cuenta del estado de ánimo de sus hombres, del recuerdo de tantas casas saqueadas, de tantas iglesias profanadas y hechas cuadras, de tantos guerrilleros fusilados por el crimen de defender sus hogares. Lo primero que hizo fue dictar un bando imponiendo disciplina, unión y buena conducta. Pero, a medida que iba adentrándose en territorio francés, aumentaban las quejas contra sus tropas. Ofendíase Morillo, sobre todo por la forma seca en que le llegaban las reprensiones desde Wellington a través de Hill y otros intermediarios. Replicaba que los franceses no distinguían entre español y español, y que los desórdenes los cometían los voluntarios españoles de las divisiones británicas y portuguesas; aunque no dejaba de reconocer que el hambre que tenía que aguantar la tropa española, a causa de la mala administración militar de los ingleses, tenía que producir sus efectos, ya que «la necesidad podrá hacer que el soldado cometa algunos desórdenes, los que hasta ahora tengo la satisfacción de haber podido contener haciéndoles observar la más rigurosa disciplina». A pesar de sus protestas, Wellington castigó la división, dando orden de que se pusieran en formación desde una hora antes del alba hasta una hora después de la puesta del sol [5].

Este castigo causó hondo resentimiento en Morillo; quizá porque había dado a Sir Rowland Hill un dato que quitaba no poca fuerza a sus protestas: «Los oficiales y soldados recibían a cada correo cartas de sus amigos felicitándoles por su buena dicha en hallarse en Francia, y concitándoles a que se aprovechasen de su situación para hacer fortuna.» Hill se lo había contado a Wellington, quien decidió que eran necesarias medidas de rigor. Pero se echa de ver el efecto que estas medidas produjeron

---

[4] Loc. cit.
[5] Loc. cit., t. I, pág. 92; doc. 315, pág. 326.

en Morillo, así como cierta convicción subconsciente de que los españoles tenían algún derecho a resarcirse en Francia de los padecimientos de su país, en estas palabras que el General español escribía a su colega inglés Wimpffen (19 diciembre 1813): «Vuelvo a reiterar a V. S. que esta tropa ha observado una disciplina más rigurosa que en su propio país; y habiendo sido hasta esta época el modelo de subordinación por su buen comportamiento en todas ocasiones, no creo se pueda ya exigir más de unos oficiales y soldados, cuando todo lo compran, hasta la luz y sal en sus propios alojamientos, llegando ya al extremo de que los paisanos franceses se encuentran con un orgullo superior al del soldado español, que además de haber vencido, no puede distraer de su memoria el triste estado en que dejan a su desgraciada patria, destruida y arruinada por las tropas del Tirano» [6].

Este episodio revela la actitud de Morillo en cuanto a disciplina y a conducta militar. Soldado salido del pueblo, comprendía los sentimientos y las flaquezas de la naturaleza humana que brotaban de los amargos recuerdos que la soldadesca francesa había dejado en España o del hambre crónica que padecían los ejércitos anglo-españoles en Francia; pero «sufría lo indecible» ante la mera idea de que sus soldados se condujeran mal; y mantuvo una correspondencia defensiva tenaz con el Estado Mayor de Wellington, a pesar de que, en el fondo, los excesos de que acusaban a sus tropas no parecen haber pasado nunca de raterías menores, sobre todo de víveres. Estas acusaciones, defensas, penas, se referían a abusos que jamás llegaron a crímenes de sangre; observación que no deja de tener su interés cuando llegue el momento de juzgar los sucesos de allende el mar. Por lo pronto los hechos de las campañas europeas permiten trazar la silueta de un general hijo de sus obras, bravo, recto, dado a la disciplina, apto para el mando, según se echa de ver en su estilo claro y directo, con ciertos relampagueos de talento, y siempre sincero [7].

*

«A las ocho de la mañana del 17 [febrero 1815] un espectáculo conmovedor, análogo al de Trafalgar, se presenciaba desde las murallas de Cádiz. Diez y ocho buques de guerra y cuarenta y dos transportes levaban anclas, obedeciendo a la señal del navío *San Pedro,* poniéndose en marcha en dirección al placer de Rota, que está a tres leguas de la ciudad. Millares de

---

[6] Loc. cit., t. I, pág. 99; doc. 321.
[7] Loc. cit.

pañuelos se agitaban desde las azoteas despidiendo a muchos seres queridos, a quienes, con ligeras excepciones, no habían de tornar a ver.» El Capitán Sevilla, que esto escribe, iba a bordo con su regimiento, el de la Unión, así como también su hermano Manuel. Otro hermano, José María, estaba en Méjico, «haciendo la guerra a los insurrectos»; y otro, Frasquito, de servicio a bordo del navío *Asia* en «Lima», es decir, en Callao. Así pues los cuatro hermanos se hallaban a la sazón todos enzarzados en el grupo de guerras civiles que al caer la Corona española en Bayona había derribado la estructura del Imperio español. Un tío suyo, Don Pascual Enrile, mandaba la expedición como jefe naval, llevando además el mando del Estado Mayor del ejército, bajo las órdenes de Don Pablo Morillo. El Almirante Enrile podía jactarse de haber mandado la expedición más numerosa que había cruzado el Atlántico desde el descubrimiento de América; constaba de la nave capitana, *San Pedro*, de sesenta y cuatro cañones, único navío de línea; de dos fragatas de treinta y cuatro, con los claros nombres griegos de *Diana* e *Ifigenia*, una corbeta de veintidós, un bergantín de trece y trece cañoneras. Esta fuerza naval escoltaba cuarenta y dos transportes a cuyo bordo viajaban diez mil seiscientos cuarenta y dos hombres que constituían seis regimientos de infantería de mil doscientas plazas y un batallón de seiscientas cincuenta; dos regimientos de caballería sin sus caballos, ya que sobraban en ultramar; un regimiento mixto de artillería y un batallón de ingenieros, amén de los servicios auxiliares [8].

Considerable, frente a las fuerzas, escasas y desorganizadas, que iba a combatir, esta expedición no dejaba de adolecer de ciertas flaquezas. La marina no se había restablecido todavía de los rudos golpes que había recibido de Inglaterra, como aliada de muy mala gana de la marina francesa; «los ministros de Fernando despreciaban hasta tal punto esta parte importante de la defensa del Estado que llegó a verse completamente desorganizada [...], los arsenales se veían abandonados y los almacenes desprovistos; mas lo peor de todo era la irregularidad de la paga [...] pues se debían setenta años de sueldo». El ejército, por su parte, no valía mucho más. A pesar del papel importante que algunos generales habían desempeñado en la reacción fernandina, el cuerpo de oficiales, cuajado de francmasones, veía con desagrado el despotismo del indigno monarca y de sus dignos amigos; Morillo, uno de los caudillos de la resistencia contra

---

[8] *Sevilla-A.*, págs. 22-24; *E. M. C.*, pág. 43.

Napoleón, había sido objeto de preferente atención por parte de los conspiradores liberales, y aun llegó a corresponder a una señal secreta hecha por uno de ellos. De aquí surgieron esperanzas de que se decidiera a un pronunciamiento para derrocar el régimen despótico; pero el propio Morillo se apresuró a rectificar al darse cuenta de la imprudencia de su gesto, apuntándose en una de las cofradías religiosas de Cádiz y presentándose ostentosamente en una procesión, cirio en mano. Todo esto explica en parte al menos que desde mediados de diciembre de 1814 hasta que zarpó el *Cádiz* (17 febrero 1815), estuviera acuartelada toda la expedición. El ejército no sentía entusiasmo alguno por ir a servir en ultramar, y de no haber estado acuartelados los soldados las deserciones habrían sido numerosas. También por esta razón habían surgido esperanzas de pronunciamiento, ya que el ejército, para ahorrarse un viaje a América, hubiera podido lanzarse a una aventura de política interior [9].

Y eso que la tropa ignoraba todavía lo peor. Se les había hecho creer que iban a Buenos Aires; pero a los ocho días de viaje, al rayar el alba del día 25 de febrero, el navío mandó un bote con dos oficiales a bordo «que empezaron a recorrer todos los buques, trayéndonos la infausta noticia de que no íbamos a Río de la Plata, como se había dicho, sino a Costa-Firme. Así lo preceptuaban los pliegos reservados de Su Majestad que se acababan de abrir en aquella altura. General consternación causó esta nueva. Todos sabíamos que en Buenos Aires y Montevideo los rebeldes estaban divididos, que uno de sus bandos esperaba las tropas del Rey, para pasarse a ellos y auxiliarlas, y que en la Costa-Firme la guerra se hacía sin cuartel y con salvaje ferocidad». Más tarde Morillo hizo señal de que todos los buques pasasen a popa de la capitana, para levantar con vítores y vivas el ánimo decaído de los pobres soldados. El 6 de abril, la flota pasaba frente a Carúpano, «que parecía una taza de oro desde el mar, arbolaron en el fuerte el pabellón español, tiraron algunos cañonazos en señal de salva, y vino a bordo una balandra con el brigadier Morales». Dice Sevilla que convinieron en tomar la Isla de Margarita, pero ya el proyecto venía en las instrucciones de Morillo. Morales pidió permiso para embarcar un batallón de negros zambos, que eran, dice Sevilla, «el terror del enemigo». Camino de Margarita se metieron entre los buques dos fragatas británicas «para olfatear lo que pasaba». Morillo ya no estaba a las órdenes de Wellington: llamó a bordo al Comandante de una de ellas y le intimó que se alejaran en el

---

[9] *Villa*, t. I, págs. 121, 122.

término de tres horas, so pena de echarlas a pique. A las dos de la tarde desaparecieron con rumbo a las Barbados [10].

Es muy posible que al cruzar hacia Margarita meditara Morillo sobre las instrucciones políticas que traía, redactadas por el Ministro Universal de Indias, el mejicano Lardizábal, que de vocal de la Regencia Constitucional había pasado a ser Ministro del Rey déspota. Con una sola, aunque grave, excepción, las instrucciones son bastante razonables. «Ocupada la Isla de Margarita se emplearán para su sosiego y buen orden todos los medios de dulzura, apoderándose tan sólo de las personas encontradas con las armas en la mano, y de los buques o efectos que no pertenezcan a vasallos de S. M., por lo que el Gobernador que allí quede debe ser de buen juicio, activo y vigilante.» Se encarece la importancia de la Isla de Margarita «por la proximidad a Cumaná y porque estando a barlovento es la guarida de los corsarios y el asilo de los insurgentes arrojados del continente». En cuanto a la actitud para con los insurrectos, los párrafos 4 a 8 son a la vez generosos y sagaces: habrá amnistía general pero dentro de ciertos límites de tiempo; pasado este límite (aquí viene la grave excepción) «pondrá a precio las cabezas de aquellos que más influencia tengan»; cláusula que iba a ser simiente de grandes males. Se declaraban libres los negros armados por el adversario, pero quedaban alistados como reclutas, y sus dueños acreedores a indemnización. Se mandaban a España los caudillos desterrados y las personas de dudosa conducta «con pretextos lisonjeros para ellos». Y viene por último un párrafo, evidente alusión al tipo de guerrillero sangriento y cruel como Boves, Zuazola y el propio Morales, que conviene citar por entero: «En un país donde desgraciadamente está el asesinato y el pillaje organizado, conviene sacar las tropas y gefes que hayan hecho allí la guerra, y aquellos que como algunas de nuestras partidas han aprovechado los nombres del Rey y Patria para sus fines particulares cometiendo horrores, debe sí separárselos con marcas muy lisongeras, destinándoles al Nuevo Reyno de Granada y bloqueo de Cartagena» [11].

*

Al rayar el alba del 7 de abril de 1815 divisó la flota española a Pampátar. Arismendi y Bermúdez al verla venir, arbolaron la

---

[10] *Sevilla-A.*, págs. 24, 26. Dice que Morillo y Morales acordaron tomar a Margarita; pero esta operación viene ya prevista en el apartado 3 de las instrucciones de Morillo bajo el título de *Ejército: Villa,* t. II, página 440.

[11] Doc. 405 en *Villa,* t. II, pág. 443.

bandera española; pero Morillo no se dejó engañar, ni siquiera cuando el fuerte hizo señales con la clave de la flota —porque uno de los barcos españoles, el *Guatemala,* que, separado de los demás durante una tormenta se había adelantado, se hallaba varado en la bahía por haber caído en la celada—. Al cabo de una negociación con los caudillos insurrectos, desembarcó Morillo el día 9, ocupando la ciudad y el fuerte. La Isla ofreció rendirse a condición de que se perdonase lo pasado, y Morillo aceptó, ocupándola el 10. El 11 salió camino de Asunción, donde instaló de Gobernador al Coronel Antonio Herráiz, a quien dio instrucciones acordes con las que de Madrid traía. En cuanto a los caudillos adversarios, Bermúdez había huido a Chacachacare con 500 hombres y 300 fusiles; pero Arismendi se quedó en la Isla y compareció ante Morillo acogiéndose a la amnistía (11 abril 1815). Esta escena es esencial para comprender sucesos ulteriores, y pone en juego a tres protagonistas, Morillo, Arismendi y Morales. Debemos el relato al Capitán Sevilla [12].

Arismendi cayó de rodillas, derramando lágrimas de arrepentimiento. Morillo le indicó que se levantara, diciéndole que el Rey tenía el corazón más generoso que sus enemigos y que en su nombre le perdonaba. En los ojos de Morales brilló un relámpago de ira. «Mi General —exclamó, apuntando con el índice acusador al cabecilla margaritano que seguía arrodillado—, mi General, no haga Vd. semejante cosa. Este hombre que tiene Vd. a sus plantas no está arrepentido; le está engañando a Vd. miserablemente. Ese hombre que ve Vd. arrastrándose como un reptil, no es hombre; es tigre, salido de las selvas o del infierno. Esas lágrimas que vierte, son de cocodrilo. Sus protestas son ardides y sus promesas mentira. Con esa misma lengua con que ahora pide perdón, ha mandado el miserable quemar vivos a 500 pacíficos comerciantes españoles, vecinos que eran de Caracas y La Guaira. Los que consiguieron escapar de la hoguera fueron asesinados a lanzazos [...]. Aquellas víctimas, padres de familia los más, no tenían otro delito que haber nacido en la Península; no habían tomado parte alguna en la guerra, y fueron sacados a la fuerza de sus tiendas, arrebatados detrás de sus mostradores, robados por este infame, y luego muertos de la manera salvaje que he dicho. En nombre de sus manes, mi General, yo pido que

---

12 *Villa,* t. I, págs. 128 y sigs.

«No permitirá que por especulaciones mercantiles se remitan armas y municiones a la América española.» Morillo al Gobernador de Trinidad (13 abril 1815). Instrucciones de Morillo a Herráiz, doc. 410, vol. II, página 452.

Sobre la huida de Bermúdez, Morillo al Gobernador de Trinidad (2 mayo 1815), doc. 413; *Villa,* t. II, pág. 459.

se haga justicia; que se castigue ejemplarmente como marcan las leyes, no al insurgente sino al reo de delitos comunes que han estremecido de horror a los mismos insurrectos decentes.»

Morillo, que, por lo visto, había escuchado en silencio la arenga de su subordinado, quizá para mejor prepararse el efecto sobre Arismendi, replicó: «No importa. Con todo eso, le perdono; así quedará más obligado, y comprenderá cuán sincero y grande tiene que ser su arrepentimiento, para que iguale a mi generosidad. Arizmendi, levántese, consuélese, y sea leal en adelante con esa nación hidalga, a quien debe una segunda vida.» Levantóse Arismendi y salió del aposento. «Mi General —dijo Morales a Morillo—, desde ahora le predigo que fracasará en su expedición. Al decretar Vd. el indulto de Arizmendi y demás cabecillas que alberga esta isla, ha decretado Vd. la muerte de millares de peninsulares y de venezolanos leales que por ellos han de ser asesinados. En la Margarita estaba concentrado todo el veneno que le quedaba a la insurrección. Todo el resto del país está casi pacificado; y si se hubiera entrado a sangre y fuego en este nido de piratas, arrasando esta isla maldita, refugio de todas las hienas rebeldes, no se propagaría de nuevo la insurrección. Bermúdez se ha fugado con trescientos hombres. Arizmendi no tardará seis meses en reorganizar sus fuerzas, y esta misma isla, que hoy podría haberse sometido realmente en dos días, costará luego a España arroyos de sangre dominarla de verdad. La política bondadosa y suave está buena para los tiempos de paz; en los de guerra, se traduce siempre por debilidad y da aliento a los indecisos. Mi General, se pierden estos dominios para España y Vd. pierde su fama de sabio político y valiente militar, si sigue Vd. el sistema que acaba de inaugurar en la Margarita.» «Señor brigadier —contestó secamente Morillo—, no le he pedido a Vd. consejos» [13].

Morillo cumplió su palabra y amnistió a todo el mundo, con la única excepción de un español europeo, jefe de caballería, a quien mandó «con un par de grillos a bordo del navío para formarle causa, por haber sido muy sanguinario con sus mismos compatriotas»; y se embarcó en el *Ifigenia* para Cumaná dejando en la Margarita una corta guarnición (20 abril 1815). Casi toda la armada pasó a la Isla de Coche, para hacer aguada; donde, en la noche del 23, probablemente por mano enemiga,

---

[13] *Sevilla*, págs. 35 y sigs. Esta página ha desaparecido de la edición de París. La arenga de Morales se resiente del estilo andaluz de Sevilla, y de aquí todas esas fieras, el reptil, el tigre, el cocodrilo y la hiena. Pero la escena es indudablemente histórica, como lo confirman las numerosas alusiones a Arismendi y a la Isla de Margarita que hace Morillo a partir de la rebelión de Arismendi.

quizá por negligencia, el *San Pedro,* abarrotado de municiones, vestuario, víveres y fondos, hizo explosión y se fue a pique. Se perdió toda la artillería así como 8.000 fusiles e incalculable cantidad de pertrechos. Fue un golpe abrumador para la expedición y que pudo haberse evitado distribuyendo entre varias naves cargamentos tan valiosos.

Morillo proseguía su acción en Cumaná, retirando las diversas banderas bajo las que habían combatido a capricho los caudillos realistas, y distribuyéndoles en cambio los colores oficiales del Estado español; disponiendo se fusilara a todo culpable de haber muerto a un prisionero rendido en el campo de batalla; mandando una fuerza expedicionaria al Perú; y reorganizando la autoridad civil y política de la zona oriental. El 3 de mayo de 1815 se hizo a la vela para La Guaira, donde llegó el día 6. Dos días después mandaba a Caracas el primer contingente de sus tropas. Como iba con él el Capitán Sevilla, nos será posible asistir a su entrada en la ciudad. «Con el objeto de lucir mis pies andaluces, yo me había puesto unas botas que me oprimían mucho; al llegar, apenas si podía andar; pero esta incomodidad la olvidé al entrar en la bella ciudad de Caracas. Sus calles, azoteas y balcones estaban atestados de gente que nos vitoreaba y aclamaba, con vivas a España, al Rey y al Ejército. Gallardas jóvenes, lujosamente vestidas, nos daban *hurras,* saludándonos con sus pañuelos, como si fuésemos Mesías. Aquella recepción nos colmó de entusiasmo. Por mi parte no sentí mis botas hasta que, ya concluido el acto, me retiraba a mi alojamiento.» El 11 Morillo entró en la ciudad, seguido de un Estado Mayor brillante: «venía a pie y con el entrecejo contraído y caído el labio, signos evidentes de que estaba de malísimo humor». Mandó en seguida hacer montar a los húsares, para que todas las tardes hiciesen ejercicios y simulacros [14].

El mismo día de su entrada en Caracas, Morillo publicó una proclama a los habitantes de Venezuela: «Venezolanos, somos vuestros hermanos. El Rey es nuestro común padre: disensiones domésticas minan la opulencia de las naciones, y las hacen el juguete de las demás [...]. No venimos a derramar vuestra sangre: no estamos sedientos de ella: no nos hace obrar facción alguna. El ejemplo lo tenéis en Margarita. Las armas del Rey entraron a discreción. Varios jefes de la insurrección y las planas mayores de los cuerpos de ésta están allí: han jurado fidelidad al Señor Don Fernando VII: allí quedan en paz [...]. Mis facultades alcanzan a perdonar, recompensar y castigar: obligadme a que sólo use de aquellas dos facultades, y llenaré los

---

[14] *Villa,* t. I, págs. 138, 140-142; *Sevilla-A.,* pág. 46.

deseos del Rey. Pero si me obligáis a desenvainar la espada, no culpéis al Rey más clemente de los arroyos de sangre que correrán.» El 17 del mismo mes de mayo lanzó una proclama similar a los habitantes de Nueva Granada anunciándoles: «En breve estaré en medio de vosotros con un ejército que ha sido siempre el terror de los enemigos del Soberano; entonces gozaréis de la tranquilidad que ya disfrutan estas provincias»; y volvía a exhortarles a que se deshicieran de sus malos caudillos: «desaparezcan estos miserables de la vista de unas tropas que no vienen a verter la sangre de mis hermanos, ni aun la de los malvados si se puede evitar, como lo habéis visto en Margarita» [15].

*

Al salir de Nueva Granada para su segundo destierro, Bolívar había entregado el mando de sus tropas a su pariente Florencio Palacios. Las enfermedades y las deserciones habían reducido el contingente de 2.400 a 700. Con arreglo a su acuerdo con Castillo, las tropas tenían que recibir víveres y municiones, pero a cambio de pasar a las órdenes de Castillo. Esta condición no fue del agrado de los soldados y se resistieron a cumplirla. Castillo ordenó que acampasen bajo el fuego de sus baterías, en un terreno fangoso y húmedo en las afueras de la ciudad. Durante la noche toda la tropa se pasó a Turbaco sin pedir permiso. Castillo mandó al Coronel Mariano Montilla, el mantuano caraqueño, con armas y víveres, como gesto conciliatorio; pero también a 400 hombres al mando del Coronel inglés Stuart, al servicio de Cartagena. Los venezolanos se apoderaron de las municiones que traía Montilla, y luego, a una señal de Palacios, rodearon a los granadinos y los desarmaron: «a los sargentos, cabos y soldados les quitaron los uniformes y todo lo que llevaban; obligándoles así, medio desnudos, a retornar a Cartagena. Palacios se quedó con los dos coroneles y con algunos otros oficiales como prisioneros, tratándolos mal y considerándolos como prisioneros de guerra». Castillo, en Cartagena, se vengó sobre todos los caraqueños que tenía a mano; y entonces Palacios decidió poner en libertad a Montilla y a Stuart, pero los caraqueños fueron «conducidos bajo guardia a unos navíos que se disponían a zarpar y desterrados a países extranjeros sin consideración alguna para con su bienestar o su comodidad» [16].

Tal era el estado de Cartagena en víspera del sitio que iba a poner término a su independencia. Pero por aquel entonces

---

[15] *Villa,* doc. 417, t. II, págs. 464, 465; doc. 418, pág. 467.
[16] *Ducoudray,* t. I, cap. X, págs. 242 y sigs.

surgió un peligro mucho más grave para esta independencia. El 12 de mayo de 1815 llegaron a Jamaica dos comisionados de Cartagena con credenciales del Gobernador, Amador: Ignacio Cavero, Senador del Estado de Cartagena, y John Robertson, Brigadier al servicio de la misma república. Traían una misión que el Almirante Douglas define del modo siguiente en su despacho oficial al Gobierno de su país: «Ofrecer la ciudad de Cartagena y sus fortalezas en depósito hasta que se conozca el resultado de la misión enviada a Londres para obtener el reconocimiento de la independencia; y en caso de que no sea favorable a sus deseos, que Cartagena permanezca en posesión de las tropas británicas hasta que se obtengan del gobierno de la Península las condiciones que hagan necesarias la seguridad de las personas y de la propiedad de los habitantes de Nueva Granada» [17].

Las disensiones entre los caciques de Cartagena y la incapacidad de Florencio Palacios fueron desastrosas. «Desapareció la opinión de los pueblos en favor de la Independencia —escribe Restrepo—, viéndose oprimidos por unas tropas que se decían amigas y que vivían a su costa.» Desde Santa Marta, el Comandante en Jefe español, Montalvo, pedía a Morillo le mandara algunos navíos y hasta 4.000 hombres para bloquear a Cartagena. Morillo contestó que venía él en persona con el doble. El Gobierno de la Unión contaba apenas con 3.000 hombres diseminados entre Cúcuta, Casanare y Popayán. La anarquía imperaba por doquier. La reaparición súbita de Napoleón en París había hecho surgir esperanzas extravagantes, por creerse que España se vería enzarzada en luchas europeas; al par que despertaba en el propio Bolívar temores no menos extravagantes de que Napoleón viniese a Sudamérica a resarcirse del fracaso de Waterloo. En estas circunstancias, el menor éxito era maná del cielo para los ánimos. Una fragata española desarmada, *Neptuno*, transportaba al General Hore, Gobernador de Panamá, con su familia, 18 oficiales, 274 soldados y 2.000 fusiles, amén de otros pertrechos. Todo cayó en manos de los rebeldes. A los soldados se les obligó a alistarse en el ejército republicano; a los oficiales se les encerró en los calabozos de la Inquisición. Un grupo de ciudadanos de Cartagena presentó un escrito al Gobierno pidiendo que se fusilara a los oficiales. Amador y Cas-

---

[17] *P. R. O.*, Adm. 1/266, fol. 90 anejos. Respuesta de Bathurst a Fuller: *P. R. O.*, C. O., 138/44, fols. 217/9. El Embajador de España, Conde de Fernán Núñez, mandó a Castelreagh una nota de protesta (22 enero 1816) porque el navío de guerra británico *Carnation* había llevado a Jamaica a Cavero y a Robertson. Tuvo que reiterar la protesta (27 febrero 1816).

tillo se negaron. Una noche (6 julio 1815) nueve oficiales republicanos y dos paisanos consiguieron entrar en la cárcel y asesinaron a catorce oficiales españoles, dejando a siete sólo heridos por habérseles apagado la linterna [18].

La ciudad de Cartagena se halla construida al extremo norte de una bahía de dos leguas y media de largo y de una milla de ancho, que se extiende entre la tierra firme y la Isla de Tierra Bomba, dejando dos comunicaciones con el mar: Boca Grande al norte de la isla, cerrada por cadenas a toda navegación, menos la muy ligera, y Boca Chica al sur, única entrada útil al puerto, pero muy bien defendida por los dos fuertes fronteros de San Fernando y de San José. Rodeábala entonces una cadena de fortalezas bien artilladas; de modo que era reducto casi inexpugnable, como lo experimentó el Almirante Vernon en 1741. Pero esta vez Cartagena se hallaba en las manos incompetentes de Castillo y Amador; y su población, hinchada por la inmigración de la campiña circundante, se había elevado hasta 18.000 personas, lo cual creaba a las autoridades un gravísimo problema de abastos, y condenaba a la ciudad a morir de hambre sin remisión. Se habían enviado emisarios a las Antillas y a los Estados Unidos para aliviar tan angustiosa situación, pero el bloqueo español resultaba demasiado eficaz. Faltaba además dinero. Se había confiscado la plata de la Iglesia, con lo cual había perdido la ciudad algunos de sus tesoros más valiosos heredados de su época de esplendor, como el sepulcro de plata labrada, de 8.000 onzas de peso, que había sido ornamento clásico de sus ceremonias de Pascuas, y la palma de plata antaño robada por el corsario francés Pointis y gentilmente devuelta a la ciudad por Luis XIV. Un empréstito forzoso de 40.000 pesos había fracasado, y el ruego hecho a los ciudadanos para que sacrificasen sus joyas personales había caído en oídos de mercader. Morillo

---

[18] *Restrepo*, t. I, págs. 333-336, 339. Carta de Kingston al Presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada: *C. L.*, t. I, pág. 179.

Restrepo, t. I, págs. 346, 347; *O'L.*, t. I, pág. 367, da detalles interesantes de una carta contemporánea: «Puedo responder de que ni el Gobernador ni el General Castillo han tenido parte ni conocimiento del hecho, cualquiera que sea su triste historia. Ambos lamentan el enredo de formalidades necesarias, según las leyes españolas, vigentes aquí todavía, y que sirven de rémora a la pronta aplicación de la justicia.»

Restrepo da entre los asesinos el nombre de Sanarrucia. No sé si será, aunque lo barrunto, el mismo a que se refiere *E. M. C.*, págs. 110, 111, al relatar una salida de los sitiados bajo su mando; en la que Sanarrucia, para no caer en manos del enemigo, se suicidó. «Morillo dispuso se cortara la cabeza al cadáver de Sanarrucia y se la condujera al cuartel general de Torrecilla, donde la hizo enterrar en su caballeriza como para causar injuria al cadáver y a la memoria de tan virtuoso como valiente oficial.»

interceptó una carta (7 septiembre 1815), en la que Castillo informaba al Gobierno que ya tenía los almacenes vacíos, que no había maíz y que sólo quedaban 500 bueyes y vacas; Castillo estimaba que, aun contando los caballos, las mulas y los perros, sólo tenía víveres para cuarenta días [19].

*

Comenzaron las operaciones con el despacho de una División Volante al mando del Brigadier Porras, que salió de Santa Marta (28 julio 1815), para ocupar a Mompox, e intervenir el tráfico sobre los ríos Magdalena y Cauca, asegurando el contacto con el Coronel Calzada, que se acercaba desde Venezuela por vía de Cúcuta. Morales, entretanto, que había salido de Santa Marta (5 agosto 1815) con una división de vanguardia, avanzaba por las tierras bajas y pantanosas hacia Turbaco, arrasado e incendiado por los republicanos, rodeando el ganado y acaparando víveres. El 15 de agosto salió de Santa Marta el cuerpo principal desembarcando sin oposición en Arroyo Grande. Las tropas españolas de tierra se apoderaron gradualmente de todos los accesos a la ciudad, mientras 40 navíos completaban el bloqueo por el mar. Morillo instaló su cuartel general en la hacienda de Torrecilla, cerca de Turbaco, a 12 millas de Cartagena. A principios de septiembre era ya completo el cerco, y la pérdida de la isla de Barú, donde se abastecía la ciudad, hizo la situación todavía más desesperada. Dos operaciones menores, una para recobrar a Barú, y otra para procurarse víveres e información, terminaron desastrosamente [20].

A los sesenta días de sitio, Amador convocó a sesión la legislatura de la república de Cartagena (13 octubre 1815). «Aún no habíamos respirado el sitio de Bolívar, prolongado hasta el mes de mayo —dijo— cuando a mediados de agosto se presentó un nuevo asedio de los españoles.» El Gobierno había hecho todo lo posible, pero «por falta de actividad de los comisionados, o por la dificultad que siempre presenta la estación de las lluvias, apenas pudo llegar la quinta parte de lo que se había recolectado. Todo el resto cayó en poder de los enemigos, y la plaza quedó reducida cuasi al deplorable estado en que la dejaron las hostilidades de Bolívar». Pronto llegaría el día en que se habrían agotado las reservas. Una salida era imposible. «¿Entraremos en capitulaciones con un enemigo que no se ha dignado hacernos ni aun la menor intimación?» Morillo había intentado obtener

---

[19] *E. M. C.*, varios lugares.
[20] *E. M. C.*, pág. 104.

la rendición de la ciudad por medios suaves (22 septiembre 1815) pero a Amador no le convenía recordarlo: «Existir, ser feliz, son los primeros votos que forma el corazón del hombre, y éste es también el primero, o el único objeto de la sociedad.» Pero ¿cómo? Y aquí el presidente de la ciudad sitiada suelta al fin prenda: «¿Podemos dudar en estas circunstancias de que ya no nos es posible sostener la actitud de independientes? Es necesario procurarnos nuestra existencia y felicidad por otros medios. Salvemos el Estado de los horrores que debemos prometernos de un enemigo resentido y sanguinario, ofrezcamos la Provincia a una Nación sabia y poderosa, capaz de salvarnos y gobernarnos, pongámosla bajo el amparo y dirección del Monarca de la Gran Bretaña.» El desgraciado presidente de un Estado que así aspiraba al rango de colonia británica hizo entonces leer los documentos en que ya había empeñado la ciudad a los ingleses para obtener armas y dinero; y puso a debate su proposición. Los legisladores, después de recordar que la correspondencia de España, interceptada en la corbeta *Neptuno*, «revelaba las intrigas y maquinaciones del gabinete de Madrid sobre estos dominios, y la impotencia de la nación española incapaz de proteger, y sólo poderosa por su saña y despecho por oprimir y derramar torrente de sangre en la Provincia, convinieron todos con unanimidad en que en las circunstancias que se han manifestado, la medida propuesta es la única capaz de salvar el Estado, y que respecto a que por acuerdo de la Legislatura de 22 de marzo último, el excmo. Sr. Gobernador está autorizado para obrar discrecionalmente y salvar la Patria por los medios que le parezcan más convenientes sin sujeción a Leyes fundamentales, Su Exa. procediere cuando y como tuviese por conveniente a hacer la solemne proclamación de Su Magestad Británica, y despachase una comisión que avisase de esta resolución a las autoridades de Jamayca, a fin de que considerándonos una parte de los dominios de Su Magestad imparta a la plaza su poderosa protección».

Convocóse no obstante a los militares para que dijeran si era todavía posible procurarse víveres, pero su respuesta fue negativa, «asegurando que sin embargo de esto la tropa decidida a sostener cualquier partido que tomase el gobierno como no fuese capitular con los españoles, y caher otra vez en su poder, sufría con eroica resignación las privaciones a que nos ha reducido el asedio». Oído este dictamen militar, «la Legislatura acordó que el Gobierno en uso de sus facultades dispusiese cuándo y cómo tuviese por conveniente la Proclamación del Augusto Monarca de la Gran Bretaña en los términos antes acordados, comuni-

cando a nuestra Legación en Londres las instrucciones convenientes para asegurar bajo su Augusta sombra y poderosa protección la prosperidad a que aspiran sus nuevos súbditos de Cartagena y hacer en su nombre el juramento de fidelidad». Firman Juan de Dios Amador, Gobernador de la Provincia, José Francisco Bermúdez, Comandante General, Manuel Cortés y Campomanes, español europeo, y Mariano Montilla. No firma Castillo. En cuanto a Miramón declara: «siguiendo el espíritu de la instrucción con que me hallo del gobierno general de las Provincias Unidas, y usando de sus facultades le imparto en cuanto sea necesario la aprobación y declaro que por parte de S. E. o de las Provincias Unidas no se opondrá el menor inconveniente a la ejecución de cuanto se previene» [21].

La Gran Bretaña no aceptó la oferta. Cartagena tuvo que padecer las torturas del hambre y de la enfermedad. Continuaba dentro de sus murallas la lucha partidista por el poder; y cuatro días después de redactados estos lamentables papeles, una asonada depuso a Castillo (17 octubre 1815), a favor del venezolano Bermúdez, que lo trató con suma indignidad. Los realistas se apoderaron de la isla de Tierra Bomba (11-13 noviembre 1815), reduciendo así a los desdichados habitantes de Cartagena a los límites estrictos de la ciudad. A principios de diciembre eran ya tan insoportables los padecimientos de los sitiados, que el día 5 la Junta decidió un éxodo de las mujeres, los niños y los ancianos. Morillo mandó un parlamentario portador de una carta observando que hubiera estado en su pleno derecho al obligar a aquel éxodo a replegarse a la ciudad, pero que, conmovido ante tanta miseria, acogería a los fugitivos; ofreciéndose a guardarlos pero a condición de que se entregase la ciudad en el término de tres días. Ya entonces había resuelto la guarnición evacuarla; y muchos de sus defensores lograron hacerse a la mar por entre las mallas de la flota española, que, «por negligencia o tolerancia, no los atacó». Morillo había dado órdenes, escribe Sevilla, para «que no se hiciese daño ni se maltratase a vecino alguno que no opusiese resistencia; únicamente debían de exigir la entrega de las armas bajo pena de muerte». En estas condiciones, es extraño que Morales, al apoderarse de Boca Chica (7 diciembre 1815) pasase a cuchillo a los 400 ciudadanos que allí encontró. Pasa el relato de texto en texto, pero sin fuentes; y nada se dice de la reacción de Morillo ante tamaña violación de sus órdenes terminantes. O'Leary explica que las

[21] *P. R. O.*, Adm. 1/266, fol. 96.

tropas eran venezolanas. Torrente atribuye la furia de las tropas a la muerte del caudillo que las mandaba, el indio Pacheco, y no dice nada de Morales [22].

---

[22] *P. R. O.*, C. O. 138/44, fols. 217/19; *P. R. O.*, Adm. 1/266, fol. 90, del Contraalmirante Douglas al Almirantazgo (16 junio 1815), donde informa de la llegada de los dos comisionados del «Gobierno de Cartagena que el 12 de junio ofreció "colocar la plaza de Cartagena y las fortalezas que de ella dependen inmediatamente, en depósito hasta que supieran el resultado de la misión enviada a Londres con el fin de obtener el reconocimiento de su independencia; y, de no ser favorable a sus deseos, proponiendo quedara Cartagena en posesión de las fuerzas británicas hasta obtener del Gobierno de la Península las condiciones necesarias para la seguridad de las personas y de la propiedad de los habitantes de Nueva Granada"».

El 4 de agosto escribía Bathurst al General Fuller aprobando su decisión de abstenerse «de tomar parte en las hostilidades existentes en Sudamérica, a pesar de las repetidas solicitudes de los comisionados de Cartagena». Añadía Bathurst: «Por importantes que sean las ventajas políticas y comerciales que se ofrecen por los comisionados, incluso la oferta de ocupación de Cartagena por las tropas británicas, y por mucho que Su Alteza deplore y condene las crueldades que los comisionados aseguran son de temer si Cartagena cayese en manos de los españoles, puesto que Su Alteza Real se halla en amistad con Su Majestad Católica, no se decidirá a tomar parte en apoyo alguno de los que se han declarado en contra de Su Majestad Católica.» *P. R. O.*, C. O., 138/44, fols. 217-219.

Sobre Morillo y Boca Chica: *E. C. M.*, pág. 120; *Torrente*, t. I, página 182; *O'L.*, t. I, pág. 365, dice que los soldados de Morales «eran casi todos de Venezuela».

CAPÍTULO XXVI

DESTIERRO EN JAMAICA Y HAITÍ

Bolívar residió en Jamaica desde el 14 de mayo al 18 de diciembre de 1815. Estos siete meses pusieron a prueba el temple de su alma como nunca, haciéndole padecer la esclavitud de la pobreza. Dado al placer y al lujo, era Bolívar no obstante, capaz de la vida más austera si así lo exigía la labor; el hombre que había nacido entre seda y terciopelo, oro y perlas, tuvo que comer en Jamaica a la mesa desnuda de las posadas y dormir en hamacas de casas de huéspedes. Pero lo más duro para él era la estrechez del campo de acción que le quedaba, el tiempo que tenía que perder por falta de medios para hacerlo fértil. Un mercader británico, Maxwell Hyslop, fue por entonces su principal apoyo, financiero, harto necesario, para el caudillo desterrado, que su generosidad incitaba a hacerse responsable también del bienestar de muchos de sus compañeros. «Yo no tengo nada —le escribía desde Kingston a fines de julio de 1815 a Gertrudis Toro—; lo poco que traje ya lo he repartido entre mis compañeros de suerte, pero, Gertrudis, tengo un corazón que no teme los ataques de la fortuna.» Y a Hyslop (30 octubre 1815): «Ya no tengo un duro: ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de Vd. Si Vd. no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa. La generosidad de Vd. debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa, después de

haber perdido todo; pero mi gratitud será eterna.» «Di 100 dólares en préstamo. M. H. Co.», escribió Hyslop al margen [1].

A tales extremos estaba reducido el un tiempo altivo aristócrata de la cúspide de la sociedad de Caracas. Pero la fortaleza del ánimo que tanta miseria sufría obliga al respeto. Aun cuando tenía que depender de Hyslop para su subsistencia, sustraerá el puñado de dólares que necesita para vivir, poniéndolos al servicio de su propaganda. Soberbio y terco, se someterá otra vez a la humillación de pedir limosna para hacer frente a gastos políticos. Hyslop le había prestado seis onzas de oro; pero pronto tiene que volver a escribirle (8 noviembre 1815): «Nuestro amigo el general Robertson me aseguró, de parte de Vd., que su generosidad me ofrecía franquearme el dinero que costase la impresión de mi oficio al gobierno de Nueva Granada. El impresor me exigió 100 pesos por su trabajo, los cuales he pagado con las seis onzas que Vd. me hizo el favor de prestarme. Estas seis onzas las tenía destinadas para pagar la mesada, que no puedo satisfacer si Vd. no tiene la bondad de reemplazármelas.» El 2 de diciembre escribía a Hyslop y a Ignacio Cavero, Comisionados ambos del Gobierno de Cartagena, agradeciéndoles la invitación que le hacían para que fuera a contribuir a la defensa de Cartagena, y declarándose dispuesto a hacerlo con tal de que el llamamiento fuera unánime; pero a los dos días, el mismo Bolívar, que tan elevados sentimientos había expresado ante esta proposición, caía otra vez al suelo de las pobres realidades: «Tengo que molestar a Vd. de nuevo con mis súplicas —escribía a Hyslop el 4 de diciembre de 1815—. He salido de la casa donde vivía, porque las locuras de la mujer que me servía me han hecho perder la paciencia. Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios, que verdaderamente son injustos; pero como ella es tan maldiciente, tan perversa y tan habladora, no quiero que me vaya a ejecutar delante de un juez, por tan poco, y me exponga, por sus insolencias y ultrajes, a una violencia con ella. Yo no tengo un maravedí, así suplico a Vd. me haga el favor de mandarme estos cien pesos para pagar a esta mujer» [2].

Vibra en esta carta evidente trepidación ante la publicidad que la maldiciente mujer pudiera manejar; y es muy posible que este estado de ánimo, insólito en Bolívar, se deba a una aventura mujeriega. Viene en efecto a coincidir con la tentativa

---

[1] Fecha de llegada: *C. L.*, t. I, pág. 149. Salida: *C. L.*, t. I, pág. 222; *C. L.*, t. I, págs. 154, 216.

[2] *C. L.*, t. I, págs. 218, 220, 222.

de asesinato de que fue entonces víctima, y en la que debió la vida a circunstancias que todos sus biógrafos, a comenzar por O'Leary, tratan laboriosamente de explicar: Bolívar no dormía en su hamaca, sino en otro lugar, la noche en que su criado negro, Pío, asesinó a otro en ella creyendo que asesinaba a su amo. La manera como el propio Bolívar cuenta el caso a Peru de Lacroix no puede ser más vergonzante y tortuosa: según él dormía en una nueva posada, sin que supieran el hecho ni sus ayudantes ni sus amigos, ni siquiera el criado que le servía personalmente y que intentó darle muerte. El misterio está en que estaba pasando la noche con una joven dominicana, Luisa Crober, cuando su criado negro, Pío, creyéndole dormido en la hamaca, asestó una puñalada a un tal Amestoy, que al día siguiente iba a salir para los Cayos con un encargo de Bolívar. «Este infame atentado —escribe O'Leary— en que se mostró tan al vivo la intervención de la Providencia, escudando la vida de Bolívar, se atribuyó a sugestiones del general Morillo, pero por el conocimiento que tengo personalmente del carácter de este personaje, me inclino a disentir de esta opinión, que no tiene quizás otro fudamento que el apasionado espíritu de partido. No quiero creer que un militar castellano hubiese recurrido a medios tan villanos para librar a su país de un enemigo franco y declarado.»

Por venir del hombre que gozó de la confianza y de la intimidad de Bolívar más tiempo que ningún otro, esta declaración equivale casi a una prueba de que, a ojos de Bolívar, Morillo no había tenido nada que ver con el crimen. Si no es más categórica todavía, quizá sea porque Bolívar o sus amigos publicaron en los periódicos de Kingston un artículo asegurando que unos españoles habían ofrecido dos mil pesos al negro Pío para que asesinara a su amo; y que el prisionero no había revelado los nombres de los que le habían sobornado. Añadía el artículo: «Es esta la tercera vez que la vida del General Bolívar ha sido atacada por los españoles más bajos y criminales; y en todas ocasiones ha escapado milagrosamente.»

¿Cómo conciliar las confidencias de Bolívar a O'Leary, evidente exoneración de Morillo, y este artículo escrito en Jamaica casi seguramente bajo la inspiración directa del propio Bolívar? La clave se hallará en otro de sus confidentes, Mosquera. En primer lugar, Mosquera conocía los nombres de los dos sobornadores del negro Pío. «Un español europeo y otro nacido en América, cuyos oscuros nombres no debemos publicar», dice de ellos; de modo que poseía indicios seguros de lo que había ocurrido. Ahora bien, esto es lo que Mosquera escribe: «Siguió-

se la causa por los trámites legales, y no pudiendo los jueces obtener una declaración exacta del reo, permitieron que el Libertador en presencia de Mr. Hyslop le hiciera un examen prolijo. El hábito de obedecer a su antiguo amo venció su obstinación y confesó quiénes eran los que le habían inducido al crimen. En una conferencia sobre el particular tenida entre Bolívar, Hyslop y un jurisconsulto inglés convinieron en que una declaración sola y sin pruebas, dada por el reo ejecutor, no hacía plena prueba, y que cayendo entonces las sospechas sobre dos hombres perdía su influencia moral contra todos los españoles, a quienes se imputaba el origen del crimen, lo cual era más ventajoso para exaltar la opinión pública en contra de los enemigos de la independencia. El Libertador tuvo, además, la consideración de que podía atribuírsele a él la imputación que el reo hacía contra los que le aconsejaron el crimen, y para él era bastante saber de dónde le venían los ataques. Uno de aquellos sujetos tenía relaciones con Moxó, y de aquí vino aquella opinión vulgar que se difundió entre los que supieron el hecho reservadamente. Varios amigos míos que tuvieron conocimiento de los hechos me refirieron lo que dejó dicho en 1818 en Kingston, y cuando hablé alguna vez con el general Bolívar, encontré que le afectaba aquel suceso, y no quiso entrar en pormenores.»

Este testimonio es definitivo. Pero aun así, no cabe excluir del todo la hipótesis que implica a Moxó. Al fin y al cabo, entre las instrucciones de Morillo figuraba la de poner a precio la cabeza de los caudillos rebeldes recalcitrantes; y no va mucho de poner a precio una cabeza a sobornar un asesino. Ello, no obstante, Mosquera parece más bien apuntar al propio campo de Bolívar, ya que, de otro modo, no se explicaría que el recuerdo del incidente «afectara» a Bolívar. Quizá Castillo o quizá algún otro enemigo político o particular que hubiera tenido interés en deshacerse de él; o quizá también alguno de los ofendidos como hombres por tal o cual aventura de la vida de uno tan mujeriego. Bolívar ocultó adrede los nombres de los inductores, a fin de echar el muerto a «todos los españoles», para dar pábulo a su propaganda. Las autoridades oficiales de Jamaica le dieron el apoyo necesario para que inquiriese el asunto. Lo probable es que los inductores no hubieran logrado huir como lo hicieron si las autoridades hubieran deseado que no salieran de la isla; y, dado su prejuicio favorable a Bolívar, no es probable que los hubieran dejado escapar de haberse probado que eran agentes de Moxó o de Morillo. Por último, los otros

dos casos que menciona el artículo pudieran bien ser imaginarios, y también, como el resto, materia prima para propaganda [3].

*

La propaganda fue, en efecto, la actividad mayor de Bolívar en Jamaica. Apenas instalado en su modesta posada, escribe a Hyslop una larga carta política (19 mayo 1815); otras al Go-

---

[3] Textos: *Blanco*, t. I, págs. 348, 349, doc. 1075; *O. L.*, t. I, páginas 394, 395; *D. B. P. L.*, págs. 68 y sigs.; *D. B. N.*, pág. 178; *Mosquera*, páginas 174, 175; *Torrente*, t. II, págs. 254, 255, se expresa en términos harto sospechosos: «Allí debió perecer ese azote de la humanidad, pero la Providencia, por sus inexcrutables juicios, le salvó la vida de un modo semimilagroso.» En otro lugar: «Ésta era la noche en que debía consumarse el sacrificio: el mulato Luis, esclavo de Bolívar, había sido ganado para asesinar a su amo.» *Torrente*, t. I, págs. 254, 255. Y además en el índice del capítulo «Malogrado asesinato». Parece, pues, que Torrente sabía que el golpe procedía de las autoridades españolas; si bien se equivoca en los detalles, «el mulato Luis», en lugar del «negro Pío». También dice que murió el asesino sin revelar el nombre de sus inductores, lo que, según sabemos por Mosquera, no ocurrió así.

El documento más fuerte contra Morillo es la Antapodosis de Level de Goda. *B. A. N. H. V.*, núm. 63, págs. 608 y sigs. «Había este jefe contratado con un catalán por cinco mil pesos el asesinato de Bolívar cuando éste se hallaba en Jamaica y se puso de acuerdo con un criado de Bolívar, el cual por una casualidad [sigue la historia, salvo que aquí muere Amestoy de un trabucazo] el catalán pudo salvarse porque había tomado sus medidas con anticipación, y el criado de Bolívar fue ahorcado en el mismo Jamaica, pero el catalán se presentó cobrando sus cinco mil pesos a Morillo, quien le puso el reparo de no haberse consumado el acto, aunque se hizo todo para consumarlo, y de las mutuas reconvenciones o alegatos, resultó haberse conformado el catalán con tres mil pesos, que Morillo le dio efectivamente.» Este texto y más todavía el relato de L. de G. sobre el modo imperioso con que trató Morillo de cobrar del Estado los tres mil pesos, y cómo se lo impidió L. de G. con toda la majestad de la ley, constituyen un testimonio fuerte por su masa contra Morillo. Cabe oponer las razones siguientes: *a*) L. de G. ha menester confirmación independiente para ser creído sobre su *propia actuación;* *b*) hasta que se publicó su texto nadie había pensado en Morillo, sino todos en Moxó; *c*) el texto de Mosquera es de mucha más autoridad, puesto que su prejuicio natural lo hubiera llevado a la conclusión contraria; *d*) después de Mosquera, la mayor autoridad es O'L., quien rechaza la responsabilidad española; *e*) después de sus acusaciones vagas y generales hechas en Jamaica, jamás volvió Bolívar a acusar a los españoles de este crimen que, de ser verdadero, le hubiera dado excelente pábulo a su propaganda. Sólo hay una excepción, su conversación con Peru de Lacroix, donde sospecha de Moxó, a quien por error se llama en este texto La Torre; *f*) los sucesos que cuenta L. de G. se suponen haber sido públicos; y, sin embargo, mucho después (26 enero 1821) Bolívar escribía una cordialísima carta a «Mi querido amigo» Morillo, cuyos términos rebasan la mera cortesía, llegando a la verdadera cordialidad. *C. L.*, t. II, págs. 305-307.

bierno de Nueva Granada, así como a Sir Richard Wellesley (27 mayo 1815); pide audiencia al Duque de Manchester, Capitán General y Gobernador de Jamaica (29 mayo 1815); escribe otra larga carta al Gobierno de la Nueva Granada (10 julio 1815); y una carta abierta al Director de la *Royal Gazette* de Jamaica (10 julio 1815); publica su famosa *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla* (6 septiembre 1815); otro artículo de la *Royal Gazette* (28 septiembre 1815), y otro más unos días después. Esta actividad revela su impaciencia. El estilo es nervioso y vivo; los argumentos agudos; las conclusiones claras y orientadas a la acción; pero sería absurdo buscar en esta literatura ardiente y parcial lo único que no puede hallarse en ella: la objetividad, el sentido de la verdad, la coherencia. Es pasión manejada con maestría, pero pasión y nada más [4].

El fin que se proponen todos estos escritos es ante todo el de reclutar protección y apoyo en Inglaterra para la causa de la independencia. Bolívar se daba más cuenta que otros caudillos sudamericanos de la humillación que tal actitud implicaba: «Si me hubiese quedado un solo rayo de esperanza de que la América pudiese triunfar por sí sola —escribía a Sir Richard Wellesley (27 mayo 1815)— ninguno habría ambicionado más que yo el honor de servir a mi país, sin degradarlo a la humillación de solicitar una protección extraña [...]. Ésta es la causa de mi separación de la Costa-Firme», lo cual, desde luego, no es verdad. Ya, sin embargo, sobre este terreno resbaladizo, Bolívar sigue el ejemplo de Miranda y el de no pocos «patriotas» mejicanos de una generación anterior, pasando a ofrecer a la Gran Bretaña territorios de la América hispana a cambio de su auxilio: «La Costa-Firme se salvaría con seis u ocho mil fusiles, municiones correspondientes y quinientos mil duros para pagar los primeros meses de la campaña —escribe a Hyslop (19 mayo 1815)—. Con estos socorros pone a cubierto el resto de la América del Sur y al mismo tiempo se puede entregar al gobierno británico las provincias de Panamá y Nicaragua, para que forme de estos países el centro del comercio del universo por medio de la apertura de canales, que, rompiendo los diques de uno y otro mar, acerquen las distancias más remotas y hagan permanente el imperio de la Inglaterra sobre el comercio» [5].

Bolívar estaba muy al tanto del aspecto realista de la política internacional, y a la vuelta de argumentos idealistas sobre la justicia, la libertad, y hasta la «inocencia» de América, po-

---

[4] *C. L.*, t. I, págs. 145 y sigs., 149 y sigs., 153, 155-169, 172 y sigs., 181 y sigs., 206, 211.

[5] *C. L.*, t. I, págs. 146-148, 152.

nía buen cuidado en subrayar las ventajas materiales que para la Gran Bretaña tendría la emancipación del Nuevo Mundo. Comercio sin límites, industrias desarrolladas, son en su prosa señuelos para los ojos de los prácticos ingleses. «¡Qué inmensas esperanzas presenta esta pequeña parte del Nuevo Mundo a la industria británica! —escribe a Hyslop sobre Nueva Granada—. No hablaré de las otras regiones que sólo esperan la libertad para recibir en su seno a los europeos continentales, y formar de la América en pocos años otra Europa con lo que la Inglaterra, aumentando su peso en la balanza política, disminuye rápidamente el de sus enemigos.» Y a Richard Wellesley escribe: «El equilibrio del universo y el interés de la Gran Bretaña se encuentran perfectamente de acuerdo con la salvación de la América. ¡Qué inmensa perspectiva ofrece mi patria a sus defensores y amigos! Ciencias, artes, industria, cultura, todo lo que en el día hace la gloria y excita la admiración de los hombres en el continente europeo, volará a América. La Inglaterra, casi exclusivamente, verá refluir en su país las prosperidades del hemisferio que, casi exclusivamente, debe contarla por su bienhechora» [6].

El infatigable propagandista asegura a Hyslop que «los montes de la Nueva Granada son de oro y de plata; un corto número de mineralogistas explotarían más minas que las del Perú y Nueva España.» Esta exageración le lleva también a asertos descabellados en lo que hoy llamaríamos su campaña de atrocidades. En carta al Director de la *Royal Gazette* (18 agosto 1815), cita al «gran filósofo y filántropo Las Casas, que vio con sus propios ojos esta nueva y hermosa porción del globo poblada por sus nativos indios, regada después con la sangre de más de *veinte millones de víctimas;* y vio también las más opulentas ciudades y los más fértiles campos reducidos a hórridas soledades y a desiertos espantosos». Puesto que este descendiente de los conquistadores no sentía escrúpulo alguno en escribir sobre el pasado tales disparates, era inevitable que al tratar de acontecimientos más recientes se le desbordara aún más la pasión. En esta carta refiere el caso de Quito de un modo arbitrario; y en cuanto a Méjico, les cuenta a los jamaicanos que «más de un millón de sus habitantes han perecido en las ciudades pacíficas, en los campos y en los patíbulos». A lo que este autor de la guerra a muerte añade, con un curioso distingo mental, eco quizá de su turbada conciencia: «No ha sido solamente una guerra a muerte la que los españoles han declarado contra aquel opulento imperio, sino una guerra de exterminio, la que las tro-

[6] *C. L.*, t. I, págs. 147, 151.

pas españolas hacen con ferocidad.» Pasa después a describir las atrocidades cometidas por Antoñanzas, Zuazola, Rosete y Boves, pero no menciona que los crímenes que cuenta no hubieran podido cometerse sin la colaboración de las tropas, casi exclusivamente venezolanas; ni que los caudillos que luchaban del lado independiente cometían crímenes análogos; y termina papel tan lamentable con un detalle repugnante acusando a Cevallos, General español conocido por su limpio modo de luchar [7].

Bolívar escribe entonces como un libelista; sabe perfectamente que España atraviesa una crisis grave, en busca de una base política nueva que sustituya a la destruida al caer el antiguo régimen; y, sin embargo, escribe: «El objeto de España es aniquilar al Nuevo Mundo y hacer desaparecer a sus habitantes, para que no quede ningún vestigio de civilización, ni de las artes, y que el resto de la Europa sólo encuentre aquí un desierto, y no pueda ya dar salida a sus manufacturas y, entre tanto, Europa sufre tranquilamente la destrucción de esta bella porción del globo para satisfacer las perversas miras de una nación inhumana y decrépita, que, envidiosa y celosa de las demás, trata de destruir lo que su impotencia no le permite conservar.» La incoherencia sigue a la pasión como un perro fiel. Bolívar, el un día mantuano, Teniente de Justicia de su feudo social, demasiado altivo para visitar personalmente a los regidores de su Cabildo, favorecido como negociante por el Tesoro colonial con los empréstitos más pingües, cabeza de una familia que había ejercido el poder municipal de Caracas durante dos siglos, escribe en su *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla:* «Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente [...]. Ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado.» Así va pintando con los colores más negros la «opresión» de España; y, sin embargo, en un escrito de la misma época, escribe: «El americano del Sur vive a sus anchas en su país nativo; satisface sus necesidades y pasiones a poca costa; montes de oro y de plata le proporcionan riquezas fáciles con que obtiene los objetos de la Europa. Campos fértiles, llanuras pobladas de animales, lagos y ríos caudalosos con ricas pesquerías lo alimentan superabundantemente, el clima no le exige vestidos y apenas habitaciones; en fin, puede existir aislado, subsistir de sí mismo, y mantenerse independiente de los demás.» «El esclavo en la América española vegeta abandonado en las haciendas, gozando, por decirlo así, de su inacción,

[7] *C. L.*, t. I, págs. 147, 173-175.

de la hacienda de su señor y de una gran parte de los bienes de la libertad.» «El colono no oprime a su doméstico con trabajos excesivos; lo trata como a un compañero; lo educa en los principios de moral y de humanidad que prescribe la religión de Jesús. Como su dulzura es ilimitada, la ejerce en toda su extensión con aquella benevolencia que inspira una comunicación familiar» [8].

Pero no es seguro que Bolívar se diera cuenta de su incoherencia; y es hasta probable que fuera la primera víctima de su propia propaganda. Quizá ni siquiera llegase a ver que los españoles no podían ser culpables de desear la destrucción del «opulento imperio de Méjico», ni de haber trocado a toda América en «hórridas soledades y espantosos desiertos», puesto que Méjico seguía siendo un opulento imperio y no una hórrida soledad. No parecía darse cuenta de que los criollos no podían ser a la vez víctimas de una tiránica opresión, excluidos del poder, y propietarios felices, suaves y civilizados en la tranquila posesión de sus riquezas, al abrigo de las guerras europeas, casi libres de impuestos y dueños de sus propios destinos mucho más que cualquier otra persona de su categoría social en casi cualquier otra parte del mundo. Y, por último, tampoco veía que al escribir con tan larga perspectiva que lo que necesitaba el continente americano era unión, aquella su aspiración para el futuro no era más que fruto de la simiente histórica plantada en la América española por el pasado común español que a todos unía. Nuestra labor ha de consistir en procurar rehacer la unidad bajo sus incoherencias, en hallar la razón de su sinrazón. Impulsa a Bolívar su ambición, primero, y luego su deseo de libertar a su patria del lazo que la une con la metrópoli. Esta pasión lleva consigo inevitablemente la condena histórica de España, que, una vez decidida en su voluntad, le obliga a buscar en los arcanos de su psicología las municiones necesarias para alimentar las armas de su prosa [9].

*

A principios de diciembre de 1815, fondeó un día en Cartagena, junto a Bocachica, una corbeta de veinticuatro cañones; y su dueño saltó a tierra y pasó a visitar al Comandante de la plaza, el aventurero francés Ducoudray Holstein. El visitante venía enfermo, y Ducoudray lo alojó en la espaciosa casa de gobierno, que a la sazón ocupaba él. Era el recién llegado un

---

[8] *C. L.*, t. I, págs. 177, 191, 192, 212.
[9] *C. L.*, t. I, pág. 204.

amigo fiel de Bolívar, Luis Brion, de quien poseemos un retrato pergeñado algunos años más tarde cuando ya había llegado al grado de Almirante de la escuadra de Venezuela, por el Coronel Hippisley: «Su Excelencia Luis Brion, almirante de la marina venezolana, y de la costa entre el río Amazonas y el Golfo de Florida, Capitán General y Comandante en Jefe de la república naval, es natural de la isla de Curaçao; mide unos cinco pies cinco pulgadas de estatura; enjuto; sus miembros firmes y bien ensamblados; el rostro más bien redondo, muy quemado por el sol, y pecoso de viruelas; el pelo negro, corto, los ojos oscuros y penetrantes, los dientes buenos; un corte de cara judaico, que hace más expresivo un bigote poblado que le cubre el labio superior. En sus modales y ademanes manifiesta bastante seguridad de sí mismo, y al primer pronto resulta hombre de bastante buena impresión; habla inglés y lo comprende bien; y el francés lo mismo que el español, que habla con buena pronunciación castellana.» Casi por la misma época lo describe también otro observador inglés: «El almirante Brion es hombre de mucha riqueza, cuando entró al servicio de Venezuela andaba en los cuarenta años, y no tiene conocimiento alguno de náutica ni ha servido jamás en el mar. El señuelo que le atrajo fue probablemente el de la fama y notoriedad, y así se encargó de equipar una flota a su costa, con tal de que se le permitiera el mando de ella con el grado de primer almirante del Estado. Los medios que poseía para procurarse una marina, y que el gobierno entonces tanto necesitaba, han debido ser la única razón que impulsara al gobierno de Venezuela para aceptar su ofrecimiento. Persuadido estoy de que le anima el mayor deseo de servir a la república y que actúa en sus funciones navales de acuerdo con lo mejor de su juicio, y con las intenciones más puras para la causa sagrada en que se emplea; pero, por otra parte, es un hombre de poca inteligencia y totalmente carente de valor, talento y experiencia, virtudes tan esenciales para un jefe que tiene que habérselas con los marinos veteranos y bien organizados de España» [10].

Durante su estancia en casa de Ducoudray Holstein en Bocachica, Brion hablaba con frecuencia de Bolívar. «Me decía —escribe Ducoudray Holstein— que el Dr. Domínguez acababa de llegar de Cartagena, donde Bermúdez, a consecuencia de su apatía y de sus medias medidas, era objeto de general desprecio, que le acusaban de ocuparse de sus placeres más que de su obligación, y que era indigno del mando; que Cartagena se hallaba en una situación deplorable por su culpa, etc. Después de una

---

[10] *Hippisley*, págs. 233, 234; *O. C. N.*, págs. 52, 53.

pausa, Brion añadió: "Sólo conozco un hombre entre todos estos caudillos, capaz de salvar esta plaza, y es Bolívar; por lo menos, es una autoridad reconocida por todos los demás, y Vd. y yo podemos serle de gran ayuda; espero que las desdichas que ha experimentado le hayan corregido su carácter altanero y despótico. El Dr. Rodríguez me asegura que es un hombre distinto desde que está en Jamaica y que desea volver".» Brion, Ducoudray y Rodríguez decidieron hacer volver a Bolívar y darle el mando de los patriotas sitiados en Cartagena [11].

Bolívar acababa de declinar la invitación de Cavero e Hyslop para volver a Cartagena. Pero esta vez aceptó al instante. En el primer caso se trataba de entrar de contrabando en una ciudad moribunda; en el segundo, de ir al socorro de la ciudad a la cabeza de una fuerza respetable. El corsario *La Popa,* enviado por Ducoudray, era rápido y bien armado, y la corbeta *Dardo,* perteneciente a Brion, llevaba «catorce mil juegos de armamentos y una gran cantidad de pertrechos de guerra». Bolívar, muy complacido por la carta de Ducoudray, se embarcó en *La Popa,* saliendo de Kingston el 18 de diciembre de 1815. El 17 había escrito a Hyslop su última petición de fondos. «Vd. sabe que debo marchar mañana y para esto me faltan algunas cosas [...]. Así suplico a Vd. se sirva suministrar el dinero que Vd. pueda, para ejecutar esta empresa, en la inteligencia de que, en llegando a Cartagena, le pagaré a Vd. la suma total.» El 19 por la tarde, *La Popa* se encontró en alta mar con el corsario *Republicano,* cuyo Capitán, Barbazán, informó a Bolívar de que había caído Cartagena en manos de Morillo, y que Ducoudray Holstein se había ido a Los Cayos para unirse con Brion. Bolívar entonces puso rumbo hacia Haití, donde, además de estos dos amigos, esperaba encontrar mejores apoyos que los que el Duque de Manchester y las demás autoridades de Jamaica le habían otorgado [12].

*

El 31 de diciembre de 1815, al anochecer, llegó a Port-au-Prince. Haití era entonces la única república libre del Nuevo Mundo, fuera de los Estados Unidos. El Presidente, General Pétion, recibió a Bolívar con gran cordialidad (2 enero 1816) y le causó una excelente impresión. «Yo espero mucho de su amor por la libertad y por la justicia», escribía Bolívar a Brion inmediatamente después de la entrevista. Aquel día fue para la

---

[11] *Ducoudray,* págs. 273-277.
[12] *C. L.,* t. I, pág. 220; *Baralt,* pág. 32; *Ducoudray,* pág. 277; *Larrazábal,* t. II, pág. 19.

estirpe humana brutalmente arrancada de su tierra africana para trabajar en la esclavitud del Nuevo Mundo un día de victoria y, si no de venganza, por lo menos de desquite. Aquel visitante blanco que Pétion recibía con sonrisa afable era Simón Bolívar, descendiente directo de aquel otro Simón de Bolívar, criado en la misma isla dos siglos antes, que, instalado en Caracas más tarde, había ido a pedir a Felipe II el permiso de importar anualmente en Venezuela varias toneladas de esclavos negros [13].

Pétion subordinó su apoyo a la concesión de la libertad para sus hermanos esclavos. El 8 de febrero de 1816 Bolívar le escribía que estaba «abrumado por el peso de sus favores», y añadía: «Sois en todo magnánimo e indulgente. Nuestros asuntos están casi resueltos, y, sin duda, dentro de una quincena de días estaremos en disposición de partir. Ya no espero más que vuestros últimos favores; y si me es posible iré yo mismo a expresaros mi reconocimiento.» Estas palabras revelan la importancia del apoyo que Bolívar halló en Pétion. Las siguientes son prueba auténtica de la condición que Pétion le impuso. «En mi proclama a los habitantes de Venezuela y en los decretos que habré de expedir para la libertad de los esclavos, no sé si me será permitido dar testimonio de los sentimientos de mi corazón hacia V. E., y dejar a la posteridad un monumento irrecusable de vuestra filantropía. No sé, digo, si he de nombrar a V. E. como el autor de nuestra libertad.» ¿Cómo hubiera podido adivinar Simón de Bolívar que un descendiente de aquellos negros que él importaba, y uno de sus propios descendientes, y tocayo suyo, trocarían un día sus papeles en la tragicomedia de la vida, de modo que un Simón Bolívar escribiera en estilo cortesano que debía su libertad al hijo de un esclavo? [14].

Bolívar consagró todo su tiempo y su atención a la preparación política y militar de su nueva aventura. Se instaló en Los Cayos, puerto abrigado de la costa sur de la isla, donde residía Robert Sutherland, uno de aquellos negociantes ingleses que por entonces solían poner su fortuna a la disposición de los reinos españoles de ultramar en rebeldía, ya por idealismo, ya

---

[13] Llegada: carta a Brion, 2 de enero de 1816; *C. L.*, t. I, pág. 223.

[14] *C. L.*, t. I, págs. 225, 226. Documentos de Pétion en *Larrazábal*, tomo II, págs. 20, 21. Pagos por Sutherland en *Larrazábal*, t. II, página 20.

«Il mit donc pour *condition* des secours qu'il allait lui donner en armes, munitions, etc., que Bolívar fit la promesse solennelle de proclamer *la liberté générale de tous les esclaves* de la Province de Venezuela et de toutes autres qu'il réussirait à réunir sous le drapeau de l'ndépendance.» *Dalencour*, pág. 11. El mismo autor, página 13, cuenta que Pétion se negó a que Bolívar lo mencionara en sus proclamas. Véase *Marion*, pág. 93.

por espíritu de especulación, ya como agentes secretos del Gobierno británico. Bolívar halló en Los Cayos numerosos fugitivos de Cartagena, entre ellos Ducoudray Holstein, a quien nombró Jefe de Estado Mayor. Como segundo de Ducoudray, Bolívar nombró a Soublette; y, hechos estos nombramientos, se dispuso a organizar su propia autoridad política sobre los emigrados, precaución que siempre puso cuidado en tomar durante toda su carrera. Había en Los Cayos demasiados prohombres de la república: Mariño, Piar, Bermúdez, los dos Piñeres, el Padre Miramón, ex comisionado del Gobierno granadino en Cartagena, Zea, el botánico y político granadino que había doblado el espinazo ante Napoleón en Bayona; así como un puñado de extranjeros más o menos influyentes, como Brion, Ducoudray y el corsario francés Aury. A niveles más modestos, circulaban por la ciudad bastantes emigrados oscuros para constituir un coro. A Bolívar se le ocurrió convocar una asamblea [15].

Gracias a Ducoudray Holstein podremos asistir a ella: «El General Bolívar estaba sentado en una butaca elevada por encima del nivel general, y los caudillos militares más abajo en sillas ordinarias a derecha e izquierda; frente a él, el Secretario de la Asamblea, y a su derecha, izquierda y fondo todos los demás miembros invitados a formar parte de la Asamblea por boletines manuscritos firmados por el General Bolívar. He de confesar que este sitial realzado unos dos pies del suelo, me ofendió a mí, así como a otros; tenía un aire de trono y de distinción monárquica. El propio Bolívar había preparado esta disposición, juntamente con el coronel Luis Durand, natural de Bogotá, que había venido desde Londres con Luis Brion y era principal propietario de los catorce mil juegos de armas comprados por el gobierno de la Nueva Granada.» De pasada, tomemos nota de este dato interesante sobre el origen de las armas. Y sigue diciendo Ducoudray: «El general Bolívar abrió la sesión con un largo discurso preparado en el que intentó hacer ver la necesidad de un gobierno central, o de un poder concentrado en una persona sola, y, por lo tanto, rogó a la asamblea la designara antes de la salida de la expedición. Propuso

[15] *Ducoudray*, págs. 281 y sigs.; *Larrazábal*, t. II, págs. 22, 23. El 23 de junio de 1816, Bolívar escribía a Ducoudray desde Carúpano: «Es ésta la tercera vez que Ud. me dirige solicitudes pretendiendo su separación del Ejército. La persuación en que estaba de que los servicios de U. fuesen importantes para la República me ha obligado a negársela por dos ocasiones; pero las razones que U. me expone en su última representación, me han movido a concedérsela a pesar de mis deseos.» *O'L.*, t. XV.

entonces Brion el nombre de Bolívar, y sin andarse por las ramas anunció que sólo daría su crédito y sus barcos "para ayudar al General Bolívar, pero a nadie más". Al instante, Brion se puso a preguntar sucesivamente a cada uno de los presentes: "¿Consiente Vd., General Mariño, en que el General Bolívar, como Capitán General de los ejércitos de Venezuela y de Nueva Granada, sea nuestro único jefe, sí o no?" Y así fue dando la vuelta, nombrando a cada uno por su nombre; y de este modo fue nombrado Bolívar comandante en jefe, *asumiendo todos los poderes,* cosa sobre la que no se había dicho nada antes de modo positivo y explícito, ni por Bolívar ni por Brion. Cuando el Secretario hubo leído los artículos ("he de decir aquí —dice Ducoudray Holstein en la página anterior— que estos artículos estaban ya redactados de antemano") Bolívar nos rogó que nadie saliera hasta que se hubieran puesto en debida forma y los hubiéramos firmado todos. Sometido el artículo tercero [sobre poderes dictatoriales], Aury se opuso, negándose en redondo a firmar el papel. Esta negativa fue la causa de la primera discusión entre los jefes de la expedición; y desde entonces se enfadó Bolívar con Aury, resentimiento que le duró hasta la muerte de este último» [16].

Cuenta Ducoudray cómo Aury, que había prestado importantes servicios a Cartagena durante el sitio y a quien se debía no poco dinero, pidió que se le cediera la goleta *Constitución* en pago de sus servicios y de su deuda, ofreciendo a su vez «aportar tres barcos armados más que le pertenecían y convencer a cuatro o cinco propietarios de barcos en corso a que se unieran a la expedición». Marimón, único representante de Cartagena sobre el terreno, apoyaba la idea; pero «en cuanto Bolívar se enteró de que Marimón había nombrado una comisión para examinar los fundamentos de la petición de Aury [...] mandó llamar al día siguiente de su elección como general en jefe al Padre Miramón y al Intendente Zea, uno de los árbitros, y les echó una reprimenda severa en mi presencia y en la de Brion por haberse entrometido en este asunto, dio por nulo el laudo en favor de Aury rasgándolo en pedazos, aunque ya estaba escrito, firmado y aprobado; y, no satisfecho con todo esto, rogó al general Marion, Gobernador haitiano de Los Cayos, que pusiera una guardia de tropa haitiana a bordo de la *Constitución* a fin de expulsar del barco a la gente de Aury y apoderarse él de la presa [...]. Como consecuencia de este acto arbitrario, la expedición perdió al Comodoro Aury, a más de cuatrocientos

---

[16] *Ducoudray,* págs. 281 y sigs.; *Marion,* págs. 92 y sigs.

buenos marineros, y a unos cincuenta oficiales extranjeros con ocho barcos armados [...], perdimos, pues, una buena mitad de nuestras fuerzas» [17].

*

Estas disensiones entre los caudillos comprometían el prestigio de los desterrados y de su causa. En Los Cayos hubieron de dirimirse nada menos que cuatro cuestiones personales: la de Mariano Montilla con Bolívar; la de Mariño con Brion; la del Coronel Hugo con el General Piar; y la de Ducoudray Holstein con Soublette. Ducoudray fue padrino de Bolívar y de Brion en estos duelos, y cuenta cómo resolvió secretamente el de Brion mandando un aviso al Gobernador, General Marion: «Íbamos Brion y yo, con Bolívar, al lugar designado para el duelo, cuando insté a Bolívar a que se retirara, por ser su presencia inútil e indecorosa [...]. Retornó, pues, a la ciudad; y poco después llegó el Coronel Valdés, padrino del General Mariño, diciendo que el General Marion había arrestado a Mariño. Bolívar zanjó el asunto aquella misma noche» [18].

La cuestión personal entre Ducoudray Holstein y Soublette no parece haberse resuelto. Ducoudray y Soublette habían venido de Cartagena a Haití en la goleta *Constitución*, que mandaba Aury; y parece ser que, ya a bordo, y por segunda vez, Ducoudray había humillado a Soublette en público. En Los Cayos, «Soublette, que no había mandado nunca ni cuatro hombres, fue elevado al grado de teniente coronel del Estado Mayor por ser gran favorito de Bolívar», escribe Ducoudray, refiriendo al lector al libro de Hippisley, donde se cuentan las relaciones entre Bolívar e Isabel Soublette, hermana del flamante oficial. Hippisley traza además un retrato de Soublette que refuerza el relato de Ducoudray, e indirectamente, la veracidad de sus Memorias: «De este hombre hablaban de un modo muy degradante el Coronel English y los oficiales británicos que habían luchado en las últimas acciones de Villa del Cura y de Ortiz; el primero, el Coronel English, lo había visto escudándose detrás de un árbol durante la acción de Ortiz, y le había afeado su cobardía. Este Soublette es, por otra parte, una excepción entre los oficiales

---

[17] *Ducoudray*, págs. 283 y sigs. Véase otra versión en *Larrazábal*, tomo II, págs. 22, 23. También un artículo de Vicente Lecuna sobre la biografía de Aury por Stanley Fay en *B. A. N. H. V.*, núm. 83, pág. 313.

[18] *Ducoudray*, págs. 285, 286. Puesto que tanto Bolívar como Brion escogieron a Ducoudray como padrino, mal pueden acertar quienes para deshacerse de Ducoudray por no convenirles su testimonio se empeñan en denigrarlo como intrigante y calumniador. El principal de éstos es *Larrazábal*, por ejemplo, t. II, págs. 22, 23.

ciales patriotas, que ciertamente no carecen de valor, y según creo, el único ejemplo de tal flaqueza en el servicio de tierra de la república. El General Soublette es hombre de figura muy apuesta; de unos veinticinco años de edad; alto, delgado y de buenas proporciones; muy elegante en su vestir y aspecto general; mestizo de nacimiento y tez; de unos cinco pies diez pulgadas de alto, con un porte hermoso y de estilo europeo; de pelo y bigote negros, una sonrisa muy atrayente, amante de las mujeres, entre quienes alcanza grandes éxitos; ha sido, no obstante, mártir de sus placeres, y se jacta de un modo infame de tomar represalias a este respecto» [19].

Un día Bolívar habló a Ducoudray sobre quejas que le había hecho Soublette del trato que los oficiales caraqueños habían recibido a bordo de la *Constitución*, tanto por parte de él como por parte de Aury. Ducoudray contó las cosas de la travesía a Bolívar, «que se rió mucho del calor con que se las relaté»; y luego pasó a decir a Bolívar que «ya era hora de terminar con las calumnias de ese mozo [...]. Pedí pluma, tinta y papel, e inmediatamente, en la habitación de Bolívar, escribí a Soublette la nota siguiente en francés, que comprende bastante bien: "Me acabo de enterar por el General Bolívar de que habla Vd. y propala falsedades contra mí, como un cobarde en mi ausencia. Le prevengo que si continúa Vd. a hacerlo, le trataré como se lo merece, y le señalaré el rostro con el látigo dondequiera que lo encuentre".» Ducoudray le pasó esta nota al General Bolívar, que le previno contra la venganza de Soublette; pero el francés se echó a reír y mandó la nota a su destinatario, el cual, desde aquel día, evitó encontrarse con él [20].

Cabe desvirtuar este relato, ya pasándolo en silencio, ya declarando que se trata de un completo infundio de Ducoudray. Ni una ni otra evasiva son dignas de la Historia. Los hechos concuerdan con el carácter de Soublette, como se desprende del testimonio independiente de Hippisley, que no parece haber tenido motivo alguno para denigrar a Soublette. Ducoudray, además, publicó su libro cuando todavía vivían y podían rebatirle sus cargos todos los desterrados de Los Cayos, menos Bolívar. Hay, pues, que dar fe a su relato en su conjunto; de donde se desprenden ciertas consecuencias en cuanto a Bolívar; porque es evidente que debió haber resuelto el asunto sin permitir que

---

19 *Ducoudray*, pág. 287; *B. A. N. H. V.*, núm. 126, págs. 168 y sigs.; *Hippisley*, pág. 322. Sobre Isabel Soublette, loc. cit., pág. 334. Todas estas opiniones sobre Soublette quedan confirmadas por Bolívar mismo en su conversación con Peru de Lacroix. Véase, no obstante, la crítica de Monseñor Navarro sobre esta página del diario en *D. B. N.*, pág. 355.

20 *Ducoudray*, págs. 296 y sigs.

se enconara como lo hizo. ¿Por qué no intervino con más firmeza? No hay más que una respuesta: se daba cuenta de que carecía de autoridad moral a causa de sus relaciones ilícitas con Isabel Soublette. Se sabía responsable de la carrera excesivamente rápida de aquel mancebo por razones que no tenían nada que ver con sus dotes militares ni de campo ni de gabinete. Las aventuras amorosas de Bolívar eran constante causa de dificultades para él. En aquellos mismos días solía frecuentar la casa del Teniente Coronel Juan Valdés, «a quien Bolívar había nombrado durante su dictadura Gobernador de La Guaira, en recompensa de ciertas relaciones con su hermosa mujer [...]. Valdés recibía muy poco, y a Bolívar no le gustaba que viniera gente cuando él estaba de visita».

Ducoudray cuenta todo esto en el curso de su relato sobre la cuestión personal entre Bolívar y Mariano Montilla. El cuadro que hace de las diversas escenas, los detalles de espacio y de tiempo, las actitudes y los motivos de todos los protagonistas son tan concretos y tan gráficos, y (con una sola excepción, aunque importante) tan concordantes, que por su misma masa y coherencia imponen respeto. Es demasiado largo el cuento para transcrito íntegro. Refiere Ducoudray Holstein que un día, hallándose él fuera de Los Cayos, se presentó súbitamente Mariano Montilla en la ciudad y vino a ofrecer sus servicios a Bolívar, el cual, a petición suya, le concedió una entrevista para las siete de la tarde. Ducoudray llegó a Los Cayos a las seis, estando Bolívar sentado a la mesa, cenando, y lo halló nervioso y agitado. A las siete menos diez Bolívar se levantó rogando Ducoudray que le siguiera, y salió de la casa a toda prisa, al parecer según se vio más tarde, por temor de tropezarse con Montilla. Cruzaron la plaza entrando en casa de Valdés, donde Bolívar habló en voz baja con uno de sus ayudantes, el Capitán Chamberlain, súbdito británico nacido en Jamaica. Chamberlain se marchó volviendo con el Capitán Hernández, venezolano. Más cuchicheos. Salen Chamberlain y Hernández. Vuelve Chamberlain solo y le murmura al oído a Bolívar palabras que producen visible satisfacción. «Nos retiramos entonces el general Bolívar, el intendente Zea, yo y los dos ayudantes juntos. El general nos cogió del brazo a Zea y a mí y jocosamente nos dijo que ya iba con buena escolta si Montilla se atreviera a atentar contra él.»

A la mañana siguiente Bolívar llamó a Ducoudray a toda prisa y le enseñó un desafío en francés que de parte de Montilla le mandaba un Charles La Veaux, el cual declaraba a Bolívar responsable de unos pasquines calumniosos para Montilla que firmados por Hernández se habían puesto en las paredes durante la noche. Ducoudray se fue a ver a La Veaux y a Montilla, el

cual le dijo estar seguro de que era Bolívar el autor de todo. Ducoudray se negó a creerlo y finalmente dejó el asunto resuelto bajo dos condiciones: Bolívar daría a Montilla «un testimonio honorable autorizándole para enseñarlo donde quisiera», y Hernández vendría aquella misma tarde a presentar excusas a Montilla. Aceptó Bolívar ambas condiciones y copió y firmó la carta preparada por Ducoudray Holstein y dirigida a La Veaux dando satisfacción a Montilla. Hernández, no sin alguna resistencia, consintió en ir a presentarse a Montilla en compañía de Ducoudray; iba abatido y soltando alusiones crípticas sobre el asunto. La Veaux aceptó las excusas que en confuso tartamudeo le presentó el capitán y volvió a repetir a Ducoudray que el verdadero autor del pasquín había sido Bolívar. A los dos días de estos sucesos Montilla se fue de Los Cayos. Un año más tarde, ya fracasada la expedición y de regreso en Haití los más de sus miembros, el Capitán Chamberlain se encontró con Ducoudray en Los Cayos; y una noche en que, después de cenar, había bebido más que de costumbre, reveló que el pasquín lo había escrito Bolívar y lo había firmado Hernández sin permiso del interesado. Aquí es donde Ducoudray se contradice palmariamente; porque nos ha pintado a Hernández yendo y viniendo con Chamberlain a casa de Valdés, mientras que ahora le hace decir a Chamberlain que Hernández había estado fuera todo el día y no volvería hasta la noche. Sin embargo, hay demasiados detalles y el relato tiene demasiado cuerpo para no subsistir mientras no se aporte prueba concreta en contra [21].

Tanto más por hallarse en otras fuentes confirmación plena de las observaciones de Ducoudray y hasta pruebas de su objetividad. A veces yerra en favor de Bolívar por falta de informa-

---

[21] *Ducoudray*, págs. 293 y sigs. Caso típico de un rasgo desfavorable de Bolívar que revela D. H. y que confirma el propio Bolívar. Así en carta a Heres (Cuzco, 25 julio 1825, *C. L.*, t. V, pág. 49) da instrucciones para que se haga un comunicado contra Brandsen, llamándole ladrón, y «todo lo que se sepa y haya oído, aunque sea por simple rumor, pues contra tales canallas bien se pueden emplear las armas que usan ellos mismos». Y termina: «Un oficial de Colombia puede llevar a la imprenta el remitido y responder él de dicho papel.» Así también en carta a Heres (Cuzco, 7 julio 1825, *C. L.*, t. V, pág. 17) da instrucciones para otro remitido y añade: «Haga Vd. que el General Salom dé el artículo para que lo firme un oficial como Alzuru, que habla, escribe y pelea.» Así también, esta carta que figura en el Archivo Santander, t. I, pág. 259:

«Mi querido amigo Montebrun: Le suplico encarecidamente consiga por el señor Espinosa una buena firma para la última carta a SANTANDER. La ley se satisface con cualquiera, como usted sabe, pero yo quiero que nuestro amigo quede contento. Suyo, D. F. O'Leary: Marzo 3.» «Contestada en la misma fecha, que no es alcahuete de nadie: Montebrun.»

ción. Tal es el caso del incidente que Bolívar tuvo con Bermúdez en Los Cayos. He aquí lo que cuenta una autoridad de primera mano: «aunque Bolívar se había reconciliado con Bermúdez, después de las amonestaciones de Pétion, al punto de que parecían ya estar en excelentes relaciones, es cierto, sin embargo, que el comandante en jefe conservaba a su antiguo subordinado mucho rencor por sus intrigas con Aury, y que estaba resuelto a no darle cabida en la expedición [...]. A su vez Bermúdez le tenía envidia a Bolívar. El cargo de Gobernador Militar que había ejercido algunos meses en Cartagena le había hinchado el orgullo de manera singular [...]. Sin embargo, los intereses respectivos de uno y otro obligaron a ambos a disimular todavía. Bolívar había hecho todo lo posible para inspirar con su cordialidad una especie de confianza a Bermúdez; y así pudo persuadirle fácilmente que *La Popa* lo recibiría a bordo con sus gentes y equipaje. Lleno de esta seguridad en la palabra del general en jefe, Bermúdez había hecho naturalmente sus preparativos de marcha y aguardaba impaciente la orden de embarque; pero cuál no sería su sorpresa y su indignación [...] cuando un buen día al levantarse, vio *La Popa* a la vela y él en tierra. El capitán había recibido la orden de Bolívar de no admitirlo a bordo. Desesperado, Bermúdez recurre al instante al comandante del distrito a quien refiere lo ocurrido con lágrimas en los ojos. "¡Cómo! —exclamó el General Marion—. *La Popa* ha zarpado sin usted... Jamás hubiera sospechado que un hombre del carácter del General Bolívar fuera capaz de tal acción."» El Senador Marion que esto escribe, hijo del General Marion que gobernaba entonces en Los Cayos, relata este hecho de un modo más adverso a Bolívar que Ducoudray [22].

*

[22] Firma esta página el Senador haitiano Marion, hijo del general a quien acudió Bermúdez con lágrimas en los ojos al encontrarse en tierra burlado por Bolívar. El Senador Marion añade «Ducoudray Holstein raconte tout differemment cette affaire. Il prétend que ce fut de son propre mouvement que Bermudes resta Aux Cayes indigné qu'il fut de la conduite arbitraire de Bolívar à l'egard d'Aury [...]. Je suis fâché que l'intérêt de la vérité me force à contredire un homme pour lequel j'ai professé de l'estime, qui a été pendant plus d'un an mon maître de musique, et avec lequel j'ai passé d'agréables moments Aux Cayes. Il paraîtrait que le général Ducoudray aurait été mal renseigné, ou bien que sa mémoire lui aurait fait défaut en cette circonstance.» *Marion*, págs. 99, 100. Resulta, pues, claro que Ducoudray no se proponía deliberadamente denunciar flaquezas de Bolívar, sino sencillamente contar lo que pasaba.

El 10 de abril de 1816 se hizo a la vela de Los Cayos la expedición que se proponía libertar a Venezuela. Había sido organizada en lo financiero por el Estado haitiano y por el mulato de Curaçao Luis Brion. En cuanto a Brion, el motivo fue sin duda el espíritu aventurero y cierta rimbombancia que le impulsaba a los grandes títulos y a los vistosos uniformes. «Los oficiales de la marina colombiana —escribe el marino anónimo— tienen derecho a grados análogos en el ejército, que ostentan en todas ocasiones, y cuyo uniforme usan si lo desean. Según esta regla, el Almirante Brion tenía honores de capitán general; y solía vérsele en el puente de su navío con una guerrera de húsar inglés, pantalones escarlata de lo mismo, ancho galón de oro a ambos lados, un sombrero de capitán general con una pluma prusiana muy grande y unas botas enormes de dragón con espuelas pesadas de oro de un largo incomodísimo. Siempre se firmaba "capitán general", y exigía que lo titularan así sus oficiales y soldados; y si cualquiera de ellos dejaba de hacerlo o le llamaba almirante, rara vez volvía a perdonárselo.» Este esbozo bastaría para sugerir el motivo de Brion. En cuanto al de Haití, ya sabemos que fue el deseo de ver abolida en Costa Firme la esclavitud de los negros; lo que, combinado con la composición casi exclusivamente negra de las tropas que Bolívar iba mandando entonces, llevó a hacer correr la voz de que el Libertador se proponía fundar en Venezuela una república negra [23].

Todos los autores apuntan datos sobre los oficiales y jefes de esta expedición. Alguno, como Ducoudray, va hasta a mencionar las mujeres que iban a bordo en compañía de sus amantes o maridos; pero ninguno habla de los soldados. Este vacío lo viene a llenar el propio Bolívar, que en 1816 dijo al Comandante Villamil (refiriéndose a su segunda expedición): «su amigo Pétion le auxiliaba con unos cuatrocientos hombres y los transportes necesarios». Los soldados eran pues todos negros de Haití. Pero en la primera eran lo menos el doble, como más adelante se verá [24].

---

[23] *O. C. N.*, pág. 54, sobre Brion. Fechas: *Ducoudray*, t. I, pág. 307; *O'L.*, t. II, pág. 425, dice 31 de marzo; *Larrazábal*, t. II, pág. 29, dice 20 de marzo; *Baralt*, t. I, pág. 324, dice 30 de marzo; *Restrepo*, t. II, página 337, dice 30 de marzo; *Mosquera*, pág. 185, dice 16 de abril. Discusión en Lecuna: *B. A. N. H. V.*, núm. 75, pág. 332.

[24] *Ducoudray*, t. I, págs. 310, 311. Naturalmente que retirado en Haití, pondría buen cuidado en complacer al omnipotente Pétion callando discretamente el auxilio de soldados negros prestado a Bolívar por el Presidente haitiano. *J. D. D.*, pág. 200, dice: «en la tarde de 6 de julio de 1816 apareció en el puerto de Ocumare con tres buques y mil negros y mulatos, procedente de los Cayos de la Isla de Santo Domingo y proporcionados por el Presidente Pétion». Como se suele recusar a Díaz

Toda esta familia bogaba en seis goletas y un bergantín armado. La expedición estuvo detenida largo tiempo por lo que Mosquera llama «la calma de la primavera». Restrepo también le echa la culpa al viento, pero con frase que merece transcribirse: «sufrió en su viaje calmas que lo prolongaron más allá de lo necesario, y fueron causa de que los españoles se prepararan en todas partes porque ignoraban el punto a donde iba a hacerse el desembarco». ¿Cómo y por qué iba la calma a obligar a Bolívar a prolongar el viaje «más allá de lo necesario», dando a los españoles la posibilidad de prepararse «en todas partes»? ¿No revela esta frase de Restrepo el desacuerdo tácito de su autor con la explicación que da? Don Vicente Lecuna tira por la ventana esta calma de los vientos y explica el retraso por esperar Bolívar a unos marineros que había enviado secretamente a reclutar tropas en Santomás. Esto ya se acerca más a los hechos, pero no bastante. Es verdad que Bolívar incurrió en excesivo retraso por esperar lo que venía de Santomás: pero lo que venía no eran ni marineros ni reclutas [25].

---

como agente de los españoles, bueno es apuntar que sus datos quedan confirmados por dos autoridades de primera mano: «Le président lui permit même d' y comprendre des haitienes qui voulurent y concourir.» *Dalencour,* pág. 14.

«Un grand nombre d' haitiens militaires, marins et autres, sont reçus à leur bord pour renforcer ces quelques centaines d'hommes de l' expédition. Les autorités le savaient, mais le mot était donné de n'y faire aucune atention, de fermer les yeux.» *Marion,* pág. 98. Morillo escribe a Madrid el 9 de septiembre de 1816: «En marzo insistí desde Ocaña sobre la urgencia, en vista de la expedición de Bolívar, y siendo ya guerra de negros contra blancos.» Doc. 571. *Villa,* t. III, pág. 228.

En cuanto al General venezolano Salom, que se hallaba presente en Ocumare, escribe a O'Leary: «Como ignoro absolutamente el nombre del jefe francés que quedó mandando el castillo de Ocumare durante las operaciones [se llamaba Brisel], convengo con el que da el señor general Soublette; sin embargo, extraño cómo dejó el señor general Brion a este individuo en tierra, siendo él mayor general; el caso es que fue un cobarde, que prefirió ocupar los botes, desde la oración hasta que se hizo a la vela, en transportar una porción de negras francesas y sus hijos y equipajes, y a otros subalternos franceses que lo acompañaban, a salvar una porción de armamento y municiones que quedaron abandonados en la playa. Tan disgustado estaba yo con la conducta de este francés, que, a la madrugada, cuando me reuní con el General Soublette, en el puerto de Ocumare, empecé a echar públicamente pestes contra aquél, y Soublette trataba de contenerme, diciéndome: *Mire Vd. que aquí hay, entre nosotros, jefes y oficiales franceses. Más moderación.*» *O'L.*, t. I, páginas 437, 438. Villamil en *B. A. N. H. V.*, núm. 114, pág. 206.

[25] «seis goletas y una balandra armadas en guerra». *Restrepo* t. II, página 336. «dos goletas y una balandra armadas en guerra». *Mosquera,* página 184, error evidente, «siete goletas armadas en guerra». *Baralt,* tomo I, pág. 323. «Las calmas de primavera», en *Mosquera,* pág. 185; *Restrepo,* t. II, pág. 337. Ignoro por qué Don Vicente Lecuna llama «ca-

Veamos lo que dice Ducoudray Holstein, que se hallaba presente. «Apenas llegamos a la isla de San Beata, cuando toda la escuadra se quedó parada por... ¡una mujer! Era nada menos que la señorita Pepa, la querida del General Bolívar. Ella sola, con sus virtudes secretas, tuvo fuerza para detener a toda la escuadra y a unos mil hombres durante más de cuarenta y ocho horas, al ancla.» Y sigue contando: «Cuando llegó Bolívar desde Los Cayos a Puerto Príncipe, se encontró inopinadamente con las dos hermanas Elena e Isabel Soublette, que lo eran del famoso General Carlos Soublette [...], y en Los Cayos, encontró a Valdés y a sus dos hijas, con las que solía pasar la mayor parte del tiempo. En cuanto se le nombró comandante en jefe en la Asamblea de Los Cayos escribió a la señorita Pepa, que, con su madre y hermana residía en Santomás, que viniera a reunírsele inmediatamente. Estuvo esperándola día por día con la mayor ansiedad, aplazando la marcha de la expedición de un día para otro, durante más de seis. Al fin, impaciente, el Comodoro Brion le declaró francamente que ya era hora de embarcar y que ni quería ni podía esperar más. Bolívar, por lo tanto, tuvo que hacerse a la vela sin su querida, y así salimos.»

«Antes de llegar a la isla de La Beata, unas cuantas leguas distante de Los Cayos, trajo a Bolívar un barco piloto muy rápido la feliz noticia de que su adorada señorita Pepa, con su madre y hermana habían llegado a Los Cayos desde Santomás. Esta carta causó gran torbellino a bordo [...]. Brion se oponía fuertemente a que esperásemos a la señorita Pepa [...]. Pero las súplicas de Bolívar terminaron por prevalecer.» Bolívar mandó a la *Constitución* a Los Cayos con tres oficiales, Soublette entre ellos, para buscar a la dama, que los hizo esperar todo un día. Los oficiales extranjeros estaban indignados y sólo ante fuertes reconvenciones de Brion consintieron en seguir sirviendo. Palacios, primo de Bolívar, con otros cuantos caraqueños, dimitió, y todos desembarcaron cerca de Jacquemel. Brion, «que siempre se había opuesto a que se admitieran mujeres a bordo», se negó a que la señorita Pepa se embarcara en el comodoro, y la dama tuvo que quedarse en la *Constitución*. «Bolívar se atildó del modo más soberbio y se fue a visitar a las damas en la *Constitución*, donde se quedó todo el día y la noche, volviendo a la mañana siguiente al comodoro, donde Brion, yo y los demás

---

lumnia» a este hecho evidente; y a la señorita Pepa, «la novia» de Bolívar.

B.A.N.H.V., núm. 75, pág. 335. Ya veremos la versión de Ducoudray confirmada por Soublette y por O'Leary más adelante.

oficiales estábamos muy disgustados por haber perdido cuatro días al ancla» [26].

La flota siguió navegando por el arco que forman las Antillas menores, y el 2 de mayo tenía a la vista los Tres Frailes, a corta distancia de Margarita. Esta isla estaba otra vez en manos de Arismendi. Al alba de aquel día se divisó un bergantín y una goleta realistas de los que bloqueaban la isla. El navío comodoro y tres más se lanzaron al ataque del bergantín, que lo era el *Intrépido,* de catorce cañones; mientras los otros tres, al mando de Mariño, iban contra la goleta *Rita* de siete cañones. El Capitán Ocampo que mandaba la *Rita* cayó herido mortalmente; el Brigadier Iglesias, que mandaba el *Intrépido,* tuvo peor suerte todavía, según Ducoudray, pues fue «herido y luego muerto por los nuestros, que tomaron el barco al abordaje. Entraron en la cabina con los aceros desenvainados, estando el cirujano curando al herido, y lo mataron; el cirujano intentó calmarlos, y también lo asesinaron». Brion salió herido y Bolívar lo ascendió a almirante allí mismo. En cuanto a Bolívar, no tomó parte en el combate. Ducoudray pinta su actitud del modo más desfavorable. Le pareció el abordaje una locura y temía que, de ser herido o muerto, fracasara la expedición. Brion le indicó que se ocupara en suministrar cartuchos con Zea, el intelectual; pero Bolívar se subió al bote «que en los barcos armados suele ir atado encima de las ventanas de la cabina», y desde allí observó la acción: «esta posición que Bolívar eligió era desde luego la más segura del barco» [27].

Esto escribe Ducoudray Holstein, que se hallaba presente. No es admisible que Ducoudray inventara un relato tan detallado como el que traza de esta acción. «Se sentó en el bote, rogándome que me pusiera al mando de los oficiales, a quien había provisto de armas y municiones; y Brion me confió el mando de los voluntarios, de modo que tuve que encargarme de toda la infantería, que eran unos ciento sesenta.» La lucha fue dura y entre los hombres de Ducoudray hubo cincuenta bajas; «pero cuando aumentaron los nuestros y el bravo comandante [español] cayó mortalmente herido, perdieron toda esperanza y unos treinta desnudándose, se tiraron por la borda, esperando salvar la vida a nado en las Tres Rocas. Entonces, el General Bolívar, que había seguido todo sentado en gran seguridad en el bote, detrás de la viga, vio a estos desgraciados desnudos que pasaban nadando a corta distancia; sacó la pistola y mató a uno

---

[26] *Ducoudray,* t. I, págs. 307-309.

[27] Nota de Lecuna en *Baralt,* t. II, pág. 325; *Ducoudray,* t. I, página 312.

de ellos; apuntó al segundo y tiró sin dar al tercero. Terminado el combate y tomado el bergantín, saltó del bote, vino hacia mí con rostro radiante y me dijo: "Mi querido amigo, ha luchado Vd. bravamente, pero yo tampoco he estado inactivo; he matado a mi hombre, pero lamento que se me escapó el segundo." Yo, que había pasado varias veces de un lado a otro del barco, viendo siempre a mi general con la cabeza apoyada en la viga, me sorprendí y le pregunté cómo había podido matar a un hombre en su bote: "Ah —dijo riéndose—, con la pistola, en el agua"» [28].

¿Es posible que Ducoudray inventara todo esto desde el principio hasta el fin? «Tal fue Bolívar —escribe— en la acción del 2 de mayo de 1816. Yo estaba presente; yo le vi, él me habló y yo mandé, en su lugar, nuestro cuerpo de oficiales y voluntarios que pueden ser testigos de la verdad de mi aserto, si viven, si no tienen interés en contra y si están fuera de su alcance.» Ducoudray no podía mentir descaradamente cuando todavía abundaban testigos presenciales de la escena; y por otra parte, como ya hemos visto, era perfectamente capaz de elogiar generosamente a Bolívar cuando lo creía justo. Tenemos pues que aceptar este episodio como un elemento de juicio sobre el carácter de Bolívar; tanto más porque armoniza con el conjunto de su figura como ya la conocemos. Bolívar en el mar no estaba en su elemento, pues carecía del estímulo, para él indispensable, del movimiento. En aquellos barquichuelos, ni para andar había sitio. Bolívar necesitaba la marcha rápida, al galope. Sin este movimiento rápido no le bullía el espíritu; se sentía sin fuerzas, batido de aquí de allá en los vacíos interestelares de su alma, incapaz de centrarse en uno u otro de sus centros de resistencia. Era pues a la vez bravo hasta la temeridad y cobarde hasta el pánico. Y en cuanto a perseguir con la pistola a los desgraciados fugitivos, también cuadra con su pasión por la guerra a muerte. «Bolívar —escribe Hippisley— aprueba completamente la matanza de prisioneros después de la batalla y durante la retirada; y ha consentido en ser testigo personal de estas escenas infames de carnicería» [29].

---

28 Loc. cit.

29 Loc. cit.; *Hippisley*, pág. 464.

Éste es otro caso en que D. H. queda confirmado por autoridades indiscutibles. Llamosas, el Capellán de Boves, que era venezolano, en su memorial al Rey, dice que Bolívar «declarando la guerra a muerte a los españoles, entró en la provincia de Caracas en 1813, publicando la independencia y degollando a cuantos se le oponían, sin perdonar a un solo español de cuantos caían en sus manos, aunque estuviesen desarmados». Texto suministrado al autor por Don Vicente Lecuna.

CAPÍTULO XXVII

BOLÍVAR FRACASA EN VENEZUELA Y MORILLO CONQUISTA A NUEVA GRANADA

El hecho clave que permitió a Bolívar realizar su expedición y desembarco en territorio venezolano fue la rebelión de Arismendi en Margarita. Suele relatarse este episodio como consecuencia de una nueva ola de opresión de las autoridades españolas de la Isla. Según esta versión, Herráiz, el gobernador que había dejado Morillo, era hombre sensato y justo, y bajo su mando todo iba bien; pero como no se prestara al sistema de «secuestros y prisiones que Moxó había organizado», fue depuesto y sustituido por el Coronel Urreiztieta; el cual intentó detener a mansalva unos cuantos notables de la Isla durante un banquete que a tal fin les ofreció para celebrar la caída de Bonaparte (24 septiembre 1815); pero, afortunadamente, Arismendi, avisado de lo que se tramaba, había huido a los bosques con uno de sus hijos, y en su destierro voluntario había concebido y llevado a cabo el plan para arrojar a los españoles del país [1].

Este modo de abordar los hechos es indispensable para presentar la conducta de Arismendi de un modo favorable; pero carece de base histórica y hace incomprensible la evolución de Morillo. La verdad es que Arismendi violó su palabra y juramento de fidelidad porque era hombre rebelde y ambicioso; y que, como Bolívar dirá de él más tarde, siempre hacía lo que le parecía. El marino inglés tantas veces citado en estas páginas lo conoció bien y le fue muy adicto. He aquí el retrato que nos ha dejado del famoso margariteño: «Es de origen medio criollo medio indio; en sus rasgos lo uno, en su cabello, muy parecido

[1] Véase, por ejemplo, *Baralt*, t. I, pág. 312.

a lo otro. Es alto, fornido y musculoso, si bien enjuto y delgado; y capaz de soportar increíbles fatigas y trabajos. Tiene unos 54 años de edad, aunque parece más viejo; la ansiedad constante, la vida dura y varias heridas han colaborado más que el tiempo a labrarle los surcos hondos que marcan su figura batida por las intemperies. Así fuertemente mellado por la vida, revela su aspecto una expresión peculiar de ferocidad que su sonrisa aumenta. Cuando se ríe nunca deja de producir cierto escalofrío momentáneo, y la terrible torsión de los músculos de su rostro que la risa produce sólo puede compararse con la de una hiena. Siempre expresa su disgusto con esta mueca diabólica acompañada de una larga exclamación sorda, como rugido de tigre refrenado, mientras los ojos le lanzan relámpagos de venganza; y si en tales momentos se halla a mano el objeto de su cólera, la muerte de la víctima es inevitable. Su aspecto general podría impresionar al observador superficial y hacerle creer que se halla acostumbrado a escenas de horror y sangre al punto que le den más placer e inquietud. Creo no obstante firmemente que las medidas sanguinarias que ha adoptado contra los enemigos de Colombia se han debido más bien a un estado de ánimo impulsado a la venganza por la barbarie inhumana de los que sometieron a tantos de sus compatriotas al sacrificio, que a una carencia original de humanidad; y que si hubiera vivido en tiempos más pacíficos, hubiera sido ornamento de la sociedad en que se moviera» [2].

De rechazo, nos da el propio Bolívar un esbozo del modo de mandar que tenía Arismendi. Quejándose de Alzuru, escribe a Urdaneta desde Barranquilla (8 noviembre 1830): «Ahora tiemblan de él porque realmente manda como Arizmendi en el año de 14 y los siguientes: echa ajos a los hombres por ristras y se les abalanza con los puños enristrados como que va a boxearlos, de manera que todo el mundo tiembla que dé de trompadas.» Y Santander dice en sus cartas a Bolívar que él no quiere ser un Arismendi porque no quiere ser aborrecido. Este fue el caudillo que llevó a Margarita a su segunda rebelión. Su arma más eficaz para alzar la Isla fue la noticia falsa. Con suprema habilidad hizo propalar rumores de que habían muerto a Morillo, libertado a Cartagena y exterminado al ejército español; y escribió a muchos margariteños contándoles que se hallaba en la

---

[2] *O. C. N.*, pág. 32. «Os sedujo el perjuro y asesino Arizmendi; os hizo creer que el Ejército había sido exterminado, yo muerto y Cartagena independiente.» Morillo a los margariteños, 24 de abril de 1816. *Villa*, tomo II, pág. 36.

Isla Blanquilla con barcos y 2.500 hombres, e incitándoles a que vineran a reunirse con él en un lugar secreto el 15 de noviembre de 1816. Si la opresión del nuevo gobernador hubiera sido la causa de la rebelión, Arismendi no hubiera tenido por qué engañar a sus amigos. Urreiztieta se enteró de la trama a tiempo para apoderarse de numerosos conspiradores, a alguno de los cuales condenó a muerte, pero Arismendi logró sustraerse a las fuerzas del gobernador, atacó por sorpresa y exterminó a la guarnición del puerto de Juan Griego (16 noviembre 1815). Aprovechándose de los 80 rifles de la guarnición, se dirigió a Norte, derrotó y pasó a cuchillo la guarnición y se dispuso a organizar el ejército rebelde. Sólo entonces confesó que no había tal fuerza expedicionaria de Blanquilla [3].

Los españoles de la Isla sólo disponían de unos centenares de hombres. De Tierra Firme mandaron a unos 600 «en el estado más lastimoso de instrucción y disciplina y sin más armas de fuego que 200 fusiles». Moxó, que Morillo había dejado de Gobernador de Caracas, hombre duro, escribió a Urreiztieta: «Desechad toda humana consideración y haced fusilar a todos los que cojáis con armas, o sin ellas, y a los que los hayan auxiliado o auxiliaren, precedido sólo un juicio verbal.» Urreiztieta siguió el consejo, prescindiendo del juicio verbal. Pardo, sucesor de Urreiztieta, escribió a Moxó que la mujer de Arismendi había dado a luz «un nuevo monstruo» en la cárcel y debía morir decapitada por haber dado muerte Arismendi a todos los prisioneros españoles. Moxó se negó, y la mandó a Cádiz presa; pero logró escaparse y volver a Margarita. La guerra continuó en la Isla semanas enteras. Las enfermedades, la falta de apoyo, las noticias que venían de nuevas rebeliones en Tierra Firme iban minando la confianza de la guarnición española. El 2 de mayo de 1816 los españoles oyeron aclamaciones de alegría que sur-

---

[3] Bolívar a Urdaneta: *C. L.*, t. IX, pág. 374. «He recibido la orden de entregar veinticinco mil pesos para Páez, pero no me ha dicho Vd. de dónde los he de sacar. En dinero recogido es muy fácil. En otro dinero, no es posible, si no es que haga a lo Arizmendi, cosa que no está en mis ideas.» Santander a Bolívar, Bogotá, 28 de marzo, *C. B. S.*, pág. 136, «En fin, hoy me he convertido en Arizmendi, he llamado cuatro comerciantes y me han de dar doce mil pesos en el día.» Santander a Bolívar, Bogotá, 5 de mayo de 1820, loc cit., pág. 168. «Ya no seré yo el que le molesto con clamores; serán los pueblos entre quienes voy a quedar tan amado como Arizmendi en Guayana... ahora puede ser que me acusen hasta de ladrón.» Santander a Bolívar, Bogotá, 19 de mayo de 1820, loc. cit., página 180, *Baralt*, t. I, pág. 313. Todo lo que Baralt puede decir contra Urreiztieta es que «trató de arrestar con perfidia a varios sujetos principales de la Isla», y que la esposa de Arismendi fue objeto de «inciviles tratamientos». *Yanes-M.*, pág. 88.

gían del campo enemigo; estaba a la vista la expedición de Bolívar. Abandonaron sus posiciones y se retiraron a Pampátar [4].

Ducoudray apunta la preocupación que sentía Bolívar al acercarse el día de su encuentro con Arismendi. «Arismendi estaba muy bien informado de que Bolívar en su Manifiesto de Cartagena [...] lo había tratado de intrigante y ambicioso; conocía perfectamente el carácter de Bolívar, su ambición, envidia y despotismo como dictador.» A su vez Bolívar sabía perfectamente qué clase de hombre era el tigre margariteño: «Un día —cuenta Ducoudray— le vi yendo y viniendo con paso rápido sobre el puente, absorto en pensamiento y melancolía. "¿Qué os pasa, mi querido general, se siente Vd. mal, o ha ocurrido algo?" "Oh no —replicó—, pero nos acercamos a la Isla de Margarita donde manda Arismendi, y temo a este hombre y a su carácter; es obstinado y cruel."» Bolívar prosiguió: «Arismendi es hombre peligroso y ambicioso, que gobierna la Isla de Margarita con gran despotismo; es un bruto absoluto, sin educación ni conocimientos, y de baja estirpe.» Observa aquí Ducoudray que «Bolívar da gran importancia al nacimiento y a la buena familia». Esta escena explica lo que ocurrió al entrar la escuadrilla de Bolívar en Juan Griego (3 mayo 1816). «El general Bolívar, temiendo no sin causa que el General Arismendi se negara a recibirlo o a reconocer su autoridad, después de lo que había pasado entre Arismendi y los dos dictadores Bolívar y Mariño en agosto de 1814 [cuando se habían huido con la plata de las iglesias] rogó al nuevo Almirante Luis Brion (que, por estar herido, fue desembarcado inmediatamente) y al jefe de Estado Mayor naval, un francés llamado Villarette, que hablasen con el general Arismendi. Villarette, que era antiguo conocido de Arismendi, después de un par de horas de ausencia, volvió a bordo y dijo a Bolívar que el gobernador de Margarita [...] se reconciliaba con el General Bolívar y le aseguraba su respeto y amistad» [5].

Dejaremos que Ducoudray siga hablando, ya que se hallaba presente y lo cuenta todo tan bien. «Una hora después llegó Arismendi a bordo a cumplimentar al general en jefe [...]. Bolívar abrazó a Arizmendi con esa franqueza y esa cordialidad que le son tan naturales, lo tomó del brazo, después de habérnoslo presentado a mí y al Intendente, y lo invitó a bajar al camarote, donde permanecieron solos más de una hora. Al volver al puente parecían muy satisfechos el uno del otro, y Aris-

---

[4] Doc. 1086, págs. 380 y sigs., en *Blanco*, t. 1; *J. D. D.*, pág. 199; *Torrente*, t. II, págs. 256, 260; *Baralt*, t. I, pág. 321.
[5] *Ducoudray*, págs. 317, 319, 323.

mendi nos invitó a Bolívar, Zea, Mariño, Piar y a mí a desembarcar por la tarde, poniendo a nuestra disposición caballos para ir a Villa del Norte, su cuartel general, a unas tres leguas de Juan Griego. El mismo gobernador nos recibió en este puerto, con numeroso séquito; y al llegar a la plaza las tropas nos recibieron formadas y con música. Después de una cena espléndida comenzó el baile que duró toda la noche. Pero no se cruzó ni una palabra que tuviera que ver con la expedición; Bolívar se hallaba tan totalmente entregado al baile, de que es apasionado, que no pensó en otra cosa [...], durante un mes en que nos hallamos juntos en el mismo navío y con gran intimidad, jamás me preguntó nada que tuviera que ver con la táctica militar o con nuestro arte. Su gran ocupación consistía en jugar al chaquete conmigo o con Brion o Zea, pasearse por el puente hablando de cosas corrientes con uno u otro de sus oficiales, o dormir. Tres veces le vi leyendo en este mes; y cuando lo hacía era en el primer libro que se encontraba en el camarote; y no más de media hora a la vez. Sus tópicos favoritos eran, cuando hablaba conmigo o con Brion, su estancia en París y detalles de sus aventuras en aquella capital; y a veces me preguntaba mucho sobre Napoleón, los trajes de señoras y caballeros en la Corte y las ceremonias necesarias para la presentación, etc.; otras veces hablaba de sus bigotes y de los de sus oficiales, de los modos de vestir y del uniforme de los ejércitos franceses e ingleses; pero jamás se avenía a pronunciar una palabra sobre táctica militar, instrucción, etc.» [6].

*

Ello no obstante, se trabajaba en Margarita; y si Ducoudray, ya retirado de General, ganaba dinero dando lecciones de piano, ¿por qué no había de dirigir Bolívar una revolución bailando? Lo primero que había que hacer era reunir una asamblea de las fuerzas nuevas para que ratificara su autoridad. Arismendi, dice Ducoudray, «era cuatro veces más fuerte que Bolívar» y «mucho mejor instruido en cosas militares que Bolívar mismo». Pero Bolívar era genial y Arismendi no. Ambos se hallaban poseídos de una pasión común: odio a los españoles. «Al desembarcar en Juan Griego —escribe Ducoudray— estábamos hablando Arizmendi, Bolívar y yo, cuando resonó súbitamente una descarga.

---

[6] *Ducoudray*, pág. 319.
Después de dimitir Ducoudray «revient Aux Cayes à la fin de 1816. Il avait essayé d'y établir une Bibliothéque Publique, mais comme cela n'alla pas bien il se détermina enfin à donner des leçons de piano qui lui valurent beaucoup». *Marion*, pág. 100, nota. Marion fue uno de sus discípulos.

Di vuelta para ver lo que pasaba, pero Bolívar me dijo sonriendo: "No es nada, mi querido amigo (hablando como siempre conmigo en francés); el general Arismendi ha mandado que fusilen a unos prisioneros españoles que venían en nuestra escuadra." Al desembarcar habían atado unos con otros a estos desgraciados, mientras otros abrían una fosa ante la cual se arrodillaron, cayendo en ella al ser fusilados por la espalda, y siendo inmeditamente cubiertos con la tierra» [7].

Esta pasión era el lazo que unía a Arismendi y a Bolívar; la expresa Vicente Tejera en la oda que escribió en honor de esta expedición:

Con bien funesto escarmiento
sabréis, ¡oh española banda!,
que Venezuela, oprimida
pudo ser, mas no domada:
pues mientras en nuestras venas
circule la sangre indiana,
odio externo y exterminio
juramos a vuestra raza.

Tales eran los hechos vitales tras del mensaje que Bolívar envió al Coronel Pardo, Gobernador de Margarita (17 mayo 1816), conminándole a que rindiera los puestos que todavía ocupaba e informándole que había dado órdenes de poner fin a la guerra a muerte amnistiando a los prisioneros tomados en el mar; mensaje que Pardo contestó negándose a rendirse y haciéndole observar que el Gobierno español no había declarado la Guerra a Muerte jamás y que su práctica cesaría en cuanto cesaran de ejercerla «los insurrectos». Bolívar no insistió y dedicó su atención a la Tierra Firme; comenzando según su costumbre con una proclama (8 mayo 1816) en la que anunciaba la rebelión de Arismendi y la reorganización de sus fuerzas «con los auxilios de nuestro magnánimo Almirante Brion». «Venezolanos: vuestros hermanos y vuestros amigos extranjeros no vienen a conquistaros: su designio no es otro que combatir por vuestra libertad, para poneros en actitud de restaurar la República sobre los fundamentos más sólidos» [8] *.

El 25 de mayo de 1816, Bolívar se hizo a la mar hacia la Tierra Firme. Había escogido para desembarcar el pequeño puerto de Carúpano, frente a Margarita, donde, de tener éxito,

---

[7] *Ducoudray*, t. I.
[8] Oda en *Blanco*, t. 1, pág. 435; *Mosquera*, pág. 188.
* Estas palabras: «vuestros amigos extranjeros», es decir los haitianos, bastan para rebatir las pretensiones un tanto ingenuas que se suelen hacer para pintar esta expedición como compuesta «casi toda de oficiales» y de «unas doscientas cincuenta personas en total» [9].

cortaría a Cumaná sus comunicaciones con las guarniciones españolas de Maturín y Güiria. Al rayar el alba el 1 de junio se efectuó el desembarco bajo la protección de la artillería de los navíos, y las dos alas, al mando respectivo de Piar y Soublette, ocuparon sin dificultad las alturas circunvecinas. Mariño y Piar pidieron entonces armas para ir a reclutar tropas a Oriente; y aunque Bolívar se dio cuenta de que lo que se proponían era organizarse sus fuerzas aparte, los dejó ir contra su mejor juicio y la opinión de sus consejeros. Desde luego ni uno ni otro volvió, aunque mandaron algunas tropas [9].

Carúpano estaba desierto, y el Libertador se encontraba con que sus compatriotas no querían que los libertara. Bolívar montó en cólera. «Notándose la renuencia de los habitantes de Carúpano Arriba para servir a la República —fulminaba en una Proclama (21 junio 1816)— y que, lejos de querer contribuir al restablecimiento de la libertad de su país, se alistan voluntariamente en las banderas de los tiranos españoles, y cooperan de un modo el más activo a nuestra destrucción, sin que hasta ahora ninguno haya tomado las armas bajo las nuestras, a pesar de las muchas convocatorias con que han sido llamados por espacio de veintiún días...» Bolívar daba entonces a sus compatriotas un ultimátum para que se restituyeran a sus casas en el término de 24 horas, pasadas las cuales, sería quemado el pueblo «y destruido absolutamente con cuanto pertenezca a sus habitantes, sin que jamás pueda ser reedificado». Así disponía de los blancos. En cuanto a los esclavos, que había declarado libres en su Proclama del 2 de junio de 1816, bajo la condición, razonable en aquellas circunstancias, de que todo hombre sano entre los catorce y los sesenta se alistara dentro de 24 horas, escribía él mismo al General Marion (27 junio 1816) palabras tan reveladoras sobre este problema de los esclavos, como sobre el modo con que Bolívar solía usar, según le convenía, del hecho o de la fantasía: «Me apresuro a informaros que acabamos de recibir numerosos refuerzos de los patriotas de Güiria. Su valor y su

[9] *P. D. L.*, pág. 146. Salom (citado por Lecuna, *B. A. N. H. V.*, número 75, pág. 333) dice que «en la *Decatur*, donde él viajaba, montaban la guardia haciendo de soldados los subtenientes y capitanes». *Yanes*, tomo I, pág. 297, dice que «iban apenas 200 hombres, casi todos jefes y oficiales». Y así dicen todos. Pero es evidente que se trata de escamotear a los negros. El mismo *Yanes* dice, página 306: «La fuerza expedicionaria recibió un aumento de 400 hombres, y se formaron nueve cuerpos que mandaban otros tantos tenientes coroneles.» Luego había para nueve cuerpos con sólo añadir 400 hombres a los desembarcados. La fuerza expedicionaria, por lo tanto, no puede haber sido menor de mil hombres sin contar los oficiales. En el texto se verán más razones para probar que traía Bolívar a bordo un millar de negros.

abnegación me aseguran la toma próxima de Cumaná. Los habitantes de las llanuras nos manifiestan igual abnegación. Estamos esperando unos destacamentos que nos llegarán según espero dentro de unos días. He proclamado la libertad absoluta de los esclavos. La tiranía de los españoles los había sumido en tal estupidez y había impreso en su alma tal sentimiento de terror y de miedo, que han perdido hasta el deseo de ser libres. Muchos de entre ellos han seguido a los españoles, o se han embarcado en barcos ingleses que los han vendido en las colonias vecinas. Apenas se nos han presentado un centenar, mientras que el número de hombres libres que han tomado las armas voluntariamente es considerable. Los españoles hacen todo lo posible para poner trabas a nuestras operaciones concentrando sus tropas, pero nuestro pequeño ejército, animado del sentimiento de la libertad, bastará para aniquilarlos» [10].

Los realistas, pocos en número y muy dispersos, seguían sin acercarse. Parece que ambos lados exageraban la fuerza de su adversario. Los cabecillas Monagas, Rojas, Zaraza y Sedeño, que mandaban guerrillas al sur de Aragua, trataron infructuosamente de acercarse a la costa, sobre todo para hacerse con armas y municiones. Mariño y Piar seguían lejos, y el primero no se ocupaba más que de organizar en Güiria su propio dominio de dictador y libertador, con su Estado Mayor aparte, y de reclutar soldados para sus propios usos pretorianos, armándolos con los pertrechos que había arrancado a Bolívar. En Carúpano cundía el descontento. Ducoudray había intentado organizar una legión extranjera a fin de coordinar la labor de los numerosos oficiales europeos que vagaban por el campamento; pero sólo había conseguido hacer que Bolívar abrigara sospechas sobre sus intenciones, consecuencia quizá de la amarga experiencia de la deserción de Mariño. Ducoudray relata el caso con una riqueza de detalles que convence y nos permite ver a Bolívar en el círculo familiar de la señorita Pepa, su madre y su hermana, comentando todo en un ambiente de chismosería femenina. El francés pidió y obtuvo su licencia absoluta y se despidió, partiendo bajo la sospecha de haber intentado deponer a Bolívar para elevar a Brion al mando del ejército. Hasta Brion llegó a sentirse inquieto y descontento. Había suministrado 3.700 fusiles a condición de que se le pagaría a razón de una fanegada de cacao por pieza; pero en Carúpano no había cacao, y Brion hizo valer que «su tripulación está muy disgustada que había tres meses que no tomaba sueldo, y que era necesario ir a un punto donde hubiesen

---

[10] Lecuna en *B.A.N.H.V.*, núm. 77, págs. 66 y sigs.; *O'L.*, t. I, páginas 428 y sigs.; *P.D.L.*, t. I, pág. 149. *Marion.*

frutos, pues los gastos eran muchos, y él debía hacerse pago de los que había tenido». Bolívar sabía que los realistas estaban preparando un ataque combinado a Carúpano por tierra y por mar. Decidióse pues a hacerse a la vela hacia Occidente —temiendo quizá que el Oriente estuviera ya demasiado sometido a Mariño— para ir a desembarcar en un punto más cercano a Caracas [11].

El 1 de julio de 1816 se hizo a la vela, y al pasar frente a Margarita, divisó una flotilla española bajo los cañones de Pampátar, al parecer no dispuesta a entablar combate. El 2 de julio escribió a Arismendi con una serenidad magnífica: «Las noticias que V. E. me ha comunicado de los movimientos de la escuadrilla española me han determinado a abandonar a Carúpano para marchar rápidamente al corazón de Venezuela, a terminar la guerra, privando al enemigo de todos sus recursos. Este proyecto se ha desenvuelto siguiendo el giro de las circunstancias; tanto la guerra como la política lo han exigido así. El suceso justificará la empresa. Si soy desgraciado en ella no perderé más que la vida, porque siempre es grande emprender lo heroico. Voy a desembarcar a la costa de Ocumare a la cabeza de mil hombres, y antes de ocho días tomaré la capital, desde donde marcharé al Oriente de Venezuela a auxiliar a los hermanos que quedan contendiendo por la misma causa.» Esto, desde luego, quería decir que, en cuanto tomara a Caracas, le arreglaría las cuentas a su rival Mariño, probándole que sólo podía haber un Libertador [12].

*

Al amanecer (6 julio 1816) la flota de catorce barcos se hallaba frente a Puerto Cabello; a las siete había vuelto ya hacia Ocumare, donde la tropa desembarcó a mediodía. Soublette, con casi toda la fuerza, avanzó tierra adentro durante la noche para apoderarse del paso de La Cabrera, clave de las comunicaciones entre Ocumare y la laguna de Valencia, allende la sierra costera. Sin casi resistencia siguió camino y tomó a Maracay después de una escaramuza con un destacamento de caballería española. Parece que este mismo éxito tuvo efectos contraproducentes para los patriotas, pues su armada —toda ella compuesta de corsarios extranjeros—, dando por seguro que los opulentos caraqueños se asustarían y huirían hacia Curaçao, decidieron descargar los parques de cualquier manera sobre la playa y

---

[11] Lecuna en *B. A. N. H. V.*, núm. 77, págs. 8, 9; *Ducoudray*, t. I, páginas 338 y sigs.; *Yanes*, t. I, pág. 296. Chamberlain en Santomás citado por Lecuna en *B. A. N. H. V.*, núm. 77, pág. 11.

[12] Lecuna en *B. A. N. H. V.*, núm. 77, págs. 11 y sigs.

apresurarse a ir a bloquear La Guaira al olor del botín. Pero Soublette, asustado al saber que Morales se le venía encima, se retiró a Las Piedras, lugar más abajo de La Cabrera, del lado de la costa (9 julio 1816). Bolívar le mandó refuerzos con una nota de reprimenda severa: «La audacia debe salvarnos. Lo que parezca a usted temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia.» Bolívar estaba en lo cierto: Morales llegaba a San Joaquín con apenas cuatrocientos hombres, mientras Soublette se ocultaba detrás de la Sierra con lo menos quinientos setenta. Morales tuvo que adelantarse para dar con él, lo que consiguió al fin el día 10. Aunque indeciso, el encuentro indujo a Soublette a otra retirada hacia la costa, según confirman por separado el criollo inglés Chamberlain, ayudante de Bolívar, y el Capitán General Moxó. Morales, reforzado por su segundo Bausá, atacó y derrotó a Soublette y a Bolívar que había acudido al frente (14 julio 1816) [13].

Pero estas batallas no eran napoleónicas. Apenas si pasaban de combates entre guerrillas de centenares de hombres y en territorio fragoso conocido por ambos bandos. No eran pues choques de consecuencias definitivas. Bolívar concibió el plan de filtrarse por decirlo así a través de sus adversarios vencedores hasta Aragua y la llanura de Caracas. Villarette reembarcaría los parques. Reveláronse al instante obstáculos debidos a la indisciplina, la desconfianza, la codicia y el deseo inmoderado de marcharse. El Coronel venezolano (más tarde General) Salom, que se hallaba presente, nota interesantes detalles sobre la conducta de Villarette: «Fue un cobarde que prefirió ocupar los botes, desde la oración hasta que se hizo a la vela, en trasportar una porción de negras francesas con sus hijos y equipajes, y a otros subalternos franceses que lo acompañaban, a salvar una porción de armamentos y municiones, que quedaron abandonados en la playa.» En cuanto a Bolívar, he aquí lo que sobre su actuación refiere el boletín oficial de su propio ejército (20 julio 1816): «El Jefe Supremo de la República, observando que el enemigo adquiría alguna superioridad sobre nuestras tropas en la acción del 14 [...] ordenó la retirada [tomó otras decisiones y] salió para el puerto a las 5 de la tarde, anunciando volvería a las once o doce de la noche. Su objeto, según dio a entender a varios jefes, era hacer embarcar el parque, armamento y municiones, y dirigirlo todo a la escuadrilla del Almirante Brion, para hacer otro desembarco en la costa, sin indicar si él mismo se

---

[13] Bolívar a Arismendi, *C. L.*, t. I, pág. 248; *B. A. N. H. V.*, número 77, pág. 14. Chamberlain a Revenga, *B. A. N. H. V.*, núm. 77, páginas 102, 103. Moxó a Morillo, *B. A. N. H. V.*, núm. 77, pág. 97.

encargaría de esta operación importante. Razones muy poderosas debieron decidir al Jefe Supremo a embarcarse sin dar sus últimas disposiciones en el ejército, y lo que es más, con abandono de algunos efectos de guerra que quedaron en la playa» [14].

No puede darse, por parte de unos subordinados, condena más terminante de la conducta de un jefe que abandona el mando de su ejército ante el peligro. La versión oficial es que uno de los ayudantes de Soublette, Alzuru, enviado para informar a Bolívar de que todo iba bien, ya por confusión, ya por malicia, le dijo que el enemigo había entrado en la ciudad y en el puerto. El remedio es peor que la enfermedad, pues si Alzuru había ido del frente a Bolívar, Bolívar pudo haber ido al frente para prestar su apoyo moral a las tropas. Pero todo este cuento de Alzuru sólo sirve para encubrir el hecho ya tantas veces observado de que Bolívar era mal perdedor y cuando la suerte de las armas se volvía contra él solía poner pies en polvorosa. En este caso, las cosas no paran aquí. Ya vimos cómo Bolívar había perdido dos días en la travesía hacia Carúpano por aguardar a su querida, la señorita Pepa; y cómo viene a confirmar el hecho la serie de divertidas escenas que pinta Ducoudray, donde aparece Bolívar solazándose con sus amigos en casa de su querida. Ahora bien, todo esto se confirma segunda vez con un texto de Soublette, hermano de otra amiga del Libertador. Al preguntarle O'Leary que explicara lo ocurrido en Ocumare, Soublette contestó: «La salida del Libertador de Ocumare el año de 1816, es uno de los acontecimientos más oscuros, yo no me atrevo a referirla, porque mi memoria está sumamente debilitada; en este suceso se mezcló el amor, y Vd. sabe que Antonio, sin embargo del peligro en que estaba, perdió momentos preciosos al lado de Cleopatra. Lo que es cierto es que todos los que estábamos en Ocumare defendimos y justificamos la conducta del Libertador, y que su edecán, Alzuru, cargó con toda la culpa. Nunca tuve ocasión de averiguar todas las circunstancias del hecho, ni pensamos en ello: en Curaçao se habló mal, en el ejército bien, y así quedó. Pero es positivo que en Ocumare esperamos a S. E. hasta muy tarde, y entonces supimos por el mismo Alzuru, que S. E. se había embarcado sin dejarnos órdenes y que Salom estaba en la playa, donde reinaba la mayor confusión [...]. Es menester tener presente que nosotros no queríamos que el Libertador nos acompañara en la peligrosa marcha que íbamos a emprender, pero sí le juramos que no nos embarcaríamos, y le manifestamos deseos de que él se embarcase; porque, aunque nosotros nos perdiésemos, si él se salvaba no se perdía la esperanza de libertar la

---

[14] Loc. cit.; *O'L.*, t. I, págs. 437, 438.

patria; ésta fue una hermosa lucha en la casa de S. E., quien no quiso ofrecernos que se embarcaría y, por el contrario, preparó una pequeña maleta y mandó su equipaje a bordo; y al ser ya de noche se fue a la playa con el objeto de activar el embarque de los objetos de guerra que estaban en el castillo y que se estaban llevando a un solo buque que nos había quedado al mando de Villaret. Luego que yo cubrí el campo y observé dónde había hecho alto el enemigo, envié a Alzuru a la playa para que dijera al Libertador que el enemigo había hecho alto en la montaña y encendido sus fuegos, que estábamos sin novedad y que a las dos de la mañana emprendíamos marcha para Choroní. Volvió Alzuru con la noticia de que el Libertador se había embarcado, que la playa era una confusión, que el buque había cortado sus cables, que las gentes se habían echado al agua hasta ahogarse, que todo el armamento, pertrechos, imprenta, etc., estaba en la playa y que Salom no sabía qué hacerse» [15].

Mientras su ejército abandonado y sin caudillo procuraba salvarse de Morales y lograba en efecto llegar a Choroní, Bolívar se dirigió a Bonaire donde se reunió con Brion, el cual obligó a los dos corsarios franceses a devolver los pertrechos de guerra que como botín se disputaban. Quizá este triunfo amenguara los reproches que Bolívar hiciera a Brion por haber a su vez abandonado la playa de Ocumare en busca de botín; pero Brion también hizo a Bolívar vehementes reproches pues «no le

---

[15] Es característico de la historia que se suele hacer de Bolívar que O'Leary, después de citar tan fría condena de su conducta, siga diciendo (página 439): «Este boletín fue escrito cuando Bolívar se hallaba muy lejos, y ni una queja, ni una palabra de reproche contiene contra el hombre que, según sus enemigos, había abandonado cobardemente a sus compañeros.» Ducoudray debe decir verdad cuando describe con tanto detalle la escena de pánico que observó en Carúpano; tanto más cuanto que el cuadro se ajusta al diseño general de la vida de Bolívar. Soublette, Salom y luego O'Leary confirman lo que dice D. H., por ejemplo: la abundancia de mujeres a bordo que apunta Ducoudray se confirma con el detalle de las negras que aporta independientemente Salom. Queda así demostrado que no cabe expulsar a Ducoudray de la Bibliografía bolivariana por «calumniador», como suele hacerse con excesiva frecuencia. Yanes, que no sabe nada de la historia de Alzuru, explica todo de un modo distinto. Según él (pág. 308), los dos corsarios franceses Penó y Declair, desobedeciendo a Bolívar, en lugar de llevar el cargamento de armas a Choroní, adonde Bolívar había enviado a McGregor, se fueron a Bonaire, de modo que Bolívar tuvo que seguirles para recobrar las armas; «ésta fue la causa de no haberse unido a las tropas y de la pérdida de mil fusiles, una gran cantidad de municiones, una imprenta y otros enseres, alhajas particulares y del Estado que quedaron en la playa». Ésta es también la versión del propio Bolívar. Pero, entonces, ¿para qué Alzuru?

Marion, pág. 110; *Ducoudray*, t. II, pág. 14; *Yanes*, pág. 309; *B. A. N. H. V.*, núm. 77, pág. 26; *O'L.*, t. I, pág. 140.

cabía en la cabeza que el jefe supremo utilizara la escuadra para proteger su fuga cuando sus compañeros de armas, privados de todo auxilio quedaban abandonados al furor del enemigo». Sin duda para quitárselo de en medio Bolívar confió a Brion una misión diplomática cerca de los patriotas mejicanos, y a los Estados Unidos para solicitar fondos en pro de la causa. El Almirante embajador se hizo a la vela para Nueva Orleans (26 julio 1816) con los veleros *Bolívar*, *Constitución* y *Arismendi*, el primero de los cuales, en que viajaban Brion, Villarette, Forsyth y otros corsarios amigos de Bolívar, naufragó frente a la Isla de los Pinos (26 agosto) con lo que los aventureros terminaron en Jamaica. Bolívar, entretanto, después de un breve viaje de reconocimiento por mar hasta Choroní, se trasladó a Cumaná, pero dando una vuelta por Puerto Rico; según él (en carta a Arismendi), por la necesidad de hacerse con víveres y agua, incluso por la fuerza, en una de las islas menores españolas; pero es posible que la verdadera razón fuera el temor de toparse con fuerzas navales españolas a la sazón en crucero por las costas de Venezuela. Hallándose frente a Puerto Rico se encontró con un barco cuyo patrón aceptó el encargo de llevarse a Santomás a las tres señoras que hasta entonces le habían acompañado. El *Indio Libre* en que navegaba había encallado y tuvo que volverlo a poner a flote el mismo patrón. De este modo, el viaje de Antonio, ya libre de su Cleopatra y familia, prosiguió sin cosa que contar hasta Güiria, donde desembarcó el 16 de agosto de 1816 [16].

*

Claro es que para Bolívar no terminaban con esto sus tribulaciones. Algunas las traía consigo a bordo. Habíamos dejado a Bermúdez en Los Cayos pidiendo socorro al General Marion con lágrimas en los ojos. «Pues bien —le aconsejó el General Marion— os aconsejo que vayáis a ver al Presidente Pétion. Tiene buen corazón, es compasivo, y estoy seguro de que algo hará en vuestro favor.» Bermúdez siguió el consejo, y Pétion le dio facilidades para regresar a su país. Después de rechazar una oferta para tomar servicio con los patriotas mejicanos,

---

[16] Sobre las fuerzas navales españolas en la costa como motivo del rodeo de Bolívar, *B.A.N.H.V.*, núm. 77, pág. 26. O'Leary saca a relucir una fragata española cuyo capitán se asustó tanto al ver a Bolívar en un barco encallado que él mismo se encargó de llevarse a las tres damas a Santomás y de poner a flote al *Indio Libre*. *Yanes*, t. I, pág. 309, dice que la balandra era holandesa, lo que Lecuna (pág. 28) muy razonablemente prefiere.

Bermúdez pudo, pues, gracias a la ayuda del Presidente negro, pasar a Margarita a bordo de un navío norteamericano. Pero Arismendi, obedeciendo órdenes de Bolívar, no le permitió desembarcar; y así tuvo que seguir navegando hasta Ocumare, donde llegó casi al mismo tiempo que la expedición de Bolívar. El 8 de julio de 1816 Bermúdez recibía de Bolívar una carta severa: «La sorpresa que me ha causado la llegada de Vd. a este puerto ha crecido al leer su oficio fecha de ayer. Vd. supone ignorar los poderosos motivos que hubo para dejarlo en tierra al tiempo de salir la escuadra de Los Cayos, cuando ellos fueron públicos, y cuando no había un solo individuo de la expedición que no los supiese, y que no reclamase esta medida como de primera necesidad para evitar el desorden y los males que son su consecuencia.» Después de recordarle sus intrigas para hacerse con el mando de la expedición «contra la voluntad general de todos los que la componían», así como «los votos formales y expresos que Vd. y sus compañeros hicieron públicamente allí de atentar contra mi vida y de elevarlo a Vd. a la autoridad suprema», Bolívar afirma que «no está en mi arbitrio admitirlo en el ejército ni en el territorio de la República». Como, por lo tanto, estima que la presencia de Bermúdez sólo serviría para turbar el orden, termina declarando que se ve «en la forzosa necesidad de impedir a Vd. y sus compañeros el desembarco que solicitan, y le prevengo se prepare para trasbordarse con ellos a un buque que los llevará con seguridad a las colonias amigas» [17].

Bermúdez se fue a Bonaire; adonde también tuvo que irse Bolívar ya fracasada su expedición. Permanecieron desde luego alejados, y, sin embargo, no muy lejos el uno del otro, como si el destino no quisiera que se separaran; y al hacerse a la mar Bolívar hacia Güiria en el *Indio Libre,* Bermúdez también tomó el mismo camino, pues el odio ata tanto como el amor. Llegó a Güiria dos horas antes que Bolívar, aunque por distinto camino; y en Güiria se encontró con Mariño. Lo que entonces ocurrió suele relatarse con una deformación debida a que la grandeza que más tarde iba a adquirir Bolívar se proyecta hacia atrás, con detrimento inmerecido de Bermúdez y de Mariño. Hay que tener en cuenta por el contrario que en aquel preciso momento la pendencia era entre iguales. Tres ambiciosos de

---

[17] *Marion,* pág. 99; *Yanes,* t. I, págs. 309, 310; *O'L.,* t. I, pág. 441. Lo que cuenta Yanes queda desmentido por la carta de Bolívar fechada en Ocumare el 8 de julio, que confirma Larrazábal, t. I, pág. 436. La carta a Bermúdez se conserva en los archivos de la familia de Don Manuel María Mosquera, hoy en casa de Doña Natalia Díez de Iragorri, en Popayán, donde la he visto.

vario mérito, cada uno dispuesto a tajar y cortar con la espada una provincia para su ambición, tal era el cuadro y no más. Nada justifica —todavía— la idea de que la causa de Bolívar fuera entonces superior a la de Mariño o a la de Bermúdez. Los tres iban a su gloria y poder como fin por el camino de la independencia de Venezuela como medio. La única diferencia, la grandeza de Bolívar, su imaginación, su sentido de la unidad, su perspectiva histórica, todo esto que hoy desnivela a nuestros ojos aquella pendencia entre tres, no era entonces ni podía ser cosa visible a sus rivales, ni siquiera clara para Bolívar mismo. Para Bermúdez y para Mariño, Bolívar era entonces uno de tantos: un hombre que con la espada en la mano estaba dispuesto a todo con tal de conseguir sus propios fines. Cada uno era para sí su propia y única ley. Los dos caudillos orientales recibieron al caraqueño con fría enemistad. Poco después, un motín, quizá preparado, amenazó los destinos y aun la vida de Bolívar. Era el 22 de agosto de 1816. *¡Abajo Bolívar! ¡Vivan Mariño y Bermúdez!*, vociferaba el gentío. Bolívar estuvo en peligro de muerte no sólo a manos de la multitud, sino a las del propio Bermúdez, que desenvainó el sable y arremetió contra él. Dos compatriotas, el Coronel Isaba y el abogado Marcano, intervinieron, impidiendo un crimen que hubiera podido tener graves consecuencias históricas. Bolívar tuvo que refugiarse en una flechera, y de allí embarcó en el *Indio Libre* para salir de su patria a un tercer destierro [18].

*

Había fracasado la expedición puesto que Bolívar no había conseguido permanecer en Tierra Firme; pero no por eso había dejado de producir dos resultados concretos, para los patriotas; gracias a la expedición, el grueso de las tropas desembarcadas por Bolívar al mando del escocés McGregor había conseguido romper a través de la resistencia española, llegando hasta las mismas puertas de Barcelona; y había obligado al Capitán General Moxó a trasladar hacia la costa fuerzas que le eran muy

---

[18] *Larrazábal*, t. I, pág. 436. Bermúdez navegaba en la goleta de Antonio Rosales. La escena de Bolívar atravesando solo, espada en mano, por entre una hilera doble de asesinos potenciales y saliendo ileso, me parece tan teatral como increíble. *B. A. N. H. V.*, núm. 77, pág. 29; *O'L.*, tomo I, pág. 441, donde también se intenta representar una huida evidente de Bolívar como una decisión libre que tomó a fin de evitar la guerra civil; *Mosquera*, págs. 197, 198, dice que Bermúdez navegó en compañía de Bolívar o por lo menos lo frecuentó en Bonaire, lo que me parece muy poco probable.

útiles en Los Llanos. «La presentación de Bolívar —escribía Moxó al Gobernador español de Barinas (19 agosto 1816)— ha frustrado mis planes sobre esta provincia, y su invasión por Ocumare hizo que la mitad de la guarnición de Calabozo marchase sobre Caracas.» Moxó había tenido que mandar primero a Morales sobre Ocumare para cerrar el paso a Soublette, y luego hacia Barcelona para enfrentarse con McGregor. En efecto, los patriotas abandonados por Bolívar en Ocumare se habían dirigido hacia Choroní a lo largo de la costa; y al ver que Bolívar no estaba en Choroní, decidieron ponerse a las órdenes de McGregor; el cual derrotó el 10 de agosto en Quebradahonda, y luego en San Diego, a las tropas realistas mandadas por el venezolano Quero. Ya por entonces contaba McGregor con casi el doble de las fuerzas desembarcadas, por habérsele unido los contingentes de guerrilleros patriotas que mandaban, respectivamente, Zaraza y Monagas. En El Alacrán, McGregor derrotó a López (en un combate en que, tanto con los patriotas como con los realistas, lucharon como auxiliares indios caribes armados con flechas); y así le fue posible ocupar a Barcelona (13 agosto 1816). Avanzó entonces Morales sobre Barcelona, y McGregor pidió auxilio a los demás caudillos. Mariño se hallaba entonces sitiando a Cumaná, que era su Caracas, puesto que se consideraba como el libertador y dictador del Oriente; pero Piar, no muy a gusto en su situación de subordinado de Mariño, quiso aprovechar la ocasión para hacer carrera de dictador y envió a McGregor trescientos cincuenta a cuatrocientos hombres por tierra, mientras él se dirigía hacia Barcelona por mar, con la pretensión de mandar las fuerzas unidas puesto que tenía graduación más alta que la del escocés. Así, pues, Morales se encontró con un contingente patriota de unos mil doscientos hombres, algo más numeroso que la fuerza a su disposición. Había perdido además el jefe español mucha caballería y no poca infantería por deserciones, y mucha energía y mucho tiempo por información defectuosa y marchas inútiles. El encuentro tuvo lugar en El Juncal, junto al mar (27 septiembre 1816). Ganaron los patriotas una batalla en la que McGregor se distinguió por su valor personal; pero, a consecuencia de querellas y de intrigas un tanto oscuras, el veterano aventurero escocés abandonó el servicio de la República, y el resultado neto de la batalla fue que Piar conquistó un ejército para su uso particular [19].

---

[19] Moxó al Gobernador de Barinas, Caracas, 19 de agosto de 1816, *B.A.N.H.V.*, núm. 77, pág. 105; *O'L.*, t. I, pág. 445, calcula la fuerza de Morales en 3.000. El documento anterior prueba que eran 2.000 lo

De haber sido la independencia de Venezuela su primer pensamiento, y sólo el segundo su carrera personal, lo evidente para Piar era entonces acudir a reforzar a Mariño que, con Bermúdez como auxiliar, seguía sitiando a Cumaná. Pero no pensó en Mariño, sino en Cedeño, otro caudillo que con una guerrilla a su disposición hacía de mandamás en la rica provincia de Guayana; y por el mismo razonamiento de que la mayor graduación le permitiría adueñarse automáticamente de aquella otra guerrilla, decidió ir a unirse a Cedeño, que era su inferior en grado, y no a Mariño que era su superior. Así lo efectuó con algún éxito, mientras Moxó en Caracas reunía un Consejo de Guerra para decidir si sacrificaría a Margarita o a Cumaná. Se decidió sacrificar a Margarita, y los españoles evacuaron Pampátar (13 noviembre 1816, a fin de que Moxó pudiera enviar refuerzos a Cumaná; mientras que Mariño se veía obligado a levantar el sitio a fin de que Piar pudiera conquistar a Guayana, lo mismo que, antes que él, Bolívar había tenido que abandonar a Ocumare a fin de que Mariño pudiese conquistar a Cumaná. Páez, entretanto, el ídolo de los llaneros, andaba galopando por el sudoeste, tallándose también con la espada otro imperio donde mandar; y de aquí y de allá, por todo el país, iban y venían al galope de caballos apenas domados, a la cabeza de tropas apenas disciplinadas, caudillos y más caudillos galopando hacia el poder y la gloria. McGregor había ido a probar fortuna a Panamá; y hasta el español Mina, sintiéndose desocupado en una España pacificada, cruzaba los mares en busca de aventuras, dando al fin con sus huesos en Haití, en busca de fondos, armas y carne de cañón negra para libertar a Méjico de sus propios compatriotas [20].

A Haití fue también a dar Bolívar a principios de septiembre de 1816. En una carta de 7 de septiembre, el Presidente Pétion acusa recibo de la que Bolívar le ha dirigido el 4, y lo recibe derrotado de un modo generoso y magnánimo: habéis fracasado, le dice; esas cosas suceden en la vida; otra vez triunfaréis. Bolívar le pagó generosamente tanta magnanimidad, aunque en la única moneda que entonces poseía —palabras—. El 9 de octubre de 1816 escribía a Pétion felicitándole de

---

más. Lecuna, en *B. A. N. H. V.*, núm. 77, pág. 36, demuestra que pasaban apenas de 1.000. Dice también que Piar huyó (págs. 35-37); pero parece difícil admitir que un ejército aceptara por jefe por una especie de elección pretoriana a un caudillo que huye; aparte de que sólo se apoya en un texto de Bolívar mismo, que, tratándose de Piar, no puede ser de confianza.

20 *Restrepo*, t. II, págs. 359 y sigs.; *O'L.*, t. I, pág. 452; *Mosquera*, página 444.

haber sido declarado Presidente permanente de la República: «V. E. acaba de ser elevado a la dignidad perpetua de Jefe de la República, por aclamación libre de sus conciudadanos, única fuente legítima de toda potencia humana. Está, pues, V. E. llamado por el destino a hacer olvidar la memoria del gran Washington, abriéndose una carrera tanto más ilustre por ser los obstáculos tan superiores a todos los medios.» A Maxwell Hyslop (4 octubre 1816) le dice que Mina, sobrino del legendario guerrillero Espoz y Mina, le ha escrito en términos muy halagüeños desde Baltimore, donde se halla organizando la expedición libertadora de Méjico. Parece ser que Bolívar recibió entonces solicitaciones para que se uniera a esta expedición, en cuyo éxito no creía. Algunos oficiales europeos se le fueron para seguir a Mina; otros dejaron a Mina para seguirle a él. Por medio de Gual trató con negociantes norteamericanos para adquirir armas y municiones a cambio de ventajas comerciales, siguiendo con esto el ejemplo de Mariño, que negociaba en Trinidad con los ingleses para estabilizar el comercio [21].

En estos menesteres se hallaba ocupado Bolívar cuando le llegaron nada menos que tres mensajes de Tierra Firme rogándole que volviera para acaudillar la causa patriótica. Los que así apelaban a él reconocían que, a pesar de sus defectos, el gran caraqueño estaba muy por encima de todos sus rivales. Tenacidad, fe, poder intelectual y esa extraña fuerza magnética que emana de todo hombre nacido para mandar, eran sus dones supremos; ¡y qué virtud fascinadora debieron poseer en él cuando obligaban a retornar a su obediencia a los que apenas hacía semanas lo habían tratado cara a cara de traidor y de cobarde por su huida de Ocumare! Tales son los contrastes que hacen esta vida tan singular. Bolívar, tan pronto presa de miedo pánico y en precipitada fuga, o retornando a petición de los mismos que acaba de abandonar en el peligro para ponerse otra vez a su cabeza por ser el único digno de mandarlos, es un ser humano más real que el solemne general siempre seguro de sí mismo que se suele pintar. Los hombres que lo habían visto abandonar a Ocumare sabían que, a pesar de sus «espantadas» temperamentales, era mucho más grande que todos ellos, y el único caudillo capaz de enfrentarse con Morillo, que a la sazón se preparaba para volver a Venezuela [22].

---

[21] *B. A. N. H. V.*; núm. 77, pág. 110; *Marion, C. L.*, t. I, pág. 253; Lecuna en *B. A. N. H. V.*, núm. 77, pág. 38.

[22] *Larrazábal*, t. I, pág. 444; *Ducoudray*, t. II, pág. 20, pone toda la iniciativa en Brion, que, según él, ganó a Arismendi a través de Villarette.

El primero en apelar al gran desterrado fue Arismendi, que le escribió (22 septiembre 1816) por medio de un mensajero especial, Francisco Olivier, enviado a bordo del navío *La Bruja*. Luego, un grupo de caudillos militares, entre los cuales figuraban el propio Arismendi, Páez, Zaraza, Cedeño, Bermúdez y Monagas, le mandaron otro enviado, nada menos que el Intendente General Francisco Antonio Zea, que, a bordo de la misma *Diana*, bajo el mismo Capitán Débouille, en que Bolívar había dejado su patria, llegó a Port-au-Prince el 27 de septiembre de 1816. Por último, el propio Brion, después de su odisea infructuosa, víctima de los elementos, llegó también a Haití para rogar a Bolívar que volviera al frente. Todo este episodio está algo oscuro; pero la explicación más probable es que todos estimaron necesaria la unidad bajo Bolívar al ver que se les venía encima el General Morillo. Unidad, pero no dictadura. De creer a Ducoudray Holstein, le exigieron dos condiciones: que reuniera un Congreso, y «que sólo dirigiera las operaciones militares sin mezclarse en la administración de la República». Añade Ducoudray que Bolívar «consintió en avenirse exactamente a sus deseos». Dos hechos refuerzan esta versión. Uno es la elección del emisario: Zea, el botánico granadino, hombre civil por excelencia, preconizador constante, si bien no siempre enérgico, del régimen civil frente al militar; el otro es que Bolívar manifestó precisamente en este momento síntomas de civilismo. Así, por ejemplo, en una carta a Cortés Madariaga..., pero el retorno a la escena del fogoso canónigo chileno de Caracas ha menester explicación.

Enviado a España por Monteverde con Roscio y con Paz Castillo, Cortés Madariaga y sus dos compañeros se escaparon de Ceuta a Gibraltar en febrero de 1814. El Gobernador de Gibraltar, General Campbell, los devolvió al Gobierno español; pero el Gobierno inglés desautorizó a Campbell y reclamó los prisioneros a España. Todos erraron. El Gobierno español por encarcelar a tres personas protegidas por la capitulación de Miranda, que estipulaba una amnistía general; Campbell por haber entregado al Gobierno español unos refugiados políticos, ya que en aquellos tiempos, aunque no siempre en los nuestros, se consideraba tal acción como deshonrosa; y el Gobierno británico porque después de haber reclamado la devolución de los presos debió de haber tomado sobre sí la obligación de que continuaran en Gibraltar o se refugiaran en Inglaterra, sin dejarles, como lo hizo, regresar a Jamaica, alegando que «el gobierno español podría mirar con cierto recelo que siguieran en Gibraltar». Así escribía el 25 de julio de 1816 Henri Goulburn, Subsecretario de Guerra y Colonias; añadiendo que puesto

que el Gobierno de Su Majestad británica «ignoraba por completo el lugar adonde estas personas se habían dirigido [estaban en Jamaica desde principios de año], no le es posible comprometerse a impedir su regreso a Venezuela, sin poder hacer más que dar instrucciones al Gobernador de Jamaica para que impida que lo hagan». Pronto iban los tres patriotas en cuestión danzando de una Antilla a otra en navíos de la Marina británica [23].

«En vísperas de partir para Venezuela», Bolívar escribía a Cortés Madariaga (26 noviembre 1816), expresando «la esperanza de ver a Vd. muy pronto en el seno de la patria, cooperando eficazmente a la construcción del grande edificio de nuestra República». Y el aspirante a dictador seguía diciendo: «En vano las armas destruirán a los tiranos, si no establecen un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno; así, necesitamos de nuestros próceres, que escapados en tablas del naufragio de la revolución, nos conduzcan por entre los escollos a un puerto de salvación.» Le rogaba, pues, trasladara a sus dos compañeros una invitación a que vinieran a «contribuir a la libertad de nuestro país». Pero a Arismendi le escribía en tono distinto (18 noviembre 1816): «Están ya listos los buques que deben conducir armas, municiones, vestuarios y cascos y algunos amigos y voluntarios que me siguen a Venezuela.» El 21 de diciembre se hizo a la vela en Jacquemel, desembarcando en Juan Griego el 28 de diciembre de 1816 [24].

*

Al cabo de un sitio de ciento dieciséis días, Morillo había tomado a Cartagena (6 diciembre 1815): «El espectáculo más doloroso de mi vida», escribe; y hasta sus críticos más severos reconocen que sus tropas se condujeron para con la ciudad vencida de un modo humano y generoso. Bermúdez y los demás caudillos patriotas habían logrado escaparse, llevándose dos cargamentos de botín, entre ellos tesoros eclesiásticos que las flotillas españolas recuperaron en su mayor parte, en particular una custodia valiosa que la ciudad de Santa Fe había regalado a la de Cartagena. Sevilla escribe que «Morillo había mandado

---

[23] *P. R. O. C. O.*, 138/46, fols. 204, 205. Goulburn a Hamilton, 15 de junio de 1816. Sobre la participación de la Marina Británica en los viajes y la correspondencia de Cortés Madariaga, carta de éste a Bolívar desde Pampátar, 25 de abril de 1817, Archivo Nacional de Colombia, Archivo de la Colonia, *Historia*, t. XXII, fols. 149, 150, dorso.

[24] *C. L.*, t. I, pág. 256; *Larrazábal*, t. I, pág. 447.

sus oficiales de Estado Mayor a prevenir a todos los jefes de cuerpo que no se hiciese daño, ni se maltratase a vecino alguno que no opusiese resistencia; únicamente debían de exigir la entrega de las armas bajo la pena de muerte. No era menester esta amenaza para hacérselas entregar a los insurrectos de Cartagena, pues no podían con ellas; y no eran hombres, sino esqueletos; hombres y mujeres, vivos retratos de la muerte, se agarraban a las paredes para andar sin caerse; tal era el hambre horrible que habían sufrido. Veintidós días hacía que no comían otra cosa que cueros remojados en tanques de tenería. Mujeres que habían sido ricas y hermosas, hombres que pertenecían a lo más granado de aquel antes opulento centro mercantil de ambos mundos, todos aquéllos, sin distinción de sexos, ni de clases, que podían moverse, se precipitaban, empujándose y atropellándose, sobre nuestros soldados, no para combatirlos, sino para registrarles las mochilas en busca de un mendrugo de pan o de algunas galletas. Ante aquel espectáculo aterrador todos nuestros compatriotas se olvidaron de que aquéllos eran los asesinos de sus compañeros [se refiere al asesinato de los catorce oficiales del General Hore] y no sólo les dieron cuantos artículos de comer llevaban sobre sí [...], sino que se improvisó rancho para todos y sopas para los que no podían venir a buscarlas.» Enterrados los numerosos cadáveres que infestaban la plaza, Morillo la hizo desinfectar; y mediante una estratagema se hizo con catorce cargamentos de carne y harina que dirigían sobre la plaza extranjeros simpatizantes de los patriotas. Como contribución de guerra levantó cien mil pesos, que hizo pagar a la colectividad [25].

Sin perder tiempo Morillo se preparó para seguir campaña hacia Santa Fe. Sus planes se fundaban en razones políticas tanto como militares. «Este virreinato —escribía al Ministro de la Guerra— tenía un gobierno insurgente central constituido por la fuerza y regado con la sangre de un pueblo cándido y opuesto al sistema de centralización, que por mano del *caribe* Bolívar establecieron los jacobinos por la fuerza. Consideré a dicho gobierno por esta causa, sin influjo para hacerse obedecer, y pensé siempre que el gobierno de cada provincia sería el respetado.» Por eso, explica, decidió atacar o amenazar simultáneamente a todas las provincias. «En la Secretaría insurgente —sigue diciendo— están los planes y las órdenes para verificar éstos, fundados en la reunión de las fuerzas; *pero ninguna provincia obedeció, y al creer que se las atacaba reasumían el mando supremo, se separaban del gobierno de Santa Fe y nombra-*

[25] *Morillo*, pág. 19; *Sevilla*, págs. 68-71; *E. M. C.*, págs. 118-120.

ban su dictador.» Separatismo y dictadura, ley constante de la vida pública española. Estas razones le animaron a dividir sus tropas, y por este medio logró reconquistar a todo el reino de Granada tras una campaña relativamente corta. A los cinco meses exactos de la toma de Cartagena, dos de sus lugartenientes, La Torre y Calzada, entraron en Santa Fe (16 mayo 1816); mientras él, con su Cuartel General, saliendo de Cartagena el 16 de febrero, hacía un viaje de estudio por el país. Siguiendo la orilla izquierda del Magdalena, pasó el Cauca en Magangué, llegando a Mompox a principios de marzo. Allí se enteró de la rebelión de Arismendi, que le impresionó hondamente y quizá fuera la causa de la tremenda decisión que tomó de hacer descuartizar y exponer en las cercanías de la ciudad el cuerpo de Carabaño, oficial insurrecto recientemente condenado por un tribunal militar y ejecutado. Acelerando su marcha se dirigió por Ocaña, Bucaramanga, Socorro, Vélez y Puerto Real a Santa Fe, donde llegó el 26 de marzo de 1816 [26].

Llegada original que habrá que describir con la pluma de un testigo presencial: «El día 26 anduvimos siete leguas, hasta el hermoso pueblo de Cipaguirá, donde dieron a S. E. un gran baile, en el cual, a cada momento, las damas mandaban parar la música para recitar versos en honor de Morillo y de su ejército expedicionario. No se ocultaba a aquel jefe, pues no faltó quien se lo advirtiera, que muchas de aquellas ninfas habían hecho lo mismo con los generales rebeldes. Así es que el general en jefe se escamó un tanto, y más cuando supo que en Santa Fe de Bogotá, donde tanto ludibrio y escarnio se había hecho con otros generales españoles que tenían motivo para ser más estimados que él, se intentaba recibirle con una ovación sin precedente en los fastos de la historia de aquel virreinato [...]. El general dispuso que el ejército le siguiese como a una legua de distancia; se puso un levitón que le cubría todo el cuerpo y parte de la cabeza; un ancho sombrero de paja sin insignia alguna le acababa casi de ocultar el rostro: montó en un caballo común, y acompañado del general Enrile, su mayordomo y un ordenanza de caballería, se puso en marcha para la capital del reino neogranadino que estaba cerca. Antes de andar una legua, se encontró ya con una brillante cabalgata de señoras, lujosamente ataviadas y caballeros, en fin, con familias principales a caballo y en coches. Una buena música acompa-

---

[26] *E.M.C.*, págs. 134, 181 y sigs.; *Morillo*, pág. 27 y documento anejo, pág. 28, Mompox, 1 de marzo de 1815; *Sevilla*, pág. 61, cuenta que Morillo se enteró de la rebelión de Arismendi por él, el 26 de diciembre de 1815; pero es poco de creer, y Sevilla era un hombre vanidoso, cuyo testimonio no puede admitirse en contra del de Morillo mismo.

ñaba a dicha numerosa y lucida comitiva. Al ver a aquellos cuatro hombres, las amazonas y sus acompañantes hicieron parar la música y los detuvieron. Una de las señoras que venía delante en un magnífico caballo blanco, fue la primera que tomó la palabra, obligando a hacer graciosas cabriolas a su corcel de pura raza andaluza: "Caballero —dijo con voz dulce y armoniosa, fijando en Morillo sus grandes ojos negros—, salud al victorioso ejército pacificador de Tierra Firme. Esta comisión de señoras y señoritas de la nobleza bogotana, que tengo el honor de presidir, así como la de caballeros que nos sigue, queremos saludar y felicitar al invicto general Morillo. ¿Nos podrán Vds. decir dónde hallaremos a S. E.?" El aludido recorrió con la vista aquella brillante pléyade de hermosas mujeres, gallardamente montadas sobre ricos palafrenes, y después de una breve pausa contestó: "Gracias, señoras y caballeros, por las frases lisonjeras que por boca tan linda acabáis de prodigar al valeroso ejército de que formamos parte. Pero el general en jefe... viene atrás." Y haciéndoles una cortés pero fría seña de despedida con la mano, continuó su camino. A la entrada de la ciudad y en la calle que había de recorrer para llegar a su habitación, encontró multitud de arcos triunfales y carros con comparsas, y banderas españolas, y flores, cortinas de damasco en todos los edificios y señales del mayor entusiasmo y acendrado españolismo. El general permaneció impasible ante tan ruidosas manifestaciones. Morales le hubiera dado un abrazo si hubiese ido con él. "¿Cuál es la casa destinada a Morillo?", preguntó a un grupo, y habiendo obtenido las señas que solicitaba, se dirigió a ella y se encerró sin saludar a nadie. En breve circuló el rumor de que el general estaba en su casa y que había desairado el recibimiento que se le tenía preparado. Para salir de dudas se formó una comisión que fuese a ver si realmente era Morillo el hombre del levitón. El general la recibió muy cortésmente vestido de gran uniforme: "Señores —les dijo—, no extrañen Vds. mi proceder. Un general español no puede asociarse a la alegría, fingida o verdadera, de una capital en cuyas calles temía yo que resbalase mi caballo en la sangre fresca aún de los soldados de S. M. que en ella hace pocos días cayeron a impulsos del plomo traidor de los insurgentes parapetados en vuestras casas"» [27].

Este Morillo no era el mismo hombre que había tomado a Margarita con el perdón en el alma y a Cartagena con dolor en el corazón. Ahora vibraba en él un profundo resentimiento, y

[27] *Sevilla*, págs. 88-91. Ligera disparidad de fechas en E. M. C. Sigo a E. M. C.

la clave del cambio nos la da el testigo presencial Sevilla en esta frase: «Morales le hubiera dado un abrazo si hubiese ido con él.» Todo manaba de aquel día en Margarita, cuando Arismendi arrodillado le había jurado fidelidad al Rey, y Morales le había aconsejado no se fiara del «traidor margariteño», a lo que Morillo había contestado que no necesitaba sus consejos. Al recibir en Mompox la noticia de la rebelión de Margarita, Morillo se había sentido humillado ante Morales ausente. Al fin y al cabo, era ante todo un soldado, y hasta rudo. Había probado con la mayor lealtad la vía conciliatoria que le era hasta cierto punto natural y que le venía además impuesta por sus instrucciones; y desde su primer desembarco en Margarita, y luego desde su llegada a Caracas, hasta el día en que entró en Santa Fe, había ido marcando cada etapa de su marcha con decretos de amnistía. Así lo seguirá haciendo hasta su regreso a España. Pero, a partir de Mompox, el pensamiento de Arismendi fermentaba en su alma y la iba endureciendo. En Santa Fe tendió por todo el reino las redes de su policía militar, y muchos patriotas que se habían quedado confiados en los decretos de amnistía de La Torre fueron a dar a la cárcel. Lo primero que hizo fue establecer un Consejo de Guerra para juzgar a los presos acusados de crímenes, otros que el de la mera guerra (como, por ejemplo, el de deserción del ejército español); y «un Consejo de Purificación tan necesario en países turbados, en donde tanto declaman los resentimientos y la venganza y es tan difícil dejarse oír la voz de la verdad y de la imparcialidad»; explica él mismo en su Manifiesto a la Nación Española. Mediante estos dos organismos invirtió su política anterior de suavidad y atracción, transmutándola en una acción represiva, si bien administrada por medios oficiales. Entre el 5 de junio y el 12 de diciembre de 1816 fueron ejecutadas ciento dos personas [28].

Eran, desde luego, ciento dos víctimas de más. Bien es verdad que había entre ellas quienes, al menos ante la ley y las

---

[28] *Morillo*, pág. 25; *Sevilla*, pág. 90. Sobre esta sección y la siguiente lo sensato es la actitud de Sañudo (págs. 45-47). Los historiadores competentes harían bien en cesar de copiar a Restrepo y otros que sobre Morillo y Enrile divagan en exceso. Es curioso leer a los que así opinan contra Morillo presentando a Calzada reprochando a Morillo sus crueldades, cuando hasta que aparece Morillo se habían obstinado en representar a Calzada como el prototipo de la crueldad. *Sevilla*, pág. 94; *Morillo*, pág. 96.

El Consejo de Purificación se creó para administrar e interpretar una llamada amnistía; pero las condiciones que había que satisfacer para merecerla eran tan duras que los aspirantes se hallaban casi todos a merced del Consejo. Para el texto, ap. 24 en *Morillo*.

ideas del tiempo, habían merecido la muerte, como, por ejemplo, los asesinos de los catorce oficiales inermes en sus prisiones de Cartagena; también es cierto que los que, como Villavicencio, eran oficiales del ejército español en activo, eran técnicamente traidores, y el fuero militar exigía su fusilamiento. Pero los generales La Torre, Correa, Montalvo y otros del ejército español, sin excluir el propio Morillo hasta la defección de Arismendi, estaban en lo cierto al insistir en la vía de la lenidad, puesto que aun el mismo «traidor» como Villavicencio, español por el ejército y el juramento militar, era criollo por nacido en Quito; y, por lo tanto, patriota de corazón; y aquellos tiempos de confusión y transición pedían magnanimidad.

Morillo había intentado el modo magnánimo, pero con cerrar los ojos le bastaba para ver otra vez a Arismendi llorando arrepentimientos a sus pies y degollando guarniciones españolas en cuanto él volvía la espalda. Leamos a Sevilla: «El 30 de mayo, día del Rey, el Ayuntamiento de Santa Fe daba un espléndido banquete al General Morillo y a su Estado Mayor [...]. Una vez terminada la ceremonia, se presentaron al general más de cincuenta damas y señoritas, las más llorando, pidiendo perdón, con motivo de ser los días del monarca las unas para sus esposos, otras para un hijo y no pocas para sus hermanos; todos los cuales, por incidentes, se hallaban presos en los calabozos de la cárcel y de la Inquisición [...]. Las lágrimas, los sollozos y las súplicas de aquellas damas eran capaces de ablandar una roca [...]. Morillo hacía visibles esfuerzos para no conmoverse; pero permanecía silencioso, y sólo un "levántese Vd. señora", articulaba de vez en cuando, tendiendo su mano enguantada a las que se tiraban a sus plantas. Durante un rato las dejó hablar a todas. Por fin dijo con voz mal segura: "Señoras, mi Rey, que, como caballero español, tiene sentimientos generosos y humanitarios [todo esto era por desgracia tan oficial como falso] me invistió con su soberana facultad, la más bella que tiene un monarca, la de perdonar. Me encargó que perdonase siempre que lo permitiera la salud de la patria. Así es que, al pisar por primera vez tierra americana en la isla de Margarita, perdoné a cuantos me hicieron súplica análoga a la que ahora me hacéis. ¿Sabéis el pago que me dieron aquellos ingratos, que con lágrimas invocaron la clemencia de su Majestad? Pues así que volví la espalda, tornaron a levantar el pendón rebelde, y, más sanguinarios que nunca, pasaron a cuchillo a los oficiales y soldados que allí dejé. Los que tan alevosamente han sido asesinados, cada uno por cien sicarios, también tenían madres, esposas e hijas, que hoy maldecirán mil veces al General imprevisor que tuvo la candidez de creer en las protestas fementidas

de aquellos miserables. Si en vez de perdón hubiera yo fusilado a veinte cabecillas, no pesarían sobre mi conciencia los remordimientos que hoy me acosan. ¿Quién me asegura a mí que si yo pongo en libertad a vuestros deudos no perezcan a sus manos los leales de Santa Fe? Señoras, yo siento mucho el dolor que veo pintado en vuestros rostros..., pero... no puedo perdonar cuando no lo permite la salud de la patria"» [29].

La escena convence, y la sinceridad de Morillo queda probada por el detalle que Sevilla apunta después: una enlutada rogó al General que los infelices presos en calabozos sin aire y sin luz pasasen a locales menos malos, a lo que accedió Morillo inmediatamente, tanto que, dice Sevilla, «media hora después aquellos cabecillas fueron alojados en las excelentes habitaciones de San Bartolomé». Morillo tiene también razón al subrayar como lo hace en su Manifiesto que los presos «nunca fueron condenados sin ser oídos, y sin la competente defensa que previene las leyes militares». También añade que «las sentencias fueron diversas, según la clase de los delitos, y los delincuentes plenamente convencidos de sus crímenes sufrieron las penas que le fueron decretadas [...]. El pasado por las armas, el desterrado, el condenado a una multa, todos fueron juzgados con arreglo a las leyes. Ahí existen sus causas: que hablen ellas». A su vez Sevilla sigue contando que después del banquete los oficiales salieron de paseo a caballo con el General a las seis de la tarde «Al pasar por junto al convento que está al fin de la calle Real, cuyo edificio estaba lleno de oficiales enemigos y tropa prisionera, empezaron éstos a gritar, sobresaliendo la voz de uno que decía: «Perdón, señor General, que no somos culpables sino seducidos: perdón por el Rey y en lo sucesivo seremos fieles servidores de S. M." "¡Infelices! —exclamó entre dien-

---

[29] Sobre el efecto de la traición de Arismendi en Morillo, los documentos son numerosísimos. He aquí ejemplos: en carta a Onís, Ministro de España en Filadelfia, Santa Fe, 23 de junio de 1816, dice: «Debo dar a V. E. las más sinceras gracias por la buena opinión que tiene de mi carácter humano, el cual no lo desmentiré jamás, a pesar de que el resultado de la clemencia y perdón acordado a los infames habitantes de la Margarita debía hacerme mudar de principios.» *Villa*, t. III, pág. 23. «El bajo y vil Arizmendi aprovechó el momento de mi ausencia para levantar en Margarita el pendón de la rebelión más infame y envolveros en nuevos horrores. Todo fue clemencia cuando yo estuve allí. Aquel monstruo decía que aquél era el día en que había nacido, y exclamaba llorando asombrado de tanta piedad que no cabe en pecho tan sediento de sangre. Juró en mis manos fidelidad al Rey.» Proclama a los venezolanos. *Villa*, t. III, páginas 32, 33, 1 de marzo de 1816. El Contraalmirante Fahif, de la Marina Británica, escribe a bordo del *Salisbury* (9 agosto 1820) reconociendo generosamente los sentimientos humanitarios de Morillo para con los prisioneros ingleses. Doc. 853 en *Villa*, t. IV, pág. 271.

tes Morillo—. Son los hijos del pueblo, explotados por aquellos ambiciosos que no he querido indultar, a pesar de tantas súplicas. No tiene culpa el brazo que hiere, sino la cabeza que manda!" Los ruegos de los prisioneros plebeyos sacando sus brazos por las rejas, continuaban. El General se detuvo y con voz de trueno les preguntó: "¿Me juráis ser fieles al Gobierno de S. M. como decís?" "Sí, sí, sí" —contestaron centenares de voces—. "Pues bien, a vosotros os perdono en nombre del Rey." En el acto nos mandó que les fuésemos a abrir las puertas de la prisión. Aquellos desgraciados, frenéticos de alegría, nos abrazaban como locos. Todos corrieron a echarse a los pies del general. La mayor parte era gente rústica, indios y negros, que ni se daban cuenta por qué se habían batido contra España.»

Esta actitud y convicción de que las masas habían sido seducidas era muy honda en Morillo y le indujo a veces a medidas anticlericales. «Donde el cura ha sido bueno —escribe al Rey (31 mayo 1816)— el pueblo lo ha imitado. Muchos o los más de los curas han sido los fomentadores de las nuevas ideas.» Y también, refiriéndose a Venezuela: «allí el clero y todas las clases se dirigen al mismo objeto de la independencia con la ceguera de que trabajan por la gente de color». También apunta que con la única excepción de los capuchinos, todas las órdenes religiosas son «perversas», es decir antiespañolas; mencionando muy especialmente a los agustinos, que recomienda al Rey se lleven todos a España. Así se explica que desterrase a España a muchos sacerdotes y que pidiese al gobierno el envío de otros de España —curioso comentario a la idea ingenua que todavía circula de que las guerras de secesión de los reinos españoles de ultramar fueron guerras de emancipación de una España reaccionaria y clerical en nombre de los principios de la Revolución francesa—. Con todo, Morillo lleva la responsabilidad histórica de una represión cruel e impolítica como justamente se lo reprochó más tarde el españolísimo Obispo de Popayán en carta al Papa, que explica como la mala disposición del país *«propter nimiam crudelitatem modosque impoliticos Ducum hispanorum erga populos sibi subjectos, celeritate fulguris propagata fuit»* [30].

Morillo era un gobernador competente. Su Jefe de Estado Mayor, el marino Enrile, era un buen oficial de Estado Mayor,

[30] *Sevilla*, págs. 95, 96; *Villa*, t. I, pág. 256, doc. 257. Mompox, 7 de marzo de 1816, t. I, pág. 251. Sobre frailes: doc. 560. Morillo al Ministro de la Guerra, 31 de agosto de 1816. *Villa*, t. III, págs. 196, 197. Vuelve sobre el tema en doc. 660, *Villa*, t. III, pág. 482.

Obispo de Popayán a León XII (19 abril 1823), en *Leturia E.*, página 171.

versado en las matemáticas, que hacía a sus oficiales trabajar desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, sin más tiempo libre que el justo para dos comidas y una hora de paseo de las seis a las siete de la tarde. Comenzó por hacerles coordinar los esbozos topográficos que les había hecho preparar durante las marchas respectivas; y después puso en ejecución un vasto plan de carreteras. Morillo restauró los tribunales civiles, el orden civil y político y la disciplina militar y prestó atención a los problemas administrativos y económicos. Hizo distribuir vacuna y en general procuró fomentar la sanidad en el campo y en las ciudades; organizó las artes y los oficios y creó escuelas para huérfanos y para hijos de mendigos. Abrigó la esperanza de incitar una era de paz y de prosperidad en el país; y aunque con cierta inquietud en cuanto a Bolívar, sobre todo desde la rebelión de Arismendi, no parece haber considerado muy grave el peligro, al menos al principio; cuando se dio cuenta de él (detalle significativo) dio el mando de las tropas que habían de hacerle frente, precisamente a Morales.

«El año de 1816 se cerraba pues sobre una Nueva Granada reconquistada» y, como entonces se decía, «pacificada». Venezuela seguía no obstante amenazando el poder español. El 9 de diciembre de 1816, Restrepo, el futuro Secretario de Estado e historiógrafo de Bolívar escribía desde Kingston, Jamaica, a Sánchez Lima, Gobernador español de Antioquía: «Aquí permaneceré hasta que pueda conseguir un indulto de nuestro augusto soberano el Señor Don Fernando VII. Entre tanto mi conducta será la más fiel a S. M. como lo justificaré llegado el caso, pues ha mucho tiempo que detesto cualquier idea revolucionaria y sólo deseo vivir tranquilamente en el seno de mi familia.» El 1 de enero de 1817 Bolívar escribía desde Barcelona a Briceño Méndez, Ministro universal, en ejercicio, de Piar, supremo jefe, en ejercicio, de la República: «Vds. llenarán los votos de todos los ciudadanos si logran someter el país [Guayana] que tanto nos ha perjudicado y que tan útil puede sernos. Pero hecho esto, ¿no volarán Vds. a romper los grillos de los otros hermanos que sufren la tiranía enemiga? Sí, sí, Vds. volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano.» Morillo decidió tomar en persona el mando del ejército contra Bolívar [31].

---

[31] *Morillo*, pág. 26; *Sañudo*, pág. 44; *C. L.*, t. I, págs. 258, 259.

Capítulo XXVIII

MORILLO PIERDE MARGARITA Y LA GUAYANA Y BOLÍVAR LA BATALLA DEL SEMEN

Cuando Bolívar desembarcó en Juan Griego (28 diciembre 1816), Arismendi, el mandamás de la Isla, se había ido a Barcelona con cuatrocientos hombres. Bolívar lanzó una Proclama llamando a los venezolanos a que acudieran a Margarita ya libre, y les decía: «abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad. El primer acto de vuestras funciones será celebrado por la aceptación de mi renuncia». Éste ha de ser el estribillo de toda su vida. En armonía con esta táctica, escribió una carta admirable a su rival Mariño (29 diciembre 1816). En cuanto al pasado, tacto: «Vd. a la cabeza de cuarenta amigos entró por el Oriente a tiempo que yo por el Occidente hacía otro tanto. Mutuamente nos ayudamos y por nuestros propios servicios nos elevamos a una igual dignidad»; y le recuerda cómo ambos habían hecho frente juntos a las tormentas de Carúpano, Cartagena y Güiria. En cuanto al presente, franqueza: «General, yo soy el mejor amigo de Vd. Desgraciadamente, los de Vd. no lo son míos [...]. La conducta de Vd. puede haber variado pero yo estoy cierto que su corazón no varía nunca.» Le rememora entonces a Castillo, al que desde luego pinta con negros colores, y a seguido escribe: «Vd. tiene la pasión de la gloria: procure Vd. conservarla como la ha adquirido: la ambición es una mancha para la verdadera gloria; y el mayor esplendor de este brillante adorno le viene más de la moderación que del poder. El poder sin la virtud es un abuso y no una facultad legítima: Vd. posee todo el que conviene a la felicidad del país y a su propio honor: en busca de otro mayor no pierda Vd. el que tantos sacrificios le ha costado.» El hombre que estas palabras escribía se hallaba todavía en Margarita, apenas en el umbral

del país que se proponía «libertar», es decir gobernar. ¿Quién iba a gobernarlo una vez libertado? Esto es lo que Mariño se preguntaría al leer tan excelentes consejos. Bolívar lo adivinó, puesto que sigue diciendo: «Querido amigo, no crea Vd. que yo deseo mandarlo, por el contrario, debe Vd. persuadirse que yo deseo someterme a un centro de autoridad que nos dirija a todos con la más severa rectitud. Deseo cordialmente que nuestro jefe común sea de un carácter inflexible e imparcial, y en caso de que no sea así vamos a tener mucho que sufrir por los partidos que se aumentan siempre en razón de las desgracias y del tiempo» [1].

¿Era sincero? La respuesta es clara pero no sencilla. Con sinceridad aspiraba a un «centro de autoridad» encarnado en un carácter inflexible e imparcial, lo bastante fuerte para tener a raya a los caudillos y aspirantes a libertadores-dictadores que pululaban en el país; pero ocultaba su convicción de que no había en Venezuela otro centro de autoridad que su propio ánimo; en lo que, al fin y al cabo, tenía razón. Esta superioridad de Bolívar sobre todos los demás caudillos y su propia conciencia de ella, regirán sus actos y explicarán, aunque no siempre justificarán, su política. Por otra parte, los mismos límites de esta superioridad explicarán tal o cual error, fracaso y hasta crimen de su dramática vida; así como su derrota final, su destierro y su muerte solitaria. Porque Bolívar, el más grande, elevado y noble de todos los caudillos de la guerra de emancipación hispanoamericana, en términos generales, fallaba no obstante a veces en los dones específicos más modestos que tales guerras requerían, y que poseían en mayor grado caudillos populares como Páez o Piar; de modo que el diseño de su vida se irá dibujando al dictado de este contraste; el patriota más grande y el estadista más completo del país tuvo que luchar por el poder, contra rivales indignos de él precisamente en el plano de las proezas guerrilleras en que no siempre los igualaba.

Había por entonces en Venezuela lo menos tres personas que actuaban como Jefe Supremo de la República, cada uno en el territorio que dominaba con sus tropas: Mariño en Güiria, Piar en Barcelona y en la región hacia Guayana; y Páez en el Apure. De la situación de Mariño da idea una carta que Piar escribió desde Río Claro a su lugarteniente Freites (15 noviembre 1816): «Instruido de los escandalosos atentados ejercidos en Güiria por el sedicioso José Francisco Bermúdez contra la persona y autoridad del Excmo. Sr. Jefe Supremo de la República [...], S. E. se vio en fuerza de ello obligado a abandonar

---

[1] *B. A. N. H. V.*, núm. 77, págs. 40 y sigs.

momentáneamente a Venezuela, y en su ausencia su Segundo el General Mariño debía sucederle en el mando, pero desgraciadamente este jefe se halla envuelto en los crímenes de Bermúdez; él, hallándose con el mando de las fuerzas de Güiria, no se opuso al motín, ni impidió sus efectos; él se ha usurpado inmediatamente después de la salida del Jefe Supremo, títulos que no le pertenecían, ha protegido y distinguido con empleos y honores al criminal Bermúdez, y ha resistido en fin a los justos reclamos hechos por el General Arismendi para que aquel delincuente fuese sometido a un Consejo de Guerra.» ¿Con qué autoridad expresaba estas opiniones Piar? Con la de ochocientos infantes, doscientos jinetes, dos cañones y doscientas cargas de armas y municiones; base en que se apoyó para nombrar a Zaraza Comandante en Jefe de la provincia de Barcelona, para destruir a Monagas, y para reducir a Cedeño a su autoridad en Guayana [2].

En cuanto a Páez, jamás había perdido contacto con su tierra natal, a la que debía su fuerza. Nacido el 13 de junio de 1790 de familia humilde en las riberas del Curpa, en las cercanías de Acarigua, provincia de Barinas, Antonio Páez, después de una reyerta en que a los diecisiete años mató a su contrincante, huyó al Apure y en un hato tomó servicio consistente en manejar ganado a lazo y lanza de día y en descansar y dormir de noche en cabañas amuebladas con cráneos de caballo y cabezas de caimán. Cuando los patriotas venezolanos, sin dejarse amilanar por el fracaso de Miranda, se alzaron contra Monteverde en Los Llanos, Páez siguió a su amo, Don Manuel Pulido, nombrado Teniente Coronel por los republicanos. Su maravilloso empuje en el combate lo elevó pronto a la fama entre los llaneros, que, al morir Boves, lo siguieron con tanto entusiasmo como al español muerto, aunque el venezolano vivo luchaba en el bando contrario. Guerreando en su propio terreno, con sus propios hombres, sin otras armas que la lanza llanera que ellos mismos se hacían, sin otro vestuario que la piel, sin otros víveres que la carne sin sal, Páez no prestaba apenas atención ni al Estado ni al Estado Mayor. El 16 de febrero de 1816, con cuatrocientos hombres, infligió asombrosa derrota al Coronel español López, que mandaba mil quinientos. Esta acción, conocida con el nombre de la Mata de la Miel, coronó su popularidad. Meses después fue convocado a una junta de caudillos que, perseguidos por las tropas de Morillo, habían pasado de Nueva Granada a Venezuela y deseaban refrenar un tanto su propia anarquía constituyendo una especie de gobierno. Este grupo, compuesto de caudillos y de abogados, nombró al Coronel Serra-

---

[2] Loc. cit., pág. 43.

no Jefe Supremo de la República, a Francisco Yanes, un «doctor» cubano, Ministro de Estado, y al Coronel Santander General en Jefe. Páez se declaró de acuerdo con todos estos nombramientos aunque otra le quedara dentro. Santander lo envió a buscar ganado, y a su regreso su ejército se «sublevó» exigiéndole que disolviera el gobierno y se encargara del mando civil y militar. Páez, desde luego, se inclinó ante sus lanzas [3].

*

Hallándose en Mompox, Morillo se enteró de que se divisaban en la mar ciertas velas sospechosas, quizá la anunciada expedición que Bolívar preparaba en Los Cayos. Le preocupaba sobremanera Venezuela y sobre todo Margarita y Guayana, de cuya importancia estratégica se daba cuenta: «Consideré de tanta importancia dicha provincia —escribe a Madrid sobre Guayana— que me atreví a decir a S. M. en Madrid que, perdida ella y ocupada en fuerza, peligrarían Caracas y Santa Fe.» Y en cuanto a Margarita escribe: «Si se perdiese la Margarita, la fortificarían los insurgentes, y el reconquistarla pedirá una expedición.» Decidió pues mandar a Morales, cuyo nombre, decía, «en aquel país es equivalente a varios batallones», y pidió insistentemente refuerzos de hasta cuatro mil hombres «que toquen Margarita». Morillo estaba persuadido de que el alma de la rebelión era Venezuela; así desde Santa Fe escribía al Ministro de la Guerra: «Si Bolívar, con los demás venezolanos no hubieran pisado este país, sólo con alguna fuerza e invocando el nombre de S. M. el virreinato se hubiera sometido; pero la semilla de aquéllos, sus embustes y los aventureros franceses e ingleses han sido la causa de armar estos pueblos contra su legítimo Soberano, capitaneados por aquéllos.» Y añadía: «Venezuela da a todas las otras provincias en revolución jefes y oficiales, pues son más osados e instruidos que los de los demás países.» El 21 de mayo de 1816 informaba desde Santa Fe sobre la actividad del Ejército de Oriente, apuntando que en Venezuela «no tengo ni puedo tener un soldado europeo, porque la fuerza

---

[3] El relato de la rebelión de Páez que el interesado hace en sus Memorias lo representa como respetuosísimo de la ley; y resulta muy parecido al retrato que Mitre hace de San Martín, «obligado» por sus tropas a seguir de Gobernador de Cuyo en contra de las órdenes de Buenos Aires.

Páez, págs. 114 y sigs. Pero *Yanes* (t. I, pág. 284), que fue protagonista del caso, declara que Páez «intimó por escrito en un tono imperioso al Presidente Serrano y demás miembros del Gobierno cesasen en el ejercicio de sus funciones», dando entre sus razones que Santander «era inepto e incapaz de desempeñar sus funciones».

no me alcanza para ello». Sólo una vez, al solicitar se le concediera la Orden de San Fernando, pinta un cuadro sonrosado de los resultados conseguidos: «Ocupado el centro de la América, sumisos y tranquilos sus habitantes, desarmadas las provincias, vueltas a su antiguo comercio e industria y deshechas enteramente las esperanzas de los traidores, quedan las fuerzas de mi mando en comunicación con todos los ejércitos de América» [4].

Pero en el mismo instante en que escribía estas palabras hería de muerte el éxito de su expedición la actitud del hombre a quien había confiado el mando en Venezuela. Don Salvador Moxó, «catalán, militar de caballería, era rechoncho, de ojos algo brotados, tenía educación, era fino en su trato y mesa, cruel y muy disimulado, y en la pequeñez de su cuerpo no cabía la fogosidad de su genio». Morillo había dejado a Moxó al mando de Caracas y con fuerzas importantes. Todo esto, y la buena opinión que por entonces todavía abrigaba sobre su lugarteniente, habían inducido a Morillo a hacerse ilusiones sobre la situación, lo que desde luego Moxó se guardaba muy bien de remediar. Todavía el 31 de agosto de 1816 escribía Morillo al Ministro de la Guerra recomendando a Moxó para Capitán General efectivo de Venezuela a causa de su «mucha prudencia, talentos militares, firmeza y actividad infatigable». Al informar al Ministro de la Guerra (17 septiembre 1816) de la derrota de Bolívar en Aguacate, Morillo atribuía lo que a la distancia de Santa Fe veía como una situación excelente, a la actividad de Moxó, a quien elogiaba de un modo extravagante. Pero pronto se dio cuenta de que Moxó había perdido a Venezuela para siempre: Margarita se había perdido porque, a pesar de las súplicas de Pardo, pidiendo refuerzos, Moxó sólo enviaba pequeños destacamentos mal vestidos y peor armados, que los rebeldes iban destrozando uno a uno, mientras él seguía en Caracas rodeado de una fuerte guarnición de regulares españoles. Con una táctica análoga había dejado que Mariño y Piar ganasen victoria tras victoria en Oriente, mientras él acumulaba una fortuna personal por toda suerte de medios: concediendo permisos de residencia en Caracas por dinero, como en el caso de un peligroso rebelde que lo logró por veinte mil pesos; dejando a un corsario inglés comprar un navío, apresado por la marina española en Puerto Cabello, que el inglés armó inmediatamente contra España; vendiendo licencias de porte de armas a quien-

---

[4] Doc. 536, Ocaña, 30 de marzo de 1816. *Villa*, vol. III, pág. 149.
Doc. 527, Mompos, 7 de marzo de 1816. *Villa*, vol. III, págs. 136, 137.
Doc. 539, Ocaña, 5 de abril de 1816. *Villa*, vol. III, pág. 156.
Doc. 549, Santa Fe, 31 de mayo de 1816. *Villa*, vol. III, pág. 168.
Doc. 557, Santa Fe, 30 de agosto de 1816. *Villa*, vol. III, pág. 190.

quiera que le pagase; mientras que, siempre encerrado en la capital, ignoraba los abusos que, en contra de las instrucciones de Morillo, se cometían sobre la población civil por parte de agentes militares reales o fingidos [5].

Enviando a La Torre por delante, Morillo se puso en marcha hacia Venezuela a mediados de noviembre. La Torre, con un batallón de nueva recluta, instruido en treinta días, unas compañías de veteranos y ochenta húsares, cruzó los Andes entre diciembre de 1816 y enero de 1817. Este paso de los Andes no merece menos fama que el que Bolívar realizó después en dirección opuesta; quizá la merezca mayor, si se ha de tener en cuenta que había en la fuerza de La Torre no pocos españoles. Así se desprende aun de las críticas de Páez contra los elogios que a La Torre hizo Morillo. «Para un hijo del país esa admiración de los trabajos y dificultades vencidas es hasta ridícula, pues ellos no necesitan de tantas comodidades en campaña y se alimentan sólo de carne sin pan, ni sal ni otro condimento alguno [...]. No necesitan de calzado y viven siempre a la intemperie; duermen en la sabana o en el bosque lo mismo que si estuvieran bajo el más cómodo techado; son sobrios y jamás se afligen ni desesperan, aunque se vean rodeados de dificultades y peligros. Para un europeo fue ciertamente extraordinaria la marcha de La Torre; pero muy poca obra si se compara con lo practicado por los colombianos que recorrieron el inmenso territorio de cinco repúblicas escasos de todo» [6].

El 28 de enero de 1817 La Torre se topó con mil trescientos llaneros mandados por Páez. Hizo formar el cuadro, y sus tropas resistieron con tal firmeza el empuje arrollador de aquella caballería salvaje, que Páez decidió recurrir a una estratagema; y prendiendo fuego a la yerba seca, pronto rodeó a los realistas en llamas que un fuerte viento hacía gigantescas. El Capitán Sevilla, que se hallaba entre los cercados por el fuego, escribe: «Ya llegaban a nuestros oídos las siniestras carcajadas de nuestros enemigos satisfechos de su diabólica victoria. En aquella situación, sin movernos de nuestros puestos, todos volvíamos la vista a nuestro general, que, a caballo en medio del cuadro, escudriñaba con su mirada el horizonte.» La Torre dio la orden de retirada, atravesando las llamas. Algunos soldados resultaron heridos de quemaduras o por la explosión de sus cartucheras; pero el ejército se salvó, porque La Torre había vislumbrado a través de las llamas un terreno pantanoso. A poco tiempo y a

---

[5] Sobre Moxó, Level de Goda, Antapodosis, pág. 564. Datos sobre Moxó, sus tropas y su conducta: *Villa*, vol. III, doc. 685, págs. 548-563; documento 562, pág. 208; doc. 568, págs. 212-216.

[6] *Sevilla*, págs. 124-135; *O'L.*, t. I, pág. 492; *Páez*, pág. 114.

pocas leguas de este episodio, el 2 de febrero de 1817, Morillo, unidas sus fuerzas con las de La Torre en Paso del Frío, escribía a Moxó quejándose del estado de cosas que había hallado en Venezuela: no había víveres, no había ni un solo hospital. Por respuesta Moxó le mandó un informe de Lorenzo Fitzgerald, Gobernador de Guayana, en que este irlandés al servicio de España pintaba con sombríos colores la situación de la Provincia, otrora opulenta, despojada de sus riquezas por la guerra; y avisando que si llegaran a perderse las Misiones se habría desvanecido por completo toda posibilidad de avituallar al país. De los dos países claves de Morillo, Margarita y Guayana, la primera se había perdido y la segunda se estaba perdiendo [7].

*

Bolívar desembarcó en Barcelona el 31 de diciembre de 1816. Traía refuerzos valiosos: lo menos ocho barcos armados, dos de los cuales, el bergantín *Bello Indio* y el *Decatur*, respectivamente con dos cañones de dieciocho y ocho de doce, más ciento ochenta hombres a bordo, y doce cañones de dieciocho, ocho de nueve y uno largo de cobre de dieciocho, más ciento diez hombres a bordo; mientras que otros cuatro navíos, armados con un cañón cada uno, traían setenta hombres. Bolívar traía pues en total quinientos setenta hombres que, puesto que le habían sido procurados por Pétion, es de suponer fueran negros de Haití. Pétion había sido también generoso en armas y municiones; y el 13 de enero de 1817 recibía Moxó una nota comunicándole que Labatut había llegado a Port-au-Prince camino de Barcelona con tres mil carabinas. También traía Bolívar de Haití muchos oficiales franceses e ingleses. Pero, sobre todo, Bolívar traía a Bolívar. Numerosos oficiales a la sazón bajo Piar o Páez (Urdaneta y Santander entre ellos) pidieron sus pasaportes y se apresuraron a ponerse a las órdenes del jefe de los jefes [8].

Pero Bolívar no era todavía digno de sí mismo. En lugar de pararse a considerar la situación general —sus setecientos hombres apenas, los dos mil que Piar y Mariño podrían reunir en Guayana, los mil doscientos de Mariño en Cumaná, los dos mil de Páez del Apure— e integrando todos sus recursos ir a enfrentarse con Morillo que venía bajando los Andes hacia él, Bolívar prefirió descender de la altura estratégica a la que sus colegas

---

[7] *Sevilla*, págs. 150-152; *Villa*, t. III, pág. 265, doc. 597. pág. 268; documento 598.

[8] *Chuecos*, t. II, págs. 133, 134. Oficiales abandonan a Páez: *Páez*, página 147; a Piar: *O'L.*, t. I, pág. 453.

le habían elevado para ponerse al nivel de un mero Mariño, Piar o Páez, lanzando a sus setecientos hombres mal preparados contra los españoles en un frívolo intento de conquistar... ¿qué? Caracas, su «hacienda» política. Hasta sus más adictos biógrafos se ven obligados a reconocerlo. Así O'Leary: «La predilección de Bolívar por Caracas, o la exagerada idea que tenía de sus habitantes y de los recursos que aquella ciudad podía proporcionar al partido que la ocupase, fue causa de muchos errores en su carrera militar. En más de una ocasión se le vio posponer operaciones más importantes para apoderarse de ella o socorrerla, según el caso. Después de expedir las más urgentes órdenes al llegar a Barcelona, incurriendo de nuevo en la misma falta, concibió el proyecto de invadir la Provincia de Caracas, con sólo setecientos hombres de los cuales cuatrocientos eran reclutas.» Su otro ayudante y biógrafo, Mosquera, refiriéndose a esta decisión, también recuerda cómo dominaba sobre el ánimo de Bolívar el pensamiento de Caracas, «que más de una vez le hizo separarse de las reglas del arte». Avanzó pues con sus setecientos hombres contra un oficial español competente, el Capitán Jiménez, que, en Clarines, con novecientos indios bien preparados y atrincherados, lo derrotó. Con Arismendi, que lo acompañaba en esta aventura y un puñado de oficiales, Bolívar tuvo que salvarse al galope [9].

Pero, sin dejarse abatir por este contratiempo, se dedicó al instante a poner a Barcelona en estado de defensa. Envió a Soublette a Mariño con una carta observando que era inútil y hasta imposible tomar a Cumaná si se perdía Barcelona, e instando a Mariño a que le mandase refuerzos. Mariño dio largas; y Bolívar decidió fortificar el convento de San Francisco con seis cañones pasados de los navíos de Brion; y refugiar a la ciudad en la ciudadela así improvisada. El jefe español, del Real, demasiado cauto, al hallarse con la ciudad desierta, en vez de atacar la fortaleza, se retiró a Clarines, permitiendo a Mariño, al fin, presente, que entrase en Barcelona con sus mil doscientos hombres (11 enero 1817). Según O'Leary y Mosquera, el plan de Bolívar era evacuar la ciudad, que no creía posible defender con sus fuerzas frente a Aldama, nombrado para sustituir al flojo de Real. Pero esto no concuerda con la carta de Bolívar a Mariño. Más probable es que, sintiendo la hostilidad de Mariño, y dándose cuenta de que Barcelona podría ser para sus tropas una ratonera, prefiriese Bolívar ir a probar fortuna cerca de Piar como Piar lo había hecho cerca de Cedeño, y también para hacerse con un ejército ya constituido mediante la

---

[9] *O'L.*, t. I, pág. 456; *Mosquera*, pág. 216; *Ducoudray*, t. II, pág. 23.

autoridad del rango superior. El caso es que volvemos a ver a Bolívar alejándose al galope de una guarnición en peligro sin dejar ni instrucciones ni garantías suficientes para su defensa. En la Casa Fuerte (Casa Débil, como decía con gracejo una dama del país) había encerrados «algunos miles de fusiles, gran cantidad de cartuchos y otros efectos que Bolívar había hecho llevar allí del extranjero». Dio órdenes al ejército de Mariño para que se transportase todo a otros lugares a costa de numerosas jornadas, y también para que se hallasen siempre pronto a acudir en auxilio de Freites, a quien dejó al mando de Barcelona. Pero Mariño y sus compañeros, como Bolívar venía obligado a sospechar, no abrigaban la menor intención de seguir las instrucciones del jefe supremo: se pelearon, salieron cada cual por su camino —Mariño, desde luego hacia Cumaná, otros a Arangua y aun allende— y Freites quedó abandonado a su suerte. Bolívar salió de Barcelona el 21 o el 25 de marzo de 1817 (hay dudas sobre la fecha exacta). El 5 de abril se presentó Aldama y el 7 tomó la Casa Fuerte, donde sus tropas se entregaron a violencias inauditas [10].

Cayó pues Barcelona víctima de las ambiciones incompatibles de Mariño y de Bolívar. Mariño se volvió con sus tropas a Cumaná; Bolívar se fue hacia Angostura para ver de hacerse con las tropas de Piar. El osado mulato se había erguido más de una vez frente a él y aun le había reprochado en términos violentos su «cobardía». Desde enero, con su auxiliar Cedeño, venía amenazando a Angostura; y el 17 del mes intentaron tomarla por asalto, fracasando en la empresa. Este fracaso fue ocasión para que algunos oficiales abandonaran a Piar para acudir a ponerse a las órdenes de Bolívar. Quizá con el objeto de poner coto a estas disensiones con el señuelo de una operación tan brillante como lucrativa, Piar se decidió a atacar las Misiones de Caroní, donde veintidós frailes gobernaban en plena paz y

---

[10] *O'L.*, t. I, págs. 458, 459; *Mosquera*, pág. 218; *Ducoudray*, t. II, páginas 24 y sigs.

Desde luego, como siempre que Bolívar cae en el error, se alega que fue por escuchar consejos equivocados; en este caso el de Freites, precisamente a quien dejó con sólo 700 hombres y a merced del desafecto Mariño. Por otra parte, *Ducoudray*, pág. 27 y *Hippisley*, pág. 466, yerran al decir que Bolívar huyó al venir los españoles, puesto que no se fue en la noche de abril 5-6, como dicen, sino el 25 o el 22 de marzo. *Urdaneta*, páginas 109-114. Las Memorias del Capitán Lobatón y las del Sargento Manuel Ostí, *B. A. N. H. V.*, núm. 105, págs. 62-65, confirman la versión usual sobre la conducta de las tropas de Aldama; aunque Aldama había sido nombrado a causa del disgusto de muchos oficiales españoles contra Morales por su crueldad. *O'L.*, pág. 460; *Mosquera*, pág. 225. Más adelante se verá que Morillo envió a Aldama a España por esta causa.

prosperidad una población india numerosa. La operación no podía ser más fácil puesto que no había armas en Caroní. Piar mandó a los frailes presos al monasterio de Caruache, y entregó las Misiones al Sacerdote-Coronel José Félix Blanco para que administrara en beneficio de la República aquel riquísimo emporio de grano, ganado y caballos. Surge Bolívar; y para lo que entonces ocurrió, demos la palabra a su confidente y biógrafo Mosquera: «Ante la noticia de que en esa ocasión recibió el Libertador de estar veintidós frailes capuchinos de esas Misiones prisioneros, era natural que, como sucedió, representándose la tenacidad de esos religiosos en defender la causa de España, se expresara con ardorosa acrimonia contra ellos. Hallaron en los conceptos vehementes de Bolívar el teniente coronel Jacinto Lara y su ayudante de campo, Monzón, estímulo bastante para juzgar buena y patriótica la matanza de los frailes, con lo que, pocos días después y por su sola cuenta, realizaron tan atroz crimen.» Perecieron, no veintidós, sino treinta y cuatro hombres inermes, no se castigó a los criminales, y, como más adelante se verá, Lara siguió siendo hombre de confianza de Bolívar [11].

Poco tiempo permaneció Bolívar al lado de Piar, aunque lo bastante para penetrarse de la razón que asistía al General mulato para considerar a Guayana como la base de operaciones más importante para los republicanos. El General La Torre se acercaba a reforzar a Angostura, y consiguió entrar en la plaza. Una noche trajo un espía la noticia de que La Torre y su lugarteniente Ceruti habían salido de la ciudad por el río a la cabeza

---

[11] *Yanes*, págs. 10 y sigs; *Mosquera*, pág. 222; *Larrazábal*, t. I, página 468; *O'L.*, t. I, pág. 462. Cita de *Mosquera*, pág. 230.

Un eminente historiador venezolano dice, refiriéndose a Lara: «En su vida pública hay un acontecimiento que deslustra su brillante hoja de servicios: en mayo de 1817, la ejecución innecesaria de los veinte capuchinos civilizadores del Caroní, en cumplimiento de órdenes de Bolívar. Éstas debieron de ser verbales, hasta hoy la Historia no habla de ningún documento sobre el hecho. Pero que hubo la orden es también una verdad histórica, donde no Bolívar habría castigado semejante crimen cometido casi en su presencia.» Vicente Dávila, citado por *Sañudo*, pág. 52. Por otra parte el Obispo de Popayán, Don Salvador Jiménez de Enciso, español y ardiente realista, después de aceptar la República, escribió en descargo de Bolívar. Bien es verdad que sólo habla de oídas y por lo que le dijeron «varios sujetos a quienes debo dar crédito» sobre un caso ocurrido once años antes y muy lejos de su diócesis. La explicación más razonable es la de Mosquera, que confirma *O'L.*, pág. 463. *Larrazábal*, páginas 466-470, es extravagante, y *Yanes*, t. II, pág. 12, de una sencillez encantadora: los asesinos fueron los indios, que desde luego odiaban a los frailes. «Murieron primero de malos tratos doce padres y dos legos; luego, a lanzadas y machetazos, diez y ocho padres y dos legos. Siete escaparon, entre ellos Fray Nicolás de Vich, que lo cuenta.» *Blanco*, t. VI, página 390, citado por *Leturia*, pág. 82.

de sus tropas. Piar supuso que la operación apuntaba a las Misiones del Caroní; y maniobró en consecuencia. Las dos fuerzas se encontraron en San Félix, donde Piar obtuvo una brillante victoria sobre los españoles, cuya fuerza quedó literalmente destrozada. Se asegura generalmente que Piar hizo fusilar a ciento sesenta prisioneros; pero un soldado republicano apunta en sus Memorias que lo que ocurrió fue una matanza de ochocientos españoles «que Piar hizo prisioneros en la acción de San Félix y que atados de dos en dos, espalda contra espalda, fueron arrojados al Orinoco». La Torre pasó escondido en un bosque una noche blanca y pudo huir al galope de madrugada. Hay un curioso documento que podría explicar cómo llegó tan confidencial información a los patriotas. El Gobernador de Guayana era Don Lorenzo Fitzgerald, irlandés al servicio de España. El 29 de julio de 1817, Brion, Almirante de Bolívar, daba una orden en la que declaraba que la conducta de Fitzgerald con los patriotas prisioneros de guerra «y los informes que me han comunicado los desertores de las fortalezas, me han arrancado en justicia la declaración, que hago *de no ser Fitz-Gerald enemigo de la causa de la Independencia,* y que en cualquier ocasión y suceso se deberá tratar con las consideraciones que merece un Jefe Republicano» [12].

En apariencia al menos, la situación no era muy favorable para Bolívar. De sus tres rivales, uno, Mariño, le volvía la espalda; los otros dos, Páez y Piar, ganaban batallas sin consultarle. Bolívar parece por aquel entonces haber contado tan sólo con el prestigio que le rodeaba todavía ante los demás caudillos venezolanos, debido ante todo a su fuerza magnética y a su superioridad intelectual. Comenzó por habérselas con Páez. En el Pao había recibido a los oficiales que, abandonando a Páez, se venían a poner a su disposición, a cuyo frente iba el Coronel granadino Santander, muy estimado de Bolívar. Como consecuencia de los informes que le dieron estos oficiales, había enviado a Páez un mensaje para atraérselo ofreciéndole el grado de General de Brigada si se sometía a su autoridad. Páez había aceptado y aun llevó su complacencia hasta negarse a escuchar al Comandante Rebolledo, enviado por el Congreso de Cariaco (que más adelante se describe), para separarlo de la autoridad

---

[12] *Yanes*, t. II, pág. 12, dice que volvió a pasar el Orinoco al día siguiente de su llegada. *O'L.*, t. I, pág. 464, trata de dar a Bolívar el mérito de la batalla de San Félix; cosa que Mosquera desconoce por completo. Estas idas y venidas de Bolívar son desde luego características.

Prisioneros y sacrificados: *O'L.*, t. I, pág. 464; *Larrazábal*, pág. 469, dice que Piar fusiló a 300. Los detalles del texto son de *López* (pág. 22). Sobre Fitzgerald: *Yanes*, vol. II, pág. 224.

pretoriana de Bolívar y someterlo a la autoridad civil. Esta victoria doméstica contribuyó a realzar el prestigio de Bolívar, que además consiguió por entonces atraerse también a su inveterado enemigo Bermúdez [13].

Pero había olvidado ya las promesas hechas a los civilistas, según las cuales respetaría las ideas republicanas por las que todos decían combatir. Vino a refrescarle la memoria el Canónigo Cortés Madariaga, entonces dedicado a escribir constituciones en Margarita. «General —escribía desde Pampátar (25 abril 1817)—, me tenéis en esta Isla desde el 18 con procedencia de Kingston y escala en Barbada, habiendo en ambos puntos merecido de sus respetables almirantes que me brindasen dos buques de guerra en las travesías de aquellas islas [...], de acuerdo conmigo, quisieron que el Capitán Stirling, Comandante de la Corbeta de Su Magestad Británica *Brazen*, que me ha conducido aquí, conferenciase con vos y el Almirante [Brion] en cuanto al mejor concierto de nuestras recíprocas relaciones ya entabladas, dejando a mi cuidado que os comunicase algunas especies reservadas que no pueden aventurarse a los riesgos de la pluma.» Sigue diciendo el Canónigo que Londres pide ciertas seguridades antes de incluir a Venezuela en el reconocimiento de la independencia de Sudamérica «que va a sancionarse dentro de pocos meses», pero tan sólo «sobre las provincias y reinos que tengan gobiernos organizados, fuerzas y recursos que hagan respetar sus libertades». De aquí pasa el Canónigo a insistir sobre «la imperiosa necesidad de restablecer el gobierno en receso con la división legítima de sus poderes; sin este simulacro viviremos siempre desfigurados, menospreciados de todo el mundo, y lo que es peor, vendremos a ser víctimas de la anarquía». Dos días antes de escribir esta carta había redactado Cortés Madariaga un ampuloso manifiesto en el que trazaba el cuadro de todo el continente en lucha contra la «decrépita España», recordaba sus servicios pasados y se ofrecía para servicios futuros. Ello no obstante hay en su carta a Bolívar cierta inquietud ante la «apatía» que observa en la Isla, y va hasta a decir que si Arismendi no vuelve pronto «qué sé yo si acabará en sucumbir al enemigo». Morillo se acercaba [14].

Mariño se hallaba en Cariaco, en Tierra Firme; adonde Cortés Madariaga se dirigió con sus papeles políticos a cuestas. El 8 de mayo de 1817, Mariño, como «Segundo Jefe de la Repú-

---

[13] *O'L.*, t. I, pág. 471. Y mejor, *Urdaneta*, pág. 115; *Páez*, pág. 167.

[14] M. S. en Archivo Nacional de Colombia, Bogotá: Archivo de la Colonia. *Historia*, t. XXII, fols. 149 d, 150 d. Manifiesto en *Yanes*, documento 43, t. II, págs. 208-214.

blica», reunió una especie de Congreso de once personas, entre las que figuraban Brion, Cortés y Zea; y dio la palabra al Canónigo, el cual explicó que «habiendo llegado a entender por conducto respetable de la mayor excepción aproximarse ya el término de que la América del Sur aparezca ya con toda la dignidad que le corresponde a la faz del mundo culto», traía noticias que «le hacen esperar que Venezuela será incluida en la común prosperidad del Sur de la América dentro del año corriente y por medio de sus relaciones exteriores a condición de que se instale en ella un gobierno regular». El Almirante apoyó al Canónigo. Todos los presentes se declararon de acuerdo en la seguridad de que el Supremo Jefe también aprobaría. Mariño se retiró, a fin de que los demás congresistas presentes se sintieran en libertad de nombrarlo General en Jefe. El Congreso nombró un Comité Ejecutivo compuesto de Francisco Javier Mayz, Bolívar y Fernando Toro, este último, desde luego, sin su aquiescencia, pues había permanecido en obstinado destierro desde los primeros días de la Guerra de Secesión. Bolívar y Toro, ausentes, estarían representados en el Ejecutivo por Zea y Cortés; y Mariño sería General en Jefe de la República. Uno de los primeros decretos del Gobierno nuevo promulgado en Pampátar (12 mayo 1817) decidió que el Congreso llevaría el título de *Honorable,* el Comité Ejecutivo, el de *Respetable,* el Poder Judicial, el de *Recto,* y el Capitán General y el Almirante el título de *Honorable* por cortesía. Ya no faltaba nada para la acción más que la bendición de Bolívar [15].

Mientras llegaba, el nuevo gobierno se tomó a sí mismo muy en serio. Su constitución federal permitió a Mariño hacer elegir en el «Estado» de Cumaná una especie de Asamblea, que convocó en Cariaco (28 mayo 1817). Esta asamblea cumanesa nombró a Mariño Presidente del Estado de Cumaná, con plenos poderes civiles y militares; y como tal, Mariño se apresuró a ponerse a la disposición del Almirante Brion titulándose «Jefe Particular de esta Provincia que hace consistir su primera gloria en sacrificarlo todo en beneficio común». Entretanto Morillo aguardaba refuerzos de España y preparaba la reocupación de Cariaco y de Carúpano, por su lugarteniente Jiménez (10 y 13 junio 1817). El 29 de mayo, el honorable gobierno de Cariaco había decidido trasladar su residencia así como la del Recto Poder Judicial a Maturín; a cuyo efecto había escrito al Honorable Almirante que pusiera a su disposición los barcos necesarios para ellos, sus oficiales y su familia. El Honorable Almirante, a su vez, habiendo decidido navegar más cerca de la costa de

---

[15] Doc. 44, t. II, págs. 214-219; doc. 45, pág. 219.

Bolívar que de la de Mariño, contestó que, cumpliendo órdenes del Jefe Supremo (figura política no reconocida por la nueva constitución), sólo podía suministrar transporte para Guayana (es decir para territorio ocupado por tropas de Bolívar), adonde se dirigía con las fuerzas de su mando. «Y con esto —concluye Yanes— quedó disuelto el gobierno general» [16].

*

Esta actitud firme contra toda intervención civil en los asuntos públicos se justificaba plenamente por las circunstancias. Al fin y al cabo, era ilusoria entonces toda base para instituciones republicanas normales; y las elucubraciones de Cortés Madariaga no hubieran podido ser más extemporáneas. Pero el rechazo desdeñoso que Bolívar imponía al «llamado gobierno» expresaba simultáneamente su alto sentido político de lo que la hora requería y también su temperamento pretoriano y dictatorial; el cual, lejos de ser, como tantas veces se ha dicho, tardía consecuencia del desengaño y de la experiencia, fue desde sus primeros años juveniles rasgo esencial de su carácter. Consciente de su superioridad sobre todos los habladores que le rodeaban, estaba en su pleno derecho al aspirar al poder absoluto mientras los destinos del país estuvieran en juego. Pero, aun siendo el mejor, Bolívar no era sino uno de los caudillos que a la sazón luchaban hacia el poder absoluto, y sus tendencias eran tan pretorianas como las de los demás. Pronto iba a demostrárselo a todos del modo más tajante; pero entretanto tenía que andar con pies de plomo, porque su guardia pretoriana no era todavía bastante fuerte; aunque ya había conseguido ganarse a Bermúdez, su tenaz enemigo de antaño, y asegurarse la cooperación de unos cuantos militares de prestigio, veteranos como Páez y Urdaneta, y algún que otro nuevo, como Antonio José de Sucre, joven oficial cumanés de veintitrés años, llamado a una carrera tan brillante casi como la suya.

La cuestión, además, no se planteaba tampoco de una manera absolutamente clara. Existía en efecto cierto deseo sincero de orden civil aun entre muchos militares, cuya lealtad a Bolívar no era incompatible con cierta aspiración a limitar objetivamente su omnipotencia. Todo esto se desprende de la correspondencia de Bolívar en esta época con su íntimo amigo y colaborador el Coronel Briceño Méndez. El 13 de junio de 1817 le escribía a Briceño haber oído que Arismendi intentaba organizar un gobierno «en contraposición del que reside en Marga-

---

[16] Doc. 50, t. II, pág. 223; doc. 51, págs. 20, 223.

rita»; y argüía muy razonablemente, en contra de tal gestión que «puede haber combates y aun sangrientos por las elecciones, que no pueden ser hechas sino por los soldados, oficiales y jefes del ejército, pues no hay más hombres libres que los militares». Contesta Briceño desde Upata (16 junio 1817), y su actitud es la de un hombre que opina que debiera existir un gobierno civil pero que sabe perfectamente que a Bolívar le repugna la idea: «Según estoy informado por el General Piar no se ha tratado de erección de nuevo gobierno, o a lo menos no ha llegado a su noticia. Lo que se intenta no es crear, es reformar el que hay [quiere decir, no el de Cortés Madariaga sino el efectivo, que era el de Bolívar]; y hablando en términos propios, ayudar a Vd. en el gobierno [...]. Toda la pretensión es dar a Vd. un senado o consejo para que tenga algo de democrática o representativa nuestra forma de gobierno; medida más importante a Vd. que a nadie [...]. Piar dice que es indispensable que haya quien trabaje en lo civil y político mientras que Vd. se ocupa en las atenciones de la guerra.» Explica luego Briceño que nadie ha pensado en nada tumultuario, sino tan sólo en proponer a él, a Bolívar, lo que haya que hacer antes de ejecutarlo. Y añade: «Conozco que aunque no deja de tener sus inconvenientes, tiene también sus ventajas respecto de Vd. y respecto a la República [...]. Prescindiendo del objeto de dar al gobierno una forma republicana, se proponen también sus autores otro no menos interesante [...], ver si se consigue evitar los celos, temores y desconfianzas que desgraciadamente se han sembrado entre los generales y especialmente contra Vd. Dicen que el General Mariño, no temiendo ya el absoluto poder de Vd. entrará de buena fe en su deber, cosa que no es de esperar de otra manera; que los demás jefes, las tropas y los pueblos se aquietarán y fundarán esperanzas de ser libres al ver un cuerpo que representa sus derechos y que garantiza en cierto modo la libertad.» Finalmente, afirma Briceño que desearía excusarse de tener que volver a escribir sobre el asunto y termina: «El general Piar asegura a Vd. su amistad, y le protesta que si ha asentido el proyecto ha sido porque juzga que esta ligera innovación, lejos de alterar sus derechos, realza el brillo de la magistratura que Vd. ejerce» [17].

La respuesta de Bolívar no podía ser más característica. «No creí jamás que fuese Vmd. tan tímido como parece por su carta.

[17] *C. L.*, t. I, págs. 268, 272. Don Vicente Lecuna analiza en las páginas 265-267 el uso y abuso que *J. D. D.* hizo de estas y otras cartas del episodio Piar; pero no es seguro que la primera de las dos cartas esté falseada, y lo esencial de la versión de *J. D. D.* viene confirmado en la respuesta auténtica de Briceño.

No es ciertamente porque Vmd. me tema a mí, porque con bastante libertad me dice Vmd. su opinión; luego es por otro cualquier temor que yo no sé imaginar. Vamos, querido Briceño, tenga Vmd. más confianza en su situación: no se desespere Vmd. por tan poca cosa. Vmd. sin duda se ha imaginado que estamos en una situación como la de Cartagena, Güiria o Carúpano, donde las circunstancias me fueron desfavorables y donde el espíritu de partido triunfó de la justicia y de la patria. Si hasta ahora he sido moderado por prudencia, no lo he sido por debilidad; no crea Vmd. que las intrigas sean tan grandes que nos puedan destruir. Jamás he tenido una situación más feliz a pesar de quien diga lo que quiera. A mi voz obedecen tres mil hombres, que harán lo que mande, defenderán la inocencia, y no permitirán facciones. Créame Vmd., Briceño: Vmd. no debe temer nada. Vmd. no está ni en Constantinopla ni en Haití: aquí no hay tiranos ni anarquía, mientras yo respire con la espada en la mano. Si hasta ahora he sufrido algunos desórdenes no tema Vmd. más, que voy a corregirlos, y respire Vmd. con libertad; hable Vmd. con la misma; obre Vmd. con firmeza y no tema Vmd. más que lo que yo temo a mi querido Briceño.» Todo esto no podía ser más claro. Briceño no hubiera sido capaz de escribir en favor de un Senado y de un gobierno civil si no hubiera temido a alguien. No estamos en Haití (malparada queda la carta en que Bolívar colocaba a Pétion por encima de Washington) y no habrá tiranos mientras Bolívar tenga tres mil hombres que le obedezcan. Ya no tolerará «más desórdenes», es decir va a taparle la boca a toda voz que no tenga tres mil hombres que la obedezcan [18].

La voz más temida era la de Piar, caudillo tan potente como Mariño pero más resuelto y peligroso, por tener más empuje y más don de mando, así como por gozar de gran prestigio entre las gentes de color. Piar había adquirido gran fama con su victoria de San Félix sobre La Torre, a quien había encerrado en Angostura; y se hallaba a la sazón asediando a esta desdichada ciudad y reduciéndola por el hambre en términos de un espanto sólo igualados por las torturas que había pasado Cartagena cercada por Morillo. Cuando llegó La Torre con sus mil quinientos hombres a principios de abril, llevaba ya Angostura dos meses de asedio.

La desastrosa derrota de San Félix privó a la ciudad de toda esperanza de víveres. Los españoles carecían de fuerzas navales mientras que los patriotas con sus fuerzas sutiles y las de los

---

[18] 19 de junio de 1817, desde San Félix, *C. L.*, t. I, pág. 276.

corsarios extranjeros que pululaban por las bocas del Orinoco al señuelo de buenos cargamentos de cacao y de café, les cerraban el suministro por mar. Los sitiados intentaron una salida anfibia sobre el río con doscientos hombres a fin de impedir que los republicanos montaran una batería a cuatro leguas de la ciudad (18 mayo 1817). Al rayar el alba desembarcaron los españoles pasando a cuchillo varios grupos de patriotas que sorprendieron dormidos; pero les cortó el vuelo nutrido fuego que salió de un bosque cercano. El jefe español, Echevarría, estuvo a punto de apoderarse de la persona de Bolívar, que apenas tuvo tiempo para huir precipitadamente abandonando su equipaje, su magnífica mula y su primoroso arnés. Parece que ya tenía desenvainado el cuchillo para degollarse. El Capitán Sevilla le compró el freno a un soldado; un sargento le regaló la silla a Echevarría y las pistolas a La Torre.

Pero este episodio dramático y brillante fue estéril para la ciudad sitiada por el hambre. A mediados de julio era ya desesperada la situación. Los militares, dirigidos por Echevarría, preconizaban una salida cortando a través de los sitiadores, para salvar por lo menos a la fuerza combatiente; pero un anciano del país tomó la palabra: «Señor brigadier —dijo con voz conmovida—, de seis hijos varones casados que tenía han muerto dos, uno de hambre y el otro de bala: los otros cuatro están con el fusil en la mano desde el principio del sitio, defendiendo los derechos del Rey; tengo cuatro hijas, dos casadas y dos solteras, cogiendo yerbas por las calles para mantenerse; ellas, que se criaron en el regalo y en la opulencia; ellas, que tienen un padre rico de oro, pero sin un mendrugo de pan que ofrecerles a ellas ni a mis treinta nietecillos, pedazos del corazón. En caso análogo al mío se hallan todos los padres de familia de Guayana, pobres y ricos, blancos, indios y negros, que la miseria a todos nos niveló. Señor brigadier, ya el cementerio se ha tragado la mitad de los habitantes de Guayana: los que quedan son pocos; si es forzoso abandonar nuestros hogares y caminar errantes en los llanos y, por otra parte, lo haremos gustosos; pero es preciso que vayamos todos juntos: hombres, mujeres y niños, sin distinción entre militares y paisanos.» Pasaron muchos días más; y por fin prevaleció el consejo del anciano criollo. La ciudad en masa —lo que de ella quedaba— emigró río abajo; los más perecieron víctimas ya de las fuerzas navales de Brion, ya de los escollos y de la difícil navegación en aquellas aguas infestadas de tiburones; los que llegaron con La Torre a la Isla de Granada (9 agosto 1817) eran esqueletos apenas capaces de comer, pues se morían al tomar alimento.

Este desastre de las tropas españolas dio a Bolívar un dominio casi completo sobre la Guayana, la mejor base posible para sus operaciones en Venezuela [19].

*

Más de la mitad de las fuerzas de Morillo eran criollas, por haber perdido muchos soldados europeos, no sólo en operaciones sino por las enfermedades del país; y, además, estaba muy a corto de oficiales y clases. Desengañado y pesimista, ahora que ya se daba cuenta de la incapacidad y de la falta de honradez de Moxó, se quejaba constantemente de lo que de él se exigía. En carta a Moxó, rechazando toda responsabilidad por el fracaso de Del Real ante Barcelona, decía: «todos se dirigen a mí. Todos me creen traigo algún poder oculto e irresistible que calme, con sólo la libre voluntad, males tan graves y empeñados». Pero añadía que no era ningún Don Quijote, sino tan sólo un oficial que procuraba cumplir. Este documento está fechado en Calabozo, donde había instalado sus reales. Así como Bolívar se dejaba con frecuencia obcecar por el deseo de apoderarse de Caracas, así Morillo, en esta ocasión, en lugar de concentrar sus fuerzas, si bien algo flojas, todavía considerables, contra Bolívar y Piar yendo a atacarlos en Guayana, se dejó desviar de este rumbo por su obsesión de Margarita y de Arismendi. Le era imposible libertar su ánimo de la imagen del «hipócrita y despreciable Arizmendi», como dice al principio de su Proclama a los margariteños (17 julio 1817) a los tres días de desembarcar en la Isla. Abandonando a La Torre la defensa de Guayana, el General en Jefe acudió, pues, no adonde su cerebro militar mandaba, sino adonde su corazón lastimado le dirigía [20].

El 13 de mayo de 1817 se reunió en El Chaparro con las fuerzas de Aldama. Ya había recibido también en Cumaná refuerzos de España al mando del General Canterac: tres batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y una compañía de artillería. Todo se lo llevó a Margarita, para donde zarpó el 13 de julio; desembarcando el 15 en Punta de Mangles. No fue fácil la operación, y Morillo en persona tuvo que ponerse al frente de un batallón. En su informe a Madrid pone de relieve las defensas naturales de la Isla, pero también elogia

---

19 *Sevilla,* págs. 163 y sigs.
20 Enrile al Ministro de Guerra, 19 de junio de 1817: *Villa,* t. III, páginas 296-300, 303.
Morillo a Moxó, Calabozo, 15 de marzo de 1817, doc. 605, pág. 289; Proclama, doc. 610, págs. 332-334.

caballerescamente la bravura de sus defensores. El 17 lanzó su proclama ofreciendo completo perdón «si os sometéis desde luego; si a pesar de este paso, que doy en obsequio de la humanidad y como una consecuencia de los principios que siempre han dirigido mi conducta, os empeñáis en vuestra rebeldía [...], marcharé sobre vosotros con las fuerzas respetables que están a mis órdenes: la desolación y el terror irán delante de ellas, y si los traidores de Barcelona acabaron con su mísera existencia, en esta Isla desleal no quedarán ni las cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes que despreciaron la piedad del Soberano y se empeñaron en su exterminio». El 20 de julio de 1817 desembarcó la división de Aldama. Los realistas tomaron a Pampátar el 24 de julio. Morillo escribió a Jiménez, a quien había dejado sobre Güiria, que acudiera con su batallón y «el mayor número posible de la gente del país». El 31, intentó tomar la capital, Asunción, pero sin éxito. El 1 de agosto se apoderó de Juan Griego, puerto importante; pero recibió entonces noticias de que estaba perdida Guayana y amenazada Caracas; lo que le decidió a evacuar a Margarita, es decir, a hacer demasiado tarde lo que debió haber hecho al principio. El 19 de agosto de 1817 llegó a Cumaná. Nada de lo que vio en las provincias orientales hubiera podido aliviarle el mal humor y los pensamientos sombríos. Organizó la defensa local lo mejor que pudo con los escasos medios a su alcance, y en septiembre estaba ya de vuelta en Caracas con más de setecientos heridos y enfermos. Moxó, abandonando su puesto, se había ido a España, bien provisto de fondos mal adquiridos [21].

Dueño ya del Orinoco, Bolívar se sintió lo bastante fuerte para volverse contra Piar. No había perdido de vista las actividades del osado y ambicioso mulato; y en particular venía observando sus constantes rencillas con el Sacerdote-Coronel José Félix Blanco que mandaba y administraba las ricas Misiones del Caroní, otrora pertenecientes a los capuchinos asesinados por Lara. De esta época hay cartas de Bolívar a Blanco aconsejándole paciencia. Piar estaba inquieto. Bolívar le escribió cartas afectuosas (14-19 julio 1817), procurando calmar las sospechas que Piar abrigaba contra todos y cada uno; y negándose, en la segunda, en términos de gran paciencia y amistad, a aceptar la dimisión del mulato. Los sucesos ulteriores no empecen que Bolívar hizo lo que pudo, y al parecer con la mayor sinceridad, para retener a su servicio a Piar, desde

---

21 *O'L.*, t. I, pág. 495; doc. 610, págs. 333, 334; doc. 632, pág. 399. *Villa*, t. III; *O'L.*, t. I, pág. 499; *Villa*, t. III, doc. 638, pág. 417; doc. 639, página 418; doc. 641, pág. 430.

luego como su subordinado. Pero Piar insistió en marcharse y pidió pasaporte para el extranjero. Le fue concedido el 30 de junio, pero no se marchó, dando que sospechar con sus andanzas. Bolívar dio instrucciones a Bermúdez para que convocara a Piar al Cuartel General, y, si se negaba a venir, lo arrestara (23 julio 1817). Piar se negó, al parecer, por no fiarse de las intenciones de Bolívar; y, por último, Cedeño, su propio lugarteniente, le dio alcance en Aragua, neutralizó la escolta de caballería de Piar ganándose a su Comandante, y se lo trajo preso y desarmado a Angostura, donde llegó el 3 de octubre. Bolívar comenzó por convocar una reunión de oficiales adictos para estar más seguro del terreno que pisaba, y el caudillo caído, abandonado por sus amigos, fue condenado a muerte por un Consejo de Guerra presidido por Brion. El 16 de octubre de 1817 cayó ejecutado en la plaza mayor de Angostura a la edad de treinta y cinco años [22].

Las lágrimas de Bolívar fueron insinceras. El Consejo de Guerra fue una parodia de justicia, ya que uno de los cargos, el de deserción, basta para desvirtuar todos los demás, que apenas si tienen mayor fundamento. Por otra parte, la ejecución de Piar fue fructuosa como un acto de fuerza en un país en donde ya sólo la fuerza podía imponer la autoridad. Fue acción pretoriana en una sociedad pretoriana. Así lo ilustra el decreto promulgado por Bolívar diez días antes de la ejecución, distribuyendo a los oficiales del ejército los bienes de los españoles y de los criollos realistas expropiados por decreto del 3 de septiembre, a razón de 25.000 pesos al General en Jefe, 20.000 al General de División, 15.000 al Teniente Coronel, y así en escala descendente hasta el soldado raso, que recibía 500. Bolívar escribió a Páez (4 noviembre 1817): «Hágalo U. S. publicar en el ejército de su mando con toda la solemnidad de un bando nacional.» Y el 20 de octubre de 1817 explicaba en una proclama que «es imposible establecer por ahora un buen gobierno representativo y una constitución eminentemente liberal, a cuyo objeto se dirigen todos mis esfuerzos y los votos más ardientes de mi corazón», hecho lo cual organizó en Angostura un Consejo de Estado, esta vez rigurosamente limitado a sus secuaces [23].

*

A fines de 1817 la situación de Venezuela presentaba cierta simetría. El oeste era leal o servil; el este, rebelde o patriota.

---

[22] *C. L.*, t. I, págs. 269, 279. Cartas a Blanco, t. I, pág. 275.
[23] *Sañudo*, pág. 60; *Restrepo*, t. II, pág. 426; *Yanes*, t. II, pág. 30.

Morillo tenía la retaguardia protegida por el Reino de Nueva Granada, reducido a la obediencia; Bolívar apoyaba la suya en la base incomparable de Guayana y en las bocas del Orinoco, contando además con el mar gracias a Brion y a la simpatía abierta u oculta de la Marina británica. Las fuerzas militares de ambas partes no pasaban de medianas. La travesía de los Andes había debilitado las tropas de Morillo; de veteranos, sólo contaba con la división de Aldama. Morillo no hacía más que quejarse a Madrid de que en Nueva Granada no tenía más que una guarnición de criollos con un puñado de oficiales y sargentos europeos; mientras que en Venezuela carecía de jefes: La Torre se hallaba gravemente herido; Aldama y Warleta, enfermos de escorbuto; Calzada no pasaba de ser un mero guerrillero, y los dos únicos coroneles de carrera que tenía estaban heridos; había demasiados oficiales improvisados e incompetentes creados a troche y moche por «cada jefe erigido en un pequeño soberano»; no había víveres, se iban agotando los almacenes y el Virrey de Nueva Granada, que le era hostil, no cooperaba como debía. A mediados de noviembre, sus tropas se hallaban dispuestas del modo siguiente: la columna de Jiménez recorría las costas de Cumaná, con unos batallones locales de escasa artillería y caballería de guarnición en Cumaná y en Barcelona; había en Caracas y en La Guaira pequeñas guarniciones de infantería; los fugitivos de Guayana, con alguna artillería, defendían a Puerto Cabello; y en cuanto a los valles de Aragua y a la ciudad de Valencia, sólo contaban con las milicias locales. Las divisiones de combate (desde luego, término militar entonces de sentido más restringido que hoy) se encontraban: la primera, al mando de La Torre, cubriendo la línea de El Sombrero a el Calvario; la segunda, extendida desde Caracas a Valencia; la cuarta, bajo Aldama, en Nutrias; y, la quinta, que mandaba Calzada, en Camaguán [24].

Parece que Bolívar abrigó por entonces esperanzas de infligir a Morillo una derrota definitiva. Su idea era asegurar a Guayana con las fuerzas de Bermúdez (o sea las antes mandadas por Mariño y compuestas sobre todo de esclavos de las grandes haciendas, libertados y alistados; y, reuniendo todas las demás tropas de que disponía, ir a encontrarse con Páez, que seguía campeando por el Valle del Apure, atraérselo de una vez, y caer sobre los españoles todos a una. Había promulgado una llamada ley marcial —en realidad, una ley de servicio obligatorio para todos los varones entre catorce y setenta años de edad— y en todas las cartas que por entonces escribió a sus lugartenientes

---

[24] *Villa*, t. I, págs. 302, 303, 310, 311, 333; *O.'L.*, t. I, pág. 507.

expresaba las esperanzas más risueñas sobre los frutos que había de dar esta medida. Pero ¿con cuánta gente contaba? La respuesta depende de la persona a quien escribe; porque para Bolívar la verdad no pasaba de ser una herramienta para usada de tal o cual modo, o para tirada por inútil, según la tarea. Escribía a Bermúdez (27 diciembre 1817) que comenzaría con 6.000 hombres; al día siguiente le escribe a Zaraza que su tropa «consta de más de 4.000 hombres» (con lo que desde luego quizá quiera indicar que, añadidos los de Zaraza, llegarían a 6.000, lo que sin duda halagaría a Zaraza, que sabía muy bien los que él tenía). El 30 de diciembre de 1817 Bolívar recibió la nueva de la derrota de Zaraza en La Hogaza, pero, sin dejarse amilanar, ratificó su decisión de salir para el Apure aquel mismo día, en el cual escribe a su agente en Londres, López Méndez, que se pone en marcha con 6.000 hombres «perfectamente equipados». O'Leary, que sin duda sabía a qué atenerse, escribe: «La fuerza que Bolívar conducía montaba a cerca de 3.000 hombres, de los cuales 2.000 infantes; la caballería estaba armada de lanza, y de la infantería sólo 1.400 con fusiles y el resto con flechas.» Pero aun así no iba mal armado, puesto que la división de Páez no pasaba de 1.000 jinetes y 250 infantes, y era a Páez al que primero tenía que conquistar [25].

He aquí cómo describe O'Leary a Páez: «Era de mediana estatura, robusto y bien formado, aunque la parte inferior de su cuerpo no guardaba proporción con el busto; pecho y hombros muy anchos, cuello corto y grueso que sostenía una cabeza abultada, cubierta de pelo castaño oscuro, corto y rizado; ojos pardos que no carecían de viveza; nariz recta con anchas ventanas, labios gruesos y barba redonda. Su cutis clara indicaba salud, y habría sido muy blanca sin los efectos del sol. La cautela y la desconfianza eran los rasgos distintivos de su fisonomía. Hijo de padres de condición humilde en la sociedad, no debía nada a la educación. Enteramente iliterato, ignoraba la teoría de la profesión que tanto había practicado y desconocía hasta los más sencillos términos técnicos del arte; la menor contradicción o emoción le producían fuertes convulsiones que le privaban de sentido por el momento [...]. Como jefe de guerrilla era sin igual. Arrojado, activo, valiente, fecundo en ardides, pronto en concebir, resuelto en ejecutar y rápido en sus movimientos era tanto más temible cuanto menor la fuerza que mandaba. Sin método, sin conocimientos, sin valor moral, era

---

[25] *O'L.*, t. I, pág. 528; t. XV, pág. 352, doc. 535; *Villa*, t. I, pág. 313; *O'L.*, t. XV, docs. 337, 341, 348, 352, págs. 56, 337, 524, 531, 534; *O'L.*, tomo I pág. 531.

nulo en política. Sin ser cruel, no economizaba la sangre, y se le ha visto derramarla en ocasiones en que la humanidad, el patriotismo y la política aconsejaban ahorrarla. Su ambición era desmedida. Esta ambición y la codicia eran sus pasiones dominantes. Logró adquirir sobre los llaneros un influjo extraordinario tolerando su propensión al botín y relajando la disciplina militar»[26].

Pretende Páez en sus Memorias que si Bolívar logró llegar desde Guayana hasta El Apure sin ningún percance fue porque la estrategia suya, la de Páez, obligó a Morillo y a Aldama a permanecer en alerta y finalmente a retirarse hacia Calabozo. En cuanto supo que Bolívar se hallaba a cuatro leguas, en el hato de Cañafístola, se puso en marcha para salir a su encuentro. Al divisarse echaron ambos pie a tierra y se abrazaron, poniéndose al instante a debatir sobre la campaña. El primer obstáculo era la travesía del Apure, careciendo de embarcaciones, y estando las del enemigo guardando el único lugar por donde podía pasarse el río sin riesgo del cañón de la plaza. «Yo le animaba a que se pusiera en marcha —escribe Páez— asegurándole que le daría las embarcaciones necesarias. Él me preguntaba: "Pero, hombre, ¿dónde las tiene Ud.?" Yo le contesté que las había en el paso del río para oponérsenos. "¿Y de qué manera podemos apoderarnos de ellas?" "Con Caballería." "¿Dónde está esa caballería de agua —me preguntó él—, porque con la de tierra no se puede hacer tal milagro?".» Bolívar, incrédulo, siguió cabalgando hacia el río. Páez eligió cincuenta de los suyos y se acercó al río «con las cinchas sueltas y las gruperas quitadas para rodar las sillas al suelo sin necesidad de apearnos del caballo». Al llegar a la orilla se volvió a sus hombres y les dijo: «Hay que tomar esas flecheras o morir. Los que quieran, que sigan al Tío.» (Así llamaban los llaneros a Páez.) Con la lanza en la boca se echaron al agua, infestada de caimanes, y capturaron catorce flecheras bajo el fuego de los españoles. «Asombrado, Bolívar dijo que si él no lo hubiera presenciado, nadie habría podido hacérselo creer.» Para Páez, Bolívar era el General de Gabinete, en contraposición al guerrillero como él. Pero Bolívar sabía demasiado lo que a él mismo le faltaba para ser un estratega, y se daba cuenta de que él también era ante todo un guerrillero afortunado, y, por lo tanto, tenía que admirar aquella faena de su rival con ojos de maestro. Páez era, pues, hombre capaz de mandar, retener y recompensar a sus hombres; un hombre que el día de mañana sería quizá capaz de derrotarle a él en la lucha por el poder

---

26 *Boussingault*, t. II, págs. 67-70; *O'L.*, t. I, pág. 530.

político con armas pretorianas. Si, al ver a Páez llevar a su gente al asalto de las flecheras, Bolívar dejó vagar su imaginación hasta vislumbrar tales perspectivas, y si a la tinta de sus ojos asomaron ensueños y premoniciones de dolor, derrota, destierro y muerte, fue aquel día profética su alma [27].

En cuanto se hubo enterado de la conjunción de Páez con Bolívar, Morillo, que se hallaba en San Carlos, se pasó a Calabozo, en donde, el mismo día de su llegada (12 febrero 1818), le atacó Bolívar al frente de 4.100 hombres, de ellos 2.500 jinetes. Morillo contaba apenas con 2.000 hombres; pero ganó la primera batalla obligando a Bolívar a renunciar a la toma de Calabozo; a pesar de lo cual Bolívar estaba seguro de su victoria —o por lo menos lo parecía—. En la mañana del 13 mandó a Morillo una nota típica: «Nuestra humanidad contra toda justicia ha suspendido muchas veces la sanguinaria guerra a muerte que los españoles nos hacen. Por última vez ofrezco la cesación de tan horrible calamidad y empiezo mi oferta por devolver todos los prisioneros que hemos tomado ayer en el campo de batalla. ¡Que ese ejemplo de generosidad sea el mayor ultraje de nuestros enemigos! Ud. y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores, y así ninguna esperanza fundada puede lisonjear a sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela, y al mismo Fernando VII perdonaría si estuviese como Ud. reducido a Calabozo. Aproveche Ud. nuestra clemencia o resuélvase a seguir la suerte de su destruido ejército.» Morillo no contestó a esta nota; pero en su informe al Ministro de la Guerra (Villa del Cura, 26 febrero 1818) completa el cuento: «No devolvió más que tres prisioneros de los que cita, y eran de los asistentes, que estaban forrajeando, habiendo pasado a cuchillo toda la compañía de cazadores de Navarra que fue rodeada en la misión.» Morillo había decidido ya evacuar a Calabozo, donde Bolívar lo creía encerrado, y logró hacerlo a pesar de la vigilancia de su rival, porque los oficiales encargados de ejercerla se distrajeron al señuelo de fructuoso botín. Morillo salió de la ciudad durante la noche del 14 con largo tren de impedimenta. «Todos los heridos, enfermos, ambulancias y equipajes del ejército me seguían con la emigración de habitantes fieles que se acogieron a la protección de las tropas de S. M.» Iba siguiendo la orilla del río Guárico hacia El Sombrero. Los patriotas lanzaron su caballería para cortarle la retirada, y al fracasar en su primer encuentro enviaron también infantería, para tratar de desalojarlo de sus posicio-

---

[27] *Páez*, págs. 169, 172; *O. C. N.*, t. II, pág. 177.

nes; pero derrotados los patriotas en El Sombrero (17 febrero 1818), los realistas llegaron sin más incidentes a Villa del Cura el 23. Bolívar ocupó El Sombrero el 27 por la noche, dando órdenes que a la vez lo exculpan y lo inculpan: «La política —dice en un oficio al Coronel Rangel— de acuerdo con la humanidad, me ha movido a suspender la ejecución de la Guerra a Muerte. Es preciso, pues, que U. S. haga respetar y cumplir en las tropas de su mando esta providencia, impidiendo que se mate a los prisioneros que U. S. tome, bien sean criollos o españoles» [28].

Si hubiera sido Bolívar de hecho lo que era en el papel, el Jefe Supremo de la República de Venezuela, habría sentado sus reales en la ciudad de Ortiz, «en la raya del territorio enemigo, que amenazaba a la vez el occidente por San Carlos, y a Valencia y Caracas por los valles de Aragua». Su corazón seguía sometido al imán de Caracas, su ciudad natal, mientras que su instinto militar apuntaba al lugar ocupado por su adversario. Al enterarse de la evacuación de Calabozo, la ciudad de Caracas, muy realista todavía, huyó en masa a La Guaira, por haber informado La Torre a las autoridades de la ciudad que sería muy posible que se perdiese. Por una vez los deseos del corazón y las decisiones del cerebro pudieran haberse armonizado en Bolívar. Ante esta situación, envió a su Jefe de Estado Mayor, Soublette, para que explicara su plan a Cedeño y a Páez. Pero Páez no era ningún mantuano; era un llanero. A los argumentos de Bolívar opuso una terca negativa. Él se quedaría en los aledaños de su río natal, a orillas del Apure; y justificaba esta preferencia primaria con argumentos seudomilitares en favor de Calabozo, apoyándolos en las ventajas de una operación definitiva para tomar a San Fernando. Esta obsesión de San Fernando, según lo iban a probar pronto los sucesos, se debía a las perspectivas de un fructuoso saqueo. Páez, Cedeño y Rangel fueron a ver a Bolívar (21 febrero 1818), trayéndose cada uno su caballería (sin órdenes ni conocimiento del Jefe Supremo), que dejaron a distancia conveniente del Cuartel General. A las cuatro de la tarde Bolívar y sus tres generales iniciaron el movimiento de retirada hacia Calabozo. Al Mando Supremo le habían mandado que se pusiera en marcha hacia donde no quería marchar. Páez, Cedeño y Rangel eran tres caudillos dispuestos a asaltar el poder y la fortuna. Bolívar, que había desafiado el poder de España, tenía que habérselas ahora con docenas de pequeñas Españas a caballo, arena de conquistadores. ¿Qué era Bolívar además sino una ver-

---

[28] *Villa*, t. I, pág. 335; *O'L.*, t. I, págs. 537, 542, doc. 671; *Villa*, t. III, página 514.

sión más inteligente, refinada y elevada de Páez? Tuvo que inclinarse ante lo inevitable; pero jamás perdonó a Páez este incidente. Escribió a Brion desde San Fernando (15 mayo 1818): «La acción del 12 de febrero nos entregó a Venezuela y al ejército español, mas nosotros no hemos sabido aprovechar la fortuna que de todos modos se nos ha presentado.» Exageraba, desde luego, de un modo extravagante las posibilidades perdidas, pero no cabe duda de la persona sobre quien a su juicio recaía la responsabilidad: «Lo que más ha contribuido a prolongar esta campaña —escribe a Brion— ha sido la temeraria resistencia de San Fernando, y el empeño del General Páez en tomar esta plaza, que siempre se habría rendido con el simple bloqueo que se le había puesto desde mi llegada aquí.» El ejército se hallaba en un estado deplorable; no había fusiles y las deserciones eran numerosas. «El ejército está casi disuelto —escribía Bolívar a Páez—; toda la brigada del Coronel Genaro Vázquez ha desertado anoche, de modo que apenas le quedan cien hombres. La división del señor general Cedeño ha empezado también a desertarse, y anoche mismo se han ido algunos del general Monagas. Es imposible mandarlos perseguir cuando no tengo confianza en los que quedan, que probablemente les seguirán, ni hallo otro medio para contenerlos que la aprehensión y castigo de los que se han ido. Ellos no pueden llevar otro camino que el de San Fernando, y seguramente o van a presentarse a U. S. o siguen para sus casas. De todos modos U. S. puede aprehenderlos y remitirlos al Ejército para que sean juzgados y castigados ejemplarmente.» Bien clara está la confesión de que los soldados preferían irse con Páez, que era un llanero como ellos, a quedarse con Bolívar; el cual sigue diciendo: «Por las noticias que he recibido de Ortiz y de La Guadarrama, las circunstancias nos favorecen para obrar. Yo estoy resuelto a aprovechar los momentos; pero como nada puedo hacer sin las tropas de caballería, es necesario que a la mayor brevedad me remita U. S., además de los escuadrones que me ofreció, los de Guayaval y Camaguán [...]. Nada puedo hacer sin U. S.» [29].

Incapaz de resistir el señuelo de Caracas, Bolívar avanzó hacia San Pablo con las fuerzas que pudo reunir sin esperar los escuadrones de Páez (3 marzo 1818). El 11, reforzado su ejército con la caballería de Monagas, entró en Villa del Cura. Morillo se hallaba en Valencia; La Torre en la posición de Las

---

[29] *O'L.*, t. I, pág. 543. Level de Goda en *B. A. N. H. V.*, núm. 59, página 191. Bolívar a Brion: *C. L.*, t. II, pág. 8; a Páez: *O'L.*, t. I, página 546.

Cocuizas. cortando el camino hacia Caracas. Dejando a Monagas en Maracay, Bolívar siguió camino para desalojar a La Torre. Con sólo la noticia de que se acercaba Bolívar, presa de pánico, huyó la capital. Feliciano, su pariente y sucesor al mando de las tropas de Cartagena en 1815, escribía: «En muy pocas horas, y como por un movimiento eléctrico, la población de la capital, en masa, se arrojó sobre las playas de La Guayra: casi todos los hombres y mujeres de todas edades y clase abandonaron su patria, sus bienes, su descanso, por huir de esa detestable República, y buscar el gobierno de su Rey. Todos los pueblos adonde llegó la terrible noticia abandonaron también sus habitaciones para ocultarse en los montes.» Entretanto los realistas seguían avanzando a ambos lados de la laguna. Los adversarios se encontraron (16 marzo 1818) en la llanura ondulada que riega el riachuelo Semen, cerca del desfiladero de La Puerta, donde tantas batallas se habían librado ya. Pudo haber sido aquel día para Bolívar un día de victoria, porque las tropas de Morales no eran lo bastante fuertes; pero en el momento decisivo llegó Morillo con refuerzos que causaron gran desorden entre los republicanos, sobre todo cuando el propio Morillo, estimando que la ocasión lo exigía, dirigió en persona una carga de caballería que puso en fuga a las tropas republicanas, a costa de una herida grave. Bolívar, que luchó tenazmente por detener la desbandada, perdió ochocientos muertos, cuatrocientos prisioneros y todos sus papeles [30].

Quedó al mando de las tropas el General La Torre, el cual, dejando en San Juan de los Morros una columna, se puso a perseguir a Bolívar; pero enterado poco más allá de Ortiz de que Bolívar y Páez se preparaban a la resistencia se atrincheró con sus tropas. Bolívar, ya en San Pablo, envió a sus lugartenientes a reclutar gente, y a Soublette a Guayana en busca de armas y pertrechos. A fines de mes se pasó a Calabozo y el 16 se hallaba en el hato del Rincón de los Toros, a poca distancia de San José. Allí fue donde por poco pierde la libertad y aun la vida a manos de una patrulla mandada por el Capitán Renovales, que se acercó durante la noche mientras Bolívar dormía al abrigo de una mata echado en su hamaca. Los españoles se encontraron con Santander, a la sazón en funciones de Jefe de Estado Mayor de Bolívar por ausencia de Soublette. Al *quién vive* de Santander, Renovales contestó con el santo y seña que sabía por un desertor, añadiendo: «una patrulla que busca al Jefe Supremo». Santander, dirigiéndose hacia la mata, llamó dos veces: «¡Mi general!» Bolívar como por instinto se

30 *O'L.*, vol. I, pág. 549; *Sañudo*, pág. 64; *Villa*, t. I, págs. 345 y sigs.

tiró de la hamaca y sin contestar se dirigió a su caballo y, cuando iba a montar, desgarró el aire una descarga que dejó muerto al Capellán y a dos coroneles. Y sigue contando O'Leary a su manera este curioso episodio; pero vale más atenerse a Mosquera: «Iba a montar el Libertador. Se espanta la mula por los tiros y echa a correr. Entra una gran confusión en el campamento. Llama el Libertador al capitán Serrada para que le dé las ancas de su caballo y sigue este oficial haciéndose el desconocido, diciéndole: "Mi caballo no resiste dos jinetes." Pasaba luego un sargento Martínez montado en una yegua, y le pidió lo mismo: "el anca para salvarse". Le cede la yegua Martínez.» El Libertador se iba perdido hacia el lugar que juzgaba poder tomar un camino para Calabozo, en donde Cedeño podía protegerlo. La yegua desfallece y cae. «No creyó el general Bolívar que podía salvarse sino quitándose el dormán encarnado y lleno de cordones de oro y el gorro de cuartel porque los enemigos que lo perseguían lo verían desde una gran distancia; arrojó uno y otro a un bosquecillo y siguió por otro más áspero a atravesarlo.» Así siguió huyendo y al salir a una llanura los coroneles Infante y Rendón le ofrecieron un caballo rucio con una buena montura que trotaba sin jinete. «A tan extraño accidente y viendo el Libertador que el caballo que se le ofrecía era mejor que los que montaban los coroneles Rendón e Infante sospecha que Rendón había seducido a Infante y lo perseguían para tomarlo preso y llevarle a López.» Deshecho el embrollo, Bolívar consiguió al fin descansar, descubriendo a la mañana siguiente que el caballo rucio era el del Coronel López que había sido muerto por un soldado durante la persecución de los fugitivos. Sobre esta montura consiguió al fin llegar a Calabozo el 18 de abril. Después de varios movimientos en busca de Páez, siempre indisciplinado, se retiró a San Fernando el 3 de mayo. El 2 de mayo había sido derrotado Páez en Cojedes, terminando así esta malhadada campaña [31].

---

[31] *Mosquera*, págs. 283 y sigs.

Capítulo XXIX

LOS AUXILIARES BRITÁNICOS

En su informe sobre la batalla del Semen dice Morillo que «entre los muertos insurgentes hay más de cuarenta oficiales, de los cuales diez ingleses al servicios de ellos». ¿De dónde salen estos ingleses? La guerra había despoblado a Venezuela, ya que se hacía sobre todo con personal venezolano. «Esta campaña está casi decidida a nuestro favor —escribía Bolívar a Brion (15 mayo 1818)— porque hemos destruido cinco a seis mil hombres de tropas españolas, la mayor parte europeas. Hemos dado siete combates, de los cuales cinco muy sangrientos en que la pérdida de hombres ha sido muy superior por parte de los enemigos. Los regimientos españoles han quedado reducidos a simples esqueletos, los que no han sido enteramente aniquilados. Yo calculo que no hay cuatro o cinco mil españoles en Venezuela, y que apenas tienen otros tantos criollos en su servicio: ellos no tienen ni caballos ni caballería; pero su infantería es excelentísima, y en las montañas que rodean a Caracas es invencible con su resistencia a nuestra caballería porque ya no tenemos más que quinientos hombres de infantería, que es la que ha padecido en todos los combates que hemos sufrido, tanto vencedores como vencidos. Los españoles no pueden ir a los Llanos sin el riesgo de volver escarmentados y con la mitad menos de su tropa. Pero tampoco nosotros podemos entrar a Caracas si no aumentamos nuestra infantería muy considerablemente.» Con ser, pues, armas y pertrechos esenciales, lo eran todavía más los hombres. Ahora bien, aunque Bolívar había puesto en juego todos los incentivos, desde la amnistía hasta la fuerza, para reclutar tropas, la cosecha había sido floja. El valle del Guárico era realista hasta la medula; y aunque había entre los caudillos menores alguno siempre dispuesto a cambiar

de casaca al menor capricho del viento de la fortuna militar, la mayoría seguía fiel a España. «Su fidelidad a España —escribe un historiador venezolano— la justificaba la opinión de los pueblos. A la entrada de los patriotas en éstos, muchas familias, si no todas, se iban a los montes.» Bolívar había dado órdenes de que se respetase la población y de que se incitara a todos a volver a sus hogares; y el 17 de febrero de 1818 ordenaba a Rangel «prohibir los robos, violencias, vejaciones y todo exceso que pueda concitarnos el odio de los pueblos»; y suspender la guerra a muerte. Pero la gente no se fiaba de sus libertadores, y la misma autoridad venezolana escribe: «Mientras los patriotas estuvieron en el Rastro, los de este pueblo se mantuvieron en los campos. Cierto que muchos huían de los robos y atropellos, pero influía en su actitud la enemistad política» [1].

Morillo a su vez no hacía más que pedir refuerzos que nunca llegaban. No tenía soldados ni clases ni oficiales ni generales. Con todo, es probable que la situación hubiera terminado por favorecer la causa real; pero surgió un elemento nuevo que vino a favorecer a los patriotas. Castelreagh había mantenido en toda su rigidez la política oficial de Inglaterra contra toda intervención armada, salvo la española, en las luchas de Hispano-América; y una Orden del Regente (27 noviembre 1817) prohibía a los súbditos británicos tomar parte en la guerra entre España y sus rebeldes de ultramar. Entre la política oficial y la actitud oficiosa del Gobierno británico mediaba tal distancia que en la práctica no sólo se toleraba sino que se ayudaba a los agentes hispanoamericanos en Londres en su labor de recluta de voluntarios. Sabemos por las Memorias de Hippisley que el estímulo inicial que le llevó a entregarse con entusiasmo a su función de «Coronel» reclutador para Bolívar le vino precisamente de «un amigo a quien varios señores del mundo mercantil habían expresado su plena convicción del éxito que aguardaba a los Independientes de Sudamérica con tal de que los ayudaran oficiales y soldados de la Gran Bretaña»; y añade: «Con esta resolución y el beneplácito de mi amigo (cuyo alto rango en el ejército británico y cuya experiencia en materia militar eran tan distinguidos como su nombre era respetado, amado y exaltado), me presenté» al agente de Venezuela López Méndez. Poco tardó Hippisley en meterse de hoz y de coz en las múltiples tareas de equipar y organizar su regimiento, en competencia con otros rivales para procurarse uniformes y arneses de caballería; y a su debido tiempo en el re-

---

[1] *Villa*, t. I, pág. 347; *C. L.*, t. II, pág. 7. Lecuna en *B. A. N. H. V.*, tomo 84, pág. 387.

lato surgen estas palabras significativas: «Durante la publicidad ocasionada por la formación de estos diversos cuerpos y la exposición pública de su vestuario, equipos, arneses para oficiales y clases, a todo día y hora visibles en los escaparates de los diversos proveedores, no se produjo la menor intervención por parte del gobierno británico; y todos los interesados abrigaban la convicción de que el Ministerio no lo veía con malos ojos, sino que consentía a la tácita todas aquellas actividades en pro de la independencia de la América española. Aun en los casos en que se hizo pregunta expresa a algunos señores que ocupaban puestos de confianza en las altas esferas del Estado, se contestó "no perdáis tiempo en preparativos y arreglos. Evitad en lo posible demasiada notoriedad. Hablad poco en público. No hagáis bullicio innecesario para completar los equipos y embarcar a los oficiales y a los hombres. Y sobre todo, apresuraos a salir de Inglaterra con toda la celeridad que podáis". Así hablaron, ..., y...» [2]

Nada más divertido que las páginas en las que con deliciosa insularidad trata Hippisley de organizar un regimiento británico con su espíritu colectivo, sus modales, su cuarto de banderas, sus tradiciones, para ir a servir en circunstancias tan antípodas de las inglesas. Sus uniformes de gala y de diario, sus magníficas sillas de montar y correaje, sus armas y bagajes a todo lujo para servir junto a llaneros hechos a montar a lomo y casi tan desnudos como sus caballos, a bregar con lanza, a comer carne asada sin sal y a dormir en el suelo, serían cómicos si sus hazañas no los hubieran transfigurado hasta la tragedia y el heroísmo. «El regimiento de tiradores del coronel Campbell —escribe Hippisley— o al menos los oficiales del regimiento, se habían hecho muy conspicuos. Adondequiera que uno fuese, allí se los encontraba uno, muy observados [...], dando pábulo a la mayor publicidad con sus cenas regimentales y otras fiestas en la capital o cerca; la presencia de estos caballeros de uniforme en los lugares públicos de diversión, y, por último, la excelencia de su banda de música, que iba a tocar dondequiera que los oficiales cenaban juntos, eran temas de general conversación.» En cuanto al regimiento del propio Hippisley, había decidido ofrecer una colación fría al propio López Méndez, a quien los oficiales aún no conocían. «Mr. Mackintosh, el sillero, nos había ofrecido su salón para la recepción de los

[2] *Webster,* t. I, pág. 14, y documentos. Castelreagh, 28 de agosto de 1817, en respuesta a intrigas rusas; Inglaterra se opone a todo uso de fuerza menos por parte de España e insiste en que la mediación sea en Londres.
O'L., t. I, pág. 585; *Hippisley,* págs. 1, 3, 24.

oficiales del regimiento número 1 de húsares venezolanos [...]. Los oficiales tenían instrucciones de reunirse en el salón un cuarto de hora antes del momento en que se esperaba a Don Méndez, para que hubiera tiempo a colocarlos en círculo por orden de antigüedad [...]. Mientras aguardaban con la mayor expectación la llegada del general (como muchos oficiales habían oído llamar a Dn. Méndez y creían que era) se abrió la puerta y con aparente solemnidad entró un negro ya anciano, con la cabeza bien empolvada, y ostentando rico uniforme pardo con solapas, cuello y puños escarlata. El círculo entero de los oficiales se puso en pie espontáneamente con regularidad y precisión; y después de una graciosa inclinación de cabeza, en perfecto acuerdo de tiempo y movimiento, todo el círculo permaneció firme para recibir al personaje uniformado; el cual, atónito ante aquella recepción, se detuvo, no sin dos o tres saludos gentiles para cumplimentar a todo el círculo. No sé lo que hubiera durado el equívoco, si al rehacerme de mi primera sorpresa no me hubiese agitado en convulsiones de risa tales que no me permitieron hablar, aliviando el estado suspenso en que todos se hallaban, al decirles que el personaje que habían tomado por el general, o Don Méndez, era el negro Jorge, criado fiel de un caballero que nos había prestado sus servicios para aquel día» [3].

*

La causa principal del éxito de López Méndez en esta recluta de unidades británicas era doble: por un lado la tradición secular en Inglaterra de una Hispano-América, Eldorado cerrado hasta entonces e inaccesible como un Tíbet continental, pero ya, gracias a los patriotas, al alcance de cualquier mano osada; y por el otro, el paro forzoso de muchos militares británicos que determinó el fin de las guerras napoleónicas. Abundaban entonces en el mercado hombres y pertrechos, ocasión que no tardaron en aprovechar aventureros de toda laya. Los hubo que se alistaron u ofrecieron sus servicios en persona; Sir Gregor McGregor, por ejemplo, o el MacDonald que, según Morillo, apareció en la batalla del Semen; otros prefirieron organizarse en unidades, al señuelo de los contratos de López Méndez que les brindaban un grado y un sueldo superiores a los que disfutaban en el servicio activo europeo. A fines de 1817 se hallaba presta a zarpar una expedición de cinco navíos, *Britannia, Emerald, Dawson, Prince* e *Indian,* con oficiales y soldados de cinco regimientos al mando de cinco flamantes coroneles, Gilmore, Hip-

---

[3] *Hippisley,* págs. 24, 31, 32.

pisley, Wilson, Campbell y Skeene. En total, unos ochocientos hombres; pero su equipo era excelente y llevaban buen cargamento de armas y municiones aportado como especulación por unos mercaderes de Londres. Una tormenta se tragó al *Indian* con el Coronel Skeene y su regimiento. Los demás corrieron numerosas aventuras, primero en la Antilla, sueca entonces, de San Bartolomé, luego en Georgetown, de la Isla de Granada, y, por último, en otros puertos más o menos hospitalarios de las Antillas. Mucho vino a entibiar el ingenuo entusiasmo de los voluntarios la noticia de que la guerra tal y como se hacía en Venezuela era harto distinta de la que ellos conocían: trabajos sin fin, guerra a muerte, paga ni por asomo, nada de uniformes. Eldorado iluso. Muchos desertaron; otros se entregaron a duelos y pendencias; otros se enzarzaron en dificultades financieras de toda suerte; y, por último, hasta ciento cincuenta hombres al mando de Hippisley, Wilson, Campbell o Gilmore, llegaron a Guayana durante el segundo trimestre de 1818 [4].

Hippisley, que arribó a San Fernando el 22 de mayo de 1818, dio a sus hombres instrucciones severas que recuerdan la famosa frase atribuida a Wellington al pasar revista a unos refuerzos que le habían enviado a España desde Inglaterra: «¡No sé qué impresión le causarán al enemigo, pero a mí, me aterran!» Hippisley tenía demasiada conciencia de lo que valían sus reclutas, y así les decía en sus órdenes escritas que «todo aquel que sea visto borracho ya esté de servicio o no, será castigado con toda la severidad que permita el código militar de Venezuela». Y añade, no sin aventurarse demasiado: «Bolívar tiene tal odio y antipatía al soldado borracho» *. Hippisley, se enteró en Angostura de que la causa patriota adolecía de pobreza, anarquía e intriga; y se quedó muy impresionado por el aire de derrota y de desastre que se encontró en San Fernando. Sucedió que a su llegada a San Fernando estaba en curso el dramático incidente en que Cedeño, atacado por un tumulto de soldados, sólo se salvó de la muerte por la intervención de Páez; cuadro que nos describe Hippisley con gran viveza: «Seguí una corriente de ociosos a la parte alta de la ciudad, llegando así a la cárcel, donde los amigos habían ido a encontrarse con el fugitivo y le habían ayudado a escaparse de la furia de la soldadesca, aunque una inmensa multitud ha-

---

[4] Lecuna en *B. A. N. H. V.*, núm. 88, págs. 664 y sigs.

* Esto no concuerda con su propia observación de que Tomás Montilla era «gran favorito del general en jefe Bolívar, y tiene unos veintisiete años de edad, es muy gentil de su persona, pero por desgracia, tan dado a la bebida que apenas si se le ha visto acostarse sin estar borracho una sola noche».

bía rodeado la casa y hasta se decía que le estaban cortando las espuelas al general para ejecutarlo después. A los pocos minutos, salía guiado por un oficial que le llevaba de la mano izquierda, como un caballero llevaría a una señora; y en seguida noté con cuánto respeto se miraba a aquel personaje, el cual, poniéndose con frecuencia la mano izquierda sobre el pecho se expresaba en español con gran vehemencia; los espectadores y los soldados se inclinaban con atención y paciencia. Cedeño es un hombre alto y delgado que en aquel momento no tenía nada de general, pues parecía más bien un ladrón o un pillo tomado *in fraganti.* Su compañero y guardián era hombre de unos cinco pies siete pulgadas de alto, más bien entrado en carnes; de cara redonda y rechoncha, tez clara y muy buen aspecto. Vestía casaca azul oscuro, sable y sombrero de picos con escarapela de plata muy grande, por delante, pues llevaba el sombrero, como dicen los marineros, a popa y a proa» [5].

*

Páez era el amo en San Fernando puesto que a él y no a Bolívar obedecían las tropas. El astuto llanero había cultivado los favores de los oficiales ingleses. «He tenido ocasión —le contaba a Hippisley el "Coronel" English— de intimar con tan valiente caudillo y de recibir de él numerosas pruebas de amistad y beneplácito. Entre otros presentes, me ha regalado cuatro caballos de su propia remonta.» El propio Hippisley, todavía en Angostura, había recibido ya una carta de Páez (28 marzo 1818), que prueba cómo madrugaba el caudillo del Apure cuando se trataba de hacer amigos entre los ingleses recién llegados. Hippisley le había mandado «una elegante gorra militar con plumero, unas bridas de regimiento, un par de espuelas fuertes de bronce, etc.»; y había recibido de él «las seguridades más amistosas y bondadosas». En cuanto llegó a San Fernando, se fue a ver a Páez. El llanero recibió al inglés con gran cordialidad instándole a que le escribiera cada tres semanas. «Le pregunté si deseaba que me quedase; a lo que contestó que el jefe no lo permitiría, pues necesitaba a los ingleses para reforzar el ejército que tenía contra Cumaná» [6].

Claro está el diseño. Bolívar, sin ejército en el Apure, intentaba hacerse un ejército en el Bajo Orinoco, con Soublette en Angostura para recibir los cargamentos de armas que Brion andaba pescando en las Antillas, y para reclutar más ingleses,

---

5 *Hippisley,* ap. 12, págs. 387, 585.
6 *Hippisley,* pág. 291; ap. 14, págs. 390, 588.

ya que quedaban muy pocos venezolanos y de ellos los más «pertenecían» a Páez. El titulado Coronel English, ex empleado de la intendencia británica, se había vuelto a Inglaterra (14 mayo 1818) con una misión secreta de Bolívar que Hippisley no tardó en descubrir, reclutar más voluntarios a razón de cincuenta libras por cabeza, más los galones de General de Brigada para él, con el mando de uno de los regimientos; otra persona sin pasado militar había llevado también a Londres análoga misión; en vista de lo cual, Hippisley decidió «intentar por medios análogos recobrar los gastos en que había incurrido». Pronto lo olió Páez, que no tenía pelo de tonto; así que consiguió ganar a su partido al titulado Coronel Henry Wilson, el cual se atrajo al titulado Comandante Trewren, segundo de Hippisley. Habrá que ceder a la pluma del Coronel Hippisley la tarea de retratar a este primer golpe de voluntarios: «El coronel Wilson mandaba sólo un centenar de hombres, la mitad de ellos desertores y amotinados de otro cuerpo; un teniente coronel borracho y licencioso, que no era capaz de mandar "en su lugar descanso" a un batallón; un comandante todavía más borracho, pero aun así, cuando no ebrio, buen soldado; y una caterva de capitanes y subalternos que, excepto dos, jamás habían servido en un regimiento, y de todos los cuales se había reído la caballería de Páez, al verlos manejar el caballo o la espada» [7].

Durante el día 23 de mayo de 1818 comenzó a correr a chorros la bebida entre los soldados ingleses. Hippisley observó lo generosos que eran Wilson y sus oficiales con sus botellas; y al observarlo, Wilson le replicó: «Los hombres de Ud. y los míos andan locos por quedarse aquí, con la esperanza de saqueo, a las órdenes de Páez.» Desde aquel momento, los asuntos de Hippisley fueron de mal en peor. Bolívar le dio sucesivamente órdenes contradictorias: primero de volver a Angostura, luego de desembarcar y considerarse libre de unirse a Páez, luego órdenes verbales de embarcarse para Angostura. «Entretanto, el comandante Trewren y varios oficiales, con el segundo comandante hacía poco nombrado por mí [Ferrier], habían formado a todo el destacamento y, alumbrados por una hoguera grande a orilla del río, estaban arengando a los soldados. Me encontré con que casi todos estaban bebidos, a cuyo delito añadían ahora el de la rebelión abierta. Exigí silencio y explicaciones del comandante Trewren por tomar sobre sí la orden de formar sin mi permiso y con tal propósito. Restablecida la calma, me informó públicamente el comandante Trewren que

[7] *Ditto*, págs. 428, 445, 590.

la formación tenía por objeto pedir la opinión de los oficiales y soldados sobre quedarse con el general Páez; que él y Ferrier y la mayoría de los oficiales habían decidido hacerlo; y entonces algunos de los soldados se pusieron a gritar: *¡Viva el coronel Trewren! ¡Viva el general Páez!* Saqué la pistola y amenacé con tirar sobre el primero que se atreviera a nombrar para el mando a otro oficial que no fuera yo. Les dirigí entonces la palabra, declarando, más bien recapitulando, todo lo que había hecho por ellos, el dinero que les había adelantado, el afecto que les había demostrado en sus enfermedades, y el beneficio que sacarían de retornar a Angostura. Algunos de los oficiales beodos instaron entonces a los soldados a que se les unieran mientras el comandante Ferrier les recordaba que si se unían a Páez pronto tendrían ascensos y dinero. "Los más —decía— habéis servido en la Península con Wellington, que ahorcaba o fusilaba a los que se daban al saqueo; aquí el bravo Páez os dejará saquear, y hacer todo lo que queráis por enriqueceros a costa de los enemigos de la República." En este momento observé que el coronel Wilson se hallaba entre mi gente; y, al avanzar yo hacia él, dijo en alta voz: "Seguidme, muchachos; traeros las armas"; y llevándoselos por delante, la mayoría de los oficiales y de los soldados se fueron con él gritando al llegar a la orilla: ¡Viva el general Páez! ¡Viva el general Wilson! ¡Viva el coronel Trewren!» [8].

*

El desdichado Hippisley intentó salvar su situación perdida. Entre escenas de anarquía, almacenes saqueados, barcazas robadas o confiscadas, consiguió salir para Angostura aquella misma noche a fin de quejarse a Bolívar. Pero ¿dónde estaba Bolívar? «Como no habían alimentado la hoguera, se apagó, y la noche era oscura; sin embargo, por los gritos que de cuando en cuando resonaban en el aire, me enteré de que el jefe Bolívar se había embarcado y que su flechera se hallaba algo más abajo fuera de la ciudad. Debió, no obstante, haber oído todo aquel estruendo y haberse enterado de lo ocurrido conmigo, aunque prefirió no darse por enterado. Sea que tuviese demasiado temor por su seguridad, sea por otra causa, el modo como se escabulló de San Fernando fue extraordinario. En aquel momento se hallaban repletas de tropas la ciudad y sus arrabales; caballería de Páez, caballería de Cedeño, alguna infantería, unos dos mil hombres en total. Los demás ocupaban las avanzadas

---

8 *Ditto*, págs. 392, 395, 398.

formando una línea acordonada en torno a los linderos terrestres de San Fernando» [9].

Al día siguiente Páez formó sus tropas en Achaguas, dando a los voluntarios británicos el sitio de honor, a la derecha de la línea, «sin duda como tributo de homenaje a nuestros vistosos uniformes, que hacían contraste con los arapos y casi desnudez de los rudos y valerosos llaneros». Así escribe O'Leary, que se hallaba en la formación como oficial del regimiento de Wilson; pero parece que las intenciones de Páez eran de más larga vista. Wilson le dio una cena halagándolo de lo lindo. Se había convenido en que Wilson y los jefes del Apure que se hallaban presentes proclamarían a Páez Capitán General del ejército la semana siguiente; y en el día designado, trayéndose cada caudillo todos los llaneros que pudo reunir, se organizó un verdadero torneo de caballería llanera, y luego se presentó en escena Páez rodeado de un brillante Estado Mayor de treinta o cuarenta jefes y oficiales que lo aclamaron General en Jefe. Se leyó entonces un Acta declarándolo Capitán General; y Wilson le prometió reclutar en Inglaterra un cuerpo de miles de hombres; Páez, a su vez, dio a Wilson permiso para irse a Angostura con cartas para Bolívar. Este detalle prueba que por entonces se hallaba Páez convencido de que Bolívar no tenía fuerza contra él. Pero Páez se equivocaba. Bolívar tenía Bolívar y tenía el mar; Wilson fue arrestado y más tarde expulsado del territorio de Venezuela; y Bolívar escribió a Páez una carta fuerte exigiendo el envío de los documentos, que «el Gobierno» necesitaba para perseguir a los culpables. Claro es que no había nadie más culpable que Páez; pero no entraba en las miras de Bolívar atacar de frente al temible llanero; el cual, a su vez, creyó prudente no resistir abiertamente: destruyó el acta llanera, y dejó expulsar a Wilson [10].

*

Al llegar a Angostura (5 julio 1818) Bolívar se encontró con que el caos usual reinaba entre sus generales. Bermúdez y Mariño andaban a la greña en la región de Cumaná, donde Mariño había amenazado a Bermúdez con cerrarle el paso por la fuerza si avanzaba hacia Cumanacoa (fines de abril). Bermúdez había enviado a negociar con su rival a un oficial joven y de gran porvenir, Sucre; el cual, a pesar de su habilidad y prudencia, excepcionales en sus años, no consiguió más que evitar que corriera la sangre. Fue necesario que Bolívar enviase a Urda-

---

[9] *Ditto*, págs. 400, 401.
[10] *O'L.*, t. I, págs. 579-581.

neta, que al fin logró hacer entrar en carril a Mariño, pintándole un cuadro sombrío de la situación para inducirle a la disciplina. Mariño lanzó una proclama (26 junio 1818) reconociendo la autoridad de Bolívar —hasta qué punto y por cuánto tiempo pronto lo iban a probar los sucesos—. Bolívar tuvo, pues, que apoyarse cada vez más en el extranjero. Dio por entonces un decreto exceptuando a los extranjeros de los impuestos y del servicio militar; precaución necesaria puesto que hacía sólo dos meses Tomás Montilla le había creado un conflicto con los mercaderes ingleses de Angostura por haber recurrido a medios perentorios a fin de abonar las pagas atrasadas a los húsares de Hippisley: «Hízose esto mediante una orden del Gobernador y de su Consejo para que todos los paisanos de Angostura, de cualquier categoría o país (incluso los mercaderes ingleses que ya habían adelantado fuertes empréstitos a la República), trajesen a la residencia oficial al día siguiente cada cual una cantidad de dinero, proporcional a sus medios, fijados de antemano por el Consejo, so pena de presidio y de confiscación de sus almacenes, posesiones, efectos de todo género, muebles, etc.» Cuando la Mesa Grande del salón de la residencia oficial crujía ya bajo el peso de tan pesado metal, «extraído sin ayuda alguna de la química, de las cajas fuertes donde se ocultaba», llegó una contraorden para que se devolviera todo a sus dueños y se pusiera en libertad a un comerciante inglés que había preferido la cárcel al despojo. El primero en quedar informado de que el Gobernador y el Consejo habían dado contramarcha fue Hippisley: «Montilla estaba de seguro borracho cuando dio la orden.» Pero mientras se procuraban otros medios de abonar las pagas a sus húsares, Hippisley se enteró de la verdadera causa del cambio de frente: se acercaba al Orinoco un barco inglés con vestuario y equipo para diez mil hombres, y llegaba a Angostura otro, el *Hunter,* con suministros para el regimiento del coronel Wilson. Era indispensable producir buena impresión y calmar la irritación de la colonia británica [11].

La pérdida de Angostura por «los españoles», es decir, por la guarnición realista, había acarreado automáticamente su pérdida para los venezolanos, que bajo el régimen realista habían sido sus dueños efectivos. Hippisley pinta la ciudad como «una hilera de casas todas de piedra, de casi una milla de largo y a unos cien pasos de altura sobre el nivel máximo del agua, cuando el Orinoco va lleno. En esta hilera hay excelentes moradas de grandes dimensiones y en general con fachadas de es-

---

[11] Lecuna en *B. A. N. H. V.*, núm. 88, pág. 668; *O'L.*, t. I, págs. 564, 571; *Hippisley,* pág. 304.

tuco; algunas con verandas o balcones en el piso primero. Aquí se hallan las residencias de los principales mercaderes, ingleses y norteamericanos, algunos de los cuales han residido en Angostura desde que la perdieron los realistas». Las dos mejores casas eran, no obstante, la de Brion y la de la hermana de Soublette, otrora querida de Bolívar. Había otras calles formando tablero de ajedrez, de casas de piedra, cubriendo un total de ochenta áreas, que completaban la ciudad. En Angostura fue donde Bolívar instaló la base para su reconquista de Venezuela y su campaña «memorable» de 1819. La ventaja principal de la ciudad era, desde luego, su dominio sobre las bocas del Orinoco y el mar. Por aquel entonces el Almirante Brion recorría las Antillas en busca de armas. Se había encontrado con Hippisley en la Vieja Guayana, y por él se enteró de las intrigas y otras andanzas de los aventureros militares, los corsarios y los especuladores que pululaban por entre las mallas de una Marina española ineficaz y de una Marina británica que apenas si ocultaba su connivencia. Chacón, el Comandante naval español, se hallaba reparando sus navíos en Georgetown. Brion consiguió hacerse con el *Britannia,* que había ido a Haití a buscar un cargamento de armas; y comprar los servicios de dos corsarios franceses, Joly y Bernard, con buenos veleros. Había adquirido también el *Emerald.* Al abrigo ya de puertos suecos, ya de puertos holandeses, se había escabullido de los barcos españoles. El 12 de julio de 1818 Brion entró en Angostura entre aclamaciones, con valioso cargamento de armas. Como la República no tenía dinero con qué pagarle, se le dio la propiedad de las tres mejores casas de Angostura y el privilegio de explotar barcos de vapor en el Orinoco [12].

Sin denigrar el valor temerario de Bolívar como guerrillero, cabe opinar que rayaba aún a más altura ante una mesa de despacho. Las cartas y los papeles fechados en Angostura revelan un dominio de cosas, ideas y personas más seguro que el que dan a entender sus aventuras en Los Llanos de la patria. Su conflicto con Hippisley manifiesta un Bolívar digno y enérgico. El malhumorado Coronel pinta a un Bolívar huidizo, mezquino y tramposo. Hippisley no llegó nunca a ponerse a tono con los venezolanos, y desde el primer día fue hostil a Bolívar. Era Hippisley prototipo de esa incapacidad insular de ciertos ingleses para acomodarse a los ambientes extranjeros. Destroza pintorescamente el lenguaje: por Calabozo dice Calaboza, por

---

[12] *Hippisley,* págs. 233, 332, 336. Lecuna en *B. A. N. H. V.,* núm. 88, páginas 669, 670; *Hippisley,* pág. 485. Casas para Brion. *O'L.,* t. XVI, página 73. Privilegio de vapores; ibíd., 24 de julio.

Montilla, Montillo, por Angostura, Angustura; y, por godos, dice Godoys. Como el *British Monitor*, que publicó su libro por entregas, explica: «Al alistarse con los patriotas se proponía dotar abundantemente a su familia.» Tenía Hippisley más quejas que un erizo púas; y andaba persiguiendo a Bolívar para presentárselas con argumentos de contaduría como si ambos se hallaran instalados en un Banco de la ciudad de Londres y no en un campamento tropical. Es probable que en cuanto a cifras tuviera razón, porque López Méndez se había excedido en sus promesas. Pero en cuanto a la situación humana general, Hippisley no fue ni prudente ni generoso, y aun tuvo momentos de matamoros, siendo como era hombre valiente y hasta temerario. «Dos mil ingleses hubieran podido atravesar la provincia de un rincón a otro, aun sin compañía, sin impedimento alguno», escribe, y éste es el espíritu de desplante, nacional más que personal, con que se enfrenta con Bolívar: «Le presenté mis cuentas, y su respuesta fue digna de él: llena de sutileza, evasión, engaño, deshonor y vil ingratitud. La cuenta estaría muy bien, él no dudaba de su exactitud en todo punto, pero ¿dónde estaba la firma de Méndez? ¿Por qué no adelantó Méndez el dinero en Inglaterra o procuró buscar crédito allá entre los mercaderes reconocidos de la ciudad? Después de retorcerse los bigotes y mirarme muy fiero me repitió estas preguntas. Yo me retorcí los míos (que eran por lo menos tan grandes como los suyos, aunque no tan negros), y expresé mi asombro ante la negativa de pagarme.» En este momento Hippisley cometió la indiscreción de amenazar a Bolívar con acusarle en público en Londres. «El jefe se puso en pie con gran cólera diciendo que me dejaba en libertad de obrar como quisiera puesto que ni él ni el gobierno de Venezuela se dejarían intimidar por mis amenazas.» La correspondencia entre ambos revela a Bolívar dueño de sí, cortés, firme e inteligente; sostiene con dignidad su punto de vista y exige de Hippisley todo lo que se debe a su país. Cuando Hippisley terminó por marcharse, Bolívar le mandó un recado afectuoso y, dadas las circunstancias, magnánimo. Le compró su sombrero de plumas y le hubiera comprado también los cordones de ayudante de haber conseguido abatir el orgullo que le impedía preguntar a Hippisley cuánto quería por ellos[13].

Apenas cerrado este incidente (mediados de junio de 1818) Bolívar tuvo que hacer frente a otro todavía más grave con el agente oficioso de los Estados Unidos, J. B. Irvine. La corres-

---

[13] *Hasbrouck*, pág. 61; *Hippisley*, págs. 431, 440, 445, 447, 452. Correspondencia: Hippisley a Bolívar en *Hippisley*, al fin del volumen; Bolívar a Hippisley en *C. L.*, t. II, págs. 12 y sigs.

pondencia duró desde el 29 de julio hasta el 12 de octubre, y también hace honor a Bolívar. Irvine había sido enviado por el Gobierno de los Estados Unidos con una misión de dos filos: para manifestar la simpatía de la República del Norte; y para protestar contra la confiscación de dos barcos americanos, el *Tiger* y el *Liberty*, cuando traían armas y víveres para la guarnición española de Angostura durante el invierno anterior. Existía además otro motivo de desagrado entre los patriotas y los Estados Unidos. McGregor y más tarde Aury, actuando como agentes de los gobiernos sudamericanos rebeldes, se habían apoderado de la Isla de Amelia, en la costa de la Florida. Los Estados Unidos entraron súbitamente en escena ocupando la Isla (22 diciembre 1817); a lo que los agentes diplomáticos sudamericanos en los Estados Unidos, entre ellos Lino de Clemente, que representaba al Gobierno de Bolívar, protestaron aunque con poca prudencia. Irvine traía también este incidente en cartera. El 24 de julio de 1818 Bolívar mandó a Clemente instrucciones, fechadas dos días antes, explicándole que, puesto que no sabía nada sobre el caso de la Isla de Amelia, no reconocía como partes legítimas en el conflicto ni a McGregor ni a Aury a no ser que tuvieran autorización especial de un gobierno independiente; y añadía que Irvine se había declarado satisfecho con esta respuesta. Clemente no había conseguido presentar credenciales, por haberse negado a recibirlo el Secretario de Estado a causa de su actitud intemperante sobre la ocupación de Amelia. Irvine no logró tanto éxito con Bolívar sobre los dos barcos incautados, asunto en que Bolívar se reveló diplomático magistral y dialéctico de primer orden. Cansado de recibir declaraciones siempre iguales, Bolívar ofreció someter el caso al arbitraje, propuesta que Irvine dejó caer a la tácita, pasando a la amenaza y haciendo valer el poder de su nación. Al instante, Bolívar reveló su carácter: «Parece que el intento de U. S. es forzarme a que reciproque los insultos: no lo haré; pero sí protestó a U. S. que no permitiré que se ultraje ni desprecie al Gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha dsaparecido una gran parte de nuestra populación y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende» [14].

*

---

[14] *Urrutia*, págs. 96 y sigs., y 150; Lecuna en *B. A. N. H. V.*, núm. 88; *B. A. N. H. V.*, núm. 62, pág. 213.

Todas estas discusiones con ingleses y norteamericanos, así como la mediana calidad del material humano que le venía de Inglaterra, causaron en Bolívar curiosos efectos. Recibió por entonces una oferta que le agradó sobremanera: el 20 de mayo de 1818 escribía al General español Renovales, alabándole por su parte en la guerra contra Napoleón y por su integridad al sacrificar una situación brillante negándose a vivir en España como un esclavo de Fernando VII. «Siento una inmensa complacencia en mi corazón cuando contemplo que no todos los españoles son nuestros enemigos. V. E. nos hace un verdadero servicio ofreciéndonos su activa cooperación al restablecimiento de la independencia de América; y este será tanto mayor si V. E. logra atraer a nuestra causa el mayor número posible de militares españoles, que quieran adoptar una patria libre en el hemisferio americano.» De otro temple estaba este Bolívar que aquél que en 1814 había decretado la guerra a muerte. La necesidad de volver a rehacer la base española de su país, sangrado a muerte por su política apasionada de aquellos tiempos, inspira su carta a López Méndez (12 junio 1818), donde también se refleja la impresión causada en su ánimo por su experiencia de Hippisley, Wilson y demás aventureros de fuera. Pide armas y municiones, que con razón estima ser la primera obligación de sus gastos; pero luego dice: «Después de las armas, municiones y vestuarios, nos serían muy útiles algunos buenos oficiales, cabos y sargentos españoles de los muchos adictos a nuestra causa que residen en Inglaterra y Francia, prefiriendo la proscripción a la esclavitud. Éstos son infinitamente más útiles que los extranjeros que ignoran el idioma, y necesitan de mucho tiempo para aprenderlo, en cuyo intervalo no pueden servir.» Con su buen sentido usual, apunta que este inconveniente de los extranjeros «no sucedería viniendo cuerpos completos y organizados que entonces obrarían desde el mismo día de su llegada». Tan sólo se opone a contratar «oficiales sueltos de distinto idioma o pequeños cuadros como los que han llegado hasta hoy», que encuentra «más gravosos que útiles», y pide que López Méndez le mande unidades completas de trescientos o cuatrocientos hombres. Retornando luego a su idea de que hacen falta españoles, abre una vasta perspectiva con su vigorosa imaginación política de siempre: «Mucho contribuiría para hacernos de oficiales españoles y sacar recursos de la misma España, proclamar altamente el principio que debe ser la base de nuestra política: Paz a la nación española, y guerra de exterminio a su gobierno actual. Nada debe omitirse para separar los intereses de la nación española de los de su gobierno y hacerla ver que

sus verdaderas ventajas consisten en una íntima alianza con la América independiente» [15].

Estos vuelos políticos eran su única compensación frente a las sórdidas pendencias en torno al poder con que le rodeaban sus lugartenientes, y las mezquinas miserias y cavilaciones que le causaban un Estado pobre y una nación todavía a medio hacer. Puede leerse la satisfacción con que alzaba la vista al cielo de la política universal y de las ideas generales en su carta a Juan Martín de Pueyrredón (12 junio 1818), respuesta al despacho que el Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata le había enviado (18 noviembre 1816). A pesar del lapso transcurrido, que imponían la distancia y la clandestinidad, Bolívar se regocijaba de que se hubieran establecido relaciones entre uno y otro gobierno y añadía que los ciudadanos de las Provincias Unidas recibirían en Venezuela trato de amigos como «miembros de nuestra sociedad venezolana», pues, añadía: «Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad.» ¿Se daba cuenta de que esta unidad era creación de los tres siglos de cultura española de que ahora adjuraba y veía con honda melancolía irse destruyendo ante sus ojos y por sus mismas manos? (Es significativo que en su carta a López Méndez, ya citada, contrasta los oficiales «españoles» que aspira a atraerse con los «extranjeros».) En su carta a Pueyrredón su imaginación política evoca una América unida sin precisar si esa América en que piensa abarca a todo el continente, incluso a los Estados Unidos, o sólo a la América española; pero lo que sí es seguro es que ya construye en su mente un vasto edificio de dimensiones continentales, imagen transfigurada quizá del mismo Imperio español que a la sazón se aplica a destruir: «Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes, y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte el pacto americano que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un ejemplo de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el Cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas» [16].

---

[15] Sobre Renovales: *Orinoco*, núm. 2; *C. L.*, t. II, págs. 10, 15-17.
[16] *C. L.*, t. II, pág. 20.

Capítulo XXX

DESDE ANGOSTURA VE BOLÍVAR SURGIR SOBRE LOS ANDES LA ESTRELLA DE SAN MARTÍN

Por entonces preocupaba a Bolívar el peligro de «la expedición hispano-rusa». El 13 de julio de 1818, al día siguiente de la llegada de Brion a Angostura con 7.000 fusiles, le escribía a Arismendi, entonces Gobernador de Margarita, que López Méndez confirmaba la noticia de estarse organizando tal expedición. Bolívar ordenaba a Arismendi, si bien con sumo tacto, que evacuara la Isla con todos sus habitantes, si no estaba seguro de poder resistir. Argüía ser mejor no exponer la Isla a una lucha desigual y retirarse a Tierra Firme para organizar la reconquista; pero es posible que esta evacuación se le ocurriera por otras razones. Uno de los motivos más penosos de meditación para él era la constante deserción de las poblaciones civiles de los territorios ocupados por los patriotas hacia los ocupados por los realistas. Hasta su familia, hasta su querida, preferían la bandera española a la de la Independencia. Su hermana María Antonia seguía en La Habana. En cuanto a la señorita Pepa, Bolívar, preocupado como hombre y como caudillo, escribía a su pariente Leandro Palacios (11 julio 1818): «Aquí se dice que las Machados se han ido para Caracas, si es así no hay más que hablar; pero si no es, tengo que hacerte un encargo. El señor José Méndez Monsanto tiene orden de entregar a Pepita cuatrocientos duros para que hagan su viaje aquí esas señoritas, y yo pagaré además los costos que hagan en el buque que las traiga. Esto lo hago porque se asegura que la miseria hace ir a los emigrados a Caracas, y aquí pueden vivir los emigrados mejor que en las colonias. Empéñate con esa familia para que venga, y díle a Pepita, que si ella quiere que yo no la olvide, que no deje de venir para acá. A esto se añade que aquí han dicho un

millón de cosas que parecen increíbles, y en la duda me hallo sumamente molesto. Díme, en fin, todo lo que haya sobre esas damas, a fin de fijar mi resolución y mi juicio sobre lo que debo pensar y hacer» [1].

Lo peor era que el propio Leandro Palacios no era tampoco gran entusiasta de la causa. También era emigrado y en su carta del 7 de agosto Bolívar apenas si puede ocultar la irritación que el hecho le causa: «Supongo que te interesas aún por la causa de la patria [...], por eso te doy las noticias que pueden servirte para desmentir los cuentos de los españoles y de los criollos infames que se divierten en desacreditar a su país y en servir al Rey de España. Afortunadamente sólo los pícaros han abrazado este partido, haciéndonos así el servicio de purgar a la república de sus vicios.» Pero esta última afirmación el propio Bolívar la niega indirectamente al final de la misma carta. Después de pintar un cuadro de la situación mucho más sonrosado que real, escribe: «Si sólo se hubieran ido los malos como Mérida no lo sentiría; pero sí me compadece la suerte de tantos infelices que, por debilidad, han ido a comprometerse. Es preciso que hagas esfuerzos, porque no siga esta escandalosa e ignominiosa deserción, y porque vengan todos a Margarita, o a esta capital, conducidos por ti, que debes darles el ejemplo y ponerte a la cabeza de la expedición que se forme.» Al día siguiente (8 agosto 1818) escribía a Palacios una nota corta y confidencial: «Ésta sólo sirve para incluirte la adjunta carta para que la pongas en manos propias, si ya no se han ido para Caracas las que se titulaban mis amigas, como tú dices. Sentiré bastante que hayan cometido esta bajeza, porque es un triunfo para nuestros enemigos, y dará materia a muchos comentarios. Haz lo que puedas porque vengan aquí, si aún no se han ido» [2].

*

En aquellos días, el único espíritu, la única voluntad que centralizaba, dirigía e inspiraba todo, era Bolívar. Aunque en cierto modo era uno de tantos caudillos de los que procuraban asaltar por la fuerza pretoriana las cumbres del poder, difería de los más en que, si su ambición era tan personal, era en cambio la única bastante amplia para abarcar a la nación y a todo el continente. De aquí su constancia, su fe y su voluntad siempre tensa. De aquí también su falta de escrúpulos en el

[1] *C. L.*, t. II, págs. 36, 37.
[2] *C. L.*, t. II, págs. 46-49.

manejo de los datos y hechos. Sus cartas a los generales y a los agentes de la República en el extranjero, a sus amigos y parientes, juegan con la verdad según conviene a su propósito. A Páez le pinta (1 agosto 1818) en los términos más halagüeños la misión del agente americano Irvine sin decir palabra del enojoso conflicto sobre los buques apresados. Nada más claro que las derrotas de Bolívar en el Semen y en Ortiz; pero he aquí cómo se las describe a Arismendi: «La división que debía obrar por San Carlos no pudo andar con tanta rapidez que impidiese a Morillo que viniese a la Cabrera y desalojase un cuerpo de tropas que se hallaba allí. Yo, para impedir que el enemigo tomase mis espaldas, y me impidiera las comunicaciones con los cuerpos de ejército que obraron por separado, retogradé a la Villa de Cura y de allí al sitio de Semen, donde presenté batalla a todas las fuerzas reunidas del General Morillo. Ésta fue sangrienta y tenazmente sostenida por ambas partes, pero, sin embargo, la victoria se declaró por nosotros y el enemigo tuvo una pérdida de mil hombres entre muertos y heridos, confesada por ellos mismos. Como mi infantería era infinitamente menor que la del enemigo y los combates habían sido muy repetidos, mis municiones y fusiles se habían minorado mucho: volví a los Llanos a reparar mis pérdidas y sobre todo a pedir a esta plaza armas, y municiones de que carecía. Organicé el ejército, y volví a batir a los españoles en Ortiz que les obligué a desocupar y retirarse hasta la Villa de Cura, sin perseguirlos hasta aquélla porque los bosques los ponían a cubierto de la caballería.»

Todo esto es fantasía pura. El Coronel English, que presenció la batalla de Ortiz, contó a Hippisley lo que había visto: «A juzgar por los informes del día, el ejército venezolano había tenido muchas pérdidas: ocho oficiales ingleses habían muerto, no en la acción pero a consecuencia de sus heridas después de haberlos hecho prisioneros los españoles; escapó uno con vida, el Capitán Noble M'Mullen, el cual, herido leve y prisionero, salvó la vida haciendo creer al enemigo que era médico. Después de llevar a cabo unas cuantas operaciones de curar y vendar heridas y dar instrucciones a otros médicos del país, se le permitió que se marchara y de retorno en el campo de Bolívar contó sus aventuras. El general en jefe le preguntó si podría estimar la fuerza de la caballería enemiga: él contestó que seguramente eran lo menos mil quinientos. Esto intimidó a Bolívar e hizo que diera órdenes de retirada hasta recibir los refuerzos de Páez y de Cedeño. Pero pronto se dio cuenta el jefe independiente que la fuerza efectiva del ejército real no pasaba de mil seiscientos hombres, incluso tan sólo ciento cincuenta de ca-

ballería. Bolívar se irritó mucho, casi hasta la locura, al recibir esta información exacta sobre la fuerza del enemigo. Le llegaba demasiado tarde para salvar la ocasión perdida. Si hubiera sabido que la caballería enemiga no llegaba a doscientos hombres hubiera aventurado más aquel día, y con esperanzas de éxito» [3].

Pero ¿y la expedición rusa? Fernando VII vivía rodeado de una camarilla canallesca de barberos y lacayos. Uno de éstos, Antonio de Ugarte, Secretario particular del Rey, venía intrigando con el Embajador ruso Tatischeff, hombre sin escrúpulos, para la compra de una flota rusa inservible contra buenos doblones españoles. Fernando VII adolecía de la enfermedad crónica de todos los monarcas españoles: una hacienda defectuosa. Sólo se le ocurrió una idea para ponerla a flote: restaurar las entradas de oro y plata de las Indias que solían traer las flotas de ultramar. Había pues que reducir a su antigua obediencia a los reinos rebeldes, lo que a su vez implicaba muchos miles de veteranos españoles y por lo tanto una buena flota para transportarlos. Aquí la de Ugarte y Tatischeff. Los rusos entregarían en Cádiz cinco navíos de línea y tres fragatas en disposición de navegar. Tan secretas se hicieron las negociaciones que el Ministerio de Marina de Madrid las ignoraba por completo. Toda la documentación se destruyó más tarde; pero no por eso dejó de imprimir en diciembre de 1823 el *Morning Chronicle* de Londres el texto exacto de los dos tratados principales, el de 11 de agosto de 1817 y el de 27 de septiembre de 1819. Se pagaron los barcos sobre todo con una suma de cuatrocientas mil libras esterlinas que la Gran Bretaña debía a España como indemnización por la abolición de la trata de negros; suma que, interceptada entre Londres y Madrid por la pareja Ugarte-Tatischeff, no llegó jamás al Tesoro español. Pero los barcos no sirvieron para nada, y con una sola excepción tuvieron que desguazarse antes de 1823. El Ministro de Marina que ordenó su inspección a la entrega fue despedido por el Rey; y los capitanes nombrados para mandarlos pasaron a la reserva por haber pedido también la inspección de los barcos que iban a mandar.

---

[3] *O'L.*, t. XVI, págs. 81, 82, sobre optimismo a Páez. Cartas en *C. L.*, tomo II, la de Arismendi, pág. 38. *Hippisley*, págs. 289, 290.

«Puedo asegurar a V. E., sin la menor exageración, que el ejército español de Venezuela ha sido batido en Calabozo, El Sombrero, San Fernando, La Puerta, Ortiz y Cojedes.» Bolívar al Capitán General de Barbados. El 1 de septiembre de 1818. *O'L.*, t. XVI, pág. 93. Desde luego, todo es falso. Que Bolívar manejaba la verdad en un sentido puramente utilitario es un hecho que ya sabíamos por Heredia y lo vemos verificado a cada instante.

La famosa expedición hispano-rusa no sirvió pues más que para preocupar en vano a Bolívar durante unas semanas [4].

Bolívar había estado pensando en Caracas durante toda la primavera de 1818. En abril Soublette había explicado a Bermúdez que Bolívar proyectaba una operación sobre la costa de Caracas; a lo que objetaba Bermúdez que no había tropas, porque la expedición británica, en vez de ochocientos hombres, como se había esperado, no pasaba de unos cuadros de oficiales; Brion estaba en alta mar y por último más valía seguir vigilando a Mariño en Cumanacoa. Pero cuando llegó Brion con municiones y fue aumentando la confianza en un suministro constante de hombres y pertrechos de Inglaterra, es decir durante los meses de junio y julio, Bolívar se decidió a madurar sus planes. Los acontecimientos le indujeron a cambiar de estrategia. El Capitán Uribe, emisario de los republicanos de la Nueva Granada, le traía nuevas importantes: la victoria de San Martín en Maipú (5 abril 1818). «Ya no hay enemigos en Chile», escribía San Martín a Buenos Aires. La situación del Perú había cambiado de medio a medio y Lima y el Callao se hallaban en manos republicanas; el Sur de la Nueva Granada estaba dividido por tropas patriotas; cuyas guerrillas operando en el Norte hacían precaria la comunicación entre los españoles de Cartagena y los de Santa Fe. Bolívar decidió organizar la liberación de Nueva Granada, y con tal fin escogió como jefe a Don Francisco de Paula Santander, joven Coronel granadino de veintisiete años, el mismo que había perdido el mando en jefe de las tropas de occidente por una audaz maniobra de Páez. Santander se había pasado al bando de Bolívar. Bolívar, siempre cauto, aun dándole el poder en Casanare, puso a su lado a uno de sus hombres de confianza, Justo Briceño. «Únase Ud. Briceño, estrechamente con él», escribe significativamente. Pero todavía no manifiesta Bolívar más que una cierta querencia a ponerse en persona a la cabeza de una expedición que le ha de dar más tarde tanta gloria militar. «Yo volvería gustoso a tener la gloria de conducir ese ejército, si el interés mismo de ambas repúblicas no exigiese necesariamente mi presencia aquí, siendo este el punto de donde deben partir todas las operaciones, todos los elementos, armas y municiones de guerra, a las divisiones que obran en diferentes lugares, y, sobre todo, hasta esperar el resultado que necesaria-

[4] *Duro*, t. IX, págs. 135-139, 148, 153. La mala calidad de los navíos rusos se supo en Caracas por el *Morning Chronicle* del 24 de marzo, reproducido en *Orinoco*, núms. 10 y 11, 20 de agosto y 5 de septiembre.

mente deben tener los intereses de la Europa con los de América. Este resultado aparecerá muy pronto. El día de América ha llegado» [5].

*

Esta perspectiva continental le venía impuesta por los éxitos de su mayor rival como libertador de la América española y como réplica hispánica de Napoleón. Era el Imperio español como unas tenazas abiertas para abarcar al Brasil, con el gozne en Lima y las pinzas en los estuarios del Plata y del Orinoco. Angostura era para Bolívar lo que Buenos Aires para San Martín. Al enterarse del triunfo de San Martín en Chile, Bolívar tuvo que darse cuenta de que tenía que conquistar cuanto antes Nueva Granada para no llegar tarde a la cita con San Martín a que el sino (o sea, la naturaleza de las cosas) le obligaba en Lima. (Que físicamente tuviera lugar en Guayaquil importa poco. Políticamente ocurrió en Lima.)

José de San Martín había nacido el 25 de febrero de 1778, cinco años antes que Bolívar, en Yapeyú, en la provincia de Misiones, del virreinato de Buenos Aires. Era hijo de un oficial español y de una criolla nacida en España, formado por sus primeros siete años en el ambiente criollo del norte argentino. Enviado a Madrid a los ocho años, se educó en el Seminario de Nobles y a los once entró de cadete en el ejército. Sirvió veinte años, en África, Francia, Portugal y España, y fue compañero de armas de Morillo en la batalla de Bailén. En 1812 volvió a Buenos Aires de Teniente Coronel del ejército español, ostentando la medalla de oro de Bailén. Bajo aquel uniforme latía ya un corazón separatista en el que la sangre materna había vencido a la paterna. Era silencioso y hasta taciturno, muy aficionado a conspiraciones y sociedades secretas. Era francmasón, y pronto llegó a ser uno de los cabecillas subterráneos de la revolución, que desde la oscuridad de las logias tiraban de los hilos del tablado público. Encargado de organizar e instruir un ejército revolucionario, comenzó por crear un batallón de granaderos a caballo con disciplina férrea; y apenas creada esta fuerza cuyo jefe oficial y natural era él, se valió de ella para echar del poder al gobierno y dárselo a otro más de su gusto (7 octubre 1812). La victoria de San Lorenzo a orillas del Paraná sobre el General español Zavala (3 febrero 1813) consolidó su repu-

---

[5] Bolívar a Páez, Angostura, 19 de agosto de 1818: *O'L.*, t. XVI, página 85; a Briceño, 20 de agosto de 1818, en *C. L.*, t. II, págs. 54-56. Soublette a Bolívar, Angostura, 18 de abril de 1818: *O'L.*, t. XVI, páginas 30, 31. Sobre Maipú, Mitre: *Orinoco*, núm. 9.

tación. Se le ofreció el mando del ejército del Alto Perú, vacante por el fracaso de Belgrano (1814). San Martín tramaba otras cosas. Creía inútil la lucha por el Alto Perú; porque mientras las fuerzas republicanas eran siempre superiores en la llanura, las españolas solían vencer en el altiplano (como en las campañas de vaivén entre los venezolanos, invencibles en Los Llanos, y los españoles, invencibles en las alturas de Caracas). La idea de San Martín consistía en cruzar los Andes hacia Chile, tomar a Santiago, y seguir al Perú con Lima por objetivo.

Pero mientras Bolívar era rápido y hablador, San Martín era silencioso y lento. Aprovechando una enfermedad, quizá fingida, pero al parecer real, dimitió el mando de las Provincias Unidas y obtuvo el cargo de Gobernador e Intendente de la Provincia de Cuyo, al pie oriental de los Andes. Recluido en la rica ciudad de Mendoza, se dedicó a trabajar en silencio, para preparar la tarea que se había asignado. Una rivalidad con Alvear, brillante soldado político, estuvo a punto de echar por tierra sus bien meditados planes: Alvear lo destituyó al encargarse del poder. Pero San Martín resultó demasiado zorro para su rival, y la ciudad y el Cabildo de Mendoza, bajo su eficaz y discreta dirección, organizaron una protesta tan «espontánea» que Alvear tuvo que reinstalarlo en el mando de la provincia. San Martín continuó trabajando con paso lento y seguro. Mediante una administración civil tan eficaz, sabia y desinteresada como exigente y despiadada, amplió su autoridad moral; pero, año tras año, consagró su mayor y mejor atención a los asuntos militares. Todo lo veía; y sin fiarse de los políticos de Buenos Aires organizó bajo su propio mando fábricas de tejidos, de conservas, de armamentos y hasta fundiciones, que confió a un fraile trabucaire. Dos sucesos vinieron a favorecerle: la guerra civil entre dos grupos rivales de Chile le proporcionó un pretexto para entrar en Chile, así como un contingente de tropas auxiliares chilenas; y el calidoscopio político de Buenos Aires trajo al poder a Juan Martín de Pueyrredón, amigo suyo muy de acuerdo con sus ideas.

Todo estaba ya listo. San Martín había previsto todo, hecho expediciones experimentales, bombardeado al enemigo con falsas noticias, al Gobierno de Buenos Aires con demandas continuas de suministros hasta de las cosas más menudas, cuando por cualquier detalle no encontraba él por su cuenta alguna solución ingeniosa y popular, que era lo más corriente. Ni tampoco se le olvidaron las cosas del espíritu. El 5 de enero de 1817 hizo formar sus tropas para que hiciesen doble juramento: a su patrona, la Virgen del Carmen, y a la nueva bandera blanca y azul de las Provincias Unidas que habían declarado su independen-

cia el 9 de julio de 1816. Así pues, este francmasón y revolucionario era devoto de una advocación típicamente española de la Virgen, y además monárquico. Había escogido San Martín dos puertos para pasar los Andes: el de Uspallata, frente a Mendoza, y el de Los Patos, frente a San Juan, ambos a unos tres mil quinientos metros de altura, y sólo transitables en verano. Su ejército se componía de tres mil infantes, setecientos jinetes y doscientos artilleros, amén de unos mil doscientos hombres de servicios auxiliares. Esta fuerza iba a marchar en tres divisiones: la vanguardia, al mando de Soler, y la reserva, al del caudillo chileno O'Higgins, tomarían el camino más largo, el de Los Patos; el resto, con la artillería, al mando de Las Heras, iría por Uspallata; pero también mandó San Martín fuerzas sutiles por otros caminos hacia Copiapó, Coquimbo y Talca, para despistar al adversario. El 8 de febrero de 1817 el ejército de los Andes se adueño de San Antonio de Putaendo, término chileno del puerto de Los Patos; y el mismo día tomaba Las Heras Santa Rosa de los Andes, al extremo chileno del paso de Uspallata. El día 10 las dos alas del ejército se encontraron en Chacabuco con una precisión matemática. De las diez mil mulas, seis mil habían perecido en la travesía, y había muerto mucha gente de la tropa así como casi todos los caballos; pero se había realizado una obra maestra de Estado Mayor [6].

*

El inepto Presidente español de Chile, Marcó, no había designado siquiera un General en Jefe para hacer frente al invasor. Nombrado al fin el Brigadier Maroto (10 febrero 1817), llegó sobre el terreno el 11 por la noche para ponerse al mando de unos dos mil hombres en un lugar desconocido. Dándose cuenta de la ventaja, San Martín decidió darle batalla sin siquiera esperar por la artillería; y con la victoria de Chacabuco (12 febrero 1817), las puertas de Santiago le quedaron abiertas. El caudillo argentino entró en Santiago en triunfo (14 febrero 1817). Hombre modesto y casi misantrópico, supo evitar las grandes ceremonias y pasó casi inmediatamente a ocuparse de la organización política del país que había libertado —o al menos tal creía—. Convocó una asamblea que le concedió supremos poderes por unanimidad; pero negándose a aceptarlos consiguió mediante una asamblea más amplia elevar a la dignidad de Director Supremo del Estado chileno a O'Higgins. Entretanto, unos y otros descuidaban lo esencial de su tarea militar, que era per-

---

[6] Sigo sobre todo a *Mitre*.

seguir a los restos del ejército realista: con lo cual los españoles consiguieron embarcar en Valparaíso para el Perú unos 1.600 buenos soldados, que no tardaron en retornar a Chile en auxilio del Coronel José Ordóñez que organizaba en Talcahuano la resistencia contra los republicanos *. Ya por no darle la importancia debida a Ordóñez, ya por otras causas, San Martín se volvió a Buenos Aires, dejando a Las Heras al mando del ejército del Sur. Las Heras, que había salido de Santiago el 10 (febrero 1817), seguía camino hacia el Sur con tanta lentitud que, a mediados de abril, O'Higgins le increpó por su «indolencia criminal»; y al fin salió de Santiago anunciando que todo habría terminado en unos veinte días. Entretanto, Las Heras, que había derrotado a Ordóñez en una escaramuza, entraba en Concepción (4 abril 1817), y con la ayuda de la vanguardia de O'Higgins, ganaba la batalla de Gavilán (5 mayo 1817). Ordóñez tomó fuertes posiciones en la Península de Talcahuano, el Gibraltar de Chile. O'Higgins atacó a Talcahuano el 6 de diciembre de 1817, al mando de una fuerza de 4.000 argentinos y chilenos, pero sin éxito, a pesar del auxilio técnico del General francés Brayer, recién llegado con todo el prestigio de un derrotado en Waterloo [7].

San Martín, entretanto, procuraba hacerse con una flota en Buenos Aires. Se daba cuenta de que el dominio del mar era indispensable para la victoria. A su regreso el 11 de mayo fue recibido en Santiago con entusiasmo. Volvía fiel a su idea de libertar al Perú, y, como General en Jefe del ejército aliado chileno-argentino, envió al Virrey del Perú una propuesta para regularizar la guerra y canjear prisioneros. Mitre explica lo que se proponía: «Utilizar la buena voluntad del Comodoro Bowler, a la sazón jefe de la estación británica en el Pacífico —admirador suyo y muy simpático de la revolución—, iniciando la negociación bajo los auspicios de la Inglaterra»; y «presentarse ante la América como beligerante al frente de un ejército poderoso, publicando la guerra continental. El objeto más recóndito era enviar un agente sagaz que con el carácter de parlamentario iniciase una nueva guerra de zapa, preparando el terreno para su futura expedición al Perú». Recayó su elección en el Comandante Domingo Torres, que salió para Valparaíso (1 noviembre

---

* Ordóñez y San Martín habían desempeñado el mismo día (29 mayo 1808) análogo papel, el uno en Cádiz y el otro en Valencia, defendiendo a la cabeza de sus tropas cada uno un personaje oficial amenazado de muerte por la multitud a causa de sus opiniones afrancesadas. Quiso la suerte que volvieran a encontrarse en Chile nueve años más tarde, en papeles análogos, si bien esta vez contrarios.

[7] Sobre Ordóñez, *Toreno*, lib. III; *Mitre*, t. II, pág. 39.

1817) a bordo de la fragata británica *Amphion* y llegó al Callao, cuando el Virrey Pezuela se hallaba preparando su expedición contra los separatistas chilenos. Torres fracasó en su misión pública, pero no en su misión secreta; y en la misma secretaría del Virrey halló quien le suministrara todos los datos que deseaba sobre el plan español; con los cuales regresó a Valparaíso a bordo de la misma fragata *Amphion* precisamente cuando la expedición organizada por Pezuela arribaba a las costas de Chile (4-5 enero 1818).

Pezuela había cometido dos errores graves: enviar una expedición mucho menor de lo que la situación requería, sin darse cuenta de que la defensa del Perú estaba más bien en Chile que en la altiplanicie; y ponerla al mando de su yerno, Ossorio, siendo así que tenía en Chile a un jefe como Ordóñez de más antigüedad y competencia. La expedición desembarcó en Talcahuano a mediados de enero; y al ver en plena retirada al ejército patriota, Ossorio se dio cuenta de que ya su plan no era secreto para el adversario. Perdió además mucho tiempo en Concepción, por ser hombre irresoluto; hasta que, apremiado por Ordóñez, se puso en marcha hacia el Norte. San Martín, por si Ossorio desembarcaba en Valparaíso para tomar a Santiago por el Norte, había enviado 4.000 hombres a cortarle el paso, dando instrucciones al ejército del Sur para que se situara en Camarico, a veintiséis kilómetros al Norte de Talca. El 4 de marzo, Ossorio cruzaba el río Maule; y después de mucho ir y venir, los dos ejércitos se enfrentaron en Cancha Rayada (19 marzo 1818), posición en la que los españoles, con el Maule a la espalda, no podían batirse en retirada. A las ocho de la noche, San Martín, advertido por un espía de que los realistas preparaban un asalto nocturno, decidió cambiar de posición; pero fracasó el intento, y a las once de la noche tanto él como O'Higgins, que iba herido, galopaban en plena fuga, mientras Las Heras organizaba una retirada hábil y tranquila. Los generales españoles habían aportado cada cual lo suyo a la victoria: Ordóñez insistiendo en dar la batalla, luchando y ganándola; Ossorio retirándose a un convento cercano para rezar ante una imagen de la Virgen del Rosario [8].

Nadie durmió en Santiago la noche en que llegó la noticia de la derrota (21 marzo 1818), y los realistas salieron por las calles gritando *¡Viva el Rey!* Uno de ellos llegó hasta a prepararle al caballo de Ordóñez unas herraduras de plata. El napoleónico Brayer, como oráculo militar que era, dio la opinión de que «no había esperanza de reaccionar contra la derrota sufri-

---

[8] *Mitre*, t. II, págs. 102, 118.

da». A los dos días anunciaba San Martín que seguía al mando de 4.000 hombres. El 24 llegó O'Higgins después de una galopada sin descanso, a pesar de su herida. El 25 llegó el propio San Martín, sombrío y pálido por falta de sueño, pasando a caballo por la ciudad en taciturno silencio. Santiago lo recibió con entusiasmo y, requerido por el pueblo, habló brevemente concluyendo con estas palabras: «Yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur.» Oponiéndose a toda intentona de evacuar la ciudad, organizó un campamento en la llanura de Maipú, a diez kilómetros al sur de Santiago, aunque en secreto preparaba también una retirada hacia Coquimbo y los Andes. Para los realistas, la victoria había sido costosa y casi estéril; seguían avanzando, pero al paso lento que la situación les imponía, de modo que hasta el 2 de abril de 1818 no llegaron al río Maipú, que cruzaron el 3. Los republicanos habían rehecho sus formaciones y estaban en disposición de combatir. Ossorio propuso una retirada hacia Valparaíso; pero Ordóñez insistió en dar la batalla al instante. Comenzó la brega a las diez de la mañana y cuando O'Higgins llegó al galope desde Santiago a las cinco de la tarde todavía se luchaba con tenacidad por ambas partes; pero ganaron los independientes y fue una de las victorias más decisivas y fecundas en la historia de Hispano-América. Ordóñez cayó prisionero, como casi todos los oficiales españoles; uno de los que lograron escapar, Rodil, estaba llamado a ser el último jefe español que resistiría en armas en el continente americano [9].

*

El impacto de todos estos sucesos sobre Bolívar tuvo que ser profundo. Había en su genio demasiada estrategia instintiva para no darse cuenta de que la batalla de Maipú le abría a San Martín las puertas de Lima —sobre todo si el dominio del mar pasaba a los patriotas, lo que a los ojos de Bolívar no podía ser cosa difícil en el Pacífico, ya que en las circunstancias mucho más favorables del Atlántico, con Cuba y Puerto Rico entre sus manos, no era España capaz de asegurar sus comunicaciones marítimas—. La decisión que tomó de enviar a Santander a Casanare fue un primer reconocimiento de esta situación, el movimiento de un peón en el tablero del ajedrez americano como respuesta a Chacabuco y a Maipú. Pero todavía no estaba su ánimo en disposición de olvidar el Oriente. Todavía imperaban en él dos motivos fuertes: su obsesión de Caracas, y su evalua-

---

[9] *Mitre*, t. II, págs. 44 y sigs.

ción exacta de la importancia estratégica de Guayana, de las bocas del Orinoco y de la costa de Cumaná. El 27 de agosto de 1818 escribía a Bermúdez que habían llegado a Cumaná once buques de gran porte que, con los que ya tenían allí los españoles, hacían una fuerza respetable, con la cual era de temer intentasen una operación sobre el Orinoco y la Guayana. No le amedrentaba la perspectiva, pues, gracias a los ingleses, el parque patriota había aumentado prodigiosamente y tenía pólvora para muchos años. El 21 de septiembre ordenaba a Monagas atacase a las unidades españolas diseminadas en la provincia para impedir que se juntaran, y avanzase después hacia Barcelona; a Mariño que se dirigiera hacia Cumaná, donde debía encontrarse el 15 de octubre; a Brion que bogara frente a Cumaná en la misma fecha; y a Arismendi que cooperase aunque no fuera más que embarcando a quinientos margariteños en la flota de Brion. Su idea era libertar la costa a fin de eliminar el peligro que representaba para Angostura la presencia de los españoles en Cumaná.

El 29 de septiembre explicaba la idea a Páez. Comenzaba por una confesión que revela hasta qué punto era todavía aquella guerra mera lucha de caudillos y generales sin gran apoyo en el pueblo. «Querido general, vamos a emprender ya la campaña. Había querido llevar la infantería al Bajo Apure, mas ha sido imposible porque las tropas, debiendo marchar por tierra, se hubieran desertado todas antes de llegar a su destino, así ha sido preciso tomar a Barcelona y Cumaná antes de pasar a Caracas. Pero esta operación se ejecutará sin falta alguna, en todo el mes de octubre; y, a principios de noviembre, sin la menor duda, estaremos en Caracas.» Ruega después a Páez que siga los pasos de Morillo trasladándose en seguida hacia San Carlos. Repite que no puede decir cuántas tropas tendrá, a causa de probables deserciones; pero al tiempo de escribir asegura tener tres mil infantes «a pesar de haber tenido muchas pérdidas en deserciones y enfermedades». Proyecta la invasión por mar, desembarcando en Curiepe, en las cercanías de La Guaira y en Maqueitia, y de ir mal las cosas, en Coro. Envía a Cedeño a cooperar con Páez por Calabozo. Escribe a Arismendi (18 agosto 1818) que manda a Páez mil hombres de su Guardia de Honor (reclutada entre convalecientes del hospital de Angostura) y anuncia su intención de ponerse en marcha el 23. Parece haber puesto grandes esperanzas en los voluntarios ingleses que venían al mando de Renovales; pero esta expedición, que en efecto se hizo a la vela desde Inglaterra con Renovales a bordo, ya se había pasado al Rey Fernando, revelando su secreto al Embajador de España en Londres, Duque de San Carlos. No fue éste el único

contraste de Bolívar. También sus lugartenientes tuvieron por entonces el santo de espaldas. Derrotado en Río Caribe (13 octubre 1818), Bermúdez tuvo que refugiarse en Margarita; Mariño, aunque a la cabeza de un fuerte ejército, fue vencido en Cariaco (3 noviembre 1818) dejando trescientos muertos en el campo; y Bolívar, que había cruzado el Orinoco (24 octubre 1818) para unirse con Mariño y seguir a Cumaná, se volvió a Angostura [10].

Por entonces decidió Bolívar convocar un congreso en Angostura el 1 de enero de 1819. Su primer impulso parece haber venido de los paisanos, y hasta de alguno que otro de sus lugartenientes militares que cada vez veían con más impaciencia cómo Bolívar asumía poderes absolutos, y deseaban circunscribir su autoridad aunque no fuera más que en «una sombra de representación popular». El Consejo de Estado, dice O'Leary, no pasaba de ser «un débil remedo de representación nacional que ni satisfacía a los que deseaban un gobierno libre, ni era en verdad más que una reunión de empleados civiles y militares nombrados por el Jefe Supremo con la única atribución de discutir algunos negocios resueltos de antemano por él». La oposición se iba haciendo cada vez más fuerte y Bolívar llegó a temer que algún otro caudillo, imitando a Piar, le alzara el ejército con esta bandera republicana. Peñalver, leal amigo suyo, a quien había nombrado Intendente del ejército, le recomendó que cediera a la presión general. Cuatro años más tarde Bolívar escribía a Peñalver (30 mayo 1823): «Vd. sabe que Vd. fue el que más me animó a instalar el Congreso de Angostura, que me ha dado más reputación que todos mis servicios pasados, porque los hombres quieren que los sirvan al gusto de todos y el modo de agradarlos es convidándolos a participar del poder o de la gloria del mando. Yo sé muy bien que Vd. contribuyó al entierro de todos mis enemigos que sepulté vivos en el congreso de Angostura, porque desde ese día se les acabaron el encono y los celos; por cierto, que Vd. sólo me aconsejaba el paso.»

Bolívar, para que el Congreso le fuera dócil, dictó un decreto (18 julio 1818) en virtud del cual: «Los Gobernadores Políticos de Provincia no ejercerán otras funciones que las del Tribunal de Primera Instancia. La Alta Policía y la Policía Municipal de las Provincias corresponderán en adelante a los Gobernadores Comandantes Generales de las mismas. Como Jefes de la Policía de la Provincia, los Gobernadores Comandantes Generales serán

---

[10] A Monagas, septiembre 21, 22, 25: *C. L.*, t. II, pág. 57. A Cedeño: *C. L.*, t. II, págs. 60, 61, 63-65. A Páez, pág. 68. A Arismendi, pág. 74. Sobre Renovales: *Duro*, t. IX, págs. 165, 166.

Presidentes de las Municipalidades, convocarán y presidirán las Asambleas de los Padres de Familia, y recibirán sus sufragios y los de los electores. Los Gobernadores o Comandantes militares de plaza, ciudad, villa o pueblo ejercerán dentro de ellas la policía como Tenientes del Gobernador de la Provincia.» Otra de sus medidas para dirigir la opinión fue la creación del *Correo del Orinoco* que comenzó a publicarse el sábado 27 de junio de 1818, gracias a Peñalver que proporcionó la imprenta. «Somos libres —decía honradamente la redacción en su primer número—, escribimos en un País libre, y no nos proponemos engañar al Público. No por eso nos hacemos responsables de las Noticias Oficiales; pero anunciándolas como tales, queda a juicio del Lector discernir la mayor o menor fe que merescan» [11].

Bolívar convocó el Consejo de Estado (1 octubre 1818). En su discurso de apertura comenzó por someter a la aprobación del Consejo dos decretos que había dictado como Presidente del Ejecutivo, y pasando después a pintar un cuadro halagüeño de la situación, se refirió a «los bravos ingleses que sedientos de una gloria benéfica se han incorporado en nuestras tropas»; y anunció su intención de atacar al enemigo desde todas sus bases y con fuerzas bien armadas. «Animado de tan halagüeñas esperanzas —prosigue— yo me apresuro a proponer al Consejo de Estado la convocación del Congreso de Venezuela.» Que no se dejasen amilanar por los obstáculos: «en tanto que nuestros guerreros combaten, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía [...]. No basta que nuestros Ejércitos sean victoriosos; no basta que los enemigos desaparezcan de nuestro territorio, ni que el mundo entero reconozca nuestra independencia; necesitamos aun más, ser libres bajo los auspicios liberales, emanados de la fuente más sagrada, que es la voluntad del Pueblo». Propuso entonces que se nombrase una comisión especial para estudiar el modo de hacer las elecciones. Esta comisión de cinco vocales, Peñalver entre ellos, con Roscio de Presidente, comenzó en seguida la labor porque «el Jefe Supremo declaró al Consejo de Estado los vehementes deseos que lo animan de ver restablecer el Gobierno de la República lo más prontamente posible, bajo las formas representativas; manifestando la imposibilidad que hay para que un General sea a un mismo tiempo el Magistrado y el Creador de un Nuevo Go-

[11] *Restrepo*, vol. II, pág. 481. Sobre Peñalver: *Chuecos*, pág. 60. Carta en *C. L.*, vol. III, pág. 201. Decreto: *O'L.*, t. XVI, págs. 65, 66. *El Correo del Orinoco* se ha publicado en edición fotográfica hecha en París por la Academia de la Historia de Caracas en 1939. Referencia en estas notas bajo *Orinoco*, nota de la editorial citada al final del número 1.

bierno; que nada era tan incompatible con su carácter personal, su deber, y su destino, como el ejercicio de las funciones gubernativas» [12].

*

Bolívar repitió estos sentimientos en términos más solemnes en una Proclama a los Pueblos de Venezuela (22 octubre 1818). Comenzando con una descripción rápida y discreta de sus actividades pasadas, el Jefe Supremo dejó caer una indicación de bastante peso. «Las batallas del Mosquitero y de Araure nos volvieron el Occidente y los Llanos. Entonces volé desde el campo de batalla a la Capital, hice renuncia del Poder Supremo, y di cuenta al Pueblo el 2 de enero de 1814 de los sucesos de la campaña y de mi administración militar y civil. El Pueblo en masa sólo respondió con voz unánime de aprobación, confiriéndome nuevamente el poder dictatorial que ya ejercía.» ¡Qué reveladora es esta frase, tanto de lo que había pasado en 1814 como de lo que estaba pasando en 1818! Su comisión especial, emanación de su voluntad, había puesto en pie el Reglamento para la segunda convocatoria del Congreso de Venezuela (24 octubre 1818). Habida cuenta de las circunstancias el Reglamento era razonable. Limitaba el voto a los hombres libres de más de veintiún años, o menos si casados, con propiedad, profesión liberal o arte mecánico, tierra o hato; funcionarios públicos o militares, con renta o ingresos equivalentes a un mínimo de trescientos pesos; y extranjeros al servicio de la República. Había excepciones, tales como los desertores, los de vida infame o los que vivían separados de su mujer. Reconocía el Reglamento que en la naturaleza de las cosas aquella elección tenía que ser castrense, «siendo del fuero de guerra casi todos los sufragantes»; todos los oficiales, sargentos y cabos votarían como tales, aunque por otros conceptos estuvieran excluidos; y el mecanismo de las elecciones iba a estar casi exclusivamente en manos de las autoridades militares. Se compondría la Asamblea de treinta representantes [13].

Mientras así preparaba su congreso de representantes del pueblo que, siguiendo el modelo de Hernán Cortés en Veracruz, lo reinvestiría con el manto de la autoridad municipal, Bolívar tuvo que hacer frente a otro intento de mediación por parte de España. El 10 de abril de 1818 presentaba López Méndez a Castelreagh una nota para salir al paso de la maniobra. Bolívar no parece haber tenido mucha seguridad sobre cómo recibiría

---

12 *Orinoco*, núm. 12.
13 *Orinoco*, núm. 14.

el pueblo aquella gestión, a juzgar por una serie de artículos que hizo publicar en el *Correo de Orinoco*. También publicó una declaración oficial, espléndido testimonio de su fortaleza, ya que por entonces, si bien iban creciendo sus fuerzas tanto en contingentes como en armamento, sus éxitos militares estaban todavía por venir. En esta declaración comienza por apuntar que «la idea de una reconciliación cordial, jamás ha entrado en las miras del Gobierno Español», sigue con argumentos de valor dudoso y hasta en desacuerdo con los hechos; pero eleva el nivel de la discusión con dos artículos de indudable valía: «Que Venezuela únicamente desea la mediación de las potencias extranjeras para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humanidad, invitando a la España a ajustar y concluir un tratado de paz y amistad con la Nación Venezolana, reconociéndola y tratándola como una Nación Libre, Independiente y Soberana»; y, por último, que «desde el 19 de abril de 1810 está combatiendo por sus Derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces, y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el Pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa, y el Mundo se empeñan en encorvarla bajo el Yugo Español» [14].

---

[14] *Orinoco*, núms. 16, 19; *D. P. L.*, pág. 196.

RECONOCIMIENTO

Obra de tan vasto estudio no podía emprenderse sin el apoyo de muchas personas e instituciones. De hacer justicia a todos y todas, alargaría por demás esta nota que ha de ser breve. Comenzaré por el Museo Británico, donde se me han dado generosas facilidades aumentadas por la colaboración de Miss Sylvia England, y la Biblioteca de Londres, sin cuyo servicio de préstamos de libros hubiera sido imposible acometer esta obra. También debo agradecimiento a la Biblioteca de Estudios Españoles de la Universidad de Oxford, así como a la de la Embajada de Venezuela en Londres. La lista de los archivos que me han dado hospitalidad es larga y a todos los archiveros agradezco su cordial colaboración. Citaré en particular el Archivo Nacional y el Archivo del Ministerio de Hacienda en Lima; el Archivo Nacional y el incomparable archivo particular de Don Jacinto Jijón y Caamaño, en Quito, indispensable para estudiar a Sucre; el Archivo Provincial de Popayán, uno de los mejor organizados que he visto en ninguna parte; el Nacional de Bogotá, tan bien provisto y dirigido; el Nacional y el del Arzobispado de Caracas, y sobre todo el de la casa natal de Bolívar, cuyo acceso tanto me facilitó Don Vicente Lecuna; el de La Habana, donde se me prestaron generosas colaboraciones; el riquísimo archivo nacional inglés (P. R. O.) y, por último, el del Quai d'Orsay. A todos deseo hacer constar mi agradecimiento.

También habré de expresar mi reconocimiento a las personas que me han facilitado libros e ilustraciones, y en particular a Don Miguel Ángel Cárcano, de Buenos Aires, a mi hermano César, a Don Alfredo González Garaño, al Doctor Eduardo Santos y a los numerosos amigos que guiaron mis pasos en Bucaramanga, Santa Marta, Cartagena y Barranquilla; sin olvidar al General Chiriboga, que sobre el terreno me describió la

batalla de Pichincha, y a Don Manuel Arocha, cuyos estudios de iconografía bolivariana me han sido tan útiles. Muy especialmente debo mencionar al Doctor Ambrosio Perera, a quien debo libros, cartas de mucha y buena información y guía segura en los archivos de Caracas; a Don Emeterio Santovenia y Don Joaquín Llaverías, que me procuraron fotografías de los papeles de María Antonia Bolívar, que se conservan en el Archivo Nacional de La Habana; a Don Enrique Ortega Ricaurte, que me suministró las copias que necesité en Bogotá, y sobre todo a Don Vicente Lecuna, cuya hospitalidad personal e intelectual en Caracas no olvidaré jamás, y a quien ruego que en estas páginas recuerde con paciencia más de una vez aquello de *Amicus Plato...*

Adrede dejo para el final la colaboración continua de Doña Emilia Rauman. Desde la preparación de *Hernán Cortés,* a la que ya colaboró, hasta este largo estudio de Bolívar, su competencia, su infatigable asiduidad y su buen consejo aun en los últimos retoques han sido inestimables para mí.

FUENTES

No se mencionan más fuentes que las que se han citado textualmente. Dicho se está que, aparte de las que figuran en lista, se ha intentado estudiar cada problema en el mayor número posible de autoridades.

I. FUENTES MANUSCRITAS

1. Archivo del Ministerio de Hacienda, Palacio de Justicia, Lima.
2. Archivo Nacional, Biblioteca Nacional, Lima.
3. Archivo Nacional, Quito.
4. Archivo particular de Don Jacinto Jijón Caamaño, Quito.
5. Archivo Nacional, Bogotá.
6. Archivo Provincial, Popayán.
7. Archivo Nacional, Caracas.
8. Archivo del Arzobispado, Caracas.
9. Archivo de la Casa Natal, Caracas.
10. Archivo Nacional, La Habana.
11. Public Record Office, Londres.
12. Archives Nationales, Affaires Étrangères, Palais du Quai d'Orsay, París.

II. BIBLIOGRAFÍA

A. R. C. H. — Arístides Rojas: *Capítulos de la Historia Colonial de Venezuela*, Madrid, 1919.

A. R. E. H. — Arístides Rojas: *Estudios Históricos*, Caracas, 1926.

A. R. L. H. — Arístides Rojas: *Leyendas Históricas*, Caracas, 1927.

Alamán. — *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, por Don Lucas Alamán, Méjico, 1849.

Altamira. — Rafael Altamira: *Historia de España y de la Civilización Española*, Barcelona, 1929, 4 vols.

Amunátegui. — *Los Precursores de la Independencia de Chile*, por Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1870, 2 vols.

Argentina. — *Historia de la Nación Argentina*, publicada bajo la dirección de Ricardo Levene, Buenos Aires, 1936-1939.

Arocha. Manuel Arocha: *Iconografía Ecuatoriana del Libertador*, Quito-Ecuador, 1943.

B. A. N. H. V. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas-Venezuela.

B. M. B. *Boletín del Museo Bolivariano*, Magdalena Vieja, Lima.

Baralt. *Resumen de la Historia de Venezuela desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo XV, hasta el año 1797*, por Rafael María Baralt, Brujas-París, 1939, 3 vols.

Beard. *The Rise of American Civilisation*, por Charles y Mary R. Beard, Londres, 1944.

Belaunde. *Bolívar and the Political Thought of the Spanish American Revolution*, por Víctor Andrés Belaunde, Baltimore, 1938.

Blanco. José Félix Blanco: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, Caracas, 1875-1878.

Bobes.—B. C. Luis Bermúdez de Castro: *Bobes o El León de los Llanos*, Madrid, 1934.

Briceño. Mariano de Briceño: *Historia de la Isla de Margarita (hoy Nueva España); Biografías del general Juan B. Arismendi y de la señora Luisa Cáceres de Arismendi*, Caracas, 1885.

Burgoing. *Travels in Spain: containing A New, Accurate, And Comprehensive View Of The Present State of That Country*, por Chevalier de Bourgoanne, Londres, 1789, 3 vols.

C. B. S. *Bolívar y Santander*, Correspondencia 1819-1820, Estado Mayor General, Ministerio de la Guerra, Bogotá, 1940.

C. C. S. M. *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, por Salvador de Madariaga, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1940.

C. L. *Cartas del Libertador*, publicadas por Vicente Lecuna, Caracas, 1929, 10 vols. y un volumen adicional (1948).

C. M. A. Daniel Arias Argáez: *El Canónigo Don José Cortés y Madariaga*, Bogotá, 1938.

C. P. Carlos Pereyra: *La Juventud Legendaria de Bolívar*, Madrid, 1932.

Carbonell. Diego Carbonell: *Psicopatología de Bolívar*, París, 1916.

Carraffa. *Enciclopedia Heráldica y Genealógica*, por García Carraffa, Madrid.

Chuecos. Héctor García Chuecos: *Don Fernando de Peñalver. Su Vida. Su Obra*, Caracas, 1941.

D. B. Simón Rodríguez, maestro del Libertador: *Defensa de Bolívar*, Caracas, 1916.

D. B. C. H. *Diario de Bucaramanga*, por L. Peru de Lacroix, publicado por primera vez con una introducción y notas por Cornelio Hispano, Bogotá, 1945.

D. B. N. *Diario de Bucaramanga*, por Monseñor Nicolás E. Navarro, Caracas, 1935.

D. B. P. L. L. Peru de Lacroix: *Diario de Bucaramanga*, Madrid, 1924.

D. L. — *Voyages Aux Iles de Trinidad, de Tabago, de la Marguerite, et dans Diverses Parties de Venezuela, dans l'Amerique meridionale*, por M. Dauxion Lavaysse, París, 1812, 2 vols.

D. L. H. M. — Lino Duarte Level: *Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela*, Madrid.

Dalencour. — *Alexandre Pétion Devant L'Humanité*, por el Doctor François Dalencour, Port-au-Prince.

Depons. — *Travels in South America during the years 1801, 1802, 1803 and 1804*, por F. Depons, Londres, 1807, 2 vols.

Ducoudray. — Gen. H. L. V. Ducoudray Holstein: *Memoirs of Simón Bolívar, President Liberator of the Republic of Colombia; and of his Principal Generals; comprising a Secret History of the Revolution and the Events which Preceded it from 1807 to the Present Time*, Bentley, 1830.

Duro. — *Armada Española desde la Unión de los Reinos de Castilla y de León*, por Cesáreo Fernández Duro, Madrid, 1895, 9 vols.

E. M. C. — *Campaña de Invasión del Teniente General Don Pablo Morillo. 1815-1816*, contribución del Estado Mayor General a la celebración del Centenario de la batalla de Boyacá, Bogotá, 1919.

F. E. — *Examen Imparcial de las Disensiones de la América con la España, de los medios de su recíproco interés y de la utilidad de los aliados de la España*, por Don Álvaro Flórez Estrada, Procurador General del Principado de Asturias, Londres, 1811.

G. C. — *Gaceta de Caracas*, edición facsímile de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, París, 1939.

G. F. — *Historia Constitucional de Venezuela*, por José Gil Fortoul, Caracas, 1930, 3 vols.

G. V. — Eloy G. González: *Historia de Venezuela. Desde el Descubrimiento hasta 1830*, Caracas, 1930, 2 vols.

Groot. — José Manuel Groot: *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, 1889-1893.

H. C. S. M. — *Hernán Cortés*, por Salvador de Madariaga, Buenos Aires, 1942.

H. P. N. — *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, et 1804, par Alexandre de Humboldt*, París, 1814.

Hasbrouck. — *Foreign Legionaries in the Liberation of Spanish America*, por Aldred Hasbrouck, M. A., Nueva York, 1928.

Heredia. — *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela*, por don José Francisco Heredia, regente que fue de la Real Audiencia de Caracas, seguidas de *Documentos Inéditos y Precedidas de un Estudio Biográfico*, por Don Enrique Piñeiro, París, 1895.

Hippisley. — *A Narrative of the Expedition to the Rivers Orinoco and Apure In South America; which sailed from England in November 1817, and joined the Patriotic Forces in Venezuela and Caracas*, por G. Hippisley, Esq., Londres, 1819.

Holland. *Foreign Reminiscences*, por Henry Richard, Lord Holland, edited by his son Henry Edward, Lord Holland, Londres, 1850.

Humbert. *Les Origines Venezuéliennes. Essai sur la Colonisation Espagnole au Vénézuela*, por Jules Humbert, Burdeos, París, 1905.

Humboldt-Lettres. *Oeuvres d'Alexandre de Humboldt. Correspondance inédite scientifique et littéraire*, recueillie et publiée par M. de la Roquette, París, 1869.

Humboldt-Life. *Life of Alexander von Humboldt compiled in commemoration of the centenary of his birth*, by J. Löwenberg, Robert Ave-Lallemant and Alfred Dove, Edited by Professor Karl Bruhn, Director of the Observatory at Leipzig, Translated from the German by Jane and Caroline Lassell, Londres, 1873, 2 vols.

I. B. Salvador de Madariaga: *Cuadro Histórico de las Indias*, Introducción a Bolívar, Buenos Aires, 1945.

J. D. D. *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, por José Domingo Díaz, Madrid, 1829, 2 vols.

J. V. G. Juan Vicente González: *Biografía de José Félix Ribas*, Época de la guerra a Muerte, París, 1913.

Jovellanos. Don Gaspar de Jovellanos: *A sus Compatriotas*, Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la junta central, La Coruña, 1811.

L. A. S. *Historial Genealógico del Libertador*, por Luis Alberto Sucre, Caracas, 1930.

L.-Casa. Vicente Lecuna y Julio Planchart: *Historia de la Casa de Bolívar y Anotaciones sobre su reedificación*, Caracas, 1924.

Laborde. *Voyage Pittoresque de l'Espagne*, por Alexandre de Laborde, París, 1820.

Larrazábal. *Vida del Libertador Simón Bolívar*, por Felipe Larrazábal. Edición modernizada con prólogo y notas de R. Blanco Fombona.

Leturia E. *La Emancipación Hispanoamericana en los informes Episcopales a Pío VII.* Copias y Extractos del Archivo Vaticano por el padre Pedro Leturia, S. I. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1935, en Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, 67-70. Universidad de Buenos Aires, 1935-37.

López. *Recuerdos Históricos del Coronel Manuel Antonio López*, Colombia y Perú, 1819-1826. Bogotá, 1878.

Lozano. Fabio Lozano y Lozano: *El Maestro del Libertador*, París.

Mancini. *Bolívar et l'Emancipation des Colonies Espagnoles des Origines à 1815*, por Jules Mancini, París, 1912.

Marion. *Expédition de Bolívar par le Sénateur Marion Aïné.* Deuxiéme Edition conforme à l'originale et revue par le Docteur François Dalencour.

Martiñena. *Verdadero Origen, Carácter, Causas, Resortes, Fines y Progresos de la Revolución de Nueva España y Defensa de los europeos en general residentes en ella, y especialmente de los autores de la aprehensión y destitución del Virrey D. José de Iturrigaray en la noche del 15 de setiembre de 1808, contra los falsos calumniadores que los infaman y atribuyen el indicado suceso, a opresión, agresión y ofensa de su parte contra los americanos, la desastrosa revolución que ha asolado este reino,* Méjico, 1820.

Mier. *Memorias de Fray Servando Teresa da Mier.* Prólogo de Don Alfonso Reyes, Madrid, sin fecha.

Miranda-Archivo. *Archivo del General Miranda 1750-1810,* Caracas-Venezuela, 1929-1938, 15 vols.

Miranda-Becerra. Ricardo Becerra: *Vida de Don Francisco de Miranda,* Madrid, 2 vols.

Miranda-Biggs. *The History of Don Francisco de Miranda's Attempt to effect a Revolution in South America, in a series of letters,* Boston, 1810.

Miranda-Life. *The Life of Miranda,* por W. S. Robertson, Chapel Hill, 1929, 2 vols.

Mitre. *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana,* por Bartolomé Mitre, Buenos Aires, 1887, 3 vols.

Morillo. *Manifiesto que hace a la Nación Española el Teniente General Don Pablo Morillo,* Madrid, 1821.

Mosquera. General C. T. Mosquera: *Memorias sobre la Vida del Libertador Simón Bolívar,* Nueva York, 1853.

Mulhall. Michael George Mulhall: *The English in South America,* Londres y Buenos Aires, 1878.

Navarro. Monseñor Nicolás E. Navarro: *La Cristiana Muerte del Libertador,* Caracas, 1930.

O. B. *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela,* por Don Joseph de Oviedo y Maños, Madrid, 1723.

O. C. N. *Recollections of a Service of three Years During The War of Extermination In the Republics of Venezuela and Colombia,* by an Officer of the Colombian Navy, Londres, 1828, 2 vols.

O'L. Daniel F. O'Leary: *Bolívar y la Emancipación de Sur-América.* Memorias del General O'Leary, traducidas del inglés por su hijo Simón B. O'Leary, Madrid, 1819-1826.

Orinoco. *Correo del Orinoco, 1818-1821,* Academia Nacional de la Historia de Venezuela, París, 1939. Edición fotográfica.

P. B. *Simón Bolívar. Papeles de Bolívar,* publicados por Vicente Lecuna, Madrid, 1929, 2 vols.

P. D. L. Vicente Lecuna: *Proclamas y Discursos del Libertador,* Caracas, 1939.

P. F. *Outline of the Revolution in Spanish America,* by a South American, Londres, 1817. Palacio Fajardo.

P. L. Doctor Caracciolo Parra León: *Filosofía Universitaria Venezolana, 1788-1821,* Caracas, 1934.

P. P. — C. Parra Pérez: *El Régimen Español en Venezuela,* Madrid, 1932.

P. P.-H. R. — C. Parra Pérez: *Historia de la Primera República de Venezuela,* Caracas, 1939, 2 vols.

P. P.-M. R. — C. Parra Pérez: *Miranda et la Révolution Française,* París, 1925.

P. P.-P. P. — C. Parra Pérez: *Páginas de Historia y de Polémica,* Caracas, 1943.

Páez. — *Autobiografía del General José Antonio Páez,* Nueva York, 1878.

Páez-W. S. — *Wild Scenes in South America or Life in the Llanos of Venezuela,* por Don Ramón Páez, Londres, 1863.

Ponte. — Andrés F. Ponte: *Bolívar y Otros Ensayos,* Caracas, 1919.

Proceso. — *Proceso del 25 de Setiembre. Documentos sobre la Conspiración,* publicado por Enrique Ortega Ricaurte, Bogotá, 1942.

R. A. B. M. — *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museo,* Madrid.

R. D. U. — *Relación Documentada del Origen y Progresos del trastorno de la Provincia de Venezuela,* escribióla Don Pedro de Urquinaona y Pardo, Madrid, 1820.

R. V. G. B. — Francisco Rivas Vicuña: *Las Guerras de Bolívar, 1812-1814, 1814-1817,* Caracas, 1922, 2 vols.

Restrepo. — *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional,* por José Manuel Restrepo, Besanzón, 1858, 4 vols.

Revista Bolivariana. — *Órgano de la Sociedad Bolivariana de Colombia,* Bogotá.

Rojas. — Marqués de Rojas: *Simón Bolívar,* París, 1883.

Samper. — Soledad Acosta de Samper: *Biografía del General Nariño,* Pasto, 1910.

Sañudo. — José Rafael Sañudo: *Estudios sobre la Vida de Bolívar,* Pasto, 1931.

Ségur. — *Mémoires ou Souvenirs et Anecdotes,* por M. le Comte de Ségur, París, 1825.

Sevilla. — Rafael Sevilla: *Memorias de un Militar,* La Guerra de América, París.

Sevilla. A. — Memorias de un Oficial del Ejército Español, Madrid, 1916.

Spell. — *Rousseau in the Spanish World Before 1833,* por Jefferson Rea Spell, Austin, 1938.

Stanhope. — *Notes of Conversations with the Duke of Wellington, 1831-1851,* by Philip Henry, 5th Earl Stanhope, Londres, 1888.

Toreno. — *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España,* por el Excelentísimo Señor Conde de Toreno, Madrid, 1872.

Torrente. — *Historia de la Revolución Hispano-Americana,* por Don Mariano Torrente, autor de la Geografía Universal, Madrid, 1829, 3 vols.

Urdaneta. — *Memorias del General Rafael Urdaneta,* Biblioteca Ayacucho, Madrid.

Urrutia. — Francisco José Urrutia: *Los Estados Unidos de América y las Repúblicas Hispano-Americanas de 1810 a 1830,* Madrid, 1918.

Vidocq. *Mémoires de Vidocq, Chef de la Police de Sûreté,* Jusqu' en 1827, París, 1823, 3 vols.

Villa. Antonio Rodríguez Villa: *El Teniente General Don Pablo Morillo,* Madrid, 1908.

Webster. C. K. Webster: *Britain and the Independence of Latin America,* Oxford, 1938, 2 vols.

Yanes. Francisco Javier Yanes: *Relación Documentada de los Principales Sucesos Ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado Independiente hasta el año de 1821,* Caracas, 1943, 3 vols.

Yanes-M. *Memoria Histórico-Política sobre la Isla Margarita,* por Francisco Javier Yanes, publicada por Don Vicente Lecuna.

ÍNDICE GENERAL

TERCERA PARTE

LA GUERRA A MUERTE

Páginas

CUARTA PARTE

DEL DESTIERRO A LA DICTADURA